

CRÍTICA

ÍNDICE

Sinopsis

En su nuevo libro, Max Hastings se centra en la crisis de los misiles de Cuba, los trece días de octubre de 1962 que mantuvieron el mundo al borde del abismo nuclear. Hace una nueva aproximación a este momento histórico desde los distintos puntos de vista de líderes nacionales, oficiales rusos, campesinos cubanos, pilotos estadounidenses y desarmadores británicos, a la vez que aporta entrevistas con testigos visuales, documentos de archivo y diarios, grabaciones en cinta de la Casa Blanca, para ofrecer un retrato aproximado de la guerra fría en la Cuba de Fidel Castro, la URSS de Nikita Jrushchov y los Estados Unidos de Kennedy.

Más allá de la historia militar y de la confrontación, Hastings profundiza en las causas de fondo que propiciaron el conflicto, desde la situación de la Cuba aliada de Estados Unidos bajo el mando de Batista hasta el régimen de extrema hostilidad hacia los americanos de Castro, pasando por el sentimiento de debilidad de los soviéticos ante los americanos después de la segunda guerra mundial y su necesidad de reafirmación en el pulso de la guerra fría.

La crisis cubana puso de relieve el riego nuclear, así como la dificultad de hacer una buena estrategia ante la incomprensión del enemigo. En este sentido, Hastings describe con detalle y de forma innovadora las actitudes y la conducta de rusos, cubanos y estadounidenses, a la vez que analiza el clima de tensión que afectó

a todo el mundo ante uno de los episodios más críticos de la segunda mitad del siglo XX.

LA CRISIS DE LOS MISILES DE CUBA 1962

Max Hastings

Traducción de Luis Noriega

CRÍTICA

Para Harry Hastings,
que tanto ama a Latinoamérica y sus gentes.

And we will all go together when we go
What a comforting fact that is to know
Universal bereavement
An inspiring achievement
Yes, we will all go together when we go.[1]

Canción de TOM LEHRER, 1959

Nos encontramos realmente al borde de la guerra.

NIKITA JRUSHCHOV, 30 de octubre de 1962

Nadie quiere pasar por lo que hemos pasado en Cuba muy a menudo.

JOHN F. KENNEDY, diciembre de 1962

Ilustraciones

Memorando desclasificado, 1962 (Archivo de Seguridad Nacional)

Primera plana del *New York Times*, 23 de octubre de 1962 (John Frost Newspapers/Alamy Stock Photo)

Primera plana del *Chicago Sun-Times*, 23 de octubre de 1962 (John Frost Newspapers/Alamy Stock Photo)

CARICATURAS

Pareja británica reflexiona sobre la crisis de los misiles, caricaturas de Osbert Lancaster publicadas en el *Daily Express* (cortesía de Clare Hastings)

«Fueron demasiado lejos», caricatura de Eddie Germano publicada en el *Brockton Enterprise Times*

«Es intolerable tener sus cohetes en la puerta de mi casa», caricatura de Victor Weisz publicada en el *Evening Standard*

Jrushchov y Kennedy echando un pulso, caricatura de Leslie Gilbert Illingworth, publicada en el *Daily Mail*

FOTOGRAFÍAS

Portada de la revista *Collier's*, 3 de agosto 1950 (cortesía de Advertising Archives)

Guerrilleros cubanos (Hulton Deutsch/Getty)

Los «Rough Riders» cargando en las lomas de San Juan, ilustración de Frederic Remington (North Wind Picture Archives/Alamy)

Earl Smith y Fulgencio Batista (Bettmann/Getty)

Castro y sus hombres desembarcando del *Granma*

Che Guevara (Dom Slike/Alamy)

Camilo Cienfuegos (cortesía del Centro de Información Científico-Técnica)

Juan Almeida (cortesía de la Oficina de Asuntos Históricos, La Habana)

Castro en su marcha hacia La Habana (Bettmann/Getty)

Marita Lorenz

Mirta Francisca de la Caridad

Naty Revuelta (Polaris/Eyevine)

Celia Sánchez y Vilma Espín (Enrique Meneses/Shutterstock)

Castro entrevistado por Ed Sullivan (CBS Photo Archive/Getty)

Castro abrazando a Jrushchov (Underwood Archives/Getty)

Combates durante la invasión de bahía de Cochinos

Manuel Artime (Hank Walker/The LIFE Picture Collection/Shutterstock)

Soldados cubanos interrogando a Pepe San Román

Kennedy con su esposa Jackie y el poeta Robert Frost (Bettmann/Getty)

Jrushchov con Malinovski, el ministro de Defensa soviético (Bettmann/Getty)

Robert Frost en Idlewild (Jacob Harris/AP/REX/Shutterstock)

Misiles rusos en Cuba (Archivo de Seguridad Nacional)

Aprendices de astronauta estadounidenses (CBW/Alamy)

Protestas en la Universidad de Misisipi (Bettmann/Getty)

James Meredith escoltado a través del campus de la Universidad de Misisipi (Glasshouse Images/Alamy)

Desfile del Primero de Mayo, Moscú, 1962 (Sovfoto/Universal Images Group/Shutterstock)

La protesta de junio de 1962 en Novocherkask

Sherman Kent

Richard Bissell (AP/Shutterstock)

Edward Lansdale (AP/Shutterstock)

John McCone (Ted Russell/The LIFE Picture Collection/Shutterstock)

Juanita Moody (Archivo de Seguridad Nacional)

Gueorgui Bolshakov

Oleg Penkovski (Bettmann/Getty)

Aleksandr Alekseev (AP/Shutterstock)

Oleg Troianovski (Keystone Press/Alamy)

Anatoli Dobrynin (Pictorial Parade/Staff/Getty)

Aleksandr Feklisov

Fotografía aérea de una base de misiles soviéticos en Cuba (PA Images/Alamy)

Kennedy con ministros soviéticos en la Casa Blanca (Keystone/Getty)

Walter Lippmann (Everett Collection Inc/Alamy)

Richard Russell

El Estado Mayor Conjunto (Bettmann/Getty)

Rusos desfilando en ropa de civil (cortesía de Michael Dobbs)

Gueorgui Voronkov con los oficiales que derribaron el U-2 de Rudy Anderson (cortesía de Michael Dobbs)

Kennedy pronuncia su discurso desde la Casa Blanca (Pictorial Press Ltd/Alamy)

Estadounidenses escuchando la transmisión del discurso (Ralph Crane/The LIFE Picture Collection/Shutterstock)

Miembros del ExCom reunidos en la Casa Blanca (Ken Hawkins/Alamy)

Uno de los submarinos soviéticos de la clase Foxtrot perseguidos por la armada de Estados Unidos (NARA)

El general Thomas Power, jefe del SAC, con miembros de su equipo (cortesía de Michael Dobbs)

McGeorge Bundy (Francis Miller/The LIFE Picture Collection/Shutterstock)

Dean Rusk (Gibson Ross/Alamy)

George Ball (Evening Standard/Getty)

David Ormsby Gore (Keystone France/Getty)

Ted Sorensen

Curtis LeMay (Bettmann/Getty)

Robert F. Kennedy

Llewellyn Thompson (Bettmann/Getty)

Robert McNamara (World of Triss/Alamy Stock Photo)

Adlai Stevenson en la ONU (Balfore Archive Images/Alamy)

Adlai Stevenson

Harold Macmillan con Jrushchov en Moscú (Keystone Press/Alamy)

Los hermanos Kennedy en la Casa Blanca (Cecil Stoughton, JFK Library)

Manifestantes británicos en las calles de Londres (GL Archive/Alamy)

Jerome Hines interpretando a Borís Godunov (Ralph Morse/The LIFE Picture Collection/Shutterstock)

Propaganda callejera cubana (imageBROKER/Alamy)

Crucero siendo detenido en cumplimiento del bloqueo (Underwood Archives/Getty)

Baterías antiaéreas en Cuba (HO/AFP/Getty)

Raúl Castro con Plíyev (cortesía de Michael Dobbs)

Jrushchov con algunos consejeros (Keystone Press/Alamy)

Portada de la revista *Life*, 15 de septiembre de 1961 (Ralph Morse/The LIFE Picture Collection/Shutterstock)

Chuck Maultsby (Archivo de Seguridad Nacional)

Rudolf Anderson

Piloto de un U-2 (Fuerza Aérea de Estados Unidos/Alamy)

Pilotos de la armada de Estados Unidos después de una incursión sobre Cuba (cortesía de Michael Dobbs)

Fotografía aérea del centro de mando soviético tomada por la armada de Estados Unidos (cortesía de Michael Dobbs)

U-2 en vuelo (Fuerza Aérea de Estados Unidos)

Castro con Plíyev (cortesía de Michael Dobbs)

Mikoyán con Alekseev (cortesía de Michael Dobbs)

Un misil abandonado en Cuba (Vadim Nefedov/Alamy)

Kennedy en la sede principal del SAC (Archivo de Seguridad Nacional)

Introducción

Hace cuatro años mi amigo Robert Harris escribió una novela titulada *El despertar de la herejía*, ambientada en una primitiva comunidad medieval en el suroeste de Inglaterra. Solo bien avanzado el libro llegamos a una escena crucial en la que el sacerdote que hace las veces de protagonista encuentra por casualidad un extraño artefacto que el lector, pero no el hombre de Dios, reconoce como un teléfono móvil. En ese instante resulta evidente que la acción de la novela transcurre no en un pasado remoto como creíamos, sino varios siglos en el futuro, cuando el planeta ha vuelto a ser un yermo despoblado debido a una serie de catástrofes sucesivas desencadenadas, en un primer momento, por el colapso de Internet. La novela es un vistazo a lo que podría ser el futuro de lo que quedara de la humanidad después de un conflicto entre las superpotencias, que casi de forma inevitable terminaría siendo una confrontación nuclear. Mientras investigaba y escribía este libro acerca de unos acontecimientos que tuvieron lugar hace sesenta años no dejé de tener presente la fantasía de Robert, enmarcada en las que probablemente serían las consecuencias irreversibles de semejante día del juicio. No obstante, en los últimos meses, mi relato, que parecía tener un interés exclusivamente histórico cuando me embarqué en él, ha adquirido una actualidad y relevancia nuevas y estremecedoras gracias a la invasión y destrucción de Ucrania a manos de Rusia.

A lo largo de las más de cuatro décadas que duró la Guerra Fría, cada bando fue responsable del lanzamiento de peligrosas embestidas y la comisión de errores garrafales. En el lado soviético, tenemos el fallido estrangulamiento de Berlín Oeste en 1948-1949 y la invasión norcoreana de Corea del Sur en junio de 1950. Cinco meses después, el soberbio general Douglas MacArthur dirigió a las fuerzas de la ONU en un veloz avance hacia la frontera de Corea del Norte con China para luego abogar por el uso de armas nucleares contra este último país como castigo por la humillación que los «voluntarios» del Ejército Popular de Liberación de Mao Zedong le habían infligido en el campo de batalla. Más tarde vinieron la represión soviética del levantamiento húngaro de 1956 y la invasión anglo-francesa de Egipto para recuperar el control del canal de Suez. El intento de invasión

de Cuba patrocinado por Estados Unidos en abril de 1961 sacudió a la recién estrenada administración Kennedy. En 1968, las tropas soviéticas reprimieron de forma sangrienta la Primavera de Praga. Dos años más tarde, el gobierno polaco también recurrió a los disparos para poner fin a las huelgas en los astilleros de Gdansk. La intervención en Afganistán entre 1979 y 1989 fue para la Unión Soviética un desastre comparable al generado por la larga agonía de Estados Unidos en Vietnam y la profunda tragedia que supuso para los pueblos de Indochina.

Sin embargo, ninguno de esos acontecimientos, ni otros en los que se vieron involucrados los satélites de las dos potencias, creó una situación tan peligrosa como la planteada por la crisis de los misiles de Cuba en 1962. Algunos historiadores contemporáneos intentan minimizar la gravedad de lo ocurrido. Afirman, por ejemplo, que ninguno de los bandos quería una guerra nuclear; pero si bien eso es muy cierto, sería por completo errado suponer que las probabilidades de que sucediera lo peor eran en realidad escasas. En un congreso sobre la crisis celebrado en La Habana en 1992, el exsecretario de Defensa estadounidense Robert McNamara manifestó el asombro que le produjeron las revelaciones acerca del arsenal que tenían a su disposición los defensores soviéticos de Cuba treinta años atrás, en el que se incluían armas nucleares tácticas. «Fue espeluznante», le dijo a un periodista. La existencia de esas armas «implicaba que de haberse producido una invasión estadounidense, que es lo que hubiera ocurrido si no se hubieran retirado los misiles, la probabilidad de que estallara una guerra nuclear era del 99 %».[1]Tales declaraciones se enmarcan, por supuesto, en el *mea culpa* que McNamara entonó después de ver destruida su reputación en Vietnam (y es obvio que hablar de una probabilidad del 99 % es una conjetura muy exagerada), pero no cabe duda de que su estupor estaba más que justificado.

Durante el mes de octubre de 1962, John F. Kennedy citó con frecuencia *Los cañones de agosto*, la galardonada obra de Barbara Tuchman sobre el comienzo de la primera guerra mundial, que había sido publicada ese mismo año (en el Reino Unido, por la empresa de la familia del entonces primer ministro Harold Macmillan). Algunos historiadores modernos consideran debatibles ciertos aspectos del relato de Tuchman; sin embargo, hay una cuestión en la que su perspectiva sigue pareciendo incuestionable:

aunque ninguna de las potencias beligerantes deseaba la gran guerra en la que se estaban embarcando, Austria-Hungría y Alemania querían una de menor envergadura que les permitiera aplastar a Serbia y desmembrarla; y, por otro lado, a ciertos generales alemanes les entusiasmaba la idea de aprovechar la oportunidad para humillar a Rusia antes de que su creciente poderío militar y económico se hiciera abrumador. Los actores perdieron el control de los acontecimientos, con consecuencias catastróficas para Europa.[2]

En los primeros días de la crisis de 1962, los jefes del Estado Mayor de las fuerzas armadas estadounidenses transmitieron a la Casa Blanca la recomendación unánime de lanzar un bombardeo masivo sobre Cuba para luego invadir y ocupar la isla. Resulta escalofriante leer hoy en los archivos de la USAF el testimonio posterior de sus oficiales de mayor rango, en el que dejan constancia de su falta de arrepentimiento por haber aconsejado ir a la guerra; su imperecedera convicción de que de haberlo hecho Estados Unidos se habría asegurado una «victoria decisiva»; y su desprecio por el presidente y los civiles que lo rodeaban, que, en su opinión, se habían «acobardado».

Hubo varios momentos durante los trece días que duró la crisis, del 16 al 28 de octubre, en los que John F. Kennedy estuvo sometido a una presión inmensa en la Casa Blanca por parte de los miembros de su propio equipo que querían que cediera ante los halcones (entre ellos el asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy). «Ken, nunca sabrás cuán malos consejos recibí», le diría más tarde el presidente a John Kenneth Galbraith.[3]Parecería temerario dar por sentado que los oficiales rusos que se encontraban en Cuba hubieran aceptado sufrir miles de bajas entre los 43.000 efectivos a sus órdenes, además de una derrota en la isla, sin recurrir al menos a una parte de las armas nucleares tácticas que estaban bajo su control (con independencia de que el Kremlin pudiera estar en contra de que lo hicieran). Esas armas carecían entonces de dispositivos de seguridad tecnológicos que impidieran a sus operarios dispararlas cuando los oficiales al mando decidieran que debían hacerlo. Y una vez que los invasores hubieran sufrido considerables bajas debido a una explosión nuclear por pequeña que fuera, es improbable que el pueblo estadounidense hubiese permitido que Kennedy se negara a escalar el conflicto.

Ciertos detalles siguen siendo materia de discusión, como los relativos al episodio en que se vio involucrado un submarino ruso de la clase Foxtrot (según la denominación de la OTAN) que se encontraba a unos mil kilómetros en el Atlántico: según se cuenta, el capitán, no sabiendo si la guerra había estallado o no en la superficie, amenazó con disparar sus torpedos nucleares al verse hostigado por los buques de guerra estadounidenses. No obstante, lo fundamental es que ambas partes atravesaron la crisis a tientas, con percepciones tremendamente erróneas de la situación, y que algunos oficiales subordinados tuvieron a su disposición unas armas de destrucción masiva cuya utilización podría haber desencadenado una catástrofe que no deseaban ni el Kremlin ni la Casa Blanca. Cuanto más escribo narraciones históricas, más me impresiona la bruma de ignorancia en la que los gobiernos toman decisiones trascendentales. En el siglo XXI, Estados Unidos y China se entienden no mucho mejor que hace seis décadas. No es más fácil para la Casa Blanca adivinar las intenciones del autócrata furioso y medio trastornado que ocupa el Kremlin en 2022 que las de su predecesor en 1962. Los gobiernos de las tres superpotencias, por no hablar de las demás naciones con capacidad nuclear, asumen riesgos que algún día podrían resultar desastrosos para la humanidad si alguien comete un error de cálculo, se extralimita o concede a un subordinado la oportunidad de hacerlo.

Hay un aspecto muy importante de la crisis de los misiles que con frecuencia se pasa por alto, a saber, que fue una crisis en gran medida política, no estratégica. John Lewis Gaddis ha escrito: «Las armas nucleares ... tuvieron un efecto increíblemente *teatral* en el curso de la Guerra Fría. Crearon el estado de ánimo dominado por oscuros presentimientos que subyugó al mundo a medida que los últimos años de la década de 1950 daban paso a los primeros de la de 1960. Forzaron a los estadistas a convertirse en actores: el éxito o el fracaso dependían (o esa al menos era la impresión que se tenía) no de lo que estaban haciendo en realidad, sino de lo que *parecían* estar haciendo».[4]En términos racionales, y desde cualquier punto de vista salvo el más cortoplacista, la instalación de armas nucleares soviéticas en Cuba no hacía a los estadounidenses significativamente más vulnerables de lo que ya lo eran: para entonces ambos bandos contaban con submarinos armados con misiles balísticos y estos se estaban haciendo ubicuos en los océanos del mundo. El problema

era más bien de percepción: Estados Unidos se sentía obligado a responder a la *intención* indiscutiblemente agresiva del gesto cubano de los soviéticos.

Si la guerra de Corea (1950-1953) fue el conflicto más sangriento de la Guerra Fría, la crisis de los misiles fue su episodio más peligroso, con un elenco de personajes extraordinario en ambos bandos (y es obvio que, además de a los estadounidenses y a los rusos, debemos incluir a los cubanos). Muchos de los relatos que se ocupan de la crisis se limitan a examinar lo que ocurrió en esos trece días cruciales, algo que me parece desacertado. Aquí, en cambio, he intentado enmarcar los acontecimientos de octubre en el contexto de lo que entonces eran Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba. No se me ocurre otro modo de entender el comportamiento de los diversos actores, que eran portaestandartes de sus respectivas sociedades y productos de experiencias históricas muy diferentes. Habían pasado apenas nueve años desde que Nikita Jrushchov desempeñara un papel prominente en la comedia negra que fue la muerte del satánico Iósif Stalin; menos de cuatro meses desde que autorizó con antelación y luego respaldó que se disparara contra los obreros desarmados que protestaban en Novocherkask.

Apenas un par de semanas antes de que estallara la crisis de Cuba, Kennedy hubo de hacer frente a los amargos disturbios promovidos en la Universidad de Misisipi por los supremacistas blancos que se oponían a la inscripción de un estudiante negro. Fidel Castro, entre tanto, había hecho realidad su ambición de toda la vida de convertirse en el revolucionario más famoso del mundo, a pesar de dirigir uno de sus países más pequeños. Algunos historiadores aseguran que las personalidades apenas tienen una incidencia menor en el curso de la historia, que en realidad está más determinado por las corrientes de los acontecimientos y las ideas. No obstante, después de estudiar la crisis de los misiles, es difícil pensar en esa tesis como una verdad de aplicación universal. Tres hombres extraordinarios —Castro, Jrushchov y Kennedy— fueron quienes tomaron las decisiones clave y, por ende, quienes decidieron el resultado.

El presidente estadounidense continúa siendo una figura controvertida entre los historiadores. Su imagen pública heroica y glamurosa escondía algunos

defectos de carácter considerables. Sin embargo, durante los mil días que estuvo en la Casa Blanca, fue una figura destacada e inspiradora en la Guerra Fría, a la que aportó parte de la retórica más memorable del prolongado enfrentamiento entre las superpotencias. Son muchísimas las personas que sin saber gran cosa de la historia de Estados Unidos recuerdan la frase del discurso que pronunció en su toma de posesión en enero de 1961: «No te preguntes qué puede hacer tu país por ti, sino qué puedes hacer tú por tu país». Los europeos nunca olvidarán su aparición en junio de 1963 en un asediado Berlín Oeste, donde se ganó el aplauso histórico de un millón de personas al declarar: «*Ich bin ein Berliner*». Su intervención en la crisis de los misiles de Cuba constituye su mejor baza para aspirar a la grandeza, como se argumentará en este libro, que, no obstante, también reconoce los errores y fallos de la política estadounidense que la precedieron, así como los que vinieron después.

Evocar el estado de ánimo de aquellos días en el mundo occidental no resulta sencillo. Inmersos en la tranquilizadora cotidianidad que nos rodeaba, la amenaza de aniquilación suscitaba una incredulidad instintiva; yo mismo era entonces un adolescente estudiante de instituto cuya principal preocupación era evitar el campo de fútbol. Y, sin embargo, veíamos el reconocimiento del peligro reflejado en los titulares de los periódicos; en la ubicuidad de los refugios nucleares y los simulacros de ataques aéreos dentro de Estados Unidos; y, en el Reino Unido, en los patéticos preparativos de protección civil para socorrer a los supervivientes de la potencial catástrofe. El historiador Peter Hennessy ha escrito con gracia sobre el horror que le produjo descubrir que la Unión Soviética tenía reservados cinco megatones para el puerto de Liverpool: si una guerra nuclear hubiera estallado en 1962, y la ciudad se hubiera evaporado antes del inminente amanecer de la era de los Beatles y el «sonido de Liverpool», lo más probable es que para cualquier posteridad a la que semejante conflicto diera lugar Cliff Richard representaría la cumbre creativa de la música popular británica.[5]

Graham Perry, hoy un oficial retirado de la fuerza aérea británica (RAF) y entonces un estudiante de diecisiete años que estaba terminando su bachillerato en Kent, cuenta que durante la crisis discutió el pulso nuclear con algunos compañeros mientras esperaban la llegada del profesor de

matemáticas. Una chica muy guapa llamada Gillian (eran aún, recordemos, tiempos de adolescencias relativamente virginales) explicó que cuando el apocalipsis estuviera a la vuelta de la esquina, ella y sus amigas pensaban pasar sus últimos instantes en la tierra con ciertos chicos afortunados. Luego agregó: «Pero, claro, si tenemos una de esas advertencias de cuatro minutos y después resulta que era una falsa alarma, algunas vamos a parecer bastante estúpidas».[6]Tras compartir conmigo esta anécdota, el teniente coronel Perry comentó con ironía que, en el curso de su larga carrera en la RAF, parte de ella en comisión de servicios con la fuerza aérea de Estados Unidos (USAF), «nunca oí un análisis más sucinto o profundo de las implicaciones de la destrucción mutua asegurada».

En cuanto a mis propias credenciales para escribir esta historia, dudo que me hubiera atrevido siquiera a intentarlo de no haber vivido en Estados Unidos e informado desde allí durante casi dos años en 1967-1968, por lo que tengo un vívido recuerdo del país en esa década. Quizá tenga algún valor el hecho de haber conocido entonces a muchos gigantes de la época, incluidos Robert Kennedy, Robert McNamara, Dean Rusk y Lyndon Johnson; más tarde llegaría a conocer bastante bien a Arthur Schlesinger. Menos de seis años después de la crisis de los misiles, me senté en la sala del gabinete de la Casa Blanca, en la que en su momento se celebraron la mayoría de las reuniones del Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional (ExCom), para escuchar al sucesor de John F. Kennedy en la presidencia hablar por extenso y de forma apasionada acerca de otro trauma nacional: Vietnam.

También visité la sala de guerra en la sede del Comando Aéreo Estratégico de la USAF en las afueras de Omaha, Nebraska, coronada por el orgulloso cartel con el lema LA PAZ ES NUESTRA PROFESIÓN, inmortalizado en la película de Stanley Kubrick *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. Antes, en 1966, en el interior de un submarino de la armada británica, había tenido ocasión de oír durante un ejercicio práctico el eco, como de golpes de martillo, generado por las cargas explosivas lanzadas por los buques de guerra, como debió de oírlo la tripulación del B-59 soviético que en medio de la crisis de los misiles se vio acosado por las naves de la marina de Estados Unidos.

Se han escrito miles de libros sobre los acontecimientos de octubre de 1962. No aspiro a rivalizar, por ejemplo, con los meticulosos análisis de las reuniones del ExCom de Sheldon Stern o James Hershberg, ni con las indagaciones de otros especialistas sobre el equilibrio nuclear y muchos temas más. Esta es una narración destinada al público en general, que busca enmarcar este extraordinario episodio en el contexto, las personalidades y el mundo de la época para una nueva generación de lectores fuera de la comunidad académica y los expertos en defensa y, de hecho, más allá de Estados Unidos, que siempre ha reivindicado una especie de derecho de propiedad sobre la crisis. Mi deseo, mi esperanza, es que cualquiera que lea este libro entienda un poco más no solo la saga cubana, sino la Guerra Fría en su conjunto.

Dado que si el resultado de esos trece días hubiera sido diferente, incontables millones de personas nos hubiéramos convertido en víctimas de la crisis sin importar que no fuéramos rusos, cubanos o estadounidenses, no me parece descabellado que, en cuanto partes interesadas, reclamemos también su memoria. He dedicado algo más de espacio a la perspectiva británica, y en especial a la de Harold Macmillan, de lo que acaso justifica nuestro papel como espectadores. Pero tuve algunas oportunidades de escuchar al ex primer ministro, ya en la vejez, hablar largo y tendido sobre la crisis. Los estadounidenses, y en particular los historiadores estadounidenses, no siempre reconocen que si bien los aliados aplaudieron públicamente la actuación del presidente Kennedy, durante el desarrollo de los acontecimientos temían que Estados Unidos cometiera un error de juicio en igual medida que temían que lo hicieran los soviéticos.

Durante la segunda guerra mundial, Winston Churchill observó con irónica complacencia que la historia sería amable con él porque él mismo se encargaría de escribirla, como de hecho hizo. Algo parecido podría decirse de John F. Kennedy y la crisis de los misiles cubanos. Las reuniones que tuvieron lugar cada día, y en ocasiones cada hora, en la Casa Blanca quedaron grabadas en cintas, y la principal fuente de los historiadores que han analizado el proceder estadounidense son las transcripciones de esas grabaciones. Sin embargo, solo dos de los participantes sabían que las cintas estaban girando: el presidente y su hermano menor. No hay razón para considerar que eso influyera de forma significativa en sus palabras y

sus acciones, pero es verosímil pensar que seguramente hubo momentos en los que el mandatario, en especial, recordó que estaba preservando para las generaciones futuras una crónica de su conducta en la crisis.

En el verano de 1940, Churchill solía murmurar en voz alta en presencia de su equipo la frase de Andrew Marvell sobre la ejecución del rey Carlos I en 1649: «No hizo ni quiso decir nada ordinario en esa escena memorable». El primer ministro, por supuesto, había resuelto conscientemente que la posteridad iba a decir lo mismo de él. Es posible que John F. Kennedy, un estudioso aplicado de Churchill, pensara algo parecido en octubre de 1962. Otros, en cambio, se sintieron traicionados cuando las grabaciones se revelaron en 1973.[7]Dean Rusk telefoneó a la Biblioteca Kennedy para protestar con vehemencia por que se hubiera mantenido tal registro sin el conocimiento de miembros del gabinete como él.

Algunos testigos de los hechos han sostenido que existen disparidades entre lo que Kennedy y otros participantes dijeron en las reuniones del ExCom y las opiniones que manifestaron en otros momentos y lugares durante esos trece días y que no quedaron registradas en las cintas. Sin embargo, ninguna acotación de ese tipo invalida las transcripciones, que son mucho más creíbles que las actas escritas de las grandes conferencias internacionales. Pese a lo que puedan pensar Rusk y otros, resulta fabuloso que contemos con semejante registro, que constituye un documento sin precedentes en la historia.

Hoy es posible acceder a todos los archivos estadounidenses relevantes, incluidos los de los servicios de inteligencia. Una de las muchas razones para admirar la cultura de Estados Unidos es su disposición a someter al escrutinio de los historiadores no solo los triunfos de la nación, sino también sus locuras y errores. Las fuentes soviéticas, por el contrario, son mucho menos completas; los documentos únicamente estuvieron disponibles para los académicos durante la preciosa ventana que creó el *glásnost* en la década de 1990 (e incluso entonces solo de forma muy selectiva). El actual inquilino del Kremlin no está más interesado que sus predecesores del siglo XX en que se conozca toda la verdad acerca de ciertos acontecimientos del pasado.

Al igual que la mayoría de los autores que se han ocupado de estos hechos, he de rendir un homenaje especial a *One Hell of a Gamble* (1997), el revolucionario trabajo de Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, los primeros historiadores que tuvieron la oportunidad de acceder a algunos de los archivos soviéticos. También debo declarar mi admiración por la investigación en fuentes primarias realizada por Michael Dobbs para su *One Minute to Midnight* (2008). Entre los relatos más recientes de la crisis, *Nuclear Folly* (2021), de Serhii Plokhy, hace un buen uso de las fuentes ucranianas. *Cuba: An American History* (2021), de Ada Ferrer, me parece, de lejos, la mejor exposición de la experiencia de la isla, lo que probablemente debe mucho al hecho de que la autora sea cubanoestadounidense.

Al igual que en mis últimas obras, para todos los asuntos rusos abordados en este libro me he beneficiado enormemente de la maravillosa labor de mi propia investigadora y traductora, la doctora Lyuba Vinogradova, que me proporcionó cientos de páginas de material traducido, en particular de diarios contemporáneos y memorias de la vida en la Unión Soviética de la época. También organizó entrevistas en Ucrania con veteranos que en 1962 habían prestado servicio en el ejército cubano de Jrushchov. No hay ningún diplomático soviético cuyas memorias puedan leerse sin sospecha, pero las del notable Anatoli Dobrynin, que se desempeñó como embajador de la URSS en Washington durante veinticuatro años, resultan inusualmente valiosas, no tanto por ofrecer información detallada acerca de la crisis, sino por lo mucho que revelan sobre quién en el bando soviético sabía qué y cuándo. Asimismo, las memorias de Anastás Mikoyán constituyen uno de los testimonios menos increíbles de un miembro del Presídium soviético. Los recuerdos de Oleg Troianovski, asesor de política exterior de Jrushchov, también tienen un gran valor.

Durante más de cuarenta años, me he preciado de realizar la investigación primaria para mis libros en los países sobre los que escribo, incluidos Francia, Alemania, China, Rusia, Vietnam, Corea, Japón, así como de pasar largas y felices estancias en Estados Unidos. Sin embargo, como le ocurrió a un sinnúmero de historiadores por todo el mundo, mi trabajo en esta historia se vio obstaculizado por el cierre de los archivos como consecuencia del covid-19 y la prolongada interrupción de los viajes a larga

distancia. No obstante, me pareció casi un milagro comprobar la gran cantidad de fuentes primarias que en la actualidad es posible encontrar en Internet, en especial en el Archivo de Seguridad Nacional de Estados Unidos y en el Centro Wilson en Washington D. C. El Centro Miller, en la Universidad de Virginia, es otra mina llena de tesoros, que me permitió, entre otras cosas, escuchar extractos de las cintas de las reuniones del ExCom en la Casa Blanca mientras, de forma simultánea, la transcripción que se mostraba en la pantalla identificaba qué participante decía qué. Mi querida amiga la profesora Margaret MacMillan contribuyó enormemente al proyecto al señalarme los diversos recursos estadounidenses que conoce a fondo.

Cuando me vi obligado a cancelar los viajes que había planeado realizar a Cuba, Alexander Correa Iglesias se encargó de entrevistar en mi nombre a un buen número de personas en la isla, que recordaron sus experiencias no solo de octubre de 1962, sino de la vida y la política en la Cuba de mediados del siglo XX, experiencias que merecen recopilarse y publicarse por derecho propio. Sospecho que esos ancianos y ancianas hablaron con más libertad y de forma más vívida en español con Alex de lo que lo hubieran hecho conmigo a través de un intérprete. Escaparate del fracaso de la ideología, Cuba ha sobrevivido como sociedad comunista más tiempo que cualquier otra nación del planeta, con excepción de Corea del Norte. En la actualidad, cuando los últimos miembros de la generación de los revolucionarios «barbudos» empiezan a desvanecerse del poder, las protestas masivas en las calles de La Habana demuestran el anhelo de cambio de la población. El que los revolucionarios hayan conseguido mantener el control del país durante tanto tiempo se debe, al menos en parte, a la terca hostilidad de Estados Unidos, todavía frustrado y amargado tras sesenta años de desafío de los hermanos Castro.

Un motivo para estar permanentemente agradecidos por el desenlace de la crisis de los misiles es, por supuesto, el hecho de que estemos aquí para leer y escribir sobre ella. Hoy, en la estela de los nuevos y monstruosos actos de agresión llevados a cabo por Rusia en Ucrania, lo ocurrido en esos trece días adquiere una actualidad inquietante y angustiosa, pues nos enseña los peligros de que las grandes potencias se aventuren hasta el borde del abismo, un abismo del que en 1962 por suerte supieron retirarse. El mundo

no tiene garantía alguna de que siempre seamos tan afortunados como para ver a los líderes nacionales demostrar una sabiduría comparable.

MAX HASTINGS,
Chilton Foliat, Berkshire Occidental,
junio de 2022

Una cronología de acontecimientos significativos a nivel mundial durante la era de la Guerra Fría

1945

4-11 de febrero En la conferencia de Yalta los Aliados occidentales aceptan la hegemonía de Stalin sobre Europa oriental.

8 de mayo Los Aliados occidentales declaran el fin de la segunda guerra mundial en Europa, mientras que la Unión Soviética establece su propio día de la victoria en Europa.

17 de julio-2 de agosto Se acuerda la partición de Alemania en la conferencia de Potsdam, en la que los líderes occidentales conocen la noticia de que el 16 de julio se ha probado con éxito una bomba atómica en Alamogordo. Stalin se compromete a declarar la guerra a Japón.

6 de agosto La fuerza aérea estadounidense arroja una bomba atómica sobre Hiroshima.

8 de agosto La URSS declara la guerra a Japón.

9 de agosto La fuerza aérea estadounidense arroja una bomba atómica sobre Nagasaki.

14 de agosto Rendición de Japón.

24 de octubre Fundación oficial de las Naciones Unidas en San Francisco.

1946

9 de febrero Stalin pronuncia un discurso en el que declara que el comunismo y el capitalismo son irreconciliables, con lo que parece rechazar la posibilidad de una coexistencia pacífica.

5 de marzo Churchill pronuncia en Fulton, Misuri, el discurso sobre el «telón de acero».

1 de julio Estados Unidos realiza en el atolón Bikini la primera de las 23 pruebas con bombas atómicas que llevará a cabo en tiempo de paz.

1947

12 de marzo En un discurso ante el Congreso el presidente estadounidense promulga la Doctrina Truman, que declara la voluntad de Estados Unidos de oponerse a la expansión comunista y hacerlo de manera inmediata en Grecia.

5 de junio En un discurso en la Universidad de Harvard el secretario de Estado George Marshall anuncia el Plan Marshall, que ofrece ayudas económicas por valor de trece mil millones de dólares para la reconstrucción de Europa. La URSS rechaza la parte de esos fondos propuesta para Europa oriental y anuncia como alternativa su propio Plan Mólotov.

15 de agosto La India logra la independencia. La partición del Subcontinente da lugar a la creación de Pakistán Oriental y Occidental, de mayoría musulmana.

2 de septiembre Una conferencia convocada por Estados Unidos proclama el Pacto de Río, que establece una zona de seguridad hemisférica.

1948

25 de febrero Los comunistas se hacen con el control del gobierno checo. Dos semanas más tarde, el ministro de Exteriores, Jan Masaryk, es hallado muerto.

17 de marzo Con el Pacto de Bruselas los gobiernos europeos declaran su intención de hacer frente al comunismo.

14 de mayo Proclamación del Estado de Israel.

24 de junio Stalin impone el bloqueo de Berlín, que se prolonga durante once meses, a lo largo de los cuales los Aliados occidentales abastecen la ciudad de alimentos y combustible mediante un puente aéreo ininterrumpido.

Yugoslavia abandona el bloque soviético, después de lo cual Tito lleva a cabo una purga general de estalinistas y acepta la ayuda económica de Estados Unidos.

1949

4 de abril Se ratifica el tratado que crea la OTAN.

12 de abril Moscú levanta el bloqueo de Berlín.

23 de mayo Los Aliados occidentales crean la República Federal de Alemania con Bonn como capital.

29 de agosto La Unión Soviética prueba su primera bomba atómica.

1 de octubre Mao Zedong emerge como el vencedor de la guerra civil china y proclama la República Popular China. Chiang Kai-shek, el derrotado líder nacionalista, se retira a Formosa (la moderna Taiwán), donde anuncia la formación de un gobierno rival bajo la protección de la armada estadounidense.

7 de octubre Moscú crea la República Democrática Alemana en su zona de ocupación.

1950

30 de enero Truman aprueba el desarrollo de la bomba de hidrógeno.

Febrero El senador por Wisconsin Joseph McCarthy lanza su cacería de brujas contra los «comunistas en las altas esferas» dentro de Estados Unidos e impulsa la introducción de «pruebas de lealtad».

24 de junio El ejército norcoreano, armado por la Unión Soviética, invade Corea del Sur con la bendición de Stalin. Fuerzas estadounidenses y, en menor número, británicas intervienen en defensa de los surcoreanos; y pese al intento soviético de bloquear el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, Estados Unidos consigue que se vote una resolución que le insta a liderar una fuerza multinacional bajo la bandera de la ONU con el fin de repeler la agresión norcoreana.

Noviembre-diciembre Un ejército de «voluntarios» (2.300.000 chinos terminarían prestando servicio a lo largo de la confrontación) entra en Corea del Norte desde China para salvar al gobierno ante el avance de las fuerzas de la ONU encabezadas por general Douglas MacArthur, a las que infligen una humillación en el campo de batalla antes de que se logre frenar su ofensiva en medio de la península.

1951

18 de febrero Grecia y Turquía se convierten en miembros de la OTAN.

11 de abril Truman destituye a MacArthur como jefe supremo de las fuerzas de Estados Unidos y la ONU en Corea por proponer el uso de armas nucleares contra China.

1952

3 de octubre El Reino Unido prueba su primera bomba atómica.

1 de noviembre Estados Unidos prueba la primera arma termonuclear.

4 de noviembre Elección de Eisenhower como presidente de Estados Unidos.

1953

5 de marzo Muerte de Stalin.

17-24 de junio Por toda Alemania Oriental se producen huelgas y protestas en las que participan unos 230.000 obreros, algunos de ellos antiguos nazis, y que los soviéticos reprimen con soldados y tanques; hay decenas de bajas, al menos cuarenta ejecuciones, y se encarcela a miles de manifestantes.

27 de julio Se firma el armisticio que pone fin a la guerra de Corea en Panmunjom, cerca de la línea de partición original entre el Norte y el Sur. Las graves tensiones entre los dos países persisten en el siglo XXI, con las fuerzas de uno y otro enfrentadas a lo largo de la frontera establecida en el armisticio.

12 de agosto Los soviéticos prueban su primera bomba termonuclear.

1954

1 de marzo Estados Unidos prueba la primera bomba de hidrógeno en el atolón Bikini.

7 de mayo Las fuerzas francesas sufren una derrota aplastante a manos de las fuerzas comunistas de Ho Chi Minh en Dien Bien Phu: Francia ha perdido su guerra contra los nacionalistas indochinos.

Julio Vietnam, el componente más grande de la antigua Indochina francesa, se parte en dos países a lo largo del paralelo 17 según los acuerdos alcanzados en la conferencia de Ginebra.

Septiembre-diciembre El Ejército Popular de Liberación chino bombardea los archipiélagos de Quemoy y Matsu, en poder de los nacionalistas de Chiang Kai-shek.

1955

14 de mayo Se firma el Pacto de Varsovia, la alianza militar de las fuerzas armadas del imperio soviético. El Ejército Rojo se retira de Austria, como también lo hacen las fuerzas de ocupación occidentales. Austria se convierte en un país neutral.

Septiembre Tras dos años de lucha por el poder en el Kremlin, Jrushchov emerge victorioso y se convierte en primer secretario del Comité Central del Partido Comunista, el líder de la Unión Soviética.

22 de noviembre La URSS prueba su primera bomba de hidrógeno.

1956

14-25 de febrero El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética marca el comienzo de la desestalinización.

29 de junio La URSS envía tanques a Poznan, Polonia, para reprimir las protestas de los trabajadores contra el gobierno comunista.

Octubre-noviembre Fuerzas de la URSS sofocan la revolución húngara contra el dominio soviético.

29 de octubre La crisis del canal de Suez, que empezó el 26 de julio con la nacionalización del canal por parte del presidente Nasser, escala de forma espectacular con la invasión israelí de territorio egipcio. La operación había sido acordada en secreto con los gobiernos de Francia y el Reino Unido para justificar su propio asalto anfibio el 5 de noviembre. La agresión se aborta de forma abrupta debido a la insistencia del presidente estadounidense, Dwight Eisenhower. Las fuerzas anglo-francesas se retiran en diciembre.

1957

25 de marzo Se firman en Roma los tratados que crean la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica.

26 de agosto La Unión Soviética prueba con éxito el primer misil balístico intercontinental (ICBM, por sus siglas en inglés).

4 de octubre La URSS pone en órbita el satélite Sputnik 1.

3 de noviembre Se lanza el Sputnik 2, que transporta a la primera criatura viva en entrar en el espacio desde la Tierra: la perra Laika, que muere durante el vuelo.

8 de noviembre El Reino Unido prueba su primera arma termonuclear.

1958

1 de junio El general Charles de Gaulle vuelve al poder en Francia.

21 de julio La NASA inicia el programa espacial Mercury utilizando cohetes Atlas.

Agosto Los chinos bloquean los archipiélagos de Quemoy y Matsu.

Noviembre Jrushchov exige la retirada de las tropas occidentales de los sectores que controlan en Berlín.

1959

Enero Fidel Castro asume el poder en Cuba tras la huida del dictador Fulgencio Batista.

Junio La URSS revoca el acuerdo de cooperación nuclear sino-soviético.

15-27 de septiembre Jrushchov visita Estados Unidos.

1960

13 de febrero Francia detona en el desierto del Sahara su primer dispositivo nuclear con miras al desarrollo de una fuerza de disuasión propia (también conocida como *force de frappe* o «fuerza de choque»).

1 de mayo Misiles antiaéreos soviéticos derriban un avión espía U-2 de Estados Unidos en el espacio aéreo de la URSS.

5 de mayo Jrushchov anuncia la captura del capitán Francis Gary Powers, el piloto del U-2 derribado.

15-16 de mayo Fracasa la cumbre de París entre Jrushchov, Eisenhower, Macmillan y De Gaulle.

La marina estadounidense bota el primero de sus 41 submarinos armados con misiles balísticos Polaris.

8 de noviembre John F. Kennedy derrota a Richard Nixon y se convierte en presidente electo de Estados Unidos.

19 de diciembre Castro se compromete a alinearse con la Unión Soviética y el comunismo.

1961

12 de abril Yuri Gagarin se convierte en el primer cosmonauta del mundo.

17 de abril Exiliados cubanos con el apoyo de la CIA lanzan la invasión de bahía de Cochinos.

21-26 de abril Fallido golpe militar contra De Gaulle en Argelia.

5 de mayo Primer vuelo espacial tripulado estadounidense.

4 de junio Cumbre de Viena entre Kennedy y Jrushchov.

12-13 de agosto Se cierra la frontera de Alemania Oriental, y el día 17 comienza la construcción del Muro de Berlín.

1962

Estados Unidos se implica de forma creciente en la guerra de Vietnam.

18 de marzo En Évian, Francia firma el alto el fuego en Argelia como paso previo al reconocimiento de la independencia del país.

Abril Jrushchov concibe la operación Anádir: el despliegue de misiles nucleares soviéticos en Cuba.

Junio El Presídium de la URSS respalda de manera oficial la operación Anádir. En Novocherkask, el ejército mata a 26 manifestantes desarmados.

Julio Primer envío a Cuba de armas y personal en el marco de la operación Anádir.

14 de octubre Al sobrevolar Cuba, un avión U-2 obtiene las primeras fotografías de la instalación de misiles en la isla.

16 de octubre Se informa al presidente estadounidense acerca de los misiles.

22 de octubre En un discurso televisado, Kennedy se dirige a los estadounidenses y revela el descubrimiento de los misiles.

23 de octubre Estados Unidos pone en marcha el bloqueo naval de Cuba.

28 de octubre Jrushchov escribe una carta a Kennedy comprometiéndose a retirar los misiles; Radio Moscú difunde la misiva.

20 de noviembre La Unión Soviética acuerda también retirar de Cuba los bombarderos Iliushin Il-28 con capacidad nuclear; en respuesta, Estados

Unidos levanta el bloqueo naval de la isla.

21 de diciembre En la cumbre bilateral celebrada en Nasáu Estados Unidos acuerda proporcionar al Reino Unido misiles Polaris para su programa de disuasión nuclear.

1963

25 de julio Tras solo doce días de negociaciones, Estados Unidos, la URSS y el Reino Unido acuerdan un tratado que prohíbe parcialmente las pruebas nucleares en la atmósfera, el espacio exterior y bajo el agua.

2 de noviembre Generales survietnamitas asesinan en Saigón al presidente Ngo Dinh Diem en un golpe de Estado patrocinado por Estados Unidos.

22 de noviembre John F. Kennedy es asesinado en Dallas.

1964

Agosto El incidente del golfo de Tonkín y la resolución del Congreso a la que da lugar señalan una escalada de la implicación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam.

13-14 de octubre Destitución de Jrushchov en el Kremlin; le reemplaza una jefatura colectiva dominada por Leonid Brézhnev.

16 de octubre China prueba su primer dispositivo nuclear.

1965

30 de abril Marines y fuerzas aerotransportadas de Estados Unidos llegan a la República Dominicana para impedir una potencial toma del poder por

parte de los comunistas, o lo que en Washington se percibe como una repetición de lo ocurrido en Cuba.

Julio Se anuncia el despliegue de doscientos mil soldados estadounidenses en Vietnam; los B-52 comienzan a bombardear Vietnam del Norte.

Agosto La India y Pakistán libran una breve guerra por la región de Cachemira; el conflicto termina en septiembre.

1 de octubre El ejército de Indonesia frustra un supuesto golpe procomunista en el archipiélago.

1967

Protestas masivas contra la guerra de Vietnam en el mundo entero y en especial en Estados Unidos.

5-10 de junio Israel logra una victoria devastadora sobre Egipto, Siria y Jordania en la guerra de los Seis Días.

9 de octubre El ejército boliviano ejecuta a Ernesto «Che» Guevara, de treinta y nueve años.

1968

Enero El Reino Unido anuncia la decisión de retirar, para 1971, todas sus fuerzas armadas desplegadas al este de Suez.

23 de enero Corea del Norte captura el buque espía USS *Pueblo*. Sigue siendo materia de discusión si la embarcación se encontraba en aguas internacionales, como aseguró en su momento Estados Unidos. Los 82 miembros de la tripulación supervivientes (un marinero había muerto víctima de los disparos norcoreanos) permanecen prisioneros durante once meses.

31 de enero En Vietnam, los comunistas lanzan la devastadora ofensiva del Tet, que conmociona a la sociedad estadounidense, pese a saldarse finalmente con una victoria militar de Estados Unidos.

31 de marzo El presidente Lyndon B. Johnson anuncia, en un discurso televisado a toda la nación, que no se presentará a la reelección.

6 de junio El senador Robert Kennedy es asesinado en Los Ángeles.

20-21 de agosto Fuerzas de la URSS aplastan la revuelta de la Primavera de Praga, contra el dominio soviético en Checoslovaquia.

5 de noviembre Richard Nixon es elegido presidente de Estados Unidos.

1969

28 de abril De Gaulle dimite como presidente de Francia.

20 de julio El Apolo 11 aterriza en la Luna, un triunfo decisivo para Estados Unidos en la «carrera espacial» con la Unión Soviética.

1970

28 de abril Nixon inicia una ofensiva de Estados Unidos y Vietnam del Sur en Camboya.

Diciembre Normalización de las relaciones diplomáticas entre Polonia y Alemania Occidental.

1971

3-16 de diciembre Guerra indo-paquistaní: Pakistán Oriental se convierte en la nación independiente de Bangladés.

1972

21-28 de febrero El presidente Nixon visita China.

26 de mayo Se firma en Moscú, durante la cumbre entre Nixon y Brézhnev, el acuerdo SALT I (por las siglas en inglés de «Conversaciones sobre limitación de armas estratégicas»).

21 de diciembre Alemania Oriental y Occidental se reconocen mutuamente como Estados soberanos, como parte de la *Ostpolitik* («política del este») promovida por el canciller Willy Brandt para normalizar las relaciones.

1973

1 de enero El Reino Unido, Irlanda y Dinamarca se unen a la Comunidad Económica Europea.

27 de enero Alto el fuego entre las fuerzas estadounidenses y comunistas en Vietnam, tras la firma de los acuerdos de paz de París por parte de Kissinger y Le Duc Tho.

11 de septiembre Un golpe militar patrocinado por Estados Unidos derroca al gobierno socialista de Chile, cuyo presidente, Salvador Allende, muere durante el asalto al palacio de La Moneda.

6-25 de octubre Egipto y Siria atacan Israel. Por intermediación de Estados Unidos se alcanza un alto el fuego después de la victoria abrumadora de Israel. Estados Unidos sustituye a la Unión Soviética como influencia exterior dominante en el gobierno de Egipto.

1974

18 de mayo La India prueba su primer dispositivo nuclear.

20 de julio Tras el golpe de Estado llevado a cabo por militares griegos en Chipre el día 15, Turquía invade la isla, que a partir de entonces queda dividida.

8 de agosto Richard Nixon renuncia a la presidencia de Estados Unidos como consecuencia del escándalo del Watergate. Le reemplaza Gerald Ford.

1975

30 de abril Saigón cae en poder de las fuerzas comunistas: la derrota de las fuerzas survietnamitas apoyadas por Estados Unidos es completa; el país se reunifica bajo el dominio de Hanói.

1976

Fuerzas soviéticas y cubanas ayudan a instalar un gobierno comunista en Angola.

9 de septiembre Muerte de Mao Zedong.

2 de noviembre Jimmy Carter es elegido presidente de Estados Unidos.

1979

1 de enero China y Estados Unidos establecen relaciones diplomáticas formales.

17 de enero El sah de Irán, entonces un prominente satélite de Estados Unidos, abandona Teherán después del derrocamiento del régimen a manos de los islamistas liderados por el ayatolá Jomeini.

17 de febrero China invade Vietnam en represalia por la intervención vietnamita en Camboya que puso fin al régimen de los jemeres rojos, que los chinos apoyaban. El conflicto se prolonga hasta el 16 de marzo.

4 de mayo Margaret Thatcher se convierte en primera ministra del Reino Unido.

18 de junio Se firma el acuerdo SALT II para limitar la producción de misiles balísticos intercontinentales.

4 de noviembre 52 miembros de la delegación diplomática son tomados como rehenes en la embajada de Estados Unidos en Teherán. Comienza así la «crisis de los rehenes», que se prolongará durante 444 días.

12 de diciembre En respuesta al despliegue de misiles SS-20 por parte de la Unión Soviética, la OTAN decide desplegar en Europa 572 misiles (balísticos y de crucero) de fabricación estadounidense.

25 de diciembre Las fuerzas de la URSS entran en Afganistán para apoyar al régimen títere del Kremlin en Kabul, fruto de un golpe de Estado; la intervención soviética en la guerra civil afgana durará diez años.

1980

3 de enero El Senado estadounidense suspende el acuerdo SALT II en respuesta a la invasión de Afganistán.

24 de abril La operación militar Garra de Águila para rescatar a los rehenes de la embajada de Estados Unidos en Irán fracasa de forma desastrosa, lo que inflige un daño tremendo a la credibilidad tanto de la administración Carter como del ejército estadounidense.

4 de mayo Muere el presidente de Yugoslavia, Josip Broz, «Tito».

14 de agosto Huelga de los trabajadores de los astilleros y creación del sindicato Solidaridad en Polonia; el líder de la organización, Lech Wałęsa, se convierte de inmediato en un héroe popular.

4 de noviembre Ronald Reagan es elegido presidente de Estados Unidos.

1982

2 de abril Argentina invade y ocupa el archipiélago de las Malvinas.

6 de junio Israel invade Líbano.

14 de junio Las fuerzas argentinas en las Malvinas se rinden.

10 de noviembre Muere el líder soviético Leonid Brézhnev, le reemplaza Yuri Andrópov.

1983

23 de marzo El presidente Reagan anuncia la Iniciativa de Defensa Estratégica «guerra de las galaxias», una fantasía tecnológica que, no obstante, aterroriza a los soviéticos, que la consideran una amenaza capaz de destruir el «equilibrio de terror» entre las superpotencias y dejar a la URSS a merced de Estados Unidos.

25 de octubre Fuerzas estadounidenses invaden la isla de Granada, una antigua colonia británica, sin consultar con la primera ministra del Reino Unido, Margaret Thatcher.

1985

Marzo Tras la muerte de Konstantín Chernenko, Mijaíl Gorbachov se convierte en líder de la Unión Soviética e inicia un programa de apertura (*glásnost*) y reorganización (*perestroika*).

19-20 de noviembre Reagan y Gorbachov celebran en Ginebra su primera cumbre bilateral, que finaliza sin resultados concluyentes.

1986

26 de abril Explota el reactor de la central nuclear de Chernóbil, el peor accidente nuclear de la historia.

11-12 de octubre Reagan y Gorbachov celebran una histórica cumbre en Reikiavik en la que acuerdan eliminar los misiles nucleares de alcance intermedio desplegados en Europa, un hito crucial en los años finales de la Guerra Fría.

1987

Octubre Reagan y Gorbachov acuerdan retirar los misiles de corto y medio alcance de Europa.

8-10 de diciembre Reagan y Gorbachov celebran una tercera cumbre bilateral en Washington D. C. Las conversaciones sobre el desarme fracasan en el último minuto, pero allanan el camino para el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio (INF por sus siglas en inglés).

1988

8 de noviembre El vicepresidente George H. W. Bush es elegido presidente de Estados Unidos.

1989

Enero Las fuerzas soviéticas se retiran de Afganistán.

4 de junio Con el abrumador triunfo de Solidaridad en las elecciones, Polonia se independiza del bloque soviético.

23 de octubre Hungría se declara república independiente.

9 de noviembre Cae el Muro de Berlín y los alemanes del Este pueden acceder sin restricciones al Oeste.

Diciembre Caen los gobiernos comunistas de Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía.

1990

Marzo Lituania se independiza de la Unión Soviética.

29 de mayo Borís Yeltsin es elegido presidente de Rusia.

2 de agosto Irak invade Kuwait.

3 de octubre Reunificación alemana.

22 de noviembre Margaret Thatcher renuncia al cargo de primera ministra del Reino Unido.

1991

16 de enero La coalición liderada por Estados Unidos inicia una campaña aérea contra Irak.

15 de febrero Las fuerzas de tierra de la coalición entran en Kuwait.

28 de febrero El presidente George H. W. Bush anuncia el final de las operaciones y la liberación de Kuwait.

25 de junio Yugoslavia comienza a desintegrarse.

26 de diciembre La disolución de la Unión Soviética señala el final de la Guerra Fría.

Principales participantes en la crisis de los misiles

En Estados Unidos

John F. Kennedy (1917-1963), presidente de Estados Unidos.
Lyndon B. Johnson (1908-1973), vicepresidente de Estados Unidos.
Dean Rusk (1909-1994), secretario de Estado.
Robert McNamara (1916-2009), secretario de Defensa.
General Maxwell Taylor (1901-1987), presidente del Estado Mayor Conjunto.
General Curtis LeMay (1906-1990), jefe del Estado Mayor de la USAF.
Almirante George Anderson (1906-1992), jefe de Operaciones Navales.
John McCone (1902-1991), director de la CIA.
Theodore Sorensen (1928-2010), asesor político, consejero de la Casa Blanca y escritor de los discursos del presidente.
Llewellyn Thompson (1904-1972), embajador extraordinario para asuntos soviéticos; exembajador de Estados Unidos en Moscú.
George Ball (1909-1994), subsecretario de Estado.

Los servicios de inteligencia estadounidenses en 1962

La Agencia Central de Inteligencia, la CIA, creada en 1947, era la principal rama civil del espionaje del gobierno de Estados Unidos, y era asimismo la organización responsable del análisis de la información y las operaciones paramilitares en el extranjero; el director de la agencia era nombrado por (e

informaba a) el presidente de Estados Unidos, en cuanto jefe del Consejo de Seguridad Nacional, otra institución creada en 1947. El presupuesto de la CIA en 1962 duplicaba el del Departamento de Estado. La Oficina de Estimaciones Nacionales (ONE, por sus siglas en inglés) era el órgano encargado de hacer las valoraciones estratégicas dentro de la Agencia, y no debe confundirse con la Oficina de Evaluación Estratégica (ONA, por sus siglas en inglés) del Ministerio de Defensa, que no se crearía hasta 1973 y cuyas conclusiones estarían con mucha frecuencia en desacuerdo con las de la ONE.

La Agencia de Seguridad Nacional, la NSA, fundada en 1952 sobre los cimientos establecidos en la segunda guerra mundial por los descifradores de códigos del Ejército de Estados Unidos en Arlington Hall, informaba al secretario de Defensa y se ocupaba de lo que se conoce como SIGINT o «inteligencia de señales»: el espionaje electrónico, la creación de claves secretas y el descifrado de códigos. La Agencia de Inteligencia de Defensa, la DIA, creada en 1961 dentro del Departamento de Defensa, recababa información directamente relevante para las actividades de las fuerzas armadas de Estados Unidos, cada una de cuyas ramas tenía además su propia división de inteligencia que informaba a su respectivo jefe de Estado Mayor. La Junta Nacional de Inteligencia se fundó en 1957 como un grupo asesor conformado por miembros de toda la comunidad de inteligencia, incluidos representantes del FBI, la agencia federal de investigación criminal, que realiza labores de inteligencia y contrainteligencia a nivel nacional. El Centro Nacional de Interpretación Fotográfica (NPIC, por sus siglas en inglés) nació en 1961 para colaborar tanto con la CIA como con los servicios de inteligencia del Departamento de Defensa.

Durante la crisis de los misiles hubo tensiones considerables, así como bastante confusión y rivalidad, entre estas organizaciones, y en especial entre la CIA y el Departamento de Defensa, pese a lo cual la colaboración profesional entre ellas se mantuvo.

En la Unión Soviética

Miembros del Presídium del Comité Central del Partido Comunista (conocido en ocasiones como Politburó) que estuvieron presentes en todas o algunas de las reuniones clave durante la crisis:

Nikita Jrushchov (1894-1971), jefe del gobierno, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista y presidente del Consejo de Ministros.

Frol Kozlov (1908-1965), segundo secretario del Comité Central del Partido Comunista.

Anastás Mikoyán (1895-1978), primer vicepresidente del Consejo de Ministros.

Leonid Brézhnev (1906-1982), protegido de Jrushchov, era entonces secretario general del Partido.

Alekséi Kosyguin (1904-1980), primer vice primer ministro.

Dmitri Polianski (1917-2001), jefe del Partido Comunista de la República Socialista de Rusia y más tarde presidente del Consejo de Ministros.

Mijaíl Súslov (1902-1982), ideólogo y fuerte adversario de Jrushchov.

Nikolái Shvérnik (1888-1970), antiguo presidente del Presídium y jefe de los sindicatos.

Miembro candidato Víktor Grishin (1914-1992), más tarde jefe del Partido Comunista de Moscú.

Secretarios: P. N. Démichev, L. F. Ilichev, B. N. Ponomariov, A. N. Shelepin, V. V. Kuznetsov.

Asistentes en momentos puntuales

Andréi Gromiko (1909-1989), ministro de Asuntos Exteriores de la URSS.

General Rodión Malinovski (1898-1967), ministro de Defensa de la URSS.

General Issá Plíyev (1903-1979), oficial al mando de las fuerzas soviéticas en Cuba.

Aleksandr Alekseev (1913-2001), agente de la KGB, embajador soviético en Cuba entre 1962 y 1968.

Gobierno soviético en 1962

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas aparece en la siguiente narración bajo varias denominaciones —la URSS, la Unión Soviética, Rusia— sencillamente para evitar las repeticiones. Creado en 1922, el Estado soviético estaba gobernado por el Partido Comunista, que cada cinco años celebraba un congreso para elegir un Comité Central formado por los trescientos funcionarios más influyentes del Partido. Ese Comité elegía a su vez un órgano ejecutivo, o gabinete, de alrededor de una docena de miembros conocido como el Presídium o Politburó (los rusos usaban ambos términos de forma indistinta), que era el que ejercía el poder real. El Comité Central también elegía a los «secretarios» como administradores del Partido, de los cuales Jrushchov era el más importante. El parlamento o Sóviet Supremo tenía funciones principalmente ceremoniales y elegía un Consejo de Ministros, del que en 1958 Jrushchov había asumido también la presidencia. Entre tanto, Leonid Brézhnev, como presidente del Sóviet Supremo, era nominalmente el jefe de Estado. Con todo, estos detalles tienen en realidad poca importancia en el relato que sigue. Mientras gozó de la confianza, o al menos la aquiescencia, del Presídium del Partido, Jrushchov ejerció una autoridad dictatorial.

En Cuba

Osvaldo Dorticós Torrado (1919-1983), presidente.

Fidel Castro (1926-2016), primer ministro y primer secretario del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba.

Raúl Castro (1931-), ministro de Defensa.

Ernesto «Che» Guevara (1928-1967), ministro de Industria.

Raúl Roa García (1909-1982), ministro de Relaciones Exteriores.

Emilio Aragonés (1928-2007), estrecho colaborador del Che Guevara y, más tarde, secretario de organización del Partido Comunista de Cuba.

José Abrantes Fernández (1935-1991), jefe de seguridad del Estado y, más tarde, ministro del Interior.

Husos horarios

Cierta confusión alrededor del tiempo resulta ineludible, pero solo es posible atribuir a los acontecimientos la hora del lugar en que se produjeron. Gran parte de la acción ocurrió en el este de Estados Unidos y, por ende, se registra aquí siguiendo el horario de verano de esta zona del país (EDT, por sus siglas en inglés). Con respecto a este huso horario los relojes en Cuba estaban una hora adelantados (la hora estándar cubana se mantiene todo el año); Londres, por su parte, estaba cinco horas por delante de Washington; y Moscú, siete. Esto cambió a las dos de la madrugada del 28 de octubre, cuando Estados Unidos atrasó sus relojes una hora, aumentando la diferencia horaria entre Moscú y la costa este de Estados Unidos a ocho horas.

Prólogo Operación Zapata, 17-19 de abril de 1961

Justo antes de la medianoche del 16 de abril de 1961, a poco más de dos kilómetros de la costa de Cuba, cinco destartalados buques de transporte echaron el ancla para iniciar una de las operaciones militares más desastrosas de la historia. Los aspirantes a libertadores que se encontraban a bordo de esos barcos, vestidos con uniformes de camuflaje y ataviados ya con el correaje y las armas, se sorprendieron al ver luces en la costa, pues según la información que les habían proporcionado los estadounidenses iban a desembarcar en un área desierta. Fuera como fuese, resolvieron continuar adelante con la operación. Con rapidez y algo de torpeza, los buzos descendieron a los botes de goma para poner las balizas que servirían para guiar a la fuerza de asalto. En contra de las órdenes que habían recibido, algunos instructores estadounidenses acompañaron a los equipos encargados de realizar esa labor. Los invasores abrieron fuego contra un todoterreno que avanzaba por la playa, lo que hizo que de inmediato desaparecieran las luces que veían en la orilla. Se produjo entonces un feroz tiroteo entre los atacantes, desde el mar, y los efectivos de la milicia local, desde las palmeras y los manglares. Entre tanto, en uno de los transportes, a instancias de los hombres de la Agencia Central de Inteligencia que los habían acompañado hasta allí, José Pérez, «Pepe», San Román, uno de los comandantes cubanos de la invasión, se dispuso a desembarcar a sus hombres. El exoficial del ejército cubano tenía entonces veintinueve años. Encarcelado por el régimen de Batista y liberado por los revolucionarios victoriosos en enero de 1959, San Román había roto poco tiempo después

con Fidel Castro y, tras volver brevemente a prisión, acabó exiliándose en Estados Unidos. Su principal mérito para estar al mando en playa Girón («Playa Azul», en la designación de la operación) era el hecho de ser uno de los poquísimos invasores que tenían alguna experiencia militar, aunque no en el campo de batalla.

San Román fue lo bastante realista acerca de las posibilidades de éxito de la misión para pedirle a un estadounidense que le guardara los 10.000 dólares, en moneda de Estados Unidos, y otros 25.000, en pesos cubanos falsificados, que se le habían dado para pagar a la población local una vez que se hubiera conseguido establecer una cabeza de playa. No obstante, tras llegar a la orilla, hizo el gesto convenientemente teatral de besar la arena. Su desembarco fue más tranquilo que el de la mayoría de los invasores. Los cerebros de la CIA que habían planificado la operación no tuvieron en cuenta los arrecifes de coral que había frente a la costa y en los que encallaron varias embarcaciones. Cuando Erneido Oliva, otro oficial exiliado, y su equipo saltaron desde el buque de transporte al bote ligero de aluminio que debía llevarlos a la playa, uno de los hombres aterrizó sobre el timonel, que cayó al mar, y la embarcación quedó a la deriva, sin nadie a bordo que supiera cómo poner en marcha el motor fueraborda. Los siete hombres que formaban este grupo estuvieron meciéndose en el limbo durante cuarenta y cinco minutos, viendo desde la distancia el espectáculo de juegos pirotécnicos de la playa y oyendo las explosiones y ráfagas de disparos, hasta que una lancha los rescató y los remolcó a la orilla. La mayoría de los motores fueraborda resultaron inútiles, por lo que a las 05.30 del 17 de abril el desembarco se había desviado horriblemente del cronograma previsto y un batallón de infantería completo seguía atrapado en un transporte junto con los pertrechos de toda la fuerza.

Los mentores estadounidenses de la operación habían asegurado a los invasores que podrían desembarcar sin encontrar resistencia y que Fidel Castro necesitaría setenta y dos horas para desplegar al ejército regular y

estar en condiciones de hacerles frente. Sin embargo, se toparon con una milicia por completo en alerta que les disparaba con furia; y la artillería pesada estaba ya en camino. A los invasores también se les había dicho que la fuerza aérea revolucionaria sería neutralizada por los aviones de la fuerza de liberación, que atacarían disfrazados de aeronaves cubanas. En realidad, los aviadores renegados no lograron infligir un daño decisivo, aunque sí matar y herir a suficientes personas como para obsequiar a Castro un golpe propagandístico. Un avión, en apariencia dañado por las baterías antiaéreas de la isla, causó sensación al realizar un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto internacional de Miami, donde las autoridades afirmaron que era pilotado por desertores del régimen comunista.

La aviación cubana comenzó a atacar a la flotilla invasora poco después de las siete de la mañana con consecuencias catastróficas para esta. El *Houston* fue alcanzado por un cohete que atravesó el casco sin hacer explosión, pero abrió un agujero lo bastante grande como para que, dos horas después, el capitán se sintiera obligado a varar la embarcación. Un Hawker Sea Fury (uno de los cazas de fabricación británica que el Reino Unido había vendido al régimen de Batista) alcanzó el *Río Escondido*, que estalló con rapidez. Este buque transportaba todas las reservas de combustible, suministros médicos, equipos de comunicación, raciones y munición de la fuerza invasora. Mientras tanto, tierra adentro, un batallón de paracaidistas exiliados se precipitó a un caos similar al que estaba teniendo lugar en la playa. Muchos cayeron en medio de pantanos y casi todos no tardaron en descubrir que estaban perdidos.

En apenas unas horas resultó evidente que los exiliados estaban condenados, y si la muerte o la rendición se retrasaron fue solo debido a la lentitud de los defensores. El combate, reducido a unos pocos miles de metros de arena, manglares y palmeras con el mar a la vista, se prolongó durante tres días. Los estadounidenses que habían planificado la operación pretendían que esta desencadenara un levantamiento masivo del oprimido

pueblo cubano, ansioso por liberarse de las cadenas de Castro. En lugar de ello, los exiliados que fueron hechos prisioneros se toparon con una multitud furiosa que los insultaba y les escupía en la cara: «¡Paredón! ¡Paredón! ¡Paredón!». Los cubanos, que querían sangre, pero no la de Fidel, exigían que se ejecutara a los «libertadores».

En la costa, los barcos de transporte que habían sobrevivido al ataque de la aviación cubana zarparon para ponerse a salvo y abandonaron a los invasores a su suerte. El mundo aprendería a hablar de lo ocurrido como la invasión de bahía de Cochinos. El pueblo cubano, sin embargo, quiso dar al acontecimiento un nombre más sonoro y grandioso y eligió para ello otro topónimo local: playa Girón; hasta el día de hoy, en la isla el ataque se conoce y celebra como la invasión o batalla de playa Girón. El presidente John F. Kennedy, el jefe supremo de la nación más poderosa del planeta, le había concedido a Fidel Castro, el jefe supremo de una de las más débiles, una victoria de valor incalculable que fortalecía el prestigio grotescamente desorbitado del líder cubano, su condición de superestrella.

La crisis de los misiles se produjo casi dieciocho meses después y para comprenderla es fundamental situar los hechos de octubre de 1962 en el contexto creado por los de abril de 1961. La invasión de bahía de Cochinos, que la CIA bautizó con el nombre en clave de «Operación Zapata», se concibió más de un año antes. El presidente Dwight Eisenhower, exasperado por las incesantes burlas y provocaciones de Castro, autorizó a la Agencia Central de Inteligencia a reclutar y adiestrar una fuerza expedicionaria formada por exiliados cubanos de Florida con el propósito de derrocarlo. Uno de los primeros en dar un paso al frente fue Manuel Artime, de veintiocho años; bajo y fornido, con una voz áspera que impresionaba por su dureza, era un católico devoto que se había educado con los jesuitas. Se entrevistó con unos agentes de la CIA, que al término

del encuentro le dijeron: «Está bien, Artime, eres nuestro amigo y nosotros vamos a ser muy amigos tuyos».[1] Inicialmente se le trasladó en avión a Ciudad de México y luego pasó por una serie de campos de adiestramiento, primero en la Zona del Canal de Panamá y después en Guatemala. Otro hombre de la CIA, el alemán Gerard Droller, que se hacía pasar por un magnate del acero bajo el alias de «Frank Bender», le había dicho en Nueva York: «Recuerde, Manolo, no soy miembro del gobierno de Estados Unidos, no tengo nada que ver con el gobierno de Estados Unidos, solo trabajo para una empresa poderosa que quiere luchar contra el comunismo». El hecho de que «Bender» no hablara español no contribuyó a su credibilidad.

Al principio, el plan de los estadounidenses consistía en crear una fuerza guerrillera. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que para tener alguna posibilidad de derrocar al régimen instalado en La Habana dos años atrás se necesitaba una invasión convencional. Recordando cuán pocos eran los insurgentes que acompañaban a Castro a finales de diciembre de 1958, cuando salió de las montañas para derrocar al dictador Fulgencio Batista, los jefes de la CIA calcularon que con unos cinco mil hombres bastaría.

Otro de los primeros reclutas de la operación Zapata fue Erneido Oliva, un exoficial del ejército cubano de veintinueve años. Unos amigos le contactaron en La Habana en el verano de 1960: «Me dijeron que iba a haber una invasión. Estaban reuniendo tropas en un campo en Latinoamérica y tenían una oficina de reclutamiento en Estados Unidos, y querían que me uniera».[2] Oliva, además, era negro, lo que entonces no le hacía la vida en Cuba mucho más cómoda de lo que hubiera podido serlo en Estados Unidos. Huyó a Miami, dejando atrás a su esposa y su hija, nacida muy poco antes, y se sumó a la contrarrevolución. Los estadounidenses se comprometieron a pagar a cada recluta 175 dólares mensuales; para los que estaban casados, había un complemento de cincuenta dólares, además de 25 dólares adicionales por cada persona que tuvieran a cargo.

La comunidad de exiliados cubanos en Estados Unidos se encontraba escindida en facciones, en particular entre quienes habían sido soldados con Castro y quienes lo habían sido con Batista. Algunos instaron a Oliva a no unirse a la invasión con el argumento de que Fidel se había hecho demasiado fuerte para que fuera posible derrocarlo. El dictador en ciernes no desaprovechaba ninguna oportunidad para provocar al enorme vecino del norte: en septiembre de 1960, reconoció a la China roja y denunció a Estados Unidos como «un buitre ... que se alimenta de la humanidad». Desde Miami, la CIA continuó enviando al sur a los hombres que iba reclutando en grupos de cuarenta o cincuenta. Para el 4 de noviembre de ese año, había ya 430 en el campo de adiestramiento de Guatemala. Con ellos se formó la Brigada de Asalto 2506 (llamada así por el número de serie de un hombre que murió durante el adiestramiento) con Pepe San Román al mando. Dos semanas después, el director de la CIA, Allen Dulles, informó a John F. Kennedy sobre el plan de invasión de los exiliados. Tras su estrecha victoria sobre Richard Nixon, el presidente electo era consciente de que necesitaba algunos amigos conservadores para mejorar sus credenciales anticomunistas. Quería acción y decidió que los paramilitares de la CIA eran las personas indicadas para ello. El prestigio de la Agencia había aumentado mucho a ojos de los políticos de Washington en 1954, cuando organizó con éxito el derrocamiento del presidente de Guatemala, el radical Jacobo Árbenz, a instancias de la United Fruit Company. Sin embargo, mientras que este había sido un golpe relativamente fácil debido a la falta de apoyo popular del mandatario guatemalteco, los cambios de régimen posteriores resultaron más difíciles de gestionar y con frecuencia fracasaron.

Kennedy asumió el proyecto cubano cuando la empresa ya estaba en marcha. Pero durante la campaña presidencial había declarado en público: «Debemos procurar fortalecer las fuerzas democráticas no vinculadas a Batista, tanto en el exilio como en la misma Cuba, que son las que ofrecen

la esperanza de derrocar a Castro. Hasta este momento esos guerreros de la libertad no han contado prácticamente con ningún apoyo de nuestro gobierno».[3] La operación que planeaba la CIA se encontraba entre los secretos peor guardados del hemisferio. Ya en octubre de 1960 un periódico de Guatemala reveló la existencia de un campo de adiestramiento estadounidense en la selva del país, así como que lo que se preparaba allí era una invasión de Cuba. El *New York Times*, *The Nation* y otras publicaciones se hicieron eco de la noticia. La víspera de Año Nuevo de 1961, Castro pronunció un discurso en La Habana en el que mencionó la posibilidad de que el pueblo cubano tuviera que hacer frente a un ataque de Estados Unidos muy pronto. Dos días más tarde, Eisenhower, en uno de sus últimos actos de relieve como presidente, rompió relaciones diplomáticas con el régimen de la isla, que se había tornado de forma progresiva cada vez más beligerante y rencoroso.

La publicidad que recibió el proyecto de invasión se tradujo en una avalancha de nuevos reclutas en Miami. Sin embargo, por esta misma época, las actividades contrarrevolucionarias en Guatemala y Cuba eran un caos. Una serie de grupos de infiltración enviados a la isla vararon en la costa sin llegar a alcanzarla; y los primeros en conseguirlo llegaron sin armas ni equipo, después de verse obligados a nadar hasta la playa prácticamente desnudos cuando el bote en el que viajaban volcó. Las disputas internas en el campo de adiestramiento en Guatemala derivaron en la renuncia de Pepe San Román al mando de la brigada y el nombramiento de Oliva en su reemplazo. Este incidente hizo que la mitad de los aprendices amenazaran con renunciar. Con dificultad, se logró restablecer el orden. San Román se reincorporó. Los principales amotinados fueron detenidos y puestos en aislamiento.

En Washington, Dulles y su segundo, Richard Bissell, el responsable directo de la operación con los exiliados, instaron al nuevo presidente a actuar con rapidez y autorizar sin demora la invasión. Bissell, considerado

uno de los funcionarios de alto rango más brillantes de la Agencia y padre del proyecto del avión espía U-2, dijo en la vejez: «Mi filosofía ... era que los fines justificaban los medios y que nada me iba a frenar».[4] Evan Thomas, un historiador de la CIA, escribe que Bissell «personificaba la soberbia estadounidense en la era de la posguerra». El director y el subdirector de la CIA le dijeron al presidente que el éxito de la invasión estaba asegurado siempre y cuando esta se pusiera en marcha pronto; retrasarla, en cambio, podía resultar fatal, debido a la avalancha de armamento que el Pacto de Varsovia estaba enviando a Castro tras su abrazo con el líder soviético Nikita Jrushchov: era posible que en mayo ya fuera demasiado tarde. Por otro lado, advirtieron a Kennedy, si cambiaba de opinión y retiraba todo respaldo a la operación, habría de enfrentarse a una publicidad hostil y feroz. En el Capitolio y por todo el país, los conservadores le castigarían por su debilidad. La ira de los más de cien mil cubanos exiliados en Miami se vería reforzada por la de los estadounidenses que apoyaban su causa.

El argumento decisivo lo proporcionó el visto bueno del Estado Mayor Conjunto, el cuerpo formado por los altos mandos de las principales ramas de las fuerzas armadas de Estados Unidos, que se pronunció a favor de la operación. Los jefes militares del país profesaban por el ejército de Castro la misma clase de desprecio profesional que sentían por los insurgentes comunistas del Sureste Asiático. Tras la inspección de los hombres de San Román realizada por los enviados del Pentágono, el 10 de marzo de 1961 los militares informaron con entusiasmo sobre el estado de preparación de los exiliados. Un oficial dijo a Washington que la Brigada 2506 estaba «ansiosa por entrar en acción y absolutamente capacitada para la batalla».

Una generación antes, Winston Churchill había descartado el asesinato selectivo de líderes nacionales, incluido Adolf Hitler, como herramienta de guerra de un gobierno democrático. En cambio, en los años previos a su asesinato, el presidente John F. Kennedy respaldó o por lo menos consintió

esfuerzos encaminados a deponer o liquidar a varios líderes extranjeros, en particular en Cuba, Vietnam del Sur y la República del Congo. El historiador Arthur Schlesinger, un abanderado de la memoria de los hermanos Kennedy, rechazaba con rotundidad la acusación de que estos habían sido cómplices de los planes para asesinar a Castro. [5] Sin embargo, su enfática defensa de su inocencia resulta inaceptable.

El primer complot de la CIA contra el régimen de La Habana, todavía durante la presidencia de Eisenhower, fue el ofrecimiento de diez mil dólares al piloto del avión que debía transportar de Praga a la capital cubana a Raúl Castro, el hermano de Fidel, si creaba un «accidente» fatal durante el vuelo. Los agentes le dijeron que el dinero se le pagaría al completar con éxito la misión y le prometieron que, en caso de que él mismo no sobreviviera, el gobierno costearía la educación universitaria de sus dos hijos. El plan no llegó a materializarse, como ocurriría con otros todavía más descabellados.

En lo que respecta a la invasión de bahía de Cochinos, McGeorge Bundy, el asesor de seguridad nacional de Kennedy, diría mucho tiempo después que «todos sentíamos que el régimen de Castro se había endurecido hasta convertirse en una dictadura muy cerrada, que en verdad la libertad de elección se había acabado, que no era malo permitir que un grupo de cubanos lo intentara y que en la isla los cubanos en su conjunto en realidad veían con poco entusiasmo a Castro. Llegamos a esa decisión a partir de pruebas que no eran precisamente perfectas. Existía la opinión, que hoy quizá resulte graciosa, pero entonces estaba bastante generalizada no solo en el gobierno sino en toda la nación, de que cuando los comunistas tomaban el poder en un país, la mayoría de la población de ese país realmente no los quería y, por tanto, estaría a favor de que se la liberara de ellos». [6] El grupo de estudio sobre Cuba de la Casa Blanca, dominado por Robert Kennedy y el general Max Taylor, coincidía con ese punto de vista: «A largo plazo es imposible vivir con Castro como vecino». [7] En lo que

respecta a la relación con el régimen de La Habana, el senador Mike Mansfield era una de las pocas voces influyentes en el Congreso que pedían cautela tanto en la retórica como en las acciones.

La administración Kennedy habría podido ahorrarse problemas si hubiera prestado atención al sabio consejo de un líder latinoamericano cuyo aprecio por la cúpula cubana no era mayor que el de la Casa Blanca. En enero de 1961, Arturo Frondizi, el presidente de Argentina, explicó a los miembros de una delegación estadounidense que estaba de visita en el país que la eliminación de Castro no resolvería el problema fundamental: «Lo que se necesita es atacar las condiciones que lo produjeron. Si se le elimina y no se modifican esas condiciones, surgirán nuevos Castro a lo largo y ancho del continente».[8]

En un comienzo, la CIA planeaba que el desembarco se realizara en marzo de 1961 en un sitio cercano a la ciudad de Trinidad, en el centro sur de la isla. Sin embargo, tras someter la operación a un análisis detallado, se decidió que el lugar elegido era demasiado prominente y estaba muy expuesto; la Casa Blanca, y en particular el presidente, instaron a los planificadores a buscar una ubicación «más discreta» que permitiera a los invasores consolidar su posición antes de que los defensores se enteraran de su llegada. El desembarco, inicialmente previsto para el alba, pasó a ser nocturno. En una serie de reuniones celebradas en el Departamento de Estado en Washington y en la sede de la CIA, se acordó que la Brigada 2506 debía tomar y mantener una cabeza de puente hasta que el «consejo revolucionario» de los exiliados cubanos se declarara el «gobierno en armas» y fuera posible utilizar la pista de aterrizaje que había cerca de la zona de desembarco. Pepe San Román sostendría después que se le había dicho que si la invasión se complicaba, Estados Unidos intervendría con fuerzas terrestres y aéreas.

El 11 de marzo de 1961, Kennedy presidió en la Casa Blanca una reunión para formalizar la autorización a la que asistieron muchas de las

luminarias de la clase dirigente de la época: McGeorge «Mac» Bundy, Dean Rusk, Robert McNamara, Paul Nitze, Richard Goodwin, Arthur Schlesinger, el senador William Fulbright. En palabras de Schlesinger, «todos escuchamos paralizados» la exposición de Richard Bissell sobre el plan de bahía de Cochinos. [9] Schlesinger recibió instrucciones de preparar el borrador de la declaración que haría el presidente una vez que la invasión se hubiera producido para explicar al mundo que «no tenemos ninguna objeción a la revolución cubana, sino al hecho de que Castro la haya entregado a los comunistas». Uno de los pasajes del documento que el historiador escribió para Kennedy decía: «El pueblo de Cuba sigue siendo nuestro hermano. Reconocemos que en nuestra pasada relación con él ha habido omisiones y errores. Estados Unidos ... expresa una profunda determinación de garantizar a los futuros gobiernos democráticos en Cuba un apoyo pleno y positivo en sus esfuerzos por ayudar al pueblo cubano a alcanzar la libertad, la democracia y la justicia social». [10] Schlesinger comentó con el presidente la reciente serie de artículos de Joseph Newman en el *New York Herald Tribune*, en los que el periodista, que acababa de visitar la isla, daba cuenta de la fortaleza actual de los sentimientos procastristas en el pueblo cubano. [11]

Más tarde él mismo admitiría que fue la soberbia de Kennedy lo que le impulsó a tomar la decisión final de seguir adelante con la operación: el mandatario tenía «una confianza enorme en su propia suerte. Todo le había salido bien desde 1956 ... Todos a su alrededor pensaban que tenía el toque de Midas y que no podía perder». [12] Se les habló de un informe de los servicios de inteligencia que sostenía que «la fuerza aérea cubana se encuentra en un estado de completa desorganización y carece de pilotos con experiencia y especialistas cualificados para las labores de mantenimiento y las comunicaciones ... Los aviones son en su mayoría obsoletos y no están operativos ... La eficacia de combate de la fuerza aérea es prácticamente inexistente». El presidente preguntó a cada uno de los presentes si se oponía

al proyecto. Si bien en esa ocasión Fulbright fue el único que manifestó con vehemencia su oposición al plan, Arthur Schlesinger escribió después dos memorandos destinados a Bundy, pero que también leyó Kennedy, en los que expresaba profundas dudas acerca de la operación. Nadie prestó atención a esas objeciones hasta después de la debacle.

Con el fin de preparar el terreno para lo que iba a suceder, el 3 de abril el Departamento de Estado emitió una declaración en la que exponía su ponderada evaluación del régimen de Castro, a saber, que constituía «un peligro claro e inminente ... para cualquier esperanza de difundir la libertad política, el desarrollo económico y el progreso social a todas las repúblicas del hemisferio ... La situación actual en Cuba plantea al hemisferio occidental y al sistema interamericano un desafío grave y urgente ... Lo que comenzó como un movimiento para ampliar la democracia cubana se ha pervertido al convertirse ... en un mecanismo para la destrucción de las instituciones libres en Cuba, para la toma por parte del comunismo internacional de una base y una cabeza de puente hacia las Américas».

El líder del exilio, José Miró Cardona, que había sido primer ministro de Cuba tras el triunfo de la Revolución, hizo un llamamiento: «¡A las armas, cubanos, que es preciso vencer para no morir asfixiados en la esclavitud! Hay miles de cubanos, hermanados en el ideal, que luchan ya en las sierras y en los llanos contra los que vendieron a la Patria. ¡Únete a ellos! Es la hora de la decisión y de la victoria. Invocando el favor de Dios, aseguramos que con la victoria vendrán la paz, la solidaridad humana, el bienestar general y el respeto absoluto a la dignidad de los cubanos sin excepciones. El deber nos llama a la guerra contra los verdugos de nuestros hermanos. Cubanos: ¡a vencer! ¡Por la Democracia! ¡Por la Constitución! ¡Por la Justicia Social! ¡Por la Libertad!».

En una rueda de prensa ofrecida por el presidente y celebrada en el auditorio del Departamento de Estado el 12 de abril, la primera pregunta fue sobre Cuba. Kennedy descartó cualquier participación de las fuerzas

armadas de Estados Unidos en un ataque contra el régimen de Castro y dijo: «El problema fundamental no es entre Estados Unidos y Cuba. Es entre los mismos cubanos». En Río de Janeiro, el *Jornal do Brasil* aplaudió semejante declaración pública de no injerencia: «Todo esto es muy positivo porque muestra que Estados Unidos comienza a comprender la psicología latinoamericana». Robert Kennedy, por su parte, nunca admitiría después su responsabilidad en la intervención intimidatoria: en una reunión en Washington, el entonces fiscal general afirmó que el presidente había tomado la decisión de apoyar el plan de invasión de los exiliados y, por lo tanto, él no deseaba oír nuevas críticas al proyecto.

Resulta asombroso que la CIA, los altos mandos de las fuerzas armadas y algunos diplomáticos veteranos se convencieran de que un contingente de 1.500 exiliados cubanos (en lugar de los cinco mil previstos inicialmente) sería capaz de derrocar al régimen de Castro. El exsecretario de Estado Dean Acheson haría luego una evaluación demoledora: «No es necesario llamar a Price Waterhouse para entender que 1.500 cubanos no son tan buenos como 25.000» (la fuerza que Castro tenía a su disposición). No obstante, en abril de 1961 la mentalidad de la administración estaba dominada por la misma arrogancia cultural que tanto contribuiría a la posterior catástrofe de Estados Unidos en Indochina. El gobierno y el pueblo estadounidenses despreciaban por igual a Castro y a sus fuerzas armadas.

Además, incluso después de que el presidente ordenara de forma explícita que ningún estadounidense participara en el desembarco, pocos de los impulsores del proyecto en la CIA creyeron que estuviera hablando en serio. Estaban convencidos, como sin duda lo estaban los exiliados cubanos, de que una vez que lograran establecer en la isla una presencia militar, por precaria que fuera, los poderosos Estados Unidos nunca permitirían que la empresa fracasara. Durante toda la operación Zapata, una fuerza de la armada estadounidense permaneció delante de la costa, justo en el límite de

las aguas cubanas, a la espera de una orden para intervenir por aire y por mar que nunca llegó. Quienes formaban parte de la conspiración creían que una vez que comenzaran los disparos, Washington arrojaría por la borda su cautela previa y apoyaría a los invasores con todas las fuerzas que fueran necesarias. Según Pepe San Román, «los cubanos, en su mayoría, habían accedido a participar porque entendían que los estadounidenses iban a dirigir la totalidad de la operación ... No estaban ahí porque confiaran en mí o en cualquier otra persona. Sencillamente confiaban en los estadounidenses». [13]

El 10 de abril, San Román se dirigió a las tropas antes de que el contingente abandonara su base centroamericana. Los hombres estaban exultantes. Se cantaron canciones, incluido el himno nacional de Cuba. Oliva diría luego que «fue un espectáculo grandioso, muy conmovedor. Una charanga tocaba música, la gente cantaba y lanzaba vivas». [14] El 13 de abril, un titular a toda plana del *Miami Herald* informaba de que la fuerza de los exiliados se había puesto en marcha. En Puerto Cabezas, Nicaragua, los hombres abordaron los viejos cargueros alquilados por la CIA. El embarque de las armas y el resto de los pertrechos se retrasó debido al estado de los destartalados cabrestantes y las grúas, que chirriaban bajo el peso de la carga. Para el traslado de los pocos tanques M-41 con que contaban los invasores, y otros vehículos, los estadounidenses les proporcionaron lanchas de desembarco diseñadas específicamente para este tipo de operaciones; el desembarco de la infantería, sin embargo, tendría que realizarse en botes. Mientras tanto, en la base aérea, los exiliados que atacarían los aeródromos de la isla y el Cuartel Columbia, en las afueras de La Habana, descubrieron que sus bimotores B-26 Invader habían sido adornados con las insignias de la fuerza aérea de Castro. En la madrugada del 15 de abril, se informó a los pilotos de sus objetivos.

Luis Somoza, el dictador nicaragüense, con la cara empolvada para satisfacer su peculiar vanidad, se presentó en el muelle para despedir a los

anfibios cubanos: «Tráiganme un par de pelos de la barba de Castro», gritó. Los hombres de los cuatro batallones (que pese a esa designación eran en realidad, por número de efectivos, meras compañías) recibieron pañuelos de identificación negros, rojos, azules o amarillos, según el nombre en clave de la playa que tenían que asaltar. Una vez en el mar, se les repartió la munición y se les ofreció un último y apresurado adiestramiento en el manejo de las armas. En uno de los buques, el *Atlántico*, un soldado torpe roció la cubierta con fuego de ametralladora calibre .50; como consecuencia del incidente un hombre resultó muerto y otros dos heridos. El cuerpo de la víctima fatal se entregó al mar en una solemne ceremonia fúnebre.

¿Quiénes eran esos cubanos? La categoría más numerosa, 250 hombres, la formaban los estudiantes; los soldados con experiencia eran apenas 135. La fuerza incluía maestros, mecánicos, periodistas, geólogos, ganaderos y sacerdotes católicos (tres). Cincuenta eran negros. Había varios judíos, pero no mujeres. Muchos «brigadistas», según ellos mismos se denominaban, nunca habían empuñado un arma antes de ese fin de semana. En cuanto a su afinidad cultural, algunos se sentían más cerca de Estados Unidos que de su supuesta patria. Otras facciones del exilio cubano vituperaban a San Román, al que consideraban un títere de Batista. Manuel Ray Rivero, que había sido ministro de Obras Públicas tras el triunfo de la Revolución y que testificaría luego ante el Comité Taylor, la comisión de investigación con la que la Casa Blanca buscó encubrir su implicación en la penosa historia, dijo: «La operación no arraigó en el pueblo de Cuba. Muchas de las personas que formaban parte de la fuerza no sabían por qué estaban luchando ... El control estadounidense era excesivo ... Muchos de los elementos de la fuerza representaban al viejo ejército cubano». [15]

El sábado 15 de abril, al amparo de la oscuridad, el pelotón de reconocimiento de la fuerza de distracción de 164 efectivos que debía desembarcar a unos cincuenta kilómetros al oriente de la base estadounidense de la bahía de Guantánamo, en el extremo opuesto de la isla

respecto a playa Girón, alcanzó la costa. Esta misión se había complicado porque apenas cuatro días antes, durante una demostración a cargo de quien habría debido ser el jefe del grupo, una granada estalló y, en palabras del informe del Comité Taylor, «voló el destacamento».[16] Tras inspeccionar la costa, el grupo de reemplazo volvió al barco de transporte para explicar que no había conseguido desembarcar porque la milicia estaba en alerta. Sus instructores estadounidenses les reprocharon con furia que hubieran regresado, pero no lograron hacer cambiar de idea a los acobardados soldados, que permanecieron a bordo del «buque nodriza» *La Playa* hasta que los jefes de la CIA desistieron de llevar a cabo esta operación secundaria, para gran alivio de sus protagonistas.

A las seis de la mañana de ese mismo sábado, casi cuarenta y ocho horas antes del desembarco anfibio, ocho bombarderos ligeros B-26 Invader, comprados por la CIA y tripulados por exiliados cubanos, atacaron tres aeródromos de la isla. Los bimotores destruyeron un puñado de aviones militares y civiles, pero no lograron disminuir de forma significativa las fuerzas aéreas de Castro. Pese a ello, los funcionarios de la CIA que se encontraban a bordo de los transportes dijeron a Pepe San Román y sus camaradas que los ataques habían sido un éxito. Varios B-26 resultaron dañados y se vieron obligados a realizar aterrizajes o amerizajes de emergencia. No obstante, el bombardero que aterrizó en el aeropuerto de Miami no había sido alcanzado por las baterías antiaéreas: los agujeros de bala que ostentaba eran decorativos y se le habían hecho antes del despegue para contribuir al engaño de la CIA. Su piloto, Mario Zúñiga, que volaba bajo el falso nombre de Juan García, aseguró ser un desertor de la aviación castrista que acababa de huir de Cuba. Las autoridades de inmigración estadounidenses le concedieron solemnemente el asilo.

En la sede de Naciones Unidas en Nueva York, el ministro de Relaciones Exteriores cubano denunció los ataques, lo que provocó la vehemente réplica de Adlai Stevenson, el embajador de Estados Unidos ante la

organización, que negó cualquier responsabilidad de su país en lo ocurrido. Ningún miembro de las fuerzas armadas estadounidenses había participado en el bombardeo, aseguró a la Asamblea General; más aún: el gobierno de Estados Unidos haría todo lo que estuviera en sus manos para impedir que los exiliados cubanos hicieran algo similar en el futuro. Al hacer esas declaraciones, el diplomático estaba siendo él mismo víctima de la trama de la CIA, que, por supuesto, contaba con la complicidad de la Casa Blanca. Pocos periodistas estadounidenses se dejaron engañar por un truco tan burdo. Un piloto contratado por la CIA comentaría luego con amargura que esos primeros ataques «solo sirvieron para enojar a Castro y darle tiempo a juntar sus fuerzas». [17]

El presidente Kennedy adoptó una actitud evasiva (para ser francos: perdió los nervios). Emitió una orden que cancelaba cualquier nuevo ataque aéreo y que permaneció en vigor durante el resto del fin de semana. La prohibición no se levantó hasta la mañana del 17 de abril, cuando los invasores desembarcaron en la isla. Los bombarderos desencadenaron una oleada de medidas represivas por parte del gobierno de Castro en toda Cuba. Se detuvo a miles de hombres y mujeres de cuya lealtad se sospechaba y se los confinó en lugares como el teatro Carlos Marx y el Castillo del Príncipe, en la capital, o el estadio de béisbol, en la ciudad de Matanzas. Movilizados por la CIA, varios grupos anticastristas locales llevaron a cabo ataques y actos de sabotaje, siendo el más llamativo el incendio de los grandes almacenes El Encanto de La Habana, en el que murió uno de los empleados. El Consejo Revolucionario Cubano, en sesión casi permanente en el Hotel Lexington de Nueva York, difundió una serie de declaraciones belicosas a través de una agencia de relaciones públicas de Manhattan.

Mientras tanto, en la isla, la operación Zapata tuvo el efecto de unir al pueblo cubano de forma extraordinaria. José Ramón Linares Ferrara era entonces un joven estudiante de arquitectura que había empezado a

observar con escepticismo algunos aspectos de la Revolución, pero su apoyo hacia ella se galvanizó tras los bombardeos y los acontecimientos inmediatamente posteriores: «Nos encontrábamos en medio de una clase con el arquitecto Ricardo Porro cuando oímos las explosiones. El profesor entró en pánico y nos dijo que nos tumbáramos en el suelo. Después de eso, pasamos una semana en el sótano de uno de los edificios de la universidad, con grasa hasta los codos mientras desembalábamos y aprendíamos a utilizar las metralletas checas PPSh. Girón conmovió de forma tremenda a todo el país, redibujó los límites de la discusión política. Fue un momento decisivo».[18] Los estudiantes hicieron cola para donar sangre en el hospital universitario y compartieron labores de vigilancia con una multitud de hombres y mujeres jóvenes y llenos de energía. En el funeral de las siete víctimas del ataque aéreo, Castro acusó a los estadounidenses de haber patrocinado los bombardeos y dijo, con acierto: «Eso es lo que no pueden perdonarnos ... que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos». Denunció el ataque como «dos veces criminal, dos veces artero, dos veces traicionero y mil veces cobarde» y lo comparó con el bombardeo llevado a cabo por los japoneses en Pearl Harbor en 1941. La multitud rugió en respuesta: «¡Fidel, Jrushchov, estamos con los dos! ¡Guerra! ¡Guerra!».

En la noche del domingo 16 de abril, los 176 efectivos del contingente de paracaidistas de la Brigada 2506 cenaron filetes y recibieron manzanas para el desayuno antes de abordar los cinco aviones C-46 que iban a llevarlos en medio de la oscuridad a las zonas cercanas a las playas de asalto en las que debían aterrizar. Los instructores estadounidenses manifestaron su indignación cuando se enteraron de que no se les autorizaba a saltar con ellos, y uno lo hizo de todos modos. Los saltos fueron razonablemente precisos, pero muchas armas y buena parte del equipo pesado cayeron en los pantanos. Los paracaidistas fracasaron en la tarea que se les había encomendado: bloquear a los refuerzos cubanos

enviados a la cabeza de playa. Algunos miembros del contingente aerotransportado resultaron muertos y la mayoría se convirtieron con rapidez en prisioneros.

En el mar, a cincuenta kilómetros al sur de Cienfuegos, los buques de transporte se encontraron con la flotilla de lanchas de desembarco procedente de Puerto Rico que llevaba los tanques y el equipo pesado de la expedición. En todos los barcos, cientos de voces apasionadas se unieron para entonar a coro canciones patrióticas.

El lunes 17 de abril, en la mañana del desembarco anfibio y el salto de los paracaidistas, se autorizó a los aviones rebeldes a reanudar sus ataques con bombas y ametralladoras. Los B-26 consiguieron infligir algunas bajas a una columna de milicianos que marchaba hacia las playas, pero fueron derribados de forma progresiva por los defensores, u obligados a realizar aterrizajes de emergencia en la Gran Caimán británica, la selva nicaragüense o el mar. A las 13.20, en Nueva York, el Consejo Revolucionario Cubano emitió un boletín: «Campesinos, trabajadores y milicianos se están uniendo al frente de la libertad y ayudando al área de expansión ya liberada por el comando revolucionario».

Los heroicos relatos de la lucha alrededor de la cabeza de playa han de ser leídos con escepticismo, pues fueron diseñados para promover leyendas rivales. Ninguno de los dos bandos parece haber demostrado mucho genio táctico. El informe del Comité Taylor lamentó la forma en que los exiliados cubanos «desperdiciaron la munición en tiroteos innecesarios, evidenciando la falta de disciplina que suele caracterizar a las tropas en su primer combate».[19] También criticó el «aparente letargo» de quienes debían descargar las municiones y los suministros. Un agente de la CIA que rindió testimonio ante el comité dijo que, en su opinión, en Playa Roja «no se luchó mucho». Nunca fue verosímil esperar que una fuerza invasora pequeña, mal adiestrada y mal equipada consiguiera hacer algo más que mantener un perímetro durante un tiempo, incluso contando con las

municiones y provisiones que resultaron destruidas. Desde la playa, los jefes de la expedición mantuvieron feroces discusiones con los barcos a través de la radio. San Román dijo: «Armamos un gran escándalo, los mandábamos al infierno y les pedimos las cosas que necesitábamos». Muchos aparatos de radio resultaron inservibles tras haber entrado en contacto con el agua de mar, y eso dificultó el mando eficaz de la fuerza. Tras la destrucción de dos barcos, el *Houston* y el *Río Escondido*, los buques supervivientes huyeron a aguas internacionales, lo que selló definitivamente la suerte de los invasores.

Los defensores eran mucho más numerosos y estaban mejor armados. El general Max Taylor admitió que «la eficacia de las fuerzas militares de Castro, así como la de sus medidas policiales, no se supo prever». [20] En la tarde del día 17, Fidel llegó para asumir personalmente el mando de la batalla. Refuerzos de infantería, obuses de 122 mm, tanques T-34 y Stalin transportados en camiones de plataforma llegaron a la zona en una procesión constante. El 19 de abril, se lanzó una última oleada de ataques aéreos en apoyo de los invasores. En contra de las órdenes del presidente, cuatro de los cinco aviones que bombardearon objetivos en la isla estaban tripulados por contratistas estadounidenses de la CIA. Uno de los pilotos diría más tarde ante el Comité Taylor: «Cuando la situación se puso difícil, tuvimos problemas incluso para hacer que [los cubanos] subieran a los aviones. El tercer día de la invasión necesitamos varias horas para conseguir que algunas tripulaciones [despegaran], y luego abortaron la misión». [21]

Entre el 18 y 19 de abril, algunos buques de guerra de Estados Unidos se acercaron a la costa y los aviones de la flota realizaron repetidas misiones de reconocimiento. Los oficiales de la armada esperaban recibir en cualquier momento la orden de intervenir en apoyo de los atribulados invasores. En la noche del miércoles 19, dos destructores estadounidenses intentaron aproximarse aún más para evacuar a los supervivientes, pero se

retiraron después de que las fuerzas cubanas les dispararan. Pepe San Román y la mayoría de sus camaradas se rindieron una vez que se agotó la munición, o cuando sus focos de resistencia se vieron rodeados por las tropas de Castro. Algunos fugitivos huyeron a los pantanos: Manuel Artime, por ejemplo, permaneció en libertad durante trece días. Aunque se produjeron algunas ejecuciones sumarias, el líder cubano prohibió a la milicia matar a los prisioneros, probablemente porque previó su utilidad como propaganda y arma de negociación, pero quizá también por temor a las represalias que el fusilamiento de los exiliados pudiera desencadenar. Existen pruebas de que Kennedy advirtió a La Habana a través de un canal extraoficial brasileño de que Estados Unidos reaccionaría con severidad si se maltrataba a los prisioneros.[22] Al final de la tarde del 19 de abril, los disparos habían cesado por completo en el oeste de Cuba.

Las fotos tomadas por las victoriosas fuerzas de Castro dominaron las portadas de la prensa internacional: playas en las que aún humeaban vehículos carbonizados o hechos añicos y los cadáveres, las armas y el equipo abandonado yacían esparcidos sobre la arena. La operación Zapata había llegado a su fin. 67 miembros de la Brigada 2506 murieron luchando contra los defensores, y unos cuarenta más perecieron en cautiverio o mientras intentaban escapar al término de la batalla. Por su parte, el gobierno de La Habana declaró que 176 soldados cubanos habían muerto en combate; los exiliados, no obstante, afirmaron que el número de los que habían perecido en los ataques aéreos era mayor. También murieron en la contienda cuatro aviadores y un paracaidista estadounidenses. Entre los centenares de invasores ejecutados por el régimen después de terminados los combates se encontraban dos estadounidenses contratistas de la CIA que habían sido capturados tierra adentro. El hecho de que una proporción abrumadora de la fuerza invasora acabara en las prisiones de la isla confirma que no se intentó una sacrificada resistencia heroica, aunque es probable que la falta de munición hiciera inevitable tal anticlímax.

Tiempo después, algunos de los directivos más veteranos de la CIA explicaron, al menos en privado, el razonamiento de los jefes de la Agencia que promovieron y orquestaron esta farsa. Estos confiaban en que, una vez establecida una posición armada en la isla, por caótica que fuera, lograrían chantajear a su propio presidente y forzarle a salvar la invasión con el poderío militar de Estados Unidos. Más allá de la bajeza moral y la temeridad política de semejante conducta, es probable que los halcones también estuvieran equivocados en lo que respecta a los aspectos prácticos de la acción que esperaban desencadenar. Si los buques de guerra y la aviación estadounidenses hubieran intervenido, habrían infligido un gran número de bajas a las fuerzas de Castro y causado una carnicería. Sin embargo, en ausencia de un plan acordado de antemano para la subsiguiente invasión y ocupación de la isla con tropas estadounidenses, es muy improbable que esa intervención hubiera cambiado el resultado final de la operación Zapata. Optar por reducir las pérdidas para Estados Unidos fue una tardía demostración de sensatez por parte de Kennedy.

En Moscú, Nikita Jrushchov estaba tan desconcertado por las vacilaciones de la Casa Blanca como los jefes de la CIA. En la tarde del 18 de abril, el líder soviético, en una bravata dirigida a Washington, bramó que la URSS no se quedaría de brazos cruzados mientras Estados Unidos atacaba a uno de sus satélites. Lo cierto, sin embargo, era que esperaba que Washington terminara lo que había empezado. Acabado el episodio le diría a su hijo: «No entiendo a Kennedy. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Es posible que en verdad sea tan indeciso?». [23] Jrushchov preveía que los estadounidenses, en lugar de aceptar el veredicto de playa Girón, iniciaran con rapidez su propia operación militar, como él mismo lo hizo en Hungría. Washington podía inventarse que Cuba había atacado la base de Estados Unidos en la bahía de Guantánamo y comenzar una ofensiva en «defensa propia» que, según las predicciones del alto mando soviético, apenas necesitaría unos pocos días para barrer a la turba castrista. Dada la situación, el fiasco de la

bahía de Cochinos y la resignada aceptación de la derrota por parte de Kennedy reafirmaron a Jrushchov en su creencia de que el joven presidente estaba verde y era débil y, por tanto, podría intimidársele con facilidad. Esto contribuyó a consolidar en el Kremlin una mentalidad que resultaría clave en los hechos que tendrían lugar un año después.

Un pequeño número de invasores que consiguieron huir de las playas fueron rescatados en alta mar por la armada estadounidense. Otros 22 partieron en un velero rumbo a Florida, a donde llegaron tras pasar trece días en el mar; solo doce sobrevivieron a la travesía. Todos los brigadistas supervivientes albergaban una profunda rabia contra Estados Unidos, que los había incitado a embarcarse en esa gran aventura patriótica para luego traicionarlos. Entre tanto, los cubanos se regodearon clasificando a sus prisioneros, entre los que había, según informaron, un centenar de latifundistas, 67 propietarios arrendadores de inmuebles, 35 industriales, 112 comerciantes, 179 acomodados y 194 exmilitares de la dictadura. Algunos de los exiliados capturados, así como un número desconocido de sospechosos locales (cientos, sin duda), fueron ejecutados en los días posteriores a la invasión.

Tras pasar veinte meses de prisión, 1.113 cautivos recuperaron la libertad después de que Estados Unidos pagara su rescate. Las sumas convenidas fueron de quinientos mil dólares por cada uno de los líderes de la expedición, cien mil por los oficiales de mayor rango, cincuenta mil por los subalternos y 25.000 por el resto. En total, Estados Unidos pagó 53 millones de dólares en alimentos y suministros médicos, en teoría procedentes de fuentes privadas, no del gobierno, por la liberación de los prisioneros. El régimen permitió que un millar de personas dependientes de ellos que aún se encontraban en la isla los acompañaran al exilio. Castro se desplazó hasta la prisión para informar en persona a los brigadistas de su traslado en avión a Miami. Pepe San Román le preguntó si no sería peligroso para el régimen liberarlos. Castro le respondió con desdén:

«Ninguno de ustedes va a volver. Pero si lo hacen, me tiene sin cuidado si vienen con otros mil. No habrá ninguna diferencia». [24] El líder cubano tenía razón. Mientras que antes de la operación Zapata el régimen de La Habana había tenido que hacer frente a una seria oposición interna, después de la fallida invasión prácticamente dejó de existir. Muchos cubanos que odiaban a Castro huyeron de la isla, y los que se quedaron aceptaron su dominio.

En cuanto a las reacciones en Estados Unidos, el destacado activista Todd Gitlin, que entonces estudiaba en la Universidad de Harvard, escribió: «Los disidentes de Harvard la tomaron con la administración Kennedy como un asunto personal. Para los docentes socialdemócratas y liberales de izquierda, la invasión de bahía de Cochinos no era solo un crimen, sino una violación del contrato implícito que vinculaba a John F. Kennedy con Harvard», la institución en la que el mandatario se había graduado en 1940. [25] Un editorial del *New York Times* comentó: «A nuestros amigos les parecemos tontos; a nuestros enemigos, granujas; y al resto, incompetentes». A propósito de la operación Zapata, McGeorge Bundy dijo: «Subestimé demasiado el costo del fracaso». [26] El 25 de abril, en una sesión informativa a micrófono cerrado, un periodista le preguntó a Kennedy si estaba disfrutando de la presidencia después de tres meses en el cargo. La pregunta, así como la compungida respuesta, suscitó risas entre los presentes: «Bueno, me estaba gustando mucho más hace nueve días». La réplica aprovechaba con destreza una demostración de franqueza para restar importancia a lo que, en realidad, había sido un error de juicio inmenso por parte del mandatario.

El 26 de abril, un artículo de primera plana del *New York Herald Tribune*, basado en declaraciones extraoficiales de Allen Dulles, señalaba que «la CIA insiste en que la información con que contaba era precisa y su análisis correcto. Desde este punto de vista, el fracaso no se debió a un error de cálculo del servicio de inteligencia, sino a un fallo militar: la incapacidad de las fuerzas anticastristas para mantener la cabeza de playa». Dulles

también intentó responsabilizar a la administración por su negativa a autorizar un apoyo aéreo contundente, y subrayó que el Pentágono había respaldado los planes de invasión. El jefe de la CIA concluía que «la posibilidad de un levantamiento popular contra Castro no se ha puesto en realidad a prueba, pues para que las deserciones puedan producirse tiene que haber un área ocupada ya disponible». En otras palabras: era realista confiar en que el apoyo local a Castro comenzara a desmoronarse una vez que la oposición, es decir, los exiliados, controlara una parte de la isla, cosa que no había llegado a hacer.

Como cabía esperar, el informe secreto sobre la operación Zapata, encargado por la Casa Blanca para consumo interno de la administración y elaborado por el asesor militar personal de Kennedy, el general Maxwell Taylor, exoneró al presidente al atribuir el fracaso a la equivocada creencia de que una operación de tal envergadura «podía negarse de forma verosímil». El secretario de Estado Dean Rusk, en cambio, culpó del desastre directamente a la CIA por lanzar una «operación con un presupuesto tacaño dirigida por aficionados», lo cual era una descripción más o menos acertada de lo ocurrido.[27] El prestigio público de Dulles como jefe de inteligencia, que se remontaba a la segunda guerra mundial, siempre estuvo muy por encima de sus habilidades, sus logros y su criterio.

Kennedy, escarmentado tras haberse visto obligado a cargar con el muerto sin poder dar cuenta abiertamente de la idiotez de sus asesores profesionales, dijo con resignación al secretario de Prensa Pierre Salinger: «¿Qué podría haber dicho para mejorar en algo la situación? ¿Que nos llevamos la paliza de nuestras vidas? ¿Que la CIA y el Pentágono son estúpidos?». Por razones de seguridad nacional, el *New York Times* había evitado de forma deliberada publicar que conocía el plan de la invasión antes de que esta se produjera. No obstante, el presidente confesaría luego al propietario del periódico que le habría gustado que la prensa «hubiera publicado artículos que revelaran con gran detalle lo que el gobierno de

Estados Unidos se disponía a hacer», pues semejante puesta al descubierto quizá lo habría «inducido a cancelar toda la operación».

Antes de abril de 1961, los Kennedy no parecen haber abrigado por Cuba ninguna clase de pasión personal, en uno u otro sentido. La fallida invasión, sin embargo, transformó a los hermanos, que pasaron a odiar con intensidad a Castro. Este dictador de pacotilla había propinado al gobierno de Estados Unidos una humillación extraordinaria que el presidente y su hermano nunca le perdonarían. Poco después de la debacle, un funcionario de la administración habría comentado con pena que había países a los que probablemente era «imposible salvar del comunismo: tendremos que acostumbrarnos a ello».[28] El escritor que refiere este testimonio observa que su fuente «parecía conmocionada por lo ocurrido en Cuba». No obstante, ese espíritu de resignación o conformidad no fue el que prevaleció en la Casa Blanca, donde a partir de entonces imperó un sentimiento anticastrista; en palabras de un historiador de la CIA, el líder cubano se convirtió en «una obsesión tanto para los hermanos Kennedy como para algunos funcionarios de la CIA. Las respuestas de los Kennedy estuvieron animadas en parte por un deseo de ajustar cuentas».

Arthur Schlesinger anota que en lo referente a la política hacia Cuba Robert Kennedy «tomó la delantera».[29] Inmediatamente después del fiasco de la bahía de Cochinos, el fiscal general instó a su hermano a duplicar la apuesta contra Castro: «Ha llegado el momento de la confrontación decisiva, pues en uno o dos años la situación será muchísimo peor. Si no queremos que Rusia instale bases de misiles en Cuba, es mejor que decidamos ahora qué estamos dispuestos a hacer para detenerlo».[30] A fines de noviembre de 1961, el presidente firmó una orden secreta en la que autorizaba a la CIA a «utilizar los recursos disponibles ... para ayudar a Cuba a derrocar al régimen comunista». Para implementar los deseos del mandatario, la Agencia creó el «Grupo de trabajo W». La tarea de supervisar la que se bautizó como operación Mangosta recayó en Robert

Kennedy, aunque resulta difícil entender en qué sentido la eliminación de Castro encajaba dentro de sus responsabilidades al frente del Departamento de Justicia. El nombramiento sencillamente subrayaba cuán personal se había tornado la confrontación con el líder cubano. El jefe entrante de la CIA, John McCone, nombró a Richard Helms como su «hombre para Cuba».

La administración Kennedy rechazó la rama de olivo que le tendió el régimen de La Habana en agosto de 1961. El Che Guevara se reunió en Uruguay con el asesor presidencial Richard Goodwin y le propuso un trato: el gobierno cubano daría marcha atrás en su acercamiento a Moscú y pagaría una compensación a los estadounidenses a los que se les habían confiscado bienes en la isla, si Estados Unidos aceptaba un modus vivendi con la revolución socialista.[31] Cuando Goodwin informó sobre esta conversación a la Casa Blanca y, específicamente, a Kennedy y Bundy, estos ni siquiera se dignaron responder a la asombrosa propuesta del Che.

En enero de 1962, en una reunión en su despacho con los encargados de implementar la operación Mangosta, Robert Kennedy sostuvo que el cambio de régimen en Cuba era el principal objetivo de la política exterior de la administración, una afirmación ridícula, tanto más de haber sido cierta. Según Richard Helms, el fiscal general presionaba de forma implacable para que se llevaran a cabo acciones en Cuba. No obstante, mucho tiempo después, el hombre de la CIA admitiría: «Por ambiciosos que fueran, nuestros esfuerzos de sabotaje nunca llegaron a causar nada más que pequeñas molestias. La idea de que era posible crear una resistencia clandestina en la isla siguió siendo un mito romántico e inalcanzable». En ocasiones, el presidente dijo arrepentirse de no haber nombrado a su hermano director de la CIA.[32] Sin embargo, de haberlo hecho, Bobby habría tenido que cargar con la responsabilidad directa de algunos disparates desastrosos de la Agencia, tanto en el Sureste Asiático como en Cuba.

En la mañana siguiente al fracaso de la bahía de Cochinos, el presidente le dijo a Walt Rostow que el Reino Unido llevaba años traumatizado por el fracaso de su invasión de Egipto en 1956, y que otro tanto podía decirse de Francia tras su larga sangría en Argelia, «pero el Reino Unido y Francia representan el 6 o el 7 % del mundo libre. Estados Unidos, en cambio, representa el 70 % del mundo libre y, por tanto, no podemos permitirnos un síndrome de Suez o un síndrome de Argelia». [33] Unos días después, Arthur Schlesinger estaba entre los invitados a un desayuno en la mansión de la Casa Blanca, en el que Mac Bundy le recordó al presidente que el historiador se había opuesto a la operación Zapata. Esto propició uno de esos destellos de ingenio que caracterizaban al mandatario. Kennedy anotó que los dos textos en los que Schlesinger exponía sus objeciones lucirían muy bien cuando escribiera su inevitable libro sobre la administración. A continuación aludió, quizá solo medio en broma, al espectro de una presidencia de un solo mandato: «Será mejor que no publique ese memorando mientras yo esté vivo ... Y tengo un título para su libro: *Kennedy: The Only Years*». [34]

Sin embargo, de manera pertinaz, el pueblo estadounidense parecía aplaudir cualquier intento de derrocar a Castro, incluso un fiasco como la operación Zapata: después de la fracasada invasión, la popularidad de Kennedy en las encuestas se disparó. Por lo demás, los problemas del 35.º presidente de Estados Unidos con sus barbudos vecinos caribeños no habían hecho más que empezar. En 1558, después de ser testigo de la pérdida del último bastión inglés en el continente europeo, la reina María de Inglaterra dijo que cuando muriera «encontraréis Calais inscrito en mi corazón». John F. Kennedy podría haber dicho lo mismo sobre Cuba, el pequeño país tropical con el que, para bien y para mal, su presidencia estaría ligada para siempre.

1

Cuba libre

1. LA COLONIA ESTADOUNIDENSE

Era calurosa. Con frecuencia húmeda. Verde y exuberante hasta extremos fabulosos. A los cubanos, un pueblo sumamente orgulloso, les gusta recordar a los extranjeros, y en especial a los estadounidenses, que cuando Cristóbal Colón «descubrió el Nuevo Mundo» en 1492, no puso un pie en el Estados Unidos continental, sino que exploró las Bahamas y Cuba. A partir de entonces, y durante más de trescientos años, la isla se convirtió, gracias a una privilegiada ubicación geográfica entre el Caribe y la corriente del Golfo, en un puerto importantísimo por el que pasaban casi todos los barcos que conectaban el continente europeo y las posesiones americanas del imperio español. A finales del siglo XVIII, el ruso Fiódor Karzhavin, un apasionado defensor de la independencia estadounidense, recorrió la isla, entonces bajo soberanía española, y escribió acerca de sus pobladores: «Su conducta refleja ensoñación y melancolía. Su extrema pereza hace que resulte casi imposible convencerlos de que presten algún servicio a un europeo. Es increíblemente peligroso insultarlos de cualquier manera, pues tienen una capacidad ilimitada para cobrarse venganza». El comercio de esclavos no se abolió hasta 1886. En 1895, mientras el país luchaba por la independencia, el joven teniente Winston Churchill visitó La Habana durante unas semanas para hacer turismo de guerra: «Me sentí como si hubiera navegado con el capitán Silver y contemplado la isla del tesoro», escribió más tarde. «Cuba es ... encantadora ... Los españoles acertaron al llamarla “la perla de las Antillas”. Se trata de un lugar en el que cualquier cosa puede pasar.»[1]En el siglo XX Nicolás Guillén, el poeta nacional cubano, describió su tierra natal como «un largo lagarto verde, / con ojos de piedra y agua».

El pueblo estadounidense abriga el mito de que, a diferencia de las viejas potencias europeas, su país nunca ha sido imperialista. Lo cierto, por supuesto, es que su imperio comenzó en su propio continente, donde con

una crueldad que habría impresionado a los conquistadores españoles acabaron casi por completo con la población nativa. Estados Unidos gobernó Filipinas a lo largo de más de medio siglo y dominó América Latina durante mucho más tiempo. «Estas islas», escribió John Quincy Adams en 1823 a propósito de las Antillas, «son apéndices naturales del continente norteamericano, y una de ellas, casi a la vista de nuestras costas, se ha convertido en un objeto de trascendental importancia para los intereses comerciales y políticos de nuestra Unión». Esa isla, un territorio un poco más pequeño que Pensilvania, proporcionó a Theodore Roosevelt el escenario que le granjeó una de las reputaciones militares forjadas con más rapidez de la historia el 1 de julio de 1898, cuando en la batalla de las lomas de San Juan lideró a los Rough Riders (los «jinetes duros», un regimiento de caballería formado por voluntarios) contra las fuerzas españolas. A finales de ese mismo año, Cuba consiguió independizarse por completo de España, aunque no de Estados Unidos. En su magistral historia de la política exterior de Estados Unidos, Robert Kagan ha escrito que la guerra hispano-estadounidense fue un acontecimiento decisivo en la creación de la imagen que el país moderno tiene de sí mismo «como la vanguardia de la civilización que marca el rumbo contra las naciones y los imperios atrasados y bárbaros» del pasado.[2]

A los yanquis del siglo XX les encantaba Cuba, la preferían a toda la parte sur del continente americano, si bien deploraban la tendencia de su gente a desafiar, cuando no estaba bailando, la interpretación de Washington de lo que más le convenía. La Habana es el lugar al que Sky Masterson lleva a la hermana Sarah para seducirla en *Ellos y ellas*. Fulgencio Batista, el dictador de la nación en la década de 1950, vendió las licencias de juego a la mafia estadounidense a cambio de que cada mes se le enviara a su despacho una maleta de dinero en efectivo de tales dimensiones que hoy pagaría exceso de equipaje en cualquier aerolínea. En una ocasión, el *Steve Allen Plymouth Show* de la cadena NBC se transmitió en vivo desde el Riviera, con el famoso presentador exhibiendo el vínculo del hotel con un célebre miembro del crimen organizado: «Aquí estamos en La Habana, hogar de la piña y de Meyer Lansky». Por su parte, el escritor británico William Somerset Maugham la encontró «sencillamente igual a Atlantic City». Cuba fue también la residencia predilecta de Ernest Hemingway, un fanfarrón bigotudo, esposo serial y ganador del premio Nobel de Literatura,

que escribió novelas sobre tauromaquia, guerreros condenados y pescadores condenados y gozaba de una enorme admiración incluso entre los comunistas rusos. Graham Greene, otro escritor que pasó por la Cuba de la década de 1950, tituló *Nuestro hombre en La Habana* (1958) una de las mejores novelas satíricas jamás escritas sobre el mundo del espionaje.

Si vivías en Sioux Falls, Dakota del Sur, o incluso en Tarrytown, Nueva York, la isla encarnaba un exotismo que era difícil de encontrar en tu vecindario y, además, era un gran lugar para hacer cosas que no te gustaría que te sorprendieran haciendo en casa. Los estadounidenses ligaron su obsequio de la independencia a un apéndice legislativo conocido como la Enmienda Platt, que otorgaba a Washington licencia para ejercer la autoridad en Cuba siempre que sus propios intereses estuvieran en juego: «Que el Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos puedan ejercitar el derecho de intervenir ... Que todos los actos realizados por los Estados Unidos en Cuba, durante su ocupación militar, sean tenidos por válidos y ratificados». En 1934, la Enmienda Platt sería reemplazada por un nuevo Tratado de Relaciones bilateral, pero la situación apenas cambió: mientras que Estados Unidos mantenía derechos de propietario, el gobierno de la nación era un mero arrendatario facultado para sacar provecho de los casinos y las concesiones eléctricas. Los campesinos cubanos, entre tanto, siguieron yendo descalzos. Ya en 1898, ningún guerrillero local había sido invitado a las celebraciones de la victoria estadounidense en La Habana. Teddy Roosevelt quizá hubiera oído hablar de José Martí, el poeta y político muerto durante el levantamiento de 1895, el mártir de la lucha por la independencia del que más orgullosos estaban los cubanos, pero es seguro que muy pocos de sus compatriotas lo habían hecho.

El revolucionario más famoso de la isla (o, según el punto de vista, el más infame) era un descendiente espiritual de esos insurgentes cubanos. El Año Nuevo de 1959 fue testigo del triunfo de una superestrella guerrillera cuando sus seguidores —«los barbudos»— irrumpieron en La Habana tras la abrupta huida del presidente Batista. La presentación de Fidel Castro al público estadounidense corrió a cargo del promotor más talentoso de la televisión. El 11 de enero, como cada semana, cincuenta millones de espectadores sintonizaron sus televisores para ver *The Ed Sullivan Show*. Ese día, el hombre que había vendido a Elvis a la clase media

estadounidense, y que pronto haría lo mismo con los Beatles, les presentó a su nuevo vecino caribeño.3

Sullivan comenzó el programa contando a los televidentes que estaban a punto de conocer a «un maravilloso grupo de jóvenes revolucionarios». Castro, que entonces tenía treinta y dos años, habló en inglés e hizo hincapié en su catolicismo y su afición por el béisbol. Después de abrazar al precoz líder cubano, Sullivan se dirigió a su audiencia: «Este es un joven excelente, un joven muy inteligente, y con la ayuda de Dios y nuestras oraciones, y con la ayuda del gobierno estadounidense, conseguirá [para Cuba] la clase de democracia que toda América debería tener». En su entusiasmo por Castro, el presentador estaba lejos de encontrarse solo. Decenas de periodistas y estrellas, desde Ed Murrow hasta Errol Flynn, actuaron de forma similar. La isla se llenó de turistas estadounidenses deseosos de conocer la Revolución por sí mismos.

Luego, de repente, el hechizo se rompió. En cuestión de meses, la administración Eisenhower y la mayoría del pueblo estadounidense resolvieron que el revolucionario fumador de puros era un enemigo público. Aferrándose a un hábito que se había tornado adictivo, Washington pretendió arrogarse el derecho de decidir quién y cómo debía dirigir Cuba y resolvió, animado por la nacionalización de una serie de empresas estadounidenses, que no podía ser Fidel Castro. A partir de entonces, y en grado considerable hasta bien entrado el siglo XXI, la destitución o asesinato del líder de uno de los países menos poderosos del mundo se convirtió en uno de los principales objetivos de la política estadounidense. Y casi nadie en Washington consideró que hubiera nada de irracional o insolente en llegar a semejante conclusión y pretender obrar de acuerdo con ella.

La causa fundamental del distanciamiento irreversible entre Castro y el pueblo estadounidense en 1960 fue que los monstruosos excesos cometidos por Batista con el auspicio de Estados Unidos favorecieron que la revolución buscara de forma sistemática borrar todo lo relacionado con el

antiguo régimen, incluida la floreciente clase media del país. En la década anterior, Cuba había registrado el tercer ingreso per cápita más alto de América Latina. En 1958 ocupaba el quinto lugar en producción manufacturera y el primero en distribución per cápita de automóviles y radios. Y tampoco se quedaba atrás en educación, alfabetización y servicios sociales. No obstante, existían enormes disparidades en la distribución de la riqueza entre blancos y negros, así como entre la ciudad y el campo. Según un informe del Banco Mundial, entre el 30 y el 40 % de los niños de la isla sufrían desnutrición, cifras que en las zonas rurales podían alcanzar el 60 %. Nacida en 1930, Conchita Alfonso era hija de inmigrantes españoles que trabajaban en La Habana para los famosos grandes almacenes El Encanto. La mayor parte del personal vivía en los dormitorios de las plantas superiores, y su padre se había visto obligado a pedir el consentimiento del propietario español de la empresa para casarse.

La abrumadora mayoría de las ganancias del país se exportaba a inversionistas de Estados Unidos o se concentraba en las clases alta y media cubanas. Las exportaciones de azúcar, frutas y cigarros arrojaban cuantiosos beneficios, la mayor parte de los cuales iban a parar a las compañías estadounidenses que controlaban las empresas de servicios públicos y la telefonía del país, las refinerías de petróleo y las fábricas de azúcar, entre muchas otras cosas. Los extranjeros poseían el 70 % de la tierra cultivable de la isla. Muchos cubanos culpaban de sus problemas a los yanquis, que eran los que decidían casi todo lo que sucedía en La Habana. «Tenemos la responsabilidad de mantener el orden en el hemisferio», dijo sin disculparse Adolf Berle, subsecretario de Estado de 1938 a 1944, uno de los especialistas en América Latina más veteranos de Washington.[4]

Juan Melo, nacido en 1941 en una familia campesina, creció en una casa con el habitual techo de hojas de palma, pero que podía presumir del refinamiento de un piso de cemento; sus padres, además, eran lo bastante afortunados para tener un aparato de radio, que los vecinos venían a escuchar todas las noches. La moralidad era muy importante para esta gente harapienta. Durante su infancia en Calimete, el pequeño Máximo Gómez tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencer a sus padres de que lo dejaran ir a ver las películas mexicanas protagonizadas por sus estrellas

favoritas —actrices como Ana Luisa Peluffo, Mapita Cortés, Christiane Martel—, pues el cine local estaba al lado del prostíbulo. La gran mayoría de los cubanos cocinaban con leña o carbón. Melo, que tuvo la suerte de poder educarse, abrazó en la adolescencia la literatura y la doctrina marxistas y rechazó como propaganda anticomunista tanto los tebeos infantiles de superhéroes como el *Reader's Digest*. Odiaba al gobernante de Cuba.

Fulgencio Batista había empezado a tener una influencia significativa en el destino de Cuba con el golpe de Estado de 1933, la conocida como «revuelta de los sargentos». El militar alcanzó luego la presidencia en 1940 y la abandonó cuatro años más tarde tras perder las elecciones, momento en el que se retiró a un cómodo y seguro exilio en Florida. Regresó al poder ocho años después mediante un nuevo golpe de Estado, para el que no tuvo oposición, y convirtió su segunda presidencia en uno de los negocios más lucrativos de América Latina: solo sus tratos con Meyer Lansky le reportaban 1.250.000 dólares mensuales. Entre tanto, sus escuadrones de la muerte recorrían el país asesinando cada año a cientos de enemigos del régimen reales o supuestos. La corrupción se institucionalizó. Los privilegiados se jactaban de tener una «botella», a saber, un cargo en el gobierno por el que cobraban, pero no trabajaban. Estados Unidos brindó al régimen un apoyo casi incondicional, ayuda militar incluida. En el extremo oriental de la isla se encontraba la base naval de la bahía de Guantánamo, 117 kilómetros cuadrados de tierra y agua cubanas que Estados Unidos dice tener en arriendo, pero que en la práctica se ha anexionado. Esto no es menos imperialista que las «bases soberanas» del Reino Unido en Chipre; los enclaves españoles en Marruecos; o Kaliningrado, en el Báltico, anexionada a la Unión Soviética por Stalin en 1945 y en la actualidad parte de la Federación Rusa. En el perímetro alambrado de Guantánamo había una puerta estadounidense, vigilada por marines estadounidenses, y, al otro lado, una puerta cubana, custodiada por soldados del régimen.

Los cubanos blancos más distinguidos y ricos de la capital enviaban a sus hijos a una escuela estadounidense local, la Academia Ruston. Uno de sus alumnos fue Manuel Yepe, nacido en 1936, cuyos padres dirigían una exitosa empresa turística (los clientes eran estadounidenses en su abrumadora mayoría): «Cuando terminabas en Ruston, sabías más de

Estados Unidos que de Cuba».[5]La academia cobraba a sus estudiantes una mensualidad de 75 pesos; las escuelas municipales, en cambio, cobraban solo dos pesos. Sin embargo, el precio se justificaba por las conexiones que podían hacerse, sobre todo con la familia Batista, cuyos hijos estudiaban allí. Otra exalumna, Marta Núñez, observa con cierta malicia que «ahí era donde toda las *bitonguitas* [burguesas] mandaban a sus hijos».[6]

Pese a sus orígenes privilegiados, Yepe, como muchos otros miembros de su generación, se unió al movimiento revolucionario tras ingresar en la Universidad de La Habana, donde se empapó de literatura idealista. Sesenta años después todavía podía con orgullo citar de memoria un pasaje del filósofo socialista José Ingenieros, que había aprendido en su época de estudiante: «Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal. Es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala; si la dejas apagar no se reenciende jamás. Y si ella muere en ti, quedas inerte: fría bazofia humana». Yepe comenta: «En esos días, esto era para nosotros un catecismo. Nos unía la convicción de que Batista tenía que irse».

La mayoría de los siete millones de habitantes que entonces tenía Cuba odiaban al presidente y sus patrocinadores extranjeros. Con todo, antes de convertirse en una figura de fama mundial pese a representar a un Estado sin importancia, el hombre que lo derrocó creció como un privilegiado. Fidel era hijo de Ángel Castro, un inmigrante gallego de origen humilde que había conseguido hacerse rico en la isla, donde tenía una gran plantación de caña de azúcar, y de una sirvienta que le dio siete hijos antes de que él se casara con ella en segundas nupcias. Nacido en 1926, el niño era el único alumno de su escuela primaria que podía presumir de tener zapatos. Grande, fuerte, brillante, rebelde, obstinado y propenso a los berrinches, su padre le envió luego a un elegante internado jesuita en Santiago, donde lo apodaron «el Loco» por sus disparates, entre los que destacó lanzarse a toda velocidad en bicicleta contra un muro para ganar una apuesta, lo que le valió una conmoción cerebral.

Le encantaba el campo, en especial la montaña, y era un buen jinete. Además, se le daban bien las armas. Un amigo de juventud, el

estadounidense Jack Skelly, cuenta que se encontraba un día nadando en la playa, en un club cerca de Guantánamo, cuando oyó los repetidos chasquidos de un arma de fuego y vio pequeñas ondas formándose a su alrededor. Tras dar media vuelta con rapidez para mirar a la orilla, descubrió a Fidel sentado en el porche de una casa con un cigarro en la boca y una carabina calibre .22 en la mano: «¡Te la voy a pelar, americano!», le gritó entre risas.[7]Semejante broma solo podía salir bien en un lugar salvaje entre jóvenes asilvestrados. Obstinado y decidido, Fidel era, como muchos hombres muy altos (medía más de metro noventa), algo descoordinado. Como estudiante, era perezoso, pero poseía una memoria fotográfica. Sociable y dominante por naturaleza, sentía curiosidad por todo, si bien prefería la acción a la reflexión; tenía vocación de líder.

Desde una edad temprana, se mostró convencido de la grandeza que le aguardaba en el futuro; podía pasar horas haciendo ejercicios de oratoria frente al espejo y se entusiasmaba por las leyendas de Alejandro Magno y Julio César. A los trece años, intentó organizar una huelga entre los trabajadores de su padre para que exigieran mejoras salariales. Pese a ello, apenas unos años después el indulgente Ángel le obsequiaría un automóvil Chevrolet (un símbolo de riqueza incalculable en la sociedad cubana) y accedería a que el adolescente obsesivo, desenvuelto y locuaz (no paraba de hablar) estudiara Derecho en la Universidad de La Habana. Una vez matriculado, Fidel desatendió las clases en favor de la política radical. Como líder estudiantil, viajó bastante por Suramérica haciendo proselitismo contra el imperialismo estadounidense. Una de sus virtudes era que trataba a todas las personas por igual, sin importar si eran príncipes o mendigos. Sin embargo, al igual que muchos revolucionarios, desarrolló una reverencia exagerada por un campesinado idealizado, acompañada de un desdén por la burguesía de la que él mismo provenía.

En 1949, a los veintitrés años, terminó la carrera de Derecho y se casó con una compañera de la universidad, Mirta Francisca de la Caridad, hija de una prominente familia de la isla. Fidel se jactaba de haber asistido a la ceremonia eclesiástica armado con una pistola, en caso de que la policía secreta de Batista fuera a por él. Sea o no cierta, la anécdota refleja su afición a teatralizar su propia biografía. El regalo de bodas del condescendiente padre del novio fue la suma de diez mil pesos cubanos, el

equivalente a cien mil dólares en la actualidad. La pareja gastó la mayor parte de ese dinero en una prolongada luna de miel en Estados Unidos, que incluyó un idilio de tres meses en Nueva York y abundantes paseos a bordo de un deslumbrante descapotable Lincoln. La ciudad le encantó a Fidel, sin aplacar la indignación que le provocaban la segregación racial sureña y el modo en que los yanquis trataban a su país.

Si bien responsabilizar a Estados Unidos de todos los males de Cuba, como hacían Castro y muchos de sus compatriotas, era exagerado (pocas islas del Caribe estaban en mejor situación), es indiscutible que las corporaciones estadounidenses controlaban las principales industrias de la isla. Si en La Habana gobernaban brutos e incompetentes, lo hacían con el beneplácito de Washington. Si los mafiosos controlaban los casinos, eso solo era posible con la aquiescencia del gobierno estadounidense. «El pueblo y yo somos los dictadores», anunció un triunfal Batista cuando regresó al poder en marzo de 1952. Washington reconoció de inmediato el nuevo régimen, al que se ofrecieron armas e instructores militares especializados en contrainsurgencia.

En esa época, cuando el senador por Wisconsin Joseph McCarthy era uno de los peces gordos del Capitolio, desde donde dirigía de forma obsesiva su cruzada anticomunista, la preocupación general del gobierno de Estados Unidos era combatir la peste vírica de la revolución, en particular en Latinoamérica. El presidente entrante, Eisenhower, prometió apoyar a todos los regímenes que contribuyeran a ese objetivo, con lo que quienes se oponían a los dictadores anticomunistas del continente pasaron a convertirse también en enemigos de Estados Unidos. Batista, cuyo nombre era sinónimo de corrupción y crueldad, se entregó sin vergüenza a una vida de lujo mientras sus escuadrones de la muerte recorrían las calles persiguiendo a los opositores. Se relajaba jugando a la canasta y viendo películas de terror en el cine que tenía en su mansión a las afueras de La Habana, consciente de que gozaba de la protección del único padrino que importaba, el embajador de Estados Unidos, con el que con frecuencia jugaba a las cartas.

Entre tanto, el estilo de vida de Fidel se caracterizaba por una irresponsabilidad casi descarada. Como abogado, buscó proporcionar a los

pobres asistencia legal, pero desatendió por completo sus obligaciones con Mirta y el niño hijo de ambos, que pasaron a depender del apoyo económico de sus familiares para no caer en la miseria. Castro y sus amigos se convirtieron en un grupo muy unido. Vivían en una atmósfera no muy diferente de la de los radicales de la costa oeste de Estados Unidos a fines de la década de 1960. Hijos de la clase privilegiada en su mayoría, alimentaban fantasías de violencia y revolución cautivados por la personalidad de Fidel, el líder indiscutible de «el Movimiento». Hay cierto consenso entre los contemporáneos de Castro en que por esa época su interés por la ideología, marxista o de otro tipo, era nulo: su única preocupación era derrocar a Batista y hacerse con el poder.

El 26 de julio de 1953 Fidel, su hermano menor Raúl y 160 de sus amigos y compañeros en el Movimiento intentaron asaltar el Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, una importante fortaleza militar, sede de un regimiento con un millar de efectivos. Era la última noche del carnaval que todos los años se celebra en la ciudad: los rebeldes preveían que en el momento del ataque los soldados estarían durmiendo la mona. Estaban equivocados. Tan pronto comenzaron los disparos alrededor de las puertas, las campanas de alarma sonaron en todo el cuartel. La mayoría de los asaltantes huyeron en medio de la confusión, algunos se refugiaron en un hospital cercano, donde no tardaron en ser identificados, capturados y fusilados por militares vengativos. Aunque solo ocho rebeldes murieron en el tiroteo inicial, el ejército de Batista ejecutó a 25 de los que se rindieron (solo cinco de los que se entregaron sobrevivieron). Fidel, por su parte, fue captado mientras dormía en una choza campesina junto a trece compañeros, incluido Raúl, nacido en 1931, un revolucionario tan apasionado y comprometido como su hermano, aunque 16 centímetros más bajo que él. Este grupo tuvo la suerte de caer en manos de un oficial compasivo, que evitó que sus hombres les dispararan sin más. Esposado en un camión del ejército, asombrado de estar aún con vida, Castro le preguntó al teniente al mando de la patrulla por qué no los habían matado. Pedro Manuel Sarría, un afrocubano de cincuenta y tres años, dijo: «Yo no soy de esa clase de hombres, muchacho». Se cuenta que Ángel, el padre de Castro, un personaje famoso por su carácter reservado, rompió a llorar cuando se enteró de que dos de sus hijos habían encabezado el asalto al Cuartel Moncada.

Fidel pasó más de dos meses en una celda de aislamiento antes de comparecer ante el tribunal encargado de sentenciarle en un juicio farsa celebrado en un hospital cerca del cuartel. El alegato de autodefensa que a lo largo de dos horas expuso en esa ocasión se convertiría luego en un texto sagrado para los revolucionarios (Castro refinó considerablemente sus palabras entre su pronunciamiento original y su posterior publicación). El líder rebelde citó a Thomas Paine, a Jean-Jacques Rousseau y a Balzac para apoyar la tesis de que resistirse a la tiranía de Batista era un deber de todo cubano y concluyó de forma enérgica: «Condenadme, no importa. La historia me absolverá». Se le condenó a quince años de prisión, mientras afuera, en la calle, sus simpatizantes le vitoreaban.

El asalto al Cuartel Moncada había sido una chapuza, pero puso a Fidel en el mapa. La historiadora cubanoestadounidense Ada Ferrer ha escrito: «La mayoría de los cubanos no habían apoyado el ataque al cuartel, no sabían nada acerca de los atacantes y desconocían sus objetivos específicos. Pero la respuesta del gobierno, que ya era muy impopular, fue tan desmedida y brutal que la simpatía de la opinión pública gravitó de inmediato hacia los jóvenes rebeldes».[8]En todo el mundo, Castro se convirtió en el rostro visible de la oposición a Batista, que no se atrevió a ejecutarlo. En su violencia y rapacidad, el régimen era un ejemplo típico de las dictaduras que Estados Unidos respaldaba (y que su propio pueblo y el resto del mundo solo podían ver con repugnancia y odio). No obstante, no fue lo bastante eficaz a la hora de suprimir la disidencia. Con todo, de no haber sido por la crueldad, la corrupción y la incompetencia de su gobierno, es posible que Batista hubiera conseguido perpetuarse en el poder gracias a la veloz mejoría que estaba experimentando entonces la economía de la isla.

En este contexto, Fidel Castro y sus colaboradores más cercanos —su hermano Raúl, Juan Almeida, Pedro Miret— supieron aprovechar el tiempo que estuvieron encarcelados para transformar su movimiento clandestino en una organización revolucionaria coherente. El 29 de diciembre de 1953, Fidel le escribe a Natalia Revuelta, una joven de la alta sociedad habanera que se había convertido en su devota seguidora: «Querida Naty: ¡Qué escuela tan formidable es esta prisión! Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida».[9]

En la cárcel, las lecturas de Castro fueron abundantes y variadas, desde *La esposa imperfecta*, de Somerset Maugham, y *Los miserables*, de Victor Hugo, hasta *La historia de San Michele*, de Axel Munthe. Y aunque durante años insistiría en que no era comunista, es sabido que en prisión impartió un curso de economía política que incluía *El capital*, de Marx; en este período leyó asimismo *El estado y la revolución*, de Lenin. Batista respondió a la creciente fama internacional del líder revolucionario ordenando que se aislara al prisionero, pero las cartas de sus admiradores, en su mayoría mujeres, siguieron multiplicándose. Entre tanto, harta de estar casada con una celebridad revolucionaria, Mirta se trasladó a Nueva York con el niño nacido del matrimonio y solicitó el divorcio.

Batista ofreció a Fidel la libertad condicional si prometía renunciar a la rebelión armada, pero el líder revolucionario se negó a aceptar esa condición y el lance resultó beneficioso para él. El 6 de mayo de 1955, el dictador cedió a la presión popular y firmó una amnistía incondicional para los rebeldes. Castro y los demás «moncadistas» apenas habían pasado una veintena de meses tras las rejas y salieron de prisión para encontrarse con una multitud de admiradores y periodistas, ante los que Fidel se presentó con el brazo en alto en señal de victoria. Anunció que a partir de entonces los disidentes serían conocidos como Movimiento Revolucionario 26 de Julio, o M-26-7 para abreviar. En Cuba, el número 26 quedó desde entonces asociado al castrismo.

Seis semanas después, México otorgó a Fidel el visado de turismo que le permitió salir de su tierra natal. Temía, probablemente con razón, que si permanecía en La Habana, los escuadrones de la muerte de Batista terminarían matándole. El legado más llamativo de ese breve período de libertad en la capital cubana fue la concepción de una niña, Alina, con Naty Revuelta, que no tardó en abandonar la ficción de que la bebé era hija de su marido. Con Fidel libre y entregado de lleno a relanzar su campaña, la situación de Batista, cada vez más odiado por su pueblo, difícilmente podía ser peor. Castro quizá fuera un revolucionario torpe, pero no cabía duda de que como propagandista era genial y demostró una determinación que el dictador no estaba en condiciones de igualar.

Exiliado en Ciudad de México, Fidel tendría en los siguientes meses uno de los encuentros más influyentes de su vida. Fue en la capital mexicana donde conoció a un argentino de veintisiete años, médico por formación y marxista por vocación, llamado Ernesto Guevara —el Che, como lo apodaron los cubanos—, el hombre que junto a Fidel alcanzaría la inmortalidad. Tras coincidir por primera vez en una cena, los dos se trasladaron a una cafetería donde estuvieron conversando durante diez horas. El argentino unió su suerte a la de los indigentes jóvenes del M-26-7. El Che quería sumarse a una revolución, y la de Fidel era la más accesible que se le presentaba. Los dos jóvenes desarrollaron una profunda empatía que perduró tantos años como lo permitieron la megalomanía de Fidel y el compromiso inalienable del Che con el romanticismo de la lucha guerrillera. Castro continuaba recibiendo una pequeña asignación de su padre (y lo seguiría haciendo hasta la muerte de este en octubre de 1956), pero la fuente de fondos más útil e inmediata con la que contaba el grupo era una rica cubana llamada María Antonia González, que estaba casada con un luchador mexicano. Su gran apartamento se convirtió en el piso franco y punto de encuentro de los revolucionarios. El exhibicionista Fidel acogió al aventurero argentino lleno de sentimiento. Otros miembros del grupo refieren que los dos hombres tenían algo en común además de sus ideas políticas: eran, quizá, los únicos latinoamericanos que no sabían bailar.

El Che le preguntó a Hilda Gadea, su novia peruana, qué pensaba del plan que estaba incubando Fidel para la invasión de Cuba. La respuesta de esta enérgica ideóloga fue que se trataba de una locura, pero que debían apoyarla.[10]Él la abrazó y le dijo que había decidido zarpar con los rebeldes, a los que ayudaría como médico. Cuando Washington le concedió a Fidel el visado estadounidense (un hecho de algún modo sorprendente), este organizó una gira para recaudar fondos que resultó muy exitosa. El líder del M-26-7 salió en primera plana tanto en la prensa cubana como en el *New York Times* al declarar: «En 1956, seremos libres o seremos mártires». El depuesto presidente de Cuba, Carlos Prío Socarrás, que vivía exiliado en Miami, le dio a Castro cincuenta mil dólares que este aceptó sin vacilar (para 1959, la contribución de Prío ascendía ya a 250.000 dólares, una suma que el principal beneficiario recompensaría con... nada).[11]El grupo se sintió lo bastante rico como para ofrecer a sus miembros una

asignación para su sustento de ochenta centavos al día. Para la primavera de 1956, Fidel contaba con sesenta seguidores, a los que se comenzó a dar adiestramiento militar en un rancho en las afueras de la Ciudad de México. Para conseguir una buena condición física, el grupo practicaba senderismo. El Che, que padecía de asma crónica, sufría durante las largas marchas, pero persistió con obstinación. Era consciente de que pronto las estaría haciendo de verdad.

2. «GRANMA»

Ese verano la banda de Castro aumentó en número hasta los 120 efectivos. Un día, por casualidad, los revolucionarios se toparon en el puerto fluvial de Tuxpan con un yate de 19 metros de largo llamado *Granma* («abuela»). La embarcación había sido prácticamente abandonada y se encontraba en un estado ruinoso. El propietario, un dentista estadounidense jubilado, aceptó venderlo por veinte mil dólares, y dado el estado de la nave es probable que quedara encantado con el trato. Los cubanos iniciaron las reparaciones casi de inmediato. Estaban cada vez más ansiosos e impacientes, pues los mexicanos parecían haberse cansado de sus actividades subversivas y la policía se había incautado de varios alijos de armas pertenecientes al Movimiento. En esas semanas previas a la partida de los rebeldes, el mundo estaba preocupado por las dos crisis simultáneas que dominaban los titulares: la revolución húngara, que a principios de noviembre las fuerzas soviéticas reprimieron con una brutalidad ejemplar, y la guerra del Sinaí, donde la invasión anglo-franco-israelí de la Península terminó con una humillante retirada debido a las presiones internacionales y, en particular, la insistencia de Estados Unidos.

El 24 de noviembre Fidel, sentado en un automóvil estacionado al lado del puerto, garabateó un testamento. Luego, en la oscuridad y en medio de un aguacero, descendió con sus hombres hasta el muelle. Las dimensiones y el estado del *Granma* no causaron una buena impresión a los miembros del grupo que esa noche veían la embarcación por primera vez. Uno, Universo Sánchez, dio por sentado que el yate simplemente era un medio para llegar a alta mar, donde tendría que estar esperándolos el transporte definitivo: «¿Cuándo llegaremos al barco de verdad?», preguntó. No obstante, trepó a la nave con los demás y ayudó a subir a bordo las armas y los pertrechos

bajo la supervisión del Che, que llevaba un largo chubasquero negro para protegerse de la lluvia. Lo que vino a continuación fue el caos. Con apenas 82 hombres apretándose en el casco, Fidel tuvo que aceptar de mala gana que no había espacio para más, y a las dos de la madrugada el *Granma* zarpó rumbo a Cuba, dejando en el muelle a unos cincuenta revolucionarios frustrados. En la más completa oscuridad, sin encender las luces, la embarcación se dirigió a la ría despacio, para no llamar la atención de las autoridades; y cuando por fin llegó a mar abierto muchos de los pasajeros empezaron a desear que no lo hubiera hecho. Se estaba formando una tormenta y tenían por delante una travesía de dos mil kilómetros.

La siguiente semana fue infernal. «El barco entero», escribiría después el Che, «presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito». La mayoría nunca había navegado. Con mar gruesa, el viejo barco, originalmente propiedad de la armada estadounidense y diseñado para una tripulación de apenas doce personas, comenzó a hacer agua. Sin perder tiempo, los pasajeros, incluido Fidel, se armaron con cubos y empezaron a achicar. Dos días después, cuando la tormenta amainó, descubrieron que durante el pánico inicial habían arrojado por la borda gran parte de las provisiones. Al acercarse a Cuba, cada vez que veían un avión o un barco, los futuros revolucionarios desaparecían de cubierta y corrían a esconderse: los mexicanos, de hecho, habían alertado a la policía de Batista de que el *Granma* se había hecho a la mar. Por otro lado, al no tener radio, los invasores no tenían forma de advertir a los expectantes grupos del M-26-7 que los esperaban en tierra de que llegaban con retraso.

El sábado 1 de diciembre, con los depósitos de agua potable vacíos y los hambrientos voluntarios al borde de la desesperación, Fidel anunció que el desembarco tendría lugar a la mañana siguiente. Se entregó a los hombres uniformes militares y botas nuevas (esto último un error garrafal). En un gesto simbólico, los aspirantes a guerrilleros lanzaron por la borda sus viejas ropas de civiles. A primera hora de la mañana siguiente, cuando la oscuridad empezaba a desvanecerse, el barco embistió un banco de arena a menos de sesenta metros de la costa. Con el alba, entre nubes de mosquitos,

la desharrapada banda descendió del *Granma* y, con dificultad, se dio a la tarea de llevar las armas y pertrechos a través de los bajíos hasta tierra firme. Agotados y desolados tras la experiencia en el mar, vadearon los pantanos en la remota costa del sureste de Cuba, aferrados a sus fusiles y ataviados con brazaletes rojos y negros adornados con la abreviatura «M-26-7». Más tarde el Che Guevara declararía con franqueza: «No fue un desembarco, sino un naufragio». No obstante, el líder de la expedición no vaciló en dirigirse con palabras grandilocuentes al primer campesino con el que se toparon: «No tenga miedo. Yo soy Fidel Castro. Estos hombres y yo venimos a liberar a Cuba».

Los días que siguieron fueron una pesadilla para los jóvenes guerrilleros, la mayoría de los cuales se habían criado en entornos urbanos. No tenían experiencia alguna de la selva con sus ruidos extraños y sus insectos inmisericordes. El calor era sofocante; la vegetación, casi impenetrable. Treinta años antes, un ocurrente aventurero británico había escrito que su primera impresión de Suramérica fue que se trataba de «un continente con problemas de autocontrol».[12]Aunque se refería a las junglas de Brasil, la frase se aplica muy bien a la naturaleza cubana, que combina una exuberancia desbordada con una implacable ausencia de comodidades. A la pobre dieta de los invasores (a través de los campesinos o en tiendas minúsculas obtenían yuca, arroz, frijoles y leche condensada en lata) pronto vino a sumarse la disentería, la maldición de las guerrillas.

La mañana del 5 de diciembre, las tropas de Batista, que habían estado siguiéndoles el rastro desde el desembarco, atacaron el campamento. En la lluvia de disparos, el Che recibió un impacto en el cuello. «¡Estoy jodido!», exclamó lacónicamente, convencido de que le aguardaba la muerte, pero luego se dio cuenta de que solo había sufrido una herida superficial y salió disparado hacia la espesura. Por su parte, Fidel corrió a refugiarse en un cañaveral de varios metros de altura con un rifle de caza suizo con mira telescópica, un arma por la que sentía especial aprecio. De los 82 aspirantes a guerrilleros, tres murieron en el enfrentamiento y 17 resultaron heridos y fueron capturados. Los supervivientes se dispersaron en pequeños grupos para intentar escapar. La mayoría serían traicionados, capturados y ejecutados al cabo de pocos días. Batista anunció públicamente que los rebeldes habían sido aniquilados. La noticia llevó al *New York Times* a

publicar un artículo titulado «Los cubanos violentos», en el que se deploraba el disparate de la invasión: «¿Es posible estar más loco?». Los titulares de la prensa en Cuba proclamaban: «FIDEL CASTRO MUERTO».

Sin embargo, Castro no solo no estaba muerto, sino que se mantenía incontenible, al punto de parecer incluso trastornado. Cuando él y los dos hombres que lo acompañaban volvieron a encontrarse con Raúl, que estaba con otros cuatro rebeldes, Fidel le preguntó a su hermano cuántas armas habían logrado salvar. «Cinco», respondió Raúl. A lo que Fidel replicó, exultante: «¡Y dos que tengo yo: siete! Ahora sí ganamos la guerra». Tres días más tarde, se les unieron ocho figuras harapientas más, entre las que se encontraba el Che Guevara; guiado por lo que el argentino identificó con seguridad como la Estrella Polar, este grupo había marchado hacia el sur creyendo que avanzaba hacia el este, y no se percató del error hasta dos días después, cuando se encontraron de nuevo en la costa.

El encogido grupo guerrillero se zambulló en las montañas de la sierra Maestra, donde permaneció durante los siguientes dos años, durante los que sufrieron grandes penalidades debido al clima, las enfermedades y las privaciones de todo tipo. Algunos de los reclutas locales que se sumaron a la insurgencia regresaron a sus casas después de pasar unos días en el monte. Los rebeldes realizaban ataques esporádicos contra los puestos avanzados del ejército, en los que rara vez encontraban mucha resistencia y, en cambio, les proporcionaban cierta cantidad de armas, municiones, comida y ron. La aviación de Batista los bombardeó, pero esos ataques apenas tuvieron ningún efecto. Castro comprendió que el principal reto al que se enfrentaba no era una cuestión de táctica, sino de relaciones públicas. Necesitaba mostrarle al mundo que estaba vivo y que seguía dedicado a la Revolución.

Para lograr ese objetivo, se valió de otra de las mujeres bien conectadas que le adoraban y que tan importante papel desempeñaron en su ascenso. Celia Sánchez contactó con Herbert Matthews, un intrépido periodista del *New York Times* que entonces tenía cincuenta y siete años, y le ofreció, en primicia, una entrevista con el fugitivo más buscado de Cuba. El estadounidense llegó a la isla disfrazado de turista rico. Mujeres amigas de

Sánchez le llevaron en coche buena parte del camino hasta el campamento guerrillero, pero el final del trayecto tuvo que hacerlo a pie. Inicialmente se entrevistó con Raúl Castro, con quien habló en el castellano que había aprendido en España dos décadas atrás, mientras informaba sobre la guerra civil española. Luego, en la madrugada del 17 de febrero de 1957, Fidel se reunió con ellos. Era la primera vez que el líder rebelde se encontraba con Celia, que se convertiría en su amante y en una de sus colaboradoras más estrechas. Ella quería convencerlo de que regresara a México y reiniciara su revolución desde el principio, pero no lo consiguió. Más allá de eso, Sánchez demostró estar dotada de auténtico genio administrativo y dio a la destartalada campaña de Castro una coherencia de la que hasta entonces había carecido.

Matthews, por su parte, quedó fascinado con los rebeldes, que habían tenido que hacer un esfuerzo adicional para asearse antes del encuentro. Para convencer al periodista de la fuerza de la guerrilla, organizaron una pequeña farsa y, durante un rato, hicieron desfilar ante él a los mismos hombres en bucle. Su artículo de primera plana apareció en el *New York Times* del 24 de febrero y evidenciaba cuánto lo había deslumbrado la figura de Fidel, al que presentó como «todo un hombre ... el líder rebelde de la juventud cubana». El jefe guerrillero no solo estaba vivo, sino que seguía combatiendo con ferocidad en las casi impenetrables montañas de la isla. Matthews elogiaba su «extraordinaria elocuencia» y comentaba que poseía una «personalidad arrolladora».

El régimen de Batista denunció que tanto la entrevista como el testimonio de Matthews sobre la fuerza guerrillera en las montañas eran una mera ficción, pero nadie se creyó la versión de La Habana. El artículo apareció en un momento en el que había varios otros grupos revolucionarios activos en Cuba que competían con el de Castro por la legitimidad como principal movimiento de oposición nacional: el 13 de marzo de 1957, decenas de estudiantes insurgentes se abrieron paso a tiros en el palacio presidencial, pero no consiguieron dar con Batista antes de ser superados por la guardia. Nada entonces invitaba a pensar en Castro como el sucesor natural del régimen de La Habana o a creer que su ascenso al poder fuera inevitable; pero a la hora de promocionarse Fidel demostró ser realmente brillante antes incluso de convertirse en un guerrillero exitoso. Una vez que el

mundo exterior descubrió su existencia, no se cansó de escucharle. Castro le dijo a un periodista español: «¡Odio tanto el imperialismo yanqui como el soviético! ¡No estoy rompiéndome los cuernos luchando contra una dictadura para caer en otra!».13Sus blancos, explicó, eran la aristocracia, la explotación y el privilegio; y, además, estaba comprometido con la reforma agraria.

Las fuerzas de la guerrilla aumentaron hasta los doscientos efectivos, muchos de los cuales se conocían mediante apodos: Lalo, Yayo, Pepe, Paco, Chichí, Chucho, Chino. Fidel mismo se ganó un mote: «el Caballo». Todos apestaban; los hombres se dejaron crecer las extravagantes barbas que los hicieron famosos como «los barbudos». Los accidentes con armas fueron un rasgo persistente de la vida en las montañas, pero como combatientes se volvieron cada vez más audaces, diestros y competentes. El 28 de mayo de 1957, atacaron a los soldados de Batista acuartelados en El Uvero, un remoto pueblo de pescadores. Los defensores se rindieron después de que seis rebeldes, catorce soldados y cinco loros resultaran muertos. En esa y en otras batallas, el Che Guevara demostró un coraje suicida, al tiempo que, al término del combate, usaba sus conocimientos médicos para atender a los campesinos locales. Tras lo ocurrido en El Uvero, el ejército comprendió que no estaba en condiciones de mantener esos puestos aislados e inició una progresiva retirada de la sierra. Entre tanto, en las ciudades, los grupos rebeldes afines a Castro se enfrentaban a tiros con la policía, lo que pese a no traducirse en grandes victorias elevó el perfil de la organización.

Resulta extraordinario que el régimen de La Habana, con su ejército de secretas y sicarios, careciera de la voluntad o la habilidad necesarias para localizar y destruir a Fidel, pero así fue. El mundo tenía cada vez más noticias sobre el guerrillero y su banda, indiscutiblemente romántica y aparentemente indestructible. Formaban parte de ella Camilo Cienfuegos, que siempre estaba citando el *Quijote*; Juan Almeida, un amante de la poesía que en su juventud había sido albañil; Che Guevara, el guapísimo e incorruptible comandante de ojos verdemar que enloquecía a las mujeres (y que por entonces se embarcó en una relación con Zoila Rodríguez, una joven campesina de dieciocho años, hija de un herrero). En una ocasión Raúl Castro se encontró al Che a lomos de un caballo blanco, abriéndose

paso a través de la jungla bañada por la luz de la luna delante de un jeep y un camión de suministros capturados al ejército. Con todo, el médico, que casi con seguridad era un psicópata, también disfrutaba ejecutando personalmente a los presuntos delatores.

Los rebeldes se apuntaron un importante golpe propagandístico en febrero de 1958, cuando los «fidelistas» secuestraron a Juan Manuel Fangio, el piloto de Fórmula 1 argentino cinco veces campeón del mundo, que se encontraba en La Habana para participar en el Gran Premio de Cuba. El corredor no pudo competir en la carrera, pero se le liberó a la medianoche siguiente. En la rueda de prensa que ofreció, se refirió a sus captores como «mis amigos, los secuestradores» y declaró: «Si lo hecho por los rebeldes fue por una buena causa, entonces, como argentino, yo la acepto como tal». Pese a la publicidad internacional que esto proporcionó a los revolucionarios cubanos, Batista tenía aún a su disposición (al menos en teoría) una fuerza de cuarenta mil soldados y policías, mientras que Fidel apenas contaba con trescientos guerrilleros en su campamento de la selva. El 9 de abril de 1958, la huelga general nacional convocada por los insurgentes para forzar la caída del dictador fracasó de forma estrepitosa.

Después de esa debacle, el Servicio de Inteligencia Militar (SIM), la policía secreta del régimen, asesinó a doscientos simpatizantes del Movimiento 26 de Julio. Para dar caza a su líder, La Habana inició ese verano la operación «Fin de Fidel». Sin embargo, tras setenta y cuatro días de persecuciones y escaramuzas, los rebeldes seguían armados y libres, en parte gracias a la ayuda de los campesinos locales, que en todo momento les mantuvieron informados sobre los movimientos del ejército. Cerca del pico Turquino, el punto más elevado de la isla, Celia Sánchez organizó una base permanente para la jefatura, que con sus cabañas de madera y su generador eléctrico era más cómoda y fija que cualquiera de las que los barbudos habían tenido hasta entonces. Castro recibió allí a Karl Meyer, del *Washington Post*, uno de los muchos periodistas que peregrinaron hasta la «comandancia», con un sonoro: «Bienvenido a la Cuba libre». Celia siguió siendo una compañera leal del líder guerrillero, aunque sus pataletas y falta de autocontrol la exasperaban. Los dolorosos problemas dentales que Castro padecía por esta época no contribuían en absoluto a mejorar su humor.

En las ciudades cubanas, los ataques con bombas y los enfrentamientos a tiros entre los insurgentes y la policía se convirtieron en sucesos cotidianos. Entre tanto, la comunidad internacional veía con indignación creciente las atrocidades de Batista; y si bien el gobierno de Estados Unidos seguía apoyándole oficialmente, muchos de los miembros más influyentes del Departamento de Estado y la CIA eran en secreto hostiles al régimen. Washington suspendió el envío a Cuba de aviones y armamento pesado; los británicos, en cambio, no tuvieron inconveniente, ni vergüenza, en proporcionar a Batista cazas Hawker Sea Fury.

Con todo, Castro era consciente de que sus posibilidades de suceder al dictador seguían siendo inciertas. La gente de Washington estaba hablando con los cubanos exiliados en Miami con la esperanza de identificar entre ellos la cabeza de un nuevo régimen títere, pues se temía que si Castro conseguía hacerse con el poder, su gobierno sería tan brutal como el de Batista. Por su parte, Earl Smith, el entonces embajador de Estados Unidos en Cuba, un destacado republicano de Florida, consideraba que el líder guerrillero era la única causa de la inestabilidad de Cuba e imploró al Departamento de Estado que levantara el embargo parcial de armas que pesaba sobre la isla. Y lo cierto, no obstante, es que el envío de material militar no se había interrumpido por completo, algo sobre lo que el Departamento de Estado le pidió discreción a Smith.

Los rebeldes realizaron acciones publicitarias cada vez más espectaculares: en junio de 1958, en la provincia de Oriente, Raúl Castro secuestró a diez estadounidenses y dos canadienses que trabajaban en una mina y, al día siguiente, a 24 militares estadounidenses que estaban de permiso fuera de la base de Guantánamo. Los rehenes proporcionaron a los guerrilleros un escudo humano que obligó al régimen a suspender por un tiempo los bombardeos a los que los tenía sometidos. En un primer momento, las acciones de Raúl suscitaron la furia de Fidel, preocupado por el daño que podrían causar a su imagen en Estados Unidos. Sin embargo, cambió de opinión a medida que los cautivos, a los que se fue liberando en pequeños grupos, empezaron a contarle al mundo que se les había tratado con generosidad e, incluso, a manifestar su apoyo a la Revolución. Thomas Mosnes, un piloto de la armada estadounidense de veintidós años oriundo de Iowa, dijo que se lo había pasado muy bien, en especial el 4 de julio,

cuando los insurgentes organizaron una barbacoa para que los prisioneros celebraran su fiesta nacional, antes de llevarlos a recorrer los pueblos bombardeados por la aviación de Batista.

Para entonces las filas del ejército guerrillero incluían a algunos «renegados» estadounidenses, todos ellos personas de mala reputación. El más tristemente célebre fue William Morgan, ladrón de poca monta, desertor del ejército, perdedor en todo sentido, que tenía veintinueve años cuando se unió a los rebeldes. Bajo el mando del Che, se le ascendió a comandante, pero en 1961, cuando se le ejecutó acusado de ser un agente doble, nadie le lloró. Durante las negociaciones para la liberación de los rehenes, un cónsul estadounidense cometió la imprudencia de afirmar que su país no estaba ayudando a Batista. Raúl Castro respondió enseñándole fotografías de los aviones de la fuerza aérea cubana repostando en la bahía de Guantánamo. No obstante, Fidel le envió a Raúl, que entonces se encontraba en compañía del Che, un mensaje en el que les advertía que no debían manifestar de forma abierta sus convicciones comunistas ante los reporteros extranjeros que los entrevistaban.

Con paso seguro, los rebeldes consiguieron extender su control sobre la sierra Maestra y establecer un sistema de gobierno sorprendentemente eficaz. Entre tanto, en el curso de la operación Fin de Fidel, el gobierno desplegó un nuevo ataque al bastión de la guerrilla desde la costa, donde desembarcó a un millar de soldados. El asalto estaba dirigido por un excompañero de estudios de Fidel, el mayor José Quevedo. Con una desfachatez irresistible, Fidel le envió al oficial una afectuosa nota «solo para saludarte y desearte muy sinceramente buena suerte». Después de setenta y cuatro días de enfrentamientos esporádicos en los que la guerrilla perdió solo 31 hombres, y el ejército diez veces más, Quevedo renunció. Tras una rendición en masa de las tropas bajo su mando y un intercambio de prisioneros negociado por una guerrillera de diecisiete años apodada «Teté» (Delsa Esther Puebla), el militar se unió a las filas rebeldes. Los vencedores requisaron un tanque Sherman que se había atascado en los pantanos. Las fuerzas de Batista se retiraron por completo de la región, lo que permitió a las de Castro declararla «territorio liberado». Tras ello, el Che y Cienfuegos, al mando de un contingente de 148 hombres, recorrieron a pie más de seiscientos kilómetros, casi la mitad de la longitud de Cuba,

para abrir un nuevo frente en el este. En esa marcha, los rebeldes padecieron privaciones espantosas y sufrieron una emboscada a manos de las fuerzas gubernamentales en la que perdieron la vida 29 insurgentes, pero nada detuvo su avance.

Después de eso, la lucha guerrillera se tornó cada vez más picaresca, carnavalesca incluso: el 13 de agosto de 1958, Fidel cumplió treinta y dos años y Celia le organizó una fiesta sorpresa. Luego, durante una tregua con el régimen para un intercambio de prisioneros, un helicóptero del ejército cubano dio a Castro, su amante y el Che un paseo aéreo por la sierra Maestra. También por esta época, se creó un pelotón completamente femenino. Tiempo después, Teté Puebla contaría que tras la reunión en que se aprobó la formación de la nueva unidad, Fidel les dijo a ella y sus compañeras: «Muchachitas, ya vieron todo lo que tuve que discutir para que ustedes pudieran luchar. Ahora no me hagan quedar mal».

En aquel verano de 1958 se hizo evidente que los días de Batista estaban contados. Era algo de lo que todos en la isla se daban cuenta (salvo el embajador Smith). No obstante, persistía la incertidumbre acerca de lo que vendría después. Las empresas estadounidenses con grandes inversiones en Cuba no querían al actual presidente, pero tampoco a Castro. Al propio Fidel le inquietaba la posibilidad de que se produjera un golpe militar antes de que su movimiento consiguiera hacerse con el poder. El Departamento de Estado envió a La Habana al exembajador William Pawley para que convenciera a Batista de que debía marcharse sin hacer ruido. El dictador mandó a freír espárragos al diplomático: no estaba dispuesto a aceptar ningún acercamiento de Washington que no fuera público y oficial. Para legitimar al lacayo que había elegido como sucesor, organizó unas elecciones presidenciales amañadas con torpeza. Los comicios se celebraron el 3 de noviembre y dieron como vencedor al entonces primer ministro Andrés Rivero Agüero con el 70 % de los votos, pero ni siquiera la administración Eisenhower reconoció la legalidad del resultado.

A partir de entonces, los acontecimientos se precipitaron. Fidel, en cuyas filas militaban ya ochocientos soldados, si bien la mayoría de ellos eran reclutas sin experiencia, descendió de las montañas. Pertrechados con la munición capturada al ejército, los guerrilleros dispararon contra todo lo

que encontraron en el camino. El dinero entró a raudales en las arcas del movimiento. En diciembre, Washington informó a Earl Smith, el más fiel de los partidarios de Batista, de que era imposible seguir respaldando al régimen. La noche del día 17, en una reunión secreta, el embajador le explicó la situación al dictador y, a regañadientes, le aconsejó marcharse del país y descartar un destino en Estados Unidos.

El día 27 de diciembre, el Che Guevara llegó con un contingente de 340 hombres a la ciudad de Santa Clara, en el centro de la isla. Tras dos días combatiendo calle a calle, los rebeldes vencieron a las fuerzas leales a Batista. En las primeras horas del día de Año Nuevo de 1959, el dictador huyó de Cuba rumbo al exilio (primero en la República Dominicana, luego en Portugal y finalmente en España) sin hacer ninguna declaración pública. El mafioso Meyer Lansky también abandonó la isla; sus casinos fueron saqueados y destrozados por la turba enardecida. Los últimos soldados de Batista que aún resistían en Santa Clara se rindieron al conocer la noticia; esa misma tarde fueron ejecutados. Fidel, anonadado por lo repentino de los acontecimientos, llegó a la ciudad de Santiago, donde le recibió una multitud fervorosa a la que arengó durante dos horas: «La Revolución empieza ahora ... Tengan la seguridad de que por primera vez de verdad la República será enteramente libre y el pueblo tendrá lo que merece ... en esta lucha no hay vencidos, porque solo el pueblo ha sido el vencedor».

Camilo Cienfuegos encabezó la columna de mugrientos guerrilleros que aceptó la rendición de los cinco mil soldados acuartelados en la Ciudad Militar Columbia, a las afueras de La Habana. Los oficiales al mando del centro pusieron a disposición de los fidelistas los privilegios y comodidades del club de oficiales. En medio de la noche, el Che Guevara llegó a la capital, donde nunca antes había estado, para tomar posesión de la antigua fortaleza de La Cabaña. Inicialmente, la posibilidad de que otros actores le disputaran a Castro el gobierno de Cuba generó una breve incertidumbre. Durante unas horas, los estadounidenses se engañaron pensando que el coronel Ramón Barquín podía imponer una nueva dictadura militar. Estudiantes armados ocuparon efímeramente la Universidad de La Habana ilusionados con la idea de que estaban en condiciones de suplantar a los barbudos; pero, por desgracia para ellos, durante los dos años anteriores los hombres de Batista habían asesinado a sus líderes más eficaces.

Fidel barrió las pretensiones políticas de los supervivientes mediante otro gesto supremamente teatral. En lugar de tomar un avión de Santiago a La Habana, optó por encabezar una caravana que recorrió toda la isla en un desfile que se prolongó durante una semana y se convirtió en una especie de triunfo romano. Algunos de sus hombres hicieron el camino en tanques decorados como si fueran carrozas de carnaval. A lo largo de la ruta, prácticamente cada dos o tres kilómetros, multitudes llenas de júbilo esparcían flores en la carretera mientras vitoreaban a los vencedores con suma excitación. Castro descartó por un tiempo las gafas que había usado toda la vida: «Un líder no usa espejuelos», dijo. Vestido con un uniforme militar hecho a medida, Fidelito, su hijo de nueve años, que había regresado del exilio en Miami para compartir la victoria de su padre, se sumó a él en lo alto del tanque en el que entró en La Habana.

Para cuando los Castro llegaron a la capital, cualquier vestigio de duda acerca de quién gobernaría Cuba se había desvanecido. Un reportero del *Chicago Tribune* obtuvo la primera entrevista con el conquistador: «Pueden estar seguros de que tendremos una relación amistosa con Estados Unidos si Estados Unidos quiere tener una relación amistosa con nosotros», dijo en ella Fidel. El líder victorioso estableció su centro de mando y residencia temporal en el Habana Hilton, cuyo salón de baile se convirtió en la cantina de los guerrilleros. A todo el mundo le encantan los ganadores: los padres del Che Guevara volaron desde Buenos Aires para aplaudir a su hijo en su momento de gloria. Los hombres del Che y de Camilo se encargaron de desarmar a los catorce mil soldados del ejército de Batista. El 12 de enero, en Santiago, unos setenta agentes del SIM, la policía secreta del régimen, fueron fusilados delante de una zanja abierta. La venganza resultó popular: en un mitin castrista una pancarta exigía «¡Que continúen los pelotones de fusilamiento!». Herman Marks, un sádico exconvicto estadounidense, oriundo de Milwaukee, disfrutó supervisando una serie de ejecuciones. Las protestas diplomáticas de Estados Unidos por estas acciones suscitaron indignación entre los cubanos, un gran número de los cuales pensaba que había mucho que vengar. Fidel gobernó con el respaldo apasionado de millones de sus compatriotas.

3. EL LIBERTADOR

Castro alcanzó el estatus de héroe por sus propios méritos, pero lo retuvo en parte gracias a la torpeza de Estados Unidos. El poder de su personalidad era indiscutible; sin embargo, de ahí a caracterizarlo como un ser humano admirable o el exitoso padre de la nación había un largo trecho. Fidel tenía en común con muchos revolucionarios la energía, el carisma, la elocuencia y, también, una falta de sentido práctico que les costó la vida a muchos de sus seguidores durante la lucha guerrillera y que, llegado el momento, llevaría a millones de cubanos al borde de la inanición. En esto, igualó los logros contemporáneos de Ho Chi Minh en Vietnam del Norte, Kim Il-sung en Corea del Norte y el mismísimo gran líder Mao Zedong en China. Fidel y el Che eran en última instancia líderes despiadados: se preocupaban enormemente por la causa, pero poco o nada por el individuo (salvo, sobre todo en el caso del primero, cuando los individuos en cuestión eran ellos mismos).

El Che Guevara llamaría a la creación de «dos, tres, muchos Vietnam» para atrapar a Estados Unidos en África y América Latina; y llegado el momento denunciaría el imperialismo soviético como indistinguible en su iniquidad de la versión capitalista. En el caso de Castro, un episodio en febrero de 1959, pocas semanas después de asumir el poder, ilustra muy bien su obsesión por el culto a la personalidad. Por puro capricho, subió a bordo del crucero MS *Berlin*, que en esos días estaba en el puerto de La Habana, y se presentó de esta guisa a Marita Lorenz, la hermosa hija del capitán, que entonces tenía diecinueve años: «¿Tú sabes quién soy yo? ¡Yo soy Cuba!». A pesar de la vida ascética que decía profesar, tras decidir que le apetecía sumar a la muchacha a su harén, envió un avión a Nueva York para traerla de regreso a La Habana.

En los años que siguieron a su triunfo, Castro se libró, una por una, de todas las personalidades de relieve que hubieran podido desafiar su poder absoluto. En un mitin celebrado el 8 de enero de 1959, interrumpió el discurso que estaba pronunciando para preguntarle a su viejo compadre Camilo Cienfuegos, que se hallaba a su lado en la tarima: «¿Voy bien, Camilo?». El camarada respondió: «Vas bien, Fidel», una réplica que la multitud se apresuró a repetir y que terminaría convirtiéndose en una consigna de la Revolución. El apuesto y galante guerrillero era demasiado popular para el gusto del líder, que en los mítines se mostraba reacio a

cederle el micrófono a pesar de los repetidos gritos de la multitud que pedía «¡Que hable Camilo!». Cienfuegos, un veterano del *Granma*, que ostentaba el título de comandante de las fuerzas armadas, desapareció para siempre en un misterioso accidente aéreo el 28 de octubre de 1959; tenía veintisiete años.

Por la misma época, Huber Matos, el jefe militar de la provincia de Camagüey, cayó en desgracia: había atacado a Castro por nombrar a comunistas en puestos clave del gobierno. En el juicio celebrado en diciembre, Raúl Castro y el Che Guevara, los marxistas declarados más entusiastas de la Revolución, exigieron la ejecución de Matos; en lugar de ello, se le condenó a veinte años de prisión, pena que cumplió íntegramente: su liberación no se produjo hasta 1979. Otros, incluido el mismísimo Che, caerían en desgracia más tarde. Solo la lealtad de Raúl Castro se consideró intachable. Aunque inteligente e implacable, Raúl carecía del carisma y la popularidad de Fidel, y si bien como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias tenía una gran influencia, su autoridad dependía en última instancia de su colosal hermano.

No se sabe, y es probable que nunca llegue a saberse, cuántos «enemigos de la Revolución» fueron ejecutados por el régimen de Castro en el primer año después de su llegada al poder, pero se considera que hablar de tres mil es una conjetura razonable. Un guerrillero que luchó a las órdenes del Che recordaba: «Empezamos a tener miedo de qué hacer y qué no hacer, de qué decir y qué no decir».[14]José Linares, entonces un estudiante de arquitectura que admiraba sin límites a Fidel y creía en sus esfuerzos por reconciliar a revolucionarios, comunistas y contrarrevolucionarios, reconocería más tarde que «la Revolución optó por la mano dura. La expulsión de estudiantes de las universidades [por desviación política] fue una medida muy severa y causó mucho daño a nuestra vida cultural».[15]La lista de libros prohibidos se volvió interminable: José Linares, por ejemplo, solo pudo leer *La montaña mágica* y *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann, gracias a un amigo que se los prestó en secreto.

Los nuevos gobernantes tenían una sensibilidad casi enfermiza en todo lo referente a Estados Unidos y, en especial, a la supuesta arrogancia de sus representantes en La Habana. Manuel Yepe, que a los veintitrés años se

había convertido en director de protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, recordaba: «Estadounidenses de toda condición entraban sin previo aviso en mi oficina, así, sin más. Cuando les preguntaba quién les había dado permiso, siempre respondían que eran de la embajada. Seguían pensando que eran dueños del país. Los mandé al carajo y les dije: "¡Ahora somos un estado soberano!"».16En una ocasión, Osvaldo Dorticós Torrado, el presidente títere de Castro, felicitó a su auditorio por tener «el privilegio de vivir en un país en el que el embajador de Estados Unidos no pinta gran cosa».

Con frecuencia ocurre que las figuras inspiradoras que ganan las guerras de liberación se revelan luego inadecuadas para el gobierno. Cuba, un país pequeño gobernado durante generaciones por dirigentes corruptos, carecía de una burocracia eficaz. Las herramientas para un gobierno exitoso son el orden, el proceso, la planificación. Castro, el Che y sus seguidores no solo carecían de experiencia en este ámbito, sino que negaban que hubiera requisitos dignos de tener en cuenta. El fervor revolucionario (significara lo que significara) y la lealtad a Fidel eran los únicos talentos necesarios para construir la nueva Cuba. «La mayoría de nosotros no sabía lo que era el socialismo», diría con pesar un camarada mucho tiempo después.17

Es difícil exagerar el daño que causó a los intereses estadounidenses que Washington siguiera respaldando a Batista mucho después de que resultara evidente para el mundo entero que el dictador era, desde una perspectiva política, un muerto viviente. En un discurso pronunciado en octubre de 1960, John F. Kennedy reconoció que la administración Eisenhower no había «ayudado a Cuba a satisfacer su desesperada necesidad de progreso económico»; había empleado «la influencia de nuestro gobierno para promover los intereses y aumentar las ganancias de las empresas privadas estadounidenses que dominaban la economía de la isla»; y había dado «relieve y apoyo a una de las dictaduras más sangrientas y represivas en la larga historia de América Latina». Con excepción de los peces más gordos del país, toda una generación de cubanos creció identificando a Estados Unidos no con la libertad y la justicia sino con la opresión y el despojo. Como ocurriera con el brutal régimen comunista de Hanói, cuando Fidel Castro emprendió la construcción de su propia tiranía, su proyecto se vio

legitimado por el hecho de que se trataba de una tiranía autóctona, no de un gobierno títere al servicio de imperialistas extranjeros.

En la primavera de 1959, la economía de Cuba se encontraba en caída libre. Herbert Matthews, el periodista del *New York Times* que había lanzado a Castro al estrellato con su entrevista en la sierra Maestra, sugirió que el nuevo líder debía realizar una visita a Estados Unidos con el fin de hacer amigos. El viaje tuvo lugar en abril, duró once días y cumplió uno de sus objetivos: impulsar al dirigente cubano a la estratosfera de la fama. No fueron pocos los miembros de la administración Eisenhower que quedaron entusiasmados con Castro, al menos brevemente. Una legión de mujeres que abrigaban la fantasía imposible de dormir con Elvis Presley o Desi Arnaz, el galán cubano de la televisión estadounidense, se habrían sentido igualmente felices abrazando al guerrillero barbudo. Una neoyorquina eufórica declaró: «No sé si me interesa la Revolución, pero Fidel Castro es lo más grande que les ha pasado a las mujeres norteamericanas desde Rodolfo Valentino».[18]En la Gran Manzana, el líder cubano conoció al alcalde Robert Wagner; se dirigió a una multitud de veinte mil personas; metió la mano en la jaula del tigre en el zoológico del Bronx. Arthur Schlesinger escribiría más tarde acerca de la visita de Castro a la Universidad de Harvard, donde varios miles de estudiantes aplaudieron al héroe cubano: «Vieron en él, creo, a un hípster que en la era del "hombre organización" había desafiado con júbilo al sistema, reunido a una docena de amigos y derrocado a un gobierno de hombres malvados».[19]

Sin embargo, en lo que respecta a construir puentes con el gobierno de Estados Unidos, el viaje fue un rotundo fracaso. Castro no se reunió con el presidente —el que no se hubiera esperado a recibir una invitación oficial de la Casa Blanca había molestado a Eisenhower, que consideró negarle el visado y, finalmente, enfurruñado, optó por irse a jugar al golf en Augusta — y los funcionarios con los que sí se entrevistó lo encontraron de una ignorancia casi infantil en asuntos de Estado, en especial en materia de economía. El 19 de abril, el vicepresidente Richard Nixon pasó tres horas con el jefe revolucionario, después de lo cual escribió un memorando que se revelaría bastante perspicaz: Castro, le pareció, era «increíblemente ingenuo en lo que respecta al comunismo» o bien estaba ya «sometido a la disciplina comunista»; poseía «las cualidades indefinibles que caracterizan

a un líder» y, sin importar qué pensaran los estadounidenses de él, estaba llamado a «ser un factor clave en el desarrollo de Cuba y muy posiblemente en los asuntos latinoamericanos en general».[20]Quizá no sea descabellado pensar que la pasión extrovertida de Castro suscitó en el reprimido Nixon un microcosmos de envidia y respeto, no como dictador, sino como hombre.

En mayo de 1959, Castro anunció la reforma agraria que puso fin al latifundio en la isla. La nueva ley fijaba en cuatrocientas hectáreas el tamaño máximo de las fincas rústicas privadas y permitía al gobierno confiscar todas las tierras excedentes sin compensación para los antiguos propietarios, fueran nacionales o extranjeros. Un año más tarde, el gobierno confiscó también todas las empresas de titularidad estadounidense. Los colaboradores más estrechos de Fidel, en particular su hermano Raúl y el Che Guevara, promovían entonces un orden del día que incluía la represión de los «enemigos del Estado» y, de hecho, de toda disidencia. Aunque en el primer gobierno revolucionario habían tenido cabida algunos moderados ilustres, durante los meses que siguieron a la victoria estos fueron hechos a un lado a medida que Castro fue asegurándose el control del poder.

Los cubanos «ricos», que bajo el antiguo régimen habían disfrutado de una vida privilegiada, se descubrieron despojados de sus propiedades y en muchos casos forzados al exilio: unas 250.000 personas abandonaron la isla en los primeros años de Castro, y muchas más seguirían su ejemplo después. En Calimete, Máximo Gómez tenía un compañero de escuela llamado Tomasito, un niño robusto que un día dejó de asistir a clases. El chico era el hijo del boticario local, y Máximo, que entonces tenía doce años, estuvo preguntando con insistencia por él hasta que le dijeron con tono severo: «No vuelvas a hablar de Tomasito o de su hermana Rosinda. Ellos se mudaron».[21]Máximo no se enteró hasta mucho tiempo después de que los dos hermanos, junto con otros miles de niños, habían salido de Cuba rumbo a Florida en el marco de la operación «Peter Pan», un programa clandestino para evacuar a escolares burgueses.

El gobierno de Castro se hizo famoso por su retórica extravagante, su incompetencia administrativa, su irresponsabilidad y su crueldad. Marta Núñez era hija de un próspero y exitoso periodista que tenía estrechos

vínculos con Estados Unidos. En la casa en la que creció, que era muy grande, únicamente las empleadas domésticas oían la radio cubana; ella y sus padres sintonizaban emisoras estadounidenses. Aunque su padre abrazó la Revolución, a ella, que entonces tenía quince años, le resultó difícil aceptar las implicaciones de esta en su propia vida: el fin de su educación en un colegio elegante y de la ropa importada de Estados Unidos; el enfrentamiento con una pobreza a la que nunca antes había estado expuesta; la ruptura con la fe católica de su infancia, que culminó cuando se deshizo de la imagen de la Virgen que siempre había llevado en el bolsillo. «Mi padre era un gurmé. Un día tomó una fotografía de la ración de cerdo que nos correspondía, impresionado por lo pequeñísima que era. Tuve que esforzarme mucho para no ser anticomunista.»22

Aunque su padre siguió empleando a Fermín, el chófer de toda la vida de la familia, ahora Marta se sentaba democráticamente a su lado en el asiento delantero, en lugar de hacerlo en la parte de atrás. El último libro que leyó en la Academia Ruston antes del cierre del centro fue *Lo que el viento se llevó*, una novela que le resultó muy cercana e inquietante. En su entorno social, muchísimos padres desaprobaban la Revolución y, en particular, el que sus hijas llevaran pantalón (la prenda formaba parte de su nuevo uniforme como mujeres milicianas). El padre de María Regueiro, un hombre intachable de clase media que poseía una tienda en La Habana, admiraba a Fidel como persona, pero se echó atrás cuando este abrazó el comunismo.23Habiéndose preocupado con ahínco por ofrecer a su hija una educación refinada, se opuso a su decisión de participar en la campaña de alfabetización masiva impulsada por el gobierno e irse a trabajar como maestra en el campo. María tenía en ese momento diecisiete años y, pese a la oposición de su padre, hizo lo que se había propuesto.

Sin embargo, millones de cubanos, los pobres que constituían la mayor parte de la población, continuaron amando y reverenciando a Castro y su entorno, en parte por el vívido recuerdo que tenían de Batista, del imperialismo yanqui y de la marginación social que padecían. Para hablar de «todo lo que ha sucedido desde que Fidel y Raúl Castro tomaron el poder en 1959», explica Anthony DePalma, un periodista estadounidense con un conocimiento íntimo del país, los cubanos emplean la fórmula «*después del triunfo*».24Los cubanos habían experimentado siglos de

opresión, pobreza y privaciones. Pero a partir de 1959 podían consolarse pensando que ahora, al menos, soportaban variedades autóctonas de tales males, no las impuestas por extranjeros avariciosos. Marcolfa Valido, nacida en 1939 en una familia campesina, siempre ha recordado a Castro con gratitud y admiración: «Él le dio a Cuba un sentido de valía. Es obvio que no era perfecto, pero hizo muchas cosas buenas, por más que hoy a algunos malagradecidos les cueste reconocerlo».25Máximo Gómez comparte ese sentimiento de gratitud, pues bajo el gobierno revolucionario él, que había nacido en la pobreza, tuvo la oportunidad de estudiar historia del arte y forjarse una carrera en museos y galerías: «Sin la Revolución eso hubiera sido imposible».26

Juan Melo, un adolescente revolucionario en esos días, recuerda un dicho popular de la época: «Yo no sé qué es el comunismo, pero si Fidel es comunista, yo también soy comunista».27La proximidad que caracterizaba la relación de Castro con el pueblo cubano quedaba de manifiesto cada vez que se dirigía a las masas. Las mujeres le gritaban: «¡No te alargues demasiado, Fidel! ¡Tenemos bebés que amamantar!»; y luego él, tras haber prometido hacerles caso, no paraba de hablar durante cuatro horas. Una noche habló en la Universidad de La Habana. Entre la multitud se encontraba Pablo, un conserje uniformado al que los estudiantes solían sobornar para que les proporcionara copias de apuntes de clase. El hombre, un negro ya entrado en años, conocía bien a Castro de la época en que el jefe revolucionario era un estudiante universitario, así que le gritó: «¡Fidel, regálame un cigarro!». A lo que Fidel replicó: «¡Pablito, siempre estás pidiendo! ¡Trabaja y cómprate tú tus cigarros!». El conserje no se amilanó: «¡Carajo, Fidel, cómo eres de tacaño! Hace años, cuando te pasaba apuntes, nunca me dabas propina. ¡Y ahora me niegas un cigarro!».28Los estudiantes, por supuesto, quedaron encantados con el intercambio.

José Linares, que tenía dieciocho años en 1960, describe a Castro como «un gran político, un gran estadista, un hombre con una gran visión de futuro», pero agrega que «no era un buen gobernante: liderar y administrar son dos cosas diferentes».29No obstante, al igual que muchísimos de sus compatriotas, Linares sigue respetando a Fidel como una figura fundamental en la historia de su país. Marcolfa Valido guarda recuerdos muy tristes de su infancia: en una ocasión, ella y otra niña debían tomar un

autobús para ir a confesarse, pero el conductor no las dejó subir por su aspecto harapiento. «Pasaban esta clase de cosas y yo no podía entenderlas», anota. También recuerda la vía del tren que había cerca del pequeño apartamento en el que vivía su familia, pues a menudo los escuadrones de la muerte de Batista arrojaban cadáveres allí. «Es mucho lo que tengo que agradecer a la Revolución cuando la comparo con lo que había antes. La Revolución trajo progreso, educación.»30Una mujer como Marcolfa, que en la década de 1960 se convirtió en maestra, no estaba lo bastante enterada de las cuestiones ideológicas como para preocuparse por la persecución de los disidentes desatada por el régimen. Ella y su familia siempre habían sido pobres y no tenían razón para inquietarse por el hecho de que la Revolución le estuviera quitando a los ricos. Sencillamente se sentían agradecidos por poder acceder a la educación, por contar con cierta asistencia sanitaria y por no tener que seguir padeciendo la discriminación racial que caracterizaba la Cuba anterior a la Revolución.

José Bell Lara tenía veintidós años cuando la dictadura fue derrocada. Entonces era un ferviente partidario de la Revolución que tenía una posición destacada en el sindicato de trabajadores del aeropuerto de La Habana y, al igual que un sinfín de cubanos, hoy recuerda las sucesivas crisis de los primeros años de Castro en el poder como una buena época, en parte porque esas crisis unieron al pueblo cubano: «Para la defensa del país confiamos no tanto en la organización, sino en el entusiasmo espontáneo de la gente. Muchos que no eran revolucionarios se sumaron a la Revolución y participaron en su defensa. Los ataques [desde el extranjero] contribuyeron mucho a la unión del pueblo».31

En octubre de 1959, en el primer encuentro en La Habana entre Castro y el agente de la KGB Aleksandr Alekseev, el cubano sostuvo que descartaba pedir armas a la Unión Soviética por temor a las posibles represalias de Estados Unidos. Unos meses más tarde, además, declaró que su país no corría peligro desde un punto de vista militar: el verdadero problema de Cuba era su «debilidad económica y su dependencia de Estados Unidos ... Estados Unidos podía destruir la economía cubana».32Pese a ello, el líder revolucionario terminaría cambiando de opinión y aceptando las armas soviéticas después de que, el 4 de marzo de 1960, una enorme explosión destruyera en el puerto de La Habana un buque cargado con armas y

municiones belgas destinadas al ejército cubano. Castro estaba convencido de que el sabotaje había sido obra de la CIA, pero si bien no le faltaban razones para pensar así, siguen sin existir pruebas que respalden esa conjetura. «Los estadounidenses están decididos a tomar medidas extremas», le dijo a Alekseev dos días después. Un año antes, tras su reunión con Castro, el vicepresidente Nixon había instado a Eisenhower a adoptar otro enfoque hacia el líder revolucionario: «Dado que tiene el poder para gobernar, no tenemos otra opción que intentar, al menos, orientarlo en la dirección correcta».[33]El mandatario estadounidense, sin embargo, tenía otra opinión: quería librarse como fuera del fastidioso y ruidoso tábano latino. En diciembre de 1959, el coronel J. C. King, el jefe de la división para el hemisferio occidental de la CIA, recomendó que se «considerara a fondo» la posibilidad de eliminar a Fidel Castro con el fin de «acelerar la caída» de su gobierno, una perspectiva que respaldaron Allen Dulles y Richard Bissell.[34]

En septiembre de 1960, cuando Castro volvió a visitar Nueva York para dirigirse a la Asamblea de las Naciones Unidas, las relaciones entre Washington y La Habana se habían tornado glaciales. Según una encuesta de la empresa Gallup, para esa época el 84 % de los estadounidenses tenían una opinión negativa del líder cubano, y solo el 4 %, una opinión positiva; el 12 % restante no tenía opinión al respecto. Las únicas personalidades que acudieron a darle la bienvenida fueron revolucionarios afines como Malcolm X, el líder del Black Power. Un editorial lo acusó de ser «un mocoso malcriado con una pistola». Los residentes de Staten Island quemaron una efigie suya. Eisenhower organizó un almuerzo con líderes latinoamericanos al que de forma deliberada no se invitó al cubano. Y un último insulto le aguardaba justo antes de volar de regreso a su país, cuando descubrió que los estadounidenses se habían incautado de su avión. El líder soviético Nikita Jrushchov se apresuró a prestarle una aeronave rusa. Carteles enormes comenzaron a adornar La Habana: «NIKITA FIDEL AMIGOS».

Con todo, no es cierto que la política de Estados Unidos respecto a Castro le empujara a los brazos de Moscú. La expropiación de activos estadounidenses y la ejecución indiscriminada de «batistianos» precedieron (en lugar de seguir) a cualquier declaración explícita de hostilidad por parte

de Washington. Ahora bien, la confiscación de las refinerías de Esso, Shell y Texaco en la isla fue consecuencia de la negativa de esas empresas a procesar el petróleo enviado por la Unión Soviética, uno de los primeros frutos del nuevo acuerdo comercial alcanzado con Moscú. Washington rompió relaciones diplomáticas con La Habana en enero de 1961, después de que de forma arbitraria los cubanos exigieran a Estados Unidos reducir el personal de su embajada a apenas once personas en un plazo de cuarenta y ocho horas. En marzo de ese año, John F. Kennedy anunció el lanzamiento de la Alianza para el Progreso, un programa de ayuda similar al Plan Marshall diseñado para impulsar las economías de América Latina: el objetivo era ofrecer a los países de la región una alternativa ante la influencia de la Revolución y el fertilizante marxista que la acompañaba. Nunca hubo una posibilidad real de que Estados Unidos llegara a un acuerdo con Castro. Era una época en la que Washington apoyaba algunas de las dictaduras más espantosas del mundo solo por el hecho de que fueran anticomunistas.

En esencia, los estadounidenses querían que el nuevo líder cubano, por decirlo de algún modo, se afeitara, a saber, que devolviera los bienes económicos confiscados y aceptara la tutela de su poderoso vecino. ¿Por qué debería haberlo hecho? Estados Unidos había creado las condiciones de este nuevo callejón sin salida con prácticamente todo lo que había hecho en la isla desde 1898. Entonces como hoy, los cubanos estaban hartos de que su poderoso vecino les reclamara gratitud histórica por, presuntamente, haberles «dado» la independencia, cuando la verdad era que ellos mismos habían librado una guerra larga, amarga y, en última instancia, exitosa para expulsar a los españoles, un conflicto al que Teddy Roosevelt y sus amigos solo se habían unido en el último momento.

Estados Unidos y Cuba compartían agravios especulares que tenían sus raíces en acusaciones mutuas de ingratitud e insensatez. El antiguo amo colonial, que para ese momento era Estados Unidos, no España, se encontró ahora recibiendo la clase de trato que Irlanda propinó al Reino Unido durante décadas una vez que se convirtió en un Estado separado en 1921. Irlanda, por ejemplo, se mantuvo fuera de la segunda guerra mundial; de hecho, en mayo de 1945 su primer ministro visitó la embajada alemana en Dublín para ofrecer sus condolencias por la muerte de Hitler. El sabio y

ocurrente escritor Sydney Smith no exageró demasiado cuando escribió hace dos siglos: «En el momento en que se menciona el nombre mismo de Irlanda, los ingleses parecen decir adiós al sentimiento común, la prudencia común y el sentido común». Las mismas palabras podrían aplicarse al proceder de Estados Unidos con respecto a su pequeño y desobediente vecino. Como los irlandeses, los cubanos tenían una larga lista de quejas legítimas. Arthur Schlesinger escribe: «No cabe duda de que la Cuba revolucionaria poseía un ímpetu temerario y anárquico desconocido en cualquier otro Estado comunista, que había acabado con la corrupción, que estaba educando e inspirando a su pueblo, que había recuperado de manera triunfal una identidad nacional y que la prensa extranjera la trataba de forma denigrante y calumniadora». Pero con igual acierto el historiador agrega que «estas verdades tapaban verdades más duras y corrupciones más sutiles» relacionadas con la mala gestión de Castro.

La CIA instaló una unidad de difusión de propaganda en las islas del Cisne y comenzó a enviar ayuda a los pequeños grupos de rebeldes anticastristas en las montañas (los «contras», de acuerdo con la etiqueta que les dio La Habana), así como a planear acciones de más envergadura, lo que finalmente daría origen a la operación Zapata, aprobada por Eisenhower en marzo de 1960. A modo de represalia, en 1961 la radio de Castro comenzó a emitir programas dirigidos a los afroamericanos marginados bajo la bandera de Radio Free Dixie, al frente de la cual estaba el autoexiliado portavoz del movimiento por los derechos civiles Robert F. Williams, que funcionó hasta 1965. Los historiadores de Cuba y los biógrafos de Castro no han dejado de debatir si Fidel fue siempre comunista o si sencillamente se convirtió en comunista. Sin abordar de inmediato esa cuestión, cabe señalar que resulta difícil imaginar cómo podría haber mantenido el entusiasmo de las masas por la Revolución sin recurrir a la expropiación de los bienes y tierras de propiedad estadounidense. Castro necesitaba enfrentarse a los poderosos intereses que habían respaldado la dictadura de Batista —que no eran solo los jefes mafiosos que controlaban los casinos, sino también algunas de las corporaciones más grandes de Estados Unidos — y alimentar el fervor de su gente. En este sentido resulta significativo que los miembros de la nueva clase dirigente optaran por seguir presentándose como combatientes incluso después de haber ganado la guerra, a diferencia de lo ocurrido, por ejemplo, con los gobernantes de

China y Vietnam del Norte. Aunque no habían sido guerrilleros precisamente brillantes (no había ningún general Giap entre ellos), continuaron luciendo uniformes militares y botas de combate y llevando pistola al cinto en sus apariciones públicas. Castro era un sensacionalista: un maestro consumado de la creación de sensaciones. Su diatriba del 26 de septiembre de 1960 en la sede de las Naciones Unidas fue grotesca en su exceso (se prolongó doscientos sesenta y nueve minutos), pero de un interés periodístico innegable: continúa siendo uno de los discursos más largos que la Asamblea General se ha visto obligada a soportar.

Amargados y ruidosos, cientos de miles de exiliados cubanos se establecieron en Florida, donde disfrutaban del apoyo de los conservadores estadounidenses; y con sus compatriotas padeciendo cada vez más adversidades en la isla, la comunidad aumentaría de forma progresiva hasta alcanzar 1.530.000 en el siglo XXI, más otro medio millón repartido por otros lugares de Estados Unidos. Margarita Ríos Alducín, nacida en 1943, era hija de un vendedor de utensilios de cocina y un ama de casa que «cosía ropa de calle».[35] Aunque su madre procedía de una familia rica, había sido desheredada «por enamorarse de un negro, un mulato»: su padre. En los albores de la insurgencia, la mujer se dedicó a coser banderas para el M-26-7, y su modesta casa se convirtió en un escondite de revolucionarios, algunos de los cuales se harían luego famosos: Eduardo García Lavandero, Juan Niury, Faure Chomón.

Sin embargo, para 1961, Margarita y su madre se habían desencantado del régimen. Recularon ante «el lío de si la Revolución iba a ser comunista ... Casi todos en nuestro barrio se habían ido [de Cuba]: el propietario de la farmacia local, los dueños de las bodegas, todos. La gente le decía a mi mamá que teníamos que irnos también, pero ella dijo que no». La hermana de Margarita, no obstante, sí se marchó. La señora Rivas le prohibió a su hijo Filiberto, que entonces era un miliciano, leer en casa el *Granma*, el diario oficial del gobierno. «Primero empezó la escasez. Te daban una cartilla de racionamiento y permiso para comprar cosas, pero tenías que hacer cola durante horas. Todo estaba reglamentado.» Máximo Gómez estaba ansioso por comenzar la que se convertiría en una vida de servicio en las instituciones culturales de Cuba, cuando, sin previo aviso, se le envió a cortar caña de azúcar junto con otros miles de alumnos de secundaria:

«Fue duro. Y cuando volvimos tuvimos que recuperar todo el tiempo de clase perdido».[36]

Un ambiente de sospecha crónica se apoderó de lo que otrora fuera la clase media cubana: vecinos y compañeros de trabajo se miraban con desconfianza y todos se preguntaban ahora por las verdaderas lealtades de los demás. Conchita Alfonso, madre de tres hijos y esposa de un revolucionario convencido, diría más tarde: «La gente recelaba de si eras revolucionario o si te hacías el revolucionario y, en realidad, querías irte del país. Si querías irte, ya eras un enemigo».[37]Una noche, su hermano estaba dormido cuando su esposa, la cuñada de Conchita, lo despertó arrojándole a la cabeza un puñado de panfletos revolucionarios y le dijo: «O nos vamos todos de Cuba o me voy con mi familia». Conchita le dijo a su marido que ella también quería irse, pues el resto de su familia también había decidido marcharse. Su respuesta fue: «Si quieres, yo te ayudo a irte, pero mis hijas se quedan aquí». Ella, por supuesto, se quedó.

Una vez que Castro se convirtió en un enemigo declarado del capitalismo —y, en consecuencia, en un perseguidor de los cubanos «ricos»—, era casi inevitable que Estados Unidos intentara deshacer por la fuerza la Revolución de la isla. El primer ministro británico, Harold Macmillan, manifestó a la Casa Blanca su comprensión: «Castro es en verdad el mismo diablo ... Estoy convencido de que hay que librarse de él, pero es una operación difícil de planificar y solo me queda esperar que tengáis éxito». Estas palabras reflejaban la habitual disposición británica a contemporizar con el sentir estadounidense. En realidad, sin embargo, el primer ministro consideraba que la obsesión de Estados Unidos por Cuba era excesiva y resultaba peligrosa para los intereses de Europa, razón por la cual también sugirió que si Washington presionaba demasiado, «muchos de los cubanos que llegado el momento podrían engrosar las filas de la oposición a Castro terminarán viéndole a él y viéndose a sí mismos como mártires».[38]

Dadas las mentalidades imperantes en Washington y La Habana, Cuba tenía ahora pocas alternativas distintas de buscar la ayuda de la Unión Soviética. Castro envió al Che Guevara a Moscú para solicitar armas (y, de hecho, también misiles). Los soviéticos, dado el clima de la época y el contexto de la Guerra Fría, estaban casi obligados a responder con simpatía, y eso fue

lo que hicieron. Bajo Fidel Castro, la isla siguió siendo uno de los países peor gobernados del mundo, si bien con un sistema diferente del de Batista. Una envejecida Margarita Ríos Alducín anota con desaliento que las grandes esperanzas que en un comienzo había depositado en la Revolución no llegaron a cumplirse: «Los problemas de los pobres son siempre los mismos», dice.39Los sucesivos regímenes en el poder no perjudicaron de forma particular a los Ríos Alducín, pero tampoco hicieron nada bueno por ellos.

Castro estaba transformando Cuba en un teatro para su propio engrandecimiento, y gracias a su talento dramático su actuación contó con una audiencia mundial. A medida que la Unión Soviética y Nikita Jrushchov arropaban la isla con un abrazo cada vez más estrecho, los observadores perspicaces advirtieron que Cuba podía convertirse en escenario de una confrontación decisiva entre las grandes potencias. A mediados de octubre de 1962, la revista británica *Spectator* publicó un editorial titulado «Evitar aventuras», en el que se anotaba que «al igual que en Berlín, el líder ruso se ha cuidado en Cuba de no ir demasiado lejos».40No obstante, el texto continuaba señalando que «por supuesto, una nueva situación surgiría si el gobierno ruso tratara de convertir Cuba en una base de misiles. Con todo, es de suponer que se ha tenido cierto cuidado en dejarle esto en claro al señor Jrushchov, y una provocación de este tipo iría mucho más allá de la pauta cautelosa que ha prevalecido hasta ahora en la diplomacia soviética. Tanto Berlín como Cuba tienen el potencial para convertirse en crisis internacionales de primer orden, pero solo llegarán a serlo si el gobierno ruso cree que puede adentrarse sin riesgo más allá de los límites de la prudencia».

Sin embargo, sin que en Londres se supiera, el principal adversario de Estados Unidos durante la Guerra Fría estaba ya adentrándose mucho «más allá de los límites de la prudencia». Para entonces la Unión Soviética ya había embarcado a Fidel Castro en una aventura que pronto aterrorizaría al mundo entero.

2

Madre Rusia

1. TRIUNFO EN EL ESPACIO, HAMBRE EN LA TIERRA

En 1957, el satélite Sputnik, entre repetidos pitidos, dio a los soviéticos, rebosantes de orgullo, su mayor triunfo propagandístico desde la victoria en la «gran guerra patriótica», doce años atrás. El éxito del satélite prometía darles, en teoría, la capacidad de dominar los cielos de Estados Unidos con armas nucleares. Unos años después, en abril de 1961, otro logro espacial vino a infundir en millones de patriotas estadounidenses no ya el temor de Dios, sino el miedo a los comunistas impíos: la Unión Soviética había ganado la carrera por convertirse en el primer país en enviar al espacio a un hombre e impulsarlo alrededor de la órbita terrestre. El vuelo espacial de Yuri Gagarin convirtió en una superestrella al apuesto y joven teniente (con rapidez se le ascendió a comandante). En los hogares de toda Rusia, la noticia del vuelo, transmitido por el famoso locutor de Radio Moscú Yuri Levitán, suscitó una orgía de regocijo nacional. «La gente salió corriendo a las calles, todos se reían y se congratulaban unos a otros», escribió la joven moscovita Galina Artemieva. «¡Fue un día tan feliz e inolvidable!» La humanidad aclamó con nerviosismo a una superpotencia que parecía estar superando a Estados Unidos. Al igual que en el resto del mundo, en Washington muchas personas vieron en el astronauta soviético un símbolo de la sociedad comunista, que, resultaba patente, avanzaba a pasos agigantados. E incluso comenzaron a engañarse a sí mismas y dar credibilidad, al menos en parte, a la avalancha de estadísticas que la Unión Soviética proporcionaba acerca de sus propios logros militares, económicos y sociales.

Por extraordinario que pueda parecer en la actualidad, gurús tan influyentes como Paul Samuelson y J. K. Galbraith consideraron que era probable que la economía soviética superara a la estadounidense en el plazo de una generación. Henry Kissinger, que entonces enseñaba en la Universidad de Harvard, escribió que «Estados Unidos no puede permitirse otro declive

como el que ha caracterizado la última década y media», pues de lo contrario, opinaba, el país podía quedar reducido a ser «la Fortaleza América en un mundo en el que nos habremos vuelto en gran medida irrelevantes».[1]

La historia completa del vuelo de Gagarin tardaría décadas en salir a la luz, pero cuando por fin lo hizo puso al descubierto que el logro de la Unión Soviética había sido posible gracias a una tecnología endeble, desvencijada y mortalmente peligrosa.[2]Mientras el piloto aceleraba a través de la atmósfera, durante varios segundos aterradores se encendió la señal que advertía de un fallo en el motor de la tercera etapa del cohete. Más tarde, cuando el Vostok 1 empezó a desacelerar desde los más de 28.000 kilómetros por hora que había alcanzado para volver a entrar en la atmósfera, la nave no logró reducir la velocidad con la rapidez necesaria debido a un problema en el motor de frenado. Con la cápsula girando fuera de control, Gagarin pudo sentir como el caparazón protector, envuelto en llamas, se resquebrajaba. La situación solo mejoró cuando el cable del motor de frenado se rompió. Tras los ciento seis minutos que había durado la misión, el primer astronauta de la historia activó el asiento eyectable cuando estaba sobre Rusia, pero el kit de supervivencia que se le había proporcionado se perdió en el proceso y la válvula de respiración del casco se atascó. Además, durante el descenso, el paracaídas de reserva se abrió por accidente, lo que podría haberle matado. Cuando por fin aterrizó en un campo de patatas cerca del Volga, Gagarin se vio obligado a tomar prestado un caballo para ir a un lugar en el que hubiera un teléfono para pedir que le rescataran.

La historia del primer vuelo espacial es un símbolo de la Unión Soviética posterior a Stalin: una sociedad con unas habilidades científicas y técnicas extraordinarias, pero sin una capacidad de producción a la altura. El país, de hecho, no era capaz de fabricar un automóvil, una lavadora o una tostadora eléctrica que alguien fuera de sus fronteras quisiera comprar. En una ocasión, los ratones invadieron un arsenal en el centro de Rusia y se comieron el aislamiento de los misiles que se encontraban almacenados allí: para hacer frente a la plaga, las autoridades tuvieron que reclutar a centenares de gatos. Cuando el diseñador de cohetes soviético Serguéi Koroliov, una figura fundamental en el vuelo de Gagarin, se enteró de lo

ocurrido, no pudo hacer otra cosa que soltar una carcajada histérica. El general a cargo del arsenal fue destituido, pero tuvo suerte de no ser fusilado.3En octubre de 1960, el nuevo cohete R-16 explotó en la plataforma de lanzamiento; en el incidente murieron incineradas casi un centenar de personas, incluido Mitrofán Nedelin, el oficial al mando de las fuerzas de misiles estratégicos de la URSS, cuyos restos solo pudieron identificarse gracias a que entre las cenizas se encontró una hombrera de mariscal y la llave medio derretida de su despacho.

Encadenado a la burocracia centralizada y a la ideología marxista, el Partido ejercía su opresiva influencia sobre todo, desde las normas laborales de las fábricas hasta las prácticas agrícolas. Ningún asunto humano escapaba al prisma ideológico a través del cual se interpretaba la realidad en su conjunto. En un chiste que se contaba entonces en las calles de Moscú un oyente llama por teléfono a una ficticia Radio Armenia para preguntar por un remedio para la calvicie. «En esta emisora no nos ocupamos de cuestiones políticas», le responde una voz imperturbable.4En 1962, el secretario del Partido Comunista de Ucrania, Petró Shélest, escribió en su diario: «Jrushchov tiene razón al decir que tenemos que hablar con franqueza de nuestras dificultades, si queremos superarlas. Sin embargo, lo que ocurre con frecuencia es, por desgracia, que nosotros mismos nos creamos esas dificultades, luego luchamos con ellas y, finalmente, consideramos un logro superarlas con éxito».5

Por esa época se estaba produciendo en Rusia una migración masiva del campo a las ciudades —trece millones de personas entre 1956 y 1959—, con lo que el problema de la escasez de vivienda urbana se cronificó. Las condiciones de vida de la mayoría de los compatriotas de Jrushchov eran terribles: por término medio, y excluyendo los espacios comunes, cada persona contaba con unos cinco metros cuadrados, la mitad de lo decretado como norma cuatro décadas antes tras el triunfo de la Revolución. Aziz Chirajov, que gestionaba varios puestos en el mercado, vivía en un viejo barracón en el que se apiñaban 17 familias. Cada una tenía asignada una sola de las habitaciones que se repartían a lado y lado de un largo pasillo «en el que los niños pequeños jugaban con sus triciclos», la cocina era comunal y había un único lavabo que debían compartir entre todos. Según cuenta: «Había tantas peleas entre los vecinos que terminé buscándome

otro lugar; la habitación era más pequeña, pero éramos solo tres familias».[6] Jrushchov se apuntó un triunfo notable al conseguir trasladar a muchos de quienes vivían en esas construcciones de madera (barracas) a bloques de pisos, si bien estos eran muy básicos. En todas partes el espacio se consideraba muy valioso; las reservas hoteleras solo estaban al alcance del Partido. «En esos años estaban construyendo el hotel Rossiya. Tan pronto como se levantó la primera pared, alguien escribió en ella con tiza: “No hay habitaciones disponibles”.»

En el Leningrado de su infancia, Svetlana Mijlova asistió a una escuela especializada en la enseñanza del inglés en la que disfrutó del inusual privilegio de familiarizarse con autores como Charles Dickens, John Galsworthy o Jack London y leer novelas como *Una tragedia americana*, de Theodore Dreiser, y *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger. En sus páginas se enteró con fascinación de que los occidentales eran libres de vivir donde quisieran, a diferencia de lo que ocurría en su propio país, donde todo ciudadano estaba obligado a registrar su domicilio y solo podía realizar viajes internos si contaba con una autorización oficial.[7]

La gran cantidad de mercancías apetecibles que era posible ver en las tiendas y mercados de Moscú y otras grandes ciudades resultaba contradictoria. Las amas de casa podían contemplar tarrinas de caviar rojo y negro, al tiempo que las latas de cangrejo cogían óxido en los estantes, pues prácticamente nadie tenía dinero suficiente para comprarlas. Entre los artículos domésticos más preciados se hallaban las líneas telefónicas, que solo estaban al alcance de quienes tenían amigos influyentes. En el decenio iniciado con la muerte de Stalin, la industria soviética producía anualmente unos cien mil automóviles destinados al uso particular, la producción de una semana de las plantas automotrices estadounidenses. Un trabajador no cualificado ganaba unos sesenta rublos al mes, el precio de dos pares de zapatos. La calidad de los bienes de consumo era lamentable. La familia media gastaba el 40 % de sus ingresos en una cantidad de alimentos que apenas resultaba suficiente, y no eran precisamente un placer para el paladar. Algunas familias tenían primitivos televisores KVN, con pantallas tan pequeñas que el fabricante instalaba delante lentes que se rellenaban de agua para ampliar el tamaño de las imágenes. Los hogares más acomodados podían aspirar a tener un modelo Start-3, que no requería de tales

dispositivos de aumento. El alcoholismo era un problema crónico, en parte porque para los 214 millones de habitantes de la Unión Soviética el vodka era el medio más accesible y asequible de tomarse unas vacaciones del mundo real.

Desde la Revolución de 1917, el relato nacional giraba por completo alrededor del sacrificio: de vidas (en millones), de la libertad de elección, de la libertad de expresión. Al menos hasta 1942, Iósif Stalin había causado muchas más muertes en el país que Adolf Hitler. Otra forma de sacrificio eran las privaciones y la escasez —que con frecuencia degeneraba en hambruna— derivadas de, primero, la invasión y la guerra civil; luego, la mala gestión institucionalizada; luego, de nuevo, la invasión; y luego, otra vez, la mala gestión, de proporciones todavía mayores. Cualquier persona que dentro de las fronteras de la Unión Soviética señalara que antes de 1914 la Rusia zarista estaba experimentando un crecimiento económico espectacular podía considerarse afortunada si no terminaba en el Gulag, pero su único crimen habría sido decir la verdad.

Los líderes de la URSS impusieron a la población penalidades de todo tipo y embarcaron el país en locuras industriales, agrícolas, militares y sociales respaldadas por sanciones draconianas para cualquiera que osara manifestar su desacuerdo. Quienes habían vivido durante la «gran guerra patriótica» difícilmente olvidaban que en 1942, en Leningrado, algunos ciudadanos habían recurrido al canibalismo en medio del hambre, el frío y las enfermedades que mataron a unos 750.000 habitantes de la ciudad, un número que supera con creces el de las bajas sufridas por países como Estados Unidos, el Reino Unido o Francia a lo largo de toda la segunda guerra mundial. Casi todos los rusos habían tenido alguna pérdida personal entre 1941 y 1945: padres o parientes cercanos muertos o mutilados; comunidades devastadas. Más de 1.700 núcleos urbanos habían sido arrasados; al término del conflicto, ciudades como Minsk y Kiev habían quedado en gran medida inhabitables.

Después de tales experiencias muchos rusos, y en particular los miembros de la clase dirigente, encontraban intolerable que Estados Unidos emergiera de la guerra convertido en una potencia gorda, rica, complaciente y arrogante, mientras que su gran país socialista (que entre los Aliados era el

que había sufrido las mayores pérdidas y la peor devastación en la lucha por derrotar a los nazis) tenía que hacer grandes esfuerzos para proporcionar a su pueblo un nivel de vida mínimamente aceptable. En *La casa de Matriona*, novela corta de Aleksandr Solzhenitsyn, la protagonista homónima trabajaba, a pesar de la edad y los achaques, «no por dinero, sino por ... las marcas que registraban las jornadas en sus manoseadas libretas». En julio de 1962, un maestro rural llamado Saveliev recogió en su diario que en el campo, a las afueras de Leningrado, se había topado con unas ancianas que arrastraban un par de cabras que se proponían vender al carnicero debido a un impuesto nuevo y absurdo que gravaba el «exceso» de ganado en manos privadas. Si no se deshacían de los animales, tendrían que pagar un impuesto de quince rublos por cada uno: «¡Una cabra vale ahora tanto como una vaca! Se nos permite tener otros animales además de la cabra, pero no dos cabras ... Es tan estúpido que da hasta vergüenza. ¿A quién pudo ocurrírsele semejante idea? Y las ancianas siguieron su camino, maldiciendo su suerte, a sus jefes y las nuevas reglas».[8]

Un mes más tarde, el mismo hombre escribe: «Recogimos las patatas. Este año son más grandes que el anterior y la cosecha es mejor. De inmediato entregamos al Estado sesenta kilos a ocho kopeks el kilo, ya que en el sur la cosecha, debido a la sequía, ha sido muy mala. Por tanto, aprobaron un decreto que nos ordena entregar "voluntariamente" diez kilos por cada cien metros cuadrados sembrados. Han comenzado a limitar la venta de pan y no hay harina disponible». Y al mes siguiente, agregaba: «Si bien hay más o menos suficiente pan negro, no hay bollos. La cantidad de ganado también se está reduciendo, lo que significa que la situación va a complicarse. Han comenzado a hacer pan con un 20 % de aditivos. La gente dice que en las tierras vírgenes de las estepas (*tselina*) se están distribuyendo cartillas de racionamiento para el pan».[9]

Iván Seleznev recogió en su diario la consternación que le producían las malas cosechas y lo mucho que lamentaba que por orden del primer secretario del Partido Comunista se hubiera dado prioridad al maíz: «Los mujiks analfabetos que araban los campos durante la época de los Románov obtenían rendimientos mucho mejores. ¿Por qué? Este año [1962] han subido los precios de la carne, la mantequilla y los productos relacionados entre un 20 y un 30 % por término medio. La vida se ha vuelto

muy dura para la clase trabajadora».[10]La productividad de la industria soviética estaba por debajo de la mitad de la de la industria estadounidense, y en determinados sectores podía ser aún peor: en 1963, un minero estadounidense producía catorce toneladas de carbón al día; su homólogo soviético apenas 2,1 toneladas. Nunca se calculaba el coste de los proyectos de infraestructura; los precios tanto de los bienes de consumo como de los productos industriales se fijaban de manera arbitraria. Para viajar dentro del país, los soviéticos dependían en su mayoría de los autobuses, pues los ferrocarriles priorizaban el transporte de mercancías.

Mientras que una minoría cada vez más reducida de izquierdistas se aferraba a la fantasía de la Unión Soviética como un paraíso socialista, la imagen predominante del país en Occidente era la de una sociedad monolítica y gris, inundada de dificultades. Sin embargo, aunque esa imagen se acercaba bastante a la realidad, solo contaba una parte de la historia: pasaba por alto, por ejemplo, que un número sorprendente de rusos se las ingeniaron para disfrutar de la vida. Se enorgullecían de su heroica resiliencia frente a las adversidades y de la lenta, dolorosa y obstinada recuperación tras la devastación de la guerra. Muchos compatriotas de Nikita Jrushchov compartían su susceptibilidad, de la que tan a menudo dio muestras, ante lo que interpretaba como desaires y condescendencia por parte de Occidente. Resulta llamativo constatar cuán pocos de los soviéticos que prestaron servicio en Occidente como diplomáticos o espías intentaron desertar. Pese a conocer de primera mano la abundancia occidental, entre la que en ocasiones vivieron durante años, la gran mayoría de esos funcionarios optó por volver a la patria y a una pobreza relativa (más relativa dado su estatus privilegiado) en lugar de abrazar una cultura extranjera que muchos de ellos encontraban irremediablemente antipática. En la década de 1960, Aleksandr Solzhenitsyn acabaría convirtiéndose en el disidente más destacado de la Unión Soviética. Sin embargo, cuando finalmente se instaló en Estados Unidos en 1975, tras haber sido arrestado y deportado a Alemania el año anterior, muchos de sus admiradores se sintieron ofendidos por la dureza con la que atacaba lo que percibía como la decadencia y el materialismo de Occidente. El gran escritor había luchado durante años contra el sistema soviético, y había sufrido en carne propia como consecuencia de ello, pero seguía siendo un ruso apasionado.

El embajador de la URSS en Estados Unidos desde 1962 hasta 1986, Anatoli Dobrynin, se desempeñaba como ingeniero aeronáutico cuando, en 1944, se le seleccionó para ingresar en la Escuela Superior de Diplomacia, una invitación que lo desconcertó y alarmó, pues, en el universo soviético, él no era nadie. Nacido en 1919, era hijo de un fontanero y la acomodadora de un teatro de Moscú. Muchos años después, se enteró a través de Mólotov de que el reclutamiento de jóvenes con formación técnica para representar a Rusia en el extranjero obedecía a una decisión personal de Stalin. Antes de ser destinados fuera de la URSS, los futuros diplomáticos no solo recibieron clases de idiomas sino también de etiqueta burguesa; una de las lecciones se llevaba a cabo en una mesa dispuesta con gran variedad de vasos, copas y cubiertos a la que unos camareros imaginarios llevaban toda clase de platos imaginarios.

Dobrynin visitó Estados Unidos por primera vez en 1952, cuando se le destinó a Washington como consejero, y, como le ocurría a la mayoría de los extranjeros, quedó asombrado ante la riqueza del país. En sus memorias escribe que tardó años en hacer las paces con Estados Unidos, pero que —agrega casi a regañadientes— al final le cogió el gusto. En 1952 la guerra de Corea estaba en pleno apogeo, al igual que el macartismo, y el diplomático se topó con que el país estaba «atravesando un período de histeria anticomunista y antisoviética».[11]Marxista-leninista convencido, Dobrynin no tenía duda de que, tarde o temprano, Estados Unidos atacaría la Unión Soviética.

Para comprender los acontecimientos de octubre de 1962, es importante entender que incluso los rusos inteligentes e informados abrigaban esos sentimientos y pasiones. A lo largo del decenio que Jrushchov estuvo en el poder, las personas mayores sufrieron más que los jóvenes, en especial en 1961, cuando hubo escasez de pan y una supuesta reforma monetaria devaluó los ahorros de la población de la noche a la mañana. Tamara Kosij, nacida en 1947, vivía con sus tres hermanos y su madre, una trabajadora fabril, en un piso de dos habitaciones en los Urales. De acuerdo con los estándares occidentales, su vida era dura, pero más tarde recordaría con gratitud que el Estado soviético les ofrecía más beneficios de los que hoy reciben las familias rusas en situaciones equivalentes: guardería gratuita,

leche gratuita, campamentos de verano gratuitos, hospitales gratuitos, educación preescolar gratuita.

«La década de 1950 fue una época de esperanza», escribe Galina Artemieva. «Los prisioneros [del Gulag] estaban siendo liberados, las heridas de la guerra estaban sanando, crecía la fe en un futuro diferente y mejor.»12Galina, nacida precisamente en 1950, se describe a sí misma como miembro de una de las primeras generaciones soviéticas que no conocieron la guerra o el miedo: «¡Éramos los hijos de los vencedores! Creíamos que vivíamos en el mejor país del planeta. Sabíamos que las cosas mejorarían, que habría más alegría y más justicia. [Pensábamos]: “¡Oye, es genial vivir en un país soviético!”». Sin embargo, en muchas zonas del país, los niños iban a la escuela en dos turnos, una necesidad impulsada por la explosión de la natalidad de la década de 1950, que creó una escasez de aulas. Debido a ello, Galina hacía los deberes por la mañana y asistía a clases por la tarde. Como era joven, no se daba cuenta de la opresiva cultura de la URSS.

Nacido en 1944, Valeri Galenkov creció en la pobreza rural, pero al igual que Galina atesoraba recuerdos de una infancia feliz; vivían solos con su abuela en una casucha de madera y tenían un huerto en el que había un gran abedul al que le encantaba treparse para saltar, sobre todo durante el invierno, cuando la nieve se amontonaba a los pies del árbol. Había un retrete en el exterior, una palangana detrás de la cocina y un banco para dormir encima de esta. Cuando la abuela estaba fuera, Valeri cuidaba de sí mismo: un trozo de pan, un cucharón de agua. Una vez por semana en invierno, y con menos frecuencia en verano, se bañaban en una enorme casa de baños pública que había en el pueblo. «Me parecía que vivíamos bien», dice. «No fue hasta mucho después cuando entendí lo pobres que éramos.»13En el club local se proyectaban películas; las sesiones comenzaban siempre con una cinta propagandística sobre la feliz vida rusa, con títulos como *Los Urales soviéticos*, y continuaban con una producción épica: «Vimos *Cosacos del Kubán*, *Muchachas*, *El Don apacible*. Esas películas eran verdaderas obras maestras. Los vastos campos del Don se volvieron un lugar muy querido para nosotros».

Cuando terminaba la proyección y se encendían las luces, el mandamás del pueblo, el líder del Partido en la localidad, arengaba a los asistentes: «Era un buen tipo, un hombre sencillo y alegre. Solo más tarde, cuando nos hicimos mayores, nos dimos cuenta de que en realidad era un campesino bastante tosco y mucho de lo que nos contaba era mentira». La música era una fuente de placer y esparcimiento: los lugareños disfrutaban cantando y bailando acompañados de acordeonistas o guitarristas. Cuando Galenkov era joven, la gente participaba con entusiasmo en las manifestaciones y mítines del Partido; el cinismo no se impondría hasta tiempo después, cuando la coacción empezó a ser necesaria para garantizar la asistencia.

En esas zonas rurales los oyentes solo contaban con receptores de radio por cable, configurados desde la fábrica para que no pudieran sintonizar emisoras occidentales. Sin embargo, para la época de Jrushchov, decenas de medios extranjeros transmitían programas en ruso a la Unión Soviética, donde había decenas de millones de aparatos de onda corta, y Moscú no podía aspirar a silenciarlos todos. La música pop se convirtió en la herramienta de propaganda más eficaz de Occidente. No obstante, mientras que los rusos sofisticados y en especial los moscovitas confiaban más en la BBC que en Radio Moscú, la propaganda estadounidense resultaba demasiado cruda para tener un verdadero impacto. Durante la crisis de los misiles, Radio Liberty, una emisora financiada por la CIA, transmitió mensajes como «por cada misil soviético destinado a Cuba, la URSS ha gastado suficiente dinero, material y mano de obra para proporcionar zapatos a 25.000 personas». En el caso de la Primavera de Praga, por ejemplo, hay pruebas que indican que la mayoría de los rusos prefirieron la versión de los hechos ofrecida por Moscú en lugar de las difundidas por los medios extranjeros, y si esa era todavía la situación en 1968, no cabe esperar que seis años antes fuera diferente.

A propósito de esos días, Valeri Galenkov anota: «No podíamos comparar nuestro país con ningún otro porque vivíamos tras el "telón de acero". Pensamos que si aguantábamos, las cosas mejorarían, y así fue».[14]Tamara Kosij, que en 1962 tenía quince años, dice: «No sabíamos absolutamente nada acerca de Estados Unidos, salvo que se encontraba muy lejos. No envidiábamos lo que tenían los estadounidenses, pues estábamos aislados y solo conocíamos nuestra propia situación. Nos parecía que teníamos todo lo

que necesitábamos. No éramos miserables. La guerra había dejado una gran devastación, pero la gente trabajaba duro para reconstruir el país y lo hacía con entusiasmo».15

Los altibajos de la Unión Soviética en 1962 fueron los característicos de toda la era comunista. El 17 de junio, un submarino K-3 navegó por debajo del manto de hielo y llegó al polo norte, un logro tremendo. Sin embargo, apenas dos semanas después, el 30 de junio, el avión que hacía el vuelo 902 de Aeroflot, un Tu-104, se estrelló cerca de Krasnoyarsk con 84 personas a bordo (76 pasajeros y ocho tripulantes). No hubo supervivientes. Aunque el Estado soviético nunca reconoció la causa del siniestro, es casi seguro que fue un misil disparado durante un ejercicio de defensa aérea que se desvió de la trayectoria prevista.16

A lo largo de este período tuvieron lugar importantes protestas públicas contra las políticas del gobierno. Durante los diez años que Jrushchov estuvo en el poder, alrededor de medio millón de ciudadanos soviéticos se atrevieron en algún momento a participar en manifestaciones, disturbios o huelgas. Algunos lo pagaron con sus vidas; otros, con condenas en campos de trabajo.17Aunque la era de Jrushchov fue incomparablemente menos brutal que la de Stalin, resulta difícil describirla como progresista. En 1961, Boris Vronski, que entonces tenía sesenta y cuatro años, se burlaba en su diario íntimo del culto a la personalidad del líder comunista y los supuestos logros soviéticos: «“La vida es mejor ahora, más divertida”, como declara nuestro gigante de la ciencia y genio de la humanidad. Su retrato ofende a la vista por doquier. Pontifica: “Las cosas marchan estupendamente”. Sin embargo, podemos ver por nosotros mismos lo bien que marchan. Hay una huelga en Odesa, donde los estibadores descubrieron que la mantequilla se estaba enviando a Cuba y se negaron a cargarla; hay disturbios por el suministro de alimentos en Krasnodar; una huelga en la fábrica Voroshílov de Krasnoyarsk y otros paros más en otros lugares».18

El 17 de mayo de 1962, el Presídium aprobó un decreto que elevaba los precios minoristas de la carne y los productos avícolas en un 33 % y los de la leche y la mantequilla en un 25 %. También se revisaron al alza las metas de producción de las fábricas, sin que ello se tradujera en un aumento de los salarios (en ciertos casos, de hecho, el cambio conllevó una reducción).

Ese verano, apenas unos meses antes de que estallara la crisis de los misiles cubanos, una multitud se congregó alrededor de una estatua de Lenin en Riga para gritar consignas antigubernamentales. En Moscú, Leningrado, Donetsk y Kiev, se repartieron folletos en los que se llamaba al pueblo a protestar contra la subida de precios. Anya, la tía de Galina Artemieva, tenía tanto miedo a una posible hambruna que decidió hacer su propio pan; utilizaba una mezcla de harina y sémola (para que durara el mayor tiempo posible), y una vez que las hogazas se secaban, las almacenaba dentro de las fundas de algodón de las almohadas.[19]En las paredes de la ciudad de Chitá aparecieron carteles en los que se leía: «¡Camaradas! ¿Cuánto tiempo más hemos de vivir en la miseria y medio muertos de hambre?».[20]Unos meses antes, Nina Barbarchuk, una doctora de cuarenta y tres años de Minsk, había sido encarcelada por escribir una serie de cartas anónimas al presidente Kennedy (a la atención de la embajada de Estados Unidos en Moscú) en las que le advertía que no debía fiarse del supuesto entusiasmo por la paz que profesaban los líderes comunistas y le describía el precario nivel de vida del pueblo soviético.[21]

Dos ucranianos reciente liberados de campos de trabajo fueron arrestados y encarcelados de nuevo, acusados de amenazar a los comunistas en Smolensk y «hablar con aprobación de la vida en Estados Unidos».[22]Una joven maestra, destinada a una escuela cerca de Yaroslavl, descubrió al llegar que el único mueble de la habitación que se le había asignado era el armazón de metal de la cama y se vio obligada a rellenar con juncias secas una gran funda para que hiciera las veces de colchón. El pan llegaba al pueblo en contenedores cerrados con llave porque era un bien tan preciado que existía la posibilidad de que intentaran robarlo.[23]Otro decreto del Comité Central redujo todavía más los «privilegios» dietéticos al cerrar los comedores urbanos en los que hasta entonces era posible comprar una taza de té por un kopek y recibir una ración de pan gratis, algo que para muchos estudiantes jóvenes y famélicos resultaba esencial.

La muestra de descontento más grave tuvo lugar en la ciudad industrial de Novocherkask, un suceso que (como el derribo accidental de un avión comercial) el gobierno ocultó de forma escrupulosa al pueblo ruso durante tres décadas. Los problemas comenzaron con una huelga de varios miles de trabajadores de la fábrica de locomotoras eléctricas de Novocherkask

(NEVZ), uno de los mayores empleadores de la localidad, para protestar por el aumento de las cuotas de producción y el elevado precio de los alimentos. Un funcionario que trató de calmar a la multitud se convirtió en blanco de una lluvia de palos y botellas. Y aunque algunos de los primeros soldados enviados al lugar confraternizaron con los huelguistas, otros resultaron heridos por los proyectiles que les lanzaron. El 2 de junio el clima de descontento dio paso a una protesta masiva en el centro de la ciudad, donde los manifestantes irrumpieron en el edificio de la administración pública. El ejército soviético abrió fuego. Los disparos acabaron con la vida de 26 personas desarmadas (a las que luego se enterró en secreto en tumbas sin marcar) e hirieron a otras 87. Pese a que las autoridades silenciaron cualquier información sobre la masacre, los rumores acerca de lo ocurrido acabaron propagándose a lo largo y ancho de la Unión Soviética, incluidos algunos, probablemente falsos, que atribuían al ejército un número mucho mayor de víctimas mortales. Más de un centenar de los detenidos durante las protestas fueron sometidos a juicios farsa. Los tribunales hallaron culpables de «bandidaje», «vandalismo» y otros delitos a los catorce supuestos cabecillas de la huelga. Se conmutaron siete sentencias de muerte, pero todos los que se sentaron en el banquillo recibieron penas de prisión.

Un hecho clave de la tragedia de Novocherkask, recreada en el premiado largometraje *¡Queridos camaradas!* (2020), de Andréi Konchalovski, fue que dos jerarcas del Partido, Anastás Mikoyán y Frol Kozlov, se habían trasladado a la ciudad en representación del Presídium para investigar lo que estaba ocurriendo antes de que el ejército comenzara a disparar: el Kremlin, por tanto, fue cómplice directo del derramamiento de sangre. En sus autocomplacientes memorias, Mikoyán escribiría: «Me di cuenta de que las demandas de los trabajadores estaban justificadas y su malestar era producto de grandes agravios».[24]Según asegura, mientras él intentaba negociar con los huelguistas, su colega Kozlov, el otro emisario del Kremlin, telefoneó para pedir que se permitiera al ejército abrir fuego, una medida que habría autorizado el mismísimo Jrushchov.[25]Kozlov, además, mandó que se prepararan varios trenes para la deportación en masa de los disidentes a Siberia: «¡Una vergüenza!», en palabras de Mikoyán. Uno de los oficiales de mayor rango enviados al lugar, el general Matvei Kuzmich Shaposhnikov, que estaba al mando de una unidad de tanques, se negó a dar

la orden de disparar contra los manifestantes, una demostración de escrúpulos por la que más tarde sería degradado. En cambio, su superior, el general Issá Plíyev, empleó sin vacilar la autoridad concedida por Moscú para ordenar a sus hombres que dispararan a matar.

Cabe destacar que los manifestantes no protestaban contra el comunismo. Todo lo contrario: marchaban portando imágenes y consignas de sus héroes. El blanco de sus denuncias eran los actuales amos del Kremlin. En Novocherkask, en palabras de un historiador occidental, «no se destrozaron retratos de Lenin; era a Jrushchov al que se injuriaba».26

La Revolución —la marcha de la Unión Soviética hacia la utopía socialista — aún contaba con el apoyo de una abrumadora mayoría de la población. La ira de quienes protestaban estaba dirigida contra aquellos que ahora debían implementarla, a saber, los miembros del Presídium del Comité Central del Partido Comunista. Incluso la KGB reconoció que se había provocado en exceso a los trabajadores de Novocherkask. Un eslogan escrito con tiza en el costado de una locomotora detenida por los manifestantes en las afueras de la ciudad rezaba: «¡Piquen a Jrushchov para hacer carne!». Se rompieron y quemaron retratos y carteles con la imagen del presidente del Presídium. Nikolái Barsukov ha escrito sobre el estado de ánimo que desencadenó las protestas: «La desilusión y el descontento de las masas se vieron exacerbados por el marcado contraste entre la reciente promesa de un paraíso inminente y la realidad de su existencia cotidiana».27

Serguéi Jrushchov sostendría más tarde que su padre se sentía culpable por la matanza, lo que lo atormentaría hasta al final de sus días.28Le describe regresando a casa el día de los disturbios y diciendo con enfado: «Los obreros armaron jaleo y los idiotas locales comenzaron a disparar».29Esta visión benigna del líder soviético es difícil de creer. Jrushchov no menciona Novocherkask en sus memorias, en las que sin embargo sí reconoce otros errores durante su mandato. Más creíble y relevante resulta lo que, según otro testimonio, le habría dicho a Kozlov para justificarse: «Millones de personas han perecido por la causa soviética, hicimos bien en recurrir al uso de la fuerza». Lo sucedido en Novocherkask no fue un caso aislado en 1962: aunque en menor número, ese mismo año las fuerzas del orden

mataron también a manifestantes antigubernamentales en otras ciudades, incluidas Múrom y Aleksándrovsk. Los bolcheviques de la generación a la que pertenecía el primer secretario habían conocido (y con frecuencia causado) tanto derramamiento de sangre en nombre de la Revolución que cualquier esfuerzo o sacrificio encaminado a garantizar el triunfo del socialismo les parecía justificado: antes que arriesgarse a poner en peligro esa meta, había que redoblar la apuesta y mantener una actitud imperturbable frente a la muerte. Esa mentalidad seguiría en buena medida siendo dominante en el Kremlin hasta los últimos años antes del colapso de la Unión Soviética.

Aunque los *shestidesyátniki* —la generación que irrumpió en la URSS en los años sesenta y que tendría un impacto casi tan potente en el país como sus contemporáneas occidentales en sus propias sociedades— todavía tenían que echar a volar, el cine ruso de la «nueva ola» ya estaba promoviendo algunas ideas muy originales, en especial acerca de la naturaleza de la guerra. Muchos jóvenes moscovitas adoptaron un corte de pelo tan similar al que llevaban los reclutas que, se decía, parecían «listos para ir a la guerra mañana».[30]Grigori Chujrái, un veterano del Ejército Rojo, hizo películas tan famosas como *El cuarenta y uno* (1956), *La balada del soldado* (1959) y *El cielo despejado* (1961); mientras que Mijaíl Kalatózov dirigió *Cuando pasan las cigüeñas* (1958). Por esa misma época se autorizó la proyección en Rusia de *Los siete magníficos* (1960), uno de los mejores wésterns estadounidenses jamás realizados. Con todo, el ambiente cultural seguía siendo en términos generales en extremo conformista. La represión oficial de la disidencia aumentó en 1962. En el Gulag, se ordenó que los campos de los prisioneros políticos adoptaran un régimen «más intenso», que luego se elevó a «estricto», lo que hizo aún más dura la situación de quienes se encontraban encerrados.

Por paradójico que pueda parecer, las comunidades más libres del país eran las de las ciudades científicas secretas, a cuyos residentes más destacados se les permitía intercambiar ideas y expresar opiniones con una libertad impensable en el exterior. Esto obedecía a una lógica casi perversa: incluso el Presídium era consciente de que no había ninguna posibilidad de que la Unión Soviética ganara la carrera espacial, alcanzara la paridad nuclear con Estados Unidos, realizara avances médicos o consiguiera cualquier logro

científico o tecnológico de relieve si no permitía que sus mejores cerebros pensaran por sí mismos e intercambiaran ideas, precisamente lo que no podían hacer el resto de los ciudadanos de la URSS. Para 1962, el complejo científico-militar-industrial soviético abarcaba un total de 966 instalaciones, entre fábricas, institutos, laboratorios de investigación y desarrollo y otros centros, que daban trabajo a 3.700.000 personas. Los científicos soviéticos formaron la punta de lanza de la naciente cultura intelectual del país. El físico Andréi Sájarov enfureció a Jrushchov al desaconsejar la reanudación de las pruebas nucleares: «Sería una medusa y no el presidente del Consejo de Ministros si escuchara a gente como Sájarov», dijo el líder comunista, que ya había tomado una decisión al respecto y siguió entregado de forma implacable a demostrar a sus camaradas del Presídium, y el mundo entero, que aunque no era un asesino de masas con apetitos remotamente similares a los de su predecesor, sí era también un hombre de acero.

2. «EL TIBURÓN»

A los ojos del mundo, Stalin fue un monstruo, cuya principal víctima había sido su propio pueblo. Sin embargo, casi una década después de su muerte, muchos rusos continuaban llorándole como el salvador de la nación en la «gran guerra patriótica» y el artífice de su poderío recuperado. El veterano Víktor Nekrásov escribió: «¡Los vencedores están por encima de cualquier juicio! Habíamos perdonado a Stalin todos sus crímenes».[31]En medio de un universo marxista en el que la hambruna más cruel era la de la verdad, los rumores imperaban. Uno de los más populares sostenía que el dictador había sido víctima de una conspiración judía en la que habrían estado involucrados sus médicos.[32]Tras el sensacional discurso pronunciado en el XX Congreso del Partido Comunista (febrero de 1956), en el que Jrushchov denunció los asesinatos en masa de Stalin, el comandante de una unidad de tanques del distrito militar de Moscú dijo con enfado a sus camaradas: «¿Por qué se ha publicado todo esto? ¡Deberían sepultarlo todo en los archivos para no perturbar y destrozar las almas de las personas!».[33]

Otro oficial apuntó con asombro: «Después de este discurso no sabes a quién creer...». Un coronel agregó: «¿Y dónde estaba entonces Jrushchov? ¿Por qué guardó silencio en su momento y solo comienza a soltar toda esta

basura sobre Stalin ahora que él está muerto? Por alguna razón, no confío en todos los hechos que se exponen ... Stalin me crio en sus ideas desde la infancia, y no pienso rechazar esas ideas ahora». El mismo oficial se refirió al gran novelista Borís Pasternak, el autor de *El doctor Zhivago*, una obra que al militar, por supuesto, no se le había permitido leer, como «Judas, un renegado, una mala hierba, una rana en el pantano». Pasternak dijo de Jrushchov: «El país estuvo gobernado durante muchísimo tiempo por un loco, un asesino, y ahora lo dirige un tonto y un cerdo».[34]Hasta el día de hoy, muchos patriotas rusos consideran que reconocer la terrible iniquidad de Stalin equivale de algún modo a desconocer todos los sufrimientos y sacrificios de su pueblo por la causa del socialismo desde 1917.

Como joven pionera comunista en la década de 1950, Galina Artemieva tuvo la oportunidad de visitar el mausoleo de los líderes soviéticos en la plaza Roja sin tener que hacer cola, un privilegio muy especial: «La solemnidad del momento imponía silencio. Yo nunca había visto un cadáver. Los dos líderes formaban una extraña pareja. Uno [Lenin], el gran ejemplo de sabiduría y humanidad, pequeño y de tez amarilla, yacía vestido con pulcritud con traje y corbata, pero al lado del generalísimo no lucía impresionante. Stalin, por su parte, parecía vivo, como si solo estuviera dormido, listo para abrir los ojos de un momento a otro, tan pronto se cansara de estar echado allí delante de los visitantes. Sentí pena por ambos, pues en cierto sentido me pareció que era obsceno que se los expusiera de ese modo a la mirada de todos».[35]En octubre de 1961, Jrushchov redujo a la mitad la pena de futuros visitantes de sensibilidad similar al decretar, de la noche a la mañana, que se retirara el cadáver de Stalin de la exhibición pública; el dictador sería enterrado luego cerca de allí, en una tumba revestida de hormigón.

En febrero de 1962, en Moscú, una persona a la que nunca se logró identificar envió por correo una gran cantidad de cartas dirigidas a prominentes comunistas, incluidos miembros del Presídium, para denunciar al máximo dirigente del país: «No hay límite para el aventurerismo de Jrushchov, y dado que el colapso de esas aventuras es inevitable, siempre necesitará chivos expiatorios».[36]El texto planteaba la posibilidad de que el pueblo ruso, que hasta entonces se había limitado a intentar sabotear localmente sus medidas económicas y sociales, «se alce de repente y

emprenda una insurrección capaz de eclipsar todos los Budapest», una referencia al levantamiento húngaro de 1956.

Aunque es imposible describir a Nikita Jrushchov como un líder humano, no cabe duda de que fue mucho menos inhumano que Stalin: a pesar de que en muchos aspectos era un hombre tosco, carente de elegancia y modales, al que le incomodaba la cultura y que situaba con menosprecio a los disidentes «en el lado equivocado de la historia», Jrushchov se permitió algunos arrebatos de liberalismo, realismo y generosidad que le granjearon la enemistad de los elementos más intransigentes del Kremlin. Poseía energía, entusiasmo, ingenio y cierto gusto por las payasadas, cualidades que no se suele asociar con los líderes soviéticos. Liberó del Gulag a un millón de presos políticos por lo menos (algunos historiadores mencionan cifras mucho mayores). Y tras emerger victorioso de la lucha por el poder de los años 1953-1955, sus rivales pudieron marcharse al exilio en las provincias, en lugar de ser fusilados. No obstante, durante las décadas que precedieron a ese triunfo, el primer secretario del Comité Central del Partido Comunista y presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética había tenido que escalar una montaña de cadáveres para ganarse la confianza de Stalin y convertirse en su protegido y, finalmente, en su sucesor.

En 1960, Hugh Gaitskell, el jefe del Partido Laborista británico, describió a Jrushchov como «un cerdo bastante agradable», y eso después de haberlo encontrado en un estado de ánimo favorable. Nacido en 1894, en una empobrecida familia campesina de la provincia de Kursk, cerca de la actual frontera con Ucrania, el futuro líder soviético comenzó a trabajar en fábricas y minas a la edad de doce años. En una ocasión, Nelson Rockefeller le espoleó con sorna con una alusión al medio millón de rusos que a principios del siglo XX emigraron a Estados Unidos en busca de libertad. El primer ministro respondió con desdén: «Por favor: no me venga con cuentos. Esa gente solo vino buscando mejores salarios. Yo mismo estuve a punto de ser uno de ellos». Ferozmente ambicioso y materialista, es probable que Jrushchov hubiera terminado convertido en el próspero gerente de una industria de no ser por la Revolución de 1917. Habiendo sido un obrero metalúrgico competente, abrigó a lo largo de su vida un gran respeto por quienes poseían algún tipo de destreza técnica y cierta

ambivalencia quisquillosa hacia quienes tenían la educación académica que a él le faltaba. Carecía por completo del hábito de la lectura.

De adolescente se convirtió en un precoz activista antizarista y, de hecho, se le abrió un expediente policial por recaudar dinero para las víctimas de la masacre con la que el ejército puso fin a la huelga de los trabajadores de las minas de oro del Lena. Tras unirse a los bolcheviques en 1918, durante la guerra civil se desempeñó como comisario político y, terminado el conflicto, se convirtió en gerente de una fábrica en el Donbás, Ucrania. A partir de entonces, como protegido de Lázar Kaganóvich, el acólito homicida de Stalin, su ascenso en el Partido Comunista fue meteórico. En la primera mitad de la década de 1930, convertido en jefe de la administración municipal de Moscú, supervisó la construcción del metro de la capital rusa, una obra monumental. Fue asimismo cómplice del Gran Terror: las purgas ideológicas de Stalin. Su biógrafo William Taubman escribe: «Jrushchov contribuyó al arresto y eliminación de sus propios colegas y amigos. Solo tres de los 38 altos cargos de las organizaciones municipales y provinciales del Partido Comunista en Moscú sobrevivieron a las purgas. De los 146 secretarios del Partido de las demás ciudades y distritos de la región de Moscú, 136 fueron, para usar el eufemismo postestalinista, "reprimidos"».37En sus memorias, Mikoyán especula con cinismo sobre el deslumbrante ascenso de Jrushchov: este se produjo, anota, porque «a todos los demás los habían puesto tras las rejas».38

O los habían fusilado. William Hayter, embajador del Reino Unido en Moscú entre 1953 y 1957, escribió en 1970 sobre el Presídium de la era de Stalin: «Quienes sobrevivieron ... lo hicieron porque estaban dispuestos a traicionar a sus colegas y sumarse a la persecución del resto de la población. Bajo Stalin, no bastaba con ser pasivo: era necesario participar de forma activa en el terror y los sobrevivientes debían tener cargas terribles sobre su conciencia. No hay que olvidar este pasado espantoso al valorar a los actuales líderes soviéticos».39En lo que respecta a Jrushchov, el historiador moderno Vladímir Naúmov ha escrito: «El genio y sabiduría de Stalin le embelesaron y hechizaron; la sola proximidad con el gran líder tuvo un impacto tremendo en una naturaleza tan emocional como la suya. Creo que incluso la gratitud personal que sentía hacia Stalin por la atención que le mostraba se vio eclipsada por la intensa euforia que le produjo el

hecho de estar involucrado en los grandes acontecimientos que estaban teniendo lugar en el país bajo el liderazgo de Stalin».40

En 1938, Jrushchov se convirtió en el virrey del Kremlin en Ucrania, cargo que retuvo hasta 1949, con apenas una breve interrupción. Se ganó una reputación de hombre indiscreto y vulgar (un blanco ocasional de sus pullas era su poderoso mentor), pero conservó el puesto y la vida gracias a una combinación de eficacia administrativa y astucia animal. Durante la segunda guerra mundial volvió a ser comisario político y emergió del conflicto con el rango militar de teniente general tras asistir a algunas de las batallas más grandiosas de la Unión Soviética: nunca olvidaría el hedor de los cadáveres incinerados dentro de los tanques destrozados en Kursk, bajo el sol de verano de 1943. Luego sería testigo de los sufrimientos de la población rural en la hambruna de 1946-1947, en la que, se calcula, pudieron perecer hasta dos millones de personas, víctimas de la sequía y la miseria agrícola de la posguerra. En 1947, Jrushchov fue destituido temporalmente de su cargo como secretario general del Partido Comunista de Ucrania y durante un tiempo temió por su propia vida. No obstante, antes de terminar el año se le rehabilitó y recuperó su posición.

Su ascenso se vio favorecido por el hecho de que la mayoría de quienes le conocieron, tanto rusos como extranjeros, solían subestimarle. No me parece frívolo sugerir que Stalin, un hombre acomplejado por su baja estatura, viera con buenos ojos que su protegido fuera aún más bajo que él: media metro sesenta. Y, además, andaba como un pato. Más allá de una fuerza de voluntad feroz, Jrushchov demostró talento para la doblez y la ambigüedad, el farol y la charla ligera. Ningún líder alcanzó la cima del poder en la Unión Soviética exponiendo con franqueza realidades desagradables; de hecho, la afinidad con la verdad era un obstáculo insuperable para un alto cargo. Esto es algo que habrá que tener muy presente en el contexto de la crisis de los misiles cubanos.

En opinión del embajador Hayter, Gueorgui Malenkov, el rival de Jrushchov en 1953-1957, era «con facilidad el más inteligente y el más presto a entender de qué se estaba hablando». En comparación con él, el diplomático británico encontraba a Jrushchov lerdo y aterradoramente ignorante de los asuntos internacionales. Era «rápido, pero no inteligente»,

escribió Hayter, que lo compara con «un pequeño toro al que, si se le orienta en la dirección correcta, carga y se asegura de llegar con fuerza a su objetivo, derribando a su paso todo lo que se interponga en su camino». Otro diplomático occidental, el embajador de Estados Unidos en Moscú entre 1953 y 1957, Charles «Chip» Bohlen, consideraba que Jrushchov era uno esos altos funcionarios soviéticos con los que «no había punto de encuentro, ni lenguaje común».

Tras la muerte de Stalin en marzo de 1953, un episodio bufo y ridículo, Malenkov lo reemplazó durante un tiempo. Jrushchov, por su parte, organizó el arresto y posterior ejecución del sanguinario Lavrenti Beria y, luego, de forma progresiva, procedió a apartar a codazos a sus enemigos en el Presídium hasta que a finales de 1955 se aseguró el dominio del Partido. A partir de entonces, se convirtió en un entusiasta de los viajes al extranjero, llegando a cubrir más distancia que cualquier otro líder ruso desde el zar Nicolás II. Entre noviembre y diciembre de ese mismo año, llevó a cabo una larga gira por Asia con Nikolái Bulganin, un recorrido que incluyó un considerable número de payasadas para las cámaras y un paseo en elefante.

En febrero del año siguiente, realizó el acto político más decisivo de su vida: pronunciar, en el marco del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, un discurso «secreto» —más tarde un comunista polaco lo filtraría a un agente de los servicios de inteligencia israelíes, que lo compartieron con la CIA, que, a su vez, lo hizo llegar al *New York Times*— en el que durante cuatro horas condenó el estalinismo y calificó los crímenes del dictador como «deformaciones del socialismo». En 1957, Mólotov, Malenkov y Kaganóvich fueron etiquetados como estalinistas y expulsados del Presídium. Cuando el último de estos suplicó por su vida, Jrushchov se negó a liberar a su antiguo jefe del temor mortal que le embargaba y se limitó a responderle con un lacónico: «Nos lo pensaremos». Al final, se le enviaría a dirigir una fábrica de potasa en los Urales y viviría hasta 1991. En realidad, ninguno de los vencidos fue ejecutado, gracias a lo cual los demás miembros del círculo interno del Kremlin pudieron dormir más tranquilos de lo que lo habían hecho bajo Stalin.

Con todo, pocas personas, dentro o fuera de la Unión Soviética, creyeron por un instante que el nuevo líder del país fuera a desterrar el miedo como instrumento de gobierno. En Rusia se cuenta una historia que, si bien es muy probable que sea apócrifa, capta una verdad profunda. Después de que Jrushchov lanzara uno de sus ataques retóricos contra su predecesor durante una asamblea, un estalinista le habría gritado al amparo de la multitud: «¿Y dónde estabas tú cuando se cometieron todos estos crímenes?». A lo que Jrushchov ladró en respuesta: «¿Quién dijo eso?». Un silencio de espanto cayó sobre todos los presentes, una emoción que más tarde el mismo Jrushchov confesaría haber compartido. Bajo su liderazgo, el Partido retomó el control colectivo de lo que pasaba por sistema judicial en el país y el terror masivo llegó a su fin. Sin embargo, la meta nunca fue crear un Estado de derecho basado en pruebas (o al menos su apariencia) y el nuevo líder no carecía de una importante vena vengativa. El secreto en el ámbito político, es decir, el ocultamiento de las discusiones, de las decisiones y, sobre todo, de las vergüenzas y fracasos, mantuvo su carácter institucional. En caso de que alguien dude del horror del sistema que presidió Jrushchov, cabe recordar el testimonio del filósofo Isaiah Berlin acerca de la visita del gran compositor Dimitri Shostakóvich a Oxford en 1958. Ante cualquier mención de un asunto de naturaleza política, cuenta Berlin, el visitante era presa de un «silencio aterrorizado ... Nunca he visto a nadie tan asustado y abatido en toda mi vida».

En el año anterior, Jrushchov se había asegurado el control del poder. Se le había reconocido como *vozhd* («jefe» o «caudillo») y mantendría esa posición hasta octubre de 1964. Sus primeros tres años al frente del país resultarían ser los mejores, tanto por los logros económicos conseguidos a nivel nacional (cosechas récord, por ejemplo) como por el prestigio obtenido en el ámbito internacional. Sin embargo, Jrushchov no tenía el amor de su pueblo. En palabras de Nikolái Barsukov: «La paradoja de la época, o bien su lógica, fue que Jrushchov alcanzó el poder supremo precisamente cuando ese poder perdía el apoyo que antes tenía tanto en la base (a medida que la vida cotidiana empeoraba más y más, la gente fue abandonando sus ilusiones comunistas y, con ellas, la fe en Jrushchov) como entre las élites (cuando Jrushchov comenzó a asumir todas las responsabilidades)».[41]Durante esos años, Nikolái Kozakov, un veinteañero

aspirante a poeta oriundo de Gorki, mantuvo un diario íntimo en el que se refería con desdén al líder de la nación como «el tiburón».

Iván Seleznev, otro diarista, escribió en noviembre de 1961 deplorando el liderazgo de Jrushchov: «En la actualidad a Stalin se le pinta prácticamente como un criminal, lo que resulta por completo inaceptable en esta, la más democrática de todas las naciones, el país que dirigió durante casi treinta años. Intentan presentarnos al nuevo hombre al timón, a ese desperdicio de espacio, como una fuente de sabiduría y brillantez. Ahora bien, como él no puede mostrar nada que justifique semejante pretensión, han decidido utilizar el sacrificio y la denigración de Stalin para alimentar el nuevo culto a la personalidad ... la vanidad de una persona, a la que el destino ha puesto a cargo ... Stalingrado ha sido rebautizada como Volgogrado».42Y con sarcasmo agregaba: «Resulta que hubo una batalla de Volgogrado, no una batalla de Stalingrado». Dos compositores patrocinados por el Estado escribieron una canción en alabanza del nuevo líder que contenía el siguiente estribillo:

Vivió las batallas junto a nuestro pueblo.

Conduce nuestra tierra a la felicidad.

Alabado sea nuestro amigo, el camarada Jrushchov,

¡canta, oh pueblo, sus obras!43

No obstante, los rusos reacios a hacer algo semejante eran bastante más que unos cuantos. Una amiga de la familia de Galina Artemieva, una mujer cuya familia había pertenecido a la nobleza, solía referirse al nuevo líder como *krusch*, una palabra que en ruso designa a un escarabajo xilófago: «Lo que tiene en la cabeza no es una cara, sino un culo ... ¿No es así? ¿No fue él quien ahogó en sangre a Ucrania? ¿No vivía haciéndole la pelota a Stalin?».44Jrushchov poseía una energía y un apetito por el trabajo feroces, así como un humor muy variable: podía regocijarse y carcajearse incluso en compañía de extranjeros y, del mismo modo, sumirse en la tristeza más profunda. Nina Petrovna, su esposa, lo resumía así: «O está por completo dichoso o está por completo abatido».45

Sus asuntos domésticos no eran menos enredados que los de la mayoría de los miembros de la élite bolchevique. Uno de sus hijos, Leonid, mató a un marinero mientras, borracho, intentaba dispararle a una botella situada sobre la cabeza de este; piloto de caza, el réprobo perecería en combate durante la segunda guerra mundial. La viuda de Leonid (y nuera de Jrushchov), Liubov Illarionovna Sizykh, cumplió una larga condena en la década de 1940 por presunto espionaje. La tercera esposa de Jrushchov, la rolliza Nina, poseía una educación mucho mejor que la suya y era profesora de teoría marxista-leninista e historia del Partido. Aunque fue ella la que le acompañó a lo largo de sus años en el poder, él abrigaba un sentimiento de culpa persistente por sus dos cónyuges anteriores, a las que había abandonado. Una de las aficiones de Jrushchov eran los animales, y en sus dachas tuvo, en diferentes momentos, ardillas, un cachorro de zorro, un ciervo, conejos, patos y perros.

Era, asimismo, un conversador compulsivo, propenso a la burla cáustica, en ocasiones en medio de discusiones sobre los temas más serios. En una reunión sobre la construcción de un nuevo bombardero estratégico capaz de llegar a Estados Unidos, un diseñador prometió que su modelo podría atacar a los estadounidenses y luego refugiarse en México. Al oír semejante propuesta, Jrushchov replicó con desdén: «¿Qué se piensa usted que es México? ¿Nuestra suegra? ¿Cree que podemos sencillamente ir de visita cuando nos dé la gana?».46También podía ser en verdad divertido, aunque con cierta zafiedad. En una visita a Londres, indagó sobre la figura a la que se conmemoraba en el Albert Memorial. Cuando se le explicó que Alberto, el príncipe consorte, no tenía ninguna responsabilidad de Estado y solo se desempeñaba como esposo de la reina Victoria, el líder soviético preguntó con picardía a sus anfitriones británicos: «¿Y qué hacía mientras llegaba la noche?».

En una ocasión invitó al entonces secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, a dar un paseo en barco por el mar Negro. El diplomático esperaba disfrutar del lujo de un yate a motor, pero en lugar de ello se encontró como único pasajero, o más bien prisionero, de un pequeño bote de remos propulsado por su anfitrión. Los dos hombres no tenían un idioma en común en el que pudieran comunicarse, y Jrushchov vio la excursión como un castigo justo para el

sueco, que lo había estado aburriendo con sus monólogos sobre la ONU.[47]Mikoyán recordaba así a quien fuera su jefe: «Era un auténtico diamante en bruto. A pesar de tener muy poca educación, entendía las cosas con rapidez y aprendía deprisa. Era un líder natural, persistente y tenaz en la búsqueda de sus objetivos, valiente y dispuesto a nadar contra la corriente. Sin embargo, también era proclive a los extremos y ... podía obstinarse en locuras y caprichos, que tendía a imponer al Comité Central, sobre todo después de que incorporara a su propia gente. En consecuencia, sus malas decisiones empezaron a parecer "colectivas". Una vez que se dejaba llevar por una nueva idea, no prestaba atención a nadie y seguía adelante con la fuerza de un tanque».[48]A menudo marchaba solo y adoptaba políticas sin siquiera fingir que le interesaba oír las opiniones de los demás miembros de un gobierno que nominalmente era colectivo. Para furia de sus colegas en el Presídium, Jrushchov no los consultó antes de plantear, en una conferencia de prensa ofrecida en el Kremlin el 27 de noviembre de 1958, su tristemente célebre «ultimátum de Berlín» para exigir que Estados Unidos, el Reino Unido y Francia retiraran sus fuerzas militares de los sectores que ocupaban en la ciudad desde 1945.

Quizá la principal característica del líder soviético, el cimiento de su ascenso al poder y la fuerza dominante de todo lo que hizo a partir de entonces tanto en la URSS como en el extranjero fuera su fe absoluta en el comunismo y la planificación centralizada. Jrushchov fue lo bastante honesto como para reconocer que la Unión Soviética estaba aún lejos de ser el paraíso socialista que los bolcheviques habían prometido (algo que muchos *apparátchiks* del Partido se negaban a admitir). Sin embargo, continuó creyendo hasta el final de su vida que si su pueblo perseveraba y mantenía la fe en los ideales de Marx y Lenin, esa promesa finalmente se cumpliría.

En octubre de 1961, Jrushchov presentó un ambicioso programa económico al XXII Congreso del Partido. En el lapso de un decenio, aseguró, se lograría satisfacer las necesidades materiales de toda la población; para 1971, la escasez de viviendas estaría superada, y mucho antes de esa fecha, todos los soviéticos disfrutarían de «una buena dieta de alta calidad». Es dudoso que entre quienes le oyeron en esa ocasión hubiera una sola persona que creyera que esa visión fuera a hacerse realidad. Uno de los asistentes,

alguien que compartía el amor del pueblo ruso por los cuentos tradicionales, recordó al respecto la historia del granuja que le prometió a un emir que en veinte años podía enseñarle a hablar a su burro favorito. ¿Por qué veinte años? «Porque el tío era listo», explicaba el cínico: «¡Para entonces, el emir o el burro habrían caído muertos!». Con todo, es posible que Jrushchov creyera de verdad en su propia retórica, que fuera el único de los presentes que lo hacía. Su hijo Serguéi escribió que el carácter contradictorio de su padre «mezclaba el pragmatismo y el idealismo comunista del siglo XX ... Creía con fervor en la victoria mundial del comunismo, creía en ello como un buen cristiano cree en el cielo. Y para él el comunismo era lo mismo que el cielo, un lugar en el que toda la gente sería feliz y viviría una vida plena y satisfecha, la única diferencia era que el comunismo era eso aquí, en la tierra».49

Jrushchov introdujo en la política interior de la Unión Soviética una pasión y una energía que produjeron algunos resultados benignos y un número bastante mayor de fracasos, en especial en el ámbito de la agricultura (sus discursos sobre la materia ocupan ocho volúmenes). Una obsesión con las cifras de rendimiento, característica del sistema soviético, lo llevó a priorizar la producción de maíz. En 1959, durante su viaje por Estados Unidos, realizó una breve visita a Iowa, donde el agricultor y empresario Roswell Garst le enseñó sus cultivos de esa planta, así como la maquinaria y los animales de su granja. En sus memorias, Jrushchov escribiría con afecto sobre Garst: «Como capitalista, era uno de mis enemigos de clase. Pero conociéndole y siendo su invitado, le traté con gran respeto y valoré su conocimiento y su disposición desinteresada a compartir su experiencia con nosotros».

El líder ruso regresó a la URSS con un redoblado entusiasmo por el cultivo del maíz y la ambición de emular el cosechado en Iowa. Para 1962, los soviéticos tenían 36 millones de hectáreas sembradas con maíz, un cultivo para el que grandes zonas del país no eran adecuadas. Jrushchov empoderó a un agrónomo estalinista casi trastornado llamado Trofim Lisenko, cuyas recetas respaldaron los excesos de esa política. Para infundir entre los campesinos la pasión por el maíz, se reclutaron artistas para que bailaran disfrazados de mazorcas ante aldeanos desconcertados. La manía del maíz reflejaba la tendencia de Jrushchov a llevarlo todo demasiado lejos. Sus

enemigos se burlaron de él apodándole *kukuruznik*, el hombre del maíz. Con todo, las reformas agrícolas que impulsó no fueron un fracaso total: durante su mando, un gran número de soviéticos pasaron hambre, pero no hasta el punto de morir de inanición.

Leonid Pliushch, que se convertiría en un destacado crítico del sistema soviético, recuerda en sus memorias cuánto le horrorizó descubrir en 1959 que un tercio de los habitantes del pueblo al que se le había destinado como maestro padecían tuberculosis. Aunque tenían vacas, el colectivo se llevaba toda la leche para venderla. Para controlar la migración a las ciudades, a los habitantes de las zonas rurales no se les proporcionaban los pasaportes internos que hubieran sido necesarios. El estado de ánimo por defecto del campesinado, escribe Pliushch, era la apatía y la aflicción, pues la colectivización había eliminado todo incentivo para reparar el granero que estaba a punto de derrumbarse o, de hecho, para cumplir cada día con su jornada de trabajo. «Ellos fingen que nos pagan y nosotros fingimos que trabajamos»: es el chiste que resume la quintaesencia de la era soviética. La ironía de todo esto es que Jrushchov se preocupó más por el destino de los campesinos de lo que lo había hecho cualquiera de los gobernantes rusos que lo precedieron. Sin embargo, por desgracia para él y para su pueblo, su férreo compromiso con las políticas centralistas y colectivistas lo llevó a intentar resolver los problemas rurales de la URSS con remedios de charlatán.

Su política hacia el mundo intelectual fue impulsiva e impredecible, y estuvo determinada por la susceptibilidad que le producía su ignorancia literaria. Boris Pasternak se vio obligado a renunciar al premio Nobel de Literatura por orden de Jrushchov, que solo en la vejez confesó que no había leído *El doctor Zhivago* cuando mandó que se persiguiera al autor, lo que solo sirvió para acelerar su muerte. Pasternak falleció en 1960, cuando apenas tenía setenta años; el líder soviético aseguró luego que estaba arrepentido de su decisión. De forma contradictoria, en 1962 aprobó la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich*, la famosa novela corta de Aleksandr Solzhenitsyn. En esta obra el destacado disidente argumentaba, en palabras de Vernon Scannell, que «el conjunto de la sociedad soviética, incluidos quienes estaban prisioneros en los campos, estaba unido en una simbiosis indisoluble» y que «quienes se encontraban

en los campos de trabajo eran más libres que quienes estaban presunta y formalmente “en libertad”. De manera paradójica, la tierra del Gulag era el único lugar en el que los ciudadanos soviéticos no tenían ya nada que temer».

Jrushchov desempeñó un cómico papel en la publicación de la novela, que casi coincidió con la crisis de los misiles cubanos. Se le informó de que se trataba de una obra maestra escrita por un autor hasta entonces desconocido y su asistente personal le leyó algunos extractos en voz alta. Estos le convencieron de que el relato celebraba el honesto trabajo de los prisioneros del Gulag, que seguían siendo leales al sistema soviético pese a sus circunstancias, así que autorizó su aparición en la revista literaria *Nóvy Mir*. Más tarde se arrepentiría de ese espurio espasmo de ilustración.

El líder soviético también autorizó la publicación de un artículo de Andréi Sájarov en el que se reconocían las graves consecuencias de la exposición a la radiactividad. La «caída del caballo» del gran físico nuclear ruso se produjo cuando se dio cuenta de que al menos noventa personas habían muerto como consecuencia de su proximidad a las pruebas atmosféricas de una nueva arma nuclear. Al igual que sus homólogos estadounidenses, los observadores soviéticos que asistían a esa clase de experimentos se encontraron retrocediendo con horror ante las numerosas aves que caían víctimas de ellos. Sájarov escribió sobre su experiencia después de la primera explosión de una bomba de hidrógeno soviética el 12 de agosto de 1953, cuando se topó con un águila que batía en el suelo las alas terriblemente chamuscadas: «Estaba tratando de volar, pero era incapaz de despegar. Uno de los oficiales la mató de un certero puntapié para poner fin a su sufrimiento. Me contaron que en cada prueba se destruyen miles de pájaros; echan a volar con el destello y luego caen en tierra, quemados y cegados».[50]Resulta de algún modo irónico que los científicos que habían aprendido a encogerse de hombros ante la posibilidad de un intercambio nuclear que acabaría con las vidas de innumerables seres humanos se descubrieran afectados al comprobar el impacto sobre las criaturas salvajes de las armas que estaban creando.

Pese al artículo, Sájarov mantuvo su estatus elevado, al menos por el momento (su caída en desgracia se produciría después). Entre tanto,

Jrushchov, que había heredado un ejército de más de cinco millones de efectivos, se dio a la tarea de reducirlo en un 20 %. Hizo caso omiso de la furia de los generales, anotando, sin demasiada originalidad, que el alto mando siempre estaba preparado para la guerra que ya terminó. Abolió el adiestramiento de cadetes militares en las escuelas soviéticas y recortó los programas de adquisición de armas. Cuando con el apoyo del mariscal Zhúkov, el célebre comandante de la campaña de 1944-1945 que culminó con la conquista de Berlín, también anunció importantes recortes en la marina y el programa de construcción naval, el jefe de la armada, el almirante (luego degradado a vicealmirante) Nikolái Kuznetsov, abandonó una reunión con una réplica que Jrushchov no olvidaría: «¡La historia no le perdonará!».

La posición del líder soviético era que la defensa nacional dependía ahora de forma abrumadora de su capacidad nuclear; sin embargo, los recortes que introdujo tuvieron graves consecuencias humanas: 250.000 oficiales se encontraron de repente sin trabajo; casi literalmente, se los echó a la calle, donde se convirtieron, como ya lo eran la mayoría de los generales y almirantes soviéticos, en enemigos implacables de Jrushchov. La reducción del aparato militar inquietó incluso a los civiles: «A pesar de todo lo que se dice acerca del desarme», escribió Iván Seleznev en su diario íntimo, «hay una carrera armamentista y los fascistas de Alemania Occidental, en particular, son muy activos gracias al apoyo estadounidense. Es importante que no permitamos que nos den una patada de improviso, como ocurrió al comienzo de la segunda guerra mundial».51

Al mismo tiempo que ignoraba la ira latente de los mandos militares, Jrushchov parecía también ajeno a las tensiones entre las minorías de la Unión Soviética, a las que Moscú excluía de las decisiones sobre su propio destino. El nacionalismo cultural se reprimió con dureza. Entre 1958 y 1962, la policía secreta disolvió muchos grupos clandestinos en los Estados bálticos y Ucrania y ejecutó a varios activistas. Un abogado ucraniano fue condenado a muerte (luego se le indultaría) por promover un movimiento separatista. Cuando grupos vinculados a la Komsomol, la organización juvenil del Partido Comunista, comenzaron a organizar en Kiev eventos culturales ucranianos, se resolvió prohibirlos con el argumento de que se trataba de «desviaciones nacionalistas». Las sectas religiosas también

fueron perseguidas sin piedad: durante los primeros años de la década de 1960 el número de sacerdotes e iglesias ortodoxos se redujo en un 50 %. En 1962 se aprobó una ley que convertía en delito que los padres proporcionaran instrucción religiosa a sus hijos en el hogar. El abuso de las instituciones psiquiátricas para el confinamiento de disidentes y «elementos antisociales» se prolongaría hasta bien entrada la década de 1970.

Pese a todo ello, el orgullo y el anhelo de afirmación seguían siendo un poderoso motor de la sociedad y ejercían una influencia clave en la conducción de la política exterior soviética. Por considerable que pudiera ser el resentimiento que abrigaba hacia sus propios gobernantes, el pueblo ruso albergaba una animosidad mucho más fuerte contra Occidente, fundada en su relato de la segunda guerra mundial. Todavía en el siglo XXI, la mayoría de la población educada del país hace caso omiso del infame pacto nazi-soviético de 1939, que durante casi dos años convirtió a Stalin en el aliado y camarada depredador de Hitler en Finlandia, Polonia y Rumanía. Existe en cambio una conciencia arrolladora del sacrificio que vino después: los 27 millones de vidas rusas; la devastación de la patria; la enorme desproporción entre las bajas sufridas por el Ejército Rojo en la derrota de la Alemania nazi y las sufridas por los demás Aliados.

Cuando Yuri Gagarin, el primer astronauta del mundo, tenía solo siete años, los invasores alemanes se apoderaron de la casa de su familia, quemaron la escuela local, colgaron a su hermano menor de un árbol (una experiencia a la que el niño logró sobrevivir de alguna manera) y esclavizaron a sus hermanos mayores. Sus compatriotas compartían la conciencia de que mientras los veteranos de guerra estadounidenses y británicos habían regresado a sus países para tener una educación y una vida próspera, lo que esperaba a sus homólogos del Ejército Rojo en la Unión Soviética era la devastación, la miseria, las enfermedades, el hambre y una escasez renovada. Les resultaba intolerable que los occidentales, que habían sufrido tan poco en comparación con ellos, aspiraran a gobernar el mundo y se mostraran condescendientes con su país, una nación con una historia y una cultura mucho más antiguas y profundas que las de Estados Unidos. Durante siglos, la relación de Rusia con otras naciones ha estado marcada por una profunda ansia de respeto (asegurado a través del miedo, si ningún

otro recurso resulta eficaz). Y eso quizá nunca haya sido tan cierto como en 1962.

3. JRUSHCHOV EN EL EXTRANJERO

Según sus propias declaraciones, Nikita Jrushchov abrigaba el deseo íntimo de deshelar la Guerra Fría y reducir las tensiones entre Oriente y Occidente. Oleg Troianovski, su asistente para asuntos de política exterior desde 1958, quien ya entonces tenía una amplia experiencia de servicio en el extranjero —primero como joven diplomático en la embajada de la URSS en Londres y luego como intérprete para los jueces soviéticos en los juicios de Nuremberg—, opinaba que su jefe «fue el principal impulsor del esfuerzo por sacar al mundo del borde del abismo en el que se encontraba a principios de 1953», cuando Moscú estaba rodeada de cañones antiaéreos preparados para hacer frente a un ataque que se antojaba verosímil.52Serguéi Jrushchov coincide con esta apreciación y en su estudio sobre su padre escribe: «En esos años nadie podía imaginar una relación amistosa con Estados Unidos o el Reino Unido. Pero la era de la coexistencia pacífica había llegado».

No obstante, ese supuesto espíritu conciliador no fue precisamente evidente para quienes vivieron durante la era de Jrushchov, incluidos los líderes que gobernaron las naciones occidentales mientras estuvo en el Kremlin. El historiador británico experto en temas de defensa Michael Howard, uno de los fundadores del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, observaba al respecto que «en el siglo XXI se olvida con facilidad cuán increíblemente sanguinarios eran los rusos hace sesenta años».53Howard, que fue un liberal toda su vida, no era un halcón o alguien que aguardara con impaciencia la llegada del Armagedón. Y, por supuesto, sus palabras son anteriores al espantoso salto atrás que representa la invasión de Ucrania en 2022.

El principal obstáculo para el deseo de distensión de Jrushchov era la propia rabia que sentía contra Occidente por su riqueza, su poderío militar y sus logros sociales y económicos, todo lo cual ponía en ridículo el languideciente sistema socialista al que él había dedicado su vida. Además, para mantenerse en el poder en el Kremlin necesitaba que se le viera

prosiguiendo la lucha ideológica contra el capitalismo occidental y sus bastiones en Europa y el resto del mundo. Por ello daba sorpresas, lanzaba amenazas y, de forma deliberada, ponía patas arriba las mesas de negociaciones: no podía evitarlo. Su comportamiento se debía en parte a una impulsividad natural; en parte al deseo de apaciguar a las fuerzas belicosas dentro del Kremlin; en parte a la creencia de que la Unión Soviética tenía que mostrarse orgullosa en el escenario internacional para ocultar su debilidad.

Después de que Harold Macmillan visitara Moscú en 1959, Jrushchov se jactó ante sus camaradas de haber «jodido [al primer ministro británico] con un poste de telégrafo». A principios de 1960, declaró con satisfacción que tras el desarrollo de los misiles intercontinentales «los estadounidenses normales y corrientes han comenzado a temblar de miedo por primera vez en la vida».[54]En enero de 1961, proclamó que la Unión Soviética apoyaba en general las guerras de liberación nacional que estaban librándose en todo el mundo. Las pruebas nucleares realizadas por la URSS durante su gobierno, en particular la de una superbomba de 58 megatones sobre el archipiélago de Nueva Zembla el 30 de octubre de 1961, se concibieron de forma explícita para amedrentar a los electorados occidentales.

El 9 de febrero de 1962, el jefe del programa espacial soviético, el general Nikolái Kamanin, escribió en su diario: «Se rumorea con insistencia que Jrushchov sufrió un atentado en Minsk. Sin embargo, lo que me sorprende no son los rumores en sí, sino el hecho de que la gente se los crea. A la gente no le gusta Jrushchov, con su parloteo incesante y sus promesas. El pueblo espera que se mantenga la paz y que sus circunstancias materiales mejoren, pero no pueden tener ambas cosas a la vez. La culpa de que eso sea así no es solo de Kennedy y [del canciller de Alemania Occidental Konrad] Adenauer, sino también de nuestra política ruidosa y nuestros intentos de “meter las narices” en todos los rincones del mundo».[55]

En el corazón de la política exterior del Kremlin estaba la determinación de afirmar la grandeza de la Unión Soviética, una grandeza fundada en su fuerza y logros militares, así como en su supuesta condición de líder ideológico del mundo comunista y el hecho de gobernar un imperio que se había ampliado incluso cuando los de las viejas potencias europeas se

estaban reduciendo. La URSS aspiraba a castigar el triunfalismo estadounidense, basado en el dominio económico y nuclear. El hijo de Jrushchov, Serguéi, cuenta: «Vivíamos todo el tiempo con el enemigo a las puertas. Los estadounidenses estaban rodeados por dos océanos, se hallaban protegidos. Eran como el depredador más fuerte del mundo, como un tigre, pero un tigre que hubiera crecido en un zoológico y que cuando se le enviaba a la selva tenía miedo de todo. Stalin había aceptado el trato [1944-1945] que le ofrecieron Estados Unidos y Churchill: "Debéis manteneros en vuestras fronteras. Estamos de acuerdo en que dominéis Europa oriental; el resto es el mundo occidental, nuestro mundo. Ni siquiera asoméis las narices por Oriente Próximo". Pero mi padre dijo: "No. Yo quiero que seamos una potencia mundial. Quiero que se nos respete como iguales". Y los estadounidenses no respetan a nadie como igual».56Además, el líder soviético creía sinceramente que los cubanos, los congoleños y los vietnamitas, así como otros pueblos inmersos en guerras civiles por esa época, tendrían una vida mejor al amparo del comunismo que sometidos al capitalismo explotador.

Pretendió burlarse del miedo de Stalin a ir a la guerra contra un Occidente armado con bombas nucleares. William Taubman escribe al respecto que Jrushchov «decidió no solo parecer intrépido, sino infundir miedo en sus adversarios occidentales».57En privado habría confesado que cuando se le informó por primera vez acerca de las armas nucleares, no pudo conciliar el sueño durante varios días, pero que luego se dio cuenta de que era imposible que llegaran a usarse y eso le permitió dormir de nuevo. Sin embargo, de un modo un tanto contradictorio, también se convenció a sí mismo de que eso le permitía blandir el espectro de la guerra nuclear sin correr el riesgo de que llegara a producirse en realidad. Comenzó a amenazar a Occidente con el misil R-7, el primer misil balístico intercontinental de la URSS, antes incluso de que se hubiera probado. En 1956, cuando Francia y el Reino Unido retiraron sus fuerzas de territorio egipcio, Jrushchov resolvió que la decisión era fruto de las amenazas nucleares de la Unión Soviética y no, en realidad, de las amenazas económicas de Estados Unidos. Serguéi Jrushchov escribió: «Mi padre estaba extraordinariamente orgulloso de su victoria».58El líder soviético llegó a la conclusión de que las armas nucleares eran casi todopoderosas; el

mero hecho de poseerlas y la aparente disposición a utilizarlas podían esgrimirse como argumento decisivo en el escenario mundial.

En la primavera de 1961, cuando el senador Hubert Humphrey visitó Moscú, Jrushchov le concedió una entrevista de ocho horas. Antes de partir, el soviético preguntó al estadounidense de dónde era y, tras recibir su respuesta —Mineápolis—, se acercó a un gran mapa mural para dibujar un círculo alrededor de la metrópolis de Minesota: «Para que no me olvide ordenar que se la respete cuando disparemos los cohetes». A su regreso a Washington, Humphrey informó sobre su anfitrión, al que describió como «un hombre inseguro que piensa que somos ricos y grandes ... y que no dejamos de meternos con [él] ... [Está] a la defensiva de una manera ofensiva ... demuestra su inseguridad en sus exageraciones».59El político estadounidense sin duda pensaba en la afirmación del primer secretario de que las fábricas soviéticas estaban en ese momento produciendo misiles «como salchichas».

En el corazón de la estrategia de Jrushchov anidaba una gran contradicción que finalmente quedaría al descubierto durante la crisis de los misiles: aunque reconocía en privado que la URSS no debía ir a la guerra con Occidente, porque la superioridad nuclear de Estados Unidos condenaba al país a la aniquilación, estaba decidido a explotar el terror que la idea de tal conflicto inspiraba al mundo entero para obtener, yendo de farol, triunfos tácticos en el exterior. Las amenazas nucleares se convirtieron en su arma preferida. Según William Hayter, en 1956, durante la fiesta que siguió a una exhibición aérea en el aeródromo de Túshino, al norte de Moscú, Jrushchov bebió demasiado y acabó «literalmente insultando a todos los países del mundo», sin que los desesperados esfuerzos de sus compañeros del Politburó por silenciarlo surtieran efecto. Su período en el poder fue un número de funambulista perpetuo cuyo principal éxito consistió en convencer a los moderados de Occidente de que era un hombre al que había que temer y con el que era imposible alcanzar un acuerdo. El político británico Richard Crossman, del Partido Laborista, observó que nunca olvidaría la absoluta indiferencia con la que Jrushchov propuso «que deberíamos unirnos a los rusos porque, de lo contrario, nos barrerían de la faz de la tierra como a un viejo y sucio escarabajo negro». Aneurin Bevan,

otro izquierdista británico, dijo con desesperación: «Es un hombre insoportable. Es hora de que crezca».

La visión del mundo de Jrushchov, sin embargo, no difería de la sostenida por los líderes rusos desde los orígenes de la nación hasta el siglo XXI, a saber, que el imperio soviético se encontraba sitiado por las potencias occidentales: «Estábamos rodeados por las bases aéreas de Estados Unidos», se quejó en una ocasión. «Nuestro país era, literalmente, un gran campo de tiro para los bombarderos estadounidenses que operaban desde aeródromos de Noruega, Alemania, Corea del Sur y Japón.» Le atormentaban en especial los misiles balísticos Júpiter que Estados Unidos tenía desplegados en Turquía e Italia desde 1961. Durante sus estancias vacacionales en el mar Negro, solía ofrecerles a los invitados prismáticos para luego preguntarles qué veían; y cuando estos les respondían con tópicos acerca de las aguas azules, Jrushchov les arrebataba los binóculos y exclamaba con su teatralidad habitual: «Yo veo misiles estadounidenses en Turquía, apuntando a *mi* casa de campo».[60]En los primeros años tras el fin de la segunda guerra mundial, los aviones estadounidenses sobrevolaban de forma constante el territorio de la Unión Soviética, conscientes de que por más que se enfurecieran y echaran humo los rusos no estaban en condiciones de enfrentarse a los intrusos a gran altura. La objeción de Jrushchov al bloqueo de Berlín impuesto por Stalin en 1948 no fue que se intentara, sino que no se hubiera planeado con el debido detenimiento. Aplaudió la invasión de Corea del Sur por parte de Kim Il-sung en junio de 1950, un tema sobre el que no cambiaría de opinión: según afirmaba, lo único que lamentaba era que Stalin no hubiera brindado a los norcoreanos un apoyo suficiente.

En 1945 muchos rusos, y en especial quienes estaban cerca de Stalin, vieron el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki no como un ataque a Japón, sino contra la Unión Soviética. De acuerdo con el destacado físico nuclear Yuli Jaritón, en el Kremlin se vieron esas explosiones como un «chantaje atómico a la URSS, como una amenaza para desatar una nueva guerra, todavía más terrible y devastadora» que la que estaba terminando.[61]Esa percepción empañó la victoria sobre la Alemania nazi y, durante las siguientes décadas, influyó con fuerza en la

política y la estrategia soviéticas, dominadas a partir de entonces por los temores acerca de la seguridad de su nuevo imperio en Europa oriental.

Es difícil argumentar que la impaciencia febril con la que Moscú se lanzó a construir una bomba atómica soviética y crear el equilibrio del terror estuviera fuera de lugar. A lo largo de la década de 1960, algunos estadounidenses prominentes, incluidos en particular ciertos miembros de los altos mandos de las fuerzas armadas, no dejarían de instar al gobierno a aprovechar su superioridad militar para hacer explícito su predominio. El general Douglas MacArthur fue el único oficial famoso al que se relevó por (entre otras manifestaciones de soberbia) proponer el uso de las armas nucleares para promover los intereses militares de Estados Unidos en Corea en 1951, pero no cabe duda de que no era el único que sostenía puntos de vista similares. El almirante Arthur Radford, presidente del Estado Mayor Conjunto entre 1953 y 1957, era un firme defensor de MacArthur y estaba convencido de que Estados Unidos debía utilizar su superioridad nuclear para imponer su voluntad, en especial contra China. El general Curtis LeMay, que durante la crisis de los misiles se convertiría en una voz estridente, completó su mandato como jefe supremo de la fuerza aérea de 1961 a 1965 a pesar de proclamar con insistencia su entusiasmo por una confrontación definitiva con la Unión Soviética, un conflicto en el que, estaba seguro, Estados Unidos prevalecería.

En el decenio que siguió a la muerte de Stalin en marzo de 1953, la Guerra Fría siguió siendo gélida. El nuevo líder soviético se regocijaba dando sorpresas, la mayoría de ellas desagradables, y fomentando confrontaciones en los lugares y momentos que Occidente menos esperaba. Alimentó la paranoia estadounidense y consiguió inspirar un miedo a la Unión Soviética más allá de lo que podía justificar una evaluación racional de su capacidad. Es posible argumentar que al ruso no le quedaba otra opción que darse bombo y sacar pecho si quería contener las enormes tensiones internas del imperio soviético. Jrushchov le dijo al veterano diplomático Averell Harriman: «Cuido con celo mis prerrogativas y mientras viva dirigiré el Partido. Si intentáis enterrarme, estáis soñando». Harriman aconsejaría luego a John F. Kennedy que hiciera caso omiso de las bravuconadas del líder soviético, en lugar de rebajarse a su nivel: con él había que bromear, no discutir. Muchos europeos y algunos otros estadounidenses habrían

podido ofrecer esa misma recomendación; sin embargo, dar consejos es increíblemente más fácil que convencer a un presidente de que los acepte.

Uno de los aspectos menos admirables de la campaña electoral que en 1960 llevaría a Kennedy a la presidencia fue su decisión de fomentar el mito de la «brecha de los misiles», la supuesta disparidad entre las capacidades nucleares de Estados Unidos y la Unión Soviética, que contaría con un arsenal mayor. Según el entonces candidato, el responsable de esa vergonzosa situación, una auténtica amenaza para la seguridad nacional, no era otro que el gobierno del republicano Eisenhower. Semejante tesis constituía una completa tergiversación de la realidad, pero millones de occidentales la consideraron creíble porque se correspondía con la retórica de Jrushchov y parecía confirmada por los numerosos éxitos del programa espacial soviético. El líder comunista infligió un grave daño estratégico a su propia nación al espolear a Occidente a gastar cada vez más millones de dólares en armamento, algo que estaba en mucho mejores condiciones de permitirse que la Unión Soviética.

La conducta de Jrushchov reflejaba menos la supuesta fortaleza y éxito de la URSS que su auténtica debilidad y fracaso y, asimismo, la consciencia que él tenía de la situación en cuanto máximo dirigente del país (algo similar podría decirse del actual presidente de Rusia, Vladímir Putin). Sin embargo, cualesquiera que fueran los motivos del líder soviético, es difícil para la posteridad civilizada perdonar sus repetidas amenazas de aniquilación nuclear. Por ejemplo: en agosto de 1961, durante una función en el ballet de Moscú, Jrushchov atacó al embajador británico Frank Roberts recordándole las consecuencias de un intercambio nuclear.62Según afirmó, era probable que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética sobrevivieran a una confrontación gracias al enorme tamaño de ambos países. En cambio el Reino Unido, Alemania Occidental y Francia serían aniquiladas el primer día. ¿Cuántas bombas calculaba Roberts que se necesitaban para dejar fuera de combate a su país?, preguntó. Seis, aventuró el diplomático. Jrushchov dictaminó que estaba ante un pesimista: «El Estado Mayor soviético ... había reservado varias decenas de bombas para usarlas contra el Reino Unido», lo que indicaba que «la URSS tenía una mejor opinión sobre la capacidad de resistencia del Reino Unido que los

propios británicos». Incluso en el contexto de la Guerra Fría, este era un comentario repulsivo en labios de un líder mundial.

Occidente ofreció con regularidad a Jrushchov ramas de olivo, a las que el dirigente soviético respondió con nuevos insultos. En 1956, visitó Gran Bretaña, y durante una cena en su honor celebrada en Chequers, la casa de campo del primer ministro, se deleitó informando a los anfitriones de que los misiles rusos «podían llegar con facilidad a su isla e incluso un poco más lejos». En septiembre de 1959, se convirtió en el primer líder soviético en realizar una visita oficial a Estados Unidos, una invitación que había buscado durante años. Aquí estaba, les dijo con satisfacción a sus camaradas del Kremlin, la prueba de que por fin los capitalistas reconocían la legitimidad del Estado socialista de Rusia: «Es nuestra fuerza la que nos ha conducido a esto: han tenido que reconocer nuestra existencia y nuestro poder». Los países aliados —el Reino Unido, Francia y Alemania Occidental— vieron con igual consternación el gesto de Eisenhower, pues temían que fuera el presagio de algún tipo de traición estadounidense, acaso en lo concerniente a Berlín.

Jrushchov insistió en volar a Washington en el nuevo Tu-114, el avión de pasajeros soviético más grande de la época, y le encantó enterarse de que los aeropuertos estadounidenses no contaban con escaleras lo bastante altas para llegar hasta su puerta. Nadie en Moscú se atrevió a explicarle que la inusual altura del tren de aterrizaje se debía a la necesidad de evitar que los motores absorbieran cualquier escombro potencialmente dañino en las desatendidas pistas de aterrizaje de su país.[63]Los jefes de la aviación soviética estaban tan temerosos de los riesgos del viaje en la nueva aeronave, que todavía no había sido probada en vuelos trasatlánticos, que estacionaron barcos de rescate a lo largo de todo el trayecto hacia Estados Unidos, una penosa precaución en caso de que se produjera un desastre en las alturas.

Informado de que el presidente estadounidense lo había invitado a Camp David, un lugar del que nunca había oído hablar, el mandatario soviético no se sintió halagado, sino que pidió explicaciones: «¿Qué clase de campo es ese? ... ¿Es posible que sea allí donde meten a las personas en las que no confían?».[64]Ya durante la visita, sugirió con enfado que los ocasionales

manifestantes antisoviéticos que salían a su encuentro habían sido enviados por el gobierno estadounidense en un intento deliberado de insultarle; y cuando se le aclaró que se trataba de gestos personales que el gobierno no podía evitar, se delató a sí mismo (y a la sociedad soviética) al declarar que en la URSS nunca se permitiría que la gente hiciera algo así. «Era tan paleto que a veces uno sentía vergüenza», confesaría el oficial de la KGB Mijaíl Liubímov, antes de agregar con tristeza: «En esa época teníamos también varios ministros con apenas tres años de escolaridad».65

Romen Nazirov, un ciudadano soviético que entonces tenía veintiocho años, escribió el 20 de septiembre en su diario íntimo: «Los periódicos están llenos de Jrushchov. El contenido de su conferencia de prensa en el Club Nacional de Prensa [de Washington] fue bastante normal y corriente, pero el estilo resultó muy agudo. Una pregunta provocadora sobre el culto a la personalidad [de sí mismo] lo molestó enormemente. Nikita Serguéyevich respondió a la pregunta sobre la "intervención rusa" en Hungría así: "Veréis, la denominada crisis húngara se les ha atorado a algunas personas en la garganta como si fuera una rata muerta: la encuentran desagradable, pero no consiguen escupirla. (Risas en la audiencia.) Si queréis hablar de esta clase de cosas, puedo proporcionaros algunos gatos muertos. Seguirán estando más frescos que la manida pregunta acerca de los acontecimientos en Hungría"».66

Después de su primer encuentro con Eisenhower, anunció que confiaría en él «como un veterano de guerra confía en otro», pero, por supuesto, no hizo nada similar. Entre los dos no hubo ninguna sintonía. Cuando el ruso, como tenía por costumbre, alardeó de que no le tenía miedo a la guerra nuclear, el estadounidense se sintió obligado a replicar que él, en cambio, sí. Jrushchov regresó a la Unión Soviética para informar a sus camaradas del Presídium de que la visita a Estados Unidos había sido un triunfo. Creía que había servido para realzar sus habilidades como negociador y actor de primer nivel en el ámbito internacional. Sin embargo, todo lo que se había acordado en Washington era, por decirlo así, que el líder soviético retirara su ultimátum más reciente para que los Aliados occidentales abandonaran Berlín y que Estados Unidos reconociera que la división de la ciudad era «anormal» y no debía prolongarse de forma indefinida.

Más tarde Oleg Troianovski, el asesor de Jrushchov, describiría 1960 como el peor año de la Guerra Fría debido al repetido intercambio de invectivas entre las superpotencias. El hecho de que hoy sepamos que esa confrontación no acabó en una catástrofe nuclear hace que resulte fácil olvidar que hace setenta años, antes incluso de la crisis de los misiles cubanos, muchas personas en todo el mundo, en particular entre los miembros de las fuerzas armadas, estaban convencidas de que tarde o temprano estallaría una guerra y Estados Unidos y sus aliados tendrían que hacer frente a una Unión Soviética en armas. Michael Howard, que visitó por primera vez Estados Unidos en la primavera de 1960 como emisario del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, describió Washington como «una capital militar» en la que había «casi más uniformes en las calles de los que recordaba haber visto en Londres durante la guerra».67Estados Unidos le pareció «una nación que creía estar en guerra ... Había en el ambiente una excitación electrizante que me resultó aterradora. Así, pensé, debía haber sido Europa antes de 1914 ... Esta era una población que, a pesar de la segunda guerra mundial y la guerra de Corea, en realidad no había experimentado la guerra y, por tanto, encontraba vigorizante la perspectiva del conflicto. Se me ocurrió que era precisamente en ese clima como comenzaban las guerras».

El 31 de diciembre de 1959, durante la fiesta de Nochevieja organizada por el Kremlin, Jrushchov llamó a los embajadores de Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, así como a un prominente comunista italiano, y los sometió a uno de sus sermones. Una vez más alardeó de tener, en caso de guerra, treinta bombas atómicas reservadas para Francia y cincuenta para el Reino Unido, aunque no del número de las que apuntaban a Estados Unidos, que era un secreto de Estado. Si en la cumbre que iba a celebrarse en París no se lograba un acuerdo sobre el futuro de Alemania, amenazó, cortaría el acceso de los occidentales a Berlín y firmaría un tratado bilateral con Alemania Oriental.

El Primero de Mayo, el día más sagrado del calendario comunista, las defensas antiaéreas soviéticas derribaron un avión de reconocimiento estadounidense U-2 en el espacio aéreo ruso. La orden había sido dada personalmente por Jrushchov. Desde 1956, Estados Unidos había realizado 24 vuelos de este tipo, todos autorizados por el presidente, y el líder ruso

los consideraba con razón como una violación arrogante de la soberanía soviética: ¿cómo reaccionarían los estadounidenses ante vuelos similares de la fuerza aérea soviética? La pregunta era justa. Además, el hecho de que la nueva incursión tuviera lugar días antes de la cumbre entre las cuatro potencias que iba a celebrarse en París llevó al Kremlin a concluir que se trataba de un insulto premeditado.

Los rusos, que hasta entonces habían sido incapaces de interceptar los U-2 debido a la gran altitud a la que volaban, contaban ahora con misiles S-75 que tenían el alcance necesario para hacerlo. Fue uno de esos misiles el que derribó el avión espía. En una pifia letal característica de la Unión Soviética, un segundo misil tierra-aire destruyó uno de los cazas MiG-19 enviados a interceptar a la aeronave estadounidense. El piloto del U-2, Francis Gary Powers, un exoficial de la fuerza aérea estadounidense que tras volver a la vida civil había sido contratado por la CIA, consiguió saltar en paracaídas del aparato y llegar sano y salvo a tierra; sus jefes, no obstante, tardarían seis días en saber que se encontraba en manos de Moscú. Eufórico por el derribo del U-2, Jrushchov felicitó a los mandos de la defensa aérea. Sin embargo, en su vejez consideraría con pesar que a partir de ese día, nada fue del todo bien para él: «Ya no tenía el control total».68Muchos años después Anastás Mikoyán escribiría acerca de Jrushchov y el incidente del U-2 lo que no se había atrevido a decir en su momento: «Por su culpa la reducción de las tensiones [con Occidente] a la que habíamos dedicado tantísimos esfuerzos se retrasó por lo menos quince años».69

El líder soviético anunció el derribo del U-2 el 5 de mayo y aguardó dos días más antes de revelar la captura de Powers, dos días durante los cuales los estadounidenses se zambulleron en un pantano de falsedades: aseguraron que la aeronave realizaba estudios meteorológicos para la NASA y se había perdido mientras volaba sobre Turquía. Llegado el momento, Jrushchov describió las fotografías encontradas en los restos del avión para luego agregar en tono burlón: «Nuestras cámaras toman mejores fotografías». De ahí en adelante, no dejó de cambiar de opinión sobre si quería o no que la cumbre de París se llevara a cabo. Se sentía sinceramente herido en su orgullo por el incidente, que calificó como «una flagrante violación del derecho internacional [y] un grave insulto a la Unión

Soviética». Pero asimismo abrigaba la creencia de que cuanto más humillara a los estadounidenses en un año de elecciones presidenciales, mayor sería el daño infligido a las perspectivas del candidato republicano, el entonces vicepresidente Richard Nixon, al que detestaba.

Jrushchov preveía que Eisenhower salvaría la cumbre echando la culpa de la misión de espionaje a sus generales o a la CIA. En lugar de ello, sin embargo, el mandatario estadounidense, en contra del consejo de su embajador en Moscú, el astuto Llewellyn Thompson, obligó al líder ruso a tomar una decisión al insistir en que asumía toda la responsabilidad por lo ocurrido. Los vuelos de los U-2, explicó al pueblo estadounidense, eran esenciales para la seguridad nacional. Hay buenos argumentos para sostener que tenía razón, pero dadas las circunstancias realizar la incursión el 1 de mayo había sido una estupidez.

No fue hasta que ya iba de camino a París a bordo de su avión cuando Jrushchov informó a los miembros de la delegación soviética de que había decidido hacer que fracasara la cumbre si Eisenhower no se disculpaba por los sobrevuelos. Tras aterrizar en Francia el 14 de mayo de 1960, mantuvo una reunión preliminar con el primer ministro británico, Harold Macmillan, en la que tronó contra Eisenhower, que antes del incidente había declarado ser su «amigo» (durante esta cita el líder comunista usó la palabra *friend*, en inglés, de manera irónica en repetidas ocasiones); y a la mañana siguiente, en la primera reunión de jefes de Estado en el palacio del Elíseo, se lanzó a una demostración teatral de furor que puso fin a cualquier esperanza de que la cumbre fuera el escenario de una negociación seria. Charles de Gaulle, el presidente francés, le recriminó que hubiera viajado a París y permitido que los demás lo hicieran cuando las causas de su enfado ya eran conocidas por todos y, con resignación, asumió el fracaso de la cumbre. Mientras que Eisenhower estaba furioso, el primer ministro Macmillan estaba consternado: de los cuatro mandatarios, él era quien creía con mayor pasión en el valor de los encuentros cara a cara entre los líderes de las grandes potencias, en especial porque tales reuniones permitían al Reino Unido reivindicar para sí mismo ese estatus, aunque fuera de manera residual.

A continuación, Jrushchov ofreció una conferencia de prensa de ciento cincuenta minutos en el palacio de Chaillot. Ante tres mil periodistas, anunció que se negaba a asistir a una segunda sesión a menos que los estadounidenses aceptaran todas sus condiciones, lo que por supuesto no harían. Esa declaración provocó algunos silbidos y abucheos que, por alguna razón, el líder soviético decidió que provenían de los alemanes presentes, de modo que respondió agitando el puño y bramando contra los supuestos «bastardos fascistas con los que no acabamos en Stalingrado». E insistió: «Los golpeamos tan fuerte que los pusimos tres metros bajo tierra en el acto. Si venís de nuevo con vuestras rechiflas y ataques, ¡tened cuidado! Os golpearemos tan fuerte que no podréis emitir ni un chillido».

El comportamiento de Jrushchov se debió en parte a lo vulnerable que se sentía frente al ala dura del Kremlin: siempre temió que hablar con suavidad a Occidente significara poner en peligro su autoridad. Dos años más tarde la crisis de los misiles lo dejaría marcado para la posteridad como el hombre que llevó al mundo al borde del abismo nuclear. Sin embargo, algunos de sus generales y de sus camaradas en el Kremlin le veían como un blando y un apaciguador de «fascistas». Los rumores, por completo infundados, de que Washington estaba considerando proporcionar armas nucleares a la Bundeswehr, las fuerzas armadas de Alemania Occidental, mantenían en vilo al gobierno de Alemania Oriental, que constantemente pedía al Kremlin que actuara con más dureza. Los halcones denunciaron todos los movimientos que Jrushchov había hecho para reducir la escalada: el fomento de un armisticio en Corea, la liberación de los últimos prisioneros alemanes de la segunda guerra mundial, la retirada de Austria y Finlandia, el reconocimiento de los crímenes de Stalin. La Unión Soviética, argumentaron, no había ganado nada con tales gestos. Lo único que salvó a Jrushchov de ser derrocado fue el temor que infundía la posibilidad de que su sucesor lanzara un nuevo Terror.

No obstante, la perspectiva de regresar a los días más gélidos de la confrontación Este-Oeste horrorizó a algunos de los soviéticos que acompañaron al líder comunista a la cumbre de París. Cuando lo que estaba en juego era la guerra o la paz, la grosería de Jrushchov ya no resultaba ingeniosa o divertida ni siquiera para sus colegas del Presídium. Estos no estaban dispuestos a compartir su indignación ante los sobrevuelos de los

U-2, y minimizaban el incidente señalando que siempre habían existido espías y que ellos mismos tenían muchos. El viceministro de Asuntos Exteriores, Valerián Zorin, un hombre habitualmente impasible, vagaba por la embajada soviética en París negando con la cabeza y exclamando con desesperación: «¡Qué situación! ¡Qué situación!».70El ministro de Defensa, el mariscal Rodión Malinovski, parecía ser el único miembro de la delegación rusa que disfrutaba del drama, aparte del hombre que lo había precipitado. Sin embargo, quienes rodeaban al líder soviético seguían siendo demasiado cobardes para cuestionar su conducta.

Por extraño que parezca, Jrushchov rara vez levantaba la voz a sus subordinados inmediatos. Reservaba sus tácticas de intimidación para peces gordos y enemigos nacionales o extranjeros. Cuando Macmillan condenó el sabotaje de la cumbre de París por parte de Jrushchov, este le espetó: «¡Enviasteis vuestros aviones a sobrevolar nuestro territorio! ¡Eres culpable de agresión!». Pocas semanas después de esa debacle, el líder soviético resolvió intensificar también las tensiones con China. En el Congreso del Partido Comunista Rumano celebrado en junio de 1960, insultó de forma gratuita a la delegación de Pekín. La posterior decisión de retirar a todos los asesores soviéticos enviados a China privó a Moscú de una fuente de inteligencia vital, además de confirmar la hostilidad cada vez más estridente entre los regímenes de ambos países.

Más tarde ese mismo año, Jrushchov renovó su ataque verbal contra Occidente y sus aliados en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York. Después de que el representante de Filipinas denunciara el imperialismo de la URSS, el líder ruso se quitó un zapato para golpear la mesa que tenía delante al tiempo que lanzaba una avalancha de improperios. Diplomáticos de todo el mundo pasaron horas tratando de adivinar hasta qué punto los excesos del líder soviético eran espontáneos y en qué medida estaban planeados. La respuesta es que probablemente esos gestos fueran una mezcla de ambas cosas. Ese día en Nueva York, al regresar a las oficinas de la delegación soviética, un jubiloso Jrushchov le dijo a su asistente Troianovski, que no había estado presente en la Asamblea: «¡Oh, no sabes lo que te perdiste! ¡Ha sido tan divertido!».71

Hoy resulta difícil recordar todo el terror que suscitaba en Occidente la cuestión de Berlín, la ciudad rehén de la Guerra Fría. En 1945, Alemania se había dividido en cuatro zonas, una soviética, una estadounidense, una británica y una francesa, que con excepción de la última reflejaban de forma aproximada las áreas invadidas por los respectivos ejércitos. En mayo de 1949, la unión de las zonas ocupadas por los países occidentales se convirtió en la nueva República Federal de Alemania (RFA), con una población de cincuenta millones de habitantes. Los rusos respondieron en octubre de ese mismo año rebautizando su sector, con sus 18 millones de habitantes, como República Democrática Alemana (RDA).

Mientras que Alemania Occidental floreció, el Estado títere de Moscú en el Este languideció. Para furia del gobierno comunista de la RDA y humillación del Kremlin, una gran cantidad de los ciudadanos más educados del país huyó al próspero vecino occidental. Ambos bandos rearmaron a sus respectivos clientes germanos. En medio de Alemania Oriental se encontraba Berlín, la antigua capital del Reich, que en 1945 también había sido dividida en cuatro zonas de ocupación. Las tropas estadounidenses, británicas y francesas mantuvieron guarniciones en los distritos occidentales, conectados con Alemania Occidental mediante una autopista y un ferrocarril de 150 kilómetros de largo, que los rusos y los alemanes orientales hostigaban de forma intermitente. En 1948-1949, por ejemplo, Stalin cortó durante once meses todos los accesos terrestres a la ciudad desde Occidente; el bloqueo condujo a la organización del legendario puente aéreo que mantuvo aprovisionada a la población a lo largo de ese período.

La autopista y Berlín Oeste, a menudo descritos como los desprotegidos cuello y cabeza de las defensas occidentales en Europa, siguieron siendo una fuente de irritación para Moscú, pues se convirtieron en el canal a través del cual los alemanes orientales huían para abrazar el capitalismo. Por el contrario, para los Aliados occidentales, unidos para entonces en la OTAN, las guarniciones militares de Berlín Oeste simbolizaban su compromiso de mantener el acuerdo sobre la administración conjunta de la ciudad y defender la libertad de los dos millones y medio de habitantes de su sector. Louis Heren, periodista del *Times* de Londres, escribió con ironía que los habitantes de Berlín Oeste «probablemente tenían las expectativas

más bajas del mundo y la puntuación más alta en cuanto a supervivencia ... Sabían que Washington y Moscú decidirían su futuro y que lo harían por razones que tendrían poco que ver con su bienestar ... conscientes de que no iban a obtener un trato justo, eran, no obstante, perspicaces y astutos».72

A la exasperación que la fuga de refugiados a través de Berlín Oeste causaba a los soviéticos se sumaba la amargura que les provocaba el hecho de que los occidentales contaran con cualquier clase de presencia en la ciudad, cuando había sido el Ejército Rojo el que había pagado un precio de sangre enorme por capturarla en 1945, mientras que los británicos y los estadounidenses habían demostrado no tener ninguna prisa en hacerlo. No obstante, en las capitales europeas, con independencia de las diferencias que entonces hervían a fuego lento entre los Aliados occidentales, existía la determinación apasionada de plantar cara a las intrusiones soviéticas y nutrir la voluntad estadounidense de liderar la defensa tanto de Berlín Oeste como de la República Federal de Alemania. Eisenhower reconoció las contradicciones impuestas por la obsesión de los europeos: «Un caso en el que nuestra postura política nos obliga a asumir posiciones militares que carecen por completo de lógica».73Berlín, dijo, era «una caja de Pandora». Cada vez que los rusos deseaban aumentar las tensiones con Occidente, amenazaban con apoderarse del enclave, donde las tripulaciones de los tanques soviéticos y estadounidenses se fulminaban con la mirada desde sus respectivos sectores. En términos estrictamente militares, los rusos estaban en condiciones de barrer la ciudad en una hora. Sin embargo, dado que esto implicaba de forma inevitable enfrentarse con las fuerzas de disuasión de la OTAN acuarteladas en la ciudad, era muy probable que un ataque contra Berlín Oeste se tradujera en una guerra general.

Hoy sabemos que Jrushchov nunca se planteó ocupar por la fuerza los sectores aliados. Quería un acuerdo en el que las potencias occidentales aceptaran retirarse de la ciudad y lo que hizo fue tratar de conseguirlo mediante chantajes y amenazas. Sin embargo, en ese momento nadie en Occidente conocía el secreto de que los soviéticos no tenían intención alguna de abrir fuego e iniciar un conflicto, una prudencia que contradecía todas sus declaraciones públicas. El veterano diplomático Anatoli Dobrynin describiría como un error estratégico tremendo la delirante creencia de Jrushchov de que podía obtener una ventaja alimentando una atmósfera de

crisis en torno a Berlín, cuando en el resto del continente europeo Estados Unidos estaba dispuesto a aceptar el statu quo, es decir, el imperio con el que Rusia se había hecho en 1945. Asimismo, deploraría el papel desempeñado por el líder soviético en una escalada retórica que Estados Unidos y, en particular, el secretario de Estado Dean Rusk deseaban calmar.

La imagen de Berlín Oeste y su población como rehenes a merced de los rusos que los rodeaban, y que en cualquier momento podían lanzarse sobre ellos, las víctimas de la aterradora partida de ajedrez de la Guerra Fría, acosaba a los jefes de gobierno en Londres, París, Bonn y Washington. Arthur Schlesinger escribiría más tarde: «Berlín amenazaba con desencadenar una guerra que podía destruir la civilización ... Hoy resulta difícil recordar la terrible sensación de que se avecinaba el desastre ... evocar de nuevo el pesimismo que envolvía al gobierno estadounidense».74El callejón sin salida persistió. Jrushchov emitió repetidos ultimátums y amenazó con firmar un tratado unilateral con Alemania Oriental y bloquear el acceso de los Aliados occidentales a Berlín Oeste. Este último paso hubiera obligado casi con certeza a la OTAN a oponerse mediante la fuerza. En tales circunstancias, los titulares de prensa que de forma recurrente anunciaban una «NUEVA CRISIS DE BERLÍN» causaban verdadera alarma en las calles de las capitales occidentales. Y no solo de las capitales occidentales. En las calles de Moscú se contaba en esa época un macabro chiste en el que un hombre preguntaba: «La situación es tensa. ¿Habrá guerra?»; a lo que su interlocutor le respondía: «Guerra no, pero sí una lucha por la paz que no dejará piedra sobre piedra».75

Tenemos así que en los primeros años de la nueva década de 1960, los líderes de Occidente pensaban mucho en Berlín y muy poco en Cuba, que los aliados de Estados Unidos en la OTAN consideraban una tediosa obsesión exclusivamente americana. El ascenso a la presidencia de John F. Kennedy fue recibido por muchos europeos con un suspiro de alivio. Parecía prometer un orden internacional revisado, un espíritu de la época nuevo y, sobre todo, menos peligroso. Aunque nadie creía que la Guerra Fría fuera a terminar, parecía razonable esperar que la estrella brillante que ahora asumía el liderazgo del mundo occidental lo guiaría al menos un

poco más lejos del Armagedón. Nikita Jrushchov acaso pensó: «Ni en sueños».

3

Yanquis, *Amerikantsi*

1. «AMERICAN PIE»

A comienzos de la década de 1960, Estados Unidos era, de lejos, la nación más rica y poderosa del planeta. Entre 1947 y 1960 el ingreso real promedio había aumentado tanto como en los cincuenta años anteriores. La revista *Fortune* aseguraba con cierta suficiencia que en el país solo había ya un millón de familias que «todavía parecen en verdad pobres». Por primera vez en la historia, la mayoría de los estadounidenses eran los propietarios de los hogares en los que vivían, en lugar de los arrendatarios. La construcción de un automóvil tomaba solo la mitad de las trescientas diez horas de trabajo que eran necesarias para fabricarlo en 1945. «El capitalismo funciona», escribió el economista J. K. Galbraith en *La sociedad opulenta*, su clásico estudio de 1958, «y, en los años trascurridos desde la segunda guerra mundial, de forma bastante brillante ... Más personas mueren en Estados Unidos como consecuencia del exceso de alimentos que por la falta de estos».[1]El título del libro resumía la forma en que el mundo veía el país. Malcolm Forbes, el acaudalado editor de la revista homónima, dijo con satisfacción: «El triunfo del capitalismo ha creado tal grado de prosperidad que en la actualidad los jóvenes no tienen que preguntarse cómo van a ganarse el sustento y, en cambio, pueden plantearse: "¿Cómo voy a vivir?". La presión económica terminó para ellos».[2]

Muchos estadounidenses se veían como un pueblo bendito, una nación favorecida de forma excepcional por el Todopoderoso, a quien todavía consideraban una fuerza importante en sus asuntos. Otra era el patriotismo. Un inglés que visitaba por primera vez Washington se sorprendió al descubrir en el vestíbulo de su hotel a un coro masculino cantando el «Himno de batalla de la República» y otras canciones militares como «Over There». El consumo de alcohol era impresionante, pero más allá de las costas este y oeste el vino seguía siendo visto como una bebida

extranjera, y algo siniestra, a diferencia de lo que ocurría con la cerveza, el martini y el whiskey de centeno. En los lugares cálidos, los ventiladores seguían siendo más comunes que los aparatos de aire acondicionado. La red de autopistas interestatales crecía a buen ritmo, uniendo una gran cantidad de pueblos y ciudades cuadriculados a través de vastos campos cuadriculados. Un sondeo realizado en las escuelas secundarias de la costa este reveló que la gamberra revista *Mad* ocupaba el segundo lugar después de *Life* entre las lecturas preferidas por los estudiantes de instituto. Chubby Checker triunfó con el disco y la película *Twist Around the Clock* (1961), que vendieron al país un baile que incluso el adulto o el niño más disfuncional podía ejecutar. Las audiencias cinematográficas quedaron electrizadas con *West Side Story* (1961), paradigma del genio musical y coreográfico de la época.

Una encuesta preguntó a los estadounidenses: «Tomando en consideración todos los aspectos, ¿cómo diría que es su vida estos días? ¿Diría que es muy feliz, bastante feliz o no demasiado feliz?».[3]Un rotundo 80 % de los encuestados respondió que era «muy» o «bastante» feliz. Los estadounidenses poseían más de cincuenta millones de televisores, cuyas pantallas no era necesario ver a través de lentes de aumento llenos de agua. Peter Joseph escribe que «había una gran carrera por ser miembro de la clase media, y más que nunca la posición social de una persona se establecía a partir de los bienes materiales que acumulaba».[4]Walter Lippmann opinó en su momento: «Estos días hablamos de nosotros mismos como si fuéramos una sociedad completa, que ha alcanzado sus objetivos y no tiene ya más grandes asuntos que negociar».[5]

Con todo, Estados Unidos también era un país aquejado de demonios, el más importante de los cuales era el miedo al comunismo, que estaba ligado a la creencia de que la Unión Soviética suponía una competencia seria. En cuatro encuestas de Gallup realizadas entre 1959 y 1961, la mayoría de los estadounidenses identificaron «mantener la paz» o «lidiar con los rusos» como el problema más grave que enfrentaba la nación, muy por delante de cualquier asunto interno. El mundo bipolar que existió durante más de cuarenta años después de 1945 fue una excepción histórica, pues la norma ha sido la multipolaridad y, ocasionalmente, la unipolaridad. La segunda guerra mundial había transformado a los rivales en imperios

supervigorosos, cada uno con un particular sentido de su misión en el extranjero. El choque ideológico entre comunismo y capitalismo despertaba pasiones extraordinarias: en California, el cantante de música folk Woody Guthrie perdió su primer trabajo por negarse a condenar a Stalin.

El informe presentado en noviembre de 1957 por Horace Rowan Gaither sobre *Disuasión y supervivencia en la era nuclear* (un trabajo en cuya redacción desempeñó un papel importante Paul Nitze, que luego se convertiría en subsecretario de Defensa de la administración Kennedy) pedía que se pusiera el Comando Aéreo Estratégico en estado de alerta permanente, pintaba un panorama sombrío en el que la ventaja soviética en fuerzas militares y capacidad nuclear se haría cada vez más grande y proponía desarrollar un programa masivo de defensa civil con el fin de preparar al pueblo estadounidense para hacer frente a las consecuencias de un ataque nuclear.

Aunque el presidente Eisenhower rechazó las recomendaciones del informe, y más tarde se descubriría que la mayoría de las cifras empleadas por Gaither, un miembro fundador de la Corporación RAND, eran fantasías, en 1961 el secretario de Defensa de Kennedy, Robert McNamara, sostendría ante el Comité de Servicios Armados del Senado que los rusos «no buscaban sencillamente la conquista del enemigo, sino su destrucción total». Frances Glasspoole, en esos días una adolescente que vivía con su familia en el enclave estadounidense de la bahía de Guantánamo, refiere: «Creía que tanto Castro como Jrushchov eran maníacos, locos».[6]Wernher von Braun, entonces en la NASA, recordaba con pesar los comienzos de la carrera espacial: «Cualquier logro pionero que existiera, los rusos conseguían apuntárselo siempre. Nosotros o no llegábamos o quedábamos en un triste segundo lugar».[7]La «pérdida de China» en 1949 a manos de los comunistas de Mao Zedong todavía escocía a los conservadores, que seguían recordándola para exigir a los presidentes que no volvieran jamás a mostrar una debilidad semejante ante los «rojos». Apenas habían pasado unos pocos años desde la campaña impulsada por el senador McCarthy para perseguir a los supuestos agentes comunistas infiltrados en las altas esferas, una caza de brujas que había empujado a la marginación a algunos de los más grandes artistas creativos del país, así como a sus especialistas en China.

El general Nathan F. Twining, que había sido presidente del Estado Mayor Conjunto entre 1957 y 1960, argumentó desde el retiro que «el mundo libre» se enfrentaba a una monolítica conspiración comunista «que durante más de cuarenta años ha estado dedicada con una tenacidad inquebrantable al objetivo de destruir las instituciones libres, el estilo de vida libre y los gobiernos republicanos libres».[8]El militar creía que Estados Unidos debía entregarse de lleno al desarrollo de «una tecnología militar indiscutiblemente superior» con el fin de eliminar o neutralizar el sistema que lo amenazaba, y descalificaba con desprecio a quienes se negaban a aceptar sus puntos de vista como «intelectuales antinucleares ... científicos con mala conciencia ... estrategas de salón, hermanitas de la caridad, apaciguadores».[9]En septiembre de 1961, el patricio conservador William F. Buckley escribió con gran desdén: «Kennedy ha optado por identificarse con ese segmento de la sociedad estadounidense que no quiere o no puede ver en el comunismo más que un espantajo infantil».[10]Cuando el embajador soviético Anatoli Dobrynin visitó la granja del periodista Drew Pearson, que había hecho una carrera sacando a la luz los trapos sucios de figuras públicas, este le enseñó una hilera de guisantes cultivados a partir de unas semillas que le había regalado Jrushchov y la hilera de guisantes domésticos que crecía junto a ella: «Soy el primer estadounidense que practica la coexistencia pacífica y la competencia pacífica», apuntó con ironía.[11]

Entre tanto, las mujeres, ya fuera en el hogar o en la oficina, seguían siendo consideradas una especie inferior. La proporción de las que asistían a la universidad, en comparación con sus contemporáneos masculinos, había caído del 47 % en 1920 al 35 % en 1958. En el umbral de la década de 1960, la edad promedio a la que contraían matrimonio las estadounidenses eran los veinte años. Catorce millones estaban ya comprometidas a los diecisiete años, en buena medida porque ese era el requisito para que muchas de ellas, quizá la mayoría, aceptaran acostarse con un chico (esta era asimismo una época en la que si una muchacha tenía pareja esta era, casi con seguridad, un chico). Un profesor británico de la Universidad Tulane de Luisiana quedó perplejo cuando, un día, una de sus alumnas le pidió que le firmara su certificado de virginidad. Stokely Carmichael, el líder del Comité Coordinador Estudiantil No Violento (SNCC, por sus siglas en inglés), un activista que se declaraba no solo radical sino también

revolucionario, dijo en una ocasión: «La única posición para las mujeres en el SNCC es boca abajo». El primer Playboy Club, un palacio de condescendencia masculina y, de hecho, abusos, abrió sus puertas en Chicago en febrero de 1960 y tuvo un éxito tan visible que no tardaron en empezar a construirse muchos clones por todo Estados Unidos. El 5 de agosto de 1962, Norma Jeane Mortenson, que había aparecido desnuda en la página central del primer número de la revista *Playboy* y era quizá la mujer más vulnerable del mundo, fue hallada muerta en su dormitorio, a los treinta y seis años, menos de tres meses después de haber cantado: «Happy Birthday, Mr. President», en una fiesta del Partido Demócrata para recaudar fondos, celebrada en el Madison Square Garden; su nombre artístico era... Marilyn Monroe.

Había tenues destellos de rebelión. La cadena de televisión CBS emitió un documental sobre «el ama de casa atrapada» y el *New York Times* publicó un artículo sobre mujeres educadas que se sentían «sofocadas en sus hogares», «recluidas» y «excluidas». Gloria Steinem escribió para la revista *Esquire* su importantísimo artículo acerca de cómo las mujeres se ven forzadas a elegir entre la carrera y el matrimonio. En 1960, para horror de muchos cristianos y conservadores, se aprobó y comercializó la primera píldora anticonceptiva. No obstante, la revolución social que definiría el decenio aún no había comenzado. Judith Rodin, que entonces era una estudiante de pregrado en la Universidad de Pensilvania, describió los años de la presidencia de Kennedy como una «extensión de la década de 1950: los estudiantes estaban concentrados en sus propias vidas, los eventos sociales y el desempeño en el aula, pero no eran muy activos en política o cuestiones sociales».[12]El asesinato de JFK, la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos y la guerra de Vietnam cambiarían eso.

En 1961, el Congreso de Estados Unidos aprobó aumentar en un 50 % el presupuesto de la NASA, que había comenzado a adiestrar a los primeros astronautas para cumplir la promesa de Kennedy de poner un hombre en la Luna antes de 1970. Dos estadounidenses siguieron a Gagarin al espacio; en febrero de 1962, el coronel John Glenn completó el primer vuelo orbital para su país. El 12 de septiembre, ante los estudiantes de la Universidad Rice, el presidente pronunció uno de sus discursos más famosos: «Elegimos ir a la Luna en esta década y hacer otras cosas no porque fuera

fácil sino porque es difícil, porque ese objetivo servirá para organizar y medir lo mejor de nuestras energías y aptitudes, porque se trata de un reto que aceptamos con entusiasmo, que no estamos dispuestos a posponer y que tenemos la intención de ganar».

El nuevo presidente prometió a sus ciudadanos, en especial si eran jóvenes, que ellos podían marcar la diferencia. La «nueva frontera» que proclamaba encontró a muchos adolescentes conmovedoramente dispuestos a creer en ella y unirse al Cuerpo de Paz para trabajar de forma desinteresada como voluntarios en el extranjero. William Chafe escribió: «Toda la imagen de la administración giraba alrededor del servicio —vigoroso, emocionante y exaltado— a una causa superior».13Empezaban a asomar los brotes verdes del activismo antisistema. *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, un libro que estaba llamado a convertirse en una biblia del movimiento ambientalista, se publicó en 1962. Varios centenares de estudiantes de Nueva York se unieron a las protestas contra los simulacros de protección civil y se negaron a descender a los refugios nucleares que tenían designados. Un mitin para denunciar la carrera armamentística nuclear y exigir un tratado que prohibiera las pruebas atómicas reunió en el Madison Square Garden a más de quince mil personas.

Todd Gitlin, entonces un joven liberal de la costa este, se convertiría en un destacado activista a lo largo de la década. Recordando esos años, refiere el desprecio que le producía la clase dirigente del decenio anterior: «Pensaba que el presidente Dwight Eisenhower era un tontorrón simpático, un viejo carca semianalfabeto al que había que castigar casi tanto por su excesiva afición al golf y sus oraciones enredadas como por haberse abrazado con el generalísimo Franco».14Por el contrario, veía en los noticiarios a los barbudos de Castro rodeados por la multitud fervorosa y en esas imágenes «leíamos redención: una revuelta victoriosa de jóvenes que no tenían posibilidades de vencer y que ahora podían limpiar un trozo de tierra de las matanzas y la miseria de las que habíamos oído hablar toda la vida. Desde una sala de estar en el Bronx, aplaudimos a nuestros rebeldes vencedores». *Trampa 22*, la gran novela antibélica de Joseph Heller, se publicó pocos meses después de que Kennedy asumiera el cargo.

Con todo, el mayor de los problemas sociales de Estados Unidos era la cuestión racial y a lo largo de la década tendría un papel muy importante en las tribulaciones del país. Sería un error recordar la presidencia de Kennedy solo por lo ocurrido en Cuba, o por su temprana decisión de aumentar la implicación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Aunque ambos temas tuvieron una importancia destacada en su momento, la intolerancia racial era un veneno que circulaba por las venas de la sociedad estadounidense y aparecía en los titulares mes tras mes y año tras año. En 1960, el Departamento de Trabajo informó de que el trabajador negro medio ganaba un 60 % menos que su equivalente blanco. A los ojos de gran parte del mundo, la segregación institucionalizada que se ejercía en los Estados del sur convertía en ridículas las ínfulas de los estadounidenses como abanderados de la libertad y la justicia. Aunque Adlai Stevenson era un liberal convencido, en 1952, cuando se enfrentó a Eisenhower como candidato demócrata a la presidencia, eligió a un supremacista blanco, el senador por Alabama John Sparkman, como compañero de fórmula: era como si existiera una dosis de racismo que resultara aceptable para un buen demócrata deseoso de llegar a la Casa Blanca.

Una década más tarde, la discriminación seguía imperando. En 1960, en un partido de fútbol americano celebrado en el Cotton Bowl de Dallas, Texas, estalló una pelea después de que un miembro del equipo local, compuesto exclusivamente por jugadores blancos, llamara «negrata cochino» a uno de sus adversarios de Siracusa. Cuando el comediante Dick Gregory hizo su primera aparición en el escenario del Playboy Club de Chicago, un sureño blanco que se encontraba entre el público se puso de pie para gritarle con desprecio: «¡Negrata!». Gregory definía a un liberal sureño como «un tío que te colgaría de un árbol bajito». Ese año, 1962, el humorista viajó al sur para marchar con Martin Luther King, lo que le valió palizas y encarcelamientos rutinarios. Se convirtió en un maestro de los chistes breves e ingeniosos que se burlaban de los torturadores de su raza. Contaba, por ejemplo, que cuando en los restaurantes le decían: «Aquí no servimos a negros», él replicaba: «No hay problema, yo no como negros».

Los carteles de «solo blancos» en las fuentes de agua potable y las secciones separadas para cada raza en los restaurantes, los bancos de los parques, los autobuses, etc., parecían dejar en nada la grandiosa retórica

liberal que se esparcía en las costas este y oeste. Los racistas sureños defendieron su causa de forma enérgica sin vacilación y sin vergüenza. Lester Maddox, que era propietario de un restaurante de pollo frito en Atlanta y más tarde se convertiría en gobernador de Georgia, dijo: «Cada vez que se aprueba una ley de derechos civiles para cualquier grupo de personas, se crean errores civiles».15En Luisiana, un líder político local llamado Leander Perez sostuvo que la desegregación era una conspiración de «judíos sionistas». El compromiso de los blancos con el mantenimiento de la segregación (la *color bar*, o «barrera de color») contaba con el respaldo de figuras como los senadores William Fulbright, de Arkansas, y Richard Russell, de Georgia.

Fannie Lou Hamer, una mujer negra que intentó registrarse para votar en Misisipi, fue despedida de su trabajo, enviada a la cárcel y acosada de diversas formas por las autoridades locales, que, por ejemplo, le enviaron una factura de agua por nueve mil dólares, a pesar de que su casa no tenía agua corriente. Las acciones de los Freedom Riders («viajeros de la libertad»), que en protesta contra las leyes segregacionistas se organizaron para viajar por el sur en grupos raciales mixtos a bordo de autobuses interestatales, fueron recibidas con violencia por parte de la población blanca, en especial en Alabama. Las fuerzas policiales del sur actuaron de forma espantosa. El capellán de la Universidad de Yale, William Sloane Coffin, diría más tarde que nunca se había sentido «más enojado y sin duda más avergonzado de Estados Unidos» que tras ver en las noticias a un Freedom Rider ensangrentado y medio muerto en el suelo después de que una turba blanca lo asaltara en Montgomery. Poco después el influyente clérigo decidiría convertirse él también en un Freedom Rider. Martin Luther King dijo: «Os agotaremos con nuestra capacidad de sufrir y, en el proceso, ganaremos vuestros corazones».16El periodista de la cadena NBC Loyal Gould describió su experiencia cubriendo tanto las reuniones del Ku Klux Klan como las marchas por los derechos civiles en el sur: «Ver eso sucediendo en mi propio país fue aterrador, muy muy aterrador. Así como ver toda esa enorme pobreza blanca, junto con esa pobreza negra, y darme cuenta de que esas almas desgraciadas, esos tíos blancos del Klan, no lograban meterse en la maldita cabeza que en realidad estaban en el mismo barco que los peones negros del sur. Era una locura».

No obstante, incluso mientras las tensiones raciales y el ritmo de la violencia blanca aumentaban por todo el sur, la nueva administración respondió con comprensión, pero con cautela. Tras reunirse con Martin Luther King, que había encabezado tantísimas sentadas de protesta en todo el sur, el presidente comentó ante un grupo de diplomáticos africanos con una frivolidad de mal gusto: «Esto forma parte de la tradición estadounidense de alzarse en defensa de los propios derechos, si bien la nueva forma de alzarse ... es sentarse».17Con todo, su Departamento de Justicia se resistía a enviar alguaciles federales y soldados para proteger a los manifestantes negros de la violencia blanca: Kennedy veía con desesperación la posibilidad de perder los votos de los demócratas sureños en el Congreso.

Entonces, sin embargo, la Universidad de Misisipi desafió los fallos de los tribunales federales sobre integración racial y bloqueó de forma persistente la admisión del estudiante negro James Meredith. Y más grave aún: para justificar el veto de la universidad, las autoridades estatales fabricaron una acusación criminal en su contra. Kennedy no tuvo más remedio que movilizar a la Guardia Nacional y enviar a sus propias fuerzas del orden. El domingo 30 de septiembre de 1962, se desplegaron 127 alguaciles federales y 316 agentes de la Patrulla Fronteriza para garantizar el ingreso de Meredith en el centro universitario. Esto desencadenó un motín de estudiantes y ciudadanos blancos que quemaron vehículos y arrojaron ladrillos y piedras contra los soldados y los agentes federales. Dos personas murieron en los enfrentamientos. Meredith logró matricularse y, a partir de ese momento, soportó el acoso y el aislamiento social antes de finalmente graduarse en ciencias políticas.

Todo esto estaba en las primeras páginas de la prensa internacional apenas unas semanas antes de que estallara la crisis de los misiles. Los liberales aplaudieron la intervención del presidente, pero los sureños y los conservadores cerraron filas y manifestaron la rabia e indignación que les causaba lo que describieron como «un ataque a nuestras tradiciones y los derechos estatales». Todd Gitlin escribió: «Al movilizar una oposición masiva a la desigualdad racial, el movimiento por los derechos de los afroamericanos (y otras personas de piel oscura) necesariamente supuso un agravio para gran cantidad de blancos. Asimismo intensificó el

resentimiento de los muchos blancos pobres que se sentían presionados por los desposeídos de piel oscura que tenían aún menos que ellos», y esto justo cuando el auge económico de la década de 1950 estaba perdiendo fuelle. En 1962, Estados Unidos era un país excepcionalmente afortunado —el destino más emocionante del planeta, como confirmaban cada año una plétora de visitantes extranjeros—, pero también una nación conflictiva, violenta, dividida. Y lo sería más.

2. JFK

Al asumir el cargo en enero de 1961, John F. Kennedy disfrutó de la enorme ventaja de ser algo nuevo en el barrio, el primer presidente de los Estados Unidos nacido en el siglo XX. James Sackellson, un inmigrante griego que a menudo había servido la mesa del nuevo jefe del poder ejecutivo en el restaurante Occidental de Washington, dijo con fervor: «Hacía que Nixon pareciera insignificante». Eisenhower, que en 1952 era una figura infinitamente tranquilizadora y paternal, se había convertido ocho años más tarde en una presencia desgastada, asociada para siempre a los campos de golf. Como apuntó con ingenio el comediante Bob Newhart durante una crisis nuclear ficticia: «Que alguien le quite el *putter* a Ike». James «Scotty» Reston escribió una famosa columna en el *New York Times* en la que interrogaba a un cerebro electrónico ficticio llamado Uniquack acerca de los líderes estadounidenses. Cuando este deja fuera de su respuesta al último titular, Reston exige: «¿Qué pasa con Eisenhower? ¿No era él presidente?». Uniquack responde: «Debemos esperar el juicio de la historia al respecto». Los asesores de imagen de Kennedy tuvieron que hacer grandes esfuerzos para ocultar el hecho de que también jugaba al golf, y con bastante más habilidad que su predecesor.

La Casa Blanca de JFK exudaba un aura de poder sin parangón en ningún otro centro de gobierno del mundo y, de hecho, muy por encima de la que tiene la presidencia estadounidense en el siglo XXI. La gestión de la Unión Soviética, de la que incluso los estadounidenses informados entendían muy poco, se caracterizaba por las afirmaciones públicas del poder del Kremlin, demostrado en particular en los desfiles militares del Primero de Mayo en Moscú, y una sensibilidad secreta y casi enfermiza acerca de su debilidad. Los mandatarios de Estados Unidos, por el contrario, disfrutaban de una

confianza justificada en que su país había superado cotas que Roma, España, Gran Bretaña y otros imperios de antaño no habían siquiera alcanzado. Para comprender a quienes ejercían entonces la autoridad de la nación, es necesario verlos como personas diferentes de los mandatarios posteriores. Lo que marca el antes y después en la historia de Estados Unidos es Vietnam, y la crisis de los misiles se produce todavía en un año a. V. Esos hombres extraordinarios (todos, por supuesto, eran hombres) no conocieron todo lo que iba a traer consigo el conflicto en el Sureste Asiático: la mácula, las cicatrices, la humillación. El subsecretario de Estado de Kennedy, George Ball, anotó en una ocasión que los europeos se habían embarcado en el colonialismo no tanto por los beneficios económicos que les reportaba como por «las satisfacciones del poder».18Godfrey Hodgson, un cronista británico del Estados Unidos de la segunda posguerra, comentó a propósito de esta observación: «Es extraño que [Ball] no reconociera el eco de los sentimientos de sus propios contemporáneos. El poder —el poder económico, militar y político sin precedentes de Estados Unidos después de 1945— era su derecho de nacimiento, y lo encontraban satisfactorio en grado sumo ... La invasión de bahía de Cochinos y el Plan Marshall ilustraban el abanico de lo que entendían por internacionalismo».

La administración estaba repleta de gente brillante, el elenco de personajes que aconsejaría al presidente durante la crisis de los misiles. El asesor de seguridad nacional era Mac Bundy, a quien mucho más tarde se consideraría el más listo entre los listos. En Defensa estaba «Bob» McNamara, un trabajador incansable, hasta tal punto que no era inusual encontrar su coche en el estacionamiento del Pentágono los domingos a primera hora de la mañana (se contaba el chiste de que los empleados tocaban el capó del vehículo para calcular, a partir del calor que desprendía, cuánto tiempo llevaba ya el secretario en su despacho). Cuando Arthur Schlesinger le vio por primera vez, se encontró con «un hombre tranquilo y afable con anteojos sin montura y aspecto de profesor universitario».19

De una lealtad a toda prueba y meticulosamente discreto, McNamara era un mago de las probabilidades que se había forjado una carrera con los números. Después de la segunda guerra mundial, quiso regresar a Harvard, pero en lugar de ello aceptó un cargo directivo en la Ford Motor Company,

donde se convirtió en uno de los gerentes corporativos más admirados de la década de 1950 y se ganó la fama de recompensar a quienes trabajaban bien y despachar sin piedad a quienes no estaban a la altura de sus estratosféricos estándares. De él puede decirse lo que, muchos años más tarde, Margaret Thatcher diría de uno de sus ministros: «Otras personas me traen problemas. Él me trae soluciones».[20]Eso fue lo que hizo McNamara, primero, durante la guerra, como analista para las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos (USAAF, por sus siglas en inglés), luego para la Ford y después para la administración Kennedy. Era un trabajador profundamente serio, que enfrentaba sus responsabilidades con una dedicación monacal. Con el pelo engominado y la raya marcada con cruel disciplina, podría haber prosperado como *apparátchik* en la Unión Soviética. Era un racionalista, un maestro del control, en especial en las reuniones. No tuvo tanto éxito en Ford como sostenía su club de admiradores, porque su brillantez le llevó a ofrecer a los compradores de automóviles lo que él pensaba que debían querer, en lugar de lo que en verdad querían. Pero fue bastante bueno, como también lo fue, durante una temporada, al frente del Departamento de Defensa.

Era asimismo un hombre decente, comprometido con su esposa Margaret y su familia; no muy divertido, pero era imposible subestimarle. Tenía un sabio temor a las armas nucleares (lo que no puede decirse de algunos de sus colegas) y estaba decidido a limitarlas. Los cínicos decían que la razón por la que McNamara se mantenía cerca del presidente era que no tenía más amigos, en especial en el Capitolio. El secretario trabajaba catorce horas al día y se negaba a desperdiciarlas bebiendo con congresistas. En lo que respecta a los jefes del Pentágono, en 1962 había pocas naciones democráticas en el mundo en las que los generales y almirantes tuvieran un peso real que pudieran hacer valer contra los líderes políticos, pero Estados Unidos era una de ellas. Muchos estadounidenses, en particular los que vivían lejos de la costa este, se enorgullecían de sus fuerzas armadas, conocían por sus nombres a algunos de los oficiales más destacados y respetaban sus opiniones. Es difícil exagerar la influencia que los jefes del Estado Mayor (los mandos del ejército, la armada, la fuerza aérea y la infantería de marina) tenían sobre el Congreso y los poderosos presidentes de sus comités. Los altos mandos querían más de todo, por fútil que fuera, y formaban alianzas con aquellos legisladores que anhelaban obtener

contratos de defensa para sus Estados. McNamara, consciente de los costos, se enfrentó a ellos con ahínco y tenacidad.

Los jefes de Estado Mayor, como casi todos los mandos militares en la mayoría de las naciones a lo largo de la historia, retrocedieron ante el deseo de su gobierno de supervisar al detalle las operaciones de las fuerzas armadas. El comandante Bill Smith, el edecán del general Max Taylor, dijo: «No cabe duda de que ellos [los miembros de la administración] no creían mucho en el uso de la fuerza militar ... Pensaban que los resultados que estaban obteniendo los militares, o la forma en que hacían las cosas, no eran ni de cerca tan efectivos como debían ser, dado el equipo con el que contaban».[21]A McNamara, en cambio, le gustaba hablar de «poder utilizable», es decir, la diferencia entre la fuerza en el papel y la capacidad militar efectiva, una fórmula que a menudo utilizó como justificación para negarse a satisfacer el insaciable apetito armamentístico del alto mando.

Cuando McNamara hablaba en la sala del gabinete de la Casa Blanca, no lo hacía como abanderado de las fuerzas armadas del país, sino como su jefe político escéptico y algo molesto. Después de la llegada de los hombres de Kennedy, en las paredes del Pentágono aparecieron carteles que rezaban: «El nuevo gobierno quiere ideas nuevas, opiniones diversas, puntos de vista divergentes ... que nos permitirán hacer mejor nuestro trabajo». No obstante, según recordaría con tono sarcástico el jefe de inteligencia de la fuerza aérea, Robert Breitweiser, uno de los muchos uniformados que odiaban a McNamara, «pronto resultó evidente que cualquier punto de vista discrepante iba a ser doblegado ... Creo que el ego de McNamara no se lo hubiera permitido ... Podía ponerse verdaderamente furioso ante la mera insinuación de que las ideas de otra persona quizá fueran más acertadas».[22]El secretario de Defensa no tenía nada de pacifista, pero creía en lo más profundo de su alma que hacer la guerra era algo demasiado importante para dejarlo al criterio de los militares. No fue, sin embargo, un pensador flexible. Una vez que resolvía cuál era la respuesta racional a los hechos tal y como él los veía, resultaba muy difícil hacerle cambiar de opinión. No se le daba bien reconocer que los «hechos» no siempre eran hechos.

En el Departamento de Estado (conocido como Foggy Bottom por el barrio de Washington D. C. en el que tiene su sede) estaba el curtido Dean Rusk, cuya principal virtud era ser alguien en el que el presidente podía depositar su confianza: haría lo que le dijera que hiciera, si bien no con la celeridad que Kennedy hubiera deseado. Inteligente y elocuente, era también un político cauteloso, instintivamente reacio a arriesgar el cuello. Era oriundo de las zonas rurales del interior de Georgia y sorprendió a los abanderados de la «nueva frontera» por su liberalismo en materia racial. Tras estudiar en Oxford gracias a una beca Rhodes y prestar servicio en Asia durante la segunda guerra mundial, trabajó brevemente en el Pentágono antes de unirse al Departamento de Estado. Era un veterano de la Guerra Fría, que había desempeñado un papel destacado en la partición de Corea en 1945. Consideraba que la China comunista no solo estaba equivocada, sino que era malvada, la fuente del «peligro amarillo». La administración Kennedy nunca se planteó normalizar las relaciones con el país de Mao y no mostró ningún interés en rehabilitar a John Paton Davies, el más brillante de los veteranos expertos en China del Departamento de Estado, víctima de la caza de brujas del senador McCarthy. Más un técnico que un diseñador, Rusk era el único miembro del gabinete al que Kennedy no se dirigía por el nombre de pila. El presidente comentó con Philip Graham, el propietario del *Washington Post*, la posibilidad de sustituirlo por McNamara, pero al final decidió mantenerlo en su puesto considerando que Rusk era un funcionario leal y fiable, y lo cierto es que lo era.23

Más cerca del Despacho Oval se encontraban los colaboradores inmediatos del presidente, su asistente personal Kenny O’Donnell, que era el responsable de su agenda, y el asesor jurídico Ted Sorensen, un cerebrito esbelto y estudioso que intervenía en todo, incluida la mayoría de los discursos presidenciales. Sería un error describir al gobierno como una familia grande y feliz: había una competencia incesante por la influencia, algo inherente a todo centro del poder. Para empezar, O’Donnell, un destacado miembro de la «mafia irlandesa» que rodeaba a JFK, detestaba a Sorensen. Sin embargo, el presidente valoraba mucho al asesor jurídico, pues su única convicción política era la lealtad que le profesaba.

El fiscal general Robert F. Kennedy, el malhablado de los ojos azul hielo, tenía solo treinta y seis años y estaba comprometido con su hermano de

forma incondicional. Tras haber sido una fuerza fundamental en las campañas que impulsaron a JFK a la presidencia, era ahora el brazo ejecutor de la administración, lo que le hizo antipático a ojos de muchos y, en particular, de los otros miembros del gabinete, algunos de los cuales no podían olvidar que había formado parte del equipo del infame senador Joseph McCarthy. No obstante, Bobby Kennedy tenía algo de sentido común, una energía tremenda y una confianza fundada en la intimidad con el presidente; asimismo, poseía otra virtud poco común en la política: estaba dispuesto a cambiar de opinión.

En 1962, sin embargo, el fiscal general era visto por casi todos como el matón de su hermano, un matón con licencia que usaba un lenguaje soez como si creyera en cada obscenidad que soltaba: todos esos dientes no estaban ahí solo para lucirlos. No pocas personas en Washington consideraban que Bobby era un rufián, pero nadie en la Casa Blanca se atrevía a decirlo. Thomas Parrott, que en la crisis de los misiles sería el encargado oficial de tomar notas durante las reuniones en la Casa Blanca, dijo: «Era un pequeño bastardo, pero era el hermano del presidente, el tío ungido, y tenías que escucharle».[24]Físicamente más menudo que JFK, Robert valoraba la dureza por encima de cualquier otra cualidad. Max Taylor, el exparacaidista y auténtico héroe de la segunda guerra mundial recientemente ascendido a presidente del Estado Mayor Conjunto, le infundía un temor reverencial porque además de ser un gran soldado tenía cerebro. David Halberstam escribió con ironía: «Si Harvard produjera generales, habría producido a Max Taylor».[25]

En la periferia se situaban una serie de cortesanos, también brillantes aunque menos importantes, como el historiador y biógrafo de Franklin D. Roosevelt Arthur Schlesinger —autor de *La política de la libertad: el centro vital* (1949), el manifiesto liberal de su generación—, que se había reinventado como escritor de discursos y era el invitado favorito en las cenas celebradas en la mansión de la Casa Blanca; Walt Rostow, que escribió una de los lemas de campaña más exitosos de Kennedy: «Pongamos al país de nuevo en movimiento»; o John Kenneth Galbraith, que medía más de dos metros de altura y de quien Bill Buckley se burlaba contando que, con los esquís puestos, parecía «un *pretzel* borracho». Este

último mantuvo una estrecha relación con el presidente incluso mientras se desempeñó como embajador de Estados Unidos en la India (1961-1963).

Este era el grupo más ostensiblemente elitista que hubiera gobernado nunca el país, hombres dotados de los mayores talentos y que, en su mayoría, nunca habían tenido que ensuciarse las manos (salvo, quizá, un poco durante la guerra). Con excepción del general Max Taylor, el presidente era el único de los que se sentaban a la mesa de la sala del gabinete que había prestado servicio en primera línea; se había convertido en un héroe cuando los japoneses hundieron la embarcación que comandaba, una lancha torpedera PT-109, una experiencia que conmemoraba un alfiler de corbata que durante la campaña presidencial los Kennedy regalaron a amigos y simpatizantes. McNamara había trabajado como estadístico en el Departamento de Guerra; el director de la CIA, John McCone, estuvo dedicado a la construcción naval. Mac Bundy fue testigo del Día D, pero desde la comodidad del crucero *Augusta*, donde se desempeñaba como edecán del almirante Alan Kirk, un amigo de la familia. Schlesinger, por su parte, había estado en la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus siglas en inglés), la antecesora de la CIA. Ninguno había sido tan estúpido como para quedarse en la vieja y aburrida infantería.

Tras veinte meses en el gobierno, creían que no había prácticamente nada que no pudieran hacer, en especial en el extranjero (y ello incluso después de la debacle de bahía de Cochinos). La política interna, marcada en particular por la cuestión de los derechos civiles, continuaba siendo problemática. El 6 de octubre de 1962, *The Economist* manifestó el desdén que le producía el desempeño de la administración en términos que resonaron en otros órganos serios de todo el mundo: «Es evidente que el señor Kennedy no ha logrado educar a muchos demócratas acerca de la necesidad de sus planes para poner a Estados Unidos de nuevo en movimiento. Algunos amigos francos señalan que tampoco ha logrado educar al electorado ... Ahora se critica al señor Kennedy por obtener muy poco y pedir demasiado». El presidente solía perorar antes sus asesores y periodistas afines sobre las razones por las que este o aquel tema nacional especialmente espinoso tendría que «esperar al segundo mandato». Estados Unidos era entonces, como casi siempre lo ha sido, un país conservador en el que la imaginación, la innovación y la energía industrial y tecnológica

sin igual coexistían con una política retrógrada. Los liberales controlaban el poder judicial, pero nada más. En el Congreso, había tantas probabilidades de que los sesenta o setenta senadores demócratas de los Estados del sur votaran con los republicanos como con el que en teoría era su partido. Kennedy fue el último candidato demócrata que ganó tanto la mayoría del voto blanco en el sur como la mayoría del voto negro a nivel nacional. Después de su victoria en 1960, asegurarse ambos electorados se revelaría imposible para los aspirantes a la presidencia.

En el extranjero, en cambio, había un mundo de oportunidades, en el que la riqueza, la influencia y el poderío militar de Estados Unidos parecían capaces de mover montañas. El recuerdo de la victoria en la segunda guerra mundial era una fuerza dominante en el pensamiento de los mandatarios y el pueblo estadounidenses. Desde su perspectiva, el país había sido el motor principal del esfuerzo que había logrado poner fin de forma decisiva a la mayor confrontación bélica de la historia de la humanidad. Muchos estadounidenses, tanto uniformados como civiles, aspiraban a obtener resultados igualmente concluyentes en los conflictos menores que entonces asolaban el planeta. MacArthur había tenido que ser apartado después de decir en Corea que «no hay sustituto para la victoria», con todo lo que esa frase revelaba acerca de lo que pensaba el megalómano y vanidoso general. La búsqueda de «la victoria» toparía más tarde con una amarga decepción en el Sureste Asiático y, de hecho, en muchos otros lugares, pero en 1962 todavía ocupaba un lugar preponderante en muchas mentes.

John F. Kennedy tenía una comprensión personal del extranjero mucho mejor que la mayoría de su pueblo, pero también abrigaba un enorme anhelo de grandeza como estadista y abanderado de Estados Unidos. No solo quería mantener seguro a Occidente: quería también, en cierto sentido, ganar la Guerra Fría, si bien no tenía una visión coherente de cómo hacerlo. Elevó la disposición a tomar decisiones y elegir a suprema virtud varonil y desdeñó a quienes, careciendo de ella, se encogían a la hora de decidir. Que el influyente columnista Joseph Alsop lo describiera como un «[Adlai] Stevenson con pelotas» le resultó muy gratificante. Dean Rusk, que no era un hombre lírico, le recordaría con una frase cargada de poesía: «Estaba en llamas y prendía fuego a quienes le rodeaban».26Walter Lippmann escribió en una ocasión: «Todos los hombres que lideran a multitudes de seres

humanos tienen algo de magia».[27]En 1960, cuando el periodista tomó partido por Kennedy de forma apasionada —«un líder natural, un gestor y un gobernante de hombres»—, Arthur Krock, un columnista rival, se sintió incitado a escribir con indignación: «Es posible que me esté haciendo viejo y quizá estoy empezando a chochear, pero al menos no me enamoro de jovencitos, como hace Walter Lippmann».

Después de la investidura, Kennedy «de algún modo cambió físicamente», escribió Arthur Schlesinger: «La cara se le tornó más arrugada y fruncida; los rasgos eran ahora más marcados; era menos guapo, pero transmitía más fuerza».[28]Theodore H. White, el autor de la serie de libros sobre las elecciones presidenciales estadounidenses *Making of the President*, el primero de los cuales versó sobre la campaña de 1960 y confirió a JFK una especie de aura de santidad, escribió sobre el encuentro que mantuvo con él tras un año en la presidencia: «Muy poco parecía haber cambiado en los movimientos o la gracia del candidato; lo único que había cambiado eran sus ojos: muy oscuros, muy graves, notablemente más hundidos y arrugados en las comisuras que los del candidato. El candidato anhelaba ese cargo; ahora todos los problemas eran suyos; ahora era él el que debía resolverlos ... Siempre había actuado como si los hombres tuvieran el dominio de las fuerzas, como si todo fuera posible para alguien decidido en su propósito y con claridad de pensamiento ... Era esa actitud la que tendría que atesorar en la soledad de la Casa Blanca, mientras un mundo impaciente esperaba milagros».[29]

El día típico de Kennedy empezaba a las 07.45, cuando su ayuda de cámara, el afroamericano George Thomas, lo despertaba en su dormitorio de la segunda planta de la mansión con la bandeja del desayuno y los periódicos. Los niños, Caroline y John, llegaban corriendo, miraban dibujos animados en la televisión mientras su padre leía los cables gubernamentales recibidos durante la noche. Alrededor de las nueve, caminaba hasta el Despacho Oval, en el ala oeste, a menudo llevando a un niño de la mano. Antes del almuerzo nadaba con su ayudante Dave Powers, luego comía en la mansión con la recién ungida diosa de la belleza y la cultura del Estados Unidos liberal, su esposa Jackie, y después hacia la siesta en su cama, una práctica que de forma consciente había copiado de Churchill. De regreso en el Despacho Oval, trabajaba hasta las ocho de la noche aproximadamente.

El matrimonio rara vez salía de la Casa Blanca para asistir a cenas privadas, si bien entre las casas que disfrutaban visitando se encontraba la de Joe Alsop. Kennedy dijo en una ocasión: «La presidencia no es un buen lugar para hacer nuevos amigos»; hubiera podido agregar que tampoco lo era para mantener vivas las viejas relaciones sociales.

JFK estaba dotado de una inteligencia y un encanto desbordantes. Basta con ver una de las innumerables entrevistas televisivas que se le hicieron durante sus años en la presidencia para advertir en qué medida era más agudo y sofisticado que algunos de sus sucesores en el cargo. Siempre tuvo una gran curiosidad, algo que muchos consideramos una insignia de honor, y poseía un poder de concentración extraordinario. En 1962, no había demasiados estadounidenses que supieran matizar o emplearan la ironía, pero él era uno de ellos. En ese aspecto, como en algunos otros, era más una figura europea que un hombre de su propio país. En una ocasión citó a Madame de Staël en el programa de televisión *Meet the Press*, con lo que además de reflejar sus amplias lecturas, corría el riesgo de distanciarse de buena parte de la audiencia estadounidense. Nunca estuvo tan interesado en las novelas de James Bond como a sus asesores de imagen y a los de Ian Fleming les pareció conveniente aparentar.

Hijo de una familia privilegiada, introdujo en la Casa Blanca energía, ingenio y cultura extranjera. André Malraux, un escritor del que no muchos estadounidenses habían oído hablar, fue condecorado por su obra. Pablo Casals tocó su violonchelo en el Salón Este. Arthur Schlesinger escribió con euforia: «Nunca las chicas habían parecido tan bonitas, las tonadas tan melodiosas y las noches tan joviales y espontáneas». Se valoraba la informalidad. El peor crimen, para Kennedy y quienes le rodeaban, era aburrir o aburrirse. Aunque no sabía nada de las balas que iban a dispararle desde el depósito de libros de Dallas, siempre tenía prisa. En 1951, durante un viaje alrededor del mundo, el entonces congresista, un apasionado por la poesía, copió un par de versos de Andrew Marvell:

But at my back I always hear

Time’s winged chariot hurrying near.

[Pero a mi espalda siempre oigo

el carro alado del tiempo acercándose deprisa.]

Era el presidente que más había leído y más había viajado en la historia de Estados Unidos. Oriundo de una de las zonas más remotas del país, Don Ferguson, entonces un estudiante de la Universidad de Nebraska, era uno de los millones de jóvenes estadounidenses que asistieron encantados a la transición del viejo, viejísimo Dwight Eisenhower: «De repente, había algo emocionante. Tenías un tío joven que tenía hijos y al que le gustaba jugar al fútbol en el jardín delante de su casa. Era un ser humano real».30

En 1960, en plena campaña, le preguntaron a Kennedy si estaba cansado y él respondió que no, pero que estaba seguro de que Nixon sí lo estaba. ¿Por qué? «Porque yo sé quién soy y no tengo que preocuparme por adaptarme y cambiar. Todo lo que tengo que hacer en cada parada es ser yo mismo. Nixon, en cambio, no sabe quién es, por lo que cada vez que da un discurso tiene que decidir qué Nixon es, y eso tiene que ser muy agotador.» Eso quizá fuera cierto en el caso de Nixon, o quizá no, pero es posible argumentar que también era aplicable al propio Kennedy: tenía en común con Franklin D. Roosevelt que ambos eran simuladores muy aplicados. Todos los políticos deben poseer en alguna medida cierta habilidad teatral, pero JFK era mejor actor que la mayoría. Aunque su capacidad para escuchar fuera brillante, lo que explica en gran medida su éxito a la hora de agradar a personas de ambos sexos, David Halberstam lo caracterizaba como «casi británico en su estilo», debido a lo mucho que le disgustaba la exhibición de emociones genuinas y espontáneas, a la vez que daba un gran valor al hecho de comportarse con gracia bajo presión.31

Había una tensión crónica entre su apariencia exterior, vigorosa, abierta, y una realidad íntima de fragilidad y dolor, que su extravagancia priápica no contradecía. En una ocasión citó a Somerset Maugham: «No es cierto que el sufrimiento ennoblezca el carácter; la felicidad lo hace algunas veces, pero el sufrimiento, en su mayor parte, hace a los hombres mezquinos y vengativos».32Sin embargo, si ese pasaje tocaba una fibra sensible, lo cierto es que Kennedy ocultaba bien sus propias dolencias físicas y solía responder con irritación a cualquiera que le preguntara cómo se sentía.33Heredó de su padre, un hombre con una pésima reputación, casi gánster, una profunda crueldad y falta de sentimiento. Resulta

extraordinario que un padre tan desagradable, cuya virtud más visible residía en su saldo bancario, hubiera tenido hijos tan increíblemente bien parecidos. «No juguéis a menos que seáis el capitán», les aconsejaba el viejo Joe. «El segundo lugar es el fracaso.» Esta actitud contribuye a explicar el mediocre historial del futuro presidente durante sus años en el Congreso: en el Capitolio no era lo bastante importante como para dedicarse al trabajo con todo el empeño. Walter Lippmann fue uno de los críticos liberales que deploró que no se hubiera pronunciado en contra de la caza de brujas de McCarthy.34

Aunque parte de la mejor retórica de Kennedy versaba sobre la difícil situación de los menos afortunados, las políticas que impulsó desde la presidencia no evidencian una mayor preocupación práctica por resolver el problema. De su frialdad íntima dan testimonio sus obsesivos pero desapasionados acoplamientos sexuales: Mimi Beardsley, con la que tuvo una aventura cuando era becaria en la Casa Blanca, refiere de forma verosímil que nunca la besó en los labios. En palabras de alguien que lo conoció de cerca, «era amable con las personas, pero le tenían sin cuidado». Cuando «Red» Ray, un antiguo compañero de armas, le prestó veinte dólares, una cantidad importante para el exmarinero, este tuvo que escribirle dos veces para conseguir que le pagara.35Aunque parece apropiado juzgar la promiscuidad de Kennedy de acuerdo con los estándares de conducta masculina que consideraban tolerables sus contemporáneos (sus contemporáneos varones, por lo menos), en lugar de hacerlo según los criterios de nuestra época, resulta difícil no sentir cierto desprecio por un presidente con aspiraciones de gran estadista dedicado a forcejear con jovencitas en rincones discretos de la Casa Blanca, incluso en momentos de crisis.

Su capacidad para el amor, para la pasión de verdad y el sentimiento profundo, era pequeña. Durante la campaña de 1960, Norman Mailer escribió, en un artículo para la revista *Esquire*, que Kennedy era «misterioso»: el candidato poseía «la sabiduría de un hombre que siente la muerte dentro de sí y apuesta a que puede curarla arriesgando la vida». JFK no era un hombre como los demás, pero fingía serlo, y el hecho de que hiciera chistes contribuía a su fachada. Esa afición por las chanzas y las bromas era lo único que tenía en común con Nikita Jrushchov. En muchos

momentos críticos, incluidos los de octubre de 1962, el estadounidense cautivó a quienes lo rodeaban con sus demostraciones de ingenio.

En su libro *Perfiles de coraje*, Kennedy escribió: «Las grandes crisis producen grandes hombres». Son pocos los historiadores que coinciden con esa opinión. El mundo ha sido testigo de muchos acontecimientos tremendos con los que, por fuerza, han tenido que lidiar gobernantes sin brillo. En septiembre de 1962, antes de que estallara la tormenta de misiles cubanos, muchos observadores de la administración Kennedy creían que su mandato se había distinguido hasta entonces por el estilo, no por la sustancia. A pesar de todo el bombo publicitario de los medios liberales acerca de Camelot (el nombre del castillo del Rey Arturo, que se daba también de forma coloquial al entorno de JFK), los caballeros de la corte del presidente parecían tener una visión más clara de qué tipo de armadura deseaban lucir y de qué cimeras debían adornar sus cascos que de los enemigos a los que se proponían vencer. Frederic Fox, que había sido compañero de Kennedy en Princeton y había trabajado en la Casa Blanca de Eisenhower, aplaudió la atmósfera del nuevo gobierno, su «espontaneidad», pero luego añadió de manera un tanto ambigua: «Aunque en realidad no sé si eso es una virtud cuando estamos hablando de una nación de doscientos millones de personas».36

Kennedy estaba más interesado en la competencia global con la Unión Soviética, y con el comunismo en general, que en cualquier cosa que estuviera sucediendo en Estados Unidos. De hecho, solo en los últimos meses de su vida se comprometió de forma decisiva con la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos, a pesar de que Lyndon B. Johnson lo había estado presionando durante mucho tiempo para que como líder de la nación hiciera algo al respecto (y cuando finalmente actuó, lo hizo impulsado, lo que no deja de ser un tanto sorprendente, por la convicción de su hermano Robert de que la búsqueda de la igualdad racial se había convertido en una cuestión moral de vital importancia). Es difícil reconciliar los principios que declaraba defender con la petición que hiciera a Sammy Davis Jr. de que no asistiera a su baile de investidura en Washington, debido a que su matrimonio con la actriz sueca May Britt resultaba inaceptable para parte de la opinión pública, en un momento en que los enlaces interraciales seguían estando prohibidos en muchos

Estados. Asimismo, Kennedy declinó enfrentarse a sus adversarios recalcitrantes en el Congreso, que ya habían rechazado sus propuestas en materia de reforma fiscal, de infraestructuras, de apoyo al transporte público y de ayuda a los trabajadores inmigrantes. Su único éxito notable en el ámbito nacional fue plantar cara a los barones del acero del país cuando estos pretendieron aumentar los precios. «Gracias, señor presidente, / por todas las cosas que ha hecho», le cantó Marilyn Monroe en el Madison Square Garden. «Las batallas que ha ganado, / la forma en que lidió con la U. S. Steel / y con nuestros problemas por toneladas.»

En realidad, sin embargo, su conducta en el cargo, a diferencia de su retórica, no fue la de un radical. Más tarde, John Kenneth Galbraith describiría el desempeño de los liberales de la administración como él mismo como semejante al de unos «indios que de cuando en cuando dispararan flechas al campamento desde el exterior».[37]Muchos estadounidenses no olvidaban que, en su encarnación anterior como senador, Kennedy había sido descaradamente cínico al apoyar en el Congreso la adopción de una línea dura en política exterior, atacando al presidente Truman por la supuesta «pérdida de China» y cuestionando su decisión de relevar al general Douglas MacArthur durante la guerra de Corea. En mayo de 1961, tras los hechos de bahía de Cochinos, el gran diplomático Chester Bowles escribió en su diario: «La cuestión que más me preocupa de esta nueva administración es que carece de un genuino sentido de convicción acerca de lo que está bien y lo que está mal ... El fiasco cubano demuestra cuán lejos puede extraviarse un hombre tan brillante y bien intencionado como Kennedy cuando carece de un punto de referencia moral básico». Más tarde, cuando el presidente fue asesinado, Tom Brokaw, entonces reportero de una cadena de televisión de Omaha, se topó con un colega que al conocer la noticia del atentado le dijo: «Ya era hora de que alguien le diera al hijo de puta».[38]Esa, por supuesto, no era una opinión que compartieran muchos de sus compatriotas en esos días traumáticos, pero subraya el hecho de que quienes odiaban a Kennedy, como antes quienes odiaban a Lincoln y quienes odiaban a Roosevelt, hablaban en serio.

En el otoño de 1962, sin embargo, todo, absolutamente todo, estaba aún en juego.

3. MISILES NUCLEARES

En 1948, en la celebración del Día del Armisticio, el general Omar Bradley dijo: «Vivimos en una era de gigantes nucleares e infantes éticos, en un mundo que ha alcanzado la brillantez sin sabiduría y el poder sin consciencia».39La distinción entre los halcones y las palomas surgida durante la Guerra Fría es bastante conocida; menos sabido es que los analistas de la Universidad de Harvard identificaron más tarde un tercer grupo, al que caracterizaron como los «búhos»: aquellos que creían que «una guerra nuclear no sería el resultado de cálculos cuidadosos sino consecuencia de rutinas organizativas, fallos en el funcionamiento de las máquinas, o de las mentes, percepciones equivocadas, malentendidos y errores».40Hoy los búhos dominan el estudio historiográfico de la crisis de los misiles y, de hecho, de la Guerra Fría. A comienzos de la década de 1960, un búho prominente era el primer ministro británico Harold Macmillan; otro, John Fitzgerald Kennedy.

El presidente estadounidense manifestó haber quedado fascinado con *Los cañones de agosto*, de Barbara Tuchman, que leyó en julio de 1962, dieciocho meses después de asumir el cargo. En particular, le impresionó una conversación de julio de 1914 entre el káiser Guillermo II de Alemania y el jefe de su Estado Mayor, el general Helmuth von Moltke, «el oso triste». El interés de Kennedy es significativo en varios niveles. En primer lugar, porque merece la pena preguntarse cuántos otros presidentes modernos de Estados Unidos podrían haber leído una obra semejante: Barack Obama, sin duda; y George W. Bush, quizá; pero ciertamente no Ronald Reagan ni Donald Trump. Y casi con seguridad tampoco Nikita Jrushchov, incluso si se hubiera permitido a un historiador soviético abordar el tema con franqueza.41

Luego tenemos lo que cuenta Tuchman en ese capítulo. Hubo un momento en 1914 en el que el káiser entró en pánico ante la perspectiva de una guerra en dos frentes y le dijo a Moltke no era necesario invadir Francia antes de enfrentarse a los rusos. El general descartó la propuesta como una especulación ridícula: había un plan y ya se había puesto en marcha. Un millar de trenes ya avanzaban traqueteando rumbo al oeste: la suerte estaba echada. Kennedy decidió que durante su mandato no prevaleciera

semejante fatalismo. Citaba con frecuencia la conversación de dos alemanes prominentes que a finales de 1914 se cuestionaban sobre el estallido de la guerra. Uno le preguntaba al otro: «¿Cómo sucedió todo esto?». A lo que su interlocutor respondía: «Ah, si alguien lo supiera». Recordando ese intercambio, el presidente explicaba a sus asesores: «Si este planeta alguna vez se ve devastado por una guerra nuclear ... no quiero que uno de los supervivientes le pregunte a otro: “¿Cómo sucedió todo esto?”, y reciba como increíble respuesta: “Ah, si alguien lo supiera”». Esta observación contribuye en buena medida a explicar por qué en julio de 1962 Kennedy decidió instalar en secreto en la Casa Blanca las grabadoras que, tres meses después, le permitirían preservar las pruebas de lo que dijeron algunos de los principales actores de la crisis mientras el mundo se asomaba al borde del abismo.

Como la mayoría de las rivalidades internacionales, la competencia entre el Oeste capitalista y el Este comunista comenzó como un conflicto territorial en la estela de la segunda guerra mundial. Se convirtió en la confrontación más aterradora de la historia porque los estadounidenses, primero, y los rusos, cuatro años después, adquirieron los medios para alcanzar no la «victoria» sobre el otro, sino para destruir por completo a la humanidad. En un congreso celebrado en 1994, cuando ya había terminado la Guerra Fría, un antiguo director de la CIA, el almirante Stansfield Turner, concluyó horas de conversaciones sobre estrategia apuntando que, en retrospectiva, toda la discusión teológica acerca de la guerra nuclear había carecido de sentido. La realidad esencial era que ninguna de las partes llegó a tener alguna vez una posibilidad verosímil de destruir el arsenal nuclear de la otra sin correr el riesgo de sufrir represalias inaceptables. Y, además, ninguna había entendido de verdad los miedos, percepciones y motivaciones de la otra.

Washington consideraba por completo serias las renovadas amenazas de Jrushchov de bloquear el acceso de los occidentales a Berlín. En abril de 1961, en presencia del horrorizado primer ministro británico Harold Macmillan, los partidarios de la línea dura, como el exsecretario de Estado Dean Acheson, aconsejaron a Kennedy que si el líder comunista hacía algo así, Estados Unidos debía responder enviando una división acorazada a reabrir la autopista. Acheson opinaba que para los soviéticos Berlín no era

un agravio, sino un pretexto, que aprovechaban de forma cínica para poner a prueba la voluntad de resistencia de Occidente, y que, por tanto, era vital que siempre encontraran esa voluntad intacta. En Europa, los ejércitos de la OTAN se adiestraban y realizaban ejercicios sin cesar con el fin de estar preparados para repeler la temida invasión de las legiones del Pacto de Varsovia, pero en privado los comandantes reconocían que esa misión sería imposible sin el empleo de armas nucleares tácticas.

Rodric Braithwaite, que era el embajador del Reino Unido en la Unión Soviética en el momento de su disolución, ha escrito: «No hay pruebas de que los rusos hubieran esperado alguna vez anexarse Europa occidental por medios militares. Pero Stalin y Jrushchov sí abrigaban alguna esperanza de que la presión política y el chantaje les permitieran al menos neutralizar a Alemania Occidental».[42]Los historiadores que adoptan una perspectiva menos benévola suelen citar los planes para ataques sorpresa del Pacto de Varsovia, que preveían usar armas nucleares como punta de lanza; no obstante, estos autores parecen confundir las intenciones con el diseño de respuestas de contingencia a posibles escenarios, algo que hacen todas las fuerzas armadas. En mayo de 1945, Churchill pidió a sus jefes de Estado Mayor que formularan planes para la operación Impensable, un asalto de 42 divisiones estadounidenses y británicas, apoyadas por los restos de la Wehrmacht de Hitler, para liberar a Polonia del Ejército Rojo. Leer el expediente de «Impensable» en los Archivos Nacionales británicos es una experiencia fascinante, pero nadie cree en verdad que los Aliados occidentales hubieran tenido alguna vez la intención de llevar a cabo semejante operación.[43]Del mismo modo, los archivos del Pacto de Varsovia, o al menos los que están abiertos al escrutinio público, tampoco deberían llevarnos a deducir que los soviéticos tenían la intención de invadir Europa occidental. El sabio y sensato analista estadounidense Raymond Garthoff escribió en 1991: «El principal defecto del proceso de evaluación del adversario ... era la incapacidad de empatizar con el otro bando y visualizar sus intereses en términos distintos de los del adversario».[44]

Por otro lado, las noticias falsas no son una invención del siglo XXI. El 23 de enero de 1960 el periodista Joseph Alsop publicó la primera de una serie de seis columnas que tendrían una amplísima difusión, en las que alegaba

que la capacidad nuclear de la Unión Soviética aventajaba de forma decisiva a la de Estados Unidos. Esa tesis se basaba en parte en los argumentos presentados por el general Thomas Power, el jefe del Comando Aéreo Estratégico de la USAF, en unas declaraciones en las que contradecía las valoraciones, por lo demás precisas, con las que la administración Eisenhower reivindicaba la superioridad estadounidense en ese ámbito. El columnista sostenía que la Casa Blanca estaba jugando a la ruleta rusa con la seguridad de Estados Unidos y un número asombroso de sus compatriotas prefirió creerle a él antes que al presidente. Este descrédito de Eisenhower era por igual culpa de sus propios generales y de los imprudentes alardes de Jrushchov. El ruido de misiles de uno y otros terminaría incitando a Estados Unidos a desarrollar un programa de construcción de armas nucleares que superaba ampliamente los recursos de la Unión Soviética, así como cualquier evaluación sensata de sus necesidades en materia de seguridad.

Michael Howard, que en 1960 visitó las que entonces eran las principales instituciones intelectuales de carácter militar y estratégico de Estados Unidos, escribió luego: «Salvo por un pequeñísimo número de expertos, todos consideraban a la Unión Soviética una fuerza del mal cósmico cuya política e intenciones podían adivinarse sencillamente multiplicando el dogma de la ideología marxista por la capacidad militar soviética».[45]El historiador británico encontró poco apoyo para su propia opinión de que a los soviéticos había que verlos como *rusos*, «con temores y problemas propios, derivados de su pasado histórico y su debilidad actual». Se escandalizó al descubrir que en la Corporación RAND, el laboratorio de ideas patrocinado por la USAF, se discutía sobre cuánto tiempo sería necesario para reconstruir Los Ángeles después de una guerra nuclear: «No mucho, calculaban».[46]Y le consternó ver hasta qué punto la gente de la RAND parecía reducir el debate estratégico «a una contabilidad de armas nucleares».

Del célebre estratega Albert Wohlstetter escribió: «Su conjetura básica, compartida por tantos de sus compatriotas, era que la Unión Soviética estaba empeñada en conquistar el mundo con hostilidad insaciable y crueldad absoluta y correría cualquier riesgo para alcanzar sus objetivos ... [Wohlstetter] usó esto para convencerse a sí mismo y a todos los demás de

la vulnerabilidad de Estados Unidos a un ataque nuclear, vulnerabilidad que solo era posible superar mediante un enorme aumento en el gasto militar».47Howard, en cambio, se sintió alentado tras visitar la Universidad de Harvard y el MIT, donde se reunió con académicos encabezados por Henry Kissinger y Arthur Schlesinger, «quienes me parecieron personas profundamente humanas, que veían con un pavor bien fundado la guerra nuclear ... pero que también comprendían el problema del poder y desconfiaban tanto como yo de las terribles simplificaciones perpetradas por sus colegas californianos».48

En el invierno de 1960, Kennedy, convertido ya en presidente electo, autorizó a algunos de sus asesores científicos para asistir a la Conferencia Pugwash sobre desarme y seguridad mundial celebrada en Moscú, que terminó revelándose como una iniciativa desperdiciada: los soviéticos usaron la cita como una mera oportunidad propagandística y se negaron a debatir con seriedad cualquier cosa diferente de la fantasía de un desarme general y completo. Luego, en el otoño de 1961, habría un partido de vuelta en Estados Unidos. Algunos destacados científicos y académicos soviéticos asistieron a otra Conferencia Pugwash, en Stowe, Vermont, donde se agruparon desconcertados alrededor de los traductores, pues no se había previsto ofrecer traducción simultánea para los discursos en inglés. Después de una gira en autocar por Nueva Inglaterra, uno de los visitantes rusos le dijo con un suspiro a un estadounidense: «¡Qué afortunado eres de vivir en un país que nunca ha sido invadido!». La impresión más importante que se llevó Michael Howard del encuentro fue que había servido para subrayar que los rusos estaban «tan asustados de Occidente como nosotros de ellos».49Los europeos también se vieron obligados a reconocer que los rusos y los estadounidenses solo estaban interesados los unos en los otros. El Reino Unido envió a algunos de sus principales científicos y académicos a la conferencia, pero estos desventurados hombres tuvieron serias dificultades para asegurarse una audiencia. «Los estadounidenses se mostraron cortésmente desinteresados en cualquier cosa que pudiéramos decir», escribió Howard. «Nos gustara o no, vivíamos en un mundo bipolar.»50

Como reconoce un veterano agente del MI6, el servicio secreto británico, en esa época «había locos en ambos lados».51Ocho años antes de la crisis

de los misiles Syngman Rhee, el entonces presidente de Corea del Sur, una figura tan despiadada e imprudente como Castro, aunque en el bando occidental, instó al presidente Eisenhower a desplegar todo el poderío militar de Estados Unidos en apoyo de una cruzada mundial contra el comunismo.52En 1955, después de una prueba termonuclear soviética, el físico Andréi Sájarov le dijo al mariscal Mitrofán Nedelin, el jefe supremo del programa de misiles de la URSS, que sería una catástrofe para la humanidad que un arma así llegara a usarse alguna vez en un conflicto bélico. El militar respondió con una broma burda que significaba: ocúpese de sus propios asuntos, haga sus bombas y deje que nosotros decidamos cómo usarlas. Sájarov quedó horrorizado, pero la mentalidad de Nedelin reflejaba bien la de otros miembros de las fuerzas armadas en ambos bandos. Ya en 1957, el Comité Conjunto de Inteligencia británico anticipó una posible iniciativa soviética para enviar «voluntarios» a un país simpatizante fuera del Pacto de Varsovia, como habían hecho los chinos en la Corea del Norte devastada por la guerra en octubre de 1950. Los rusos «bien podrían sentir que sus políticas y prestigio sufrirían un duro golpe si no respondieran a una solicitud de ayuda ... poniendo armas nucleares a disposición de [una] potencia no comunista».53

Cuando Kennedy se embarcó en su búsqueda de la distensión, es decir, de una relación menos conflictiva con la Unión Soviética, intentó reiniciar la árida relación presidencial con Jrushchov. La Casa Blanca envió a Moscú varias señales intencionadamente positivas, como la abolición de la censura de las publicaciones rusas por parte de la oficina de correos de Estados Unidos. El 6 de febrero de 1961, McNamara reconoció que la supuesta «brecha de los misiles» con la Unión Soviética, una idea que él mismo había fomentado, era un mito. Con todo, el paso más importante fue la propuesta de Kennedy de celebrar una nueva cumbre en Viena, en junio de 1961, un encuentro reservado a él y el líder soviético.

Jrushchov aceptó. Antes de la reunión, Averell Harriman, un veterano diplomático con una inmensa experiencia en el Kremlin, advirtió al mandatario estadounidense que no se tomara demasiado en serio el inevitable histrionismo del ruso. Y al detenerse en París de camino a la reunión, De Gaulle le dijo que si Jrushchov hubiera querido una guerra para asegurarse el control de Berlín, «ya habría actuado». Asimismo le advirtió

de que soviético intentaría ponerlo a prueba: «Su trabajo, señor presidente, es asegurarse de que Jrushchov se convenza de que usted es un hombre dispuesto a luchar. Manténgase firme ... Aguante, no vacile, sea fuerte». Kennedy, sin embargo, todavía estaba deprimido por el fiasco de bahía de Cochinos, sucedido unas pocas semanas antes. Además, se veía obligado a tomar fuertes medicamentos tanto para la enfermedad de Addison como para los graves espasmos en la espalda que padecía.

Anastás Mikoyán, que con el título de primer vicepresidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética era, en efecto, el vice primer ministro del país, imploró a Jrushchov que, en lugar de tratar de intimidar a Kennedy, intentara entablar con él un diálogo constructivo. Fue una pérdida de tiempo y esfuerzo. El 4 de junio, tan pronto entró en la sala de conferencias, el líder soviético no buscó involucrar al estadounidense en negociaciones serias sobre temas como Berlín y las pruebas nucleares, que era lo que este quería, sino que lo sometió a diatribas de una violencia chabacana que su culto y privilegiado interlocutor no imaginaba que fuera posible en el ámbito de las relaciones internacionales. Jrushchov, que nunca reconocía los errores de su propio país ante un extranjero, interpretó las francas confesiones de Kennedy sobre los errores de la política estadounidense en Corea y Cuba como prueba de debilidad, y lanzó nuevas amenazas sobre Berlín.

Anatoli Dobrynin, entonces jefe de la sección estadounidense del Ministerio de Relaciones Exteriores, escribiría en sus memorias: «Cuando se discutieron todas estas cuestiones en las reuniones del Politburó, la posibilidad de una confrontación militar con Estados Unidos era algo en lo que a nadie se le ocurría siquiera pensar».54Al hacer tanto hincapié en la cuestión de Berlín en la cumbre de Viena, el objetivo de los soviéticos era, sencillamente, presionar tanto como fuera posible al joven presidente. El resultado fue «un miedo innecesario a que se desencadenara una guerra por Berlín que afectó la diplomacia estadounidense durante muchos años, empezando por el mismo Kennedy. La cuestión siguió pareciendo un detonador que ardía lentamente». Jrushchov «estaba comprometido con el proceso de paz, pero a menudo no lograba traducir ese compromiso en acuerdos concretos. Su improvisación, su inclinación a fanfarronear y su mal temperamento estaban envueltos en una ideología fortísima, y eso

contribuyó a que sus conversaciones con los mandatarios estadounidenses se convirtieran en disputas acaloradas sin resultados útiles».55

En las reuniones que mantuvieron en Viena, que comenzaron en la embajada de Estados Unidos en la ciudad, el líder soviético se comportó como si se tratara de pelear a gritos en un bar. Su estridencia dejó atónito a Kennedy: «¿Siempre es así?», le preguntó a Llewellyn Thompson, el formidable embajador de Estados Unidos en Moscú, un veterano con años de experiencia intentando lidiar con los rusos. «Sí», fue su respuesta. El presidente le dijo a Hugh Sidey, el corresponsal de la revista *Time*: «Nunca había conocido a un hombre así. Le hablé sobre cómo una guerra nuclear mataría a setenta millones de personas en diez minutos y él se limitó a mirarme como si pensara: “¿Y qué?”». Y al columnista James «Scotty» Reston, del *New York Times*, le describió la experiencia como la situación «más hostil» que había vivido: «Creo que fue por lo de bahía de Cochinos. Creo que pensó que cualquiera tan joven e inexperto como para meterse en ese fregado sería fácil de impresionar ... Así que me dio una paliza ... Ahora tengo un problema tremendo. Si piensa que soy inexperto y no tengo agallas, hasta que le saquemos esas ideas de la cabeza no iremos a ninguna parte con él. De modo que tenemos que actuar».56Dean Rusk se preguntó si Jrushchov estaba en sus cabales, una incertidumbre que por entonces compartían cada vez más miembros del Presídium. Según Kennedy, había una posibilidad entre cinco de que el conflicto de Berlín condujera a un Armagedón nuclear, lo que representaba una probabilidad altísima.

De regreso a Washington, el desconsolado presidente hizo una escala en Londres para comentar en privado lo ocurrido con Harold Macmillan. Después del encuentro el primer ministro se retorcería las manos considerando lo difícil que era gestionar las actitudes de Jrushchov y de los estadounidenses y anotaría en su diario íntimo: «El presidente parecía bastante aturdido o, mejor, desconcertado».57El líder británico agradeció la oportunidad de hablar de manera extraoficial con Kennedy sobre lo que, desde su punto de vista, era la realidad de la situación en Berlín, pues temía que si manifestaba sus propios recelos públicamente, «los estadounidenses pensarán que somos “gallinas” y los franceses y alemanes (que hablan “recio”, pero no tienen intención de *hacer* nada por Berlín) podrían

relegarnos ... Pero sin duda en lo que respecta a Rusia las perspectivas son bastante sombrías».

A su regreso de Viena, Jrushchov manifestó ante sus colegas del Kremlin el desprecio que le inspiraba el nuevo mandatario estadounidense: «Comparado con él, Eisenhower era un hombre inteligente y visionario». El líder soviético procedió a anunciar al mundo un nuevo ultimátum de seis meses para la retirada militar occidental de Berlín, la ciudad rehén de Alemania Oriental. En respuesta, John F. Kennedy adoptó una serie de medidas diseñadas para mostrar que Estados Unidos estaba dispuesto a enfrentarse militarmente con los soviéticos. El presidente dijo: «El incumplimiento de nuestros compromisos en Berlín significará la destrucción de la OTAN y poner en peligro al mundo entero. Es toda Europa la que está en juego en Berlín Oeste».

El 25 de julio de 1961, el presidente se dirigió al pueblo estadounidense para pronunciar uno de sus discursos más importantes tras la cumbre de Viena. En él hizo hincapié en que el mundo no tenía por qué hacer una cruda elección entre la humillación y la guerra nuclear. Para promover una ampliación de las opciones —reflejada en el anuncio de Robert McNamara de que una nueva doctrina de «respuesta flexible» reemplazaría la previa doctrina de la «represalia [nuclear] masiva»—, invitaría al Congreso a elevar el presupuesto de defensa en 3.250 millones de dólares, en su mayoría destinados a armamentos convencionales. Anunció la convocatoria de 150.000 reservistas y miembros de la Guardia Nacional, junto con una espectacular expansión del conjunto de las fuerzas armadas triplicando los llamados a filas, extendiendo los períodos de servicio y reforzando los ejércitos con trescientos mil efectivos, de los que cuarenta mil fortalecerían la presencia estadounidense en Europa. Asimismo, declaró que Estados Unidos mantendría su compromiso con los dos millones de ciudadanos libres de Berlín: la ciudad alemana seguía siendo ese «gran lugar en el que se someten a prueba el coraje y la voluntad occidentales».

Con todo, en el discurso del presidente la moderación resultó tan llamativa como su expresión de determinación, pues reconoció que el Kremlin se encontraba bajo una enorme presión por parte de Alemania Oriental, que quería poner fin a la avalancha de refugiados que huían rumbo al oeste. Se

calculaba que desde 1949 se habían expatriado unos dos millones y medio de personas, el 20 % de la población del país. De hecho, en la primera mitad de 1961, escaparon a Occidente más de cien mil alemanes orientales; solo en junio, quienes habían buscado refugio en Berlín Oeste eran cerca de veinte mil (y otros 26.000 los seguirían en julio). Jrushchov invitó a John J. McCloy, el asesor de Kennedy en materia de desarme, a visitarlo en su dacha de Sochi los días 26 y 27 de julio. El estadounidense se cuidó de perder al tenis con su anfitrión y escuchar su diatriba sobre Berlín. Un mes después, según su propio testimonio, el líder soviético visitó en secreto la ciudad, que recorrió sin bajarse del coche.58Aunque no estaba en absoluto dispuesto a luchar por ella, le hería profundamente la humillación que en cuanto bastión de la libertad —y ruta de escape del imperio soviético— la antigua capital alemana infligía no solo a Alemania Oriental, sino también a la imagen global del socialismo.

Jrushchov estaba lidiando con problemas en dos frentes: la apuesta cada vez más explícita de Mao Zedong por el liderazgo del mundo comunista y las clamorosas demandas del gobierno de Alemania Oriental, encabezado por Walter Ulbricht, que además de dinero, le pedía que hiciera algo para detener la huida de trabajadores cualificados a Occidente. Desde hacía muchos meses, los servicios de inteligencia occidentales habían advertido de que los comunistas buscarían establecer una barrera física en Berlín, no para mantener alejados a los capitalistas, sino para garantizar el cautiverio de su propio pueblo. En el verano de 1961 esa posibilidad se hizo realidad. En la noche del 12 al 13 de agosto, con la autorización de Jrushchov, los alemanes orientales comenzaron a poner una barrera de alambre de espino, detrás de la cual construirían el Muro de Berlín, la manifestación física más grotesca del «telón de acero» y, de hecho, de la Guerra Fría.

El mundo quedó atónito. El presidente Kennedy podía prometer que defendería la libertad de los ciudadanos de Berlín Oeste, pero no que iría a la guerra para favorecer a los alemanes orientales que querían huir del país. Estados Unidos reforzó la guarnición de Berlín Occidental enviando 1.500 soldados adicionales por vía terrestre, pero no fue más allá de ese gesto. De hecho, JFK optó por mantener la calma y actuar con prudencia: «Esta es una forma de salir del aprieto [en que se encontraba Jrushchov]. No es una solución muy agradable, pero un muro es muchísimo mejor que una

guerra».[59]Sin embargo, Harold Macmillan no acababa de convencerse de que el dictamen del mandatario estadounidense fuera acertado. Escribió en su diario: «Los estadounidenses están muy alborotados, la situación es tensa y puede tornarse peligrosa ... Todavía tengo la impresión de que, desde el punto de vista de Jrushchov, la situación interna de Alemania Oriental estaba comenzando a desmoronarse y había que hacer algo al respecto. Sin embargo, también creo que no quiere crear una situación que pueda desencadenar la guerra. El peligro es, por supuesto, que con ambas partes faroleando, un error puede conducir al desastre».[60]El primer ministro británico consideró ridículos los enfrentamientos teatrales, con todas las armas cargadas, entre tropas soviéticas y estadounidenses que se produjeron luego en Berlín, en especial alrededor del conocido como «Punto de control Charlie», y así se lo dijo a Kennedy. Pero los votantes estadounidenses y el amor propio de Jrushchov no se hubieran contentado con menos.

En cuanto a las relaciones públicas, el Muro de Berlín fue un desastre para la Unión Soviética, pero algunos occidentales vieron en su construcción una escalada que, temían, quizá presagiaba el ataque en toda regla con el que Jrushchov solía amenazar a Occidente. «Somos los amos de Berlín», escribió con suficiencia en su diario el general soviético Gennadi Obáturov. «Berlín está perjudicando a Estados Unidos más de lo que nos está perjudicando a nosotros. Tenemos a Kennedy por los huevos y podemos tirar en cualquier momento. Justo eso es lo que tenemos que hacer; y no soltarlo mientras lo necesitemos.»[61]En 1999, se le preguntó a Oleg Troianovski por qué, si el muro de verdad había resuelto la crisis de Berlín, Jrushchov continuó machacando con el tema. El diplomático se encogió de hombros: «Tenía que machacar algo. A fin de cuentas, estaba librándose una Guerra Fría».[62]Tal argumento tiene cierta lógica dada la incesante presión a la que estaba sometido Jrushchov, obligado a defenderse de los halcones del Kremlin, del gobierno de Alemania Oriental y de Mao Zedong. Sin embargo, no respalda precisamente las declaraciones que más tarde haría el mismo Troianovski, entre otros testigos, sobre el deseo de Jrushchov de promover la distensión con Occidente y alejar al mundo del borde de la catástrofe.

A lo largo de todo ese período, el vasto arsenal nuclear de Estados Unidos estuvo listo para la guerra. Su superioridad estratégica sobre la Unión Soviética, en cuanto a las armas que podían alcanzar su destino, era del orden de 17 a 1. Durante la presidencia de Eisenhower se había desarrollado el Plan Operacional Integrado Simple (conocido, por sus siglas en inglés, como SIOP-62), que preveía el lanzamiento de 3.200 ojivas nucleares contra diversos objetivos en la URSS, China y sus países aliados pocos minutos después de que el mandatario estadounidense diera la orden. El Estado Mayor Conjunto calculaba que un ataque semejante acabaría con la vida de entre 360 y 450 millones de personas. Eisenhower había pedido que se refinaran los planes de guerra para garantizar la completa aniquilación de los rusos en consonancia con la estrategia de la «represalia masiva», que seguía siendo la doctrina de las fuerzas armadas estadounidenses cuando Kennedy asumió la presidencia (el SIOP, de hecho, no se convirtió en política operativa hasta abril de 1961). El nuevo presidente pidió a los jefes del Departamento de Defensa un cálculo actualizado de las posibles muertes en caso de una confrontación nuclear. El general Curtis LeMay, de la USAF, dijo que un primer ataque ruso podría matar a sesenta millones. Harold Brown, el director de investigación del Departamento de Defensa, aclaró que incluso si Estados Unidos lanzaba sus misiles primero, entre veinte y treinta millones de estadounidenses morirían como consecuencia del ineludible contraataque soviético.

Un nuevo plan, el SIOP-63, preparado en 1961-1962 bajo la dirección de Robert McNamara, introdujo un abanico de opciones y pausas de negociación en caso de guerra termonuclear. Este menú incluía la posibilidad de un ataque preventivo en respuesta a la advertencia inequívoca de que la agresión soviética era inminente. El nuevo concepto estratégico de Estados Unidos se hizo público y los rusos decidieron que McNamara buscaba crear las condiciones para la victoria militar disparando primero. Como acabaría comprendiendo mucho más tarde el secretario de Defensa, los rusos «no conseguían interpretar nuestras intenciones con mayor precisión que nosotros al interpretar las suyas».[63]La Academia Militar del Estado Mayor de la Unión Soviética enseñó a sus alumnos que «en una guerra nuclear no habrá ganador ni perdedor. Sin

embargo, la política estratégica soviética es que la victoria pertenecerá a los países socialistas porque su objetivo en la guerra es justo, su población tiene una moral más alta, su sistema económico nacional es mejor y al frente de los gobiernos socialistas hay personas trabajadoras que son miembros del Partido Marxista-Leninista».64En medio de la incoherencia institucional del sistema soviético, la casta militar ocultaba gran parte de su pensamiento incluso al Kremlin.

Robert McNamara no estaba más capacitado que cualquier otro para idear una estrategia nuclear coherente y racional por una sencilla razón: esa estrategia no existe. Rodric Braithwaite, el embajador británico en Moscú entre 1988 y 1992, un observador excepcionalmente sabio y bien informado, ha escrito: «La grandiosa estrategia estadounidense partía de la premisa de que la Unión Soviética era en esencia malvada, una potencia agresiva y expansionista sin descanso que pretendía imponer su filosofía al resto del mundo por medios pacíficos si era posible, pero también por la fuerza, si era necesario. Semejante tesis no se sustentaba en ninguna prueba tangible».65

Los rusos veían con desdén el discurso estadounidense acerca de la «escalada controlada» o la «represalia masiva», pues pensaban que las sutilezas y matices de la estrategia nuclear eran poco realistas, algo en lo que casi con certeza tenían razón. Hablaban de una futura «victoria» solo porque creían que era fundamental emplear ese lenguaje para convencer a los estadounidenses de que ellos mismos no se amilanarían a la hora de un conflicto nuclear. Todo el pensamiento estratégico soviético estaba marcado por el inquietante recuerdo de junio de 1941, cuando la operación Barbarroja de Hitler propinó a Rusia una sorpresa devastadora, que estuvo a punto de resultar letal. Quienes formaban la cúpula política y militar de la Unión Soviética en 1962 habían conocido de cerca ese trauma histórico y se habían prometido que su país nunca más volvería a ser pillado desprevenido.

En abril de 1954, en el contexto de la lucha por el poder que siguió a la muerte de Stalin, Jrushchov atacó a Malenkov durante una reunión del Comité Central y le acusó de derrotista, después de que este afirmara que no había defensa práctica contra un ataque nuclear y que una guerra con

armas de ese tipo podía acabar con toda la vida en el planeta. No obstante, una vez que el dirigente soviético consiguió apartar a su rival a codazos, abrazó la tesis que antes había criticado. Así, en julio de 1955, después de reunirse con Eisenhower en Ginebra, concluyó que «nuestros enemigos nos temen tanto como nosotros les tememos». En 1960, la revista *Kommunist*, una publicación oficial del Partido Comunista soviético, descartó la idea de que la guerra nuclear pudiera ser un medio para impulsar el triunfo del socialismo.

Sin embargo, con independencia de la sensata convicción de que la guerra nuclear debía evitarse a toda costa que los líderes de ambos bloques abrigaban en privado, dada la publicidad y el sensacionalismo implacables con que se abordaban los posibles escenarios nucleares (tanto fácticos como ficticios, con o sin sustento científico), difícilmente resulta sorprendente que cientos de millones de personas normales y corrientes vivieran con miedo. En 1957, el novelista Nevil Shute publicó *La hora final*, una historia de terror futurista ambientada en 1963 sobre la extinción de la humanidad tras un conflicto nuclear. La versión cinematográfica, protagonizada por Gregory Peck y Ava Gardner, se estrenó en 1959 y atrajo a vastas audiencias. Entre 1961 y 1962, Estados Unidos y la Unión Soviética probaron más de doscientas armas nucleares. La portada del 15 de septiembre de 1961 de la revista *Life* presentaba una figura ataviada con un traje antirradiación; bajo un titular que rezaba «Cómo SOBREVIVIR A LA LLUVIA RADIACTIVA», el subtítulo prometía: «97 de cada 100 personas podrían salvarse ... Planos detallados para la construcción de refugios...». El gran físico Edward Teller presionó a Kennedy para que impulsara un programa de protección civil con un presupuesto de 50.000 millones de dólares.

En octubre de 1961, Roswell Gilpatric, el segundo de McNamara en el Departamento de Defensa, que había sido elegido a dedo por Kennedy para el cargo, pronunció un discurso redactado de forma cuidadosa para subrayar que los estadounidenses conocían la debilidad de la Unión Soviética. Según dijo, el arsenal de Estados Unidos era tan vasto que, incluso después de recibir un primer ataque nuclear a gran escala, «estaríamos en condiciones de lanzar un segundo ataque como mínimo tan amplio como el primer ataque ruso. Por tanto, confiamos en que los

soviéticos no provoquen un gran conflicto nuclear». Esto hizo oficial la verdad sobre la brecha de misiles: existía una brecha de misiles, sí, pero esta favorecía de forma drástica a Estados Unidos.

A pesar de que quienes estaban en el poder creían que Jrushchov no correría el riesgo de lanzar un ataque que casi con seguridad destruiría por completo la URSS, tanto Estados Unidos como sus aliados sentían la obligación de continuar preparándose para lo peor, tanto porque sus pueblos lo exigían como porque la estabilidad e incluso la cordura del líder comunista parecían estar en duda. Después de una reunión de alto secreto celebrada ese otoño, el primer ministro británico, Harold Macmillan, aprobó el protocolo de las represalias contra la Unión Soviética, que había de ser implementado por la propia flota de bombarderos nucleares de la RAF, previa autorización de otros de los principales ministros (en caso de que él mismo fuera incinerado por un ataque por sorpresa ruso). Nunca falto de ingenio mordaz, en octubre redactó en la Oficina del Gabinete una minuta nombrando a los veteranos colegas que ejercerían la autoridad después de su vaporización: «Estoy de acuerdo con lo siguiente: primer sepulturero ... señor [Rab] Butler. Segundo sepulturero ... señor [Selwyn] Lloyd».66En esa era anterior a los teléfonos móviles, se creó una bizarra maquinaria de comunicaciones que seguiría existiendo hasta 1970; entre otras medidas, estipulaba que, en caso de que se recibiera un aviso de ataque inminente mientras el primer ministro se encontraba en su coche, las autoridades se apropiarían del sistema de socorro radial de la Asociación Automovilística para alertar al conductor del primer ministro, que de inmediato se detendría en la cabina de teléfono más cercana para llamar a Downing Street. En un último retoque satírico, se propuso que se proporcionara a todos los conductores de Downing Street los cuatro peniques que necesitaría el mandatario para realizar la llamada en esa eventualidad.67

Semejante planificación reflejaba el desajuste entre el amenazador espectro del fin del mundo y las patéticas medidas disponibles para mitigar sus consecuencias. Los británicos se enorgullecían de profesar un desolador realismo. En contra de lo que ocurría con alguna opinión informada en Estados Unidos, prácticamente todos en Westminster o en Whitehall, desde el primer ministro para abajo, creían en privado que nada que mereciera la

pena salvar sobreviviría a una confrontación nuclear, y mucho menos ellos mismos. Una gobernanza responsable exigía que se tomaran medidas para situaciones de emergencia, entre las que se incluyó la construcción de Burlington, un gran búnker subterráneo cerca de Corsham, en Wiltshire, que debía servir como cuartel general del gobierno en caso de guerra con la Unión Soviética. Con todo, nadie en las altas esferas se preocupó por garantizar que, llegado el momento, las sábanas estuvieran aireadas.

Entre tanto, en Washington, los representantes más destacados de la «nueva frontera» consideraban que el pragmatismo era la virtud suprema, tanto en materia de armas nucleares como en cualquier otro tema. Por eso McNamara había fomentado la idea de la inexistente brecha de misiles con la Unión Soviética: porque resultaba eficaz en el Capitolio. Casi toda la plana mayor de la administración Kennedy reconocía que negociar con Rusia alguna reducción mutua del armamento nuclear era de interés para todos. Sin embargo, nadie hizo mucho por avanzar en esa dirección porque la política iba en sentido contrario. En agosto de 1962, Kennedy preguntó si era posible retirar los misiles Júpiter armados con cabezas nucleares que se encontraban desplegados en Turquía desde 1959, pues se le había dicho que estaban obsoletos y no contribuían en nada a la seguridad de Occidente. No obstante, al final se tomó la decisión de dejar los quince dispositivos de lanzamiento en su lugar, debido al impacto que su eliminación podía tener sobre la confianza de los aliados, en especial los turcos.

Fue así como los tres líderes y sus naciones marcharon hacia la fatídica cita en el Caribe, arrastrando consigo a desventurados aliados como los británicos. A Fidel Castro lo impulsaba el anhelo de proporcionar a su pequeño país una celebridad y una importancia a las que solo era posible aspirar fomentando el sensacionalismo e incluso la indignación. Nikita Jrushchov no abrigaba ningún deseo de ir a la guerra, pero no tenía inconveniente en amenazar con ella para reivindicar el derecho de la Unión Soviética a ser considerada en el escenario mundial como una potencia igual a Estados Unidos. Su conducta representaba lo contrario de la habilidad política, pero cabe interpretarla como el fruto amargo de la

experiencia rusa desde 1917, o quizá, incluso, desde mucho antes. Es probable que el líder soviético fuera consciente de que tenía pocas posibilidades de asegurarse el amor de su pueblo, por no mencionar el de sus colegas del Presídium. Sin embargo, necesitaba al menos su respeto, que buscó presentándose como el abanderado de la grandeza rusa y la revolución socialista. No obstante, por desgracia para la causa de la paz, semejante exhibición alarmó en extremo a las naciones occidentales y en especial a los estadounidenses.

John Fitzgerald Kennedy fue uno de los hombres más cultivados que hayan ocupado la presidencia de Estados Unidos. Pero su inclinación a la moderación y la transigencia, fomentada por su sofisticación y experiencia internacional, chocaba con la visión del mundo conservadora de muchos de sus compatriotas, una parte sustancial de los cuales quería que Estados Unidos proyectara una imagen más fuerte. Mientras que al tomar decisiones de política exterior Jrushchov rara vez se vio obligado a considerar una opinión distinta de la de la élite política rusa, Kennedy nunca pudo descuidar a la opinión pública estadounidense. Como el resto de su mandato, la gestión de la crisis que se avecinaba se caracterizaría por una tensión entre su racionalidad íntima y la determinación de que la nación le viera comportarse de un modo que no perjudicara sus perspectivas de reelección en 1964. El aspecto más aterrador de todo esto es que no pocos estadounidenses, en especial aquellos que vestían uniformes con estrellas en los hombros, tenían menos miedo a la guerra que el resto del planeta.



UNCLASSIFIED SENSITIVE

OFFICE OF THE SECRETARY OF DEFENSE
WASHINGTON 25, D.C.

20 February 1962

EYES ONLY

EYES ONLY OF ADDRESSEES

FROM: Brig. Gen. Lansdale SIGNED

SUBJECT: The Cuba Project

Transmitted herewith is the projection of actions to help Cubans recapture their freedom. This total plan is EYES ONLY. The lives of many brave people depend on the security of this paper entrusted to you. Any inference that this plan exists could place the President of the United States in a most damaging position.

This is a specific plan, with time phases. It responds to the request of the Special Group (5412) for such a paper. I urge that this paper not be made known, in this complete form, beyond yourself and those named as addressees.

The Attorney General
Special Group: General Taylor
State: Secretary Rusk, Alexis Johnson, Richard Goodwin
Defense: Secretary McNamara, Deputy Secretary Gilpatric, Brig. Gen. Craig Gen. Lemnitzer
CIA: John McCone, Richard Helms, William Harvey
USIA: Ed Murrow, Don Wilson

PREVIOUSLY Declassified/Released on 12-28-88 (F85-421) under provisions of E.O. 12356 by N. Menan, National Security Council

UNCLASSIFIED SENSITIVE

Diez meses después del fracaso de bahía de Cochinos, la administración Kennedy todavía estaba comprometida con la «liberación» de Cuba, una misión secreta de la que, como evidencia la lista de destinatarios de este memorando, fueron cómplices los «mejores y más brillantes».

ALTO SECRETO DESCLASIFICADO / SENSIBLE
Despacho del secretario de Defensa
Washington 25, D. C.

20 de febrero de 1962

CONFIDENCIAL

Solo para consideración de los destinatarios

De: general de brigada Lansdale

Asunto: El proyecto Cuba

Se transmiten aquí las acciones proyectadas para ayudar a los cubanos a recuperar su libertad. Todo este plan es CONFIDENCIAL. La vida de muchos valientes depende de la seguridad de este documento que se le confía. Cualquier indicio de la existencia de este plan podría situar al presidente de Estados Unidos en una posición en extremo perjudicial.

Este es un plan específico, con fases temporales. Responde a la solicitud de tal documento por parte del Grupo Especial (5412). Insisto en que este documento no se dé a conocer, en esta forma completa, más allá de usted y de aquellos mencionados como destinatarios.

El fiscal general

Grupo Especial: general Taylor

Estado: secretario Rusk, Alexis Johnson, Richard Goodwin

Defensa: secretario McNamara, subsecretario Gilpatric, general de brigada Craig General Lemnitzer

CIA: John McCone, Richard Helms, William Harvey

USIA: Ed Murrow, Don Wilson

4

El gambito rojo: la operación Anádir

Nikita Jrushchov era un oportunista. El líder soviético justificó algunas de sus apuestas más peligrosas citando a Lenin, que a su vez citaba a Napoleón: *On s'engage et puis on voit* («Uno se lanza al combate y después ya ve qué hacer»). En 1961, durante una de las diversas crisis de Berlín que los ultimátums comunistas precipitaban, Serguéi Jrushchov le preguntó a su padre con nerviosismo qué pasaría si los estadounidenses no cedían. Los temores del joven hicieron reír al mandatario: nadie, le aseguró, iba a empezar una guerra por la antigua capital alemana. Pero ¿qué ocurrirá si Occidente rechaza el plazo de seis meses que le ha dado Moscú? Ya veremos, respondió Jrushchov: «Esperaba darles un buen susto y de ese modo conseguir que aceptaran negociar». El joven inquirió con insistencia: pero ¿qué pasa si las negociaciones fracasan? «Entonces intentaremos otra cosa. Algo surgirá.»[1]En política exterior, lanzarse al ruedo sin detenerse a considerar cómo salir de él con frecuencia resulta desastroso. Y eso fue precisamente lo que hizo el líder soviético cuando, a fines de la primavera de 1962, informó a sus camaradas del Presídium de que se proponía desplegar armas nucleares en Cuba.

Cuando Castro asumió el poder más de tres años atrás, el Kremlin no estaba seguro de hasta dónde debía apoyarlo. La actitud inicial de los soviéticos fue de cautela: temían que si se metían a jugar a la guerra en el patio trasero de Estados Unidos pudieran desencadenar una reacción extravagante en Washington. Además, el mismo Castro prefirió en un comienzo una relación distante: en febrero de 1959 el agente de la KGB Aleksandr Alekseev solicitó un visado como corresponsal de la agencia de noticias TASS, pero no se le concedió hasta agosto. Por otro lado, Moscú también había descartado proporcionar a los cubanos ayuda militar. Sin embargo, después de su visita a Estados Unidos de septiembre de 1959, Jrushchov, con su impulsividad característica, cambió de rumbo y la URSS empezó a enviar armas a Castro, de quien los rusos todavía sabían muy poco.

En febrero de 1960 envió a La Habana a su vice primer ministro Anastás Mikoyán («ese zorro astuto del Este», en palabras del líder) en una visita exploratoria. Armenio, de sesenta y seis años, a Mikoyán difícilmente podría describírsele como un abanderado de las causas humanitarias, ya que tenía un historial manchado de sangre. Había sido, por ejemplo, uno de los firmantes, junto con Stalin, de la orden que en 1941 aprobó que se masacrara en secreto a más de veinte mil oficiales e intelectuales polacos en el bosque de Katyn. Asimismo, como representante del Kremlin en Hungría, había desempeñado un papel clave durante la represión de la insurrección de 1956. Con todo, era un personaje más sensible y sofisticado que la mayoría de los miembros del Presídium. En lo que parecería una anécdota casi satírica, durante su período como comisario del pueblo para la Industria Alimentaria, prestó su nombre y autoridad a un manual de cocina de gran éxito, *El libro de la comida sana y sabrosa*, parte de una campaña para elevar los estándares domésticos socialistas. Su habilidad para la supervivencia política era legendaria: un funcionario lo caracterizó, con una mezcla de respeto y desdén, como el único hombre capaz de caminar por la plaza Roja bajo la lluvia sin mojarse.

Cuando la delegación soviética llegó a La Habana, incluso los barbudos de Castro se sintieron avergonzados ante el desastre logístico con el que se recibió a esos hombres ataviados con trajes lúgubres. «El viaje de Mikoyán fue un desastre porque no estábamos en absoluto preparados para atender a un visitante de semejante eminencia», reconocería más tarde Manuel Yepe, que gracias a la fidelidad a la Revolución que había demostrado previamente como estudiante se había convertido a los veintitrés años en director de protocolo en la Cancillería cubana. El joven diplomático había tenido un mal estreno como maestro de ceremonias unas semanas antes, cuando el nuevo embajador checo aterrizó en la capital cubana. Una banda local había ensayado para darle la bienvenida tocando su himno nacional. Por desgracia, los músicos se confundieron y en su lugar interpretaron el himno de Yugoslavia, un país con el que los miembros del Pacto de Varsovia mantenían una relación glacial.

En cuanto a Mikoyán, a pesar del caos que caracterizó los compromisos públicos de la visita, en privado quedó tan fascinado con Fidel como muchos otros de los que lo conocieron. El embrión de dictador le confesó

que había sido marxista desde sus días de estudiante, si bien en secreto. Es casi seguro que Castro deslizó esa información autobiográfica solo porque le pareció indispensable para hacer amigos en Moscú. Habiendo peleado con Estados Unidos de una manera irreparable salvo que renunciara a la Revolución, Castro necesitaba el respaldo de otra superpotencia. Dado que la China de Mao estaba aún lejos de serlo, la Unión Soviética era, en realidad, la única alternativa a la vista.

Mikoyán estaba encantado. El exuberante radicalismo del líder cubano despertó en él recuerdos felices de 1917. Terminada la segunda guerra mundial, Stalin había abrigado la esperanza ingenua de que el ideal comunista acabaría cautivando la imaginación del pueblo alemán y, de forma explícita, que los alemanes occidentales acudirían en manada a establecerse en la república socialista del este. Lo que había sucedido era exactamente lo contrario, con lo que el sueño soviético de unir sin reservas a Alemania bajo la bandera roja se derrumbó. Esto explica en gran medida el entusiasmo de los rusos por sus nuevos amigos en el Caribe. El visitante regresó a Moscú e informó de que Fidel era un auténtico revolucionario, alguien «por completo como nosotros». Mikoyán le diría más tarde a Dean Rusk: «Ustedes, los estadounidenses, tienen que entender lo que Cuba significa para nosotros, los viejos bolcheviques. Llevamos toda la vida esperando que un país se vuelva comunista sin el Ejército Rojo. Eso ... ¡hace que nos sintamos jóvenes de nuevo!».2Y no cabe duda de que había algo juvenil en el comportamiento de los revolucionarios y, en especial, en el de Fidel: impulsivo, desmedido, cruel, ególatra, impermeable a la moderación y los consejos no solicitados. De hecho, Jrushchov señaló en privado que consideraba prematuras las declaraciones del líder cubano sobre su compromiso con el comunismo. No obstante, la Unión Soviética firmó con Cuba un acuerdo comercial que otorgaba al pequeño país en bancarrota un préstamo de cien millones de dólares.

En la isla, algunos revolucionarios quedaron consternados ante lo que percibían como una traición al estatus no alineado de su país. Uno de ellos fue Max Lesnik, que luego huiría a Miami en un pequeño bote; ello, sin embargo, no le impidió sostener años después que «Fidel tenía toda la razón ... y yo estaba equivocado. Si hubiésemos hecho lo que yo quería, es decir, mantener a Cuba alejada de una alianza con la Unión Soviética,

Washington habría aniquilado la Revolución».[3]Es indudable que Fidel no habría podido conservar el poder en Cuba durante más de medio siglo sin esos dos factores: el apoyo de Rusia (al menos hasta el final de la Guerra Fría) y la hostilidad de Estados Unidos. En la década de 1960, encontró a los amigos y los enemigos perfectos para el espíritu de la época. En América Central y América del Sur, decenas de millones de personas que sufrían la opresión de regímenes dictatoriales patrocinados por Estados Unidos abrazaron la leyenda de Castro como guerrillero supremo y, llegado el momento, llorarían a su camarada el Che Guevara como el mayor mártir de la lucha por la libertad.

Los rusos se comprometieron a armar a las fuerzas de Castro. En junio de 1960, en un encuentro con maestros de escuela de la URSS, Jrushchov dijo: «Si las fuerzas agresivas del Pentágono se atreven a lanzar una intervención contra Cuba, los artilleros soviéticos podrían, en caso de ser necesario, apoyar al pueblo cubano con sus obuses».[4]El líder comunista visitó Nueva York para pronunciar en la sede de Naciones Unidas el que sería su discurso más tristemente célebre; Castro llegó para hacer lo mismo. En un ataque de rabia, el cubano abandonó el Hotel Shelburne de la avenida Lexington, para instalarse en el ruinoso Hotel Theresa en Harlem. El traslado fue un paso inspirado en unas relaciones públicas proletarias y con rapidez se vio correspondido por un gesto espontáneo de Jrushchov. El primer ministro soviético afligió tanto a la policía de Nueva York como a los miembros de su propio equipo de seguridad al correr a encontrarse con su homólogo caribeño.

«Castro nos esperaba en la entrada», escribió el ruso en sus memorias. «Sus ojos brillaban con amabilidad hacia sus amigos. Nos saludamos abrazándonos mutuamente ... Se inclinó y me envolvió con todo su cuerpo. Si bien soy bastante ancho, él tampoco era tan delgado.»[5]Incluso Jrushchov se sorprendió ante la miseria y, de hecho, el hedor del hotel elegido por Castro, pero su encuentro se convirtió en una demostración de amor, que continuó al día siguiente con un abrazo público en la ONU. La impulsiva visita le pareció a Mikoyán «brillante»: su camarada, opinaba, «era muy bueno para ese tipo de cosas».[6]El lenguaje corporal desplegado por Castro y Jrushchov fue extraordinario. El cubano medía más de metro noventa, el achaparrado ruso apenas metro sesenta, pero se abrazaron con fuerza —en

esos primeros días llenos de ilusiones de la relación— con una calidez que era casi familiar.

A partir de entonces, el dirigente soviético sucumbió a uno de esos accesos de excitación romántica a los que era propenso. Se convenció a sí mismo de que los cubanos, su líder y su revolución estaban desafiando el poderío estadounidense con autenticidad, nobleza y valentía, y él tenía la obligación de respaldar ese desafío hasta el final. El Kremlin inundó la URSS con una avalancha de propaganda en la que se exaltaba la virtud y romanticismo de los nuevos mejores amigos del pueblo ruso. El hijo de Jrushchov, Serguéi, contaba que los cubanos «se convirtieron en los héroes de la mayoría de los soviéticos y en particular de la juventud del país, personas que hasta entonces no sabían nada de Cuba veían ahora con admiración a esos jóvenes que luchaban contra el imperialismo estadounidense».[7] La adolescente Galina Artemieva se describe a sí misma «fascinada por Cuba y su revolución. Aquí estaban, los apuestos jóvenes barbudos ... Nuestro país, grande y rico, estaba ayudando a todos esos nuevos países».[8]

«Para el ciudadano soviético», escriben dos historiadores rusos a propósito de esos días embriagadores, «los viajes espaciales eran un símbolo de la libertad alcanzada. Se habían denunciado los crímenes de Stalin, se publicaba a Solzhenitsyn, se fabricaban radios de transistores y se hablaba de iniciativa personal y de crítica. La sensación del poder [soviético] y la fe absoluta en ese poder estaban en todas partes: en la poesía, en los proyectos de construcción en Siberia, en el primer triunfo de hockey sobre hielo ... El ejemplo de la joven Cuba estaba reviviendo recuerdos hermosos de la Revolución» de 1917.[9] Los rusos colgaron en sus casas retratos del Che y de Fidel y aprendieron la conmovedora canción sobre los barbudos: «Cuba, mi amor, / ¡isla de amaneceres carmesí! / Tu música resuena alrededor de la tierra, / ¡Cuba, mi amor!».

En 1957 el periodista egipcio Mohamed Heikal, un hombre de confianza del presidente Gamal Abdel Nasser, había visitado Moscú y entrevistado a Jrushchov. El líder ruso, que no solía tratar a los amigos mucho mejor que a los enemigos, reaccionó con irritación al ver a su interlocutor fumando un puro y, denunciando que se trataba de «un objeto capitalista», se lo arrancó de los labios. Unos años más tarde, sin embargo, el egipcio volvió a visitar

el Kremlin y se sorprendió cuando el líder ruso le ofreció una caja entera de habanos. Heikal se quejó recordándole su anterior encuentro y la actitud que el mandatario había mostrado entonces hacia los símbolos del capitalismo. Jrushchov se rio entre dientes: «Yo no he cambiado. Son los puros los que han cambiado. ¡Desde la Revolución en Cuba, se han convertido en puros marxista-leninistas!».10

En abril de 1961, el ejército cubano rechazó el asalto de los exiliados en playa Girón utilizando armamento soviético. De hecho, a ojos de gran parte del mundo, la fallida invasión de bahía de Cochinos legitimó el empeño con que Moscú buscaba ayudar a los cubanos a defenderse. Si bien entonces la opinión pública no sabía nada de la operación Mangosta, para todos era evidente que los estadounidenses estaban decididos a derrocar a Castro. ¿Por qué sus nuevos amigos rusos no iban a ayudarle a protegerse? Incluso los británicos, aliados leales de Estados Unidos y miembros de la OTAN, compartían esa opinión, al menos en privado.

En una ocasión Serguéi Jrushchov le preguntó a su padre: «¿Por qué no se invita a Cuba a unirse al Pacto de Varsovia?».11La respuesta del líder soviético fue: «Están demasiado lejos, no los conocemos muy bien y si Estados Unidos los ataca, nos veríamos obligados a iniciar una guerra nuclear». Serguéi resume: «Era demasiado peligroso y no sabía lo que haría Castro». Después de la invasión de bahía de Cochinos, el líder cubano declaró de manera formal que Cuba se unía al bloque soviético. Con enorme arrogancia, como tenía por costumbre, Fidel le dijo a Jrushchov que la URSS tenía la obligación de defender a todos sus aliados, buenos o malos: «Así fue como Cuba se convirtió para la Unión Soviética en lo mismo que Berlín Oeste para Estados Unidos: una propiedad inútil en lo profundo de un territorio hostil que tenías que defender, incluso corriendo el riesgo de verte abocado a la guerra nuclear, porque de lo contrario perdías prestigio como superpotencia. De modo que mi padre evaluó sus opciones. No podía defender Cuba mediante la diplomacia. Y tampoco podía emplear fuerzas convencionales, porque los estadounidenses controlaban todas las comunicaciones. Así que decidió enviar allí esas armas y demostrarles a los estadounidenses que hablamos en serio».

El 30 de enero de 1962, el director de *Izvestia*, Alekséi Adzhubéi, decano de los periodistas soviéticos porque estaba casado con Rada, la hija de Jrushchov, entrevistó a Kennedy, que cumplía un año en la Casa Blanca. El mandatario aprovechó la oportunidad para advertir a Moscú contra el empoderamiento militar de la Cuba de Castro. El pueblo estadounidense, dijo, no estaba psicológicamente preparado para tener tan cerca a un vecino hostil. La URSS, sostuvo, «tendría la misma reacción si surgiera un grupo hostil» en su propio vecindario, y citó a propósito la violenta respuesta soviética a la insurrección húngara de 1956.

Jrushchov optó por hacer caso omiso a las palabras del presidente y, en las siguientes semanas, aprobó ampliar la ayuda militar a Cuba, una decisión que el Presídium rubricó en abril. Algunas de las armas enviadas al Caribe procedían de cargamentos ya prometidos al presidente egipcio Nasser, un reflejo de la prioridad que la isla de Castro había adquirido de repente en la estrategia soviética. Para apoyar a las fuerzas armadas cubanas, los rusos enviaron a unos 650 asesores e instructores militares. Jrushchov no pidió pago alguno por semejante generosidad, que en su momento supuso un desembolso significativo para la ya sobrecargada hacienda soviética.

Al mismo tiempo, sus generales lo bombardearon con evaluaciones desoladoras de la disparidad entre las fuerzas nucleares de Estados Unidos y las de la URSS. El 30 de octubre de 1961, cuando la Unión Soviética probó una bomba de cincuenta megatones —diez veces el poder destructivo de todos los explosivos detonados en la segunda guerra mundial—, el mundo, ignorante, dio por hecho que semejante poderío era incontestable. Sin embargo, no era así y los militares soviéticos, la mayoría de los cuales detestaba al jefe del Kremlin, advirtieron de que las fuerzas nucleares de la nación seguían estando irremediablemente por detrás de las estadounidenses. Jrushchov confesaría más tarde que su renuencia a permitir la entrada en el país de los inspectores estadounidenses, en el marco de los acuerdos para el control de armas, se debía en parte a que no quería que vieran cuán débil era en realidad su capacidad nuclear.

Mientras que Estados Unidos podía disparar sus misiles Minuteman con relativa rapidez, preparar los cohetes de combustible líquido rusos R-16 para su lanzamiento era un proceso que tardaba varias horas, con lo que

«antes de que estemos listos para dispararlos, no quedará de nosotros ni siquiera una mancha húmeda», según la sombría descripción del mariscal Kiril Moskalenko.12Los soviéticos eran muy conscientes de que sus misiles balísticos intercontinentales solo podían utilizarse para el primer ataque: si los estadounidenses atacaban antes, ellos no tendrían ninguna posibilidad de preparar su arsenal de largo alcance con la rapidez necesaria para contraatacar. No obstante, Moscú sí poseía un gran inventario de misiles de alcance medio e intermedio, y si algunos de estos se desplegaban en Cuba, reflexionó Jrushchov, «nuestros misiles habrían equilibrado lo que a Occidente le gusta llamar "la balanza del poder". Los estadounidenses ... aprenderían lo que se siente cuando tienes misiles enemigos apuntándote; no estaríamos haciendo nada más que darles un poco de su propia medicina ... Nosotros, los rusos, hemos sufrido tres guerras en el último medio siglo ... Estados Unidos no ha tenido que pelear una guerra en su propio suelo y eso le permitió hacer una fortuna. Estados Unidos ha ganado miles de millones desangrando al resto del mundo».13

En marzo de 1962, cuando el Kremlin nombró a Anatoli Dobrynin embajador en Washington, Jrushchov le dio en privado un consejo de despedida que contradecía su postura pública: «No te busques problemas».14Sin embargo, el dirigente soviético también subrayó su compromiso con la firma de tratados de paz separados con Alemania Oriental y Alemania Occidental y con el objetivo de hacer de Berlín una «ciudad libre». En verdad, por supuesto, pretendía hacer lo contrario: sumar a los berlineses occidentales al cautiverio en que vivían sus hermanos orientales. Asimismo, expresó el sentimiento de agravio que le producían los lanzamisiles nucleares emplazados por los estadounidenses en Turquía, «en las mismas narices de la Unión Soviética». No insinuó la posibilidad de desplegar misiles en Cuba, pero manifestó la rabia que le producía la arrogancia que infundía al gobierno de Estados Unidos su superioridad nuclear: «Ya es hora de acortar sus largos brazos», dijo.

En sus memorias, Jrushchov diría que la idea de desplegar misiles en Cuba se le ocurrió por primera vez en mayo, durante una visita a Bulgaria: «Había que hacer algo para garantizar la seguridad de Cuba, pero ¿qué? La idea cobró forma de manera gradual en mi mente. No le dije a nadie lo que estaba pensando. Era mi opinión personal, mi tormento interior».15Sin

embargo, por lo general se acepta que ya había sometido el plan a discusión durante su estancia en su dacha del mar Negro, el mismo lugar desde donde con frecuencia miraba con prismáticos a través de las aguas límpidas al tiempo que vituperaba contra los misiles Júpiter que Estados Unidos tenía instalados en la vecina Turquía. Un mes antes, cuando el ministro de Defensa, el mariscal Rodión Malinovski, llegó para informar a su líder sobre el estado más reciente del equilibrio nuclear —un paso previo a la petición de recursos adicionales—, Jrushchov le preguntó: «Rodión Yákovlevich, ¿qué pasa si le metemos un erizo en los pantalones al Tío Sam?». Había concebido una jugada magnífica: desplegar en secreto misiles en Cuba y, después, sorprender al mundo anunciándolo durante su aparición en la Asamblea General de la ONU prevista para noviembre, tras las elecciones legislativas de mitad de mandato en Estados Unidos.

El Kremlin parecía poseer una fábrica de generales tallados con tosquedad en granito para, adornados con cantidades absurdas de medallas, exhibirlos en filas apretadas en la tribuna de autoridades durante los desfiles del Primero de Mayo en Moscú. Físicamente, Malinovski, que estaba llamado a desempeñar un papel central en la crisis de los misiles, se ajustaba a ese patrón. Debía su posición al respaldo personal de Jrushchov, arraigado en una relación forjada durante la guerra. No obstante, el ministro de Defensa era un halcón, que alimentaba quejas profundas contra su jefe. Durante el largo reinado de Malinovski al frente de las fuerzas armadas, la estrategia soviética se fundaba en un hosco pacto entre la creencia de Jrushchov en que las armas nucleares se habían convertido en la fuerza dominante en los asuntos militares y la imperecedera convicción del mariscal de que la URSS necesitaba ejércitos lo bastante poderosos para ganar campañas convencionales en Europa.

El militar ostentaba un brillante historial de servicio. Nacido en 1898, creció en la hacienda de un miembro de la nobleza en la que su madre trabajaba como cocinera; según los cotilleos maliciosos, Rodión, lejos de ser el proletario honesto que proclamaba la literatura del Partido, era en realidad el hijo ilegítimo de un conde y había tenido una crianza refinada junto a los demás vástagos de este. En 1914, con apenas quince años, viajó como polizón para unirse a un regimiento que se encaminaba al frente y ganó su primera condecoración como ametrallador. Luego sirvió en Francia

con el cuerpo expedicionario ruso, una experiencia de la que no solo salió vivo, sino también hablando algo de francés. Después de la revolución tuvo un ascenso estelar que lo llevó hasta el alto mando; luego, en la «gran guerra patriótica», luchó desde la campaña del mar Negro de 1941 hasta la ocupación de Checoslovaquia en 1945.

Como muchos oficiales soviéticos, encontró tiempo entre una batalla y otra para el ajedrez y las mujeres. El famoso jefe de la aviación rusa, Nikolái Kamanin, escribió en su diario que en diciembre de 1944, justo antes de la batalla de Budapest, Malinovski lo convenció para que se sentara delante de un tablero; jugaron dos partidas, Kamanin ganó ambas: «Más tarde me enteré a través del ordenanza [de Malinovski] de que le encanta jugar al ajedrez y no le gusta para nada perder. Debo carecer de habilidades diplomáticas, pues estropeé el estado de ánimo del comandante».[16]El historiador ruso Serguéi Borzunov cuenta que en una ocasión encontró en un libro de problemas de ajedrez un marcapáginas con las frases latinas *Omnia vincit amor* y *Sic transit gloria mundi* «escritas con la hermosa caligrafía de Malinovski».

En lo que atañe al primero de los dos lemas, «El amor lo vence todo», en 1944 el mariscal se convirtió en blanco de algunas burlas no solo por haber adoptado una «esposa de campaña» —Raísa Galpérina, que entonces tenía veintiocho años y pertenecía al cuerpo de Baños y Lavandería del ejército—, sino también por apañárselas para condecorarla con la Orden de la Bandera Roja por un trabajo de inteligencia ficticio en la línea del frente. Después de eso, la trasladó a su cuartel general y la nombró jefa de la cantina del Consejo Militar. «Malinovski», contaba Jrushchov, «era un hombre al que le encantaban las mujeres, en especial, las mujeres hermosas».[17]Terminada la guerra, el mariscal se divorció de su esposa Larisa y se casó con Raísa, que es mucho más de lo que la mayoría de los oficiales soviéticos hicieron por sus amantes de campaña.[18]En 1946, Stalin lo convirtió en miembro del Sóviet Supremo.

Como la mayoría de los generales soviéticos, Malinovski era un hombre de hierro, pero además tenía cerebro. Eso, sin embargo, no le impidió decirle a Jrushchov que su plan cubano podría funcionar: un dictamen de una ingenuidad asombrosa que únicamente podía fundarse en el visceral anhelo

ruso de infundir miedo en el corazón de los estadounidenses, y en absoluto producto de un análisis racional. El mariscal sabía mucho menos acerca de Estados Unidos que su jefe, y ninguno de los dos consultó a Anatoli Dobrynin, el embajador de la URSS en Washington, ni a ningún otro funcionario ruso que conociera de primera mano la política estadounidense y a sus protagonistas. Jrushchov invitó a su jefe de misiles a explorar la posibilidad de desplegar las armas de forma encubierta. Henchido de confianza, alardeó de su idea ante Yuri Andrópov, entonces responsable de las relaciones de la Unión Soviética con las demás naciones socialistas, entre las que estaba incluida Cuba, quien comentó: «Cuando eso esté hecho, podremos apuntarlos al vientre blando de los Estados Unidos». Sin embargo, el 21 de mayo, cuando describió su plan al Consejo de Defensa de la URSS, hizo hincapié en la importancia de los misiles para la defensa de Cuba, no en el modo en que podían alterar el equilibrio de poder global.

Él mismo se encargó luego de explicar su argumento. En su opinión, era indudable que el siguiente intento de asaltar Cuba patrocinado por Estados Unidos estaría mucho mejor preparado que la operación de bahía de Cochinos y, por tanto, la supervivencia del régimen de Fidel dependía de que pudiera hacer frente a esa amenaza: «Sostuve que éramos los únicos que podíamos evitar que ocurriera tamaño desastre». El riesgo de perder Cuba, el puesto de avanzada o cabeza de puente de la Unión Soviética en el hemisferio occidental, se convirtió en una obsesión cada vez mayor para Jrushchov, que consideraba esa posibilidad inaceptable desde un punto de vista estratégico. Tres días después, en una nueva reunión del Presídium, volvió a manifestar su convicción, en teoría respaldada por los servicios de inteligencia, de que Estados Unidos planeaba actuar militarmente contra la isla en poco tiempo: «Se les debe hacer entender que ... delante van a tener no solo a un país obstinado, sino también el poderío nuclear de la Unión Soviética».

Un diplomático ruso que pronto iba a verse involucrado en el debate cubano describió más tarde al primer secretario como «un revolucionario romántico ... Jrushchov repitió sin parar que era posible prevenir la invasión estadounidense mediante un gesto disuasorio que situaría a Cuba en el centro del escenario político mundial ... Expresó su confianza en que los pragmáticos estadounidenses no estarían dispuestos a correr riesgos

descabellados [para intentar retirar los misiles], del mismo modo que nosotros no podíamos hacer nada con respecto a los misiles que ellos tenían en Turquía, Italia y Alemania Occidental». El entonces asesor de política exterior del Kremlin, Oleg Troianovski, cuenta que «Jrushchov poseía una rica imaginación, y cuando una idea se apoderaba de él, tendía a considerar que implementarla era una forma fácil de solucionar un problema particular, en este caso la defensa del régimen de Castro y la rectificación, al menos parcial, del desequilibrio nuclear».[19]

Troianovski se encontraba entre quienes veían el plan con escepticismo, en parte porque él sí conocía a los estadounidenses y preveía que la iniciativa soviética provocaría obligatoriamente una reacción extrema. No obstante, cuando le expresó su inquietud a Jrushchov, este se limitó a encogerse de hombros y decir que la URSS no estaba haciendo otra cosa que lo que Estados Unidos había estado haciendo durante años: amenazar su perímetro con armas nucleares, en particular con los misiles Júpiter desplegados en Turquía. En opinión de Anastás Mikoyán, para 1962, «tras el vuelo espacial de Gagarin y la creciente influencia [de la URSS] en África y Asia», el dirigente soviético «se había vuelto en extremo presuntuoso» y en lugar de aprovechar los logros de la Unión Soviética «para reducir las tensiones, decidió presionar al joven presidente»: el despliegue de los misiles en Cuba fue «puro aventurerismo».[20]

La propuesta parece haber sido impulsada por una mezcla de consideraciones ideológicas, políticas y estratégicas. En primer lugar, dentro de Cuba había surgido una fisura pública entre Castro y los tradicionales comunistas prosoviéticos del Partido Socialista Popular (PSP), encabezados por Aníbal Escalante. En un momento en que la competencia entre la Unión Soviética y China por el liderazgo del mundo comunista se estaba intensificando, existía el temor de que Castro se adhiriera a Pekín o fuera derrocado. Mortificado por las burlas de los chinos, que lo acusaban de haber «capitulado ante el imperialismo», Jrushchov resolvió apoyar a Castro en su enfrentamiento con Escalante. Entre tanto, el recuerdo de bahía de Cochinos seguía vívido en la isla: la amenaza estadounidense a Castro no era una fantasía de la paranoia soviética.

El líder soviético escribió más tarde: «Mi razonamiento fue el siguiente: si instalábamos los misiles en secreto y Estados Unidos los descubría después, cuando estos ya estaban preparados y listos para atacar, los estadounidenses se lo pensarían dos veces antes de intentar destruir nuestras instalaciones por medios militares. Sabía que Estados Unidos podría eliminar algunos de los misiles desplegados, pero no todos. Si una cuarta o, incluso, una décima parte de nuestros misiles sobrevivía —de hecho, con que solo quedaran uno o dos de los más grandes—, seguiríamos pudiendo atacar Nueva York, y no quedaría mucho de Nueva York ... El quid, según pensaba, era que el despliegue de nuestros misiles en Cuba impediría que Estados Unidos lanzara una acción militar precipitada contra el gobierno de Cuba».21

Esa era una perspectiva en exceso tendenciosa, pero Jrushchov parece haber creído sinceramente en ella. Durante las deliberaciones del Presídium, Mikoyán argumentó en favor de reforzar las defensas de Cuba, pero instó a sus camaradas a descartar la idea de instalar en la isla armas nucleares, pues consideraba que podría desencadenar una invasión estadounidense en la que se arriesgaban a «perderlo todo». No le convencían las declaraciones del mariscal Serguéi Biriuzov, el comandante en jefe de las fuerzas de misiles estratégicos de la URSS, «no precisamente un hombre que destacara por su inteligencia», que aseguraba que sería posible mantener ocultos los misiles en Cuba. Mikoyán lamentó la ausencia del predecesor de Biriuzov, Mitrofán Nedelin, un oficial mucho más brillante, que había muerto en octubre de 1960, en el desastre de la plataforma de lanzamiento del R-16. Nedelin, pensaba el vice primer ministro, nunca habría estado de acuerdo con semejante plan.22Todas las cabezas pensantes de las fuerzas armadas soviéticas sabían (y de forma intermitente incluso lo reconocían en su revista *Voennaya Misl*, «Pensamiento militar») que una guerra nuclear general no tendría ganadores y que, incluso de haber un vencedor, la Unión Soviética no tenía posibilidades de serlo; por tanto, era absurdo blandir armas nucleares en las mismas caras de los estadounidenses. El escritor de los discursos de Jrushchov, Fiódor Burlatski, especularía más tarde que Stalin nunca se habría arriesgado a llevar a cabo una operación así, pues era «más cruel, pero también más racional. Stalin recordaba [la conferencia de] Yalta, y no creo que hubiera dado un paso tan peligroso».23

Sin embargo, nadie se atrevió a contradecir a Jrushchov, como explica su hijo Serguéi: «Durante ese período, el Presídium por lo general confiaba en mi padre. Su palabra era definitiva. Ni siquiera era una cuestión de personalidad. La estructura del poder centralizado lo determinaba todo ... Todo dependía del mandatario. De hecho, los mismos miembros del Presídium intentaban no hacerse notar a menos que sus intereses vitales se vieran gravemente afectados ... Cuba no afectaba los intereses de nadie».24Aunque los críticos ya no debían temer que se los fusilara, como ocurría en la época de Stalin, el hábito de la sumisión al líder estaba tan arraigado en estos hombres embrutecidos que mantener un debate franco seguía siendo algo impensable. En sus memorias Mikoyán recuerda una ocasión en la que Jrushchov le leyó en voz alta una lista de los miembros del Presídium y omitió un nombre, el de Andréi Kirilenko, lo que dio lugar a un episodio de comedia negra. El vice primer ministro le dijo a su jefe: «¿Qué pasa? No sabía que lo ibas a destituir». «No voy a hacerlo», respondió este. Sencillamente se había olvidado de incluirlo en la lista, explicó: «Gracias por recordármelo.»25No obstante, si la lista se hubiera enviado a la imprenta tal y como Jrushchov la había redactado en un principio, Kirilenko podría haberse convertido por defecto en parte del pasado, pues el líder odiaba admitir errores.

Mikoyán y aquellos de sus colegas que compartían su escepticismo salieron de la reunión del Kremlin de mayo de 1962 menos alarmados de lo que deberían haber estado, aliviados por la idea de que era muy improbable que Fidel Castro aceptara el despliegue de misiles nucleares soviéticos en suelo cubano, pues ello aumentaría de forma espectacular el riesgo de una intervención militar estadounidense en la isla y, por otro lado, le distanciaría de la mayor parte de América Latina, donde muchos países mantenían una postura antinuclear. Además, daría validez a la tesis estadounidense, a la que hasta entonces la región no daba ningún crédito, de que Castro planeaba convertir Cuba en una base militar soviética. En Moscú, no obstante, creyentes y escépticos por igual avanzaron a trompicones a la siguiente etapa de un proceso de decisión de altísimo riesgo.

En Cuba, el enviado ruso más cercano a Castro y el Che era Aleksandr Alekseev (Aleksandr Shítov, de nacimiento). Oficialmente, este hombre de

cuarenta y ocho años era corresponsal de prensa, pero en realidad era el jefe de estación de la KGB en la isla, un veterano que había prestado servicio en la guerra civil española, Francia, Irán y Argentina. Alto, soltero, miope, el espía disfrutaba de una relación mucho más estrecha con los líderes cubanos que el mismo embajador soviético y era una figura inesperadamente humana, autor de versos de los que Yevgueni Yevtushenko tenía una buena opinión. Un día de mayo, sin previo aviso, Alekseev recibió la orden de volver a Rusia y presentarse en el Kremlin. Para un funcionario soviético, regresar a la patria para comparecer ante sus superiores nunca era una experiencia cómoda, ya que la historia demostraba que podía ser con igual facilidad el anuncio de un castigo o de un ascenso. En el Kremlin, Jrushchov en persona le informó de que se le nombraría embajador, pues gozaba de la confianza de Castro, algo de lo que no podía alardear el hasta entonces titular del cargo. Esa era la buena noticia. Luego, el dirigente soviético sorprendió a su visitante diciendo: «Su nombramiento está relacionado con la decisión de poner misiles armados con cabezas nucleares allí. Esta es la única forma de salvaguardar a Cuba de una invasión directa de Estados Unidos. ¿Cree que Fidel Castro estará de acuerdo con que demos ese paso?».26

No, respondió en el acto el oficial de la KGB. El líder cubano tenía un compromiso de solidaridad revolucionaria con otros países latinoamericanos, que reaccionarían con horror al conocer la noticia. El embajador designado contó luego que la conversación en su conjunto «prácticamente me dejó congelado».27El ministro de Relaciones Exteriores, Andréi Gromiko, le confió a Alekseev que, en contra de lo que decían los militares, él creía que era imposible desplegar los misiles sin que los estadounidenses se enteraran.28Sin embargo, al igual que sus camaradas del Presídium, Gromiko no expresó su discrepancia de forma abierta.

Al día siguiente, un domingo, Jrushchov convocó a los miembros del Presídium y a los jefes militares a una reunión informal en su dacha de las afueras de Moscú. Allí les informó del nombramiento de Alekseev y de que su tarea inmediata sería buscar el apoyo de Castro para el despliegue de los misiles. A los cubanos no se les diría que se trataba de una decisión ya tomada; en lugar de ello, el enviado trataría de convencerlos de que alojar

las armas nucleares era la única forma adecuada de defender su preciosa revolución de las maquinaciones de Estados Unidos. Era vital mantener todo en secreto hasta que los misiles estuvieran en posición y en Estados Unidos se hubieran celebrado las elecciones legislativas previstas para noviembre. Entonces, dijo Jrushchov, «los estadounidenses no tendrán más remedio que pasar este trago amargo: ¿acaso no tenemos que soportar sus misiles en Turquía?».

La tarea de preparar el plan se encomendó al general Anatoli Gribkov, del Estado Mayor, que el 24 de mayo lo presentó al Consejo de Defensa de la URSS. Sus miembros ratificaron una resolución «para desplegar en la isla de Cuba un grupo integrado por elementos de todas las ramas de las fuerzas armadas soviéticas». Jrushchov tuvo algunas dificultades para lograr que todos los miembros añadieran su firma y dejaran constancia de su aprobación. Aunque no está claro si se trató de una cuestión de política o de logística, después de la reunión fue necesario buscar a algunos en sus casas para certificar que el consentimiento del consejo había sido unánime. El domingo 27 de mayo, tras unas palabras de despedida del líder de la nación, los representantes soviéticos partieron hacia La Habana. Debían convencer a Castro, les dijo Jrushchov, de que «con los misiles desplegados cerca de Estados Unidos, [los estadounidenses] tendrán aún más miedo». La delegación, encabezada nominalmente por Sharaf Rashídov, el primer secretario del Partido Comunista de Uzbekistán, incluía al jefe de misiles, el mariscal Biriuzov. Todos los enviados viajaron con pasaportes falsos bajo la fachada de una misión agrícola. No llevaban documentos de ningún tipo relacionados con sus verdaderos planes, en caso de que el avión perdiera el rumbo o alguno de ellos sufriera un percance. Asimismo, se comprometieron a abstenerse de tratar el despliegue de armas cuando contactaran por radio con Moscú, incluso de manera cifrada. Dos días después llegaron a Cuba y quedaron asombrados con la respuesta tranquila, casi serena, de Castro a la propuesta de Jrushchov.

El líder cubano dijo: «Es un paso muy audaz y debo consultar con mis socios más cercanos antes de seguir adelante. Pero si tomar esa decisión es indispensable para el bando socialista, creo que aceptaremos el despliegue de misiles soviéticos en nuestra isla. Si es necesario, seremos las primeras víctimas de la confrontación definitiva con el imperialismo

estadounidense». Más tarde, el general Gennadi Obáturov escribiría con desdén en su diario íntimo acerca de la actitud de los cubanos: «*¡Patria o Muerte!* Saben morir, son revolucionarios y héroes. Pero no tienen idea de cómo construir una economía. El año pasado les preguntamos a sus delegados: "¿Las vacas comen caña de azúcar?". No tenían ni idea».29

Una característica notable de la década de 1960 fue el fervor apasionado que figuras como Fidel, Ho Chi Minh, el Che Guevara y, sobre todo, Mao Zedong suscitaban entre muchos jóvenes occidentales. La impresión que causaban en cuanto cruzados revolucionarios en pos del cambio no es sorprendente; sin embargo, la disposición de estos ídolos a matar de forma indiscriminada sin escrúpulo alguno los situaba en un orden diferente del resto de la humanidad. Ho Chi Minh presidió muchas masacres, pero enmascaraba su carácter sanguinario con una voz suave y un aura de santidad que engañaba, y sigue engañando, a sus admiradores occidentales. Fidel y el Che eran distintos. Estaban entusiasmados con su condición de guerreros. En 1962, hacía menos de seis años que habían zarpado rumbo a Cuba a bordo del *Granma*, y apenas llevaban tres gobernando el país. Eran veteranos de la sublevación, pero novatos en todo lo relacionado con la gestión, y para entonces ya habían demostrado de mil maneras su inmadurez e irresponsabilidad.

La temeridad de Castro debería inspirar una especie de temor reverencial. Dada la historia de su país, es comprensible que odiara a los estadounidenses lo suficiente para desear que cayera sobre ellos el fuego y la destrucción. Sin embargo, resulta sorprendente que estuviera dispuesto a arriesgar tanto para que «su» bando prevaleciera en la confrontación con su gigantesco vecino (algo que vieron con claridad la mayoría de los rusos que dialogaron con él en este período); y, por supuesto, resulta igualmente sorprendente que Jrushchov decidiera ligar la suerte de la Unión Soviética a un aliado tan disparatado y a un país tan caótico.

El líder cubano eligió visualizar su papel en el despliegue nuclear como el de un facilitador cuyo apoyo decidido al gran proyecto de la causa socialista mundial contribuiría a aumentar su prestigio en Moscú. Aleksandr Alekseev, por el contrario, hizo hincapié —en gran medida de manera hipócrita— en que el objetivo era proteger los intereses cubanos y

defender la Revolución de Castro. Este era uno de los muchos sinsentidos y engaños flagrantes en torno al despliegue: para cualquier persona reflexiva tenía que resultar obvio que la presencia de misiles balísticos de largo alcance en la isla no reducía, sino que aumentaba las probabilidades de una agresión estadounidense, algo que Alekseev ya había señalado al Kremlin. Si la prioridad era la defensa de Cuba, Jrushchov habría podido proponer con argumentos algo mejores el despliegue en la isla de misiles nucleares tácticos o, incluso, de misiles balísticos de alcance medio (o MRBM, por sus siglas en inglés). Además, al ser de menor tamaño, esas armas podrían haberse ocultado a los estadounidenses durante más tiempo. En cambio, los misiles balísticos de alcance intermedio (o IRBM, por sus siglas en inglés), mucho más grandes y de mayor alcance, carecían de función defensiva verosímil y eran imposibles de ocultar.

En conversaciones posteriores, Castro expresó sus dudas acerca de la necesidad de instalar misiles nucleares en la isla y manifestó la inquietud que le causaba la reacción a la noticia en otros lugares de América Latina. No obstante, al final dijo que «si los soviéticos, que tenían mucha más experiencia, deseaban "consolidar el poder defensivo de todo el campo socialista"», los cubanos no tenían «ningún derecho a fundar nuestra decisión en consideraciones egoístas». Unas semanas después, Raúl Castro viajó a Moscú, donde él y el ministro de Defensa Malinovski firmaron un tratado secreto que confirmaba el despliegue nuclear. Con todo, antes de la ratificación de ese documento en La Habana, el Che Guevara visitaría el Kremlin para proponer algunas enmiendas, que Jrushchov respaldó sin debate alguno.

La aceptación de los misiles por parte de Castro, que en su momento asombró a la mayoría de los rusos al tanto de las negociaciones, reflejaba en parte la actitud temeraria de alguien acostumbrado a correr riesgos. Anthony DePalma ha escrito sobre «la singularidad que nutre lo que la poeta cubana Elena Rivero llama "la locura nacional" de la cubanidad, la excepcionalidad de un pueblo de pasiones intensas, la presunción de ser un gran país en una isla pequeña, una nación siempre interpretando un papel mucho más grande del que le correspondía por derecho».[30]Ante la desesperada situación de la economía local y la amenaza continua que representaba Estados Unidos, es casi seguro que el líder cubano se sintió

obligado a aceptar la alianza con los soviéticos en los términos planteados por Moscú como el precio por la indispensable ayuda militar y monetaria que le proporcionaban.

No obstante, había una cuestión que tanto él como, más tarde, la administración Kennedy asumían como implícita: cubanos y estadounidenses dieron por hecho que el despliegue de los misiles reflejaba una estrategia soviética coherente y meditada que tenía en cuenta la inevitabilidad de una respuesta drástica por parte de Estados Unidos. Castro fue uno de los que aceptaron al pie de la letra la extravagante retórica de Jrushchov y sus afirmaciones de paridad nuclear con los estadounidenses. El cubano dijo mucho después: «Habría que situarse un poco en los meses que precedieron aquella época, cuando la conquista del espacio. ¿No recuerdan el viaje de Gagarin? ¿No recuerdan el gran poderío soviético, que fue el primero en poner un hombre en el espacio con unos cohetes colosales? ¿No recuerdan ustedes cuando Nikita habló de que tenían unos cohetes que le daban a una mosca en el aire? A mí esa frase no se me olvida». Castro suponía que la URSS poseía cientos de misiles balísticos intercontinentales; si hubiera sabido la verdad acerca de la debilidad soviética, «habríamos aconsejado prudencia». El mariscal Biriuzov, que negoció los acuerdos para el despliegue, regresó a Moscú «con la impresión de que los dirigentes cubanos se veían más como los benefactores de la Unión Soviética y su causa socialista que como nuestros dependientes».31

En los años posteriores a la crisis de los misiles, Castro interrogó a diversos jerarcas rusos acerca de la lógica que había sustentado sus acciones en el verano y el otoño de 1962, pero nunca recibió una respuesta racional (en parte, porque no podía haber ninguna). Desde el principio, el líder cubano demostró ser mucho más sensato que Jrushchov e instó a Moscú a desplegar los misiles de forma abierta mediante un acuerdo anunciado públicamente, como el que los estadounidenses habían firmado tiempo atrás con los turcos, los italianos y los británicos. Si el Kremlin hubiera seguido esa ruta, la ira estadounidense hubiera seguido siendo inevitable, pero en términos éticos y diplomáticos las posiciones tanto de Cuba como de la Unión Soviética habrían sido incomparablemente más fuertes.

Dentro de la URSS, el círculo al tanto de los secretos del despliegue se mantuvo cerrado. Todos los documentos de planificación se escribieron a mano para evitar que los mecanógrafos tuvieran acceso a la información. A Anatoli Dobrynin, el embajador soviético en Washington, y a Valerián Zorin, el representante permanente de Rusia en el Consejo de Seguridad de la ONU, no se les dijo nada porque, según explicó años más tarde el primero, «sin conocer los hechos, podríamos defender mejor la versión falsa del gobierno acerca de su estrategia. La conmoción moral que me produjo perduraría durante años».[32]El diplomático soviético se encontró exactamente en la misma situación en la que había estado un año antes Adlai Stevenson, cuando declaró en la ONU que su país no estaba involucrado en los hechos de bahía de Cochinos. En el lado ruso, el secreto de los misiles se mantuvo; pero más notable aún es que no hubiera tampoco ninguna filtración en el lado cubano, donde los jefes de la Revolución no eran más famosos por su discreción que por su buen juicio.

Presa de un entusiasmo casi infantil por la *konspiratsiya*, Jrushchov estaba encantado con el desarrollo gradual de su plan. El líder soviético propuso inicialmente enviar las ojivas a Cuba en submarinos, pero desistió de la idea cuando se le explicó que no era viable.[33]El 10 de junio, en una reunión fundamental, el despliegue de misiles recibió la aprobación formal del Presídium. Se lo bautizó como operación Anádir: la elección del nombre de un río siberiano como palabra clave buscaba crear la impresión de que era algo relacionado con las actividades militares dentro de la Unión Soviética. Desde el planteamiento inicial de Jrushchov, la operación había crecido de forma exponencial debido a la necesidad de crear una fuerza expedicionaria coherente, capaz de cumplir con el propósito estratégico que se le encomendaba y, también, de defenderse de cualquier posible ataque aéreo o terrestre estadounidense. Ahora implicaba el traslado de 36 MRBM (misiles de alcance medio: 2.000 kilómetros) y 24 lanzadores, junto con 16 IRBM (misiles de alcance intermedio: 3.500 kilómetros), desde sus actuales ubicaciones en Ucrania y la Rusia europea. Una vez instalados en Cuba, el número de misiles nucleares capaces de alcanzar el Estados Unidos continental a disposición de la URSS se habría duplicado de un plumazo. La potencia de las cabezas nucleares involucradas iba de los doscientos a los ochocientos kilotones.

En un comienzo, Moscú previó dedicar a la protección de las instalaciones cuatro regimientos de fusileros motorizados; dos batallones acorazados provistos de 34 tanques; doce unidades de misiles tierra-aire S-75 y algunas baterías de cañones antiaéreos convencionales. El destacamento también contaría con un hospital de campaña, panaderías y talleres, así como raciones y combustible para tres meses. El número máximo de efectivos que serían enviados a Cuba, incluido el personal de cinco regimientos de misiles y el personal de apoyo adecuado, se fijó en 50.874. Los elementos protectores del contingente constituían solo una fuerza de disuasión, y serían insuficientes si Estados Unidos lanzaba un ataque anfibio contra Cuba a gran escala, pero los encargados de planear la operación creían que podrían desempeñar la misma función que las guarniciones occidentales de Berlín: negarle al invasor la perspectiva de una victoria fácil y, sobre todo, la posibilidad de actuar sin desencadenar un conflicto de mayores proporciones. Por su parte, la marina soviética planeaba enviar dos cruceros, cuatro destructores y doce patrulleras lanzamisiles Komar, así como un total de once submarinos. Más tarde se sabría que Jrushchov daba por hecho que estos últimos eran de propulsión nuclear, cuando en realidad todos los desplegados en el Atlántico occidental eran diésel-eléctricos (y ello sin mencionar que eran técnicamente inadecuados y carecían del equipo necesario para operar en aguas tropicales).

La escala final del despliegue constituía una solución intermedia, y no precisamente buena: los rusos estaban enviando a Cuba una fuerza tan grande que sería difícil que pasara desapercibida, pero demasiado pequeña para resistir un ataque como el que los estadounidenses podían lanzar desde sus puertos y bases aéreas situados a tan solo unas pocas horas de la isla. A menos que los soviéticos decidieran recurrir a sus armas nucleares tácticas, la fuerza expedicionaria solo podía aspirar a hacer un gesto de sacrificio.

Nacido en las montañas de Osetia del Norte, en el seno de una familia campesina, el general Issá Plíyev, que entonces tenía cincuenta y nueve años, fue una extraña elección por parte del Kremlin para comandar sus fuerzas en una misión tan delicada. Aunque su valentía era indiscutible y poseía una reputación de oficial cruel y, de hecho, brutal, carecía de experiencia más allá de los campos de batalla europeos. Inquebrantable en su fe bolchevique, antes de la guerra había estado al frente de la represión

estalinista en Mongolia, y en 1939 sembró el terror en la Polonia ocupada por los soviéticos. El mariscal Zhúkov y Jrushchov lo consideraban un jefe de caballería inspirador, pero incluso Stalin y Beria veían con consternación su indiferencia ante la «factura del carnicero» (número de bajas) acumulada durante sus operaciones durante la confrontación bélica. En junio de 1962, apenas semanas antes de volar a Cuba, había sido él, en cuanto comandante del distrito militar del Cáucaso Norte, quien dirigió la represión homicida de los huelguistas de Novocherkask. Su nombramiento para Cuba, un país del que no sabía nada, era la señal más clara de que Jrushchov y Malinovski aprobaban la «firmeza» con que había gestionado los disturbios. Serguéi Jrushchov refiere que su padre afirmaba que fue el mariscal quien eligió a Plíyev. Fuera como fuese, el nombramiento se realizó con precipitación y sin la debida consideración.

Además de tener una actitud displicente hacia el riesgo, el general era terco e irascible, una condición exacerbada por sus problemas renales. Su médico personal lo siguió al Caribe, donde padeció problemas de salud persistentes y, en ocasiones, incapacitantes. Poco después de su llegada a la isla, las relaciones del general con Castro se tornaron conflictivas, porque se negó a aceptar la exigencia de que reconociera al líder cubano como un superior, facultado para darle órdenes. Los subordinados del militar ruso lo consideraban un veterano viejo y agotado, alguien por completo inadecuado para la función que se le había confiado. Algunos de sus oficiales pronto mostrarían estar dispuestos a tomar decisiones críticas por iniciativa propia, cuando el general no estaba en condiciones de hacerlo.

El 7 de julio, Jrushchov ofreció una exuberante despedida al grupo de mandos militares que estaban a punto de partir hacia Cuba. Repitió su metáfora del «erizo en los pantalones del Tío Sam» para caracterizar la estocada que la fuerza de misiles soviética iba a propinar a Estados Unidos, pero también dejó en claro que no tenía ninguna intención de empezar una guerra: sencillamente se había comprometido a evitar que los estadounidenses pusieran fin a la Revolución de Castro. Se cuenta que algunos oficiales reunieron el valor para advertir a su máximo jefe que el despliegue no podría completarse en secreto, pero si lo hicieron, no quedó constancia de su disidencia.

Hasta entonces, las Fuerzas de Cohetes Estratégicos solo habían salido de la URSS en una ocasión: durante la crisis de Berlín de 1959 cuando, sin que Occidente lo supiera —y no lo sabría hasta después de la Guerra Fría —, doce armas nucleares de ese tipo se desplegaron brevemente en emplazamientos secretos de Vogelsang y Fuerstenberg, al norte de la ciudad, antes de ser retiradas una vez que las tensiones disminuyeron. Salvo los pocos que habían prestado servicio en la guerra, en las fuerzas enviadas a Cuba en 1962 apenas había nadie que hubiera viajado al extranjero o, de hecho, al que se le hubiera permitido hacerlo. El plan de engaño de la operación Anádir incluía proporcionar al personal ropa ártica. El armamento y equipo de un solo regimiento de misiles pesaba once mil toneladas y necesitaba, para su traslado a Cuba, de cinco buques de carga. El barco que transportó la primera remesa, el *María Uliánova*, llamado así en honor a la hermana de Lenin, partió a mediados de julio; le seguirían otras 85 embarcaciones del mismo tipo que en un lapso de tres meses completaron, en conjunto, ciento cincuenta viajes de ida y vuelta. Zarparon en el más absoluto secreto desde seis puertos soviéticos, desde Sebastopol hasta Severomorsk, cerca de Múrmansk. En el muelle, todo el personal estaba obligado a entregar el uniforme y recibía a cambio ropas de civil: a los oficiales se les entregaron sombreros de fieltro; a los demás grados, modelos sintéticos, así como camisas y pantalones prácticamente idénticos. Algunos de los participantes rebautizaron la operación Anádir como «operación camisa a cuadros». Los soldados debían hacerse pasar por «asesores agrícolas», pero pese a ello no dejaron de sentirse desconcertados cuando los cubanos los saludaron al grito de «¡Bienvenidos, compañeros!» para, según creyeron, ajustarse a su tapadera (asumieron que «compañero» era *kombainer*, la palabra rusa más similar: «operador de cosechadora»).

La vanguardia de la fuerza expedicionaria estaba formada por las unidades de misiles tierra-aire y sus dotaciones, que debían brindar protección a los lanzadores nucleares que llegarían luego. Hasta entonces, el personal de la fuerza de misiles había pasado todo su servicio militar operando lanzadores en sitios estáticos dentro de la Unión Soviética. Tuvieron un primer indicio de que eso estaba a punto de cambiar con la llegada de los instructores encargados de supervisar su adiestramiento para el despliegue sobre el terreno. Luego se les dijo que iban a participar en un ejercicio en el extranjero por orden del Ministerio de Defensa.[34]En las pasarelas, mientras

abordaban los transportes en los puertos rusos, los guardias de fronteras confiscaron los documentos de identidad a todos los soldados, lo que dejó a los viajeros desorientados y sintiéndose de alguna manera despersonalizados, «como si fuéramos donnadies», en palabras de Valentín Alioshin.35

El teniente Vasil Voloshchenko comandó un pelotón de tanques T-54A del 224.º Regimiento, que pasó un mes atravesando en tren la Unión Soviética antes de llegar al puerto de Liepaja, en el Báltico. La operación de carga fue un desastre: el peso de los tanques rompió los cables de la grúa y uno de los blindados estuvo a punto de hundir el barco. Para alojar a los tripulantes de los tanques, se montaron literas de tres niveles en la bodega. De un momento a otro, se desembarcó y envió de regreso a casa a varios de los oficiales de la unidad a los que, en el último instante, la KGB había etiquetado como poco fiables. Voloshchenko anota: «La moral no era alta, todos nos preguntábamos si íbamos a volver». El historiador Serhii Plokhy afirma que 500 oficiales y 1.000 efectivos de rangos inferiores fueron retirados de las unidades destinadas a Cuba, en la mayoría de los casos porque no se los consideraba dignos de confianza y se dudaba de su compromiso político.36Fuera como fuese, el servicio en el extranjero resultaba particularmente inoportuno para aquellos que estaban a punto de completar su período de servicio militar obligatorio; todos los hombres que cumplían funciones de especialista estaban obligados a embarcarse.

Gennadi Chudik dirigía el taller de mantenimiento de una unidad de misiles. Cuando a él y a sus compañeros se les informó de que su destino era un lugar cálido y tropical, por alguna razón decidieron que eso significaba que los enviaban a Indonesia.37Asimismo, se les dijo que si sus esposas contaban con el visto bueno de la KGB y se encontraban sirviendo ya en el ejército podrían acompañarlos, algo que encantó a Chudik y a su esposa Olya, que cumplía con esos requisitos y consiguió un puesto administrativo en el cuartel general de la división. Desde el 10 de julio, cuando se les puso en alerta por primera vez, se impuso una seguridad sin precedentes y se les prohibió salir de la base o hacer llamadas telefónicas al exterior. Por lo demás, los Chudik fueron excepcionalmente afortunados y viajaron a Cuba en un camarote con dos camas gemelas a bordo del crucero

Almirante Najímov. Aunque no podían beber alcohol, comieron mejor que en casa.

Para quienes viajaron a bordo de los buques de carga, la travesía fue, en cambio, una pesadilla. Encerrados bajo cubierta durante el día, el único consuelo de los soldados eran las películas que se proyectaban una detrás de otra sin interrupción. Solo cuando caía la noche se les permitía subir a cubierta para hacer algo de ejercicio y tomar duchas de agua salada. Se sobornó a los turcos para que permitieran que los barcos que habían zarpado de los puertos del mar Negro navegaran a través de los Dardanelos sin un piloto local al lado del timonel.38Los capitanes no informaron a los pasajeros de su destino hasta que cruzaron el estrecho de Gibraltar y entraron en el Atlántico, aunque para entonces muchos ya habían adivinado hacia dónde se dirigían.

Ferviente comunista y líder de la Komsomol, Elvira Dubinskaya tenía veinte años y trabajaba como enfermera en Kiev cuando se ofreció como voluntaria para una misión en un lugar no especificado del extranjero (que su padre adivinó de inmediato que era Cuba). Ella y el resto del personal de su hospital militar viajaron en agosto a bordo del carguero *Stávropol*. Las mujeres, como los hombres, viajaban en la bodega, a menudo con un mareo terrible. Cada cierto tiempo, les llevaban barriles de agua y pepinos encurtidos. Las enfermeras se turnaban para subir a vaciar los cubos llenos de vómito por la borda, la única excusa aceptable para dejarse ver en cubierta a la luz del día.

La carga que se mezclaba en las bodegas de los barcos que llevaban los misiles era potencialmente letal: si debido al mal tiempo los camiones se hubieran soltado y estrellado contra los cilindros en que se transportaba el peróxido de hidrógeno empleado para alimentar las bombas de las cámaras de combustión de los cohetes, la explosión resultante habría sido devastadora. Una vez que los buques de carga entraron en el Atlántico, se anunció, a través de los sistemas de comunicación interna, que se dirigían a Cuba para ayudar a su pueblo y «defender la Revolución del imperialismo estadounidense». En medio del océano, los aviones estadounidenses comenzaron a hacer pases bajos sobre los barcos, lo que llenaba de

inquietud a los que viajaban en embarcaciones que no contaban con las defensas de un crucero como el que les había correspondido a los Chudik.

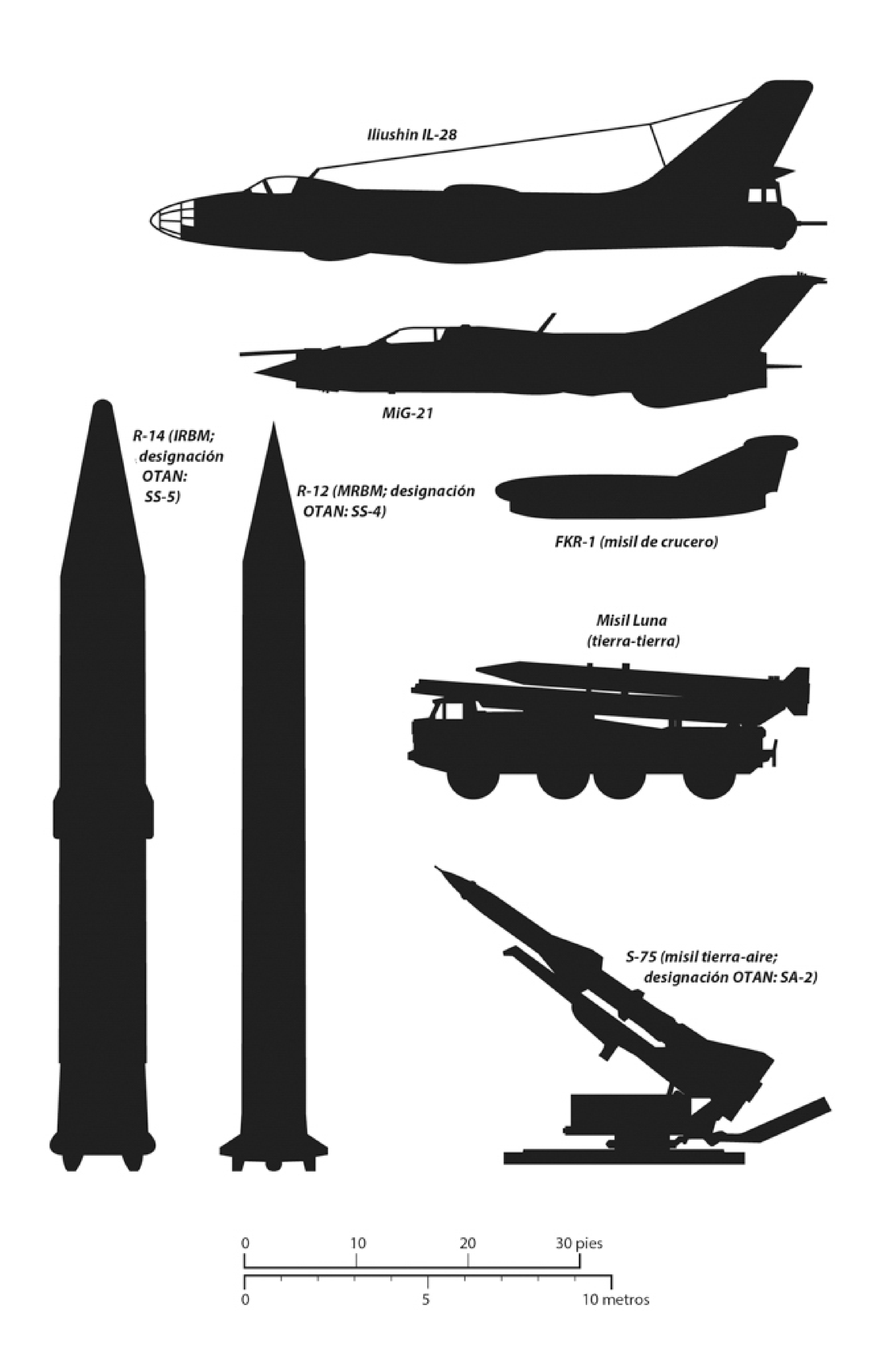
«El sol era despiadado», cuenta Rafael Zakirov, un ingeniero de veinticinco años que viajó a bordo del carguero *Izhevsk*. «Pasábamos el día entero asfixiados en la caja de acero que era la bodega, atormentados por el calor, las olas, el hedor y la sed.»[39]Nacido en Kazán, Zakirov tenía un motivo adicional para sentirse infeliz: cuando su unidad recibió la orden de prepararse para el viaje a Cuba, él acababa de ser seleccionado para unirse a la élite de la aviación soviética y adiestrarse como cosmonauta, pero debido a su condición de especialista el oficial al mando se negó a autorizar su traslado a ese nuevo y emocionante destino. Con ellos, embaladas como carga de cubierta en cajas etiquetadas (en inglés) como «maquinaria agrícola», viajaban las ojivas nucleares, así como otros equipos. Entre tanto, en los buques de transporte de tropas, los soldados se dejaban crecer patillas, barbas y bigotes, como si se prepararan para hacer una audición y unirse a los barbudos de Castro.

El 2 de agosto llegó a Cuba el Regimiento independiente de misiles de la armada soviética, algunos de cuyos jóvenes miembros estaban llenos de ilusión ante su primera experiencia en el extranjero. En La Habana, les desconcertó ver bares con carteles escritos en ruso —*Karavai*, *Balalaica*—, un reflejo de la pequeña comunidad de refugiados rusos blancos residente en la ciudad desde hacía décadas. Los mangos, que ninguno había probado antes, les encantaron. El exotismo de las palmeras, las flores y las frutas les resultó fascinante, aunque, recuerda Rafael Zakirov, «en ocasiones el calor nos parecía insoportable», en especial cuando a la hora de la comida les daban un *borsch* hecho a base de concentrado y servido en los tazones metálicos proporcionados por el ejército, que se calentaban tanto que era imposible cogerlos con las manos. La comida se pudría con rapidez. Con frecuencia, los hombres encontraban gusanos en sus platos (no el mejor suplemento para la moral de la tropa).

Para descargar los vehículos y el armamento, los recién llegados tuvieron que trabajar de noche, sudando de manera prodigiosa. Las cabrias de los barcos no eran apropiadas para los equipos más pesados, y fue necesario solicitar una enorme grúa flotante. Los rusos contaron con la ayuda de

algunos soldados cubanos, con los que se comunicaban en un inglés macarrónico, la única lengua que podía hacer las veces de idioma común. Los lugareños les explicaron que los estadounidenses siempre los habían tratado «como si el país fuera propiedad de Estados Unidos». 37 cargueros soviéticos atracaron durante agosto, veinte de ellos cargados con armas, incluidos sistemas antiaéreos, lanchas patrulleras y misiles de crucero.

Después de quince días de viaje, cuando el barco de Vasil Voloshchenko se acercaba a Cuba, se reunió y armó en cubierta a un pelotón con el fin de que estuviera preparado para resistir cualquier intento de abordaje estadounidense. Los tanques de su unidad se descargaron a remolques cubiertos, que los transportaron a los cuarteles del ejército cubano. En las cabañas de madera existentes no había espacio para todos los hombres, por lo que fue necesario instalar tiendas; una vez que estas estuvieron listas, el grupo comenzó un adiestramiento intensivo para el combate. Fidel Castro en persona visitó la unidad y subió al T-54 del teniente Voloshchenko. El joven oficial se sintió halagado, pero le sorprendió ver que el dictador vestía un pantalón de faena remendado: «¡Era el líder del país, por el amor de Dios! Sin duda podía tener unos pantalones decentes. Pero todos vivían en una gran pobreza».40Curiosamente, los visitantes causaron una impresión similar a los cubanos con su ropa barata y carente de estilo. Los tanques de Voloshchenko estuvieron durante un tiempo apostados a veinte metros de un depósito de ojivas nucleares tácticas: «Todos los días las mirabas y pensabas: “¡Dios nos ayude! ¡Recemos para que no empiece una guerra!”».41


Iliushin IL-28
MiG-21
R-14 (IRBM; designación OTAN: SS-5)
R-12 (MRBM; designación OTAN: SS-4)
FKR-1 (misil de crucero)
Misil Luna (tierra-tierra)
S-75 (misil tierra-aire; designación OTAN: SA-2)
0
10
20
30 pies
0
5
10 metros

Principales sistemas de armas soviéticos enviados a Cuba.

Transportar por la isla los misiles balísticos de más de 24 metros de largo fue toda una maratón. Para dar paso a esos cilindros de 86 toneladas, que era imposible que giraran en las esquinas de los pueblos y aldeas, fue necesario demoler las cabañas de muchos campesinos. Varias de las ubicaciones elegidas con antelación para emplazar los misiles resultaron inadecuadas, de modo que hubo que identificar e inspeccionar otras nuevas. Una vez en la isla, algunas dotaciones se vieron obligadas a dormir en tiendas de campaña, mientras que otras se alojaban en cuarteles del ejército cubano en los que, por la noche, se cubrían con sábanas empapadas con agua para mitigar el agobiante calor. Entre tanto, algunas unidades de infantería viajaron con lentitud en tren hasta el otro extremo de la isla, a una academia militar en un pueblo cercano a Holguín, una ciudad que les pareció hermosa. Allí, se estacionó a los soldados junto a un regimiento de ocho lanzadores de misiles de crucero nucleares FKR que, escondidos en un bosque de bambú, apuntaban a la base estadounidense en Guantánamo.

Rafael Zakirov era el responsable de la seguridad de las ojivas nucleares tácticas de su unidad, una tarea que las altas temperaturas complicaban gravemente. El sitio de almacenamiento menos inadecuado que pudieron encontrar fue una vieja casamata de hormigón en las montañas de la sierra Cristal, pero el calor y la humedad suponían una amenaza para los componentes eléctricos de las armas. Por orden de Castro, los únicos aparatos de aire acondicionado disponibles en las inmediaciones, los instalados en los burdeles de Santiago, fueron desmontados y trasladados a las montañas, donde recién llegados y lugareños trabajaron en común para resolver los problemas adicionales planteados por la falta de un suministro eléctrico compatible.[42]Por extraño que parezca tratándose del que entonces era uno de los principales productores de azúcar del mundo, los visitantes descubrieron que los mejores obsequios que podían ofrecer a los locales eran el azúcar blanco refinado (los campesinos solo conocían el crudo) y los cigarrillos rusos incluidos en sus raciones.

El sargento Pável Velichko, de veinticuatro años, era un especialista en comunicaciones militares de Mariúpol, Ucrania, que prestaba servicio en el

79.º Regimiento de misiles. Tras su llegada a La Habana, él y sus camaradas viajaron durante todo un día en camión, empapados hasta los huesos por una tormenta, antes de desembarcar en un vasto cañaveral. Allí se instalaron en tiendas de campaña que compartían con plagas de mosquitos, escarabajos y otros insectos hostiles: «En particular nos daban mucho miedo las viudas negras». De cuando en cuando, surgieron tensiones con los lugareños debido a la falta de un idioma común: los guardias que vigilaban el exterior del emplazamiento de los misiles en la zona trataron con displicencia a un campesino que los estaba importunando hasta que descubrieron que el hombre estaba buscando una vaca perdida.[43]Debido al brusco cambio de dieta, muchos hombres contrajeron disentería. Vitali Semenozhenkov se escabulló con un compañero a un pueblo cercano donde compraron ron, se emborracharon como reyes y terminaron siendo detenidos por la policía local. Sin embargo, los agentes solo querían ser amistosos y los llevaron de regreso a la caseta de vigilancia que había fuera del campamento.

Nikolái Probachai tenía veintidós años y era de un pequeño pueblo de Ucrania. Su infancia había estado marcada por las hambrunas, en las que la familia se vio obligada a hacer pan con mazorcas de maíz molidas: «No había patatas, no había nada, comíamos hierba. A las personas se les hinchaba el estómago a causa del hambre».[44]Hasta que cumplió ocho años, se le consideró demasiado desnutrido para asistir a la escuela. En 1959, cuando se unió al ejército, se formó como especialista en geodesia; su función era inspeccionar emplazamientos para la instalación de lanzadores de misiles. En su base en Rusia, él y sus colegas se aprendían de memoria el código de doce dígitos que determinaba la configuración de los misiles balísticos de medio alcance R-12; los suyos estaban dirigidos a un objetivo en Escocia, probablemente la base naval de Faslane, sede de los submarinos nucleares británicos.

Su unidad, el 79.º Regimiento de misiles, había zarpado hacia el Caribe desde Sebastopol el 25 de agosto a bordo del *Omsk*, un buque de 10.825 toneladas. La travesía duró dieciséis días, que los hombres pasaron en calzoncillos, jugando a las cartas en la bodega. Al acercarse a Cuba hubo un momento de tensión cuando el barco pasó frente a Guantánamo y fue sorprendido por el haz de luz del potente reflector de la base

estadounidense. Eso, sin embargo, no tuvo consecuencia alguna. Después de atracar el 9 de septiembre, viajaron sin incidentes a su destino final en Sagua la Grande, en la actual provincia de Villa Clara. Probachai se sentía desdichado. Según cuenta: «Era deprimente pensar que no había ninguna seguridad de que fuéramos a seguir vivos al día siguiente, pero creíamos que lo peor que nos podía pasar era que los estadounidenses nos atacaran con bombas convencionales», no con armas nucleares.[45]Las condiciones de vida en los sitios de lanzamiento de misiles eran arduas. No había agua corriente, por lo que se descubrieron lavando la ropa en hoyos en los que se acumulaba el agua de lluvia después de las tormentas. Complementaban las magras raciones con la sopa que preparaban con las verduras secas que compraban a los lugareños. Les fascinaban los limones, los cocos... y la Coca-Cola.

Algunos rusos darían más tarde testimonio de la estricta moralidad de sus relaciones con la población local, pero Probachai y sus camaradas se sintieron desarmados cuando en sus dependencias se presentó un tractorista que hablaba bien ruso por haber estudiado en Rostov. El hombre traía consigo a una chica visiblemente embarazada y les dijo: «Chicos, ¿les gustaría hacerlo con mi hermana? Si quieren, a ella no le importa».[46]Sin embargo, a los soldados sí les importaba y, por suerte, había otras mujeres que les resultaban más atractivas. El oficial de la KGB Mijaíl Liubímov cuenta: «Cuba era un lugar maravillosamente romántico y los cubanos eran personas muy románticas. Sus mujeres tenían una actitud muy especial hacia el amor: nada que ver con la rigidez de las estadounidenses, que de forma obligatoria lo vinculaban al matrimonio. Parecía que todo el mundo allí sabía tocar la guitarra y bailar. Bastaba salir a pasear por los muelles del puerto, para sentir que toda la gente a tu alrededor se estaba divirtiendo. Eran muy pobres, pero muy felices».[47]

Esta era una visión romántica, pero muchos rusos estaban ansiosos por participar en ella. Las farmacias les vendían alcohol medicinal, que bebían con entusiasmo. Los lugareños les intercambiaban grandes conchas marinas por barras de jabón o botellas de agua de colonia. Durante las largas horas de sofocante aburrimiento que se turnaban con las jornadas de trabajo casi frenético en los emplazamientos de los misiles, los visitantes mascaban caña de azúcar y conversaban con los estudiantes de la Universidad de La

Habana que vigilaban sus posiciones y tenían a su cargo algunas de las viejísimas baterías antiaéreas de la isla. El calor, que ya era bastante castigo en el servicio normal, se tornaba brutal para quienes de cuando en cuando terminaban confinados en la celda de castigo de la unidad: un enorme barril en el que los rebeldes se asaban para expiar sus faltas. En materia de disciplina los rusos eran por lo general estrictos: dos compañeras de Elvira Dubinskaya en el hospital de campaña fueron enviadas de regreso a la URSS de forma abrupta, ya fuera por expresar «pensamientos incorrectos» o por algún mal comportamiento con la población local. Al sargento Pável Velichko le encantaba pintar y estaba obsesionado con la belleza natural de la isla. Cada vez que tenía tiempo libre, tomaba los pinceles y buscaba un paisaje exótico, un grupo de campesinos, una mujer a caballo. Se presentaba a todos los cubanos con que se topaba diciendo «pintor, pintor», la única palabra en español que sabía. En una ocasión insistió en montar un caballo para exhibir su destreza como jinete, a pesar de que se le había advertido que era impetuoso. Como era de esperar, el animal salió disparado, pero, de alguna manera, el sargento logró mantenerse en la silla.

Los rusos tardaron algún tiempo en adaptarse a costumbres como la de dormir durante buena parte del día, para luego despertarse en el fresco de la noche. Valentín Alioshin, del 428.º Regimiento de misiles, recuerda: «El país nos asombró con esas ciudades que nunca dormían y, también, su horrible pobreza: las chozas sin ventanas, los niños corriendo detrás de nosotros, tirándonos de los pantalones y diciendo: “¡Cigarrillos! ¡Pesos!”. Les dimos algunos cigarrillos, pero solo teníamos 25 pesos cada uno».48La enfermera Elvira Dubinskaya le dio toda la ropa que pudo a un cubano: «No era mucho, pero estaba muy feliz». La isla le parecía «un complejo vacacional», pero tenía la impresión de que «la gente no estaba muy bien adaptada a la vida real».49

En su hospital de campaña, los 75 miembros del personal dormían en colchones dispuestos en el suelo de una escuela militar. Durante muchas semanas, al amparo del secreto oficial, se les prohibió escribir o recibir cartas. Cuando por fin se levantó la prohibición de las comunicaciones, se les asignó el código postal «Moscú 400», lo que hizo que una madre que vivía cerca de la capital escribiera desconcertada a su hijo para preguntarle por qué, si estaba estacionado tan cerca de casa, nunca iba a visitarla. De

forma repetida se les advertía acerca de la ubicuidad de los «contras», los contrarrevolucionarios cubanos. Cada vez que ocurría algo malo —un incendio en los cañaverales, o un paciente ruso que ingresaba moribundo en el hospital tras habérsele inyectado el medicamento equivocado—, se atribuía a la acción de los contras, antes que a la casualidad o la incompetencia.

Una característica perdurable del despliegue soviético en la isla fue ese miedo obsesivo a potenciales ataques traicioneros contra su personal e instalaciones. Y si bien es cierto que durante ese período hubo algunos incidentes, estos fueron más pequeñas molestias que ataques propiamente dichos. La CIA, por ejemplo, auspició el intento de sabotaje de una mina de cobre; el ataque fue ejecutado con torpeza por dos exiliados cubanos que tras ser capturados pasaron más de veinte años en las cárceles de Castro. No obstante, las historias sobre enfrentamientos entre flotas invasoras de exiliados y tropas soviéticas y cubanas eran mera fantasía (como lo son las declaraciones de algunos rusos que hoy aseguran haber ayudado a repeler la invasión de bahía de Cochinos). Esas leyendas, no obstante, persisten hasta el siglo XXI. De hecho, hay toda una web rusa dedicada a difundir relatos de veteranos sobre asesinatos, tiroteos, envenenamientos, submarinos estadounidenses hundidos y aviones derribados, casi todos ellos producto de imaginaciones enfebrecidas.[50]En realidad, los mayores peligros que enfrentaron los rusos en Cuba fueron consecuencia de las picaduras de los insectos, o bien de las penosas raciones y condiciones de vida que tuvieron allí.

En ausencia de bajas en batalla, Elvira Dubinskaya y el resto de las enfermeras se descubrieron tratando urgencias. Un soldado ruso comenzó a salir con una de sus camaradas y fue sorprendido por su novia anterior, que, en un ataque de celos, le arrojó ácido en la cara y casi le deja ciego. Un cubano arrojó a su amante desde el balcón de una sexta planta, una experiencia a la que la mujer sobrevivió de forma milagrosa. En el hospital también atendieron a la madre de Fidel Castro, que sufrió un derrame cerebral.

Las prácticas sexuales del Ejército Rojo durante la segunda guerra mundial persistían en las fuerzas armadas soviéticas, y en Cuba los oficiales de

mayor rango de nuevo buscaron «esposas de campaña» entre el personal femenino. Dubinskaya resintió con amargura que el premio del Partido para el que estaba nominada fuera a parar a la cocinera de su unidad, Raya, que era la amante del doctor Tvardovski, el médico jefe. Salvo películas o conciertos ocasionales, los rusos tenían acceso a pocas diversiones. En una oportunidad, todas las enfermeras rusas del hospital militar de La Habana fueron reclutadas para un baile en la embajada soviética. Dubinskaya se descubrió haciendo pareja con el mismísimo embajador, Aleksandr Alekseev; sin embargo, como él medía dos metros de altura y ella solo metro y medio, bailaron la cracoviana, una danza folclórica polaca muy rápida y vigorosa, haciendo cabriolas el uno frente al otro, pero separados —«lo hicimos como es debido, con todos los movimientos»—, mientras los demás invitados los rodeaban y daban palmas al ritmo de la música. Después de ese evento, el embajador invitó varias veces a Elvira a la embajada, con intenciones más íntimas, por supuesto, «pero luego se dio cuenta de que a mí no me interesaba para nada».

En lo que respecta a los cubanos, «la gente va a la guerra como si fuera a una fiesta», dice el protagonista de *Memorias del subdesarrollo* (1968), la potentísima y enormemente influyente película de Tomás Gutiérrez Alea sobre la era revolucionaria. En la vida real, el entonces estudiante de arquitectura José Linares describe la actitud de algunos de sus compatriotas, en especial los revolucionarios más fervorosos, al ver llegar a los soviéticos y sus misiles: «Había cierto machismo, el típico machismo cubano, con gente que soltaba frases como: “Podemos acabar con los Estados Unidos”. Sin embargo, en realidad fueron días muy oscuros, en los que en los sótanos de los edificios te encontrabas con carteles que decían: “En caso de ataque aéreo, refúgiate aquí”».51Manuel Yepe simpatizó con el nuevo embajador soviético, si bien le molestaba la sarta de mentiras que Alekseev contaba sobre sí mismo (la primera de las cuales era, por supuesto, no reconocer para nada su función como oficial de la KGB): «Decía que pertenecía al Departamento de Relaciones Internacionales del Sóviet Supremo, luego que era jefe de esto y aquello y no sé qué más. Pero no era el típico ruso y sabía ganarse a la gente».52José Bell Lara era un joven revolucionario y entusiasta al que los rusos le parecían «gente muy rara ... pero un mal necesario. Su apoyo fue fundamental. Sin ellos, no podríamos haber sobrevivido tres años».53

A lo largo de esas semanas de finales de verano y comienzos de otoño de 1962, los rusos en Cuba trabajaron mucho, sufrieron algo, se rieron un poco y exploraron una tierra extraña y exótica con un curioso espíritu de inocencia, dadas las colosales implicaciones de la misión que sus líderes les habían encomendado con tanta despreocupación. Muy cerca de ellos, pero a la vez muy lejos, 160 millones de estadounidenses ignoraban aún lo que estaba ocurriendo en la isla de Castro. Entre tanto, en Moscú, Jrushchov parecía disfrutar casi como un niño con la gigantesca «sorpresa bomba» nuclear que pretendía servir a Estados Unidos. No obstante, otros de los que en el Kremlin estaban al tanto del secreto abrigaban temores acerca del plan. Dormían mal, imaginando que, en cualquier momento, los estadounidenses iban a descubrir lo que estaba sucediendo y responderían con una furia potencialmente incontrolable. Sin embargo, dado que Rusia era lo que era, y el Kremlin también, poco o nada dijeron al líder, el *vozhd*.

El mayor error del mandatario soviético fue confundir dos objetivos: la defensa de Cuba y la proyección del poderío soviético para amenazar a Estados Unidos. El primer propósito era justificable y probablemente alcanzable. Varios estadounidenses prominentes afirmaron en la época que, tras el fiasco de bahía de Cochinos, la invasión de Cuba no formaba parte de los objetivos de la administración Kennedy. Esta es una idea que siguen sosteniendo algunos historiadores, y es indudable que no había ningún compromiso inmediato de atacar la isla. Sin embargo, lo cierto es que existían planes amplios y detallados para esa invasión, y las negaciones posteriores de cualquier intención hostil por parte de figuras como Robert McNamara carecen de credibilidad. En un momento en que el desafío del régimen de Castro a la voluntad de Estados Unidos seguía siendo en Washington una herida abierta, había todas las razones del mundo para creer que las fuerzas estadounidenses solo necesitaban un pretexto para intentar invadir Cuba.

Los cubanos se encontraban en la misma situación que los chinos en noviembre de 1950. En el apogeo del triunfalismo estadounidense en la guerra de Corea, las tropas de Estados Unidos habían llegado prácticamente

hasta el río Yalu, la frontera con China. En ese momento, la «pérdida de China» —la victoria de los comunistas de Mao Zedong— poco más de un año antes todavía causaba gran escozor en Estados Unidos; y Chiang Kai-shek y sus nacionalistas seguían firmes en Taiwán, ansiosos por reanudar la lucha en el continente. Douglas MacArthur, un hombre de arrogancia ilimitada, era el comandante en jefe de las fuerzas de la ONU en Corea. Con independencia de si la administración Truman tenía la más mínima ambición o intención inmediata de permitir que las tropas estadounidenses cruzaran el Yalu y revisaran el resultado de la guerra civil china, era perfectamente racional que, en Pekín, Mao decidiera que esa posibilidad era un riesgo inaceptable y, por tanto, enviara fuerzas chinas a Corea.

De la misma manera, para el régimen de Castro en La Habana, y de hecho para la mayor parte del mundo, era razonable considerar verosímil e incluso probable que Estados Unidos intentara invadir Cuba. Dado el despliegue de las fuerzas estadounidenses alrededor de las fronteras soviéticas, o en posiciones desde las que alcanzaban con facilidad objetivos clave en Rusia, la administración Kennedy habría tenido dificultades para asegurarse el apoyo internacional si resolvía oponerse al refuerzo soviético de las defensas cubanas. Si Jrushchov hubiera optado por enviar, digamos, cien mil soldados a Cuba por invitación de Castro, era poco lo que Washington podría haber hecho al respecto esperando contar con el respaldo de sus aliados.

Sin embargo, la instalación en la isla de los misiles estratégicos era algo por completo diferente. El líder soviético reconocía en privado que uno de sus motivos era el deseo de extender el alcance del poderío nuclear de la URSS al patio trasero de Estados Unidos. En el momento en que decidió perseguir ese objetivo, comprometió el de la defensa de la Revolución cubana. El segundo disparate de Jrushchov fue aceptar la ridícula afirmación del mariscal Biriuzov, respaldada por el ministro de Defensa Malinovski, de que era posible ocultar el despliegue de los misiles a los estadounidenses y de que los gigantescos cilindros escondidos bajo las palmeras serían invisibles. Troianovski diría más tarde: «Supera por entero mi comprensión cómo, teniendo en cuenta la escala tremenda de la operación, alguien podía seriamente confiar en que se mantendría en secreto, sobre todo cuando su éxito dependía por completo de que fuera una sorpresa».[54]

Aunque la fotografía satelital estaba apenas comenzando, ya era una realidad; y, más cerca del suelo, el avión de reconocimiento a gran altitud U-2 llevaba más de seis años proporcionando imágenes aéreas asombrosamente detalladas. En el curso de la Guerra Fría, los estadounidenses, los británicos y otros aliados tuvieron muchas iniciativas desacertadas. En el verano de 1962, sin embargo, los rusos los superaron a todos en insensatez. Solo un político con la capacidad de juicio más errática imaginable podía haber esperado salirse con la suya enviando un pequeño ejército y toda clase de material militar al otro lado del mundo, a puertos situados a apenas minutos de vuelo de Estados Unidos, sin que nadie se diera cuenta.

Con todo, eso fue exactamente lo que hizo Nikita Jrushchov. Más extraño todavía es que no haya prueba alguna de que él o su equipo hubieran preparado una respuesta anticipándose a la eventualidad de que el plan quedara al descubierto. «Por desgracia», escribió el embajador Aleksandr Alekseev mucho tiempo después, «no planeamos ninguna solución alternativa en caso de que los estadounidenses descubrieran los misiles antes de que estuvieran operativos».[55]Jrushchov sencillamente había puesto en marcha su plan; luego, como rezaba su máxima favorita, esperaría a ver qué pasaba y qué se podía hacer. Hasta entonces, los soviéticos habían implementado la mayoría de sus iniciativas al descubierto —ya fuera en Alemania, en Oriente Próximo o en algún otro lugar— y el Kremlin solía anunciarlas al mundo con un orgullo desafiante. En esta ocasión, sin embargo, Moscú se esforzó por mantener sus movimientos en secreto, lo que implicaba cierta admisión de culpabilidad. Más tarde, cuando la trama quedó al descubierto, nada perjudicó más a Jrushchov a los ojos del mundo que el hecho de haber intentado actuar de forma subrepticia. «Desde el principio, el proyecto contenía las semillas de su propio fracaso», diría el general Gribkov.[56]

A lo largo de agosto, mientras estaba de vacaciones en Crimea, Jrushchov recibió una procesión de visitantes, incluida una delegación cubana de la que formó parte el Che Guevara. Una vez más, hizo caso omiso del afán de los cubanos por firmar un tratado de defensa que pudieran hacer público, similar a los que Estados Unidos tenía con muchos de sus aliados. En lugar de ello, aseguró a los visitantes, en presencia del mariscal Malinovski, que

los estadounidenses se verían obligados a aceptar la nueva realidad nuclear: «No hay de qué preocuparse, no habrá una reacción exagerada de Estados Unidos, y si hubiera algún problema, pues enviamos la flota del Báltico».57Eso era absurdo, pero el ministro de Defensa soviético parecía tan dispuesto a creérselo como su jefe.

El 7 de septiembre de 1962, Jrushchov autorizó el envío a Cuba de una nueva remesa de armas tácticas: tres destacamentos de misiles Luna (FROG en la designación de la OTAN), que tenían un alcance de más de treinta kilómetros y se montaban en el chasis de un tanque ligero; 24 iban armados con explosivos convencionales, y los doce restantes, con ojivas nucleares. Se incluyeron además 18 lanzadores de misiles de crucero FKR-1, que también estaban equipados con cabezas nucleares. Este arsenal se convertiría, con diferencia, en el componente más peligroso del despliegue en cuanto a su potencial para precipitar una catástrofe global. ¿Por qué enviarlos? Si se los enviaba era porque se preveía que fuera necesario utilizarlos. Sin recurrir a semejante fuerza, hubiera sido imposible defender Cuba de una invasión convencional desde Estados Unidos. El 8 de septiembre, el Estado Mayor de Malinovski en el Ministerio de Defensa redactó una orden que autorizaba al general Plíyev a disparar esas armas de acuerdo con su propio criterio en caso de que se perdiera el contacto con Moscú durante un asalto estadounidense. Al final, la orden por escrito no se enviaría al comandante soviético, pero eso en realidad no cambiaba nada, pues ya en julio Jrushchov había otorgado oralmente esa potestad a Plíyev. Solo más tarde, en el apogeo de la crisis, se rescindiría la autorización para el uso discrecional de las armas nucleares tácticas.

También en la primera semana de septiembre comenzaron las obras de construcción de la base para los misiles R-14 (SS-5 en la designación de la OTAN) en Guanajay, al oeste de La Habana. Entre tanto, las fuerzas convencionales continuaban llegando y desplegándose en la isla. De manera sorprendente, y hasta el día de hoy incomprensible, después de las complejas medidas de seguridad adoptadas para enviar a Cuba los misiles y el contingente de fuerzas soviéticas, una vez en Cuba no se hizo ningún esfuerzo por ocultarlos, ni siquiera el simple tendido de redes de camuflaje. Tiempo después, Serguéi Mikoyán, que pronto acompañaría a su padre Anastás al Caribe, diría: «El error del camuflaje fue típicamente ruso:

tuvimos que [hacer el despliegue] deprisa, lo que implicó usar demasiados barcos, y los estadounidenses se dieron cuenta de ello. Trabajábamos como estábamos acostumbrados a hacerlo y nunca hablamos con Fidel acerca del camuflaje. Fidel dijo [más tarde]: “Si ustedes nos lo hubieran pedido, podríamos haber disfrazado las bases de misiles como proyectos agrícolas”. Era muy ruso no solicitar ayuda adicional de expertos».[58]El redactor de discursos de Jrushchov, Fiódor Burlatski, bromeó: «Somos una sociedad planificada, pero no una sociedad que planifique de verdad».[59]

Serguéi Jrushchov aseguraría luego que ese fallo causó estupor a su padre, que inquirió al respecto sin obtener «una respuesta sensata de Plíyev. Nunca volví a oírle un comentario entusiasta sobre el general o sobre la posibilidad de concederle el grado de mariscal».[60]Los regimientos de misiles no recibieron ninguna orden que les hiciera pensar que debían ocultar su armamento, y dado que en Rusia eso era innecesario, carecían de la experiencia o el adiestramiento adecuado para hacerlo en Cuba. El caos mental de los estrategas soviéticos quedó subrayado todavía más con la decisión de proporcionar munición adicional a los lanzadores de misiles de alcance intermedio. En caso de una confrontación con Estados Unidos, era imposible que después de lanzar el primer bombardeo las bases cubanas sobrevivieran el tiempo suficiente para recargar y disparar de nuevo: los ingenieros soviéticos no se habían preocupado por reforzar las instalaciones para proteger el armamento contra ataques aéreos convencionales, mucho menos contra una represalia nuclear. Semejante cúmulo de errores solo puede explicarse por una confusión que estaba casi institucionalizada en las fuerzas armadas soviéticas y que resultó notoria en la planificación y ejecución de la operación Anádir.

Jrushchov se encontraba en su nueva casa de campo, construida entre los bosques de pinos de Pitsunda, en la costa del mar Negro, al oriente de Crimea, y rodeada por un alto muro de hormigón, cuando en la mañana del 5 de septiembre se le informó de que, al parecer, los estadounidenses se habían percatado de la llegada de los misiles tierra-aire a Cuba. Esta fue quizá su última oportunidad de cancelar el despliegue del armamento nuclear, pues los misiles estratégicos aún no se habían descargado. Si iba a dar marcha atrás, no tendría mejor ocasión. El líder soviético, sin embargo, optó por seguir adelante con su plan: en lugar de retroceder, elevó la

apuesta. Stewart Udall, el secretario del Interior de Estados Unidos, que se encontraba entonces de visita oficial en Rusia recorriendo las centrales eléctricas soviéticas, recibió una repentina invitación para entrevistarse con el jefe supremo. El 6 de septiembre, en el ostentoso lujo de la villa —piscina cubierta, alfombras orientales, jardín japonés en la terraza—, Jrushchov sometió al estadounidense a una diatriba... sobre Berlín. Reiterando sus conocidas amenazas, dijo: «Le daremos [a Kennedy] una opción: ir a la guerra o firmar un tratado de paz ... Ha pasado mucho tiempo desde que ustedes podían azotarnos como a un niño pequeño; ahora nosotros podemos darles en el trasero».

El envío a Cuba de la mayoría de los buques de guerra soviéticos designados para la operación había sido cancelado, en parte porque su abrupta aparición en el Caribe resultaba incompatible con el pretendido secreto de Anádir. Una vez cancelado el despliegue naval a gran escala, los principales elementos restantes del plan original eran los cuatro submarinos de dos mil toneladas de la clase Foxtrot (en la designación de la OTAN) de la 69.ª Brigada, construidos con los precarios estándares imperantes en los astilleros soviéticos: todos tenían graves defectos. Y, además, eran en exceso ruidosos: los occidentales podían detectar sus turbinas a más de treinta kilómetros de distancia. Uno de ellos, el B-59, estaba comandado por el capitán Valentín Savitski, que había asumido el mando de la nave apenas unas horas antes de zarpar; a bordo viajaba también el jefe de la flotilla, Vasili Arjípov. Un año antes, este había estado a bordo de un submarino de clase Hotel (en la designación de la OTAN) que sufrió una importante fuga en el sistema de refrigeración del reactor nuclear. La crisis creada por el incidente degeneró en motín, y aunque este fue sofocado y el submarino consiguió llegar a puerto, ocho miembros de la tripulación murieron poco después y otros más lo harían en los años siguientes.

A principios de octubre, la flotilla de submarinos partió de la bahía de Saida, cerca de Múrmansk, con órdenes tan confusas como todas las que guiaron el despliegue en Cuba. El almirante Vitali Fokin, el primer subcomandante de la marina soviética, ofreció a los capitanes unas palabras

de despedida con la grandilocuencia característica: «Si os dan una bofetada en la mejilla izquierda, no dejéis que os den otra en la derecha». Los oficiales declararían después que no sabían cómo tenían que interpretar la advertencia de su superior, pero que este parecía estar insinuando que no debían tolerar insultos de la marina estadounidense. Solo Arjípov y el comandante de la brigada, Vitali Agafonov, sabían que la flotilla se dirigiría a la bahía de Mariel en Cuba. Sus subordinados, los capitanes de los submarinos, no conocieron cuál era su destino hasta entrar en el Atlántico, cuando abrieron las órdenes selladas que habían recibido. Cada nave llevaba 22 torpedos, uno de ellos armado con una cabeza nuclear de diez kilotones, casi tan potente como la bomba lanzada sobre Hiroshima en 1945. «No nos queda claro por qué llevamos armas atómicas», le dijo Arjípov a un oficial superior. «Esa es la directriz: debe familiarizarse con [el torpedo nuclear]», se limitó a replicar su interlocutor. El jefe de la flotilla no recibió ninguna respuesta cuando planteó un nuevo interrogante: «¿Cuándo y cómo debemos usarlo?».

Otro de los capitanes de la flotilla, Riurik Ketov, diría luego que el jefe del Estado Mayor de la Flota del Norte, el almirante Anatoli Rassojo, había ordenado el uso del «arma especial en los siguientes casos. Primero: si os bombardean y se produce una brecha en el casco de presión. Segundo: si al salir a la superficie, os atacan y, de nuevo, se produce una brecha. Y tercero: ¡por orden de Moscú!».61

El desorden que acompañó todo el despliegue resulta evidente en el mero envío de los submarinos, que zarparon sin una noción clara de lo que se pretendía conseguir con su presencia. El plan original preveía además que un submarino de la clase Noviembre (en la designación de la OTAN) navegara directamente debajo del *Aleksándrovsk*, uno de los buques que transportaba ojivas nucleares, con el doble propósito de escoltarlo y ocultar su propia presencia, pero esta idea terminaría descartándose. La flotilla de submarinos Foxtrot avanzó hacia Cuba usando sus motores eléctricos para alcanzar una velocidad de entre seis y nueve nudos durante el día, cuando estaban bajo el agua, y de hasta quince en la noche, cuando salían a la superficie. Alekséi Dubivko, el capitán del submarino B-36, dijo más tarde: «La jefatura política determinó el cronograma de nuestra llegada a Cuba y nos atuvimos a ella». Que el alto mando soviético diera por hecho que los

submarinos podrían llegar a aguas cubanas sin ser detectados era tan absurdo como creer que los misiles podrían permanecer ocultos en la isla durante dos meses. Antes de que estallara la crisis, buques de guerra estadounidenses y británicos llevaban días trazando los movimientos aproximados de los submarinos rusos. Aunque una tormenta en el Atlántico ralentizó su avance, el temporal también hizo más difícil que los aviones de reconocimiento los localizaran.

El 13 de octubre, un buque de aprovisionamiento de la marina estadounidense divisó un submarino en la superficie a doscientos kilómetros al norte de Caracas, pero en ese momento la tripulación no se percató de la relevancia del hallazgo. Dos días después, Moscú ordenó a los submarinos abandonar su avance hacia Mariel y, en lugar de ello, tomar posiciones en el mar de los Sargazos, a tres días de navegación de Cuba; el impulsor de este cambio de planes fue, al parecer, el en extremo cauteloso Anastás Mikoyán, en contra de los deseos del mariscal Malinovski. La opinión de Mikoyán prevaleció en el Presídium solo cuando el almirante Serguéi Gorshkov, el comandante en jefe de la armada soviética, se sumó a la reunión y confirmó que, una vez que se acercaran a la costa, los submarinos no tenían ninguna esperanza de seguir sin ser detectados en el Caribe. En el mar de los Sargazos, las naves pudieron mantener oculta su ubicación exacta a la marina estadounidense durante los días siguientes, pese a que las condiciones del trópico las obligaban a salir a la superficie durante treinta y seis horas para cargar por completo sus baterías, cuando normalmente solo necesitaban entre diez y doce, debido a lo mucho que se calentaban los electrolitos. Además, los motores diésel del B-130 sufrieron fallos, mientras que el B-36 tenía una fuga en la escotilla que le impedía sumergirse por debajo de los sesenta metros, en lugar de los trescientos para los que estaba diseñado. Los cuatro submarinos eran una de las piezas más peligrosas del rompecabezas que Jrushchov estaba armando cerca de la costa de Estados Unidos, y su papel estaba lejos de haber terminado.

Robert Frost, el emblemático poeta estadounidense, que en 1962 tenía ochenta y ocho años, había acompañado a Stewart Udall en su gira rusa. El

escritor también había sido invitado a conocer al líder, pero al llegar a Crimea lo venció la fiebre, de modo que se acostó y dijo que se encontraba demasiado indispuesto para visitar a Jrushchov.62Tan pronto este se enteró de lo ocurrido, envió a su médico de cabecera para que le examinara y, poco después, él mismo se acercó al lecho del enfermo y permaneció junto a él durante noventa minutos. El primer secretario preguntó al poeta si tenía algo especial que decir, y Frost respondió con una reflexión vigorosa que, obviamente, había preparado con sumo cuidado. Hizo un llamado a Estados Unidos y la Unión Soviética a desarrollar una «rivalidad noble», evitando los errores estúpidos, «las disputas mezquinas y la propaganda deshonesta» que podían precipitar una catástrofe. Las grandes naciones, dijo con ánimo más bien fantasioso, «se admiran y no disfrutan menospreciándose unas a otras».

Jrushchov respondió con cortesía y buen juicio y, como correspondía, halagó al poeta. Una vez que su visitante se marchó, Frost volvió a recostarse en la cama, exhausto, y le dijo al estadounidense que lo acompañaba: «Bueno, lo hicimos, ¿no? Es un gran hombre, sin duda». Esa entrevista se había producido en un momento en que el líder soviético estaba tramando dar a Estados Unidos la sacudida más brutal de la Guerra Fría, y es probable que para él el hecho de ser consciente de eso añadiera cierto picante al intercambio con Frost, al que dejó hacer el ridículo. A su regreso a Estados Unidos el 9 de septiembre, la comitiva aterrizó en Idlewild, donde una multitud de periodistas recibió al anciano vanidoso y agotado pidiéndole sus impresiones sobre Jrushchov. El poeta causó sensación al afirmar que el mandatario comunista «dijo que ... pensaba que somos demasiado liberales para luchar ... que no haremos nada». Udall quedó horrorizado, en particular porque sabía que el ruso no había dicho tal cosa. Además, la frase «demasiado liberales para luchar» Frost la empleaba con frecuencia para burlarse de sus amigos moderados en Harvard. Lo que no impidió que al día siguiente el *Washington Post* incluyera el titular: «Frost dice que Jrushchov considera a Estados Unidos “demasiado liberal” para defenderse». La persona que se sintió más herida por el comentario fue el presidente Kennedy, que había invitado al anciano sabio a leer un poema en su toma de posesión. «¿Por qué tenía que decir eso?», le preguntó con rabia a Udall.

A finales de septiembre, después de haber recibido el último informe de los militares sobre el progreso de la operación, Jrushchov, con el entusiasmo que a menudo había demostrado a medida que se desplegaba el melodrama, le dijo a Troianovski, su asesor en materia de política exterior: «Pronto se desatará el infierno».63Según cuenta el mismo Troianovski, su respuesta fue: «Esperemos que el barco no vuelque». El líder soviético reflexionó unos instantes antes de añadir: «Ahora es demasiado tarde para cambiar algo». En opinión del asesor, ese fue el primer momento en que su jefe contempló seriamente el peligro extremo que implicaba el envite en el que él, el *vozhd* de la Unión Soviética, había embarcado a su gran país.

5

La conmoción

Un misterio que perdura de la crisis de los misiles es por qué, a pesar de los enormes recursos de los servicios de inteligencia estadounidenses y la extrema atención prestada a las actividades de los soviéticos en el Caribe, la Casa Blanca del presidente John Fitzgerald Kennedy tardó en enterarse, o al menos en reconocer, que la Unión Soviética estaba desplegando armas nucleares a menos de 150 kilómetros del Estados Unidos continental. El informe elaborado luego por la junta de inteligencia presidencial concluyó que «la sorpresa casi total de los servicios de inteligencia ... se debió en gran parte a un fallo del proceso analítico». En resumen, la maquinaria estadounidense reunió pruebas suficientes de que los soviéticos tenían que estar tramando algo grande en Cuba, pero no logró deducir qué podía ser. Este dictamen de la junta es certero, pero solo hasta cierto punto, pues no reconoce en qué medida las restricciones políticas afectaban la actividad de los servicios de inteligencia, sobre todo en lo referente a la vigilancia aérea de Cuba.

Entre julio y septiembre de 1962, las operaciones de vigilancia electrónica y aérea occidentales detectaron un aumento en el número de buques que salían tanto del mar de Barents como del mar Negro. No todos los medios de vigilancia estadounidenses eran tecnológicamente

sofisticados: de monitorizar y fotografiar los barcos soviéticos que pasaban por el canal de la Mancha se encargaba una avioneta que partía del aeródromo de Lympne, en Kent, y que había sido alquilada por la embajada de Estados Unidos a una pequeña empresa local llamada Skyfotos; Gordon Janney, el joven piloto de la aeronave, tenía veintidós años. [1]

Los estadounidenses advirtieron que un número inusualmente alto de cargueros se dirigían a Cuba. Sin embargo, Moscú logró ocultar el hecho de que esos barcos transportaban a decenas de miles de soldados y personal militar (la CIA, en cambio, calculaba que Rusia apenas había enviado a la isla unos cuatro mil efectivos). La comunidad de inteligencia perdió una oportunidad importante el 20 de julio, cuando un avión de transporte soviético se vio obligado a aterrizar de emergencia en Nasáu, en Bahamas, que entonces todavía formaba parte del Reino Unido. En el aeropuerto, los turistas estadounidenses se divirtieron fotografiando a los rusos que, vestidos con camisas a cuadros, se apiñaban en la pista, pero nadie se dio cuenta de que se trataba de la avanzadilla de los regimientos de misiles soviéticos, que viajaban a La Habana junto con el médico del general Plíyev. La mayoría de los analistas estadounidenses creían que los barcos transportaban solo armamento y material de defensa convencional para las fuerzas de Fidel Castro, y reconocían que tales refuerzos resultaban lógicos en vista del declarado compromiso de los soviéticos con la defensa de Cuba y el conocido interés de la administración Kennedy en derrocar a Castro. En Washington, el personal del NPIC (el Centro Nacional de Interpretación Fotográfica, por sus siglas en inglés) acuñó una nueva palabra para describir su trabajo con las imágenes de los cargueros soviéticos que navegaban hacia Cuba: «cajología». Su labor consistía en intentar adivinar el contenido de las enormes cajas y contenedores de madera visibles en las cubiertas de estos barcos. Pasaron semanas analizando las fotografías sin apenas realizar avances.

A sus treinta y ocho años, la criptógrafa Juanita Moody, una de las pocas mujeres con un cargo de alto nivel en la Agencia de Seguridad Nacional, dirigía la sección encargada de la vigilancia de Cuba. Hija de un trabajador ferroviario de Carolina del Norte convertido en agricultor, creció con ocho hermanos en una casa alquilada sin electricidad ni agua corriente. Estudiante de magisterio cuando Estados Unidos entró en la segunda guerra mundial, pronto se encontró trabajando en análisis criptográfico en Arlington Hall, del ejército estadounidense. Terminada la guerra, sus superiores la convencieron de que no regresara a la universidad y, al quedarse, se convirtió en miembro fundador del centro de análisis criptográfico que en 1952 se convertiría en la Agencia de Seguridad Nacional. Moody destacó en el aprovechamiento de las nuevas tecnologías, y en particular de los ordenadores, para el desciframiento de códigos, y al poco tiempo estaba dirigiendo un gran equipo de analistas al que de cuando en cuando debía llamar al orden golpeando su escritorio con un palo de hockey.[2] Operaba en una atmósfera de prejuicio masculino, ejemplificada por un jefe de la NSA que solía referirse a una oficina en la que trabajaban algunas jóvenes como «el taller de pintura y carrocería». Estaba casada con el ejecutivo de una aerolínea, con quien tenía una cabaña de montaña en el valle de Shenandoah, a donde se retiraba para escuchar jazz y cazar ciervos con una carabina Ruger.

En 1961, poco después de que Moody se hiciera cargo de la vigilancia de Cuba, ella y sus colegas advirtieron que la seguridad de las comunicaciones de la isla experimentó una marcada mejoría, una obvia consecuencia de la tutela rusa. El tráfico inalámbrico, que antes era fácil de leer, ya no lo era: las fuerzas de Castro habían comenzado a usar un sistema de microondas. La armada estadounidense desplegó en alta mar tres barcos de vigilancia: el *Oxford*, el *Belmont* y el *Liberty* (en 1967 este último sería bombardeado por la fuerza aérea israelí en un famoso incidente durante la guerra de los Seis Días). Estos, sin embargo, no consiguieron resolver los misterios de los

buques soviéticos que atracaban en puertos cubanos con manifiestos de carga descaradamente en blanco, de los cargamentos que no coincidían con los pesos declarados y de las descargas clandestinas en medio de la noche. La situación «se estaba poniendo cada vez más y más caliente», recordaba Moody, que a principios de 1962 estaba «realmente asustada». En febrero, en una decisión sin precedentes, la más reciente valoración de la NSA sobre la acumulación de fuerzas soviéticas en Cuba, un documento de alto secreto, se puso en circulación en la amplia comunidad de inteligencia estadounidense, lo que subrayaba la alarma de la Agencia.

En la primera semana de agosto, comenzaron los trabajos de construcción de las bases de lanzamiento para los misiles antiaéreos soviéticos en Matanzas, La Habana, Mariel, Bahía Honda, Santa Lucía, San Julián y La Coloma. Tan pronto como la Oficina de Estimaciones Nacionales (ONE, por sus siglas en inglés), el cerebro estratégico de la CIA, logró identificar esas armas, la tapadera de los soviéticos, es decir, que solo estaban enviando a Cuba equipos agrícolas, voló por los aires. Las pruebas fotográficas se vieron reforzadas por el incesante flujo de «HUMINT», o inteligencia de fuentes humanas, proporcionado por refugiados y exiliados. El entonces subdirector de la CIA recordaría que al discutir la creciente red de emplazamientos antiaéreos su jefe, John McCone, dijo: «Si quieren evitar intrusiones [aéreas], es para proteger algo. Ahora bien: ¿qué diablos es ese algo?».[3] Los misiles tierra-aire eran entonces un recurso costoso y relativamente escaso que solo se utilizaba para salvaguardar activos muy valiosos. Los cubanos no poseían muchas instalaciones, si es que tenían alguna, dignas de semejantes cuidados.

Entre el 10 y el 23 de agosto, McCone advirtió en cuatro ocasiones al presidente Kennedy sobre la situación, subrayando que personalmente creía que los soviéticos tenían la intención de desplegar misiles estratégicos en Cuba, una hipótesis que en ese momento muy pocos en la CIA apoyaban. Sostuvo esta idea el día 17, en una reunión del Consejo de Seguridad

Nacional a la que asistió el presidente. Dean Rusk y Robert McNamara no estuvieron de acuerdo con él y expresaron su propia opinión, a saber, que la acumulación de fuerzas comunistas en la isla solo pretendía reforzar las defensas convencionales de Cuba.

McCone resultaría ser una figura clave en la primera fase de la crisis de los misiles. Como la mayoría de los pesos pesados de todos los gobiernos estadounidenses, era un nombramiento político más que un espía de carrera. Nacido en California en 1902, republicano, ultraconservador, la decisión de Kennedy de encomendarle la dirección de la CIA había consternado a los liberales de la administración. Tras la fachada benigna de sus canas, la reputación de McCone era la de un pirata. Vástago de una rica familia de San Francisco, en la segunda guerra mundial pasó de la industria siderúrgica a la construcción naval, y se convirtió en uno de los empresarios que más prosperaron gracias a la conflagración. Terminado el conflicto, un organismo de control del Congreso declaró que McCone y sus socios habían obtenido beneficios por 44 millones de dólares a partir de una inversión de solo cien mil. En la investigación que se realizó en la posguerra sobre semejantes ganancias, un representante de la Oficina de Contabilidad General dijo en su testimonio: «En ningún momento de la historia de las empresas estadounidenses, tan pocos ganaron tantísimo con tan poco riesgo, y todo a expensas del contribuyente» (lo que probablemente fuera una referencia irónica al «nunca tantos debieron tanto a tan pocos» de Winston Churchill).

McCone demostró un entusiasmo histórico, y cuestionable, por las armas nucleares. En 1956, cuando los científicos del Instituto Tecnológico de California apoyaron la campaña de Adlai Stevenson para prohibir las pruebas, el magnate, que era miembro de la junta de la institución, afirmó públicamente que estos «cerebritos» habían sido engañados por la propaganda rusa y estaban tratando de «infundir en las mentes de los desinformados el temor a que la lluvia radiactiva de las pruebas de la

bomba H pueda suponer un peligro para la vida». Aunque él lo negaba, existía la creencia generalizada de que su intención al hacer tales declaraciones era que se despidiera a los investigadores.

Católico converso, no veía el comunismo como un error, sino como el mal. Abrazó la doctrina estratégica de la represalia nuclear masiva. En 1958 se convirtió en presidente de la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos. Robert Kennedy fue quien promovió su nombramiento en la CIA, pues le consideraba un hombre que obtendría resultados y que, además, podría ayudar a la administración a hacer amigos entre los conservadores (parte de la estrategia del gobierno para recuperar la confianza tras la renuncia forzosa de Allen Dulles como consecuencia de la debacle de bahía de Cochinos). En el cargo, McCone demostró ser más mesurado e imparcial de lo que temían los hombres de la «nueva frontera», aunque las relaciones de la CIA con el Departamento de Defensa se mantuvieron tensas: la sombra del fracaso de la operación Zapata pesaba sobre la reputación de la Agencia, así como sobre su nueva sede en Langley, Virginia, que había costado 65 millones de dólares. El director entrante, escribió un trabajador de la CIA con respeto reticente, repasaba cada línea de los documentos e informes «como si se tratara de una hipoteca corporativa».[4] Inspiraba miedo por su temperamento irascible, y resentimiento debido a su gusto por los adornos del cargo, entre los que destacaba un Cadillac personalizado.

El 22 de agosto, McCone presentó a Kennedy un memorando especulativo sobre la probabilidad de que Rusia desplegara en Cuba misiles balísticos de mediano alcance (MRBM). Al día siguiente, en una reunión con el presidente, en la que estuvieron presentes Rusk, McNamara, Taylor y Bundy, entre otros, el director de la CIA volvió a argumentar que la única justificación creíble para instalar sistemas de misiles tierra-aire en la isla era ofrecer protección a las bases de MRBM, si bien reconoció que se trataba de un juicio subjetivo (pese a que luego su hipótesis se revelaría correcta, las pruebas disponibles en ese momento no la respaldaban). En una

entrevista concedida en 1988, McCone dijo: «No veíamos los misiles ofensivos. Estaban los barcos, pero no teníamos agentes en los barcos; sin embargo, hay cosas que puedes deducir». [5]

Más tarde ese mismo día, McCone viajaría fuera de Washington, a donde no regresaría durante un mes. Primero voló a Seattle, donde se casó con Theiline McGee, una viuda de treinta y nueve años. Luego, partió con su pareja a una larga luna de miel en Francia (en compañía, lo que no resultaba precisamente congruente, de un equipo de comunicaciones de la CIA). Aunque no cabe duda de que McCone estaba en lo cierto cuando afirmaba luego que él había sido el primero en hacer sonar las alarmas sobre lo que estaba ocurriendo en Cuba, parece razonable suponer que si hubiera previsto que la confrontación con la Unión Soviética era inminente, no se habría marchado al extranjero durante tanto tiempo, por muy seductores que fueran los encantos de su nueva esposa. Por otro lado, en las reuniones de finales de agosto con el gobierno realizó una propuesta que no contribuyó en nada aumentar su credibilidad, y en cambio sí le distanció de los miembros más responsables de la administración, a saber, lanzar un falso ataque castrista contra la base estadounidense de la bahía de Guantánamo que les sirviera como pretexto para justificar el derrocamiento por la fuerza del régimen de La Habana. [6]

Mientras su jefe estaba de luna de miel, los analistas de la CIA continuaron trabajando horas extras. El 29 de agosto, vieron las fotografías tomadas por un U-2 de un nuevo emplazamiento de misiles antiaéreos soviéticos cerca de la ciudad de Banes, en la costa oriental de la isla. El 1 de septiembre, la URSS anunció un acuerdo para proporcionar armas y técnicos militares a Castro; y cuando en una rueda de prensa se le preguntó a Kennedy qué tenía que decir al respecto, el presidente dijo que Estados Unidos emplearía «cualquier medio necesario» para prevenir una agresión, pero que «los indicios sugieren que el refuerzo militar de Cuba no posee una capacidad ofensiva significativa».

¿Por qué el gobierno de Estados Unidos se mostró reacio a prestar atención a los indicios circunstanciales de las intenciones de los soviéticos en Cuba? Muchos conservadores de relieve, entre ellos algunos pertenecientes a la comunidad de inteligencia y las fuerzas militares, harían luego alarde de la rabia que les producía la supuesta ingenuidad de los hermanos Kennedy. No obstante, es posible defender que procedieron con honestidad. En primer lugar, aunque McCone y los halcones demostraron tener razón en los temores que manifestaron en agosto, también es cierto que los servicios de inteligencia estadounidenses en su conjunto se equivocaban a menudo y pecaban con frecuencia de alarmistas. Los jefes de la CIA habían sido artífices de la tremenda locura que había sido la invasión de bahía de Cochinos. Algunas indicaciones sobre los misiles soviéticos provenían de los exiliados y disidentes cubanos que la Agencia utilizaba como informantes, que por lo general estaban siempre buscando aguijonear o asustar a Estados Unidos para que lanzara una invasión. John F. Kennedy, por motivos admirables, deseaba la distensión con la Unión Soviética: no crear nuevos problemas. En enero de 1961, cuando se le enseñó el borrador del discurso de toma de posesión de JFK, Walter Lippmann propuso que al referirse a los rusos se reemplazara la palabra «enemigo» por «adversario», una sugerencia que Kennedy no solo aceptó ese día, sino que aplicó el resto de su vida.[7] El despliegue nuclear en Cuba suponía una ruptura extraordinaria respecto a la cautela estratégica que hasta entonces había caracterizado a los soviéticos (pese a las bravatas en que solían envolverla en sus declaraciones públicas). Cuando por fin la existencia de los misiles quedó al descubierto, algunos de los pensadores estratégicos más perspicaces de Occidente se declararon asombrados por la temeridad de Moscú.

Además, con el trasfondo que ofrecían no solo la operación Zapata, sino también la operación Mangosta, puesta en marcha tras el fracaso de la primera, los Kennedy sabían mejor que nadie que el régimen de Castro y

sus mentores soviéticos tenían todas las razones del mundo para temer los planes de Estados Unidos. En el otoño de 1962, las fuerzas armadas estadounidenses, y en especial la USAF, se consumían de impaciencia por enfrentarse al enemigo, asaltar a Cuba y partirles la cara a los soviéticos. Sin buscar una autorización de nivel superior, el general Curtis LeMay, el jefe del Estado Mayor de la fuerza aérea, ordenó la creación de un centro de mando para un potencial ataque a Cuba en la base aérea de Homestead, Florida. [8] La 55.ª Ala de Reconocimiento Estratégico del SAC (Comando Aéreo Estratégico, por sus siglas en inglés) había estado realizando salidas de nueve y diez horas alrededor de Cuba desde el 12 de septiembre, operaciones con nombres en clave como «Causa común» y «Tinta azul». El general de división Richard Ellis, el segundo de LeMay, referiría más tarde que, previendo las posibles operaciones contra Castro, se almacenó de forma discreta combustible y munición en varias bases aéreas del sureste de Estados Unidos, con el visto bueno (y unilateral) del jefe de la fuerza aérea. [9]

Jack Merrell, oriundo de Pensilvania y graduado de West Point, que entonces, a sus cuarenta y siete años, ostentaba el grado de teniente general, describió la extraordinaria concentración de fuerzas que la USAF tenía en Florida antes de que estallara la crisis: «Tuvimos que concentrar una tremenda cantidad de fuerzas y comprar muchísimos equipos, en parte de forma casi encubierta, pues no queríamos que hubiera demasiada información general acerca de cuánto estábamos planeando hacer en Cuba, de modo que tuve que ir al Congreso unas cuantas veces, tras bambalinas, digamos, y explicar a varios de los presidentes de los distintos comités —como el Comité de Servicios Armados y Asignaciones, tanto de la Cámara como del Senado— qué teníamos que hacer y por qué teníamos que hacerlo, y por lo general ellos nos daban permiso para reprogramar los fondos». [10] Desde el 14 de septiembre, los aviones RB-47 de la 55.ª Ala de Reconocimiento Estratégico del SAC, especializados en espionaje

electrónico (o ELINT), estaban vigilando la actividad de los soviéticos en Cuba y, en particular, los radares de control de tiro Fruit Set (según la denominación de la OTAN).

Entre tanto, los equipos de desembarco de batallón (BLT, por sus siglas en inglés) de los marines practicaban asaltos anfibios en la isla de Vieques, frente a la costa oriental de Puerto Rico, para derrocar al ficticio dictador «Ortsac». El portaaviones *Essex*, recién salido de los astilleros de la marina en Brooklyn, donde estaba siendo reparado, zarpó de Nueva York el 25 de septiembre y llegó a Guantánamo el 19 de octubre para que su tripulación, que incluía mucho personal nuevo, recibiera un curso de actualización. El portaaviones *Independence* zarpó de Norfolk, Virginia, el 11 de octubre con una escolta de destructores, seguido por el *Enterprise* el día 19. El grupo formado por estos dos últimos gigantes, junto con sus buques escoltas y algunos escuadrones aéreos de apoyo de las bases costeras, se designó como «Fuerza especial 135». El día 13, dos grupos aéreos de la infantería de marina se desplegaron en Cayo Hueso (Florida) y Puerto Rico. Los aviones de la armada que patrullaban el océano despegaban no solo desde los portaaviones, sino también desde aeródromos ubicados, entre otros lugares, en Argentia, Terranova; Lajes, en las Azores portuguesas; las islas Bermudas; Roosevelt Roads, Puerto Rico; Guantánamo, Cuba; y distintas bases del oeste del Estados Unidos continental.

Dada la intensidad y visibilidad de la actividad militar y naval estadounidense en las proximidades de Cuba semanas antes de que se revelara el despliegue de los misiles, el gobierno carecía de legitimidad para oponerse a que los soviéticos rearmaran a los cubanos con el fin de proteger el régimen de Castro. El único sentido en el que el presidente sin duda pecó de ingenuidad fue que cometió un error clásico en las relaciones internacionales: esperar que su adversario pensara y actuara como él. Siendo el Kremlin consciente de la debilidad nuclear de la URSS, Kennedy supuso que era posible disuadir a los líderes soviéticos de enviar armamento

ofensivo a la isla mediante la firmeza de sus advertencias, tanto en público como en privado, acerca de la seriedad con la que Estados Unidos vería tal acción.

Para la Casa Blanca era obvio que un despliegue de misiles estratégicos debía desencadenar una respuesta drástica y, quizá, violenta, y el presidente supuso que esta realidad sería igualmente evidente para el Kremlin. Sin embargo, la realidad de Jrushchov no coincidía con la realidad de Kennedy. John Hughes, que en el momento de la crisis era el asistente especial del director de la Agencia de Inteligencia de Defensa, el teniente general Joseph Carroll, escribiría más tarde que el mayor obstáculo para desarrollar una alerta estratégica es «la tendencia de la mente humana a dar por sentado que el statu quo se mantendrá ... Las naciones no atribuyen a sus adversarios potenciales la voluntad de realizar acciones inesperadas».

A finales de agosto, Anatoli Dobrynin se reunió en privado con Ted Sorensen, el principal asesor político del presidente, quien le manifestó lo importante que era para la administración que la Unión Soviética moderara su retórica ahora que se acercaban las elecciones de mitad de mandato, pues las amenazas escandalosas solo ayudaban a los republicanos. [11] Unos días después, el embajador informó a la Casa Blanca de que Moscú entendía la preocupación del presidente y no daría ningún paso que pudiera contribuir a aumentar la tensión, en especial con respecto a Berlín, antes de los comicios. Dobrynin ignoraba por completo el plan nuclear del Kremlin en Cuba, de modo que, según escribió más tarde, «la promesa de Jrushchov de no complicar la situación internacional ... fue un engaño deliberado». Kennedy, no obstante, se lo tragó. [12]

La Casa Blanca comenzó a centrar su atención en el espectro de un despliegue de misiles balísticos soviéticos casi a regañadientes, en respuesta a las insistentes declaraciones públicas sobre el tema del senador republicano por Nueva York Kenneth Keating. Las fuentes de Keating nunca han sido identificadas. Es posible que pertenecieran a Defensa o a la

comunidad de inteligencia, pero también es verosímil que fueran refugiados cubanos o, incluso, el exembajador de Alemania Occidental en Cuba, Karl von Spreti. Este último había sido informado por los servicios de inteligencia de su propio país de que los soviéticos estaban planeando un nuevo despliegue de misiles y, en septiembre, en Washington, acudió a la CIA con un relato acerca de la presencia de armas nucleares en la isla de Castro al que no se prestó atención por considerarlo demasiado fantasioso. En teoría, habría sido después de eso cuando el diplomático alemán abordó a Keating en el Capitolio. [13] El senador hizo una sucesión de declaraciones en las que acusaba a la administración de responder con negligencia, o no responder en absoluto, al aumento de la potencia militar soviética. Abogado exitoso, Keating había adoptado una dura postura anticomunista, pero no era en absoluto un extremista: en 1964, tendría el valor de negarse a respaldar la candidatura a la presidencia de su copartidario Barry Goldwater.

En septiembre de 1962, Kennedy sabía que Keating estaba hablando con personas informadas, pues el 29 de agosto un avión U-2 había tomado fotografías que mostraban ocho nuevos emplazamientos de misiles tierra-aire en Cuba. El presidente ordenó al general Marshall «Pat» Carter, que se ocupaba de dirigir la CIA en ausencia de su jefe, John McCone, que pusiera las imágenes obtenidas por el U-2 «en una caja y ciérrela con clavos» para mantener el secreto más estricto. Con todo, sabía que el silencio no sería suficiente por mucho tiempo y le pidió a Dean Rusk que redactara una declaración sobre la respuesta del gobierno de Estados Unidos al despliegue soviético de sistemas antiaéreos.

El 4 de septiembre, primero a la hora de comer y después por la tarde, un grupo presidido por Kennedy se reunió dos veces en la Casa Blanca para decidir cómo responder a las acusaciones de Keating. A la luz de lo que ocurrió después, resulta claro que fueron reuniones importantes, en las que se dijeron cosas importantes. Dean Rusk afirmó: «Que los soviéticos

pongan cualquier armamento con una capacidad ofensiva significativa en manos de un régimen que se autoproclama hostil supondría un desafío de envergadura directo a este hemisferio y exigiría una acción inmediata y apropiada». McGeorge Bundy advirtió de que «no queremos ponernos en una posición en la que el grupo [de Keating] nos asuste». Sin embargo, Robert McNamara respaldó a Rusk y dijo que el envío de cazas MiG-21 a Cuba era un motivo adicional de preocupación. Bundy estuvo de acuerdo en que el despliegue de los misiles antiaéreos parecía un punto de inflexión.

McNamara habló con una sabiduría y previsión considerables. Desaconsejó realizar una declaración pública demasiado explícita hasta saber con exactitud qué tipo de armas estaban instalando los soviéticos en Cuba: mencionó la posibilidad de que estas fueran nucleares, aunque no que pudieran ser misiles balísticos de alcance medio e intermedio. También insistió en la importancia de formular una respuesta clara antes de que una amenaza semejante se materializara. Bundy consideró que no era necesario que Estados Unidos reaccionara de forma directa al despliegue de sistemas de defensa antiaérea o misiles tácticos tierra-tierra. Rusk no estaba de acuerdo: temía que tales armas pudieran cambiar la balanza y frustrar una posible invasión estadounidense, si esa opción se revelaba inevitable. McNamara respondió, de nuevo de manera clarividente, que si el gobierno se planteaba un futuro bloqueo para impedir la llegada de armamento soviético a la isla, «¿por qué no hacerlo ya?». El presidente intervino: «Porque creemos que entonces ellos podrían intentar bloquear Berlín». Rusk dijo: «La configuración en Cuba sigue siendo defensiva». Tanto él como McNamara sugirieron la posibilidad de pedir al Congreso autorización para llamar a las fuerzas de la reserva, aunque no estaban seguros de si dar a ese paso un perfil alto o bajo, presentarlo de tal manera que dominara los titulares o no. Fuera como fuese, los soviéticos deberían entender el mensaje.

Kennedy concluyó proponiendo convocar a la prensa para una sesión informativa extraoficial y luego, en la noche, hacer una declaración pública. Bundy recelaba de esa opción: «Sugeriría que seamos muy cuidadosos, señor presidente ... porque las implicaciones son de la mayor gravedad». Kennedy desestimó la advertencia: «Así es, pero ... no podemos permitirnos que alguien dé a conocer esta historia antes que nosotros». El mandatario continuó señalando que el problema que representaba Cuba no desaparecería en el corto plazo: era sensato suponer que los soviéticos proseguirían con el rearme de la isla. Él mismo pensaba que la presencia de misiles tierra-tierra constituía una amenaza tan seria a un futuro desembarco estadounidense que resultaba inaceptable: «La doctrina Monroe no se aplica como en el pasado; pero aún tenemos nuestras responsabilidades ... Hay ciertas cosas que supondrían una violación de la seguridad nacional, y que nos obligarían a tomar las medidas apropiadas, y esas cosas serían el emplazamiento de misiles tierra-tierra o la instalación de una base de armas nucleares».

Dean Rusk dijo que le parecía acertado que cuando el presidente se dirigiera al pueblo estadounidense señalara que el país tenía responsabilidades globales; que la cuestión de Cuba no podía pensarse o abordarse de manera aislada, como quizá podía hacerse antes de la segunda guerra mundial: «Tenemos un millón de hombres en el extranjero haciendo frente al bloque soviético y esto forma parte de esa confrontación. Eso es lo que hace que la situación sea tan angustiosamente difícil». Bobby Kennedy respondió: «Sí, lo entiendo. Por tanto, creo que en realidad tenemos que resolver si la instalación de misiles tierra-tierra en Cuba es el paso ante el que de verdad tenemos que plantar cara, y entender el riesgo que estaremos corriendo con ello. Todo lo que hagamos, ya sea en el Sureste Asiático, en Berlín, en Cuba o donde sea, tendrá algún efecto sobre lo que haga la Unión Soviética en otros lugares». El grupo retornó entonces a la redacción del comunicado de prensa. Rusk se opuso a que este especificara las armas

nucleares como línea roja: «Crearíamos un pánico que en este momento los hechos no justifican». En lugar de plantear al Kremlin exigencias específicas que, siendo públicas, podían atrapar a los soviéticos en una posición de la que les resultaría imposible retirarse sin sufrir humillación, el secretario de Estado propuso lanzar una advertencia general a Moscú.

Un rato después, el presidente abandonó la reunión y la redacción del documento continuó bajo la dirección de Robert Kennedy. Sin embargo, el fiscal general pronto debió ausentarse también para asistir a una cita con el embajador Anatoli Dobrynin. La misión soviética estaba ubicada en una antigua mansión de cuatro plantas en la Calle 16, tres manzanas al norte de la Casa Blanca, un edificio comprado en 1913 por el gobierno de la Rusia zarista a la familia de George Pullman, el fabricante de los coches cama. En 1962, trabajaban allí un centenar de diplomáticos y miembros del personal, que se apiñaban incómodos detrás de ventanas tapiadas para mantener a raya a los espías estadounidenses. Dobrynin describiría su propio despacho de la segunda planta como «una celda sin ventanas». El embajador, que conocía bien el país, vivía con notable informalidad. Los fines de semana, por ejemplo, solía pasear en coche con su familia conduciendo él mismo; y únicamente aceptó un guardaespaldas cuando las manifestaciones antisoviéticas se tornaron más agresivas, e incluso entonces solo a regañadientes. Compartía con el embajador búlgaro el triste honor de, según decían, ser los enviados peor pagados en Washington.

Dobrynin era uno de los pocos diplomáticos soviéticos que tenían la seguridad en sí mismos necesaria para reunirse a solas con los estadounidenses, incluido el presidente. Seis meses antes, cuando presentó sus credenciales, John F. Kennedy le llevó personalmente a los despachos de Mac Bundy, Ted Sorensen y Pierre Salinger, a los que lo presentó «con apuntes graciosos» sobre cada uno. También bromeó sobre lo mucho que envidiaba a los jefes de Dobrynin en el Kremlin, que no tenían que preocuparse por la prensa: «Haga lo que haga, el 80 % de los medios

estadounidenses saldrán en mi contra». [14] En una recepción posterior en la Casa Blanca, el mandatario le presentó a su hermano Robert como «un experto en contactos confidenciales con la Unión Soviética» con el que el embajador debería familiarizarse.

Era una alusión a los diálogos «paralelos», extraoficiales, del fiscal general con los rusos. Robert F. Kennedy se acostumbraría a ser el hombre clave de la administración en conversaciones en las que, si fuera necesario, el gobierno podía negar cualquier implicación, en particular a través de Dobrynin y de Gueorgui Bolshakov. Este último hablaba inglés con fluidez y era, en teoría, el jefe de la agencia de noticias TASS en Estados Unidos, pero como coronel del GRU, la inteligencia militar soviética, su verdadera función era mantener el contacto con Robert Kennedy y el secretario de prensa de la Casa Blanca, Pierre Salinger: entre mayo de 1961 y diciembre de 1962, se entrevistó con el hermano del presidente 51 veces. Los servicios de inteligencia estadounidenses y los jefes del FBI advirtieron al fiscal general de que el ruso se dedicaba a diseminar desinformación, pero el hermano del presidente deseaba creer que en verdad disfrutaba de una relación privilegiada y de confianza con este. En el otro bando, Gromiko, el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, también veía con malos ojos a Bolshakov; en su opinión, el espía era un intermediario torpe que con frecuencia tergiversaba la posición de los estadounidenses. Además, deploraba el hecho de que trabajara a órdenes del Ministerio de Defensa, no del suyo. No obstante, el hombre de la TASS tenía amigos poderosos en Moscú, en particular Anastás Mikoyán y Alekséi Adzhubéi, el yerno de Jrushchov. En noviembre de 1961, Robert F. Kennedy le contó a su hermano que Bolshakov aseguraba que el líder comunista estaba «kennedizando» el gobierno de la Unión Soviética, «atrayendo a jóvenes con una nueva vitalidad, con nuevas ideas». El presidente se rio: «Deberíamos “jrushchovizar” el gobierno estadounidense», dijo. [15]

Por su parte, el desventurado Dobrynin nunca sabía con exactitud qué le decía Bolshakov a Bobby Kennedy o a Salinger ni, tampoco, qué le decían estos a él. En la tarde del 4 de septiembre, el fiscal general le expresó al embajador la profunda preocupación del gobierno estadounidense por el despliegue de misiles en Cuba. El diplomático respondió que la isla tenía derecho a defenderse y que la Unión Soviética era partidaria de un tratado de no proliferación nuclear. Dobrynin no confirmó ni negó los informes acerca de los misiles, «ya que no tenía ninguna información sobre ellos ... En ese momento la idea de estacionar nuestros misiles *nucleares* en Cuba me parecía inimaginable». [16] Después de la reunión, en la que el hermano del presidente dejó en claro cuán seria era la alarma de Washington, el embajador solicitó con urgencia instrucciones a Moscú. La respuesta que recibió del Ministerio de Asuntos Exteriores fue: «Debe confirmar que en Cuba solo hay armas soviéticas *defensivas*». Idénticas instrucciones se le proporcionaron a Bolshakov, al que se autorizó a vincular el nombre de Jrushchov a tales garantías en sus conversaciones con los estadounidenses. Dobrynin lamentó la «manía por el secreto» de su propio gobierno, que se manifestaba incluso en los endebles canales paralelos entre Washington y Moscú. [17]

Robert F. Kennedy aseguraría luego que al salir de ese encuentro con Dobrynin el 4 de septiembre estaba convencido de una cosa: que los rusos instalaran armas nucleares en Cuba era solo cuestión de tiempo. Si eso es cierto, resulta todavía más sorprendente que la administración actuara con tanta lentitud a partir de entonces. A las cuatro de la tarde de ese mismo día, cuando la cúpula de la administración volvió a reunirse en la Casa Blanca, los jefes del Estado Mayor de las fuerzas armadas se sumaron a la cita. El presidente advirtió a los presentes lo importante que era no alimentar la obsesión por Cuba: «El mayor peligro es la Unión Soviética, con sus misiles y ojivas nucleares, no Cuba: esa es la cuestión. No queremos que todo el mundo se concentre ahora en Cuba». Su intención era recordarles a

los estadounidenses que la isla de Castro era solo uno entre los muchos lugares espeluznantes del planeta. Con todo, después de eso invitó al jefe de la fuerza aérea, el general Curtis LeMay, a informar sobre la viabilidad de destruir los sistemas de defensa antiaérea desde el aire. Kennedy le preguntó: «¿Sería una operación difícil?». El aviador respondió de manera tan sucinta como tópica e idiota: «No, señor».

Una de las expresiones militares peor concebidas del siglo XX fue «ataque aéreo quirúrgico». La fórmula sugería una capacidad de destruir con una precisión rara vez alcanzada por cualquier fuerza aérea, en cualquier conflicto. Los mandos de la USAF que en 1962 abogaron por el uso de la fuerza de forma rápida y extrema (algunos de los cuales después de la crisis siguieron defendiendo con entusiasmo la idea de bombardear, invadir y ocupar Cuba) tuvieron unos años más tarde la oportunidad de poner a prueba de manera exhaustiva sus tesis en Indochina. El poderío aéreo de Estados Unidos rara vez logró allí, por no decir nunca, los resultados expeditos y concluyentes que LeMay aseguraba que podía lograr en el Caribe.

A las cinco de la tarde, terminada la reunión, Kennedy organizó un encuentro con los líderes del Congreso, en la que Pat Carter les informó sobre los misiles antiaéreos soviéticos. En respuesta a las preguntas de los asistentes, incluso LeMay admitió que tales armas eran de carácter defensivo, no ofensivo. Y cuando el senador Alexander Wiley, de Wisconsin, exigió que se le dijera si lo que la administración estaba proponiendo era «sencillamente quedarnos quietos y dejar a Cuba seguir adelante», el presidente respondió que, mientras se considerara que el armamento soviético estaba destinado a proteger la isla, su opinión era que una intervención armada por parte de Estados Unidos sería «un error ... Tenemos que mantener una cierta proporción: estamos hablando de sesenta cazas MiG [proporcionados a Castro], estamos hablando de algunos misiles tierra-aire que, desde la isla, no representan una amenaza para nuestro país.

No estamos hablando de ojivas nucleares. Tenemos una situación muy difícil en Berlín. Tenemos una situación difícil en el Sureste Asiático y en muchos otros lugares».

Wiley preguntó entonces sobre la opción de imponer un bloqueo. Kennedy respondió: «Bueno, un bloqueo también es una operación militar importante. Es un acto de guerra ... No hay garantías de que con eso logremos derribar a Castro durante muchos, muchos meses ... Tendríamos gente muriendo de hambre y todo lo demás ... Berlín, es obvio, también sería bloqueada». El presidente concluyó señalando que él creía que la crisis de Berlín entonces en curso llegaría a «alguna especie de clímax este otoño» y que, entre tanto, no estaba dispuesto a comprometer a Estados Unidos en el Caribe: «Sé que muchas personas quieren invadir Cuba. Pero hoy me opongo a ello».

En respuesta a otras preguntas espinosas de los visitantes, entre quienes estaban los senadores Mike Mansfield y William Fulbright, recordó el precedente de la invasión anglo-franco-israelí de Egipto en 1956, cuando los rusos aprovecharon que la atención del mundo entero estaba concentrada en la debacle para aplastar con brutalidad la revolución húngara. El senador Richard Russell advirtió al mandatario que la opinión pública estadounidense era en extremo sensible a la cuestión de Cuba: «Tiene el carácter de una ofensa al orgullo nacional [risas] y hay también algo de personal. Está tan cerca ... Un [estadounidense] no se dejará alterar por algo que suceda en Berlín, mucho menos en Hungría o en alguna otra parte del mundo, pero se enfadará por Cuba».

Poco después, cuando el presidente informó a Everett Dirksen, el líder de la minoría en el Senado, sobre su intención de solicitar la autorización del Congreso para llamar a 150.000 reservistas, el republicano reafirmó los argumentos del demócrata Russell al subrayar que el presidente debía dejar en claro que se estaba tomando esa medida en respuesta a la situación de Cuba. Russell dijo que él mismo había visitado hacía poco una gran fábrica,

en la que se topó con que «lo único de lo que la gente quería hablar ... [era] Cuba. Así que esto está muy presente en la mente del hombre medio, y por ello tendrá usted que ir al grano en cualquier declaración que haga; de lo contrario, habrá un caos infernal», debido a la impopularidad de la llamada a filas de los reservistas y las perturbaciones que traería consigo.

Esa noche, Pierre Salinger, el rechoncho y extravagante secretario de prensa del presidente, tan adicto a los cigarros como Fidel Castro y un pianista de primera, leyó a los periodistas una declaración de la Casa Blanca que comenzaba diciendo: «Todos los estadounidenses, así como todos nuestros amigos en este hemisferio, hemos estado preocupados por los recientes movimientos de la Unión Soviética para reforzar el poder militar del régimen de Castro en Cuba». A continuación, el documento detallaba la acumulación de armas y militares soviéticos en la isla y ofrecía un inventario liderado por los cazas MiG y los misiles tierra-aire que estaba muy por debajo de la realidad. La declaración decía de forma explícita que no había pruebas del despliegue de armas ofensivas que amenazaran a Estados Unidos. La conclusión rezaba: «La cuestión de Cuba ha de considerarse parte del desafío mundial planteado por las amenazas a la paz comunistas ... Continúa siendo la política de Estados Unidos que no debe permitirse al régimen de Castro exportar sus propósitos hostiles por la fuerza o la amenaza de la fuerza. Se le impedirá, por el medio que sea necesario, emprender acciones contra cualquier parte del hemisferio occidental. Estados Unidos, en colaboración con otros países del hemisferio, se asegurará de que el fortalecimiento militar cubano, que será una pesada carga para el infeliz pueblo de Cuba, no sea nada más». A las 19.35, Kennedy dio por terminadas las labores oficiales del día y se fue a nadar en la piscina cubierta de la Casa Blanca.

Estos eventos y conversaciones del 4 de septiembre son importantes en muchos niveles. En primer lugar, establecieron los parámetros de la política de Estados Unidos que se mantendrían durante la crisis que terminaría

estallando seis semanas después. La administración Kennedy no tomaría medidas militares ante el envío de armamento de defensa soviético a Cuba. Sin embargo, sí lo haría si Moscú intentaba instalar armas ofensivas que amenazaran el continente. En el horizonte político se avecinaban, en noviembre, las elecciones legislativas de mitad de mandato. Más allá, en 1964, estaba la campaña para la reelección presidencial de Kennedy. Esos importantes factores de ámbito interno suponían una presión para la Casa Blanca, que necesitaba que se la viera fuerte, tanto en Cuba como en Berlín e Indochina. Ningún presidente estadounidense, y mucho menos el hombre relativamente joven elegido por un estrecho margen en noviembre de 1960, podía permitirse decirle al país que Cuba, Castro y sus amigos rusos armados con misiles nucleares carecían de relevancia. Kennedy lideraba una nación esquizofrénica que no acaba de decidir si debía disfrutar del sol de un triunfo económico y un poderío estratégico como el mundo nunca había visto o, por el contrario, cavar búnkeres cada vez más profundos para protegerse del mal, encarnado en unos enemigos envidiosos que estaban en condiciones de destruir todo aquello que amaba.

Los hombres sentados alrededor de la mesa de la Casa Blanca el 4 de septiembre, y en los días y semanas posteriores, eran conscientes de todos esos factores. Un tema omnipresente en la presidencia de Kennedy fue la tensión entre, por un lado, su optimismo privado, su buen juicio, su racionalidad y su muy fundamentado sentido de la proporcionalidad; y, por otro, el imperativo político que exigía gestos (y, de hecho, políticas concretas) para mitigar los impulsos considerablemente diferentes de la América profunda. John Kenneth Galbraith recordaba a Kennedy diciendo, más tarde, en el contexto de Vietnam: «Hay un número limitado de concesiones que es posible hacer a los comunistas en un año para luego sobrevivir en política». Es probable que esa consideración estuviera ya presente en sus pensamientos, y de forma particularmente vívida, al abordar la cuestión de Cuba en el otoño de 1962. No obstante, el 5 de septiembre,

Arthur Schlesinger, tras la lectura de los informes de inteligencia que describían los planes preliminares para una invasión de la isla, escribió un memorando dirigido al presidente en el que le aconsejaba la máxima precaución: «Cuba se convertiría en nuestra Argelia», donde los franceses acababan de perder una guerra sanguinaria contra los nacionalistas locales.[18] Fue en parte como consecuencia de su permanente cautela en todo lo relacionado con Cuba por lo que el historiador se vio marginado durante el gran debate que ya era inminente.

Ese día, el análisis de las nuevas imágenes de la base de la fuerza aérea cubana en Santa Clara revelaba cazas MiG-21 (aeronaves capaces de volar a más de 18.000 metros de altura y de alcanzar una velocidad de 1.600 kilómetros por hora) armados con misiles infrarrojos aire-aire, así como con cohetes y cañones. Al día siguiente, John McCone interrumpió brevemente su luna de miel en Francia para invitar a Mac Bundy, que se encontraba de paso por París, a dar un paseo con él. El director de la CIA advirtió al asesor presidencial de que los soviéticos se proponían desplegar misiles ofensivos, un mensaje que repitió en los telegramas que envió a sus subordinados en Langley. McCone estaba convencido de que tenía razón y remitió tantísimos cables al respecto durante su luna de miel que un empleado de la CIA llegó a dudar «de que el anciano sepa qué hacer en una luna de miel».[19]

Antes de partir a Francia, McCone había ordenado que se vigilara a diario Cuba con los U-2. Esas instrucciones fueron revocadas por Rusk y McNamara, que temían que los comunistas derribaran otro avión espía: el 8 de septiembre un U-2 de la fuerza aérea de la República de China (Taiwán) había sido destruido por un misil soviético sobre la China continental. Además, informaron a Langley de que McCone carecía de autoridad para ordenar tales vuelos por iniciativa propia, aunque continuó instando a que se realizaran, cosa que también hizo Robert Kennedy. El 10 de septiembre, durante una reunión en Washington en la que Rusk volvió a expresar su

inquietud por el carácter provocador de las incursiones de los aviones espía, el hermano del presidente le miró casi con desdén y le preguntó: «¿Qué pasa, Dean? ¿Eres un gallina?». La crisis no contribuyó a aumentar el respeto de los Kennedy por el secretario de Estado: les gustaba citar la observación de John K. Galbraith, en una carta a JFK desde la embajada de Estados Unidos en Delhi, de que tratar de comunicarse con él a través de Rusk era «como tratar de fornicar a través de un colchón». [20]

Hubo siete millones de ausentes de cada una de las conversaciones que tuvieron lugar en Estados Unidos: el pueblo cubano. Tanto quienes tomaban las decisiones allí como sus electores daban por hecho que los cubanos, convertidos en los desventurados prisioneros de un dictador comunista, eran ahora títeres de la Unión Soviética, y su actuación partió de esa suposición. Los pensamientos reales y los posibles deseos de la población de la isla nunca se tuvieron en cuenta durante esos días y meses en los que miles de ellos habrían podido morir como consecuencia de las decisiones adoptadas en Washington. En ningún momento se consideró posible que, después de décadas de servidumbre a los Estados Unidos, los cubanos hubieran optado por soportar los sacrificios impuestos por una servidumbre alternativa a Fidel y la asociación con los rusos. Ciro Bianchi era entonces el hijo adolescente de un obrero de la construcción de La Habana: «La gente tenía una convicción fuerte y un fervor muy grande, y no creo que fuera porque pensáramos que la Unión Soviética iba a ayudarnos, sino porque confiábamos en el líder de la Revolución, Fidel Castro. Cuba como potencia soberana tenía derecho a tener esas armas nucleares». [21]

Nadie en las altas esferas de Estados Unidos (y lo mismo puede decirse de muchos europeos) se planteó siquiera la posibilidad de que, como afirma Ciro Bianchi, el gobierno cubano estuviera legitimado para autorizar a la Unión Soviética a instalar los misiles, como antes los británicos, los

italianos y los turcos habían invitado a Estados Unidos a hacer lo mismo en sus territorios. Incluso John F. Kennedy aceptaba como algo dado que correspondía a Estados Unidos emplear su enorme poder hemisférico para decidir e imponer lo que era o no permisible en el suelo de las naciones vecinas.

Por otro lado, Washington gastaba miles de millones de dólares en defensa e inteligencia, pero a principios de septiembre su conocimiento de decisiones tomadas por el Kremlin y por el régimen de Castro, así como de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Cuba, era entre pobre e inexistente. En el caso de La Habana, ese conocimiento se fundaba principalmente en los cables enviados por las misiones diplomáticas del Reino Unido, Brasil, Chile y Países Bajos. En cada giro de la crisis que se avecinaba, Kennedy y sus asesores no podían hacer mucho más que intentar adivinar qué estaban pensando sus enemigos. Este problema no se circunscribía al Caribe: más tarde en Vietnam y, ya en el siglo XXI, en Irán, Irak, Afganistán y la crisis ucraniana, la inteligencia precisa y útil acerca de la mentalidad de los adversarios siguió siendo exigua. Una y otra vez, los gobiernos han tomado decisiones trascendentales a partir de información errónea. La falibilidad de las gigantescas maquinarias de recopilación de información estatales desconcierta a los historiadores, y todas las naciones han sufrido sus consecuencias de forma regular. Todo mandatario sensato ha de escuchar a los jefes de sus servicios de inteligencia, pero ninguno debería formarse un juicio en cuestiones críticas solo con base en sus aseveraciones.

Por último, incluso después de reconocer los fallos a los que acabamos de referirnos, la calidad de las discusiones dentro de la Casa Blanca, tanto en estos primeros momentos como después, resulta impresionante. Esos intercambios nos muestran a hombres de las más altas habilidades reflexionando sobre las opciones a su disposición, en su mayoría con gran prudencia (lo que, no obstante, no puede decirse de todos y, en particular, de

los militares). David Halberstam tituló con ironía su gran libro sobre los orígenes de la pesadilla que fue la guerra de Vietnam *The Best and the Brightest* («Los mejores y los más brillantes»), porque esos mismos tíos inteligentísimos cometieron más tarde errores de juicio tremendos sobre Indochina, errores que costaron cientos de miles de vidas. Con todo, el mundo tiene motivos para recordar con respeto a los líderes que se sentaron alrededor de las mesas de la Casa Blanca durante la crisis que estaba a punto de estallar, y esto se aplica incluso a aquellos que se equivocaron. Quienes duden de esta afirmación deberían preguntarse: en algún momento de la historia de la Unión Soviética o de la actual Federación Rusa, ¿se han llevado a cabo dentro del Kremlin debates de una apertura remotamente comparable?

Aun quienes ven con escepticismo algunas de las tesis y tácticas de Estados Unidos durante la Guerra Fría, en especial con relación a Cuba, deberían reconocer la irresponsabilidad del juego que Jrushchov había elegido jugar y de la actitud arrogante y orgullosa que mantuvo mientras su plan cubano se desarrollaba. El líder soviético se convenció a sí mismo de que estaba realizando una maniobra inteligente y maravillosamente sutil. Mientras él se reunía con Stewart Udall y Robert Frost en el mar Negro, en Moscú el mariscal Malinovski redactaba una recomendación para reforzar la fuerza expedicionaria enviada a Cuba con bombarderos con capacidad nuclear Iliushin Il-28, así como con misiles Luna (para su uso táctico en caso de invasión estadounidense) y misiles de crucero FKR-1, unos y otros equipados con ojivas tanto nucleares como convencionales. Jrushchov aprobó el 7 de septiembre el envío de esas unidades, lo que constituía una respuesta desafiante a la advertencia pública que el presidente Kennedy había hecho tres días antes: ante la amenaza de una intervención estadounidense en Cuba, la Unión Soviética estaba desplegando en la isla armas para librar una guerra nuclear que aumentaban el riesgo de que un choque en el Caribe tuviera consecuencias catastróficas.

El mariscal Malinovski aumentó todavía más la apuesta al enviar al general Plíyev nuevas órdenes en las que se reconocía explícitamente la posibilidad de usar tales armas para repeler un ataque estadounidense. Según decían estas, las fuerzas soviéticas debían estar preparadas «para, a la señal de Moscú, lanzar un ataque con misiles nucleares a los objetivos más importantes» en Estados Unidos. El 8 de septiembre, el general recibió un mensaje del Estado Mayor a Plíyev en el que se planteaba la eventualidad de que se perdiera la comunicación entre Moscú y La Habana en caso de un desembarco anfibio estadounidense: en tales circunstancias, decía el mensaje, «se le permite tomar su propia decisión y utilizar los medios nucleares de los Luna, los Il-28 o los [misiles de crucero] FKR-1 como instrumentos de guerra local para la destrucción del enemigo en tierra y a lo largo de la costa ... y para la defensa de la República de Cuba».[22] Tras recibir unas ordenes formuladas en semejante lenguaje, ¿cómo no iban Plíyev y sus oficiales a imaginar que se avecinaba una confrontación con las fuerzas de Estados Unidos? ¿Cómo no iban a creer que en cualquier momento tendrían que luchar por sus vidas?

El 17 de septiembre, el presidente autorizó sobrevolar con un U-2 la isla de Pinos, frente a la costa de Cuba, pero la «compacta nubosidad» obligó al piloto a abortar la misión (a pesar de todas las maravillas del avión espía, los lentes de su cámara solo podían capturar lo que era visible bajo el fuselaje). Al día siguiente, Sherman Kent, el jefe de la Oficina de Estimaciones Nacionales (ONE), la célula de clarividentes de la CIA, presidió una reunión en la que invitó a todo su equipo a hacer comentarios y dar sus opiniones personales sobre la idea de McCone de que los soviéticos estaban instalando en Cuba misiles de carácter ofensivo. La última «Estimación especial de inteligencia nacional» (SNIE, por sus siglas en inglés) cuestionaba esa tesis y consideraba que era más verosímil que los soviéticos estuvieran construyendo allí una base de submarinos. Uno de los

presentes en la reunión, Kenneth Absher, recuerda que nadie apoyó la opinión de McCone.

Graduado de la Universidad de Yale y veterano de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), el servicio de inteligencia estadounidense durante de la segunda guerra mundial, Sherman Kent masticaba tabaco y tenía preferencia por las corbatas llamativas, que usaba sueltas con camisas de cuello abierto. En una ocasión un colega le describió como «quizá el practicante más destacado del arte del análisis en la historia de la inteligencia estadounidense». [23] Ese día, en la reunión de la ONE que había convocado, dijo: «No podemos limitarnos a decirle al presidente que creemos que los soviéticos pondrán misiles en Cuba porque Jrushchov es un hijo de puta. El presidente ya sabe que es un hijo de puta». Y añadió que, sencillamente, no tenían pruebas que respaldaran la corazonada de McCone. Kent escribiría después un ensayo en el que mencionaba la falta de inteligencia de fuentes humanas procedente de Cuba disponible el 18 de septiembre (más tarde en la Agencia se recibirían varios informes de HUMINT relevantes). [24]

Su entonces subordinado, Kenneth Absher, subraya un argumento más importante: la ONE presentó su valoración del 18 de septiembre dando por hecho que los U-2 seguían sobrevolando la isla con regularidad sin encontrar indicios de la presencia de misiles estratégicos. Eso no era así: los U-2 no habían llevado a cabo misiones *exitosas*. Kennedy y sus cortesanos afirmarían luego que no había nada que la administración hubiera podido hacer de manera diferente si el despliegue de los misiles se hubiera descubierto antes de lo que se hizo. Sin embargo, si los aviones espía hubieran estado volando entonces sobre el oeste de Cuba, habrían revelado la existencia de los misiles antes de que estos estuvieran cerca de ser operativos.

Durante las semanas que siguieron, Kennedy mantuvo su política declarada de conciliar la firmeza de propósito, en una perspectiva global,

con la cautela táctica. El 15 de septiembre, dijo a los periodistas que no había justificación para que Estados Unidos lanzara de forma unilateral una acción militar contra Cuba. No respondió a la resolución del Senado del 20 de septiembre, aprobada por 86 votos contra 1, que autorizaba el uso de la fuerza contra la isla si las armas instaladas allí por una potencia extranjera amenazaban la seguridad de Estados Unidos. En la CIA, tras la reunión presidida por Sherman Kent, el equipo de la ONE entregó su nuevo informe SNIE, que concluía que un despliegue de misiles balísticos nucleares en Cuba «sería incompatible tanto con la práctica soviética hasta la fecha como con la política soviética según la valoramos en la actualidad. Indicaría una voluntad mucho mayor de aumentar el nivel de riesgo en las relaciones entre Estados Unidos y la URSS de la que hasta el momento han demostrado los soviéticos».

En una carta fechada el 28 de septiembre, Jrushchov volvió a amenazar a Kennedy con imponer su solución para Berlín: «La situación anormal en Berlín Oeste debe acabar». Se trataba de un engaño deliberado para distraer la atención del mandatario y alejarla de Cuba, si bien la misiva también se quejaba de las amenazas de Estados Unidos contra la isla, que «permiten sacar la conclusión de que Estados Unidos está visiblemente dispuesto a asumir la responsabilidad de desencadenar una guerra nuclear». La carta evidencia la temeridad que caracterizaba los pasos del Kremlin. Cuanto de forma más espectacular y cínica los soviéticos consiguieran engañar a los estadounidenses con su conducta, mayor sería la rabia de los segundos cuando la trama quedara al descubierto. También el 28 de septiembre, McNamara regresó de una visita a Berlín para informar de que las tensiones allí estaban al nivel de las de Corea una década atrás, durante la guerra.

El presidente había convocado a la Casa Blanca a Charles «Chip» Bohlen y Llewellyn Thompson, dos de los embajadores de Estados Unidos en la Unión Soviética más recientes y respetados. Anatoli Dobrynin describió a Thompson como «el mejor embajador de Estados Unidos en

Moscú durante toda la Guerra Fría».[25] Kennedy les recordó las palabras que apenas unas semanas antes Robert Frost había atribuido a Jrushchov, que, según el poeta, pensaba que Estados Unidos era «demasiado liberal para luchar», una frase que todavía escocía. «¿Por qué [el líder soviético] diría algo así?», preguntó el presidente a los diplomáticos. Jrushchov, respondió Bohlen, probablemente «piensa que la situación militar local en Berlín le favorece por completo» y que el temor a una guerra nuclear podría hacer «retroceder» a Estados Unidos; en otras palabras, que si se actuaba contra Berlín Oeste «habría un gran alboroto y muchos gritos, pero no pasaría nada».

En cuanto a Cuba, la opinión de Bohlen era que Castro estaba nervioso por la posibilidad de un ataque estadounidense, sobre todo después de que los rusos rechazaran su solicitud de unirse al Pacto de Varsovia. El presidente intervino para preguntar por la negativa del Kremlin: ¿por qué? El exembajador respondió: «Porque esto es demasiado para los rusos, que no están seguros de lo que Estados Unidos podría hacer ... y no quieren comprometerse a ir a la guerra por Cuba ... [Sin embargo] la mente rusa no tiene la más mínima comprensión de nuestro proceso político. Ellos en verdad piensan que el presidente es una especie de dictador de Estados Unidos y que, por ende, puede hacer lo que quiera». Bohlen, perspicaz, también aventuró que el líder soviético estaba sintiendo el calor de la presión ideológica de Mao: «Los chinos no han cesado de atacar a Jrushchov desde la izquierda, y es la primera vez en la historia bolchevique que sucede algo así».

Kennedy expresó su temor de que, si Estados Unidos hubiera invadido Cuba tras bahía de Cochinos, los rusos habrían tomado Berlín Oeste en represalia. «Bueno, podrían haberlo hecho, señor presidente», respondió el diplomático, «y eso podría haber desencadenado una guerra general. Sin embargo, creo que la situación está llegando a un punto en el que hay demasiados lugares ... donde, si realizamos cierto tipo de acciones por la

fuerza, los rusos pueden tomar represalias. Creo que tendemos a dejar que la situación de Berlín domine todo nuestro proceder. Pero eso es con claridad lo que los rusos intentan lograr».

Desde su punto de vista, el objetivo de Jrushchov había sido en todo momento poner a prueba la determinación de Estados Unidos, pero sin correr el riesgo de provocar una guerra abierta, una opinión que compartía Llewellyn Thompson. Kennedy concluyó la reunión diciendo: «Supongo que todo se reduce a ... una cuestión de cómo lo convencemos de que existe el riesgo» de una guerra general. Este era, por supuesto, el angustioso debate que formaba el núcleo de la crisis de octubre.

La CIA recibió entre finales de septiembre y principios de octubre tres informes de HUMINT provenientes de Cuba que resultaron significativos y relevantes. El primero era de una fuente que describía un encuentro ocurrido el 9 de septiembre con el piloto personal de Castro, quien habría dicho que «tenemos misiles guiados con un alcance de más de sesenta kilómetros, tanto tierra-tierra como tierra-aire ... También hay muchas rampas móviles para [el lanzamiento] de cohetes de alcance intermedio. [Los estadounidenses] no saben lo que les espera». [26] Debido a retrasos en la transmisión, este informe no circuló hasta el 20 de septiembre, pero convenció a Kenneth Absher, al menos, de que las corazonadas de McCone eran correctas. Una segunda pieza de información procedía del interrogatorio de un refugiado que afirmaba haber visto, la noche del 12 de septiembre, en Marianao, un municipio de la provincia de La Habana, veinte camiones con remolques larguísimos, conducidos por rusos vestidos de civil. El hombre dibujó bocetos de los artefactos en forma de misiles que transportaban los remolques. Cuando se le mostró una imagen de un SS-4 (R-12, para los soviéticos), el testigo hizo una identificación positiva. Este informe se difundió apenas el 27 de septiembre. El tercer fragmento de HUMINT, que se distribuyó el 1 de octubre, señalaba que el 7 de septiembre una gran área en la provincia de Pinar del Río había sido

declarada zona militar restringida y que allí «se están realizando trabajos muy secretos e importantes, que se cree que están relacionados con misiles». Esta información se transmitió en una carta escrita en código y enviada por correo a una dirección falsa en «una ciudad extranjera».

Ya el 1 de octubre, más de dos semanas antes de que se descubrieran los misiles soviéticos en Cuba, McNamara advirtió a la armada estadounidense, en la persona del comandante en jefe de la Flota del Atlántico, el almirante Robert Dennison, que debía «estar preparada para instaurar un bloqueo a Cuba». Esa misma noche, Dennison ordenó a sus oficiales que «tomaran todas las medidas viables necesarias para garantizar la máxima preparación para la ejecución [de los planes de ataque aéreo] para el 20 de octubre». El 3 de octubre, McCone, tras volver de su luna de miel, convocó una reunión del «Grupo especial sobre Cuba», a la que asistieron Rusk, Bundy y McNamara. En ese encuentro, el director de la CIA manifestó la rabia feroz y la profunda consternación que le causaba el hecho de que no se hubieran realizado sobrevuelos exitosos con los U-2; y dijo que informaría al presidente de que era imposible sostener que no había prueba de la presencia de misiles ofensivos, cuando ningún avión espía estadounidense había conseguido fotografiar las áreas clave del oeste de Cuba. Rusk, sin embargo, seguía todavía resistiéndose con obstinación a los sobrevuelos: como muchos miembros de las altas esferas de la política exterior de Estados Unidos, seguía obsesionado por el recuerdo de la humillación que había supuesto en 1960 el derribo del U-2 sobre territorio de la URSS. Bundy abogó por la técnica de la fotografía periférica, que podía hacerse volando frente a la costa a altitudes relativamente bajas. McCone insistió, con razón, en que eso no serviría para obtener la información que necesitaban.

El 6 de octubre, Robert Kennedy se reunió con Gueorgui Bolshakov, que le contó que recientemente, durante sus vacaciones en el mar Negro, se había reunido con Jrushchov y Mikoyán. El primer secretario lo había

autorizado a asegurarle al presidente que «no se emplazará en Cuba ningún misil capaz de llegar a Estados Unidos»; en la isla solo se estaban instalando sistemas de defensa tierra-aire. ¿Por qué Jrushchov eligió despilfarrar tantísimo capital diplomático en su relación con Estados Unidos transmitiéndole al presidente, a través de su hermano, lo que de forma inequívoca no eran más que mentiras? Todas las naciones se mienten ocasionalmente las unas a las otras, tanto en público como en privado: John F. Kennedy y sus colaboradores más cercanos habían dicho muchas mentiras después de bahía de Cochinos. En el contexto de septiembre-octubre de 1962, la respuesta más verosímil es que el líder soviético creía que el premio estratégico al que aspiraba (la derrota aplastante infligida al joven presidente estadounidense) bien valía la quiebra de la confianza entre Washington y Moscú. La consecuencia, como escribió más tarde Ted Sorensen, fue que, habiendo confiado en el canal Bolshakov «para obtener información privada directa de Jrushchov, [el presidente] se sintió personalmente engañado» y en efecto lo había sido.

En Washington, con las elecciones de mitad de mandato aproximándose, Cuba cobró una importancia creciente a medida que aumentaban las pruebas de la actividad soviética en la isla. El *Times* de Londres publicó un reportaje que llevaba por título: «Cuba domina las elecciones estadounidenses. La cautela se torna impopular mientras la presión sobre el señor Kennedy se acumula».[27] El principal corresponsal del periódico en Estados Unidos reflexionaba: «El testimonio del subsecretario de Estado, el señor George Ball, de que Cuba no representa una amenaza militar para Estados Unidos se ignora debido a una especie de extraña miopía nacional que impide una perspectiva clara y desapasionada de Cuba. Se trata de una enfermedad que ha aquejado a la república casi desde su nacimiento; incluso Thomas Jefferson ... pensaba que Cuba debería pertenecer a Estados Unidos». El periodista del *Times* señalaba que eran los estadounidenses, no los rusos, quienes mantenían una gran base militar en la isla.

Esta perspectiva era característica del escepticismo con que en el Reino Unido y, de hecho, en toda Europa se veía la «obsesión» de Estados Unidos con Cuba. En Washington, sin embargo, la paciencia se había agotado. En el Capitolio, un número creciente de legisladores discutían inquietos acerca de lo que se percibía como una amenaza. El 6 de octubre, por ejemplo, el republicano Bob Dole, representante por Kansas y entonces prácticamente un novato, escribió una nota en el *Congressional Record*, el diario oficial del Congreso: «Hoy, a solo 150 kilómetros de Estados Unidos, técnicos soviéticos están instalando misiles antiaéreos ... resulta cada vez más evidente que la Unión Soviética está estableciendo una base en el hemisferio occidental desde la que algún día podría lanzar un ataque contra Estados Unidos. ¿Quién puede asegurar que el siguiente paso no será la instalación de misiles balísticos de alcance corto e intermedio?». [28]

La presión a la que estaba sometida la Casa Blanca para que tomara medidas se estaba tornando insoportable. La CIA, aun en contra de los deseos de Rusk y McNamara, había enviado U-2 a sobrevolar la isla los días 17, 26 y 29 de septiembre, pero ninguna de esas misiones había tenido éxito. Dos vuelos periféricos realizados los días 5 y 7 de octubre no cubrieron las regiones críticas del occidente de Cuba, y el segundo, además, tuvo que ser abortado por un problema de combustible. Para todos los protagonistas era claro que había pasado el momento de andarse con tacto en lo relativo al reconocimiento aéreo. El 9 de octubre, en una nueva reunión del grupo de política sobre Cuba, el director de «Actividades Especiales» de la CIA, el coronel Jack Ledford, que acababa de ocupar el cargo, brindó información sobre el riesgo que suponían para los «pájaros» estadounidenses los sistemas de defensa antiaérea soviéticos. La Agencia calculaba que había una posibilidad entre seis de que un U-2 fuera derribado; las probabilidades reales eran mucho menores si los rusos tomaban la decisión de destruir al intruso. Sin embargo, ningún otro avión o dron estadounidense estaba en condiciones de hacer el trabajo. Se acordó

que debían realizarse cuatro sobrevuelos breves de norte a sur, uno de los cuales se dirigiría de inmediato a la parte occidental de la isla, junto con la otra área que en los informes de HUMINT se identificaba como posible base de misiles.

Se produjo una petulante disputa entre la CIA y la USAF, acerca de qué personal debería realizar los sobrevuelos, lo que hizo que Mac Bundy comentara con irritación a Pat Carter, de la CIA: «Parece una pelea de niños». Al final, se acordó que los pilotos de la fuerza área se encargarían de las futuras misiones en Cuba, pues dado el riesgo de perder un avión, se consideró inaceptable que a bordo se encontrara uno de los pilotos civiles contratados por la CIA. La USAF contaba con dos aviadores veteranos en misiones de reconocimiento que tenían alguna experiencia con los U-2, los comandantes Rudy Anderson y Steve Heyser. El primero de ellos, sin embargo, se estaba recuperando de una lesión en el hombro y, por tanto, fue Heyser quien el 10 de octubre se trasladó a la base Edwards de la fuerza aérea en California, donde se encontraban los «pájaros» espía de la CIA.

Al día siguiente, 11 de octubre, John McCone le mostró al presidente fotografías en las que sobre la cubierta de un buque soviético (que para esa fecha ya había llegado a La Habana) podían verse los contenedores en los que presumiblemente se transportaban los bombarderos Il-28. Kennedy solicitó al director de la CIA que silenciara esa información hasta después de las elecciones de mitad de mandato, para las que para entonces faltaba menos de un mes, con el fin de no elevar todavía más la presión arterial de la nación; y cuando este le dijo que eso era imposible, pues las fotos ya habían sido remitidas a varias sedes de las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia, el presidente le pidió que procurara no darle demasiada importancia al asunto.

El foco de la acción se desplazó ahora a una desolada pista de aterrizaje en California donde estaba estacionado uno de los mayores logros aeronáuticos de Estados Unidos, un avión con un motor y una cabina

capaces de operar mucho más alto que cualquier otra aeronave tripulada en el mundo. Steve Heyser, de treinta y cinco años, pasó dos días familiarizándose con la tecnología mientras esperaba que los cielos sobre Cuba se despejaran. En la base Edwards, subsistía aún una gran confusión logística sobre quién estaba a cargo de la operación: la USAF había enviado a su propio equipo de lanzamiento para la misión, lo que desplazó a los técnicos de la CIA. Heyser, por su parte, tenía una inmensa experiencia. Veterano de la guerra de Corea, estaba ahora comprometido con la primera de lo que se convertiría en una serie histórica de incursiones fotográficas sobre Cuba. Su montura era un U-2F, con motores de mayor potencia que le permitían alcanzar 1.500 metros de altitud más que el modelo estándar. El avión, propiedad de la CIA, se repintó de forma apresurada con una nueva identificación: «USAF 66675». En la noche del 13 de octubre, dos horas antes del despegue, Heyser comenzó a ponerse su traje presurizado y a ensamblar de forma minuciosa su equipo. Por último, media hora antes de la medianoche, subió la escalera hasta la cabina de la aeronave. Después de elevarse en el cielo nocturno para la misión 3101 de la que se bautizó como operación «Brass Knob» (Pomo de latón), mantuvo la radio silenciada durante el largo viaje a Cuba, respirando oxígeno al 100 %. «Se encontró con el sol sobre el golfo de México y voló sobre el canal de Yucatán antes de girar hacia el norte para penetrar en territorio prohibido», escribe el historiador del U-2 Chris Pocock. «El clima fue aproximadamente el pronosticado: nubosidad del 25 %. Estaba volando en el perfil de altitud máxima y, para entonces, el U-2F había alcanzado los 22.000 metros. No dejaba estela. Heyser había recibido instrucciones de vigilar el visor de deriva en busca de cazas cubanos o, peor aún, de un SA-2 [la designación de la OTAN para los misiles tierra-aire S-75]. En tal caso, se le indicó, debía girar con rapidez hacia él y luego alejarse volando en eses, lo que, con suerte, rompería el seguimiento por radar del misil». [29]

Heyser viró para atravesar la isla. Su enorme cámara «B», con una longitud focal de noventa centímetros, había sido programada con antelación en tierra y lo único que el piloto podía hacer, si lo creía conveniente, era alterar el ángulo de la lente: vertical, oblicuo bajo u oblicuo alto. La cámara estaba provista de dos latas con 15.000 metros de película que exponía fotogramas de 22 por 22 centímetros. Cada rollo tomaba fotografías desde siete posiciones diferentes para producir una imagen compuesta de 44 centímetros cuadrados. En la cabina, el piloto oía el ruido sordo que hacía la cámara cada vez que cambiaba automáticamente de ángulo para cubrir una gran franja del terreno que sobrevolaba. La resolución de las imágenes era asombrosa: con buen tiempo, era posible distinguir objetos de menos de un metro cuadrado a ras de suelo.

Heyser, que llevaba seis años en el programa U-2, dijo que la incursión en Cuba era «el tipo de trabajo para el que nos habíamos estado preparando durante todo ese tiempo ... parecían las actividades de cualquier otro día, salvo que era imposible dejar de pensar que se trataba de algo muchísimo más importante».[30] El avión hizo una única pasada sobre Cuba, que duró apenas siete minutos, en «un día excepcionalmente bueno desde el punto de vista meteorológico». Para alivio infinito del piloto, consiguió completar el sobrevuelo sin interferencia de las defensas terrestres, a las que durante doce minutos había sido vulnerable. Luego viró hacia el norte para aterrizar en la base McCoy de la fuerza área, en Orlando, Florida, a las 09.20, siete horas después de haber despegado.

Heyser había expuesto 928 fotogramas. Las ocho latas que contenían las imágenes de su cámara principal fueron llevadas personalmente a Washington por el jefe de inteligencia del Comando Aéreo Estratégico (SAC), el brigadier Robert Smith, que viajó a bordo de un avión KC-135. Cuando aterrizó, se produjo otra pequeña y absurda disputa territorial: los oficiales enviados para llevar la película para su procesamiento en el NAVPIC (Centro Naval de Interpretación Fotográfica, por sus siglas en

inglés), una instalación de la armada en Suitland, Maryland, no figuraban en la lista de destinatarios autorizados que portaba Smith. Todos tuvieron que esperar treinta minutos allí hasta que el problema quedó resuelto. [31] El procesamiento de las imágenes, llevado a cabo durante la noche del domingo, fue una tarea ardua, pues fue necesario producir duplicados en acetato transparente para que pudieran examinarse en las mesas de luz.

Solo a media mañana del lunes llegaron las imágenes al Centro Nacional de Inteligencia Fotográfica en el edificio Steuart, una anodina dependencia gubernamental de cuatro plantas sobre una sala de exposición de coches en la intersección de las calles 5 y K de la capital estadounidense. Entre tanto, el general de división Robert Breitweiser, jefe adjunto para inteligencia del Estado Mayor de la USAF, despertó temprano, se dirigió al Pentágono y esperó fuera de las oficinas de Robert McNamara y Max Taylor para informarlos de su llegada. Aunque las fotos aún no habían sido sometidas a un análisis, «era evidente que iban a causar alboroto, y así fue». [32]

Las imágenes de baja resolución de la cámara del rastreador de navegación del U-2 habían sido desviadas a la base Offutt de la fuerza aérea en Nebraska, el cuartel general del SAC, y en cuestión de horas los analistas del general Power las estaban estudiando de forma independiente. Los jefes de los bombarderos buscarían luego que se les reconociera el mérito de haber sido los primeros en detectar los misiles en Cuba tras el vuelo de Heyser. [33] No obstante, en la actualidad los expertos en la historia del U-2 rechazan como inverosímil esta versión de los hechos, que solo subraya las enconadas rivalidades existentes dentro del sistema de defensa estadounidense.

Mientras tanto, en Washington, McNamara, Taylor y Breitweiser, conscientes de que algo grande se avecinaba, dejaron el Pentágono para sus reuniones con la CIA, a las que se dirigieron cada uno en su propio coche «para evitar dar la impresión de mucha actividad frenética, aunque lo cierto es que era frenética». El aviador formaba parte de los muchos oficiales en

servicio que aún resentían la negativa de los Kennedy a autorizar el apoyo aéreo a la invasión de bahía de Cochinos. Según se cuenta, el 1 de mayo de 1961, cuando se produjo el primero de lo que se convirtió en una plaga de secuestros de aviones civiles estadounidenses, desviados a Cuba por partidarios de Castro, el presidente habría insinuado a la USAF que sus cazas podían disparar delante del morro de los aviones para convencer a los secuestradores de que aterrizaran, un comentario que solo suscitó desprecio entre los jefes del aire.[34] Dieciocho meses después, estos seguían poniendo en duda que el principal ocupante de la Casa Blanca tuviera las pelotas que le habían faltado durante la operación Zapata.

Las imágenes del U-2 fueron examinadas en el NPIC por tres equipos formados por parejas pertenecientes a distintas agencias de las fuerzas armadas, encabezados por Vince Direnzo, de la CIA, que era oriundo de Pensilvania y entonces tenía treinta y tres años. Esa mañana del 15 de octubre, mientras los intérpretes miraban sus mesas de luz con entusiasmo y alarma crecientes, la tensión en el edificio Steuart era palpable. Al parecer fue el mismo Direnzo quien se concentró en la extraordinaria longitud de los grandes tubos visibles en algunos fotogramas que mostraban las bases soviéticas en Cuba. En ninguna misión de reconocimiento anterior se había visto nada semejante: eran mucho más grandes que los misiles tierra-aire de defensa antiaérea. En el archivo, el experto en misiles Jay Quantrill encontró imágenes de misiles balísticos de alcance medio soviéticos SS-4 (según la designación de la OTAN) desfilando por las calles de Moscú en las celebraciones del Primero de Mayo. Los tubos que el comandante Heyser había fotografiado el día anterior se parecían asombrosamente a esos misiles capaces de lanzar ojivas nucleares a objetivos en todo el sureste de Estados Unidos y llegar hasta lugares como Cincinnati, Houston y Washington D. C.

Para confirmarlo, los estadounidenses recurrieron a los notables dosieres de inteligencia técnica que les había proporcionado el coronel Oleg

Penkovski, un oficial del GRU convertido en agente doble. Entre 1961 y 1962, Penkovski transformó por completo la comprensión que Washington tenía de la capacidad nuclear soviética y se erigió en la fuente más importante obtenida por la inteligencia occidental hasta ese momento en la Guerra Fría.[35] La CIA gestionaba al especialista en cohetes de cuarenta y dos años junto con el SIS (el Servicio de Inteligencia Secreto del Reino Unido, más conocido como MI6); su principal mensajero era el empresario galés Greville Wynne. El hombre del GRU había pasado a los occidentales 111 rollos de película que contenían diez mil páginas de documentos, incluidos los manuales de operación de los misiles SS-4 y SS-5, antes de ser traicionado por un doble agente estadounidense en el verano de 1962, cuando la contrainteligencia soviética empezó a someterle a una estrecha vigilancia.

La importancia de Penkovski radicaba en que su información establecía, con gran riqueza de detalles, que el arsenal nuclear de la Unión Soviética era mucho menos potente de lo que Jrushchov siempre había hecho creer. De acuerdo con un destacado oficial de la inteligencia británica, el ruso «en verdad cambió la forma en que veíamos las cosas. Resolvió muchos misterios. Nuestras percepciones entonces estaban bastante equivocadas». Los U-2 habían sobrevolado la Unión Soviética entre julio de 1956 y mayo de 1960. En agosto de ese último año, el primer satélite Discoverer comenzó a orbitar la Tierra y proporcionar una cobertura detallada sin precedentes de las instalaciones a lo largo y ancho del territorio soviético. Desde un primer momento, los estadounidenses quedaron desconcertados al no conseguir identificar ningún misil balístico intercontinental (ICBM), y fue solo al cabo de un tiempo cuando comprendieron por fin que eso se debía a que, en contra de lo que Jrushchov repetía en tono jactancioso, la URSS no contaba con tales armas en ese momento. Solo después, y con gran lentitud, desplegarían los soviéticos un modesto inventario de misiles balísticos intercontinentales: en septiembre de 1961, la CIA realizó «una

fuerte revisión a la baja de nuestra estimación de la fuerza soviética». Los datos de Penkovski permitieron a los fotointérpretes de la NSA evaluar las armas reveladas por las imágenes del comandante Heyser, y su juicio pronto se vio reforzado por fotografías adicionales tomadas durante los días siguientes. A las 17.30 del 15 de octubre, Direnzo informó al jefe del NPIC, Arthur Lundahl: «Tenemos MRBM en Cuba». Lundahl transmitió la noticia a la sede central de la CIA en Langley y al subsecretario de Defensa Roswell Gilpatric.

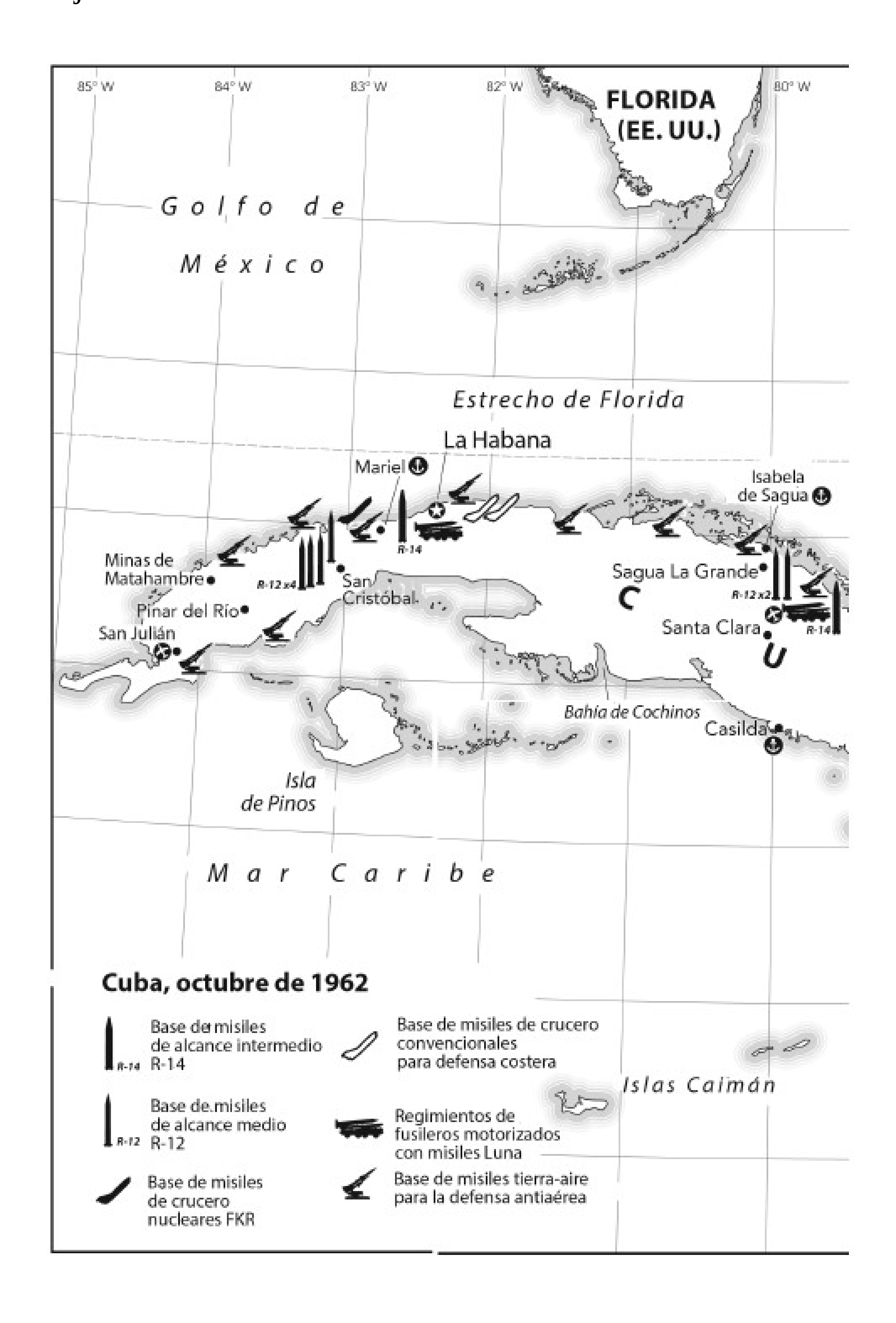
Resulta difícil exagerar el trauma que causó el descubrimiento en el restringidísimo círculo de políticos y miembros de los servicios de inteligencia que tuvieron acceso a la noticia entre el 15 y el 16 de octubre. En la CIA, el equipo de la ONE respondió con «conmoción e ira», según el testimonio de Kenneth Absher.[36] Se habían dejado engañar. Los líderes estadounidenses habían cometido un error cardinal, en especial a ojos de los republicanos, al confiar en las declaraciones de un líder soviético. A partir de ese momento, dos comités de la comunidad de inteligencia, el GMAIC y el JAEIC —respectivamente, por sus siglas en inglés, el Comité de Inteligencia sobre Astronáutica y Misiles Dirigidos y el Comité Conjunto de Inteligencia sobre Energía Atómica—, comenzaron a reunirse a diario. La Unión Soviética, en opinión de estos estadounidenses, y más tarde en la de toda la nación, estaba desafiando a Estados Unidos en su mismo patio trasero con las armas más mortíferas conocidas en la historia de la humanidad. Nikita Jrushchov buscaba que John Fitzgerald Kennedy pareciera un mentecato.

Por coincidencia, mientras en el edificio Steuart los analistas miraban los misiles a través de las lupas iluminadas, Robert Kennedy presidía una reunión para revisar, un año después de su creación, el programa Mangosta contra Castro. Durante los diecinueve meses transcurridos desde bahía de Cochinos, la CIA había seguido planeando una segunda invasión de Cuba, a la espera de que la Casa Blanca autorizara su ejecución. Langley patrocinó

repetidos intentos de asesinar a Castro ya fuera con bombas, veneno o armas de fuego. Unos seiscientos miembros de la Agencia, y un número mucho mayor de contratistas, estaban dedicados a actividades relacionadas con ese proyecto.

El principal instrumento de Mangosta era el coronel Edward Lansdale, oficial de la fuerza aérea y uno de los personajes más impredecibles del estamento militar estadounidense; tras trabajar en publicidad antes de la segunda guerra mundial, se había ganado en Filipinas una reputación en gran medida inmerecida por sus habilidades en contrainsurgencia y «operaciones psicológicas» (PSYOPS). Una de las artimañas típicas de Lansdale consistía en plantar en las aldeas cadáveres previamente desangrados para convencer a los supersticiosos lugareños de que se trataba de víctimas de vampiros. La operación para derrocar al gobierno cubano tenía como sede una base de seis kilómetros cuadrados en las afueras de Miami y estaba supervisada de forma directa por un veterano de la Agencia llamado Bill Harvey, cuya efectividad se vio seriamente perjudicada por un grave problema de alcoholismo. (Harvey solía referirse a los hermanos Kennedy como «maricas» e «hijos de puta».)[37] A los Kennedy les agradaba Lansdale, a quien ha de reconocerse el mérito de oponerse en su día a la invasión de bahía de Cochinos; sin embargo, al coronel, en palabras de un historiador de la CIA, «le resultaba difícil controlar la estación de Miami, cuyo personal, que gozaba de un exceso de fondos y tenía un fervor exagerado, lanzaba operaciones de sabotaje por completo inútiles que solo conseguían aumentar la popularidad de Castro».[38] No hubo absurdo que los planificadores de Mangosta no aceptaran, incluidos los esfuerzos previos por reclutar a gánsteres y mafiosos para matar a Castro: Harvey en persona suministró al italoamericano John Roselli, más conocido como «Johnny el guapo», píldoras para envenenar al líder revolucionario. Las extravagancias de Lansdale hicieron que su personal lo apodara «F-M» (por *Field-Marshal*, «mariscal de campo»).[39] Los Kennedy lo bautizaron, con

irónico respeto, «el estadounidense feo», por la novela homónima de 1958 sobre el ajedrez de la Guerra Fría en el Sureste Asiático.





79° W
78° W
77° W
76° W
75° W
74° W
Océano
Atlántico
25° N
B A H A M A S
24° N
Trópico de Cáncer
23° N
Remedios
22° N
B
A
Camagüey
21° N
Banes
Holguín
Mayarí Arriba
Sierra Maestra
20° N
Santiago de Cuba
Base Naval de la bahía de Guantánamo (EE. UU.)
19° N
0
50
100 millas
0
100 km
JAMAICA
HAITÍ

La base de la CIA en Miami albergaba a cientos de trabajadores que manejaban a varios miles de agentes reales o ficticios, decenas de vehículos, dos aviones, botes para infiltrar personal, copiosos suministros de armas y explosivos, todo lo cual le costaba al contribuyente estadounidense cincuenta millones de dólares anuales. Su jefe de operaciones era Ted Shackley, que a sus treinta y cinco años gozaba de una alta consideración en la Agencia. Como los exiliados cubanos a los que adiestraba, Shackley estaba convencido de que esta vez la administración Kennedy hablaba en serio sobre deshacerse de Castro. El odio moral que suscitaban las actividades de la Agencia era menos perjudicial para los intereses estadounidenses que su flagrante fracaso, y el fiscal general ya había manifestado lo insatisfecho que se sentía el presidente con lo poco logrado hasta entonces. En noviembre de 1961, en una reunión en la sala del gabinete de la Casa Blanca, poco antes de que se obligara a Richard Bissell y Allen Dulles a renunciar a la CIA, Robert Kennedy «abroncó a Bissell» por «cruzarse de brazos y no hacer nada para librarse de Castro y el régimen cubano».[40] Eso había llevado al veterano espía a regresar a Langley y desempolvar los viejos planes de asesinato. Las actividades de Estados Unidos contra Cuba entre 1959 y 1962 pusieron en evidencia a la CIA, que como agencia contrarrevolucionaria se revelo de una incompetencia risible.

Mientras tanto, en el Pentágono, el comandante en jefe del Comando Aéreo Estratégico (SAC), el general Thomas Power, que durante la segunda guerra mundial había trabajado de cerca con Curtis LeMay en el Pacífico, acababa de regresar de una visita a Europa. Como LeMay, el general era un experto en la destrucción a gran escala: el 9 de marzo de 1945, había actuado como director del gran ataque en el que los B-29 arrasaron con bombas incendiarias gran parte de Tokio. El 15 de octubre, antes de que se

confirmara la noticia de los misiles, en una reunión sobre Cuba presidida por Maxwell Taylor, el militar, cuya afición era estudiar en privado mosaicos fotográficos de la Unión Soviética en busca de bases de misiles, hizo suyas las tesis de su jefe al considerar que lo que debía hacerse era «destruir su orden de batalla aéreo e invadir» la isla. [41]

Es indudable que Kennedy no había renunciado a la opción de lanzar un ataque estadounidense a gran escala contra Cuba. Ese mismo 15 de octubre, Robert McNamara les dijo a los jefes del Estado Mayor Conjunto que el presidente no quería «ninguna acción militar en un lapso de tres meses, pero», agregó, «él no puede estar seguro, porque no controla los acontecimientos», lo que posiblemente significaba que Estados Unidos debía estar preparado para intervenir, si Castro fuera depuesto o asesinado. Durante la primavera y el verano de ese año, la armada estadounidense había llevado a cabo ejercicios bastante notorios en el Caribe. Es del todo verosímil que si Kennedy hubiera estado seguro del éxito de la operación, no habría dudado en lanzar una acción militar contra Cuba para cosechar los beneficios que ello le reportaría en términos de política interna. Todo lo relacionado con su presidencia evidencia la determinación con que deseaba que el pueblo estadounidense y el mundo entero le reconocieran como un mandatario duro con el comunismo. Más adelante, las credenciales proporcionadas a los medios de comunicación en Vietnam del Sur caracterizarían a los ejércitos de Estados Unidos y sus aliados desplegados en apoyo del régimen de Saigón como las «fuerzas del mundo libre». Las percepciones que los estadounidenses tenían acerca de su posición en el Caribe no eran diferentes. Años más tarde, durante una charla en el marco de un congreso de historia, Robert McNamara diría a sus interlocutores rusos: «Si yo hubiera estado en vuestro lado … me habría resultado muy fácil valorar que la invasión era inminente». [42] Y, de hecho, cuando el 16 de octubre el trueno descendió sobre la Casa Blanca, las probabilidades de que tal invasión se produjera se hicieron terriblemente altas.

6

Redoble de tambor

1. Se informa al presidente

La noche del 15 de octubre, Dean Rusk celebraba una cena oficial para el ministro de Asuntos Exteriores alemán en el comedor de la octava planta del Departamento de Estado, cuando uno de los camareros le pasó una nota. El secretario de Estado fue al teléfono, recibió la noticia y regresó para retomar una charla sobre la OTAN. Luego, en la primera pausa, le hizo una señal a Paul Nitze, el subsecretario de Defensa, para que se acercara y pudieran conversar en privado. Afuera, en una terraza desde la que se veía el monumento a Lincoln, Rusk le habló a Nitze de las fotos. Entre tanto, Robert McNamara, que regresaba a casa después de una velada con Bobby Kennedy en Hickory Hill, la residencia de este, se encontró con que le esperaban los analistas con las imágenes de Cuba.

McGeorge Bundy había ofrecido una cena de despedida para Chip Bohlen, que dejaba Washington para convertirse en el embajador de Estados Unidos en París, entonces considerado un destino tan importante como Moscú o Londres y más agradable que cualquiera de estos dos, y estaba terminando de acompañar a la puerta a los invitados cuando se le llamó al teléfono. El asesor de seguridad nacional se puso al habla sin demora. Quien le llamaba era Ray Cline, un subdirector de la CIA: «Eso

que nos ha estado preocupando...», le dijo de forma críptica. «Parece ser que de verdad hemos dado con algo.» Bundy supo al instante qué quería decir. El cerebrito de cuarenta y dos años tenía un rostro aguileño, llevaba gafas y era burlón, aunque no generoso con las sonrisas significativas; tan terso y elegante que se podía jugar al billar sobre él. «Mac» era un brahmán de Boston, una estrella en Groton, la escuela secundaria de oro de Estados Unidos, y luego en Yale antes de cambiarse a Harvard. Se había convertido en un decano precoz de esta última institución, cuando, sin importar su pasado republicano, se le invitó a trabajar en la Casa Blanca. En 1962 le ofrecieron la presidencia de Yale, que habría aceptado si Kennedy no hubiera insistido en que era indispensable allí donde estaba.

Sería un error decir que Bundy era impaciente con los tontos. Sencillamente, daba por sentado que nadie era tan inteligente como él. Eso explica por qué era muy respetado, pero no muy querido, y menos en el Congreso, al que despreciaba. Walter Lippmann, sumo sacerdote honorario de la Casa Blanca de Kennedy, pensaba que Mac debería haber sido secretario de Estado. Sin embargo, en su caso la cuestión del cargo era casi irrelevante. Lo que de verdad importaba era que tenía el oído del presidente. Además, independientemente de los reproches que puedan hacérsele hoy, fue un gran pensador, preocupado por indagar la mejor forma en que Estados Unidos debía ejercer el liderazgo del mundo occidental; el dominio maestro de lo que él, como muchos estadounidenses más humildes, estaba seguro de que era la mayor fuerza para el bien en la historia del planeta. En 1936, cuando con dieciséis años se presentó ante la junta de admisiones de la universidad, se negó a escribir ensayos sobre los dos temas asignados —«Cómo pasé mis vacaciones de verano» y «Mi mascota favorita»— y, en lugar de ello, escribió un artículo criticando a los examinadores por elegir temas tan frívolos, cuando el Estados Unidos del siglo XX estaba haciendo frente a enormes desafíos que la nueva generación debía aprender a asimilar.

La desventaja de Bundy, como la de otros miembros del círculo interno de la Casa Blanca, era que, a pesar de tener una elevada inteligencia, su comprensión de otras culturas era exigua. Ninguno de los hombres del grupo había viajado tanto por el extranjero como el presidente, y era poco lo que habían visto de otros pueblos. De hecho, la mayoría no sabía mucho sobre grandes sectores de sus propios compatriotas: los estadounidenses que habitaban los millones de kilómetros cuadrados que se extienden entre Harvard y Berkeley. No obstante, Bundy era algo así como un alto funcionario nato, un ejemplo supremo del hombre que «puede hacerlo» en un momento en que su país tenía mucho por hacer. Para el asesor de seguridad nacional, la acción representaba una virtud, y la pasividad, un vicio. Esa noche del 15 de octubre, tuvo que tomar una decisión de inmediato: ¿debía llamar al presidente, que seguramente estaría exhausto? Ese día Kennedy había estado en el Estado de Nueva York, haciendo campaña para las elecciones legislativas. Bundy usó el sentido común y se decantó por aplazar la llamada: unas pocas horas no harían ninguna diferencia; Kennedy necesitaba descansar, antes de enfrentar la crisis que, ahora no cabía duda, iba a estallar.

A la mañana siguiente, el martes 16 de octubre, el asesor entró en el dormitorio del presidente en los aposentos privados de la Casa Blanca (la Mansión), donde encontró al inquilino todavía en pijama y a los niños mirando la televisión. Kennedy ya había hojeado los periódicos matutinos, que estaban muy centrados en la cuestión de Cuba. El *Washington Post* publicaba un artículo de primera plana que atribuía a «fuentes comunistas» el rumor de que Occidente podía hacer concesiones en Berlín a cambio de que la Unión Soviética lentificara el rearme de Cuba. El expresidente Eisenhower había pronunciado en Boston un discurso, al que los medios daban una gran difusión, en el que atacó el historial del gobierno en materia de política exterior. Durante su turno de guardia, dijo el viejo general con

mal humor, «no se construyeron muros. No se instalaron bases extranjeras amenazadoras».

Bundy informó a Kennedy de la sensacional noticia: había «pruebas fotográficas sólidas de que los rusos tienen misiles ofensivos en Cuba». El mandatario siempre había dejado en claro que no toleraría semejante paso; y los soviéticos le habían garantizado que ellos no pensaban darlo. La primera reacción de Kennedy fue decirle a Bundy: «Probablemente tendremos que bombardearlos». Y, en referencia a Jrushchov, exclamó: «No puede hacerme esto». Se sentía traicionado por el líder soviético. Después llamó a su hermano, que apuntó, con la moderación propia de un estadista: «¡Oh, mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Esos rusos hijos de puta».[1] Otros analistas, más serenos, estaban igual de atónitos: la iniciativa soviética parecía desproporcionada en cualquier escenario estratégico verosímil en el hemisferio. «La sensación dominante», escribió Bobby Kennedy mucho tiempo después, «era de una estupefacción incrédula. Jrushchov nos había engañado, pero también nosotros habíamos estado autoengañándonos». Eso era bastante cierto, pero el entonces fiscal general añade a continuación una falsedad: «Ningún funcionario del gobierno le había señalado jamás al presidente Kennedy que la acumulación de armamento ruso en Cuba podía incluir misiles». Era verdad que la Oficina de Estimaciones Nacionales de la CIA había rechazado la idea de que los soviéticos estuvieran desplegando misiles. Pero John McCone había advertido en varias ocasiones a la Casa Blanca de que esa era la intención de Jrushchov.

El presidente dictó a su asesor de seguridad nacional la lista de las catorce personas que deseaba que asistieran a una reunión para discutir la crisis esa misma mañana. Casi todos los convocados ese primer día se convertirían en participantes habituales en el debate angustioso e implacablemente tenso que continuaría durante los días siguientes. Acudieron a la cita Bundy mismo, por supuesto; el subsecretario de Estado, George Ball; Marshall Pat Carter (solo por ese día, en representación del

ausente director de la CIA John McCone); el secretario del Tesoro, Douglas Dillon; el subsecretario de Defensa, Roswell Gilpatric; el subsecretario de Estado para asuntos políticos, Alexis Johnson; Robert F. Kennedy; el subsecretario de Estado para asuntos interamericanos, Edwin Martin; el secretario de Defensa, Robert McNamara; el subsecretario de Defensa para asuntos de seguridad internacional, Paul Nitze; Dean Rusk; el asesor jurídico del presidente, Theodore Sorensen, el hombre que escribió la mayoría de los textos oficiales de JFK; el presidente del Estado Mayor Conjunto, general Maxwell Taylor, y el vicepresidente Lyndon Johnson.

Kennedy también deseaba convocar al abogado republicano John McCloy, que si bien no pertenecía a la actual administración, era un veterano del gobierno, directo y perspicaz. Resultó que McCloy estaba a punto de partir hacia Alemania en un viaje de negocios. El presidente no le pidió que lo cancelara, pero sí que se mantuviera en contacto. El resto del grupo, los personajes clave, se convertiría en los libros de historia en el ExCom, abreviatura del Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional, aunque nadie recordaba después que ese nombre se usara en aquel momento. Mac Bundy escribió luego: «No sé de ningún miembro [del ExCom] para quien esa no fuera la experiencia oficial más intensa de su vida». [2]

Antes de la reunión, Kennedy recibió a un astronauta y a su familia; entró en el despacho de Kenny O’Donnell justo antes de las diez de la mañana y le tomó el pelo a su asistente: «¿Todavía piensas que el alboroto por Cuba no es importante?». O’Donnell, que todavía no se había enterado de los últimos acontecimientos, respondió con rotundidad: «Por supuesto. A los votantes Cuba les importa un bledo». Entonces el presidente procedió a revelarle los titulares secretos. «No me lo puedo creer», dijo el asistente. «Será mejor que te lo creas», dijo Kennedy: «es probable que Ken Keating se convierta en el próximo presidente de Estados Unidos». Después de ese intercambio, el papel de O’Donnell en la crisis resultó mucho menos

significativo de lo que Kevin Costner hizo que pareciera cuando interpretó al colaborador del presidente en la película *Trece días* (2000). Como es obvio, nadie sabía en esa primera mañana que la crisis duraría trece días o trece semanas, ni si sus protagonistas se encontrarían hechos cenizas en algún momento intermedio.

Después, el presidente pasó, como estaba programado, una media hora con Chip Bohlen, en su nueva condición de embajador designado de Estados Unidos en Francia, y aprovechó la oportunidad para enseñarle las fotos de Cuba. La respuesta instintiva del diplomático fue aconsejar cautela: si Estados Unidos bombardeaba la isla y mataba a ciudadanos soviéticos, el Kremlin seguramente se sentiría obligado a responder y a escalar el conflicto. En los debates posteriores del ExCom, el camino diplomático para atravesar la crisis, en cuanto diferente de la ruta militar, se conocería durante un tiempo como «el plan Bohlen»; a la opción de lanzar un ataque aéreo se la llamó «la vía rápida».

A las 11.50, la hija de Kennedy, Caroline, que entonces tenía cinco años, le estaba haciendo compañía en la sala del gabinete, cuando se presentaron sus asesores, que llegaron en compañía de Arthur Lundahl y otros expertos del NPIC. Una vez que la niña se marchó, los hombres de inteligencia dispusieron una serie de fotografías ampliadas en los caballetes. John McCone volvía a estar fuera de Washington, asistiendo al funeral de un familiar. De modo que le correspondió a Marshall Carter dirigir la sesión informativa. Describió las bases de misiles identificadas en el extremo meridional de la sierra del Rosario, en el oeste de Cuba. Las fotos de un gran campamento mostraban por lo menos catorce remolques con misiles cubiertos con lonas; según el novedoso y revolucionario ordenador del NPIC, cada misil medía veinte metros de largo. Lundahl señaló los lanzadores y los erectores de los lanzadores; un remolque cargado con un misil daba marcha atrás hacia un punto de lanzamiento. Sid Graybeal, un experto en misiles, explicó que se habían identificado dos tipos: los SS-3,

que tenían un alcance de más de mil kilómetros; y los SS-4, que podían realizar ataques nucleares a más de 1.700 kilómetros de distancia. Los morros, las ojivas, no eran visibles en las fotos, y era probable que no estuvieran acopladas a los misiles. Robert McNamara resaltó un aspecto significativo: no había ninguna señal de que los emplazamientos estuvieran cercados, lo que, en su opinión, seguramente debía hacerse antes de almacenar armas nucleares en ellos.

Los presentes pronto estuvieron de acuerdo en que era necesario realizar más fotografías y obtener más información. Por recomendación de McNamara, el presidente autorizó de inmediato nuevos vuelos de los U-2, después de lo cual invitó al secretario de Estado a hablar. Rusk empezó diciendo que este era, por supuesto, un acontecimiento muy grave: «Uno que nosotros, todos nosotros, no creíamos en realidad que los soviéticos pudieran llevar tan lejos». Había que hacer algo, sin duda, pero no de forma unilateral: había que tener en cuenta los intereses de 42 aliados, cualquiera de los cuales, quizá todos, podía verse involucrado. Las opciones estaban entre un ataque aéreo inmediato y sin previo aviso contra los emplazamientos o un enfrentamiento diplomático prolongado. Rusk era partidario de implicar a la Organización de los Estados Americanos y, también, de enviar una advertencia a Castro usando un canal paralelo, tal vez el embajador de Canadá en La Habana. Se consideró incluso la posibilidad de comunicarse a través de los brasileños, que previamente se habían ofrecido como intermediarios en la búsqueda de una solución al callejón sin salida cubano en general; sin embargo, nada se haría en este sentido hasta el 27 de octubre. [3]

Tras casi dos años en la presidencia, Kennedy tenía una mala opinión del Departamento de Estado, al que consideraba inútil: «Maldita sea, Bundy y yo hacemos más cosas en un día en la Casa Blanca que ellos en seis meses», se quejó en una ocasión. [4] Arthur Schlesinger, por su parte, criticaba que el personal del Departamento de Estado siguiera usando

todavía la apolillada expresión «bloque sino-soviético», cuando resultaba cada vez más obvio que China y Rusia no eran en absoluto un bloque, sino rivales mortales. El mismo Rusk parecía obtuso, incluso en momentos de crisis. Averell Harriman comentó que Kennedy era más su propio secretario de Estado de lo que lo había sido Roosevelt (y él había trabajado para ambos).

Sin embargo, Rusk no era ningún tonto. Su conducta en los días siguientes reflejó una firmeza y sensatez que algunos otros asesores de la Casa Blanca habrían hecho bien en igualar. Instó a informar de la situación al expresidente Eisenhower, para evitar que el viejo general hiciera en público comentarios hostiles o incendiarios. También propuso considerar la posibilidad de un acercamiento directo a Jrushchov, para poner de manifiesto el hecho de que «aquí se está gestando una crisis de la máxima gravedad, y que quizá [el líder soviético] en realidad no lo entienda, o no lo crea posible, en este momento. Creo que nos enfrentamos a una situación que bien podría conducir a una guerra general. En tales circunstancias, tenemos la obligación de hacer lo que haya que hacer, pero de una manera que dé a todos la oportunidad de dar marcha atrás antes de que las cosas se pongan demasiado difíciles».

Robert McNamara comenzó sosteniendo que si Estados Unidos iba a ordenar un ataque aéreo contra las bases, debía llevarse a cabo antes de que los misiles estuvieran operativos. De lo contrario, creía que era verosímil que se los disparara contra Estados Unidos antes de que las bombas consiguieran inutilizarlos. Además, si se optaba por el ataque aéreo, debían incluirse también otros objetivos: aeródromos, cazas, posibles sitios de almacenamiento de ojivas. Morirían muchos cubanos, probablemente varios miles (el secretario de Defensa no mencionó en ese momento las inevitables bajas rusas).

McNamara cedió entonces la palabra al general Maxwell Taylor, el presidente del Estado Mayor Conjunto. Durante los días que siguieron,

Taylor se mostraría como un halcón, aunque no tan rapaz como el general Curtis LeMay y el almirante George Anderson, los jefes, respectivamente, de la fuerza aérea y de la armada. Bastante guapo, el general se había forjado su reputación durante la segunda guerra mundial, cuando estuvo al mando de una división aerotransportada. Era el miembro militar de mayor confianza de la administración Kennedy y luego, bajo Lyndon B. Johnson, se desempeñaría como embajador en Saigón. A principios de la década de 1960, ningún oficial de las fuerzas armadas ejerció mayor influencia en los gobiernos de Estados Unidos. Taylor era sin duda un hombre inteligente y sereno. Derrochaba experiencia y desenvoltura. No obstante, algunos de sus compañeros de armas consideraban que tenía más talento para las intrigas palaciegas que para el mando o la estrategia. Su juicio acerca de cuestiones político-militares complejas era, para decirlo con cortesía, imperfecto. Cuando en la sala del gabinete el presidente preguntó con ironía: «¿Quién creyó alguna vez en la brecha de los misiles?», la de Taylor fue la única mano que se levantó. [5] Esa mañana, según escribió más tarde el general, el mandatario «no evidenciaba estupor o agitación como consecuencia de la amenaza para la nación que implicaba el descubrimiento de las bases de misiles, sino más bien una ira profunda y controlada por la duplicidad de los dirigentes soviéticos que habían tratado de engañarlo».

En la reunión de la Casa Blanca, el general dijo que la USAF estaba en total disposición de atacar con fuerza y rapidez, antes de que los comunistas pudieran camuflar, proteger o poner en funcionamiento los misiles soviéticos: «Tenemos que hacer un buen trabajo la primera vez que entremos allí, ir a tope, llegar tan lejos y ser tan precisos en ese ataque como sea posible». También propuso un bloqueo naval, para impedir la llegada a la isla de más efectivos y armamento soviéticos, y el refuerzo de la base estadounidense en la bahía de Guantánamo.

En su entusiasmo por los ataques aéreos, Taylor olvidó plantear varias cuestiones, que otros se encargaron de mencionar. En primer lugar, sería

imposible identificar todos los emplazamientos de misiles, equipos militares y lanzadores de misiles tierra-aire defensivos antes de las incursiones iniciales. En segundo lugar, como antes hemos anotado, el bombardeo aéreo seguía siendo una ciencia inexacta. Con independencia de lo que sostenía el general Curtis LeMay, no había ninguna posibilidad de que incluso una campaña aérea continuada consiguiera eliminar por completo la capacidad ofensiva soviética en Cuba. Por último, Taylor no mencionó la inevitabilidad de un gran número de bajas soviéticas, así como lo probable que era que se produjeran represalias en otros lugares. Los civiles presentes fueron captando las implicaciones de todo esto durante los minutos, horas y días que siguieron. Dado que los jefes de las fuerzas armadas llevaban semanas debatiendo sobre las opciones de un ataque contra Cuba, que Taylor no señalara estas cuestiones desde el principio le desacredita. El militar profesional de mayor rango del país aseguraba que estaba ofreciendo al presidente una solución a un problema de una complejidad infinita. Lo cierto, sin embargo, era que él y sus colegas de uniforme solo estaban proponiendo el uso de una herramienta que entrañaba un riesgo inmenso.

McNamara dijo que él mismo adoptaría una opinión bastante diferente sobre los ataques aéreos si se confirmaba que los soviéticos tenían ojivas nucleares en las bases de misiles. Al mismo tiempo, sin embargo, señaló que «no sabemos qué tipo de comunicaciones tienen los soviéticos con esos emplazamientos. No sabemos qué tipo de control tienen sobre esas ojivas». Además, subrayó, «creo que es muy poco realista pensar que podamos llevar a cabo un ataque aéreo del tipo del que estamos hablando ... porque no sabemos dónde están esos aviones [soviéticos] ... Tenemos miedo de esos MiG-21. No sabemos de lo que son capaces. Si hay ojivas nucleares vinculadas con los lanzadores, debemos suponer que habrá ojivas nucleares vinculadas con los aviones ... Tenemos un grave problema de defensa. No estamos en condiciones de informar con exactitud acerca de la capacidad de la fuerza aérea cubana, pero debemos suponer que, sin duda, está en

condiciones de penetrar, en pequeños números, nuestra defensa aérea costera».

Una y otra vez la discusión se extendió, a menudo para abordar el principal enigma: el motivo de los soviéticos. El manto de secreto y engaño bajo el cual se había llevado a cabo esta inmensa operación del Kremlin era uno de los aspectos que más inquietud causaban a los estadounidenses. Era obvio que la decisión se había tomado en Moscú muchos meses atrás, pues los envíos habían estado produciéndose desde julio. Y durante todo ese tiempo, los rusos habían estado asegurando al gobierno estadounidense y al mundo entero, tanto en público como en privado, que solo estaban proporcionando a Cuba armamento defensivo. Además, a lo largo de ese período continuaron profiriendo ruidosas amenazas acerca de Berlín, capotes de torero que, como era su objetivo, consiguieron desviar la atención de los estadounidenses. Durante los días siguientes, a la ansiedad que suscitaban en Washington los misiles cubanos se sumó un temor equivalente a que los soviéticos tuvieran preparada una segunda ofensiva inminente en algún otro lugar. A los dirigentes estadounidenses los carcomía la idea de que si Jrushchov y sus asesores habían planeado con semejante astucia una jugada tan impresionante, era porque abrigaban algún propósito mucho más allá del despliegue en Cuba y, por tanto, tenían que estar ocupándose ya de su próximo movimiento.

La obsesión de los líderes occidentales por la ciudad enclave de Berlín Occidental había llegado a tal punto que, diecisiete años después de la muerte de Hitler en su búnker de la capital alemana, parecía verosímil creer que los misiles cubanos formaban parte de un maquiavélico engaño soviético y que, en realidad, el golpe clave que Moscú tramaba estaba aún por llegar en Europa. Además de furiosos, los estadounidenses estaban desconcertados. Si Jrushchov era tan inteligente, inquirió Rusk, ¿cómo pudo malinterpretar de forma tan grave la importancia de Cuba para Estados Unidos? ¿Por qué los soviéticos no intentaron camuflar los sitios de

misiles? ¿Por qué, después de instalar los sistemas de defensa antiaérea, no habían derribado los U-2 estadounidenses que los fotografiaron? La respuesta a todas estas preguntas era, por supuesto, que el dirigente soviético había lanzado Anádir sin antes pensar al menos mínimamente sus posibles consecuencias. Su irresponsabilidad había sido pasmosa, y en esta etapa de la crisis a los estadounidenses les resultaba imposible pensar que a eso se reducía todo.

En la reunión del 16 de octubre, McNamara dijo que antes de tomar ciertas decisiones, en especial acerca de las opciones militares, le parecía fundamental localizar las ojivas nucleares, algo que en los días siguientes la CIA no consiguió hacer. Bundy anticipó que habría dificultades con los socios de la OTAN cuando la historia se diera a conocer, si la administración apostaba por una medida drástica: los aliados harían mucho ruido con el argumento de que «si ellos pueden vivir con los MRBM soviéticos, ¿por qué no nosotros?». El subsecretario Alexis Johnson anotó que una vez que Estados Unidos optara por un programa escalonado de ataques aéreos, como el que se necesitaría para desactivar la amenaza, no parecía haber nada que perder yendo hasta el final e invadiendo Cuba: «Igual cabría pensar si podemos erradicar todo el problema ... con probabilidades igualmente bajas de suscitar una reacción». Max Taylor coincidía con él: «Deberíamos estar en condiciones de invadir en cualquier momento, si así lo decidimos ... si de verdad vamos a destruir las armas [soviéticas], deberíamos verlo como un bonus».

Se debatió durante cuánto tiempo podrían mantener en secreto el descubrimiento de los misiles: nadie ponía en duda el tremendo impacto que la noticia de las fotografías causaría en el mundo entero y, sobre todo, entre el pueblo estadounidense cuando se diera a conocer. Taylor dijo que la cadena de planificación militar podía restringirse a unas sesenta personas; la CIA, por su parte, tenía confianza en sus propias medidas de seguridad. McNamara aventuró (con tino) que sería imposible ocultar la historia

durante más de una semana. Bundy señaló que el senador Keating había dicho en el recinto del Senado: «Ha comenzado la construcción de al menos media docena de bases de lanzamiento de misiles tácticos de alcance intermedio». Era evidente que el hecho de que el republicano pudiera demostrar ahora que había hablado con mucha precisión —en un momento en que no solo la administración negaba sus afirmaciones, sino que los principales miembros de esta se creían sus propios desmentidos— constituía un gran motivo de vergüenza para la Casa Blanca.

El círculo íntimo de Kennedy trataba al vicepresidente Lyndon B. Johnson, exlíder de la mayoría del Senado y tejano de pura cepa, con una condescendencia cultural incluso mayor que la que los presidentes de Estados Unidos solían permitirse con sus «vice», y en los debates del ExCom de octubre apenas tuvo una participación marginal. Con todo, llama la atención que Kennedy lo invitara a las reuniones, en comparación con el altivo desdén que Franklin D. Roosevelt demostró hacia su propio vicepresidente, Harry S. Truman, a quien ni siquiera informó del proyecto de la bomba atómica. De hecho, Truman solo se enteraría del espectro que se cernía sobre Japón en abril de 1945, tras la muerte de su predecesor.

Johnson no sabía mucho sobre los extranjeros, pero conocía mejor que ninguno de los presentes la política de su propia nación. Dijo que ambas opciones, dialogar o atacar, le resultaban «muy angustiosas», pero que prefería la última, siempre que los militares estuvieran de acuerdo. Dudaba de que fuera posible obtener grandes apoyos de los aliados de Estados Unidos en, por ejemplo, la Organización de los Estados Americanos. Coincidió con Bundy en que cuando se presentara a los europeos las pruebas del despliegue de los misiles en Cuba, estos posiblemente dirían: ¿Y qué? El pueblo estadounidense, sin embargo, no iba a reaccionar con moderación: «El país tiene la presión arterial alta, la gente tiene miedo y se siente insegura». El vicepresidente recordó a los demás las repetidas

promesas del gobierno de que si la concentración militar soviética en Cuba se convertía en una amenaza para la nación, se tomarían medidas.

El presidente compartía el escepticismo de Johnson sobre la fortaleza de los aliados de Estados Unidos en esta situación: «No sé qué utilidad tiene consultar con los británicos [antes de lanzar un ataque] ... Supongo que se opondrán. Solo hay que decidirse a hacerlo. Aunque probablemente estemos obligados a avisarles la noche anterior». Durante los días siguientes, Kennedy cambiaría de opinión sobre muchas cosas, como también les ocurriría a casi todos los presentes. Sin embargo, resulta llamativo que su instinto en ese primer encuentro favoreciera una respuesta unilateral, probablemente de carácter militar. Más tarde diría: «Si hubiéramos tenido que actuar en las primeras veinticuatro horas, no creo probable que hubiéramos hecho una elección tan prudente como la que al final hicimos». [6] Del mismo modo, su hermano Robert fue uno de los varios participantes que después subrayarían cuán importante fue que el presidente y el ExCom pudieran trabajar en secreto y relativamente despacio en pos de la mejor política: «Si nuestras deliberaciones se hubieran dado a conocer, si hubiéramos tenido que tomar una decisión en veinticuatro horas, creo que al final habríamos elegido una línea de actuación muy diferente y plagada de riesgos bastante mayores. El hecho de que pudiéramos hablar, debatir, discutir, manifestar los desacuerdos y luego debatir un poco más fue esencial para elegir el mejor modo de actuar». [7]

Esa mañana del 16 de octubre, el fiscal general sostuvo que la opción de «arrojar bombas a lo largo y ancho de Cuba» prometía ser una solución sangrienta y desastrosa, que inevitablemente mataría a muchísimas personas. Si Estados Unidos iba a optar por ese camino, ¿por qué no invadir la isla de una vez por todas? Y cuando el presidente conjeturó que la planificación y preparación de una operación semejante podía llevar uno o dos meses, McNamara le dijo que no era así: era posible lanzarla en unos siete días después de la campaña inicial de ataques aéreos. Taylor anotó que

el plan preveía poner noventa mil hombres en la isla, por aire y mar. Y cuando el presidente preguntó si eso sería suficiente, el militar respondió, de forma imprudente y casi frívola, con la clase de lenguaje que le gustaba emplear a Jrushchov: «Al menos suficiente para poner las cosas en marcha».

Tanto entonces como después, todos los hombres sentados alrededor de la mesa de la sala del gabinete desconocían el hecho de que ya había más de cuarenta mil efectivos soviéticos en Cuba. Por lo demás, en ningún momento se habló de alguna clase de plan para la gobernabilidad del país después del derrocamiento de Castro, más allá de la jocosa propuesta (en una reunión posterior) de convertir a Robert Kennedy en alcalde de La Habana. Es de suponer que planearan instaurar un nuevo régimen con dirigentes seleccionados entre los cubanos exiliados en Florida. Esa despreocupación era, como demostrarían acontecimientos futuros en muchas partes del mundo, un defecto crónico de las intervenciones occidentales en el extranjero: tratar como problemas militares tácticos situaciones que en realidad eran políticas y, por ende, más graves e intrincadas. Cuando se hablaba de política, predominaban la ingenuidad y la ignorancia: en esa primera reunión, por ejemplo, McNamara planteó la posibilidad de que los ataques aéreos de Estados Unidos contra Cuba pudieran precipitar un levantamiento nacional contra Castro.

El presidente resumió la reunión: los presentes, en particular los jefes de las fuerzas armadas, debían prepararse para una mezcla de tres opciones posibles, a saber, el diálogo, el bombardeo y la invasión. No tenía duda alguna sobre el objetivo de la administración, que se mantenía inmutable: «Vamos a deshacernos de esos misiles». La cuestión era, sencillamente, cómo iban a hacerlo. Al menos por el momento, no se diría nada ni a la OEA ni a la OTAN. McNamara consideró que, antes de lanzar un ataque, debía hacerse el intento de abordar a los rusos, quizá directamente a Jrushchov. Cuando el encuentro llegaba a su fin, el fiscal general preguntó a

Taylor cuánto tiempo tardarían las tropas estadounidenses en ocupar Cuba. El general respondió: «Yo diría que superar la resistencia principal nos llevará unos cinco o seis días. Después de eso, podríamos necesitar meses para barrer con el resto».

El hecho de que el presidente se viera obligado a asistir a continuación a una comida oficial en honor del príncipe heredero de Libia refleja el secreto desesperado que rodeó la crisis ese día y, en realidad, toda esa primera semana, con el fin de ganar tiempo para los responsables políticos. Kennedy tuvo que sonreír con cortesía durante un ritual de Estado mientras tenía la mente ocupada en lo que con claridad era la crisis más grave a la que se había enfrentado durante la presidencia y, de hecho, durante toda su vida. Entre los invitados se encontraba el embajador de Estados Unidos en la ONU, Adlai Stevenson. Terminado el acto, y habiéndose desplazado ya a los aposentos familiares de la Casa Blanca, Kennedy le mostró a Stevenson las fotos del U-2 y le explicó las opciones. El veterano demócrata, un hombre locuaz e instintivamente moderado, dijo: «No nos metamos en ataques aéreos hasta que hayamos explorado las posibilidades de una solución pacífica».

Luego, por la tarde, el mandatario asistió a una reunión en el Departamento de Estado con Chip Bohlen y Llewellyn Thompson, en la que se lidió con una cuestión inextricable, pero de la mayor importancia: ¿a qué estaban jugando los soviéticos? Esbelto, demacrado, mesurado, Llewellyn «Tommy» Thompson era un estadounidense inusual, entre otras razones porque se había granjeado el aprecio y respeto de Jrushchov, con quien se había visto más que cualquiera de sus compatriotas. Nacido en 1904, creció en un rancho en Colorado, se unió al Servicio Exterior y se le destinó a la Unión Soviética en 1941, el año en que el país entró en guerra con la Alemania nazi. Aunque nunca llegó a hablar ruso con tanta fluidez como, por ejemplo, George Kennan (lo que en parte se explica por el hecho de haber servido también en otros países), se desempeñó con distinción

como embajador en Moscú entre 1957 y julio de 1962 y durante varios años trabajó para el Departamento de Estado como «kremlinólogo» de cabecera. A Thompson, que estaba casado con la artista Jane Monroe Goelet, se le escuchó con consideración en cada una de las reuniones de la crisis a las que asistió, pues conocía al principal adversario de Estados Unidos de forma más íntima que cualquiera de los presentes.

Entre tanto, Bobby Kennedy presidió una reunión sobre el progreso de la operación Mangosta, la campaña de la CIA para librarse de Castro, en el Departamento de Justicia, un escenario a todas luces irónico para semejante encuentro. El fiscal general se preguntó en voz alta cuánto apoyo obtendría el dictador si Estados Unidos invadía la isla. El grupo consideró brevemente la posibilidad de utilizar exiliados cubanos para asaltar las bases de los misiles soviéticos, una idea que, por fortuna, se descartó sin demora.

En el Pentágono, los jefes del Estado Mayor estaban entusiasmados con la idea de lanzar los ataques aéreos, estuvieran o no operativos los misiles. Estaban convencidos de que Moscú no había puesto en marcha su plan con la intención de precipitar una guerra nuclear. Con la seguridad en sí mismos que solo poseen aquellos para los que tener en sus manos el destino final del mundo no representa una carga, confiaban en que los soviéticos estarían dispuestos a soportar una lluvia de bombas estadounidenses en Cuba sin lanzarse a un intercambio nuclear global que solo podían perder. Robert Kennedy escribió más tarde acerca de la actitud de su hermano hacia el ejército: «Le afligía que, con la notable excepción del general Taylor, todos los representantes [de las fuerzas armadas] con los que se reunió parecían prestar poquísima atención a las implicaciones de los pasos que proponían dar. Parecían siempre dar por sentado que los rusos y los cubanos no responderían y que, si lo hacían, la guerra convenía a los intereses de Estados Unidos». [8]

A lo largo de la crisis, las opiniones acerca de las líneas de actuación alternativas fueron y vinieron. En esos primeros días, bajo la influencia de la seguridad y confianza que transmitían los militares más destacados de la nación, el ánimo viró a favor de responder al insulto intolerable (pues fue así como todos los máximos responsables políticos de Estados Unidos percibieron el despliegue de Jrushchov en Cuba) con una fuerza devastadora. En la Casa Blanca a las 18.30 del 16 de octubre, el presidente encabezó una segunda reunión del ExCom, que comenzó con una nueva sesión informativa de los servicios de inteligencia, durante la cual Bundy subrayó a Marshall Carter cuán importante era que la CIA estuviera segura de los hechos que exponía, dada la gravedad de las decisiones que debían tomarse. Los presentes coincidieron con rapidez en que los artefactos de las fotos no podían ser otra cosa que MRBM. Rusk dijo que él y su departamento habían decidido que antes de emprender una acción drástica de cualquier tipo era esencial hablar con los aliados de Estados Unidos, tanto en América Latina como en Europa, debido a la probabilidad de que ello precipitara una respuesta soviética que inevitablemente afectaría a otros países. Sin ese diálogo, «podríamos encontrarnos aislados y con la alianza [la OTAN] desmoronándose».

McNamara dijo que para llevar a cabo una campaña aérea a partir de la semana siguiente, la jefatura militar necesitaba recibir la orden como muy tarde el fin de semana: se necesitaba un mínimo de veinticuatro horas para lanzar las primeras bombas. El Estado Mayor Conjunto estaba convencido de que un ataque limitado no conseguiría hacer todo el trabajo: para ello se necesitaría una campaña continuada que podía requerir hasta setecientas incursiones diarias y en la que participarían aeronaves tanto de la fuerza aérea como de la armada. Taylor describió la intención de la campaña propuesta como «eliminar [toda la capacidad nuclear instalada en la isla] con un potente disparo» (o, siendo más precisos, con cinco días de bombardeos).

McNamara realizó entonces una de sus intervenciones más importantes durante la crisis. Planteó la posibilidad de que, en lugar de bombardear de inmediato Cuba, se impusiera antes un bloqueo de la isla con el fin de evitar la llegada de más armas ofensivas. El secretario de Defensa entendía el enorme peligro que conllevaba una reacción violenta precipitada por parte de Estados Unidos, que con independencia de la forma que adoptara parecía casi seguro que desencadenara «una respuesta militar soviética de algún tipo, en algún lugar del mundo. Quizá ese precio se justifique y quizá debamos pagarlo, pero creo que es necesario reconocer esa posibilidad». A Kennedy, por su parte, seguía agobiándole el problema de cuándo informar de la situación al pueblo estadounidense y al mundo y si debía primero comunicarla de forma privada a Jrushchov. El líder soviético, dijo el presidente, tenía que ser consciente de que tarde o temprano los estadounidenses iban a descubrir su plan, era él el que había creado una crisis tan peligrosa: «Es él quien está jugando a ser Dios, no nosotros».

Una objeción aplastante y finalmente decisiva a la idea de establecer un canal privado con el primer secretario era que tal medida devolvería la iniciativa a Moscú: daría a Jrushchov la capacidad de lanzarse a ofrecer al mundo el relato soviético, antes de que Kennedy hubiera podido presentar la versión de Estados Unidos. Ted Sorensen diría más tarde: «Traté de escribir una carta que precediera a cualquier acción por nuestra parte, pero no conseguimos encontrar una fórmula que no pareciera ser un ultimátum o que no permitiera a Jrushchov retrasar la respuesta hasta que los misiles estuvieran en funcionamiento o mientras tomaba algún otro tipo de medida. Era una tarea imposible, y al final lo dejamos». [9]

Rusk y Bundy estaban de acuerdo en que era poco probable que los rusos se arriesgaran a entrar en una guerra nuclear. Sin embargo, alrededor de la mesa permanecía la conciencia persistente e inquietante de que Jrushchov, al desplegar los misiles, ya había actuado de una manera que los estadounidenses consideraban impensable. ¿Qué otro paso impensable

podía dar? Bundy y el presidente recordaron que John McCone era el único miembro del círculo interno que había predicho los actuales acontecimientos. En este punto el asesor de seguridad nacional planteó una pregunta general, más allá de la decisión acordada en la reunión de deshacerse de los misiles: ¿qué impacto tenía sobre Estados Unidos el despliegue cubano? ¿Cambiaba el equilibrio estratégico?

McNamara dijo que, aunque los jefes del Estado Mayor pensaban que sí, «mi opinión personal es que no, en absoluto». Como solía hacer en todas las cuestiones que abordaba, el secretario de Defensa abrazó una posición supremamente racionalista. La amenaza para Estados Unidos había aumentado apenas un poco con la instalación de armas nucleares soviéticas en Cuba, argumentó. El país poseía cinco mil ojivas nucleares, mientras que los soviéticos solo tenían unas trescientas. El que ahora contaran con cuarenta más en Cuba no cambiaba nada. Los misiles lanzados desde submarinos se estaban convirtiendo en un componente cada vez más importante de los arsenales de ambas superpotencias, tales plataformas de lanzamiento eran móviles e invisibles y pronto estarían vagando a voluntad tanto por los océanos que rodeaban Norteamérica como por los que bordeaban la Unión Soviética. En la ecuación estratégica de 1962 lo más importante era el número absoluto de misiles que poseía cada bando, una balanza que todavía estaba muy inclinada a favor de Estados Unidos.

Max Taylor manifestó su disconformidad con el secretario de Defensa. Los misiles, opinó, «pueden convertirse en un complemento y un refuerzo muy importante de la capacidad de ataque de la Unión Soviética. No tenemos idea de hasta dónde llegarán». Agregó que el pueblo estadounidense encontraría enormemente importante el hecho de que ahora tenían misiles nucleares enemigos apuntándoles desde la casa del vecino, no desde algún lugar en la lejana Rusia. El presidente, en un momento impulsivo pero revelador, dijo: «En ese sentido esto demuestra que bahía de Cochinos realmente se justificaba. Si lo hubiéramos hecho bien. Era [una

elección entre] mejor y mejor, y peor y peor». El general Taylor agradeció la admisión diciendo: «Estoy impresionado con esto, señor presidente. Tenemos un plan de guerra preparado para usted. Requiere un cuarto de millón de soldados, infantes de marina y aviadores estadounidenses para tomar una isla contra la que, hace un año y medio, enviamos a 1.800 cubanos. Hemos cambiado nuestras evaluaciones al respecto».

El ejército de Estados Unidos y el mismo Taylor habían estado desarrollando una propuesta para duplicar o, más bien, para multiplicar la invasión de bahía de Cochinos. Con tenacidad, se empecinaron en ver la Cuba de Castro como un problema de fuerza que debían resolver soldados, marineros y aviadores. En su defensa puede argumentarse que cuando asesoran al gobierno los militares tienen el deber de ofrecer opciones, planes y posibles situaciones militares, y que corresponde a los líderes políticos de la nación elegir entre la paz o la guerra. Denis Healey, el ministro de Defensa británico más talentoso de la segunda posguerra, en una ocasión observó con aspereza que consideraba que las decisiones de este tipo eran desde todo punto de vista políticas y que rechazaba cualquier intento de influir en ellas por parte de los militares uniformados, cuya función era solo ejecutarlas. Por suerte para la humanidad, John F. Kennedy y sus asesores eran de la misma opinión.

El presidente pasó entonces a hacer una especie de examen de conciencia. Los soviéticos, dijo, parecían haberse aprovechado de su declaración pública de que Estados Unidos no tenía intención de invadir Cuba, como si esta les diera licencia para actuar de la forma en que lo estaban haciendo. En esta etapa inicial de la crisis, Kennedy y los demás civiles presentes no descartaban ir a la guerra, de eso no cabe duda, pero al mismo tiempo proponían explorar otras opciones. El mandatario dio término a ese primer día de reuniones en la Casa Blanca mandando que se prepararan planes para una campaña limitada de ataques aéreos que tendría como blanco, por supuesto, las bases de misiles identificadas, lo que se

consideró proporcional —«un castigo adecuado al delito»—, y quizá también los aeródromos cubanos.

Robert McNamara —cuya carrera quedaría más tarde marcada por su relación con la guerra de Vietnam, un conflicto que, de hecho, destruiría su reputación— fue una figura clave que abanderó de forma activa la adopción de políticas más cautelosas. Afirmó que en las discusiones mantenidas hasta ese momento tanto el presidente como sus asesores no habían hablado lo suficiente acerca de las consecuencias de iniciar una guerra: «No sé muy bien en qué clase de mundo viviremos después de haber atacado a Cuba, y nosotros lo habremos puesto en marcha ... Ahora bien, tras haber lanzado entre cincuenta y cien incursiones, ¿en qué clase de mundo estaremos viviendo? ¿Cómo nos detenemos en ese punto? No sé cuál es la respuesta a esta pregunta. Creo que esta noche el Departamento de Estado y nosotros deberíamos trabajar en las consecuencias de cualquiera de estas líneas de actuación, porque creo que no están del todo claras para ninguno de nosotros». «En cualquier lugar del mundo», interpuso George Ball.

El general Max Taylor volvió a la carga para expresar la vehemente oposición del Estado Mayor a un programa de bombardeos limitado. En su opinión, dijo, si Estados Unidos no lanzaba una campaña aérea encaminada a destruir por completo la capacidad ofensiva soviética en la isla, era preferible no lanzar ninguna. Los jefes militares también estaban ansiosos por garantizar que, si sus fuerzas atacaban, disfrutarían de la ventaja de una sorpresa total. Kennedy respondió: «No permita que los jefes nos ganen en esto, general, porque creo que lo que tenemos que estar pensando es: si atacamos Cuba de la forma en que se está planteando nos quedaríamos sin argumentos para oponernos a una invasión». Taylor señaló que él se oponía a la invasión, pero que, no obstante, apoyaba una campaña de bombardeos aéreos a gran escala.

Robert Kennedy planteó un nuevo problema: suponiendo que la fuerza aérea acabara con los actuales emplazamientos, ¿cómo podían evitar que los

rusos siguieran enviando misiles a los cubanos? McNamara sostuvo que un bloqueo naval sería esencial después de la campaña aérea limitada. El fiscal general explicitó las implicaciones de esa medida, a saber, que Estados Unidos tendría que hundir barcos y submarinos rusos —«Correcto», dijo el general Taylor—, para sugerir otra posibilidad: si el país inevitablemente iba a terminar involucrado hasta ese punto, ¿no debería sencillamente hacerlo ya, acabar de una vez con todo y asumir sus pérdidas? «Y si [Jrushchov] quiere ir a la guerra por eso...», dijo. «Demonios, si el resultado de este asunto va a ser una guerra, si instala esa clase de misiles después de la advertencia [dada por el presidente en septiembre], entonces es que va a ir a la guerra dentro de seis meses, o dentro de un año.» Las primeras ideas de Bobby Kennedy sobre muchas cosas eran con frecuencia terribles: Adlai Stevenson, por ejemplo, le descalificaba considerándolo «un elefante en una cacharrería». Eso parece injusto. El hermano menor del presidente no vaciló ni más ni menos que la mayoría de los miembros del ExCom, y su respaldo definitivo de un enfoque cauteloso fue más sabio que el consejo contrario de algunos hombres de más edad y experiencia.

George Ball tuvo entonces un momento inspirado. Cincuenta y dos años, oriundo de Iowa, el subsecretario de Estado era un protegido de Stevenson. En la segunda guerra mundial, trabajó durante dos años en Londres en el «Estudio sobre el bombardeo estratégico»; y terminado el conflicto, desempeñó un papel destacado como asesor de las autoridades francesas para la aplicación del Plan Marshall. A pesar de ser muy inteligente, tenía fama de perder con frecuencia las discusiones dentro de la administración, y ahora planteó la posibilidad de que Jrushchov estuviera pensando que los misiles no serían descubiertos y que su plan fuera presentarse el mes siguiente en la sede de las Naciones Unidas para dar una sorpresa devastadora a Estados Unidos y el mundo entero. Nadie recogió su idea, pero, como sabemos, su intuición se correspondía con el plan del dirigente soviético.

Mac Bundy dijo que estaba convencido de que los soviéticos no darían a Castro el control discrecional de las ojivas nucleares y que ello constituía un modesto consuelo. Ball coincidió con él: «Creo que Jrushchov jamás correría el riesgo de verse arrastrado a una guerra importante por alguien tan evidentemente errático y necio como Castro». Luego planteó la posibilidad de que los misiles en Cuba fueran un ardid con miras a obtener concesiones sobre Berlín en una futura negociación.

A continuación se produjo uno de los intercambios más famosos, o tristemente famosos, de la crisis. Kennedy reflexionó en voz alta: «Esto sencillamente es como si de repente empezáramos a colocar una gran cantidad de MRBM en Turquía. Eso sí que sería jodidamente peligroso, creo yo».

BUNDY: Bueno, señor presidente, eso es lo que hicimos.

ALEXIS JOHNSON: Lo hicimos. Y lo hicimos [además] en Inglaterra.

KENNEDY: Sí, pero eso fue hace cinco años.

ALEXIS JOHNSON: Era cuando andábamos cortos. Los pusimos en Inglaterra cuando teníamos pocos ICBM.

KENNEDY: Pero era otra época, un período diferente.

ALEXIS JOHNSON: ¿Acaso no se da cuenta de que tiene una deficiencia de ICBM en comparación con nosotros? Quizá tiene muchos MRBM y esta es una forma de equilibrar un poco la situación.

Aquí, como es obvio, el grupo reunido en la Casa Blanca estaba tropezando con un factor clave en el pensamiento de Jrushchov y, asimismo, con el punto más débil de la posición moral y política de Estados Unidos. Los comentarios de Kennedy subrayaban la poca disposición de los miembros del ExCom a considerar durante más allá de un instante el desequilibrio entre lo que se había juzgado como una conducta estratégica apropiada por parte de Estados Unidos y sus aliados —los despliegues de

misiles en Gran Bretaña y Turquía— y la indignación con que rechazaban una acción similar cuando quienes la emprendían eran la Unión Soviética y su cliente caribeño. Bundy escribiría más tarde: «En formas que los estadounidenses no se molestaron en explicarse a sí mismos, la perspectiva de tener ojivas termonucleares soviéticas en una isla vecina resultaba sencillamente insoportable».[10] Los estadounidenses también creían, con más razón, que había una distinción importante entre sus propios misiles, desplegados de forma abierta de acuerdo con los términos de tratados declarados con los países anfitriones, y las armas soviéticas, instaladas con el más estricto secreto y en medio de un aluvión de falsedades del Kremlin.

El presidente concluyó: «Bueno, es un maldito misterio para mí. No sé lo suficiente sobre la Unión Soviética, pero si alguien puede decirme algún otro momento desde el bloqueo de Berlín en el que los rusos nos hayan provocado de manera tan clara, lo agradecería porque yo no sé cuándo ha sido». Poco después de esto, Kennedy dejó la sala del gabinete, mientras los demás hablaban. McNamara retomó su comentario anterior, que iba al meollo del asunto. El secretario de Defensa se negaba a considerar la situación como un problema militar porque, dijo, en su opinión la presencia de los misiles en Cuba no cambiaba el equilibrio nuclear, que seguía favoreciendo con enorme claridad a Estados Unidos. Lo que tenían, en cambio, era «un problema de política interna».

Lo que quería decir, por supuesto, era que en ese momento el reto al que se enfrentaba el presidente era el de cómo gestionar la reacción del pueblo estadounidense cuando se le presentara la noticia de los misiles instalados en el porche de la nación, una reacción que inevitablemente sería feroz. Kennedy había declarado de forma explícita que si los soviéticos desplegaban ese tipo de armamento en Cuba, tomaría medidas. Y, por ende, ahora tenía que hacerlo. Con todo, McNamara era partidario de un bloqueo, que debía estar acompañado por una vigilancia abierta de la isla las veinticuatro horas del día; ello haría que el Kremlin se diera cuenta con

rapidez de que la Casa Blanca sabía lo que había hecho. El presidente debía emitir una declaración para el mundo entero en la que dejara en claro que ante cualquier indicio de que los rusos se disponían a usar los misiles desplegados en Cuba contra Estados Unidos, el país respondería lanzando un ataque nuclear total contra la Unión Soviética. El secretario de Defensa terminó su intervención con un apunte de humor negro, algo que no sería inusual durante los temibles días que se avecinaba: «Ahora bien, sé que esta alternativa no parece muy aceptable. Pero esperad a que trabajéis en las otras». Varios de los presentes se rieron.

Cuando terminó la sesión en la Casa Blanca (habría más reuniones al final de la tarde en el Departamento de Estado y en el Pentágono, donde McNamara durmió esa noche) se consideró esencial que los actores clave retomaran sus agendas previstas con el fin de evitar poner sobre aviso a los periodistas. El presidente asistió a una última cena de despedida para Charles Bohlen en casa de Joe Alsop, donde sacó al invitado de honor al porche para hablar sobre la crisis y, también, para manifestarle su impaciencia con lo que percibía como deficiencias del Departamento de Estado: «Chip, ¿qué le pasa a ese maldito departamento en el que trabajas? Nunca consigo obtener una respuesta ágil». El diplomático respondió que la política exterior no se prestaba a soluciones rápidas. El presidente le susurró a la esposa de Bohlen, Avis, que no estaba tan seguro de que fuera una buena idea dejarlos marchar: «Creo que voy a pediros que os quedéis».

Bohlen le señaló a Dean Rusk que tal cambio de planes levantaría sospechas y daría a los soviéticos una pista sobre el conocimiento que Estados Unidos tenía de sus planes. El secretario de Estado coincidió con él. Con todo, a la mañana siguiente Kenny O’Donnell llamó a Bohlen al aeropuerto para decirle que se le necesitaba con urgencia en la Casa Blanca; el embajador, sin embargo, dijo que estaba programado que pronunciara un discurso en Nueva York y que su avión salía en quince minutos: tenía que irse. Kennedy, que se había puesto al teléfono, asintió a regañadientes: «Ve.

Supongo que tendremos que arreglárnoslas sin ti». Bohlen dejó un memorando escrito a mano en el que instaba a que se enviara una carta privada al Kremlin con el fin de dar a Jrushchov una oportunidad de dar marcha atrás. Un ataque aéreo, opinaba el veterano diplomático, «inevitablemente nos llevará a la guerra».

Varios miembros del círculo interno de la Casa Blanca rechazarían más tarde la explicación que Bohlen ofreció sobre su decisión de continuar con su viaje a Francia por vía marítima como estaba programado, entre ellos Robert Kennedy: «Chip nos abandonó, algo que no ha dejado de impresionarme. No tenía ninguna necesidad de marcharse. En todo momento habría podido posponer el viaje, pero decidió dejar el país en medio de la crisis». [11] Cargado con el conocimiento del inquietante secreto, el diplomático no disfrutó los siguientes cinco días en el mar; de hecho, se encontraba visiblemente en un estado de gran nerviosismo. Después siempre sostendría que había sentido que podía viajar porque confiaba en que «Tommy» Thompson, su sucesor en la embajada de Moscú, aconsejaría al presidente proceder con cautela como él mismo ya había hecho; sin embargo, es muy probable que Bobby Kennedy tuviera razón y Bohlen se hubiera marchado porque consideró que había participado en suficientes dramas mundiales y estaba contento con la posibilidad de establecer su residencia en París y ocupar un cargo distinguido y glamuroso, pero relativamente poco exigente. Estaría en la embajada durante los siguientes seis años.

El miércoles 17 de octubre por la mañana, algunos de los principales miembros del ExCom celebraron otra reunión en el Departamento de Estado. George Ball se reafirmó en su oposición a una respuesta militar. Estaba convencido de que Jrushchov sencillamente no entendía la enormidad de lo que había hecho. Llewellyn Thompson, por su parte, no estaba de acuerdo con él: creía que el líder soviético se estaba preparando para un cara a cara definitivo sobre Berlín. Maxwell Taylor y McCone, el

director de la CIA, que había regresado a Washington, apoyaban a Thompson. Después de esa cita, McCone se dirigió al norte, a Gettysburg, para informar al expresidente Eisenhower. El viejo general calificó la situación de «intolerable» y prometió que apoyaría una acción militar estadounidense.

Mientras tanto, John F. Kennedy, como estaba previsto, se desplazó a Connecticut para un acto de campaña. Ese día recibió un memorando de Adlai Stevenson en el que este le instaba a enviar emisarios tanto a Jrushchov como a Castro, en lugar de optar por una solución armada: «Comenzar una guerra nuclear, o arriesgarse a comenzarla, está condenado a ser divisivo, en el mejor de los casos, y el juicio de la historia rara vez coincide con los furores del momento». El embajador ante la ONU comprendió la difícil situación en la que se encontraba el presidente, pero le aconsejaba, en un pasaje subrayado con insistencia: «Los medios adoptados tienen *consecuencias incalculables* de tales dimensiones que creo que, antes de poner en marcha lo que sea, deberías haber dejado claro que la existencia de bases de misiles nucleares en cualquier lugar es negociable».

El equipo de Kennedy consideraba que el veterano demócrata era decente e inteligente, pero pusilánime, y le veía como poco más que un perdedor parlanchín. De manera similar, George Ball, la otra paloma notable del grupo, demostró a menudo una gran sensatez, y volvería a hacerlo más tarde al oponerse de forma apasionada a la escalada bélica en Vietnam. Sin embargo, así como no logró hacer valer sus argumentos en 1965, Ball tampoco tuvo un gran impacto en las deliberaciones de octubre de 1962. Tanto él como Stevenson parecían fomentar políticas basadas en la palabra, no en la acción, algo que la mayoría del pueblo estadounidense debía percibir como pasividad. Entre las muchas incertidumbres de esos primeros días de la crisis, lo único seguro en la mente de John F. Kennedy y sus asesores era que necesitaban que se viera que hacían algo. No era un momento para las sutilezas de McNamara sobre lo que los misiles

implicaban o no para el equilibrio nuclear global: el presidente corría el riesgo de ver menoscabada su autoridad de forma devastadora y duradera, si los votantes estadounidenses consideraban que se mostraba débil en esta prueba suprema de su idoneidad para liderarlos en la confrontación con la Unión Soviética.

Hubo dos resultados significativos de las reuniones y sesiones de planificación celebradas el miércoles 17 de octubre. En primer lugar, los jefes del Estado Mayor Conjunto elaboraron un menú de cinco campañas aéreas alternativas, enumeradas mediante números romanos de la I a la V. Los ataques contra las bases de misiles y almacenes de material nuclear requerirían en teoría solo 52 incursiones; añadir ataques contra los aviones con capacidad nuclear Il-28 y MiG-21 elevaba las incursiones a 104. Si se incluían otras aeronaves, los sistemas de defensa antiaérea, los emplazamientos de misiles de crucero y los barcos lanzamisiles, las misiones necesarias pasaban a ser 194; destruir todos los blancos militares, con excepción de los tanques, requeriría 474 incursiones; y un programa completo contra los objetivos militares como antesala de una invasión de la isla, 2.002 incursiones. Una mayoría abrumadora de los civiles que debatieron las opciones militares y las posibles respuestas de la Unión Soviética se pronunciaron a favor de realizar una advertencia diplomática antes de emprender una acción de este tipo. No obstante, McNamara y Taylor temían que cualquier alerta previa disminuyera la efectividad de la campaña aérea.

Otra persona ajena al gobierno fue admitida ese día en el secreto de la crisis y se sumó al selecto grupo de confidentes de la Casa Blanca: Dean Acheson. Halcón a lo largo de toda su carrera, Acheson había sido secretario de Estado de Harry S. Truman, al que convenció de la necesidad de enviar al ejército estadounidense a Corea en junio de 1950, y pese a retirarse había seguido defendiendo que Estados Unidos hiciera una demostración de fuerza en lo relativo a Berlín. De hecho, durante su

período al frente del Departamento de Estado había destituido a John J. McCloy, el entonces alto comisionado de Estados Unidos para Alemania, que estaba a favor de llegar a un acuerdo con los rusos. Partidario de tratar a Moscú con una «negligencia inteligente», cuando Rusk le mostró las fotos de los misiles, aconsejó bombardear de inmediato. Las armas desplegadas en Cuba, dijo, «apuntan a nuestros corazones y están listas para disparar». Era una locura permitir que la crisis se prolongara: Estados Unidos debía optar por la confrontación directa sin perder tiempo. El que Kennedy decidiera consultar a Acheson, un hombre que le desagradaba —«piensa que nada se ha hecho bien desde que dejó el cargo», le confió en una ocasión al periodista Teddy White—, constituye una prueba de su afán por contar con la gama más amplia posible de asesores.

Tras las primeras sesiones, Acheson asistió a las reuniones del ExCom durante los siguientes cuatro días. Cuando McNamara argumentó que los misiles no representaban una amenaza mayor que si estuvieran en una base situada en Rusia, el veterano estadista resopló con disgusto: «Tonterías», dijo. En su opinión, lo que se necesitaba era hacer «algo» y hacerlo «rápido». Con todo, tampoco era un admirador de los jefes del Estado Mayor Conjunto, pues la experiencia de la guerra de Corea había agriado su opinión de los militares: «Cuando los soldados se ponen a hablar de políticas, quieren ir más y más lejos en un sentido militar ... y llega el punto en que sus propuestas tienden a ser tan peligrosas como el peligro original». Acheson se opuso a la idea de invadir Cuba, pero, en cambio, apoyó los mal llamados «ataques aéreos quirúrgicos».

Algunos miembros del ExCom, incluidos el presidente y Dean Rusk, iban y venían durante las deliberaciones, lo que exasperó al veterano estadista, que consideraba frívolo semejante comportamiento en reuniones de tanta gravedad. Tenía la impresión de que Bobby Kennedy había comenzado a desempeñar la función que le correspondía a Rusk: cuando el presidente se ausentaba temporalmente de las reuniones, su hermano

asumía el control. Cuando Acheson, que tenía entonces sesenta y nueve años, insistió en exigir que se llevaran a cabo ataques aéreos por sorpresa, el presuntuoso treintañero respondió: «Mi hermano no va a ser el [general japonés Hideki] Tojo de la década de 1960». El descaro del fiscal general le exasperó: en su opinión, el hermano del presidente actuaba «animado por respuestas emocionales o intuitivas más que por el análisis del abogado experimentado». Y la analogía con Pearl Harbor le pareció despreciable: Estados Unidos llevaba 139 años advirtiendo a otras naciones que no debían meter la mano en el hemisferio occidental. «¿Era necesario emplear el método decimonónico de poner delante de la máquina de vapor a un hombre con una bandera roja para que advirtiera a las personas y el ganado de que debían apartarse?». Bobby Kennedy escribió más tarde sobre Acheson: «No desearía estar nunca en el otro lado de una discusión con él».[12] Sin embargo, en ese momento en la sala del gabinete, era prácticamente ahí donde estaba.

Ese mismo miércoles por la noche, el fiscal general y Ted Sorensen se dirigieron al aeropuerto para reunirse con el presidente, que regresaba de hacer campaña. Le informaron sobre las reuniones del día y le dieron una lista con una veintena de asuntos sin resolver. Kennedy dijo que no volvería a participar en las discusiones hasta la mañana siguiente y se marchó a casa para que sus acompañantes pudieran reincorporarse a las reuniones que seguían celebrándose en la ciudad. Varios de los asistentes a esas citas redactaron declaraciones de sus opiniones personales, incluido el secretario del Tesoro, Douglas Dillon, que también era partidario de un ataque aéreo inmediato y sin previo aviso. La Unión Soviética, escribió, había «puesto en marcha una prueba de nuestras intenciones que puede determinar el curso futuro de los acontecimientos mundiales durante muchos años».

George Ball, por el contrario, se reafirmó en su convicción de que el despliegue de los misiles no cambiaba nada desde un punto de vista estratégico, una opinión que encontró escasos apoyos entre unos hombres

tan convencidos del carácter especial de Cuba como muchos estadounidenses normales y corrientes. No obstante, el diplomático expuso un planteamiento que coincidía con los de Robert Kennedy y que en los siguientes días ganaría cada vez más fuerza. Ball se oponía de forma rotunda a lanzar cualquier clase de acción militar por sorpresa: «Juzgamos a los japoneses como criminales de guerra debido al ataque furtivo a Pearl Harbor». Un bombardeo sin previo aviso «lejos de demostrar nuestra fortaleza moral ... nos distanciaría en realidad de gran parte del mundo civilizado, pues nos estaríamos comportando de una manera por completo incompatible con nuestras tradiciones al seguir una línea de actuación que, directamente, rompe con todo lo que hemos defendido durante la historia de nuestra nación y nos condenaría como hipócritas ante la opinión mundial».

Ball no fue el único que subrayó los argumentos en contra de lanzar un nuevo «día de la infamia»; sin embargo, cuando sostuvo que los misiles cubanos no cambiaban nada no solo estaba defendiendo una opinión impopular sino una que le distanciaba de la mayoría de los participantes en las discusiones, pues para entonces incluso McNamara había abandonado ese planteamiento. La plana mayor de la administración Kennedy coincidía en un argumento central que se mantendría constante a lo largo de los próximos días, siendo Ball el único disidente: por razones si no de estrategia, sí de política interna, los misiles debían abandonar Cuba. El jueves 18 de octubre por la mañana, el consenso entre los reunidos en la sala del gabinete de la Casa Blanca era que probablemente sería necesaria una acción militar directa: una campaña de bombardeos, quizá seguida de una invasión. McNamara había sembrado una semilla con su propuesta de un bloqueo naval, lo que era una forma de responder sin necesidad de precipitar una guerra abierta. Sin embargo, a las 11.35 de ese día, cuando empezó la reunión del ExCom, ese rumbo parecía ser el que menos posibilidades tenía de ser adoptado, pues se lo consideró la opción más débil entre las que tenía el presidente. La mayoría de los demás actores

clave se inclinaba por la elección favorita de la jefatura militar: lanzar ataques aéreos contra las instalaciones de armas nucleares soviéticas en Cuba, es decir, ir a la guerra.

7

«Piensan que estamos un poco dementes con esta cuestión»

1. A PUERTA CERRADA

Esta fue la fase de la crisis en la que la posteridad vería una Casa Blanca convertida en un centro de mando que bullía de actividad. Sin embargo, eso era entonces invisible para casi todos los estadounidenses, así como para el resto del mundo. Entre tanto, los otros actores, los rusos y los cubanos, se mostraban pasivos, víctimas de delirios gratificantes acerca de su propia astucia y sutileza. A Jrushchov se le informaba a diario sobre los progresos de la concentración militar en la isla de Castro. Dentro de los muros del Kremlin, los miembros del Presídium vigilaban con atención a Washington en busca del primer indicio de que su maniobra había sido desenmascarada, pero seguían sin detectar ninguno. Enfundados en sus trajes grises, esos hombres ofrecían al mundo sus acostumbrados rostros anodinos. El primer secretario recibió visitas, asistió a eventos, presidió debates sobre política, lanzó amenazas. El motivo dominante de la conducta soviética era la normalidad absoluta.

Del mismo modo, en Cuba, el personal militar soviético realizaba sus tareas como lo había estado haciendo durante semanas, trabajando en las bases de misiles vestidos con pantalones largos o cortos y unas camisas a cuadros que parecían fuera de lugar y disfrutando de descansos ocasionales para nadar en el mar y hacer turismo. Los locales eran testigos de toda esa actividad sudorosa, pero pocos entendían su relevancia. Margarita Ríos Alducín, entonces una joven de diecinueve años con un pequeño bebé, vivía con su madre en La Habana y miraba con desconcierto a los soldados y el armamento antiaéreo desplegados alrededor de la ciudad, pero sin darse cuenta en ningún momento «de lo grave que era todo».[1]

En las capitales de todo el mundo, los gobiernos y los pueblos advirtieron un aumento de la tensión en el Caribe; no obstante, incluso unos aliados tan cercanos de Estados Unidos como los británicos no sabían que al otro lado del Atlántico la administración Kennedy estaba sopesando ir a la guerra. En la mañana del 16 de octubre, los titulares del *Glasgow Herald* destacaban un discurso pronunciado la noche anterior en Edimburgo por el jefe del Estado Mayor de la Defensa, el almirante conde Mountbatten, en el que, en medio del callejón sin salida nuclear, pidió avanzar hacia el desarme: «No servirá de nada que Occidente tenga suficientes armas nucleares para destruir a Rusia varias veces, cuando Rusia tiene suficientes armas para destruir a Occidente una vez», dijo el veterano marino. El titular del *London Times* del día 18 reflejaba la tozuda obsesión europea por los asuntos alemanes: «EL SR. JRUSHCHOV SOLICITA CONVERSACIONES EN BERLÍN: POSIBLE VISITA A ESTADOS UNIDOS EL PRÓXIMO MES». Esa semana, algunos funcionarios de la inteligencia británica, incluido el general sir Kenneth Strong, el director del Comité Conjunto de Inteligencia, coincidieron en Washington con sus homólogos estadounidenses en una serie de reuniones bilaterales ultrasecretas. Ray Cline, de la CIA, referiría posteriormente con una condescendencia casi compasiva: «A lo largo de la semana esos amigos británicos aprovecharon varias oportunidades para ofrecerme el argumento de que los rusos nunca pondrían misiles en Cuba debido al riesgo que supondría para los intereses soviéticos en Europa».[2]

El director de la NSA, Gordon Blake, puso a Juanita Moody a cargo de una operación ininterrumpida para producir cada doce horas actualizaciones de SIGINT sobre el estado de preparación de las fuerzas armadas y las defensas de la Unión Soviética y Cuba, esos informes se transmitían por teletipo a las más altas instancias y se los conocía como «electrogramas». Moody diría más tarde: «Sentía ... que de alguna manera había pasado toda mi carrera preparándome para esa crisis».[3]Los fisgones de la NSA monitorizaban los movimientos y transmisiones del tráfico marítimo soviético. Sin embargo, a pesar de lo valiosa que era esta información, persistían enormes lagunas en el conocimiento que los estadounidenses tenían de la situación. Washington seguía creyendo que había en Cuba entre cinco y diez mil efectivos soviéticos, cuando en realidad eran 43.000. Además de ignorar que el arsenal de la isla incluía misiles nucleares de

corto alcance Luna y misiles de crucero FKR-1, desconocía por completo las órdenes que habían recibido los comandantes locales acerca del uso de estas armas, órdenes que como hoy sabemos incluían entonces la discrecionalidad para dispararlas en caso de una invasión estadounidense. Los rastreadores de la armada a menudo extraviaban los buques de carga soviéticos durante horas entre las posiciones confirmadas por los aviones de reconocimiento.

El jueves 18, en la Casa Blanca, la primera reunión del día comenzó a las 11.10, con una sesión informativa a cargo de los servicios de inteligencia en la que se reveló una nueva noticia sensacional: la vigilancia fotográfica de Cuba llevada a cabo por los U-2 puso al descubierto bases de misiles que hasta ahora no habían sido detectadas y en las que ciertos indicios apuntaban a la presencia de IRBM (misiles balísticos de alcance intermedio) a unos 35 kilómetros al suroeste de La Habana. Esta información transformó en halcones a varios de los primeros defensores de la precaución. Mientras que en los debates previos Dean Rusk había subrayado con insistencia el probable escepticismo o la abierta hostilidad con que reaccionarían los aliados de Estados Unidos en caso de una acción drástica, ahora sostuvo que no responder a una amenaza de tal magnitud «socavaría nuestras alianzas en todo el mundo». Con todo, el secretario de Estado seguía siendo partidario de un acercamiento a Jrushchov antes de iniciar cualquier operación militar, pues este todavía podía «darse cuenta de que tiene que dar marcha atrás». Ahora bien, si tal enfoque fallara, quizá fuera necesario hacer «una declaración de guerra a Cuba».

Robert McNamara dijo que, a la luz de la nueva información, se oponía aún más a una campaña limitada de ataques aéreos, pues creía que esta no conseguiría eliminar la amenaza. Si Estados Unidos iba a atacar Cuba, estaba a favor de una invasión total, aunque su apoyo a esa opción dependía de que los misiles balísticos no estuvieran aún operativos. Si lo estaban, esto es, si esas armas constituían una amenaza inmediata para el país, entonces todos los planes deberían revisarse. El secretario de Defensa dijo que quería reafirmarse en su convicción previa (que no compartían los jefes de Estado Mayor) de que el despliegue nuclear en Cuba no alteraba el equilibrio estratégico. El gobierno estadounidense no se enfrentaba ahora a una mayor amenaza militar: «Es un problema político. Es un problema de

mantener a la alianza unida. Es un problema de condicionar de forma adecuada a Jrushchov para nuestros movimientos futuros [y un] problema de lidiar con nuestra opinión pública».

El presidente intervino a continuación: «Lo que va a tensionar la alianza más es este ataque nuestro contra Cuba, en la que la mayoría de los aliados ven una obsesión de Estados Unidos y no una amenaza militar seria ... Vamos a necesitar una labor de condicionamiento enorme antes de conseguir que respalden una acción contra Cuba, porque piensan que estamos un poco dementes con esta cuestión ... Muchas personas verán eso como un acto de locura por parte de Estados Unidos». En labios de Kennedy esta era una declaración muy significativa, pues suponía un reconocimiento de la opinión de los aliados, mientras que buena parte de los presentes y un gran número de legisladores en el Capitolio no eran conscientes de ella o les resultaba indiferente. «El problema con los ministros estadounidenses», escribió en una ocasión Harold Macmillan con quisquillosidad y condescendencia, «es que por lo general provienen de la sala de juntas o de la sala de estudiantes. Pero ni los magnates ni los académicos tienen destreza o sensibilidad para la política, en especial la política de otros países».4

Era probable que el resto del mundo compartiera la opinión expresada antes por McNamara de que el despliegue no alteraba los fundamentos estratégicos de la confrontación Este-Oeste. Y Kennedy había demostrado una sensibilidad hacia las percepciones de otras naciones y culturas que pocos presidentes estadounidenses han igualado. Únicamente un hombre que conocía el mundo, que había vivido lo que él había vivido y visto lo que él había visto, en especial en Europa antes de la segunda guerra mundial, podía hablar de esa manera. Durante los días siguientes, a medida que fueron enterándose de la crisis, la mayoría de los aliados de Estados Unidos expresaron públicamente su apoyo a la política del gobierno en una demostración de solidaridad y lealtad. En privado, sin embargo, esos aliados, y en particular los británicos, no veían con ninguna simpatía lo que Kennedy caracterizó como la «obsesión» de Estados Unidos con Cuba.

Maxwell Taylor intervino entonces para instar al grupo a darse prisa y atacar antes de que los misiles estuvieran operativos: era partidario de la

invasión y esperaba que la orden para esa acción se diera pronto. Ya no creía que el bombardeo aéreo fuera suficiente. El presidente volvió a las posibles respuestas soviéticas. Por primera vez, algo muy importante, mencionó la posibilidad de ofrecer un canje a los rusos: si ellos se llevaban sus misiles de Cuba, «nosotros retiramos los nuestros de Turquía».

Llewellyn Thompson expresó su temor a que los ataques aéreos causaran un gran número de víctimas soviéticas, lo que prácticamente obligaría a Moscú a responder: «El plan del bloqueo me parece preferible ... Creo que es muy improbable que los rusos se opongan a un bloqueo contra el envío de armamento militar, en particular si es de tipo ofensivo, si así se lo presentamos al mundo». Estados Unidos exigiría asimismo el desmantelamiento de los misiles que ya se encontraban en Cuba: «No debemos hacernos ilusiones, pues es probable que esto al final nos conduzca a lo mismo. Pero en tal caso actuaríamos con una postura y un trasfondo completamente diferentes y con mucho menos peligro de desencadenar la gran guerra. A pesar de todas las cosas inaceptables que han hecho, los rusos tienen la curiosa facultad de querer una base legal ... Creo que todo el propósito de este ejercicio es construir el terreno para entablar conversaciones con usted, conversaciones en las que nosotros tratemos de negociar la eliminación de las bases».

Robert Kennedy, en uno de sus momentos de halcón, objetó que el bloqueo funcionaría con gran lentitud: «Es una muerte muy lenta ... y durante ese tiempo tienes a toda la gente gritando y chillando al respecto, tienes el registro de los barcos rusos y el derribo de los aviones rusos que intenten aterrizar allí. Tienes que hacer todas esas cosas». Thompson predijo: «Creo que Jrushchov negará que las bases sean soviéticas ... Dirá: ¿A qué viene tanto escándalo? Los cubanos nos pidieron algunos misiles para hacer frente a esas bases de exiliados que los amenazan, que los han atacado y amenazan con volver a atacar ... No son más que misiles defensivos. Son mucho menos ofensivos que las armas que vosotros tenéis en Turquía».

Más adelante en esa misma reunión, Thompson instaría a comunicarse en secreto con el Kremlin para obligar a Jrushchov a compartir el mensaje con sus colegas del Presídium, lo que podría evitar que el temerario líder soviético intentara ir por libre, como había hecho en otras ocasiones. El

diplomático citó el precedente del derribo del U-2 sobre territorio de la URSS en 1960, cuando «los militares [soviéticos], que por lo general nunca me hablaban, se acercaron y trataron de calmarme ... señalando que estaban preocupados, pues Jrushchov estaba siendo impetuoso y corriendo riesgos». Las agudas aportaciones de Thompson, tanto ese día como más tarde, evidenciaron no solo su calidad personal, sino también cuán valioso es contar en todo lo que atañe a la política exterior con diplomáticos informados con larga experiencia en una región determinada. Aunque George Kennan sigue siendo más famoso, en particular por ser el autor del «telegrama largo» (1946) que inspiró la política de contención de la Unión Soviética, Thompson ejerció una mayor influencia en las crisis de la Guerra Fría.

Fue el único embajador extranjero al que Jrushchov invitó a su dacha privada (diferente de la oficial del gobierno). En sus días en Moscú, se reveló como un jugador de póquer notable. Era amigo íntimo de Chip Bohlen, que dijo de él: «La característica excepcional de Tommy era la decencia». Esa decencia se manifestaba, por ejemplo, en su disposición a tratar a la Unión Soviética con un respeto que muchos estadounidenses se negaban a otorgar a los representantes del país, que con frecuencia eran toscos. Ese día en la Casa Blanca, Thompson instó a los presentes a que, independientemente de la opción que decidieran adoptar, procuraran «hacer que sea lo más fácil posible para él [Jrushchov] dar marcha atrás». Él, por su parte, era partidario del bloqueo. También hizo hincapié en ciertos indicios significativos: «Hay muchas señales pequeñas, pero siempre me produjo curiosidad por qué dijo que aplazaría [una nueva confrontación en torno a Berlín] hasta después de las elecciones [del Congreso]. Me parece que todo está relacionado con esto». Lo que quería decir con ello era que Jrushchov no habría mostrado tal sensibilidad hacia la política estadounidense si estuviera a punto de comenzar una guerra nuclear. Sin embargo, a diferencia de George Ball, el veterano diplomático no llegó a adivinar que el líder soviético tenía previsto dar la gran sorpresa estratégica en noviembre, durante su discurso ante la ONU.

Los estadounidenses no dejaban de rumiar la perplejidad que les producía la torpeza con que los soviéticos habían hecho su jugada, moviendo misiles gigantescos a través de una Cuba descalza, por pistas embarradas, sin

prácticamente preocuparse por camuflarlos. A McCone, el director de la CIA, le parecía imposible que Moscú hubiera supuesto que nadie en Washington se daría cuenta. Tanto el presidente como su asesor de seguridad nacional volvieron a plantear la posibilidad de ofrecer a Jrushchov un intercambio por los misiles estadounidenses instalados en Turquía. Se debatió la idea de tranquilizar a los turcos con la promesa de desplegar en los mares cercanos submarinos armados con misiles nucleares Polaris. McNamara centró su atención en la certeza de que si Estados Unidos realizaba ataques aéreos, habría varios centenares de bajas rusas en Cuba. George Ball volvió con su cantinela: «Señor presidente, creo que es fácil sentarse aquí y subestimar la sensación de agravio que causaría en los países aliados ... el que actuáramos sin darle a Jrushchov alguna salida ... Una línea de actuación en la que atacamos sin previo aviso es como Pearl Harbor: es el tipo de conducta que cabría esperar de la Unión Soviética. No la conducta que se espera de Estados Unidos».

En la inconexa discusión que siguió, varios participantes plantearon la posibilidad de que los rusos tomaran Berlín Oeste en respuesta al ataque contra Cuba. Las tropas estadounidenses destinadas a la ciudad lucharían, pero tarde o temprano se verían superadas. Robert Kennedy preguntó: «Entonces, ¿qué hacemos?». Maxwell Taylor dijo: «Ir a una guerra general, si ello nos conviene». «¿Está hablando de un intercambio nuclear?», quiso saber el presidente. El general asintió de forma casi despreocupada: «Supongo que sí». Tras semejante comentario, resultaba difícil considerar al principal soldado de Estados Unidos como un consejero menos aterrador que sus colegas del Estado Mayor Conjunto. Y está claro que eso le pareció a Kennedy, que segundos después dijo: «La pregunta ahora es en realidad qué línea de actuación podemos adoptar que disminuya las posibilidades de un intercambio nuclear, lo que obviamente sería el fracaso definitivo». El *fracaso definitivo...* el *fracaso definitivo*: resulta difícil exagerar la importancia del uso de semejante lenguaje por parte del presidente de Estados Unidos en un momento así, pues al hablar en esos términos demostraba una consciencia de la extraordinaria gravedad para la humanidad de lo que se estaba discutiendo, una consciencia de la que era claro que carecían algunos de los presentes. A partir de ese punto, Kennedy revivió la discusión sobre el bloqueo y preguntó si tal acción requeriría una declaración formal de guerra a Cuba.

El debate de esa mañana se extravió en recovecos innecesarios. No obstante, podría argumentarse que esto no fue perjudicial, pues los miembros del ExCom todavía estaban en una fase de tormenta de ideas: identificando problemas y revisando posibles líneas de actuación con sus respectivas consecuencias. Robert F. Kennedy señaló luego la particularidad de que en realidad nadie presidía las sesiones, así como el hecho de que el rango de los participantes parecía no ser relevante: «Todos hablamos como iguales», algo que las transcripciones de las grabaciones demuestran.[5]Él mismo fue uno de los que manifestó su indignación ante la disposición de los jefes de las fuerzas armadas a ir hasta el final, aun cuando eso significara el uso de armas nucleares: «Mientras los escuchaba, pensé en las muchas veces que había oído a los militares adoptar posiciones que, aunque equivocadas, tenían la ventaja de que al final no quedaría nadie para darse cuenta de ello».[6]Viniendo del hombre que presidía la operación Mangosta, un plan infame en todo sentido, y que en su momento había acusado a Rusk de cobardía por recomendar proceder con cautela en lo relativo a los sobrevuelos con los U-2, estas palabras están teñidas de hipocresía, pero cabe tener en cuenta que Bobby Kennedy escribió sus memorias de esos días de octubre tiempo después, cuando él mismo estaba reivindicando su condición de estadista.

Esa reunión del jueves por la mañana dejó en claro que el presidente estaba lejos de haber decidido un camino. Todavía parecía probable que Estados Unidos bombardeara las bases de misiles en Cuba; y, de hecho, tal acción ya se habría ordenado si Kennedy no hubiera tenido miedo de desencadenar un enfrentamiento en Berlín como primer paso hacia una guerra general. El mandatario hablaba ahora de anunciar la noticia al mundo al día siguiente, viernes 19, y bombardear Cuba el sábado 20. «Eso es demasiado pronto para nosotros», comentó Max Taylor: la fuerza aérea, no obstante, podía hacerlo el domingo, ese día sería posible lanzar los ataques. El presidente recordó la comparación con Pearl Harbor: «El domingo tiene inconvenientes históricos». La réplica provocó alguna risa incómoda, después de lo cual Robert Kennedy dijo: «Creo que George Ball tiene un argumento muy bueno», en referencia a la observación del subsecretario de Estado de que las decisiones que tomara Estados Unidos durante la crisis influirían de manera profunda en el modo en que la historia vería al país.

Rusk estuvo de acuerdo: «Esto de llevar la marca de Caín en la frente por el resto de tu vida es algo...».

El fiscal general continuó: si los estadounidenses bombardeaban Cuba sin previo aviso después de haber estado durante quince años manifestando sus oscuros temores a que los soviéticos lanzaran el primer ataque nuclear por sorpresa, estarían actuando de una manera que el mundo daba por hecho que nunca lo harían. Y, concluyó, «ahora ... vamos a hacerle eso a un país pequeño. Creo que cargar con eso sería insoportable».[7]Más tarde observaría que durante los primeros cinco días de la crisis, el ExCom dedicó más tiempo a debatir la moralidad y la eficacia de un ataque aéreo por sorpresa que cualquier otro tema. Fue en esos días cuando garabateó una nota dirigida a su hermano en la que, de nuevo, evocaba el «día de la infamia»: «Ahora sé cómo se sintió Tojo cuando estaba planeando Pearl Harbor».

Entre tanto, el presidente expresó una preocupación que hasta entonces no habían mencionado McNamara ni Taylor: si Estados Unidos invadía Cuba, no solo morirían rusos y cubanos, también lo harían miles de estadounidenses, que tendrían que hacer frente a defensas formidables, esto es, una invasión era una operación mucho más compleja y cruenta que una campaña de ataques aéreos centrada en destruir las bases de misiles. Taylor intervino para aclarar que era imposible lanzar una invasión con tanta rapidez y que su preparación llevaría al menos una semana, lo que desde el punto de vista de JFK era una buena noticia, pues le daba más tiempo. Thompson también consideró esto positivo: el hecho de que los rusos vieran a los estadounidenses embarcarse en los enormes y prolongados preparativos necesarios para un asalto anfibio quizá los haría reflexionar.

Todos celebraron la inminencia de la reunión, programada para esa tarde, entre el presidente y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andréi Gromiko, que acababa de llegar a Estados Unidos para asistir a las Naciones Unidas. Los presentes en la sala del gabinete coincidieron en que los anfitriones no debían revelar sus intenciones ni tampoco lo que sabían acerca de lo que estaba sucediendo en Cuba. En lugar de ello, se limitarían a poner a prueba a Gromiko para averiguar cuántas mentiras estaba dispuesto a decir. En cuanto a Anatoli Dobrynin, que acompañaría al recién

llegado, parecía probable que no supiera nada acerca de los misiles, lo que era cierto (ningún historiador serio ha cuestionado nunca que el embajador soviético ignorara el plan de Jrushchov).

Maxwell Taylor consideró que era importante obtener más información de inteligencia antes de hacer un movimiento decisivo. Por esa razón, se mostró partidario de posponer la publicación de la noticia hasta el lunes 22 de octubre con el fin de tener más tiempo para las labores de reconocimiento aéreo e interpretación fotográfica. McNamara dijo que, más allá de eso, en su opinión la administración seguía careciendo de un plan coherente y propuso que dos grupos se reunieran por separado para planificar las únicas líneas de actuación serias que en ese momento se estaban discutiendo: pasar con rapidez a la acción militar o avanzar con lentitud hacia ella haciendo antes una declaración pública. El propio secretario de Defensa no estaba seguro de qué camino era preferible, pero anotó que creía que «el precio de cualquiera de estas acciones va a ser muy alto». Según pensaba, para que el Kremlin accediera a retirar los misiles de Cuba, sería necesario, por lo menos, que los estadounidenses aceptaran retirar sus misiles Júpiter de Turquía e Italia. Varios de los presentes, incluidos Bundy y Taylor, dijeron que además de deshacerse de los misiles soviéticos, ellos querían deshacerse de Castro. McNamara veía con un sensato escepticismo la posibilidad de incluir eso en la lista de la compra de la administración.

Fue mucho más lo que se dijo en esa reunión, pero los intercambios reseñados constituyen lo esencial. Después de comer en la mansión de la Casa Blanca, Kennedy se vio de nuevo con Dean Acheson, que una vez más le presionó para que ordenara un ataque aéreo sin previo aviso. El veterano diplomático pasó más de una hora con el presidente, quien se mostró paciente y cortés ante los arrebatos del cascarrabias. Hacia el final de la charla, Kennedy se levantó de la mecedora en la que estaba sentado y miró a través de las puertas francesas en dirección a la rosaleda: «Supongo que será mejor que me gane el salario de esta semana». Acheson dijo: «Me temo que tiene que hacerlo. Ojalá pudiera ser de más ayuda».

Entre tanto, en el Departamento de Estado, Averell Harriman, el subsecretario para asuntos del Lejano Oriente, era a sus setenta y un años

un perro viejo al que se le negaba la oportunidad de ladrar. Este veterano jugador de polo se sentía amargamente frustrado porque, si bien se le había puesto al tanto del secreto cubano, no se había buscado su consejo. Durante la segunda guerra mundial, había sido el diplomático favorito de Roosevelt, al que sirvió como enviado especial para Europa (donde tuvo una aventura con Pamela Digby, la nuera de Winston Churchill, a la que más tarde se nombraría «experta mundial en techos de hombres ricos», un incidente al que el primer ministro consideró conveniente no prestar atención). Harriman, un hombre de una elegancia impecable y una astucia enorme, conocía profundamente la Unión Soviética y tenía veinte años de experiencia en la capacidad del país para el insulto, el sacrificio, el engaño y la violencia. Había parlamentado con Stalin. Con independencia de las posibles reivindicaciones rivales de Bohlen y Llewellyn, Harriman se consideraba a sí mismo el mayor experto estadounidense en lo referente a lidiar con los rusos.

No obstante, la crisis se convirtió para él en una experiencia exasperante e incluso humillante. Aunque se le mantenía informado de los acontecimientos, la Casa Blanca rara vez llamaba a su teléfono. Kennedy sentía un respeto desprovisto de entusiasmo por su historial, pero lo encontraba desagradable como persona. Durante la crisis, incluso se le utilizó como señuelo: para sugerir que el Lejano Oriente y no el Caribe encabezaba la agenda del presidente, recibió la orden de dejarse ver conduciendo hasta el ala oeste de la Casa Blanca, donde se encuentra el Despacho Oval, y una vez allí le llevaron a una antesala privada, donde le dejaron echando humo. «¿Cuánto voy a tener que esperar aquí?», preguntó enojado. La respuesta resultó ser: mucho tiempo.

En la tarde de ese jueves, Rusk y McNamara hablaron varias veces con el presidente para mantenerlo informado de lo que se estaba haciendo y ayudarlo a preparar la reunión con Andréi Gromiko. Esta comenzó a las cinco y se prolongó durante más de dos horas. En la programación original, la reunión no era más que una típica cortesía diplomática. Sin embargo, tras el descubrimiento de los misiles, el encuentro adquirió un significado extraordinario (si bien ninguna de las partes lo reconocía de forma explícita). El ruso buscaba posibles indicios de que el gobierno de Estados Unidos se había enterado del despliegue en Cuba. Abrazados al devastador

secreto que conocían, el presidente y sus asesores, entre los que figuraban Rusk y Thompson, esperaban obtener del ministro de Asuntos Exteriores soviético alguna pista involuntaria sobre las acciones e intenciones del Kremlin. A medida que la conversación se desarrollaba, los estadounidenses se descubrieron fascinados ante la imperturbable máscara de engaño que lucía su invitado. Gromiko hizo hincapié en lo urgente que era resolver el futuro de Berlín. Si no se alcanzaba un acuerdo al respecto, dijo, «el gobierno soviético se vería obligado» (y subrayó la palabra *obligado*) a tomar medidas unilaterales. El ministro describió la presencia militar occidental en la ciudad como «un diente podrido que hay que sacar».

Esto era un farol diplomático extraordinario y también repugnante. En privado, Jrushchov reconocía que no tenía la menor intención de forzar la situación en Berlín. Lo único que buscaba era mantener la presión sobre los estadounidenses para desviar su atención de lo que estaba ocurriendo en el Caribe. No obstante, Gromiko también se quejó de las amenazas estadounidenses contra Cuba, donde, dijo, la Unión Soviética se limitaba a adiestrar a las fuerzas de Castro en el uso del armamento defensivo que se les había proporcionado. Diez días después, Jrushchov se jactaría de la inteligencia de Gromiko: «Nosotros y los estadounidenses hablamos sobre Berlín, ambos bandos con el mismo objetivo, a saber, desviar la atención de Cuba, los estadounidenses con el fin de atacarla, nosotros para inquietarlos y retrasar ese ataque».8

En la Casa Blanca, el presidente le dijo al ministro de Asuntos Exteriores soviético que él no tenía intención alguna de invadir la isla y que, de hecho, si se le solicitaba, estaba dispuesto a dar garantías formales a ese efecto. Sin embargo, la URSS había continuado enviando armas a los cubanos y había creado «la situación más peligrosa desde el final de la [segunda] guerra» mundial. Aquí estaba el indicio más claro posible de que los estadounidenses estaban enterados del despliegue de los misiles, pero al parecer pasó desapercibido para los visitantes. Gromiko recordó la fallida invasión de bahía de Cochinos, lo que llevó a Kennedy a ofrecer renovadas promesas de que no habría nuevas acciones militares por parte de Estados Unidos o el exilio cubano. El mandatario leyó luego en voz alta sus propias

declaraciones públicas del 4 y 13 de septiembre sobre las graves consecuencias que tendría el despliegue de armas ofensivas en Cuba.

Gromiko no se inmutó. Según informaría más tarde a Jrushchov: «Kennedy formuló sus pensamientos con lentitud y sumo cuidado, fue obvio que sopesaba cada palabra. Durante nuestra conversación, Rusk permaneció en silencio, estaba rojo como una langosta». Hubo una discusión superficial sobre las negociaciones en curso para la restricción de las pruebas nucleares. Kennedy acordó reunirse con Jrushchov en noviembre, cuando este asistiera a la reunión de la ONU en Nueva York. El extraordinario encuentro terminó a las 19.15, y Thompson y Rusk se quedaron con el presidente para comentar maravillados el carnaval de falsedades del jefe de la diplomacia rusa. En el transcurso de la Guerra Fría, ambos bandos se contaron muchas mentiras, pero la mendacidad de Gromiko, en un asunto de tanta gravedad, causó auténtica ira en el Despacho Oval.

El ministro de Asuntos Exteriores soviético reconocería en sus memorias que esta fue la conversación más difícil que tuvo con cualquiera de los nueve presidentes estadounidenses con los que trató. Kennedy había jugado sus cartas de forma magnífica. Pocas veces, si hubo alguna, un líder estadounidense se había sentado en una mesa de póquer con un soviético experto en el juego y había conseguido engañarlo con tanto éxito. Gromiko salió de la Casa Blanca convencido de que su anfitrión no sabía nada acerca de los misiles y con su acostumbrado servilismo procedió a informar a Jrushchov. «La administración y los círculos del gobierno estadounidense en general», comunicó al primer secretario, «están asombrados por el valor que la Unión Soviética demuestra ayudando a Cuba».

Según afirmó, había puesto en conocimiento de sus anfitriones las desagradables realidades de la situación del Caribe, a saber, que «el gobierno soviético reconoce la gran importancia que los estadounidenses otorgan a Cuba y su situación, y cuán dolorosa es esa cuestión para Estados Unidos. Pero el hecho de que la URSS, pese a saber todo eso, siga brindando semejante ayuda a Cuba implica que está del todo comprometida a rechazar cualquier intervención estadounidense en la isla. No hay una única opinión sobre la forma y circunstancias de esa repulsa, pero que no les quepa duda de que se dará ... En tales condiciones es casi imposible

imaginar una iniciativa militar de Estados Unidos contra Cuba ... Todo lo que sabemos sobre la posición de Estados Unidos en torno a Cuba permite concluir que la situación es, en general, por completo satisfactoria».[9]Aunque todo esto evidencia hasta qué punto Gromiko se había dejado engañar, Jrushchov aplaudió la forma en que gestionó la entrevista con Kennedy, y seguiría haciéndolo incluso cuando la ingenuidad y duplicidad del ministro de Asuntos Exteriores ya habían quedado al descubierto: «Estaba mintiendo. ¡Y de qué manera!», le dijo en una ocasión al presidente de Checoslovaquia Antonín Novotný. «Y eso era lo correcto: tenía órdenes del Partido.»[10]

El siguiente visitante de Kennedy fue el exsecretario de Defensa Robert Lovett, quien encontró al presidente todavía furioso por la desvergüenza de Gromiko. En términos de política y táctica, Lovett compartía la opinión de McNamara de que el despliegue cubano no cambió el equilibrio estratégico. Asimismo, suscribía la oposición de Stevenson a una acción militar, que, coincidía, sería muy dañina para las alianzas de Estados Unidos. En su opinión, los soviéticos responderían tomando Berlín Oeste, algo de lo que los europeos culparían a Estados Unidos por reaccionar de forma exagerada en el Caribe. Mac Bundy, por separado, había llegado a la misma conclusión, al menos por el momento.

El presidente también abandonó (aunque fuera temporalmente) su inclinación inicial a aprobar el bombardeo. Ese jueves al final de la tarde, a solas en el Despacho Oval, dictando para dejar constancia, JFK dijo: «El consenso fue que debemos seguir adelante con el bloqueo a partir del domingo por la noche ... Una de mis mayores preocupaciones era no tener que anunciar la existencia de un estado de guerra». Se consideró clave que a la mañana siguiente, el viernes 19, Kennedy volviera a hacer campaña en apoyo a los candidatos demócratas en Ohio e Illinois. Esos compromisos tenían tanta importancia política que su inasistencia a los mítines hubiera puesto al descubierto que había una crisis.

Aunque la mayoría de los historiadores consideran que los días más peligrosos de la crisis vendrían después, lo que *no* sucedió entre ese primer martes y el viernes también fue crítico. Bobby Kennedy señaló la amplitud con la que variaron las opiniones de algunos hombres a lo largo de las

discusiones «de un extremo a otro: de respaldar un ataque aéreo al comienzo de la reunión a no apoyar cualquier clase de acción al salir de la Casa Blanca».11Los asesores militares, influidos por su desconocimiento del formidable arsenal defensivo de Cuba, y sin reflexionar todavía acerca de las consecuencias, continuaron instando al presidente a lanzar de inmediato una campaña aérea. El venerable Dean Acheson estaba de acuerdo con ellos, como lo habrían estado muchos estadounidenses normales y corrientes si hubieran tenido acceso al álbum de fotografías de Cuba recién salido del horno del NPIC.

Nada garantizaba que el gobierno de los Estados Unidos rechazara tales consejos. Y, sin importar cuáles fueran las inclinaciones personales de Jrushchov y Kennedy, una vez que comenzaran los disparos entrarían en juego fuerzas en uno y otro sentido que sería extraordinariamente difícil contener. Una primera fase potencialmente letal de la crisis terminó el jueves por la noche, cuando la administración decidió no emprender ninguna acción militar de inmediato. Las miradas de los medios de comunicación vigilaban la Casa Blanca día y noche. En una viñeta graciosa, la mayor parte de los miembros del ExCom debieron abandonar la sede del gobierno en el coche de Robert F. Kennedy, ocultos a los ojos de la prensa tras las lunas tintadas: McCone, Taylor, el fiscal general y el conductor se apiñaron en los asientos delanteros y otros seis más en la parte trasera para evitar la curiosidad que provocaría el espectáculo de una fila de limusinas saliendo de la Casa Blanca. El que en la capital con más filtraciones del mundo el gobierno hubiera conseguido mantener en secreto lo que estaba ocurriendo sigue siendo motivo de asombro.

2. «CULO DE HIERRO»

En la mañana del viernes 19 de octubre, antes de dejar Washington para hacer campaña en Ohio, el presidente se reunió en la Casa Blanca con el Estado Mayor Conjunto. Las valoraciones más recientes de los servicios de inteligencia, que cada vez resultaban más amenazadoras, habían identificado al este de La Habana un tercer regimiento soviético provisto con ocho lanzadores de misiles balísticos de alcance medio SS-4 (R-12). Se calculaba que esos misiles estarían operativos al cabo de una semana. Entre tanto, cerca de Guanajay se estaban preparando dos emplazamientos que,

casi con seguridad, estaban destinados a albergar misiles de alcance intermedio, que eran más grandes y requerían plataformas de lanzamiento de hormigón. A las nueve de la mañana, antes de que los cuatro jefes vieran al presidente, Maxwell Taylor se reunió con ellos para informarles del cambio de humor de la Casa Blanca, que ahora estaba en contra de los ataques aéreos y favorecía la idea de imponer un bloqueo. Consternados, los oficiales acordaron transmitir al presidente una recomendación renovada de lanzar un ataque sorpresa. El comandante Bill Smith, uno de los asistentes de Taylor, contaría luego: «Me sorprendió la unanimidad de los jefes en su deseo de usar la fuerza porque había creído que [el presidente del Estado Mayor] se inclinaba algo menos por esa opción».12Ellos eran partidarios de seguir la campaña de bombardeos con una invasión completa, una propuesta de la que en ese momento solo Taylor disentía.

A John F. Kennedy nunca podrá caracterizársele como un antimilitarista, pero debido seguramente a su experiencia como oficial naval durante la segunda guerra mundial veía con un prudente escepticismo a los altos mandos de las fuerzas armadas. Unas semanas antes, había reaccionado con irritación a las dilaciones y trabas que había puesto el ejército cuando quiso desplegar tropas federales durante los desórdenes provocados en la Universidad de Misisipi por la admisión del estudiante negro James Meredith. El presidente había dicho entonces sobre los generales: «Siempre te sueltan sus chorradas sobre su capacidad para reaccionar al instante y activarse en una fracción de segundo, pero nunca funciona. No es de extrañar que sea tan difícil ganar una guerra».

En compañía de McNamara, los jefes entraron en la sala del gabinete a las 09.45. Al abrir la reunión, Taylor tuvo la amabilidad de reconocer los dos argumentos más poderosos en contra de la campaña de ataques aéreos sin previo aviso: lo improbable que era conseguir destruir por completo la capacidad nuclear soviética en Cuba y el daño que tal acción causaría a las alianzas de Estados Unidos en el extranjero. No obstante, la cúpula militar continuó aconsejando solucionar la crisis con bombas. En respuesta, Kennedy les ofreció un largo sermón en el que hizo hincapié en la necesidad de considerar por qué los rusos habían actuado del modo que lo hicieron: «Para ellos fue una jugada bastante arriesgada, pero a la vez

bastante útil. Si no hacemos nada, tienen allí sus bases de misiles, con toda la presión que eso implica para Estados Unidos y el correspondiente daño a nuestro prestigio. Si atacamos Cuba ... les estaremos dando una ruta clara para la toma de Berlín, como ya hicieron [en 1956] en Hungría [durante] la guerra anglo-francesa en Egipto ... Cuba les importa un comino. Pero en cambio sí se preocupan por Berlín y por su propia seguridad».

Kennedy se equivocaba al suponer que a Jrushchov le resultaba indiferente la suerte de Cuba. Pero una vez más (y no sería la última) encontró que era posible aprovechar, acaso con cierto cinismo, la situación de Berlín Oeste para frenar a sus halcones y favorecer las perspectivas de supervivencia de la humanidad. La toma de la antigua capital alemana por parte de los soviéticos, afirmó el presidente de forma exagerada, pero sin duda por una buena causa, le dejaría «una única alternativa, que es disparar las armas nucleares e iniciar el intercambio nuclear, lo que como alternativa es terrible».

Curtis LeMay rechazó con desdén ese discurso derrotista: «Quisiera subrayar, con cierta firmeza quizá, que no tendremos otra opción salvo la acción militar directa», dijo. Si Estados Unidos intentara meramente imponer un bloqueo a Cuba, «lo primero que sucederá es que sus misiles desaparecerán en la selva, en particular los sistemas móviles. En mi opinión este bloqueo y la acción política nos conducen a la guerra ... Esto es casi tan malo como el apaciguamiento [de 1938] en Múnich ... Porque si ese bloqueo se implementa, sus MiG van a despegar. Los Il-28 volarán para atacarnos. Y, de forma gradual, vamos a precipitarnos hacia la guerra en condiciones que suponen una gran desventaja para nosotros, con misiles mirándonos a la cara, unos misiles que podrían arrasar los aeródromos de todo el sureste de [Estados Unidos] ... Yo sencillamente no veo ninguna otra solución que la intervención militar directa *de inmediato*».

LeMay era un personaje extraordinario. Nacido en una familia modesta en Columbus, Ohio, demostró una precoz destreza técnica, que quedaría de manifiesto más tarde cuando, como pasatiempo, construyó un televisor a color con sus propias manos. Se unió a la fuerza aérea en 1928 y durante la segunda guerra mundial demostró ser un piloto de bombarderos hábil y valiente, primero en Europa y luego, como comandante de la 20.ª Fuerza

Aérea de la USAAF, volando contra Japón. Respetado más que querido, sus subordinados lo apodaron «Culo de hierro». Rara vez se dejaba ver sin una pipa (más tarde, un cigarro) entre los labios. La leyenda decía que en una ocasión un sargento había reprendido al general cuando, con pipa y todo, trepó al fuselaje de un bombardero que se estaba reabasteciendo de combustible: «Señor, podrían encenderse los vapores de gas». LeMay respondió: «Hijo, no se atreverían». La parálisis facial que sufría en un lado del rostro no contribuía a suavizar su semblante gélido.

Se había dedicado con energía implacable a la planificación del bombardeo de Japón con dispositivos incendiarios, siendo el responsable de dirigir uno de los ataques aéreos más devastadores de la guerra, lanzado contra Tokio en marzo de 1945 utilizando superbombarderos B-29. Esa operación causó cien mil víctimas mortales (más que el bombardeo de Dresde un mes antes o, incluso, que los bombardeos atómicos de agosto de ese mismo año) y dejó sin hogar a unas 650.000 personas. La historia oficial de la USAAF del mando de LeMay le atribuye haber matado a 310.000 japoneses, herido a 412.000 y dejado sin hogar a casi diez millones. «Nunca en la historia de la guerra», escriben los autores con orgullo, «se había infligido una devastación tan colosal al enemigo a un costo tan bajo para el conquistador ... La aplicación del poderío aéreo estadounidense en 1945, tan destructiva y concentrada como para incinerar 65 ciudades japonesas en apenas cinco meses, forzó la rendición del enemigo sin necesidad de invasión terrestre por primera vez en la historia militar». LeMay se había opuesto al lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki porque temía, con cierta justificación, que desviaran la atención de los triunfos previos de la fuerza bajo su dirección.[13]

Este aclamado héroe, que en 1962 solo tenía cincuenta y cinco años, fue el hombre que luego abogaría por bombardear a los comunistas de Vietnam del Norte hasta devolverlos «a la Edad de Piedra». El general era un maestro de las frases ingeniosas: «Una ofensiva exitosa trae consigo la victoria, pero una defensa exitosa solo sirve para aliviar la derrota»; «Errar es humano, perdonar no es política del SAC». Una sesión informativa de la USAF acerca del plan de ataque nuclear de Estados Unidos concluyó, con desvergonzada satisfacción, que a las dos horas de haberse puesto en marcha, «prácticamente la totalidad de Rusia» habría quedado reducida a

«una ruina humeante y radiactiva».[14]En una guerra por la supervivencia nacional, líderes tan enérgicos como LeMay pueden hacer contribuciones importantes a las causas de sus países, y es lo que él hizo: pocos comandantes exitosos en el campo de batalla han sido seres humanos compasivos. Ambos bandos en la Guerra Fría contaban con armeros inflexibles. Sus admiradores sostienen que sin su existencia la disuasión nuclear nunca habría funcionado, pues eran ellos los que la hacían creíble, un argumento que no debe descartarse con ligereza. Sin embargo, como consejeros constituían un peligro mortal en una crisis como la que nos ocupa. El aviador se enorgullecía de temer mucho más la derrota que la guerra. El presidente Kennedy se esforzaba por evitar ambas.

El jefe de Operaciones Navales, George Anderson, respaldó los comentarios iniciales de LeMay. El almirante, un hombre corpulento, de cincuenta y dos años, había sido aviador naval y capitán de portaaviones en la segunda guerra mundial. Su relación con Robert McNamara ya era tóxica y no dejaba de empeorar, principalmente porque, al igual que el jefe del Estado Mayor de la fuerza aérea, no temía en absoluto una confrontación cara a cara con los rusos. En la sala del gabinete de la Casa Blanca, este marinero curtido argumentó que la mejor forma de disuadir a los soviéticos de dar cualquier paso hostil en Berlín era lanzar una acción devastadora contra Cuba. El general Earle Wheeler, el jefe del Estado Mayor del ejército, que coincidía con él, dijo: «A mi juicio, desde un punto de vista militar, la línea de actuación que menor riesgo conlleva si estamos pensando en la protección del pueblo estadounidense ... es seguir adelante con el ataque aéreo sorpresa, el bloqueo y la invasión, pues esta serie de acciones nos proporcionará de manera progresiva la seguridad creciente de tener en verdad arrinconada la capacidad ofensiva de los cubanos-soviéticos». El general David Shoup, el comandante del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, que no era precisamente un hombre elocuente, respaldó a LeMay en la cuestión de los ataques aéreos, pero no en lo concerniente a la invasión. El general tenía el honor de haber sido el único de los jefes del Estado Mayor Conjunto que se había opuesto a bahía de Cochinos. Más adelante se convertiría en un opositor estridente del compromiso de Vietnam.

LeMay volvió luego a la carga empleando un lenguaje que, además de ser en extremo insolente, era sin duda malintencionado. El presidente, dijo el aviador, había asegurado al pueblo estadounidense en el pasado que las armas soviéticas en Cuba eran solo defensivas, y había prometido que actuaría en caso de que se descubrieran armas ofensivas: «Creo que muchos de nuestros amigos, así como los países neutrales, considerarán el bloqueo y las conversaciones políticas como una respuesta bastante débil a esta situación. Y estoy seguro de que muchos de nuestros propios ciudadanos también lo verán así. En otras palabras, está usted en un aprieto bastante feo en este momento».

El presidente, audiblemente estupefacto ante la insultante intervención de LeMay, replicó: «¿Qué acaba de decir?». El general no tuvo inconveniente en repetirse: «Que está usted en un aprieto bastante feo». Apelando al humor con el que solía desarmar a sus interlocutores, Kennedy respondió con otra de las frases memorables de la crisis: «Usted está en él conmigo». Después de la debacle de bahía de Cochinos, el mandatario había prometido que nunca más volvería a dejarse intimidar por los consejos de los militares, y no permitió que ocurriera ahora. Hubo un atisbo de risa incómoda, antes de que JFK agregara con énfasis: «Personalmente». El que Kennedy no despidiera al jefe de la fuerza aérea en ese momento no resulta sorprendente, pues la situación en que se encontraba la nación era demasiado grave. Sin embargo, sí que es notable que LeMay mantuviera su puesto una vez superada la crisis; de hecho, seguía en él cuando el presidente fue asesinado y no se retiraría hasta 1965. Esto solo se explica por el prestigio que tenía entre los estadounidenses conservadores: en 1968, optaría a la vicepresidencia con George Wallace, candidato a la presidencia por el Partido Independiente Americano, una organización de extrema derecha que defendía la segregación racial.

Ese viernes por la mañana en la Casa Blanca, el encargado de romper la tensión fue Maxwell Taylor, que anotó que los jefes del Estado Mayor estaban estudiando la opción del bloqueo, si bien esta planteaba ciertas dificultades, en particular en materia de vigilancia. Sin embargo, LeMay, que no había terminado, no tardó en insistir en el ataque aéreo: «Creo que tenemos que hacer algo más que eliminar los misiles, porque si no eliminamos su capacidad aérea al mismo tiempo, entonces seremos

vulnerables ... Tendríamos que destruir su fuerza aérea y también su radar y sus comunicaciones, todo el conjunto. Hacer algo distinto sencillamente no tiene ningún sentido ... Podemos estar listos para el ataque en la madrugada del 21 [domingo] ... la fecha óptima sería el martes por la mañana». La discusión continuó hasta que el presidente abandonó la reunión para partir a Ohio, y una vez que McNamara y Taylor dejaron también la sala, los restantes miembros del Estado Mayor se quedaron a solas, sin saber que los acompañaba la grabadora. Shoup dijo: «Bueno ... le habéis cortado la hierba debajo de los pies». LeMay exclamó: «¡Jesús! ¿Qué diablos quieres decir?». Malhumorado, el jefe del Cuerpo de Marines hizo una serie de comentarios confusos y apenas comprensibles, que terminaron con las enigmáticas palabras: «Esa fue mi conclusión. Dejaos de gilipolleces y cargaos los misiles».

Anatoli Dobrynin escribió más tarde que, cuando hablaba con los rusos, Robert Kennedy «en ocasiones parecía dramatizar en exceso la presión de los militares y la resistencia del presidente a esa presión».[15]En octubre de 1962, era imposible acusar a los civiles de la administración de estar exagerando cuando resaltaban el belicismo de los comandantes estadounidenses. «Los jefazos», le confió el presidente a su ayudante Dave Powers, «tienen una gran ventaja a su favor: si los escuchamos y hacemos lo que quieren que hagamos, ninguno de nosotros estará vivo luego para decirles que se equivocaban». Resulta difícil discernir una distinción significativa entre la actitud y el lenguaje de Curtis LeMay en octubre 1962 y los del maníaco general Buck Turgidson en la obra maestra de Stanley Kubrick, *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* (1964), una sátira sobre un descabellado descenso hacia el apocalipsis nuclear. Roswell Gilpatric recordaba que las sesiones con LeMay dejaban a Kennedy «sencillamente frenético ... pues LeMay no sabía escuchar o no quería entender, y hacía propuestas que Kennedy, y todos los demás, considerábamos inaceptables ... Y el presidente prefería no verle nunca a menos que se tratara de algún acto ceremonial, o cuando pensaba que tenía que dejar constancia de que había escuchado a LeMay, cosa que hizo en todo lo relativo al ataque aéreo contra Cuba. Tuvo que sentarse allí y oírle. Vi al presidente justo después. Estaba sencillamente colérico».[16]

Si los jefes salieron de la reunión insatisfechos, el mandatario no estaba más feliz que ellos. Ese viernes por la mañana, se había enterado de que de un día para otro su asesor de seguridad nacional había cambiado de opinión y, alineado ahora con los jefes militares, respaldaba la idea de lanzar un ataque aéreo por sorpresa. Tiempo después Bundy aseguraría a sus amigos que si mantuvo la propuesta en pie fue únicamente para garantizar que el presidente considerara con seriedad todas las opciones posibles antes de tomar una decisión.17Sin embargo, es mucho más verosímil que el asesor de seguridad nacional simplemente siguiera cambiando de opinión. Cualquiera que fuera la verdad, justo antes de que el helicóptero de Kennedy despegara del jardín sur de la Casa Blanca rumbo al aeropuerto, el mandatario le dijo a Bundy que mantuviera abierta la opción del bombardeo hasta su regreso. Habría sido difícil no sentirse por lo menos impresionado por la contundencia de las opiniones expresadas por los jefes del Estado Mayor. El presidente estaba en condiciones de prever las consecuencias políticas que tendría para la administración, cuando se supiera (como era inevitable que ocurriera en algún momento) que había rechazado el consejo profesional de la cúpula militar, cuyas recomendaciones tenían además el aparente respaldo de su asesor de seguridad nacional, y que, en cambio, había optado por una opción más moderada. El daño al prestigio y la autoridad de Kennedy podía ser grandísimo.

Para ser justos con el ejército estadounidense, es importante comentar el sesgo de la historiografía de la crisis, esto es, el hecho de que tenemos transcripciones de las reuniones que tuvieron lugar en Washington, mientras que del otro bando no contamos con nada comparable. La reputación de LeMay y sus camaradas está manchada, incluso ennegrecida, por la evidencia de sus palabras. Sin embargo, si existiera un registro similar que detallara las conversaciones de los jefes militares de la Unión Soviética, es muy probable que hablaran con la misma ausencia de temor sobre las consecuencias humanas de sus acciones. En esa era, ningún hombre alcanzó las cumbres de las fuerzas armadas rusas permitiéndose vacilar en consideración a las posibles víctimas de sus acciones, una realidad que persiste en 2022. En cualquier caso, para los admiradores de Estados Unidos y los partidarios de la causa occidental durante la Guerra

Fría no deja de ser motivo de consternación comprobar que sus propios mandos militares demostraran una brutalidad equivalente.

3. LA DECISIÓN

Ese viernes, mientras Kennedy dejaba Washington para marcharse a hacer campaña, el Departamento de Estado siguió siendo escenario de reuniones intensas. Acheson, Dillon y McCone (y ahora al parecer también Bundy) compartían la opinión de los jefes del Estado Mayor Conjunto, representados en Foggy Bottom por Taylor. Se trataba, por tanto, de un quórum formidable, en favor del bombardeo. Ball dijo, fuera o no sincero, que se sentía indeciso. McNamara continuaba promoviendo el bloqueo. Robert Kennedy dijo a los demás que en sus conversaciones personales con el presidente ambos habían estado de acuerdo en que un ataque sorpresa no formaba parte de «nuestras tradiciones». El fiscal general favorecía una opción que diera a los soviéticos la oportunidad de dar marcha atrás antes de ser bombardeados y, presumiblemente, humillados ante el mundo. En una importante expresión de opinión, los abogados del Departamento de Estado y el Departamento de Justicia resolvieron que un bloqueo no requeriría una declaración de guerra.

McNamara estaba convencido de que las posibilidades de una negociación fructífera con Moscú pasaban por retirar los misiles que Estados Unidos tenía en Turquía e Italia. Entre tanto, a pesar de su deseo declarado de no hacer nada que pudiera compararse con el ataque japonés a Pearl Harbor, Bobby Kennedy estaba haciendo entonces declaraciones propias de un halcón. Según pensaba, dijo, había llegado la hora de algún tipo de confrontación con los rusos: «Con la mirada puesta en el futuro, creo que sería mejor para nuestros hijos y nietos si decidiéramos enfrentar ya la amenaza soviética, plantarle cara y eliminarla ahora. Las circunstancias para hacerlo en algún momento futuro están destinadas a ser más desfavorables, los riesgos serán mayores; las posibilidades de éxito, menos buenas». No era el único convencido de que los rusos, al intentar un despliegue nuclear encubierto a 9.500 kilómetros de distancia, habían metido la pata como nunca.

Sin embargo, el hermano del presidente quedó impresionado cuando McNamara dijo que, de ser necesario, el bloqueo podría ir acompañado luego de ataques aéreos, es decir, que optar en un comienzo por el bloqueo no excluía que después hubiera que realizar bombardeos. Llewellyn Thompson era un influyente partidario de ese rumbo: la escalada gradual. Taylor tenía dudas sobre su eficacia, pero el fiscal general dijo que era cada vez más obvio hacia dónde se inclinaba la decisión del presidente: un bloqueo precedido por una alocución presidencial transmitida a toda la nación, el borrador de la cual Ted Sorensen ya había comenzado a preparar. Rusk también se pronunció a favor del bloqueo, pero señaló que, a partir de allí, deseaba que se mantuvieran abiertas todas las opciones.

Ahora era urgente poner en marcha diversas medidas, algunas de las cuales hacían indispensable la presencia del presidente en Washington. El sábado por la mañana, Robert llamó a su hermano, que se encontraba en Chicago, y le dijo que tenía que regresar a la capital. Fingiendo un resfriado, John F. Kennedy voló de regreso a la costa este. Llegó a la Casa Blanca a las 13.40 y de inmediato fue a nadar mientras su hermano, sentado al lado de la piscina, lo ponía al corriente. Después leyó el borrador de la declaración pública redactado por Sorensen. De pie en el balcón de Truman, el presidente les dijo a sus acompañantes: «Estamos muy muy cerca de la guerra».[18]No obstante, incluso en ese momento brotó su humor negro: «Y no hay espacio en el refugio de la Casa Blanca para todos nosotros». Bundy escribió más tarde acerca de «la visión en exceso sombría que Kennedy compartía con la mayoría de nosotros durante esa primera semana. No acabábamos de entender del todo la fuerza de nuestra propia mano».[19]El asesor de seguridad nacional se está refiriendo aquí al poderío militar y naval de Estados Unidos en la región; la abrumadora superioridad de su capacidad nuclear estratégica; y la sólida argumentación política que, gracias a la duplicidad de los soviéticos, la Casa Blanca podía presentar ante la nación y el resto del mundo.

Mientras Kennedy hablaba en el balcón de Truman, sus demás asesores estaban ingresando en la residencia presidencial para reunirse en la Sala Oval (no el Despacho Oval) y celebrar una nueva sesión del ExCom. El recinto elegido era un nuevo ardid para evitar ofrecer al exterior indicios de la crisis en curso. Kennedy abrió la reunión a las dos y media de la tarde

con otra broma sombría: «Señores, hoy nos vamos a ganar la paga. Imagino que cada uno de ustedes estará esperando que su plan no sea el elegido».[20]Al igual que en las reuniones anteriores, esta empezó con una valoración actualizada de la información recabada por la CIA, que confirmó la construcción, cerca de La Habana, de dos bases fijas de IRBM, cada una de las cuales contaba con cuatro plataformas de lanzamiento, y la existencia de cuatro, posiblemente cinco, emplazamientos de MRBM que en ese momento estarían ya operativos al menos de forma limitada. Las pruebas, dijo Ray Cline, indicaban que era probable que en Cuba hubiera ya ocho MRBM listos para ser disparados de inmediato.

Robert McNamara manifestó entonces su respaldo a la opción del bloqueo, aunque reconoció que sus consejeros uniformados seguían prefiriendo bombardear la isla. El presidente recibió el borrador del discurso redactado por Sorensen para explicar la «ruta del bloqueo» al pueblo estadounidense. El secretario de Defensa señaló que era probable que al negociar el desarme de Cuba se vieran obligados a renunciar a los misiles estadounidenses desplegados en Turquía e Italia y, quizá, también a fijar una fecha límite para la salida de Estados Unidos de la base de Guantánamo. Asimismo se opuso al lanzamiento de un ultimátum explícito y afirmó la convicción de sus planificadores de que la URSS fracasaría si intentaba desafiar el bloqueo por la fuerza, sobre todo porque, salvo un puñado de submarinos, carecía de buques de guerra que escoltaran los cargueros. Antes de partir de Nueva York hacia París, Chip Bohlen había opinado que, en lugar de iniciar una respuesta militar o naval en los peores términos tácticos posibles, los rusos preferirían apelar a Naciones Unidas.

Al detallar los pros y los contras del bloqueo, el secretario de Defensa reconoció que se trataba de una opción que tardaría un tiempo en surtir efecto y, por otro lado, que, como respuesta, podía parecer débil a ojos del pueblo estadounidense. Con todo, la mayor ventaja del bloqueo era que no precipitaría una guerra general. Maxwell Taylor reafirmó la posición del Estado Mayor, que abogaba por bombardear Cuba a partir del martes. Él mismo no compartía el temor de McNamara a que se usaran armas nucleares contra Estados Unidos. Creía que el riesgo de atacar las bases de misiles era menor que el de no hacerlo. Era muy probable que esta fuera la última oportunidad de destruirlas mediante bombardeos, pues una vez que

el presidente hiciera pública su existencia, los rusos se apresurarían a esconder las armas. Ese argumento al parecer caló en Robert Kennedy, que ahora pasó a estar a favor de los ataques aéreos. El presidente recibió entonces el plan preliminar de la campaña de bombardeos; el que había terminado conociéndose como «el plan Bundy» también contaba con el apoyo de McCone, el director de la CIA, y Dillon, el secretario del Tesoro.

McNamara subrayó una objeción clave a esa alternativa: ni siquiera los jefes del Estado Mayor se atrevían a afirmar que el objetivo de eliminar los misiles en su totalidad pudiera lograrse mediante los ataques aéreos. Lo ocurrido luego en Vietnam sugiere que la fuerza aérea y la armada estadounidenses habrían tenido serios problemas para destruir muchos de los emplazamientos, si no la mayoría de ellos, y que sin duda habrían sufrido un gran número de bajas debido a los sistemas soviéticos de defensa antiaérea. En ese momento los rusos tenían desplegados, en 24 sitios repartidos por toda la isla, 144 lanzadores de misiles tierra-aire S-75, que ya habían demostrado su eficacia en otros lugares al derribar dos U-2, uno de Estados Unidos y otro de la China nacionalista.

Un silencio lúgubre se apoderó por un momento de la sala a medida que los presentes iban haciéndose conscientes del abismo que separaba las opiniones de los halcones de las de la facción representada por McNamara. El subsecretario de Defensa, Roswell Gilpatric, habló en apoyo de su jefe y dijo que la elección estaba entre el uso de una fuerza limitada y el de una fuerza ilimitada. No descartaba la posibilidad de realizar una campaña aérea más adelante, pero se oponía a que fuera el primer paso. McNamara hizo hincapié en que las ochocientas incursiones propuestas matarían a varios miles de rusos, fomentarían el caos en Cuba y, acaso también, un levantamiento encaminado a derrocar a Castro. Era por tanto muy probable que los ataques aéreos terminaran obligando a los estadounidenses a invadir la isla, lo que, según creía, empujaría a los soviéticos a lanzar «una respuesta de envergadura». Estados Unidos perdería el control de la situación, que podría escalar a una guerra general. Dean Rusk dijo que coincidía con este punto de vista. Adlai Stevenson reafirmó su oposición a un ataque aéreo por sorpresa. Llewellyn Thompson también apoyó el bloqueo.

Los partidarios del bloqueo prevalecieron. Ese sábado por la tarde, el presidente tomó una decisión que habían recomendado y ahora apoyaban McNamara, Rusk, Thompson, Sorensen, Ball, Gilpatric, Lovett y Bohlen (este último *in absentia*). Acordó autorizar todos los preparativos para, de ser necesario, iniciar los ataques aéreos y la invasión de Cuba. Era evidente que el enorme despliegue que se llevaría a cabo en el sureste de Estados Unidos, y en el que participarían todas las ramas de las fuerzas armadas, enviaría al Kremlin una potente señal. Rusk aconsejó retrasar el inicio del bloqueo hasta el lunes con el fin de tener tiempo para informar a los aliados. Kennedy reconoció que después de que apareciera en la televisión «la temperatura de la política interna iba a ser tremenda». Los conservadores sin duda le preguntarían en tono acusador cómo había podido estar tan equivocado apenas un mes antes cuando afirmó que los soviéticos solo tenían armas defensivas en Cuba.

Se autorizaron los preparativos para los ataques aéreos contra los emplazamientos de misiles, y solo para ellos, de modo que, a partir del martes, estuvieran listos para iniciarse en cualquier momento. George Ball propuso incluir el petróleo y todos sus derivados —POL[21]en la jerga del ejército estadounidense— entre las mercancías a las que se impediría traspasar la línea del bloqueo. Dean Rusk dijo, sin duda con razón, que Estados Unidos debía ceñirse al tema de los misiles. El secretario de Estado también pidió (y consiguió) que, por razones legales, la interdicción que la armada se encargaría de implementar se caracterizara ante la opinión pública como una «cuarentena», no como un «bloqueo». Otro argumento importante que expuso, y que debería habérsele ocurrido a otros, fue que Estados Unidos, al centrarse en los misiles, debía abandonar el objetivo secundario, favorecido por los halcones, de aprovechar la oportunidad de librar al Caribe de Fidel Castro. Adlai Stevenson propuso que, desde el primer momento, cuando se diera la noticia al mundo, Estados Unidos debía declarar su disposición a retirar las armas nucleares que tenía instaladas en Italia y Turquía a cambio de que los soviéticos retiraran las suyas de Cuba, pero a ninguno de los presentes les pareció una buena idea ofrecerse a ceder tanto en una negociación que ni siquiera había empezado.

La reunión se disolvió después de dos horas y cuarenta minutos de discusión tensa y, en ocasiones, feroz. Con todo, el presidente no tuvo

palabras duras para nadie, ni siquiera para aquellos que como Maxwell Taylor le habían presionado para ordenar los bombardeos. Al general le dijo: «Sé que usted y sus colegas no están contentos con la decisión, pero confío en que me apoyarán». De regreso en el Pentágono, el presidente del Estado Mayor Conjunto dijo a los frustrados jefes de las fuerzas armadas: «Este no fue uno de nuestros mejores días». Earle Wheeler dijo: «Nunca pensé que viviría para ver el día en que querría ir a la guerra». El teniente general David Burchinal, el segundo de LeMay, habló más tarde con desdén acerca del papel del secretario de Defensa en los debates del Pentágono: «A McNamara no le gustaba la idea o el pensamiento de las armas nucleares o las fuerzas nucleares; eran un hecho de la vida, pero a él no le gustaban, no cabe duda al respecto ... Fue entonces cuando el grupo al otro lado del río [Potomac, es decir, en la Casa Blanca] se separó en halcones y palomas».22Según se cuenta, McNamara habría dicho: «No quiero matar a ninguno de esos técnicos [soviéticos], pero me gustaría herir a un par. ¿Podemos hacerlo?». LeMay respondió: «¿Está usted loco?».

La decisión tomada en ese día crítico (apenas uno en lo que sería una sucesión de días críticos) representaba una sabia solución intermedia, una llamada a definir una era. El presidente rechazó la propuesta de McNamara y Stevenson de abrir de inmediato una negociación con la Unión Soviética acerca de los misiles, que podría alargarse durante meses. También se abstuvo de dar a los rusos un límite de tiempo explícito para la retirada de los misiles: un ultimátum. En cambio, accedió a revelar la noticia al mundo e insistir en que las armas debían ser retiradas, al tiempo que anunciaba la imposición de un bloqueo naval para impedir la llegada a Cuba de más material de guerra soviético. Los hombres que defendieron e impulsaron esta opción —McNamara, Rusk y Llewellyn Thompson, a los que posteriormente se sumaron McCone y Robert Kennedy— parecen merecer un aplauso. De todos ellos, McNamara fue quien luchó por ella con más ahínco, con más consistencia y, es probable, con más influencia, aunque sus críticos señalan que en algunos momentos él también titubeó.

En cuanto a aquellos que defendieron los ataques aéreos, es decir, comenzar disparando, un grupo encabezado por McGeorge Bundy y los jefes del Estado Mayor, el mundo nunca sabrá lo que podría haber sucedido si se hubieran salido con la suya. Una tesis verosímil sostiene que, dado

que Jrushchov no quería una guerra general, el líder comunista habría dado marcha atrás, incluso en medio de la carnicería que los bombarderos habrían causado entre el personal soviético destinado a Cuba y la destrucción en masa de los sistemas de armas enviados a la isla. El 19 de octubre, la Casa Blanca recibió una nueva SNIE (Estimación especial de inteligencia nacional) en la que se pronosticaba que incluso si Estados Unidos emprendiera una acción militar directa contra Cuba, «la Unión Soviética no atacaría Estados Unidos ... Dado que la URSS no osaría recurrir a la guerra general y no puede esperar prevalecer localmente, los soviéticos casi con seguridad considerarían acciones de represalia fuera de Cuba». Sin embargo, hoy como entonces parece absurdo, e idiota, que alguien pudiera aconsejar jugarse el planeta de esa forma para conseguir semejante resultado (que dadas las alternativas podía considerarse relativamente benigno).

Bundy afirmaría después que si la crisis se mantuvo en secreto durante tanto tiempo fue únicamente gracias a que los medios de comunicación que cubrían la Casa Blanca estaban concentrados en la campaña de las elecciones de mitad de mandato. «Para el sábado [20 de octubre] por la noche», escribió Arthur Schlesinger, «la ciudad bullía de especulaciones y anticipación. Buena parte del gobierno se encontraba al final de la tarde en un baile ofrecido por James Rowes. Allí, la brecha entre lo consciente y lo involuntario casi podía detectarse en las expresiones de los rostros: por un lado, la ansiedad teñida de orgullo y satisfacción; por otro, la irritación y la frustración».23Varios funcionarios de la administración interrogaron a Henry Brandon, corresponsal del *Sunday Times* de Londres, el último periodista británico que tuvo acceso a los corredores más recónditos del poder en la capital estadounidense, acerca del viaje a Cuba del que acababa de regresar. ¿Cuál era el estado de ánimo de la isla?, inquirieron. Desafiante, respondió Brandon. Y lo mismo podía decirse de muchos estadounidenses, molestos por lo que percibían como pusilanimidad en la actitud de los europeos respecto a Cuba. Ese mismo día el neoyorquino Edwin Tetlow escribía en la sección de correspondencia de *The Economist* que «dentro y fuera de Estados Unidos existe un nerviosismo excesivo acerca de los efectos en la opinión latinoamericana de cualquier acción estadounidense relacionada con Cuba ... A la larga, Estados Unidos será

mucho más respetado en la región si se deshace del señor Jrushchov en Cuba que si le permite seguir desafiando y provocando allí».24

El presidente confiaba en dirigirse al pueblo estadounidense al día siguiente, el domingo 21 de octubre, pero las exigencias de los planificadores y las necesidades de las fuerzas armadas obligaron a aplazar la alocución veinticuatro horas, a pesar de que para entonces el precario silencio de Estados Unidos acerca de los misiles cubanos estaba a punto de romperse. Sin embargo, ese domingo por la mañana, las primeras planas del mundo entero estaban dominadas por los importantes enfrentamientos armados que estaban teniendo lugar en la frontera entre la India y China, una ofensiva iniciada por los chinos, pero provocada por la agresión india, en la que las tropas de Mao Zedong avanzaron en dos frentes. Esta, por supuesto, era una noticia desgraciada para la paz en el Subcontinente, pero para la Casa Blanca fue un golpe de suerte. Con todo, en la costa este algunos periodistas y jefes de redacción informados advirtieron que algo importante estaba pasando más cerca de casa. El principal titular del *Washington Post* decía: «MOVIMIENTO DE LOS MARINES EN EL SUR RELACIONADO CON CUBA». Esta era una primera señal del comienzo del despliegue para una potencial invasión. Tanto Walter Lippmann como Joe Alsop, los columnistas políticos mejor informados del país, sabían que se avecinaban problemas relacionados con armas nucleares soviéticas y Cuba. El secretario de prensa de la Casa Blanca, Pierre Salinger, llamó tanto al *Post* como al *New York Times* para solicitarles que postergaran la noticia hasta el lunes. Eran días patrióticos, y los dos periódicos así lo hicieron, aunque lo cierto es que el *Times* no sabía nada de la crisis hasta la llamada de Salinger.

Ese domingo, gran parte de la tripulación del portaaviones *Essex*, que estaba anclado en la bahía de Guantánamo, tenía previsto pasar el día libre en tierra firme. Sin embargo, a las 03.30, la orden «¡Despertad! ¡Despertad! ¡Todo el personal!» resonó en los altavoces y se propagó en todas direcciones por los vastos y cavernosos espacios de la nave. Tras ponerse en marcha de nuevo, el *Essex* permanecería en alta mar hasta el 26 de

noviembre realizando operaciones continuas en el contexto de la crisis, con sus aeronaves patrullando los cielos y buscando submarinos.

Entre tanto, en la base estadounidense en Cuba se activó la operación Quicklift, como se conocía informalmente a los vuelos, con el fin de evacuar a las personas dependientes antes de la alocución presidencial. «Esto no es un ejercicio», comenzaban diciendo los oficiales encargados de informar a las esposas y demás familiares del personal militar. Frances Glasspoole, que vivió en el enclave cuando era la hija adolescente de un oficial de la armada estadounidense, recuerda: «No teníamos ni idea de lo que estaba pasando en el mundo. Las noticias que recibíamos nos llegaban filtradas. El periódico de la base era un pequeño boletín escrito a máquina. El canal de televisión no empezaba a emitir hasta las siete de la tarde y solo pasaba reposiciones de viejos episodios de *The Ed Sullivan Show* y *Te quiero, Lucy*».25John Fitzgerald Kennedy llevaba casi dos años en la presidencia, pero Glasspoole nunca había escuchado su voz en la radio. Una vez que las familias abandonaron la base, las puertas de sus alojamientos se marcaron con una tosca «V», de *vacated*, para señalar que sus ocupantes habían sido evacuados. Se asignó a algunos marineros para que cuidaran de las mascotas que los civiles dejaban atrás. Asustadas, algunas mujeres dejaron ropa dando vueltas en las lavadoras y comida cocinándose en los fogones. Varios grupos volaron a Estados Unidos en los aviones que llegaban a la base cargados de armas y municiones, pero la mayoría viajó en cuatro buques de la armada que zarparon con destino a Hampton Roads. En total, se evacuó a 2.700 civiles, que pronto serían reemplazados por tres batallones adicionales de infantes de marina.

También en la mañana de ese domingo, el presidente se reunió en la Casa Blanca con el general Walter Sweeney, comandante en jefe del Comando Aéreo Táctico, que había traído consigo al coronel Wilbur Creech, un piloto de caza y veterano de la guerra de Corea de treinta y cuatro años. Los dos aviadores fueron conducidos a la mansión, en compañía de Taylor y McNamara, para informar a Kennedy sobre el plan para el ataque aéreo y, en el caso de Creech, para responder a preguntas técnicas sobre las posibles

dificultades «en la primera línea»: «Yo era el tío que lo sabía todo acerca de las tácticas y había trabajado con Análisis de Operaciones calculando las probabilidades».[26]Robert Kennedy salió al encuentro de los cuatro hombres, que habían llegado juntos en el coche de McNamara para, de nuevo, evitar despertar la atención de los medios con un desfile de limusinas. Antes de sentarse con el presidente, se les presentó a la señora Kennedy y los niños.

Creech, quizá porque era más joven e impresionable, no compartía el desdén que sentían sus superiores hacia el mandatario demócrata. Más tarde recordaría: «Quedé muy impresionado con la forma en que se conducía ... Escuchó con atención e hizo muchas preguntas buenas ... Sweeney, por cierto, pensaba que debíamos invadir y deshacernos de Castro de una vez por todas. De hecho, me hizo buscarle una cita de *Cómo se fraguó la tormenta*, de Winston Churchill, sobre el círculo que se cierra: si esperas, llega el momento en que es demasiado tarde. Redacté en su nombre una carta sobre ese tema que envió por correo a todos los oficiales de alto rango que conocía en todos los servicios. Quería invadir, de eso no cabe duda. Pero también era un hombre de una gran integridad profesional. El presidente Kennedy le dijo: “General Sweeney, si lo suelto con sus fuerzas sobre esos misiles que tiene Castro en Cuba, ¿qué garantía puede darme de que acabará con todos?”. Sweeney respondió: “Hemos efectuado el análisis y contamos con las fuerzas necesarias. Puedo asegurarle, señor presidente, que en el primer ataque conseguiremos un porcentaje de eliminación del 98 % para todos los misiles. Ahora bien, eso no es una garantía de que eliminemos 98 de cada cien misiles. Es una garantía de que para cada uno de los misiles hay un 98 % de posibilidades de que eliminemos y destruyamos por completo ese misil en concreto. La segunda oleada del ataque llegará diez minutos más tarde y entonces estaremos por encima del 99 %. Y tras ella, vendrán otras oleadas, con lo que el riesgo de que no consigamos eliminarlos todos es muy remoto”. El presidente lo escuchaba con mucha atención. Hubo una pausa perceptible después de la cual Sweeney dijo: “Esto es, todos de los que tenemos noticia”». Según Creech, «en el rostro del presidente apareció cierta expresión y dijo: “Sí, ese es el problema”». Incluso este general de aire tan entusiasta reconocía que, después del ataque aéreo, los soviéticos probablemente seguirían

teniendo en Cuba capacidad suficiente para lanzar algunos misiles nucleares contra Estados Unidos, en caso de que decidieran hacerlo.

El testimonio del coronel continúa: «En ese momento supe que no íbamos a ejecutar el plan de ataque aéreo, y Sweeney también. Mientras bajábamos en el ascensor desde las habitaciones privadas de la Casa Blanca, observé su mirada fija y su rostro abatido. Me dijo: "Bueno, Bill, supongo que la he jodido, ¿no es así?"». Su acompañante respondió: «No, señor, le dijo al presidente lo que tenía que decir. Es posible que no sepamos dónde están todos». Sweeney respondió: «Te agradezco que intentes hacerme sentir mejor, pero no estoy seguro de haber hecho lo correcto». Otro camarada contaría más tarde que Sweeney le había explicado al presidente que para minimizar las bajas estadounidenses era necesario suprimir las defensas aéreas soviéticas antes de atacar los emplazamientos de los misiles: «Sweeney causó una impresión muy favorable [a Kennedy] al reconocer tanto las capacidades como las limitaciones del uso de la fuerza». Los aviadores y sus jefes regresaron al Pentágono. Creech dijo: «Fue un momento interesante en la historia porque había mucha gente haciendo campaña en favor de la invasión».

El primer extranjero con el que el presidente discutió la crisis fue un viejo amigo, David Ormsby-Gore, el embajador británico, al que ahora se convocó a la Casa Blanca. Se le había nombrado para la legación en Washington el año anterior debido, explícitamente, a su amistad juvenil con JFK, forjada antes de la segunda guerra mundial, cuando ambos solían salir de fiesta por Londres en la época en que Joseph Kennedy era el embajador de Estados Unidos. Ormsby-Gore, el heredero de lord Harlech, era solo unos meses más joven que el presidente, y se había formado en Eton y Oxford antes de servir en el ejército británico durante la guerra. Tras convertirse en miembro del parlamento por el Partido Conservador, había sido ministro subalterno en el Ministerio de Asuntos Exteriores, antes de llegar a Washington en mayo de 1961. Este personaje inteligente, ingenioso, culto y un poco disoluto se convirtió en un invitado frecuente en la Casa Blanca gracias a su cercanía a los Kennedy (tras la muerte del

presidente, le propondría matrimonio a Jackie, pero resultó no ser lo bastante rico para ella).

Quienes alimentan la fantasía de la «relación especial» entre Estados Unidos y el Reino Unido han sugerido de cuando en cuando que Ormsby-Gore y el primer ministro Harold Macmillan se convirtieron en miembros honorarios del círculo íntimo de la Casa Blanca durante la crisis. Esto no es más que una exageración disparatada. Sin embargo, probablemente sí es cierto que el presidente Kennedy se sentía más cómodo en compañía de británicos elegantes y sofisticados de clase alta que cualquiera de sus predecesores (o, incluso, de sus sucesores) y que tenía más en común con ellos que con sus compatriotas de la América profunda. Es posible que el mandatario estadounidense encontrara las opiniones del embajador más útiles y aceptables que las del primer ministro, que no lograba evitar que las cuestiones nucleares lo pusieran de los nervios. Bobby Kennedy describió a Ormsby-Gore como un amigo en quien su hermano «confiaba implícitamente».[27]Arthur Schlesinger escribió un homenaje notable a la intimidad del enviado con el presidente: «Solo dos hombres de carácter notable podían mezclar con tanta delicadeza las relaciones personales y las oficiales, y cada uno fue en todo momento un defensor firme y sincero de las políticas de su propia nación. Sus conversaciones largas, relajadas y confidenciales, ya fuera en el puerto de Hyannis, en Palm Beach o en las noches tranquilas de la Casa Blanca, brindaban a Kennedy probablemente la mejor oportunidad de aclarar sus propios objetivos en los asuntos mundiales».[28]

Tras ser informado sobre la situación y las opciones consideradas, Ormsby-Gore avaló de inmediato la decisión del presidente de favorecer el bloqueo con los mismos argumentos que Kennedy, en cuanto comandante en jefe, había dado a los altos mandos de las fuerzas armadas. El mandatario expresó la admiración que le suscitaba la astucia de la jugada soviética, que interpretaba de manera mucho más sutil que el mismo Jrushchov. En su opinión, el despliegue cubano era un capote de un torero (aunque esta no era su forma de hablar) para provocar una respuesta de Estados Unidos que sirviera a la URSS para justificar una acción contra Berlín Oeste. Reflexionando en voz alta en compañía del embajador, sostuvo que él mismo nunca volvería a tener una mejor excusa para invadir Cuba, si bien

ese era un camino que no le interesaba seguir.[29] Asimismo, le explicó que el valor estratégico de los misiles Júpiter desplegados en Turquía y otros lugares de Europa era ahora insignificante y reconoció que era probable que, para alcanzar un acuerdo, Estados Unidos tuviera que retirarlos.

Robert Lovett, que entonces tenía sesenta y siete años, se había sumado al elenco de asesores en la Casa Blanca a principios de la semana, después de que el presidente lo llamara a Nueva York para pedirle que fuera a Washington «enseguida», lo que el banquero y exsecretario de Defensa hizo sin demora. Delgado, elegante y de cabeza abovedada, Lovett, que había trabajado tanto con Henry Stimson, en el Departamento de Guerra, como con George Marshall, en el Departamento de Estado, fue puesto al corriente de la situación tan pronto llegó por Mac Bundy, en cuyo escritorio había, precisamente, una foto de Stimson. Lovett dijo, con sinceridad aunque también con aire sentencioso: «Mac, creo que el mejor servicio que podemos prestarle al presidente es intentar enfocar esto como lo hubiera hecho el coronel Stimson». El asesor de seguridad nacional estuvo de acuerdo. El domingo por la mañana, Kennedy le pidió a Lovett que le ayudara a redactar el anuncio de la «cuarentena»; y después de almorzar con el hermano del presidente en Hickory Hill, ambos se dirigieron al Salón Oval, donde el ExCom se estaba concentrando para una nueva sesión.

A mitad de la reunión, el mandatario invitó al nuevo miembro del comité, que en su momento se había negado a formar parte de su gabinete alegando motivos de salud, a salir al balcón que da al jardín sur de la Casa Blanca. Allí le preguntó a Lovett si, en su opinión, Adlai Stevenson estaba capacitado para gestionar la negociación con los soviéticos en caso de que esta tuviera lugar en las Naciones Unidas. La consulta de Kennedy estaba animada por los temores que abrigaba acerca de la sagacidad y resolución de su embajador ante la ONU, que el día anterior había propuesto poner de inmediato sobre la mesa los misiles desplegados en Turquía y la base estadounidense de la bahía de Guantánamo, algo que el ExCom consideró una oferta gratuitamente conciliadora. Lovett aconsejó que fuera John McCloy, no Stevenson, quien se hiciera cargo de la negociación, una recomendación que ya había hecho el fiscal general; y llamó a su casa a la secretaria de McCloy para que le ayudara a localizar al banquero, que

entonces estaba en Frankfurt, a punto de marcharse a cazar perdices en Portugal. Cuando finalmente se consiguió contactarle, McCloy se mostró dispuesto a volver de inmediato a Estados Unidos. Los vuelos comerciales a Nueva York programados para ese día ya habían despegado, de modo que se envió un avión de la fuerza aérea para traerlo de regreso al otro lado del Atlántico.

A las 14.20 de ese domingo, el Consejo de Seguridad Nacional volvió a reunirse, una vez más en la mansión del ejecutivo. El primer punto del orden del día era debatir de forma detallada la redacción del mensaje que el presidente iba a transmitir a la nación al día siguiente. Kennedy rechazó la insistencia de Stevenson en que se incluyera la propuesta de una cumbre con Jrushchov. También eliminó del borrador algunas palabras sombrías y aterradoras sobre los horrores de la guerra. El almirante Anderson, el jefe de Operaciones Navales, informó de que cuarenta buques de guerra ya se estaban desplegando para imponer el bloqueo. Las reglas de enfrentamiento iniciales estipulaban que se abriera fuego contra cualquier embarcación que se negara a detenerse para ser inspeccionada con el fin de inmovilizarla. Si un buque de guerra o avión soviético disparaba contra los estadounidenses, se le destruiría. Si un submarino soviético buscaba burlar el bloqueo, la armada solicitaría permiso a Washington para hundirlo. Kennedy le pidió a Paul Nitze, el subsecretario de Defensa, que estudiara las implicaciones de retirar los misiles Júpiter de Turquía e Italia. Asimismo, explicó que su posición sería exigir de entrada la retirada incondicional de los misiles soviéticos de Cuba. Era probable que ello diera lugar a una negociación, pero no habría una oferta de concesiones por adelantado, algo que podía interpretarse como un indicio de pánico.

Al mismo tiempo, se preparó un elaborado programa de comunicación, que incluía cartas para los líderes extranjeros y sesiones informativas para las embajadas estadounidenses, justo antes de la inevitable tormenta diplomática que se acercaba. Los aliados clave recibirían visitas personales de altos representantes del gobierno de Estados Unidos, armados con copias de las fotografías realizadas por la CIA de las bases de los misiles. Sin embargo, no se les invitaría a influir en la línea de actuación inmediata de la Casa Blanca. En 1956, en un raro momento de sabiduría, John Foster Dulles dijo: «El proceso de consulta nunca debe enredarnos en una red de

procedimientos para que seamos víctimas de la capacidad de los despotismos para actuar de manera repentina y con todo su poder». Por todo el país, oficiales de las fuerzas armadas interceptaron a los líderes del Congreso y los escoltaron a los aviones encargados de llevarlos de regreso a Washington para que pudieran reunirse con el presidente al día siguiente, lunes 22 de octubre. La organización de esta maquinaria fue impresionante, y se ejecutó con eficacia, inteligencia y total seriedad. Después de seis días que habían parecido interminables para quienes conocían el secreto, la crisis iba a quedar al descubierto.

8

El presidente habla

1. Kennedy se dirige a su pueblo

A las 10.40 del lunes 22 de octubre, Kennedy llamó al expresidente Eisenhower. El general ya había sido puesto al tanto de la situación en dos ocasiones por McCone, el director de la CIA, pero se consideró importante garantizar que respaldaría la política que su sucesor se disponía a revelar. Como Dean Acheson, el veterano general era partidario de lanzar una campaña de bombardeos sin previo aviso; pero aceptó la lógica política y diplomática del bloqueo (y era demasiado patriota para volverse en contra de su sucesor en un momento semejante). El presidente le informó de que estaba previsto continuar con una intensa vigilancia aérea de los emplazamientos de los misiles y le dijo que daba por sentado que los soviéticos podrían derribar alguno de los aviones espía estadounidenses, en cuyo caso creía que era «probable» que ordenara el ataque aéreo. Después de haber esbozado los pasos que el gobierno iba a seguir a continuación, para Kennedy fue un alivio oír decir a Eisenhower: «Le agradezco que me haya informado. Y ... personalmente pienso que, en realidad, está dando el único paso posible».

El viejo soldado añadió una conjetura perspicaz: en su opinión, no había conexión, en la mente del Kremlin, entre Cuba y Berlín Oeste. Esto era

justo lo contrario de lo que pensaba el exembajador Llewellyn Thompson, que acababa de reafirmarse ante el presidente en su convicción de que Berlín Oeste era el lugar que de verdad le importaba a Jrushchov y de que el despliegue en Cuba era una mera maniobra de distracción. «Señor presidente», dijo Thompson, «en mi última conversación con él dejó muy claro que estaba retorciéndose ... que no podía recular de la posición que había adoptado [con relación al ultimátum para la retirada de las tropas occidentales de Berlín]. Ha ido tan lejos ... Insinuó que el tiempo se estaba agotando».

Todavía hablando por teléfono con Eisenhower, Kennedy preguntó: «General, ¿qué pasa si la Unión Soviética, Jrushchov, anuncia mañana, como creo que hará, que si atacamos Cuba eso supondrá el inicio de la guerra nuclear? ¿Y cómo ve usted las posibilidades de que disparen esos misiles si invadimos Cuba?». El expresidente respondió: «Yo no creo que lo hagan ... Algo habrá que haga que esta gente [los soviéticos] dispare [los misiles nucleares]. Pero sencillamente no creo que vaya a ser esto». Su interlocutor, el hombre que ahora soportaba la gigantesca carga cuyo peso exacto solo conocían Ike y los otros dos estadounidenses vivos que la habían experimentado, dijo con una risita resignada y vacilante: «Sí, de acuerdo».

Casi tan pronto Kennedy dejó el teléfono, a las once de la mañana, en el que iba a revelarse como el día más duro de la crisis, un pequeño grupo se reunió en el Despacho Oval para acordar los planes para informar a los aliados de Estados Unidos y a U Thant, el secretario general de Naciones Unidas, un lugar que entonces era mucho más importante de lo que lo es en la actualidad. El presidente revisó el borrador del discurso que Arthur Schlesinger había preparado para Adlai Stevenson. A las 11.47 otro pequeño equipo, el denominado grupo de Berlín, se reunió para considerar los planes de contingencia en caso de que los soviéticos se lanzaran por sorpresa a tomar la ciudad. Entre tanto, Kennedy insistió (y encendió la

grabadora para que la posteridad pudiera oír sus palabras) en que debía enviarse a las bases de los misiles Júpiter en Turquía órdenes en las que se subrayara que, sin importar las provocaciones que pudieran hacer los soviéticos, ningún arma nuclear debía dispararse sin su autorización personal. «Lo que tenemos que hacer», le dijo al subsecretario de Defensa Paul Nitze, «es asegurarnos de que estas personas [los comandantes estadounidenses y sus dotaciones] conozcan la orden, de modo que no vayan a dispararlas y conviertan a Estados Unidos en blanco de un ataque. No creo que debamos aceptar la palabra de los jefes respecto a este particular, Paul».

Como el desarrollo de los acontecimientos no tardaría en demostrar, tenía razón al poner en duda la escrupulosidad con que los comandantes de las fuerzas armadas obedecerían sus órdenes. Gilpatric informó de que los jefes del Estado Mayor Conjunto se oponían al envío de las instrucciones especiales que retiraban al personal de los Júpiter desplegados en Turquía la autoridad por defecto para disparar los misiles en caso de un ataque soviético. Nitze explicó que los jefazos consideraban que semejante intervención presidencial «ponía en peligro las instrucciones vigentes». Solo después de que Kennedy reiterara que estaba absolutamente decidido a hacer llegar a Turquía esa orden restrictiva —en Turquía «ellos no saben ... lo que nosotros sabemos»— consiguió que se enviara.

A mediodía, en Nueva York, donde Anatoli Dobrynin había estado viéndose con Andréi Gromiko antes de que este regresara a Moscú, un miembro de la delegación de Estados Unidos ante la ONU abordó al embajador soviético y le transmitió una solicitud de Dean Rusk, que le citaba en su despacho a las seis de la tarde. El diplomático tenía cosas que hacer en la ciudad y rogó posponer la cita para el día siguiente. No, dijo el mensajero con firmeza: era importante que estuviera en el Departamento de Estado a las seis. El ruso regresó de inmediato a Washington.

Kennedy comió con su esposa en la mansión del ejecutivo, luego trabajó junto con sus colaboradores y su hermano Robert antes de firmar un memorando que, de forma tardía, formalizaba el estatus del ExCom como un comité, presidido por él, del Consejo de Seguridad Nacional para la gestión de la crisis que debía reunirse todos los días a las diez de la mañana en la sala del gabinete. Sus miembros permanentes serían Lyndon Johnson, Rusk, Bundy, McNamara, Sorensen, Dillon, el fiscal general, McCone, Ball, Gilpatric, Taylor y Thompson, a quienes se sumarían otros como invitados cuando fuera oportuno.

A las tres de la tarde, se convocó a todo el Consejo Nacional de Seguridad (NSC, por sus siglas en inglés), junto con los jefes del Estado Mayor Conjunto, el asistente personal de Kennedy, Kenneth O'Donnell, y un puñado de otros funcionarios. El propósito de la reunión era garantizar que todos los actores clave conocieran con precisión lo que el gobierno de Estados Unidos había decidido hacer y por qué. El presidente empezó reiterando las razones para responder a la situación y la lógica del bloqueo y dijo: «Esto bien puede acabar con nosotros viéndonos obligados a invadir Cuba». Por tanto, los preparativos militares para tal operación seguirían adelante. Se preveían ciertas líneas de cuestionamiento a las que habría que dar respuesta. ¿Por qué Estados Unidos no había lanzado de inmediato un ataque directo contra las bases de los misiles en Cuba? Porque el impacto para la alianza occidental «podría haber sido prácticamente fatal; en particular, porque habría servido de excusa a acciones muy drásticas por parte de Jrushchov».

Kennedy propuso decir que antes del 16 de octubre no se contaba con pruebas que respaldaran tomar medidas contra Cuba. En este punto, McCone, el director de la CIA, intervino para recomendar cautela: «Yo no sería demasiado categórico en lo de que no teníamos información porque ... había unos quince informes, creo, distintos de refugiados ... que indicaban que algo estaba ocurriendo. Pero no contamos con vigilancia aérea desde el

29 de agosto hasta el 14 de octubre, me parece, que nos diera información positiva. Por tanto, durante ese período estuvimos lidiando con conjeturas y suposiciones». La falta de vigilancia aérea había sido consecuencia tanto de la baja visibilidad como de limitaciones políticas que más tarde suscitarían una gran polémica. Kennedy se sentía capaz de defenderse de la acusación de que la administración había sido tomada por sorpresa con el argumento de que, hasta entonces, los soviéticos nunca habían desplegado misiles nucleares fuera de sus fronteras (el breve despliegue de 1959 en Berlín Oriental pasó desapercibido en Washington).

Bundy desaconsejó al presidente hablar demasiado acerca de las dificultades que planteaba atacar las bases desde el aire cuando existía la posibilidad de que «tengamos que hacerlo en unos días». La reunión también reconoció que era muy probable que en las conversaciones con los aliados europeos de Estados Unidos surgiera una cuestión que planteaba un importante escollo: ¿por qué el presidente estaba tomando semejantes medidas en respuesta a los misiles soviéticos en Cuba cuando ellos habían vivido durante años bajo una amenaza comparable? Kennedy propuso enfrentar esa inquietud haciendo hincapié en el manto de secretismo con el que habían actuado los soviéticos, el aluvión de engaños que habían empleado, un argumento que se convertiría en un aspecto clave de la propaganda estadounidense.

Thompson observó que ahora quedaba claro por qué Jrushchov había prometido no reactivar la crisis de Berlín hasta después de las elecciones legislativas de noviembre: la decisión del líder ruso no había sido producto de la cortesía diplomática o el deseo de ayudar a los demócratas, sino del tiempo que necesitaba para completar su grandiosa jugada. El presidente propuso no mencionar para nada que Estados Unidos había considerado y rechazado la opción de bombardear Cuba, pues había aún cierta probabilidad de que tuvieran que recurrir a ella. En lugar de eso, los portavoces podían declarar que se había descartado llevar a cabo un ataque

sorpresa debido al riesgo de que semejante acción suscitara desagradables comparaciones morales con el ataque a Peral Harbor: «No hacemos lo mismo que los japoneses».

El hecho de que después de esa reunión Kennedy pasara cuarenta y cinco minutos atendiendo a Milton Obote, el primer ministro de Uganda, que se encontraba de visita oficial en el país, constituye una prueba de su extraordinaria disciplina. Ambos mandatarios estuvieron conversando sobre los problemas de África como si el anfitrión no tuviera otra cosa en mente. Cuando Obote vio luego la transmisión de la trascendental declaración del presidente estadounidense, sintió por Kennedy un respeto y un asombro profundos que a partir de entonces nunca menguarían.

A las 17.30, en la sala del gabinete, Kennedy se reunió con una veintena de líderes del Congreso, entre quienes destacaban Dirksen, Fulbright, Russell, Humphrey y Mansfield. Después de resumirles lo que Estados Unidos sabía acerca de los misiles balísticos, John McCone respondió a una pregunta del senador Russell sobre el estado de preparación de las fuerzas soviéticas en Cuba, donde desde hacía varios días los radares habían estado rastreando los sobrevuelos de los U-2: «Aunque hasta ahora no nos han disparado, pensamos que quizá no tarden en hacerlo». Russell respondió: «¡Dios mío!». Llewellyn Thompson expuso a los legisladores su opinión personal de que el despliegue cubano formaba parte de los preparativos de la Unión Soviética para un cara a cara decisivo sobre Berlín Oeste. Rusk dijo que, según creía, en el Kremlin estaba librándose una lucha de poder acerca de la estrategia hacia Occidente: «El tema de la coexistencia pacífica no les estaba llevando muy lejos ... parece ahora claro que los partidarios de la línea dura han pasado a ser dominantes».

En esta cuestión el secretario de Estado se equivocaba. Más allá de las reservas que algunos destacados miembros del Partido aseguraban luego haber abrigado durante este período, lo cierto es que dentro del Kremlin no había entonces disensión alguna. Es verdad que los chinos y algunos

militares soviéticos se mofaban de Jrushchov, al que consideraban débil, pero no existía ninguna amenaza directa al liderazgo del primer secretario. El despliegue de los misiles en Cuba había sido una iniciativa personal y se había puesto en marcha después de un debate nimio, incluso para lo que era usual en el Presídium, en el que invitar a los disidentes a expresar sus opiniones sobre cualquier política era para el *vozhd* poner al descubierto su vulnerabilidad. Dada la enormidad y temeridad del engaño en que los soviéticos se habían embarcado, máxime cuando no había ninguna esperanza verosímil de que la URSS pudiera beneficiarse de una confrontación nuclear, los estadounidenses buscaron explicarlo imaginando causas complejas y razonamientos bizantinos donde, en realidad, no los había.

Kennedy y sus consejeros dejaron en claro a los líderes del Congreso que el bloqueo apenas era un primer paso que proporcionaría, en palabras de Rusk, «una breve pausa para que la gente en el otro bando se lo piense de nuevo antes de sumergirnos en una crisis total, porque las perspectivas que tenemos delante en este momento son muy graves. Si los soviéticos han subestimado lo que Estados Unidos está dispuesto a hacer en esta situación, ahora tendrán que considerar si revisan su criterio con agilidad y rapidez».

Richard Russell dio un salto: «Señor presidente, en estas circunstancias no puedo permanecer en silencio si quiero vivir con la conciencia tranquila. Creo que nuestra responsabilidad para con nuestro pueblo exige medidas más fuertes ... Tengo la impresión de que nos encontramos en una encrucijada. O bien somos una potencia de primer nivel o no lo somos ... Llegará el momento, señor presidente, en que tendremos que correr el riesgo de la guerra nuclear en Berlín, en Corea, en Washington D. C. y Winder, Georgia [la ciudad natal del senador]. No sé si Jrushchov iniciará una guerra nuclear por Cuba. No creo que lo haga. Pero creo que cuanto más contemporicemos con él, tanto más se convencerá de que tenemos demasiado miedo para dar un paso de verdad y luchar realmente».

Russell, que tenía sesenta y cuatro años, era un veterano demócrata de una era en la que el respaldo de la segregación racial formaba parte del mandato que los cargos públicos recibían de sus electores. Abogado, había sido miembro de la Cámara de Representantes de Georgia a lo largo de la década de 1920, antes de convertirse, a los treinta y tres años, en gobernador del Estado. Llegó al Senado en 1933, tras ganar la elección especial convocada para cubrir la vacante dejada por su predecesor, que había fallecido en el cargo. Para 1962, este solterón había servido en Washington durante casi tres decenios, en los últimos años como presidente del poderosísimo Comité de Servicios Armados del Senado.

Mientras que en la década de 1930 Russell había respaldado el New Deal de Roosevelt, en el Capitolio se convertiría en líder de la conocida como coalición conservadora del Sur. Aunque en muchos aspectos, el senador era un arquetipo del supremacista blanco sureño, sería un error tomarle por tonto y, de hecho, su opinión era muy respetada en el Congreso. Eso hacía que la postura que adoptó en la Casa Blanca ese 22 de octubre resultara todavía más perturbadora para el presidente. En cuanto partidario entregado de la Guerra Fría, Russell hablaba en nombre de intereses poderosos no solo en Georgia sino en todo el país.

La retórica del senador fue tornándose más y más embravecida a medida que exigía confrontar a los soviéticos en términos que Curtis LeMay hubiera aplaudido. El presidente terminó interrumpiéndolo para señalar que, desde el punto de vista militar, era imposible atacar de inmediato los emplazamientos de los misiles: «Estamos reuniendo esa fuerza, pero no estará en condiciones de invadir Cuba en las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas». Después de lo cual añadió en tono conciliador: «Pero creo que es muy posible que antes de que termine la semana esté preparada». Russell insistió asegurando que con cada día que la invasión se retrasara, la dificultad de llevarla a cabo aumentaría. En ese punto Kennedy advirtió con maestría al senador: «Si invadimos Cuba, tenemos todos que

ser conscientes de que estaremos apostando que esos misiles, que están listos para ser disparados, no serán disparados ... ¿Es esa realmente una apuesta que debamos hacer?». A continuación, McNamara reseñó los preparativos militares que estaban ya en marcha: la operación anfibia, que en caso de lanzarse estaría precedida por una campaña de bombardeos aéreos en la que se efectuarían un mínimo de dos mil incursiones, requeriría noventa mil soldados y más de un centenar de buques de carga.

Ahora que Russell se había hecho con la batuta, ninguno de sus colegas legisladores quería soltarla. Kennedy le diría más tarde a Arthur Schlesinger: «El problema es que cuando reúnes a un grupo de senadores, este acaba siendo dominado por el hombre que adopta la línea más enérgica ... Después de que Russell hablara, nadie quería mostrarse en desacuerdo con él. En cambio, cuando consigues hablar con ellos de manera individual, resulta que son razonables».[1] Everett Dirksen preguntó si el Consejo de Seguridad Nacional había aprobado por unanimidad los planes militares y se le aseguró que así había sido. Esto, por supuesto, era falso: el estridente entusiasmo por la guerra entre los jefes del Estado Mayor no se mencionó en absoluto. Y el senador Russell siguió insistiendo en esa alternativa: «Si hemos de mantener nuestra posición como una gran potencia mundial, tenemos que correr el riesgo en algún lugar, en algún momento». Este comentario recordaba la entrevista que Robert F. Kennedy había concedido un año antes al periodista del *New York Post* James Wechsler, en la que se había declarado «afectado por la furia frustrada de muchos de sus compatriotas que creen que la hombría nacional únicamente puede afirmarse mediante algún acto de fanfarronería sangrienta en Cuba o Laos o casi cualquier otro lugar de la tierra», si bien él mismo no se quedó atrás a la hora de apoyar aventuras temerarias en el Caribe.[2]

El senador William Fulbright debe su reputación póstuma sobre todo a su oposición a la guerra de Vietnam y al patrocinio de becas internacionales, y no tanto a su hostilidad hacia los derechos civiles de los

afroamericanos y su belicosidad con Cuba. Ese día, en la sala del gabinete, sostuvo que en su opinión un asalto estadounidense a la isla planteaba menos complicaciones legales que el bloqueo propuesto (a su modo de ver, «la *peor* alternativa»): «Estoy a favor de una invasión, con la máxima fuerza y tan rápido como sea posible».

Cuando todo hubo terminado sin que se produjera la catástrofe que algunos temían, resultó fácil restar relevancia a esta clase de intercambios y pasar página: era mucho mejor ir al grano o, más bien, al final relativamente feliz. Sin embargo, es importante reconocer y, de hecho, destacar que en octubre de 1962 algunos estadounidenses prominentes y poderosos deseaban lanzar una acción militar contra fuerzas soviéticas en un país extranjero (en el que se encontraban por haber sido invitadas) y aceptaban el riesgo de que ello desencadenara una guerra nuclear. En la época, hombres como Richard Russell eran grandes figuras, políticos influyentes. Y estaban menos interesados en los detalles de la situación en Cuba que en la oportunidad, o el pretexto, que esta ofrecía para demostrar el poderío superior de Estados Unidos y, de paso, poner a la Unión Soviética en su lugar. Su irresponsabilidad —reflejada en la ligereza de comentarios como este de Russell: «La ortiga de todos modos va a escocer»— fue en verdad impresionante. Con todo, la política interna no dejaba al presidente otra opción que tratar a estos hombres con cortesía y respeto.

Sin embargo, cuando iba a volver al tema del bloqueo, Russell lo interrumpió: «Creo que vamos a morir de puro desgaste aquí. Yo he acabado. Perdóneme. No habría sido honesto conmigo mismo si no lo hubiera hecho. Espero que me perdone, pero fue usted el que pidió nuestra opinión». El presidente dijo: «Sí, lo perdono. Como dije, nos enfrentamos a un problema muy difícil». Russell, una vez más: «Oh, Dios mío, ya lo sé. Nuestra autoridad y el destino del mundo dependerán de esta decisión». Kennedy: «Así es». Russell: «Pero llegará el día, señor presidente. Ahora bien, ¿lo hará en circunstancias más propicias?». Kennedy respondió

leyendo en voz alta una larga carta de Harold Macmillan, el primer ministro británico, a quien se le había revelado el secreto la noche anterior. La misiva evidenciaba la angustia y apremio con que el británico instaba a su homólogo estadounidense a actuar con cautela.

El texto concluía así: «Aunque ya sabe cuán profundamente empatizo con todas sus dificultades y cuánto trataremos de ayudarlo en todas las maneras posibles, es apenas correcto que le diga que hay dos aspectos que me preocupan. Muchos de nosotros en Europa hemos vivido tanto tiempo cerca de las armas nucleares del enemigo del tipo más devastador que nos hemos acostumbrado a ello. De modo que la opinión europea requerirá atención. El segundo, más preocupante, es que, si Jrushchov acepta una cumbre, tratará, por supuesto, de hacer un intercambio aprovechando su posición en Cuba para satisfacer sus ambiciones en Berlín y otros lugares. Esto es algo que debemos evitar a toda costa, ya que pondría en peligro la unidad de la Alianza». Cuando los legisladores por fin se fueron, el presidente confesó que la reunión le había resultado sumamente estresante. Sin embargo, ante su hermano, excusó la vehemencia con la que habían reaccionado los líderes del Congreso anotando que, en realidad, ese había sido más o menos el estado de ánimo en la Casa Blanca cuando se tuvo por primera vez noticia del despliegue de los misiles hacía una eternidad: el martes anterior.

Ahora, en la tarde del siguiente lunes, las fuerzas estadounidenses en todo el mundo pasaron a la DEFCON («Condición de defensa») 3. La DEFCON 5 representaba la rutina normal en tiempo de paz; la DEFCON 1 era la guerra nuclear. Varias fuerzas estadounidenses se mantendrían en la DEFCON 3, y posteriormente en la DEFCON 2, durante los siguientes treinta días de operaciones continuas de la USAF: 2.088 salidas y 48.532 horas de vuelo, en las que los bombarderos provistos de armas nucleares del SAC (Comando Aéreo Estratégico) volaron más de treinta millones de kilómetros. Mientras tanto, decenas de miles de soldados, cientos de

aviones y decenas de barcos comenzaron a trasladarse a Florida y Georgia, en preparación para la posible intervención militar. Se encargó a los ferrocarriles de Estados Unidos que reunieran 3.600 vagones de plataforma, 180 vagones góndola, 40 furgones y 200 vagones de pasajeros para trasladar a la 1.ª División Blindada desde Fort Hood, Texas. Algunas fábricas de artillería del país se organizaron en tres turnos de trabajo para producir de forma ininterrumpida siete días a la semana, con el fin de satisfacer la imprevista demanda de municiones y bombas, en especial por parte de la USAF.

Los infantes de marina cantaban mientras se ejercitaban por compañías en la cubierta de vuelo del portahelicópteros *Okinawa*: «¿A dónde vamos a ir? / Vamos a ir a Cuba. / ¿Qué vamos a hacer? / Vamos a castrar a Castro». Sus oficiales estudiaban el Plan 316, la operación Vainas, que detallaba la invasión de la isla: la 1.ª División Blindada desembarcaría a través del puerto de Mariel, al oeste de La Habana, mientras que la infantería de marina atacaría la playa de Tarará, al este de la capital. Entre tanto, la 82.ª y la 101.ª División Aerotransportada saltarían detrás de las playas, como sus padres habían hecho en Normandía dieciocho años antes. Toda la fuerza invasora evitaría La Habana y se dirigiría a las bases de misiles que habían sido identificadas. La moral, o más bien la confianza en sí mismas, de estas formaciones de élite de las fuerzas armadas estadounidenses era supremamente alta. Si los oficiales de mayor rango guardaban una secreta provisión de inquietud acerca de lo que podían encontrar en la isla, sus hombres se sabían «los mejores» y no tenían duda alguna de que pasarían por encima del ejército cubano y cualquier ruso que se interpusiera en su camino. Los futuros invasores recibieron máscaras protectoras y equipos para la detección de agentes químicos. Se les indicó que, en caso de que se produjera una explosión nuclear en las inmediaciones, debían marcar las áreas contaminadas e informar del rendimiento explosivo de «cada munición nuclear disparada». El plan de la invasión preveía que Estados

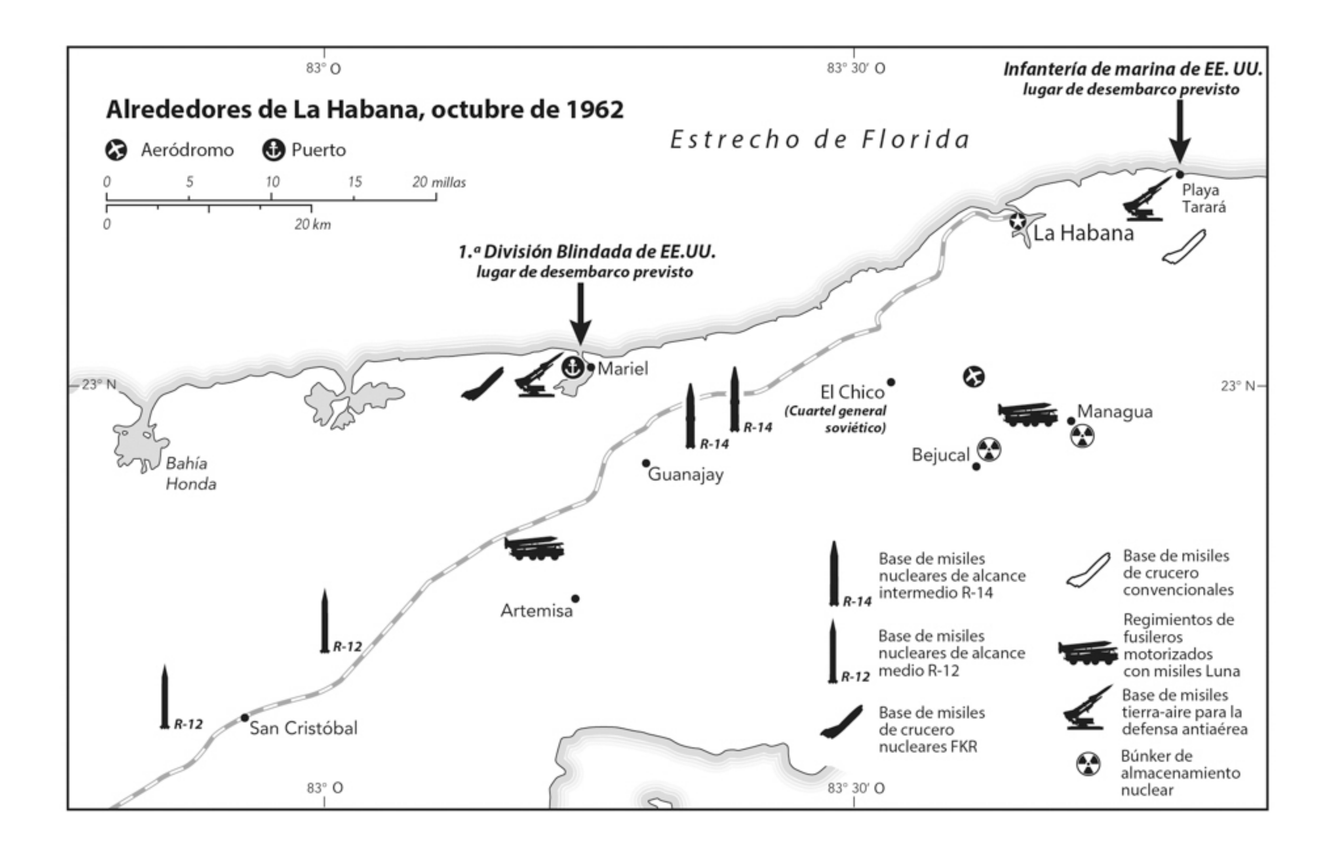
Unidos sufriera unas 18.000 mil bajas en los primeros diez días de lucha, cuatro mil de ellas víctimas mortales.

Poco antes de que Kennedy se reuniera con los líderes del Congreso, en Londres, donde ya era de noche, Harold Macmillan ofrecía una cena en su residencia oficial (que de forma temporal era la Casa del Almirantazgo, pues se estaba remodelando el número 10 de Downing Street) para marcar la retirada del general Lauris Norstad como comandante supremo aliado en Europa de la OTAN. Era una coincidencia que la cena se celebrara justo ese día, pero el primer ministro, en consonancia con su extraordinario sentido de alarma y su enorme preocupación por la cautela, aprovechó la oportunidad para subrayarle a Norstad que el Reino Unido no participaría en una alerta de la OTAN, como la que Washington había instado a lanzar ese día «de una manera claramente motivada por el pánico».[3] Si su país accediera a ello, sería necesario hacer una proclamación real y movilizar a los reservistas: «Le dije que *no*, repito, *no* estamos de acuerdo con ello en esta etapa». Norstad dijo que preveía que otras naciones de la OTAN adoptaran el mismo punto de vista. Macmillan, que pensaba tanto en 1914 como Kennedy, y en su caso con recuerdos personales, observó que las movilizaciones en ocasiones precipitaban guerras. Y en este caso, además, tal paso sería absurdo, ya que las fuerzas llamadas a las armas no tenían ninguna relevancia operativa imaginable para la actual crisis.

Ese día Jrushchov se encontraba en una dacha de la colina de Lenin, desde la que se domina Moscú, una de las impresionantes residencias oficiales de los mandatarios soviéticos, y ya había anochecido cuando le llamaron por teléfono para informarle de la inminente aparición de Kennedy. «Probablemente han descubierto nuestros misiles», le dijo a su hijo Serguéi.

El primer secretario convocó de inmediato al Presídium y se dirigió al Kremlin. Hizo una breve pausa en su propio despacho en la tercera planta del antiguo edificio del Senado y luego, alrededor de las diez de la noche (en Washington apenas eran las tres de la tarde), entró en la amplia pero muy austera sala de reuniones del Presídium, que estaba dos puertas más allá. El líder ruso comprendió que el ardid de los misiles cubanos amenazaba con convertirse en un desastre, un desastre muy personal, pues él era su único instigador. Incluso antes de que el presidente estadounidense hablara en Washington, debió de haber sido consciente de que su trono temblaba.

La reunión comenzó con una actualización del secretario del Consejo de Defensa sobre la situación de las fuerzas soviéticas y las bases de misiles en Cuba. Los miembros del Presídium pasaron luego a plantear alternativas de respuesta al discurso de Kennedy, siempre dando por hecho que se había descubierto el despliegue nuclear. Aunque los testimonios sobre la reunión son fragmentarios, las pruebas sugieren que Jrushchov se encontraba visiblemente alarmado y hablaba de forma impulsiva. Sugirió que el presidente de Estados Unidos quizá anunciaría una invasión inmediata de Cuba.



El mariscal Malinovski lo tranquilizó señalando que los preparativos para una operación de tales dimensiones serían evidentes y tomaban muchos días: los servicios de inteligencia no habían detectado indicio alguno de semejante actividad. El ministro de Defensa dijo que le parecía poco probable que Kennedy anunciara un ataque inminente: «No creo que en este momento Estados Unidos pueda embarcarse en operaciones de guerra relámpago. No es esa clase de país». La última frase resulta un tanto enigmática: puede interpretarse como un halago, en caso de referirse a la templanza estadounidense, o, lo que es más verosímil, como una forma de señalar que una sociedad abierta no podía prepararse con facilidad para lanzar una operación anfibia a gran escala desde sus puertos y aeródromos nacionales sin llamar la atención. Malinovski apuntó, con optimismo, que el discurso de Kennedy quizá fuera algún tipo de «artimaña preelectoral», y agregó que le parecía innecesario elevar el nivel de alerta de las fuerzas de misiles soviéticas (una medida que seguramente aumentaría los temores

estadounidenses) cuando era en extremo improbable que el mandatario se dispusiera a lanzar el primer ataque nuclear.

Jrushchov coincidió con él: «La cuestión es que no queremos desencadenar una guerra. Queremos amedrentar y frenar a Estados Unidos en el asunto de Cuba». Por primera vez, el líder soviético vio la trampa que se había tendido a sí mismo al instalar los misiles de manera encubierta, en lugar de anunciar un tratado de defensa con Castro. De hecho, le embistió de repente la comprensión de los muchos peligros que implicaba y creaba la operación Anádir y que deberían haber sido evidentes para el Kremlin desde el primer momento de su concepción: «Lo trágico es que ellos pueden atacar y nosotros responder. Esto podría convertirse en una guerra a gran escala». Los presentes se apresuraron a revisar una gran variedad de opciones. ¿Podían acordar de inmediato, por radio, un tratado de defensa con Castro? ¿Podían dar a los cubanos el control de todos los misiles en la isla y declarar que la Unión Soviética no tenía nada que ver con ellos? Correspondió a Mikoyán señalar que lo más probable era que Estados Unidos, lejos de sentirse intimidado por la declaración de que la URSS había transferido las armas nucleares al inestable líder cubano, considerara tal acción como la provocación definitiva.

Se acordó advertir al general Issá Plíyev de que debía poner sus fuerzas en Cuba en alerta máxima. Malinovski propuso enviar una orden: «Todos los medios a disposición de "Pávlov" [el nombre en clave de Plíyev] deben estar preparados para la acción». Con retraso, Jrushchov comprendió el precipicio que semejante orden crearía: «Si [las fuerzas soviéticas en la isla] debían usar todos los medios sin excepción», le dijo al mariscal, «los misiles estarían incluidos ... ¿No significa eso el comienzo de una guerra termonuclear? ¿Cómo podemos imaginar tal cosa?». En esas horas oscuras en las entrañas del Kremlin, él y la mayoría de sus camaradas eran hombres asustados, probablemente más asustados de lo que se habían sentido nunca a lo largo de unas vidas en las que el terror había abundado.

Con todo, el relato que Mikoyán hace de la reunión del Presídium del 22 de octubre muestra que se consideró otorgar discrecionalidad a Plíyev para lanzar los misiles tácticos y de mediano alcance, en caso de que las fuerzas convencionales no lograran detener la invasión estadounidense. El nuevo borrador del mensaje para el cuartel general soviético en Cuba decía: «Inicialmente haga todo esfuerzo posible para no usar [armamento] atómico. Si hay un desembarco hostil: el armamento atómico táctico, pero el estratégico [no] hasta que [Moscú] dé la orden». [4]

Desde un punto de vista estrictamente militar, semejante orden resultaba racional: la fuerza expedicionaria soviética en Cuba tenía pocas posibilidades de repeler una invasión estadounidense sin recurrir a las ojivas nucleares tácticas con que contaba. Sin embargo, al final se decidió esperar a conocer el contenido del discurso de Kennedy antes de enviar a Plíyev nuevas órdenes de cualquier tipo. Fursenko y Naftali describen la reunión del Presídium del 22 de octubre como «posiblemente la más tensa de la carrera de Jrushchov», y es difícil no estar de acuerdo con ellos. [5] Los participantes pusieron término a la cita decidiendo que recibirían las noticias de la transmisión de Washington como un cuerpo, reunidos alrededor de la mesa en las primeras horas de la mañana del 23 de octubre, para debatir la respuesta de la URSS sin demora. [6]

Entre tanto, a las seis de la tarde en Washington, Anatoli Dobrynin era escoltado a la oficina de Rusk. Tras un frío intercambio de cortesías, el secretario de Estado le entregó al embajador la carta personal de Kennedy para Jrushchov en la que le informaba del descubrimiento de los misiles en Cuba y del bloqueo naval de las aguas cubanas que impondría Estados Unidos. De regreso en la embajada, el atónito Dobrynin estuvo sentado a solas en su despacho durante quince minutos, tratando de descifrar esta nueva y extraordinaria situación: «Estaba en extremo confundido, pues no había recibido instrucciones ni aviso previo alguno por parte de mi gobierno ... Si [Jrushchov] hubiera preguntado a la embajada con antelación,

podríamos haber pronosticado la violenta reacción de Estados Unidos a su aventura».[7] En Cuba, Fidel Castro, adelantándose a la crisis que se avecinaba, movilizó a las fuerzas armadas veinte minutos antes de que hablara Kennedy. Como Jrushchov, el líder revolucionario daba por hecho que los estadounidenses intentarían invadir la isla. Tras dividir Cuba en tres zonas de defensa, puso al Che Guevara al mando en el oeste y a su hermano a Raúl en el este; la responsabilidad de defender el centro recayó en Juan Almeida, el jefe del Estado Mayor del Ejército. Fidel, por su parte, permanecería en La Habana.

Otro acontecimiento significativo tuvo lugar en Moscú en esas horas: las fauces de la trampa que durante dos meses había estado pendiendo sobre el coronel Oleg Penkovski, el informante más importante con que contaba Occidente en todo lo relacionado con el arsenal nuclear de la URSS, se cerraron de golpe. Su suerte había quedado sellada en julio, cuando el Segundo Directorio de la KGB le escuchó conversar con su correo, el empresario británico Greville Wynne, en la habitación de un hotel en Moscú. El que los espías occidentales encargados de manejar a Penkovski permitieran que se llevara a cabo esa reunión, en un sitio en el que con facilidad podía ser monitoreada, fue sin duda una locura. La KGB retrasó la detención para acumular más pruebas, pero desde la fecha en que quedó señalado como traidor, el militar no volvió a tener acceso a fuentes o documentos confidenciales, que podrían haber proporcionado a sus socios occidentales inteligencia de un valor incalculable en la confrontación que se avecinaba. Penkovski había hecho su última entrega en Moscú el 29 de agosto, en el lavabo del piso del agregado para asuntos agrarios de Estados Unidos, y recibió a cambio un pasaporte interno de la URSS con un nombre falso, en caso de que se viera obligado a escabullirse.

El 6 de septiembre, el oficial del GRU asistió a la proyección de una película en las oficinas del agregado cultural británico; fue la última vez que se le vio antes de su arresto. El 22 de octubre, los agentes que lo

vigilaban esperando atrapar a sus colaboradores recibieron por fin la orden de detenerlo. Tras ser abordado en su piso, el traidor fue trasladado a la Lubianka, el enorme edificio neobarroco que servía de cuartel general a la policía secreta, un escenario de multitud de crueldades y asesinatos. Una vez allí, Penkovski se ofreció de inmediato a confesar todo lo que sabía «en beneficio de la madre patria». El jefe de la KGB, Vladímir Semichastni, comenzó el sombrío interrogatorio con las siguientes palabras: «Dígame qué daño ha causado a nuestro país». El coronel lo reveló todo, sabiendo que ello no iba a salvarle la vida, pero confiando en que le librara de las formas más bárbaras de infligir la muerte practicadas en la Lubianka.

A las siete de la tarde, según el horario de verano del este de Estados Unidos, las cadenas de televisión cancelaron su programación habitual para dar paso a la declaración del presidente desde el Despacho Oval de la Casa Blanca. El discurso de John F. Kennedy, que repercutiría en todo el mundo, empezó así: «Buenas noches, conciudadanos. Este gobierno, tal como prometió, ha mantenido bajo la vigilancia más estrecha el despliegue militar soviético en la isla de Cuba. Durante la última semana, pruebas inequívocas han establecido el hecho de que en este momento se están preparando en esa isla prisionera diversos emplazamientos de misiles ofensivos. El propósito de esas bases no puede ser otro que proporcionar la capacidad de lanzar un ataque nuclear contra el hemisferio occidental».

El presidente dijo que la confirmación de esta situación era ya completa y expuso lo que el gobierno sabía sobre los misiles desplegados. «Esta veloz transformación de Cuba en una importante base estratégica ... constituye una amenaza explícita a la paz y la seguridad de todas las Américas, en flagrante y deliberado desafío al Pacto de Río de 1947, las tradiciones de esta nación y este hemisferio, la Resolución Conjunta del 87.º Congreso, la Carta de las Naciones Unidas y mis propias advertencias

públicas a los soviéticos del 4 y 13 de septiembre. Esta acción también contradice las reiteradas garantías de los portavoces soviéticos, tanto en público como en privado, de que el rearme de Cuba mantendría su carácter defensivo original.»

Tras citar las varias declaraciones del gobierno de la URSS que ahora se revelaban falsas, Kennedy continuó: «Esta acumulación secreta, rápida y extraordinaria de misiles comunistas en un área famosa por tener una relación especial e histórica con Estados Unidos y las naciones del hemisferio occidental ... no puede ser tolerada por este país si queremos que tanto amigos como enemigos vuelvan alguna vez a confiar en nuestro coraje y nuestro compromiso». El presidente recordó el desastroso apaciguamiento de los dictadores europeos de la década de 1930, antes de anunciar la «cuarentena» (el bloqueo) que se impondría a la isla, aclarando que esta se aplicaría solo a las armas y que, a diferencia de lo que habían hecho los soviéticos en Berlín entre 1948 y 1949, no impediría la llegada de artículos de primera necesidad destinados al pueblo cubano. Asimismo, declaró que Estados Unidos consideraría el disparo de cualquier arma nuclear desde Cuba como un ataque que exigiría en respuesta «una represalia total contra la Unión Soviética».

Estados Unidos, dijo, había convocado a los miembros de la Organización de los Estados Americanos para debatir la amenaza y estaba solicitando una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de la ONU: «Por último, hago un llamado al presidente Jrushchov para que detenga y elimine esta amenaza clandestina, temeraria y provocadora a la paz mundial. Conciudadanos, que nadie dude de que el esfuerzo en el que nos hemos embarcado es difícil y peligroso. Nadie puede prever con precisión qué dirección tomará o qué costos o pérdidas nos impondrá. Nos aguardan muchos meses de sacrificio y disciplina ... Pero el mayor peligro de todos sería no hacer nada ... Nuestro objetivo no es la victoria del poder sino la reivindicación del derecho, no la paz a expensas de la libertad, sino

la paz y la libertad, aquí, en este hemisferio, y, esperemos, en todo el mundo. Si Dios quiere, alcanzaremos esa meta». Para finalizar, Kennedy se dirigió al «pueblo cautivo de Cuba ... En la actualidad, sus dirigentes no son ya líderes cubanos inspirados en ideales cubanos. Son títeres y agentes de una conspiración internacional que ha hecho de Cuba ... el primer país latinoamericano en convertirse en blanco de una guerra nuclear».

El discurso de Kennedy de ese lunes por la noche, que en la transmisión de televisión estuvo acompañado por las fotografías de los misiles, fue uno de los pronunciamientos públicos más dramáticos de la Guerra Fría. Un gracioso efecto secundario fue que convirtió el «avión espía» (que hasta el momento la opinión pública solo conocía como un motivo de vergüenza para la nación debido al incidente provocado por el derribo de Gary Powers en Rusia) en un arma clave del arsenal de la libertad. «El otrora malvado U-2 se había transformado, prácticamente de la noche a la mañana, en un instrumento heroico», en palabras de David Barrett y Max Holland, autores de una historia de la operación fotográfica. [8]

Al día siguiente, la prensa de todo el mundo lucía titulares estridentes: la primera plana del tabloide británico *Daily Sketch* estaba ocupada por la noticia, que comenzaba: «¡BLOQUEO! Ultimátum a Jrushchov ... Jugada sensacional de Kennedy». El *New York Times* informaba: «MEDIDAS RESPECTO A CUBA OBTIENEN EL RESPALDO DE LA OPINIÓN PÚBLICA, pero sondeo indica que muchos estadounidenses temen el resultado». Los comentarios del presidente acerca de la Cuba «prisionera» fueron recibidos con suspicacia entre los aliados sensibles al historial de Estados Unidos en la isla. Cualesquiera que fueran los defectos de Fidel Castro, que en verdad eran grandes, la conducta de su régimen era consecuencia del pasado de la isla. La descripción del pueblo cubano que ofrecía el discurso parecía sobre todo una necesaria concesión a su electorado, del que formaban parte muchos de los estadounidenses que una

década antes habían condenado al presidente Harry Truman por la supuesta «pérdida» de China.

Años más tarde Mac Bundy, evocando el discurso del 22 de octubre, lo describiría como «un poco exagerado y demasiado emotivo».[9] Al comienzo de su relación con Ted Sorensen, que era quien lo había escrito, Kennedy le instó a estudiar la retórica tanto de Lincoln como de Churchill, y eso se notaba. Según el mismo Sorensen: «El motivo por el cual el discurso resultó en exceso emotivo fue que al presidente ... le preocupaba que el mundo dijera: "¿Cuál es la diferencia entre los misiles soviéticos a 150 kilómetros de Florida y los misiles estadounidenses justo al lado de la Unión Soviética en Turquía?". Precisamente por esa razón se hacía tanto hincapié en el despliegue *repentino* y *engañoso* ... Confiamos mucho en palabras como esas para garantizar que el mundo no se centrara en la cuestión de la simetría».

De hecho, la retórica más eficaz del presidente estuvo dirigida a las ofuscaciones y engaños de los soviéticos. Si el despliegue de misiles en Cuba era legítimo porque con él Jrushchov buscaba contribuir a la defensa de un aliado, ¿por qué entonces lo había ocultado bajo un aluvión de mentiras? En ese período, Kennedy disfrutaba de una considerable ventaja a la hora de defender los argumentos de Estados Unidos. A pesar de la repulsión que provocaba su arrogancia, la envidia que suscitaba su riqueza y el miedo que inspiraban sus excesos, la mayor parte del mundo todavía reconocía a Estados Unidos como un abanderado del mundo libre y su principal protector. Y, al mismo tiempo, veía a la Unión Soviética como una fortaleza de terror y opresión. John F. Kennedy y su nación podían esperar de la mayoría de las personas razonables cierto beneficio de la duda, algo con lo que el país ya no contaría una década más tarde, tras la guerra de Vietnam y el Watergate. El pueblo estadounidense, por su parte, dio por sentado que ellos tenían razón; que los rusos y los cubanos estaban equivocados; y que Kennedy les estaba diciendo la verdad. Bundy escribió:

«El discurso del presidente fue más eficaz de lo que nos atrevíamos a esperar de antemano. Una abrumadora mayoría de los estadounidenses entendió el peligro y apoyó la línea de actuación del presidente». [10]

En lo que respecta al significado de las palabras, hay otra cuestión general que merece ser mencionada. Todos los políticos adoptan poses, no siempre, pero sí ocasionalmente. Sin embargo, en el contexto de la Guerra Fría, la mayoría de los líderes occidentales consideraban que lo que estaba en juego era demasiado grave para permitirse excesos retóricos. Fueron las amenazas y advertencias soviéticas, y en particular las de la era Jrushchov, que luego se revelaron vacías, sobre todo en lo relativo a Berlín, las que de forma repetida agudizaron las tensiones. A diferencia de su homólogo ruso, Kennedy, como presidente, elegía sus palabras con sumo cuidado y por lo general sentía lo que decía, y eso nunca fue tan cierto como la noche del 22 de octubre de 1962. Desde el momento de su aparición en televisión, la crisis se convirtió en el episodio más público de la Guerra Fría, y durante los seis días que siguieron se desarrolló ante una audiencia global de cientos de millones de personas.

En la CIA, el equipo de la ONE sintió un gran alivio al no tener que seguir guardando el enorme y terrible secreto, que a partir de entonces podía discutir con el resto de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos. En las calles se vivió una oleada de compras impulsadas por el pánico, pues muchas amas de casa se lanzaron a los comercios como si se prepararan para un asedio. En Los Ángeles, el gerente de un supermercado, viendo como una mujer salía tambaleándose del local cargada con doce gigantescas cajas de detergente, se preguntaba: «¿Qué va a hacer? ¿Ponerse a lavarlo todo después de la bomba?». Los aviones fletados para transportar la munición a la base de Guantánamo, propiedad de la compañía Saturn Airways, se toparon de repente con que sus seguros habían sido cancelados. Se les comunicó que ahora tenían que pagar unas primas altísimas por riesgo de guerra, lo que era apenas razonable, y que los burócratas del

Pentágono se habían negado a cubrirlas, lo que no era en absoluto razonable. Serguéi Jrushchov compararía luego la reacción del público estadounidense al discurso del presidente con la que siguió al ataque a Pearl Harbor: «La postura del Estado Mayor Conjunto recibió un apoyo poderoso. Los estadounidenses, por lo visto, estaban todos preparados para perecer, siempre y cuando pudieran desalojar a esos indeseables invitados del territorio de su vecino. Nadie mencionó que estaban hablando de otro Estado soberano». [11]

En Cuba, tras la transmisión del discurso del presidente y las revelaciones acerca del despliegue de unos misiles de los que hasta entonces no se les había dicho nada, los cubanos reaccionaron con asombro. El embajador de Francia en La Habana informó a París de que «los cuadros inferiores de la Revolución parecen preocupados y alarmados ... Los especialistas en propaganda se han confiado a sus acostumbradas fanfarronadas y resulta claro que aún no han recibido instrucciones sobre cómo abordar esta nueva situación». [12] No obstante, era obvio que ante las amenazas estadounidenses la unidad del pueblo alrededor de Castro era casi absoluta. La aparente indiferencia de los cubanos ante un potencial enfrentamiento con Estados Unidos dejó estupefactos a algunos militares rusos. Vasil Lanovski oyó a los lugareños decir: «¡Podemos hacerlo en cualquier momento: solo dennos las armas nucleares y les enseñaremos! ¡Haremos que se caguen!». [13] La capacidad para la fantasía de los cubanos parecía no tener límite.

Ahora Kennedy pudo por fin responder la carta del primer ministro Macmillan que había recibido durante la noche. El presidente trató de calmar algunos de los temores del viejo estadista: «Reconozco el riesgo de una réplica en Berlín, pero en un sentido más amplio creo que la inacción resultaría aún más peligrosa ... Le aseguro de forma muy solemne que esto va más allá de la exaltación de la opinión pública o de una pasión particular contra Cuba ... He resistido una y otra vez las presiones en favor de una

acción poco razonable o excesiva, y no estoy interesado en una pelea con Castro ... Pero ... nuestro mejor camino básico es la firmeza». Un poco más tarde, durante la conversación telefónica que mantuvieron esa misma noche, Macmillan le indicó que sus propios temores se centraban en la perspectiva de una crisis prolongada, una prolongada subasta de amenazas mundiales; Kennedy dijo: «Nuestra acción, obviamente, está moderada por la consciencia de que esto podría llevarnos con gran rapidez a una guerra mundial, o a una guerra nuclear, o a perder Berlín, y por ello hemos tomado el rumbo que hemos tomado. Incluso a pesar de que, como digo, este no representa en absoluto una respuesta final». La incómoda verdad era que, de haber podido elegir, el dirigente británico habría favorecido un recurso inicial a la diplomacia, lo que a los ojos de los estadounidenses equivalía a no hacer nada. Para Kennedy, tal elección era impensable: su electorado no la aprobaría; y sin el apoyo de una fuerza amenazadora, era probable que cualquier conversación no llegara muy lejos.

2. Jrushchov enfrenta el desastre

El Presídium había permanecido en sesión durante la aparición de Kennedy en televisión y, poco después de terminada esta, sus miembros recibieron una transcripción del discurso del presidente, que había durado diecisiete minutos, así como el texto de su carta a Jrushchov, una copia de la cual se había entregado a Dobrynin en Washington. En esta, el mandatario estadounidense empezaba diciendo que, en sus intercambios pasados con el líder soviético, «lo que más me ha preocupado ha sido la posibilidad de que su gobierno no entienda de forma correcta la voluntad y determinación de Estados Unidos en cualquier situación dada», y pasaba luego a declarar, de forma inequívoca, el compromiso absoluto e incondicional de su gobierno con la retirada de los misiles soviéticos de Cuba.

El anuncio público del presidente señalaba el fracaso de la apuesta de Jrushchov, que consistía en que se podría completar el despliegue de los misiles estratégicos en Cuba sin que los estadounidenses y el mundo se enteraran para, en noviembre, dar la trascendental sorpresa en la ONU y cambiar el equilibrio de la Guerra Fría. Aunque no se dijo ni una palabra de esto en la mesa de conferencias del Kremlin en la oscuridad de la madrugada del 23 de octubre (en Moscú la transmisión comenzó a las dos de la mañana), apenas había un ruso que estuviera al tanto del secreto cubano que no reconociera un desastre en desarrollo cuando lo veía.

La reacción explícita de Jrushchov consistió en manifestar su alivio al comprobar que el líder estadounidense no había anunciado una invasión inmediata: «¡Hemos salvado a Cuba!», dijo en un intento de arañar un triunfo de fantasía que no engañó a ninguno de sus colegas. Luego, comentando el discurso de Kennedy, anotó: «Esto no es una guerra contra Cuba, sino una especie de ultimátum». A continuación tomó una serie de decisiones rápidas. Los 16 buques que en ese momento se dirigían a la isla cargados con equipo militar, en particular el *Kímovsk* y el *Poltava*, que transportaban misiles R-14, y el *Gagarin*, que transportaba equipos para los R-12, recibirían la orden de regresar. Se elevó el estado de alerta de las fuerzas soviéticas en todo el mundo. Una vez que todos los miembros del Presídium hubieron leído la transcripción del discurso de Kennedy, el líder soviético dictó una propuesta de contestación, que luego presentó a los demás para su discusión y posible enmienda. En ella, Jrushchov denunciaba el bloqueo como «un acto de piratería» y acusaba a Kennedy de estar llevando al mundo al borde de la guerra termonuclear. Los funcionarios del Kremlin dedicaron el resto de la noche a afinar el texto de ese borrador.

Se comunicó al general de brigada Ígor Statsenko, al mando de las fuerzas de misiles en Cuba, y el coronel Nikolái Beloborodov, a cargo de las ojivas nucleares, la orden de poner en alerta a sus hombres ante la posibilidad de un ataque estadounidense. Como hemos visto, el borrador

original del cable para el general Plíyev («Pávlov»), que había sido preparado con antelación por Malinovski y presentado al Presídium para su aprobación, le autorizaba a usar todos los medios a su disposición para enfrentar a las fuerzas de Estados Unidos, y fue ahora cuando se modificó ese mensaje para convertirlo en la orden de no disparar ninguna ojiva nuclear, ya fuera táctica o estratégica, sin la orden explícita de Moscú.

Esta nueva directriz planteaba a los oficiales soviéticos en Cuba un reto enorme. Sin recurrir a las ojivas atómicas, sus fuerzas apenas estaban en condiciones de infligir un daño limitado a las fuerzas estadounidenses: quizá podrían refrenar una invasión anfibia, pero difícilmente conseguirían derrotarla. Por lo tanto, se vieron obligados a lidiar con un dilema para el que nunca tendremos respuesta: si Estados Unidos hubiera atacado de verdad, con las emociones desbordadas y viendo la carnicería que estaban sufriendo sus tropas, ¿habrían respetado la tardía prohibición de Moscú respecto al uso de las armas nucleares? Es imposible estar seguro, en especial porque algunos de los oficiales de alto rango destinados a Cuba luego escalarían la crisis por iniciativa propia. Mientras tanto, en el Kremlin, el Presídium levantó la sesión para que sus miembros descansaran unas horas. Jrushchov se tumbó vestido por completo en un sofá que había en la antesala de su despacho y se sumió en un sueño que, podemos imaginar, no debió de ser tranquilo.

Los líderes de la Unión Soviética volvieron a reunirse a las diez de la mañana, cuando el *Pravda* ya estaba en las calles: «LOS CÍRCULOS DIRIGENTES DE ESTADOS UNIDOS ESTÁN JUGANDO CON FUEGO», se leía en primera plana. Tras debatir un rato más, el Presídium aprobó la versión final de la desafiante declaración que haría Jrushchov. Asimismo, se confirmó que, en respuesta al bloqueo estadounidense, los buques soviéticos que en ese momento llevaban armas a Cuba recibirían la orden de regresar, mientras que aquellos con cargamentos inocuos mantendrían el rumbo. Hubo una excepción: el *Aleksándrovsk*, que ya se

encontraba muy cerca de la isla y transportaba una segunda remesa de ojivas nucleares, al que se dio la orden de completar su viaje hasta el puerto de Isabela de Sagua antes de que se implementara el bloqueo estadounidense; el barco atracó sin ser molestado al final de la noche.

Una manzana de la discordia fue la disposición de los cuatro submarinos Foxtrot que se encontraban de camino a Cuba. Mikoyán argumentó que debían permanecer fuera de la zona de «cuarentena», lo que seguía dejándolos suficientemente cerca de Cuba para intervenir en caso de que fuera necesario, pero sin correr el riesgo de enfrentarse con la armada estadounidense. Jrushchov estuvo de acuerdo con esta propuesta, pero Malinovski y otros tres miembros del Presídium discreparon. Esta fue una ocasión en la que el primer secretario y quienes le apoyaban se vieron obligados a ceder ante los partidarios de la línea dura en el Kremlin. Los submarinos siguieron su curso.

A mediodía, cuando la sesión se interrumpió para el almuerzo, Mikoyán volvió a aconsejarle a Jrushchov que reconsiderara la cuestión de los submarinos, pues la decisión adoptada le parecía grave y peligrosa. No obstante, cuando el Presídium se reunió de nuevo y Jrushchov planteó una vez más la idea de que los submarinos se pusieran al pairo y mantuvieran sus actuales posiciones a tres días de Cuba, los mismos miembros que antes se habían opuesto a esa opción insistieron en sus reparos y consiguieron imponerse de nuevo. Malinovski subrayó su confianza en que los Foxtrots podrían acercarse a la isla sin ser detectados por los estadounidenses. El mariscal volvió a demostrar su falta de juicio, así como su ignorancia tanto en materia de submarinos como en lo relativo a las capacidades de la tecnología de vigilancia estadounidense.

Esa noche, cuando el Presídium se reunió por tercera vez desde el discurso de Kennedy, a la sesión asistió también el almirante Serguéi Gorshkov, el jefe de la armada soviética, quien con la ayuda de mapas informó a sus camaradas de la situación. Para alivio de Mikoyán y el resto

de las palomas, el jefe naval reconoció que era muy probable que los estadounidenses detectaran los submarinos en las aguas poco profundas del Caribe, donde tenían esparcidos una gran cantidad de dispositivos de detección. Los submarinos sumergidos se encontraban a cierta distancia de Cuba, aunque ya bajo una estrecha vigilancia estadounidense, y seguían manteniendo rumbos que, en el caso de dos de ellos, terminarían llevándolos a la zona de cuarentena.

Para los rusos, el imperativo más urgente era decidir cómo debían responder a la imposición del bloqueo por parte de Kennedy, en un momento en que una docena de buques soviéticos se encontraban de camino a Cuba. A pesar de que en sus memorias Anatoli Dobrynin se pinta a sí mismo como una paloma a lo largo de toda su carrera, le habría sido imposible mantener su fantástico puesto durante tanto tiempo si no se hubiera ajustado a la política y la postura generales del Kremlin, y eso fue justo lo que hizo ahora, en el telegrama que envió a Moscú con su valoración del discurso de Kennedy, que describió como un intento de revertir la caída del poder estadounidense en todo el mundo y esconder sus temores sobre Berlín. El embajador recomendaba que, para aliviar la presión sobre Cuba, la URSS amenazara con bloquear los accesos terrestres a Berlín Oeste; las rutas aéreas debían quedar abiertas «para no dar lugar a una confrontación rápida». Con todo, advirtió contra las prisas, «ya que, por supuesto, un agravamiento extremo de la situación no convendría a nuestros intereses». [14]

Mientras tanto, los submarinos soviéticos permanecían en el mar, aunque ahora relevados de su responsabilidad de vigilar y escoltar a los cargueros que transportaban cargas delicadas, incluidas las ojivas nucleares. Su única función en el Atlántico occidental pasó a ser la de plantear, por su mera presencia, una amenaza para los buques de guerra estadounidenses. Con todo, la decisión de dejarlos en el teatro de operaciones reflejaba sobre todo la enorme confusión en el planteamiento de Moscú. No había ninguna

posibilidad de que la URSS resultara vencedora en un choque con la armada estadounidense en el Atlántico occidental o en el Caribe: por tanto, toda acción que sus buques de guerra llevaran a cabo para desafiar el bloqueo sería bien un farol, bien un gesto condenado al fracaso. Dado el clima de octubre de 1962, intentar cualquiera de las dos cosas evidenciaba una autocomplacencia extraordinaria.

En el siglo XXI siguen sin resolverse muchos misterios acerca de la contradictoria conducta de los soviéticos. Mientras que los barcos que transportaban armas se detuvieron y dieron media vuelta antes de llegar a la línea del bloqueo estadounidense, en Cuba el trabajo en las bases de misiles balísticos continuó avanzando a un ritmo casi frenético, al igual que las labores de camuflaje, iniciadas con demasiado retraso. La explicación más verosímil es el desajuste que existía entre la alarma y cautela que se habían apoderado del Kremlin y el estado de ánimo de las fuerzas armadas, que era mucho más combativo, en especial entre sus representantes en Cuba, a los que se había enviado desde la Madre Rusia portando órdenes de una hostilidad atronadora. Aunque los oficiales del general Plíyev no estaban impacientes por enfrentarse a las fuerzas de Estados Unidos, no cabe duda de que se resistían de forma visceral a la perspectiva de una derrota o humillación a manos de estas.

Independientemente de en qué medida reconociera o no en privado la realidad de la situación, el 23 de octubre, en el Kremlin, a Nikita Jrushchov aún le faltaban días para aceptar la lógica de su insostenible aprieto en Cuba y el Caribe y entender que esta exigía una retirada veloz. El líder soviético había quedado estupefacto y estaba desesperado por evitar un enfrentamiento nuclear con Estados Unidos.

A partir de aquí, la historia de la crisis de los misiles es la de la Unión Soviética retorciéndose y contorsionándose en su afán por encontrar el modo de librarse, sin sufrir una humillación evidente, del caos creado por ella misma. Las dificultades que entrañaba tal objetivo podrían haberse

revelado tan grandes que el desastre nuclear terminara, pese a todo, produciéndose como consecuencia de un accidente o un error de cálculo, en especial por parte de los comandantes subordinados. No obstante, el asesor de Jrushchov, Oleg Troianovski, dijo: «A pesar de la tendencia del líder soviético a correr riesgos, una guerra con Estados Unidos no entraba en sus planes en ninguna circunstancia. Entendía mejor que nadie que en el mundo moderno un enfrentamiento militar entre las dos superpotencias habría evolucionado hasta convertirse en un conflicto nuclear con consecuencias desastrosas para toda la humanidad». Cuando Serguéi Jrushchov regresaba a la residencia familiar de su trabajo en un buró de diseño, solía salir a caminar con su padre, al que siempre le preguntaba qué estaba pasando. De cuando en cuando, Nikita Jrushchov le respondía con relatos detallados de la situación; sin embargo, cuando las cosas se ponían en verdad feas, se limitaba a decirle: «Estoy cansado. Caminemos en silencio». Eso sucedió en más de una ocasión durante la semana siguiente.

Pero a pesar de todo esto, Jrushchov seguía decidido a jugar sus cartas hasta el final para escapar de una derrota demasiado explícita, pues ello pondría en peligro su liderazgo dentro de la Unión Soviética y, además, reduciría su relevancia en el escenario mundial. Por tanto, ese martes por la mañana en Moscú, decidió presionar a los estadounidenses hasta el límite, sin que pareciera importarle el hecho de que el costo de descubrir cuál era ese límite incluía el riesgo de una confrontación nuclear.

9

Bloqueo

1. Mar confusa

En octubre de 1962, el presidente Kennedy concedió a las opiniones de los aliados una importancia mayor que la que cualquier presidente de Estados Unidos les ha concedido desde entonces (o, es probable, volverá a concederles en el futuro) estando en juego lo que se percibía como intereses nacionales vitales. El mandatario era plenamente consciente de que, en privado, la mayoría de las naciones amigas veía con un profundo escepticismo la idea de ir a la guerra por lo que fuera que estuviese en juego en Cuba. Por suerte, sin embargo, en medio de la crisis, los aliados demostraron estar preparados para ir lejos, en público, y mantener la solidaridad de Occidente. Durante el fin de semana del 20 al 21 de octubre, Washington envió emisarios de alto nivel para informar a los líderes de las naciones más importantes de la OTAN, incluidos el primer ministro de Canadá, John Diefenbaker, y el canciller de la República Federal de Alemania, Konrad Adenauer. El sábado, Dean Acheson se había retirado a su granja en Sandy Spring, Maryland, molesto por la aparente pusilanimidad de Kennedy al decantarse por el bloqueo. Al final de la tarde, Rusk le llamó a la granja: el país necesitaba al exsecretario de Estado. El presidente se dirigiría a la nación el lunes. Era importante contar con el

apoyo de los franceses, esto es, de su presidente, Charles de Gaulle; y el embajador designado, Chip Bohlen, se encontraba en medio del Atlántico. ¿Aceptaría Acheson ir? Sí, sí lo haría. Entonces se descubrió que tenía el pasaporte caducado, así que la oficina de Washington tuvo que abrir especialmente el domingo por la mañana para renovarlo. Luego Acheson se dio cuenta de que no tenía dinero en efectivo. Dado que faltaba aún un lustro para la aparición del primer cajero automático, los funcionarios del Departamento de Estado se vieron obligados a organizar una colecta, que recaudó sesenta dólares, para proporcionar dinero de bolsillo al emisario de la nación más rica del mundo.

El avión de Acheson repostó en Gran Bretaña, en Greenham Common, la base de la USAF en Berkshire, donde el embajador de Estados Unidos en Londres, David Bruce, estaba esperando para hablar con él. Bajo una fuerte lluvia, ambos diplomáticos se refugiaron en un cobertizo del aeródromo, en el que pudieron conversar mientras marines armados y hombres del Servicio Secreto hacían guardia. Había sido un vuelo abstemio, pero Bruce había tenido el detalle de llevar consigo una petaca de whisky que ofreció al distinguido enviado antes de que este siguiera su viaje hacia París.

El lunes por la noche, cuando apenas faltaban unas horas para el discurso del presidente, Acheson finalmente llegó al palacio del Elíseo, en la Rue du Faubourg Saint-Honoré, acompañado por Cecil Lyon, quien se desempeñaba como encargado de negocios de la embajada, y Sherman Kent, un analista de la CIA que formaba parte del equipo de la ONE. Mientras entraban por los pasillos del sótano (para evitar alertar a los medios) el veterano Acheson se entusiasmó con el dramatismo de la escena, que le pareció sacada de *Los tres mosqueteros* de Dumas: «Porthos, ¿está tu estoque suelto en la vaina?». Tenían motivos para estar nerviosos. El mandatario francés, que dos meses antes había sobrevivido a un intento de asesinato de la extrema derecha que dejó su coche cubierto de agujeros de bala, era famoso por su capacidad para llevar la contraria, su rudeza y su

independencia de pensamiento y acción, simbolizada en su compromiso con el desarrollo de una fuerza nuclear francesa.

Esa noche, sin embargo, De Gaulle, un maestro de la descortesía, asombró a los estadounidenses con su actitud y su expresión de respaldo decidido y sin vacilaciones. De entrada declinó mirar las fotografías tomadas por los U-2, de las que habían traído copias, diciendo: «Acepto lo que me dicen como un hecho, sin necesidad de pruebas de ningún tipo». Inevitablemente preguntó qué pasaría si los soviéticos desafiaban el bloqueo. Acheson no estaba seguro de la respuesta, pero improvisó una respuesta de halcón. Después de prometer a los visitantes el apoyo total de Francia a Estados Unidos —«Si hay una guerra, estaré con ustedes [adviértase la personalización de la nación francesa], pero no habrá guerra», les dijo—, el viejo e imponente general accedió a ver las fotografías, que examinó con ayuda de una lupa: *Incroyable*, exclamó (aunque no porque las imágenes revelaran la presencia de los misiles soviéticos, sino cuando se enteró de que habían sido hechas a más de veinte mil metros de altura). Antes de que los estadounidenses se marcharan, el presidente le dijo: «Sería un placer para mí si estas cosas se hicieran todas con su intermediación». Al día siguiente, tras el discurso televisado de Kennedy, las voces discrepantes desde la izquierda francesa fueron abundantes, con manifestaciones en las calles y comentarios vehementes en la prensa. El periódico comunista *L’Humanité* encabezó la noticia con: «MENACE CONTRE LA PAIX MONDIALE».[1] *Libération* dijo a sus lectores: «MESURES DE GUERRE U.S. CONTRE CUBA».[2] *Le Figaro* proclamó: «EMBARGO SUR LES ARMES À DESTINATION DE CUBA».[3] Más tarde, Acheson diría con orgullo acerca del cumplido del presidente francés: «Era Luis XIV diciendo una palabra amable a un embajador del sultán de Turquía».[4] En cualquier caso, lo importante era el respaldo del Elíseo, y los estadounidenses lo tenían.

Con todo, los aliados más importantes eran, de lejos, los británicos, que ya poseían su propia fuerza nuclear, las bombas transportadas por la conocida como Fuerza V de la RAF, formada por bombarderos Valiant, Victor y Vulcan. Una característica llamativa de la crisis fue que, incluso entre los conservadores, el apoyo británico a Estados Unidos resultó ambiguo; la confianza en su liderazgo menos que plena; y el miedo a la guerra mayor que en Washington o Moscú. Peter Hudson, entonces un alto funcionario del Ministerio de Defensa, confesaría mucho tiempo después: «Tenía los pelos de punta. En la crisis de Berlín, lo que había sobre el tablero eran piezas conocidas. En Cuba, no. Era un juego por completo diferente. Estoy convencido de que fue lo más cerca que estuvimos» de la guerra nuclear. [5]

A las diez de la noche del domingo 21 de octubre, Macmillan estaba leyendo en su estudio en la Casa del Almirantazgo cuando un funcionario que estaba de servicio le trajo un mensaje «confidencial» del presidente de Estados Unidos, en el que se le exponían los aspectos esenciales de la crisis. A la mañana siguiente, el embajador estadounidense, David Bruce, un diplomático respetado y eminente, acudió para informarle de la situación en compañía de Chester Cooper, de la CIA. En respuesta a las revelaciones, el primer ministro ofreció una visión gastada del comportamiento de los soviéticos que gozaba de una amplia aceptación entre los europeos y, en cambio, resultaba casi incomprensible para los estadounidenses: los británicos, dijo, habían estado viviendo a la sombra de la aniquilación durante muchos años y, no obstante, se las ingeniaban para llevar vidas más o menos normales. En su opinión, los estadounidenses, que ahora se enfrentaban a una situación similar, también conseguirían, una vez superado el impacto inicial, hacer un ajuste parecido: «De alguna manera, la vida continúa». [6] Por otro lado, el dirigente británico se sintió consternado e incluso ofendido por la forma en que se le anunciaron las decisiones de Washington. Era cierto que se le había informado de manera confidencial de

lo que Estados Unidos estaba a punto de hacer; sin embargo, en ningún momento se le consultó acerca de la conveniencia de ese proceder.

Macmillan se reunió de inmediato con lord Home, el secretario de Asuntos Exteriores, para redactar la respuesta a Kennedy, que envió en su propio nombre: esta fue la carta que unas horas más tarde el presidente citó en su reunión con los líderes del Congreso. El lunes por la noche el primer ministro escribió en su diario: «¡Primer día de la crisis mundial!».[7] En ese momento, sin embargo, los pueblos europeos, horas por delante de Washington, aún no tenían idea de la noticia que estaba a punto de revelarse. En las semanas previas, la política británica había estado dominada por las negociaciones con Bruselas sobre la posible entrada del Reino Unido en el Mercado Común Europeo, que avanzaban a trompicones; el juicio de otro funcionario de defensa desenmascarado como agente soviético; la independencia de Uganda; un debate discreto sobre hasta qué punto el Reino Unido debía o no apoyar el boicot comercial estadounidense a las exportaciones cubanas, que llevaba ya en vigor muchos meses. El titular más importante del *Times* de Londres del 22 de octubre, antes del discurso de Kennedy, aludía a los enfrentamientos fronterizos entre la India y China: «INDIA LLAMA A FILAS A MÁS RESERVISTAS». No obstante, había un artículo destacado en la primera página de la sección de noticias internacionales: «ACUMULACIÓN DE FUERZAS DE ESTADOS UNIDOS EN EL CARIBE; TENSIÓN SOBRE CUBA; EL PRESIDENTE INTERRUMPE VISITA». El corresponsal del periódico en Washington escribía: «No cabe duda de que algo está pasando», al tiempo que confesaba no saber qué: «Los funcionarios han sido inusualmente evasivos».

Poco después de dirigirse al pueblo estadounidense, Kennedy telefoneó a Macmillan desde la Casa Blanca a través de una línea directa codificada. El primitivo sistema requería que cada parte accionara, por turnos, un interruptor en el auricular según quisiera «hablar» o «recibir», y Macmillan nunca hubiera podido operarlo sin la ayuda de su personal; de hecho,

persisten las dudas sobre exactamente qué partes de la llamada del presidente logró escuchar de forma adecuada, y lord Home, por ejemplo, expresó más tarde cierto escepticismo al respecto.[8] Kennedy era en esencia un hombre del siglo XX, mientras que Macmillan mantenía las afectaciones de un grande del XIX: el teléfono le disgustaba, y la televisión todavía más; se refería a la radio como «el inalámbrico»; no poseía licencia de conducir y en su única aventura conocida al volante se precipitó contra la pared de un garaje.

En la conversación, que tuvo lugar poco después de la medianoche del 22 al 23 de octubre, según la hora de Gran Bretaña, Kennedy le describió al primer ministro el despliegue de los misiles como «una brecha tan honda en las convenciones del equilibrio internacional que, de no cuestionarse, quebrantaría de manera profunda la confianza en Estados Unidos», una afirmación que Macmillan citaría luego ante el gabinete.[9] El mandatario estadounidense se refirió a la decisión de iniciar un bloqueo como un intento de «comenzar esta escalada de un modo que reduzca la posibilidad de una toma de Berlín o de la tercera guerra mundial. Ahora bien, es posible que no consigamos evitar ninguno de esos dos escenarios, pero al menos le hemos hecho saber [a Jrushchov] que no podemos aceptar el procedimiento y las acciones que ha llevado a cabo».

En los días que siguieron al discurso de Kennedy del 22 de octubre, el pueblo británico demostró que estaba lejos tanto de sentirse unido en el entusiasmo por la causa estadounidense, como de compartir la convicción de sus aliados de que la Unión Soviética y Cuba eran las fuerzas de la maldad en estado puro. Eran muchos los europeos que veían la conducta de Castro desde su llegada al poder como un mero acto de secesión del imperio estadounidense.

Macmillan sin duda estaba comprometido con la alianza con Estados Unidos y abrigaba una hostilidad implacable contra el comunismo, pero al mismo tiempo le tenía un miedo terrible a la guerra nuclear y le aterraba la

posibilidad de que las extralimitaciones de la Casa Blanca la precipitaran (algo que no era inverosímil, dado el estado de ánimo que reflejaban las repetidas declaraciones públicas de los altos mandos militares del país). En julio de 1961 había sostenido que cualquier «guerra real está obligada a escalar hacia la guerra nuclear». [10] Peter Hennessy ha escrito al respecto: «En su trato tanto con Jrushchov como con Kennedy, nunca perdió de vista dos cosas: la catástrofe indescriptible de una guerra entre el Este y el Oeste, que, según pensaba, se tornaría con rapidez en un conflicto nuclear; y el peligro de que la guerra mundial estallara como consecuencia de una combinación de descuidos y errores de cálculo, como, estaba convencido, había ocurrido en 1914». [11]

Las palabras magistralmente condescendientes de Macmillan en 1943 a Richard Crossman, recién llegado al norte de África, donde el primero se desempeñaba como representante ministerial del gobierno británico, reflejaban una visión de Estados Unidos característica de su generación: «Nosotros, mi querido Crossman, somos los griegos del imperio estadounidense. Encontrarás a los americanos como los griegos encontraban a los romanos: gente estupenda, grande, vulgar, bulliciosa, más vigorosa que nosotros y también más ociosa, con más virtudes aún intactas, pero también más corrupta. Hemos de gestionar [el cuartel general aliado en Argel] como los esclavos griegos gestionaban las operaciones del emperador Claudio». [12]

El primer ministro no había cambiado mucho esa opinión casi veinte años después, como evidencia su reacción a un discurso pronunciado por Robert McNamara en junio de 1962. En esa intervención, el secretario de Defensa se declaró en contra de los arsenales nucleares nacionales, limitados y pequeños, como los desarrollados por el Reino Unido y Francia, que describió como «peligrosos, costosos, propensos a la obsolescencia y carentes de credibilidad como fuerza disuasoria». McNamara estaba presentando una tesis no menos válida en 2022 que sesenta años antes, pero

sus ideas enfurecieron a Macmillan, que descargó en su diario íntimo sus quejas por «el daño terrible que los estadounidenses están causando a Europa en todos los ámbitos ... Esto es bastante triste porque los estadounidenses (que son ingenuos e inexpertos) lo tienen difícil frente a siglos de habilidad y destreza diplomáticas».[13] Resulta asombroso que el primer ministro fuera capaz de escribir esas palabras en serio menos de seis años después de haber sido un miembro prominente, y por ende cómplice, del gobierno británico que inició la grotesca aventura del canal de Suez.

Kennedy, por su parte, sentía respeto e incluso afecto por el primer ministro. Macmillan le dijo en una ocasión a Arthur Schlesinger, con el sentimentalismo que lo caracterizaba: «Eran las cosas alegres las que nos unían y nos permitían hablar sobre las cosas terribles».[14] Sin embargo, la continua insistencia del viejo estadista, que quería que la Casa Blanca organizara una nueva cumbre con la URSS tras los fracasos de París, en 1960, y Viena, en 1961, irritaba al estadounidense.

Incluso cuando Cuba se impuso por la fuerza a la atención de Macmillan, este siguió obsesionado con Berlín. En junio de 1959, había enviado un telegrama al presidente Eisenhower, en el que si bien reconocía que Occidente tenía el deber inexcusable de mantener un frente sólido contra la amenaza soviética del uso de la fuerza, añadía que «no será fácil convencer al pueblo británico de que le corresponde ir a la guerra en defensa de Berlín Oeste. Después de todo, a lo largo de mi vida los alemanes nos han asestado dos golpes casi mortales. La población de este país considerará paradójico, para usar un término suave, tener que prepararse para una guerra todavía más horrible con el fin de defender las libertades del pueblo que antes trató de destruirnos ... Sin embargo, hay en estas islas una doble vena de idealismo y realismo a la que creo que podría apelar con éxito, siempre que primero demostremos que hicimos todos los esfuerzos posibles por promover soluciones prácticas y que los rusos no estuvieron dispuestos a aceptar ninguna propuesta justa».[15]

Los diarios de Macmillan muestran una preocupación constante por la antigua capital alemana.[16] Escribía con la expectativa de que sus palabras llegado el momento serían publicadas y, por tanto, estaba creando un testimonio para la posteridad. No hay duda tanto de la gravedad de sus temores como de la fuerza con que su instinto le aconsejaba cautela. En marzo de 1959, en Camp David, llegó a las lágrimas evocando el terrible costo que el Reino Unido había pagado por la primera guerra mundial, mientras instaba a Eisenhower a evitar que el conflicto en torno a Berlín condujera a la guerra nuclear. El 13 de septiembre de 1961 escribió: «Todas las personas pensantes ... saben que debemos negociar y (con las cartas que tenemos) no podemos apostar demasiado alto». Sin embargo, dos meses después reconocía con angustia: «Lo que me preocupa todo el tiempo es el posible paralelismo con Múnich [en 1938]. ¿Estamos "apaciguando" a la Rusia soviética? ¿Deberíamos correr el riesgo de ir a la guerra? ¿Es Jrushchov otro Hitler?».[17]

Mientras que las encuestas de opinión mostraban que dos tercios de los británicos apoyaban con firmeza la disuasión nuclear de su propia nación, un tercio igualmente firme y apasionado se oponía a esta y pensaba que la bomba debería ser desterrada de sus costas. En abril de 1961, el anciano filósofo y matemático Bertrand Russell, que entonces tenía ochenta y nueve años, proclamó en un mitin juvenil de la Campaña por el Desarme Nuclear (CND, por sus siglas en inglés): «Solíamos decir que Hitler era malvado por exterminar a los judíos, pero Kennedy y Macmillan son mucho más malvados que Hitler ... No podemos obedecer a unos asesinos ... Son las personas más malvadas de la historia de la humanidad y es nuestro deber hacer cuanto podamos contra ellos».[18] En la Pascua de 1962, 150.000 personas se unieron a la última etapa de la marcha de la CND desde Aldermaston hasta Trafalgar Square, en Londres. Tras conocer la sensacional noticia del bloqueo a Cuba, algunos parlamentarios laboristas declararon que los rusos, astutos, habían tendido a Estados Unidos una

trampa en la que la nación de Kennedy quedaría prisionera si era lo bastante loca como para atreverse a hundir un buque soviético. El pacifista Sydney Silverman, miembro del parlamento por el Partido Laborista, denunció la acción de Estados Unidos como «un acto de guerra puro, manifiesto y brutal». [19] La portada del *Evening Standard* del día 23 dejaba en claro que esperaba lo peor: «KENNEDY: "HUNDID A LOS TRAFICANTES DE ARMAS". El primer choque podría producirse en cuestión de horas». No pocos observadores señalaron lo curioso que resultaba que mientras que los manifestantes organizaban piquetes a diario delante de la embajada estadounidense en Grosvenor Square bajo el lema «Manos fuera de Cuba», no hubiera ninguna protesta comparable frente a la embajada de China para denunciar su supuesta (la mayoría de los historiadores consideran a los indios más responsables del conflicto) agresión contra la India. [20]

Pero incluso dejando fuera a la izquierda, lo cierto es que los británicos nunca han confiado mucho en los estadounidenses, o no más de lo que estos últimos confían en ellos. Más allá de todas las declaraciones públicas de buena voluntad y reconocimientos de dependencia que se transmitieron de Londres a Washington entre 1940 y 1962, buena parte de los británicos, incluidos sus líderes políticos, desconfiaba en el fondo de la aptitud de Estados Unidos para arbitrar y mediar en el ámbito internacional de forma tan admirable como, suponían, sus propios antepasados lo habían hecho. Algunos presidentes, por supuesto, han inspirado más confianza y respeto que otros. El glamur de John F. Kennedy entusiasmó al público de las islas tanto como al resto del mundo. No obstante, el recuerdo de la invasión de bahía de Cochinos, un sentimiento residual de agravio por la forma en que Eisenhower había puesto fin a la aventura del canal de Suez en 1956 y el temor que suscitaban los excesos estadounidenses en Indochina y el Oriente Próximo prevalecían tanto en las calles como en la mesa del gabinete.

Ahora bien, ningún primer ministro olvidaba ni por un momento que su país dependía del liderazgo de Estados Unidos en la defensa de las

democracias. Después de 1945, los europeos occidentales habían estado de acuerdo en invitar a Estados Unidos a construir un imperio que los incluyera para preservar a sus pueblos de la agresión soviética. A pesar de sus ruidosos adversarios, representados por gente como Russell o grupos como la CND, la presencia estadounidense contaba con una base firme de apoyo popular, algo que los rusos nunca lograron para sus propias tropas en Europa oriental. Algunas personas eran lo bastante antipáticas como para recordar que Russell, un pensador brillante, pero errático, había pronunciado en 1948 un discurso en el que argumentaba que Occidente haría bien en luchar contra los soviéticos antes de que estos adquirieran la bomba atómica, y no después. Desde entonces el filósofo había cambiado de opinión, por supuesto, y una vez que la URSS se hizo con su propio arsenal nuclear, se convirtió en un partidario apasionado del desarme.

Ante la crisis de los misiles, el deseo instintivo del primer ministro fue el mismo de otras crisis: posponer la escalada o, incluso, cualquier medida fuerte y, en su lugar, buscar el diálogo con los soviéticos. En su conversación telefónica con el presidente, Macmillan dijo: «Fuera de Estados Unidos, muy pocas personas considerarían la provocación cubana lo bastante grave como para merecer un ataque aéreo por parte de ustedes». Y agregó que no podía creer que «los misiles hasta ahora desembarcados constituyan una amenaza militar importante para Estados Unidos». [21] Kennedy respondió que él mismo había llegado también a esa conclusión (lo que resulta muy curioso porque en las discusiones con sus asesores en las horas y días siguientes sería mucho menos rotundo y, al menos en apariencia, estaría más abierto a otras opciones). [22]

Ni entonces ni en ningún otro momento a lo largo de la crisis, Macmillan ofreció el apoyo de los buques de guerra de superficie de la Marina Real para hacer cumplir el bloqueo, aunque dos submarinos británicos bajo control canadiense —el *Astute* y el *Alderney*— se unieron a una línea de patrulla de diez barcos de la armada estadounidense para vigilar casi un

millar de kilómetros entre Terranova y la zona al noroeste de las Azores. Si el primer ministro hubiera intentado hacer algún gesto llamativo para respaldar militarmente a Estados Unidos, es poco probable que el pueblo británico lo hubiera secundado. El lord canciller, lord Dilhorne, le dijo en privado al gabinete que en su opinión el bloqueo era ilegal, si bien Macmillan desestimó esta consideración cuando afirmó más tarde en la Cámara de los Comunes que este no era «el momento de ponerse con sutilezas del derecho internacional». [23]

En los días posteriores al discurso televisado de Kennedy, en Londres y en muchas otras capitales alrededor del mundo, las ruidosas manifestaciones contra el bloqueo convocadas por la izquierda reunieron a miles de personas frente a las embajadas de Estados Unidos. *The Guardian*, el diario de referencia de la izquierda intelectual británica, publicó un editorial que decía: «Si Jrushchov de verdad ha llevado allí misiles nucleares, lo habrá hecho para demostrar a Estados Unidos y al mundo lo que significan las bases que este país tiene cerca de la frontera soviética». [24] El uso del condicional por parte del periódico resultaba significativo: millones de personas en todo el mundo, no todas ellas amigas de Moscú, desconfiaron en un primer momento de la palabra del presidente estadounidense acerca de la existencia de los misiles cubanos. Las mentiras de Estados Unidos en los casos del U-2 derribado y la invasión de bahía de Cochinos habían perjudicado seriamente la reputación del país y persistían en la memoria colectiva.

Dos días después, el mismo diario añadía: «Al final, Estados Unidos puede descubrir que ha hecho poco bien a su causa, a sus amigos y a sus verdaderos intereses». El periódico instaba al gobierno del Reino Unido a votar contra Estados Unidos en la ONU. Sesenta académicos británicos, incluidos A. J. Ayer, A. J. P. Taylor y Richard Titmuss, firmaron una carta dirigida a Macmillan en la que se criticaba el bloqueo y se urgía al primer ministro a mantenerse neutral. Llegado el momento, esta nómina de

lumbreras discrepantes aumentaría hasta seiscientos. Un observador estadounidense escribió con tristeza: «Había una tendencia entre los escritores ingleses a equiparar a Estados Unidos con Rusia, como si sus acciones y responsabilidades fueran las mismas». [25] Richard Crossman —el mismo al que Macmillan había escrito en 1943 comparando a los británicos con los griegos en el imperio romano, y que ahora era un parlamentario laborista de primera fila— dijo que tanto las acciones de Rusia como las de Estados Unidos eran «dementes» y que el Reino Unido «debería detenerlas en el futuro». [26] El semanario izquierdista *Tribune* escribió: «Es posible que Kennedy esté arriesgándose a mandar el planeta al infierno para mantener a unos cuantos demócratas en sus cargos».



«Es fácil ver por qué el presidente Kennedy está un poco nervioso: a fin de cuentas, Washington no está muchísimo más lejos de Cuba que Londres de Rusia.»



«Bueno, querida, la principal diferencia, hasta donde entiendo, es esta: un arma *defensiva* es aquella en la que yo tengo el dedo en el gatillo; un arma *ofensiva* es aquella en la que tú tienes el dedo en el gatillo.»

Viñetas de Osbert Lancaster publicadas en la primera plana del *Daily Express* los días 24 y 26 de octubre de 1962.

El 25 de octubre, después de poner al día a su propio gabinete, Macmillan escribió sobre la actitud de sus miembros respecto a cuál debía ser la posición del Reino Unido en la crisis: «Parecen encantados de dejarnos [eso] a mí y a [el secretario de Asuntos Exteriores] Alec Home».[27] No obstante, ese era un comentario tendencioso: los ministros en realidad estaban en una posición muy incómoda, con los críticos acusando al gobierno británico de ser el perro faldero de Estados Unidos y el país enfrentándose a una potencial extinción; dado que no podían discutir en público la cuestión, apenas tenían otra opción que ceder respetuosamente y aceptar la opinión del primer ministro.

Los principales beneficiarios británicos de la crisis de los misiles fueron los realizadores de la primera película de James Bond, *Agente 007 contra el dr. No*, que se había estrenado en Londres dos semanas antes con malas críticas y peor taquilla. La fantástica historia de Ian Fleming sobre un millonario chino entusiasta de los cohetes, afincado en el Caribe y a sueldo de Moscú, de repente parecía de lo más actual. La película se puso de moda y terminaría teniendo una rentabilidad enorme: en términos de la relación entre ganancias brutas y costos de producción, sigue siendo, de lejos, el mayor éxito financiero de toda la franquicia Bond.

Bertrand Russell, que no era un fan de Bond y tampoco de los estadounidenses, envió a Jrushchov un telegrama que recurría a una de las verborreas más serviles de la Guerra Fría: «¿PUEDO HUMILDEMENTE SOLICITAR SU AYUDA PARA BAJAR LA TEMPERATURA A PESAR DEL EMPEORAMIENTO DE LA SITUACIÓN? SU PACIENCIA CONSTANTE ES NUESTRA GRAN ESPERANZA. CON MIS ELEVADOS RESPETOS Y SINCERA GRATITUD».[28] El líder ruso respondió: «La Unión Soviética no tomará medidas precipitadas, no se dejará provocar por las acciones injustificadas de Estados Unidos. Haremos

todo lo que esté en nuestras manos para evitar el estallido de una guerra». El siguiente paso del filósofo fue enviar un mensaje a Kennedy: «SU ACCIÓN DESESPERADA. AMENAZA PARA LA SUPERVIVENCIA HUMANA. SIN JUSTIFICACIÓN CONCEBIBLE. EL HOMBRE CIVILIZADO LA CONDENA. EL EXTERMINIO MASIVO NO ES UNA OPCIÓN. UN ULTIMÁTUM SIGNIFICA GUERRA. NO HABLO POR EL PODER SINO POR EL HOMBRE CIVILIZADO. TERMINE CON ESTA LOCURA». El presidente contestó a Russell con un mensaje que destaca por su franqueza y dignidad: «Creo que haría bien en dirigir su atención al ladrón en lugar de a quienes han sorprendido al ladrón».[29] En ocasiones se ha dicho que ambos telegramas fueron en realidad enviados por el secretario personal de Russell, el activista estadounidense Ralph Schoenman, mientras el anciano sabio se encontraba en la cama, dormido, sin saber lo que se hacía en su nombre. Sin embargo, el pensador, que era miembro de la nobleza británica, nunca repudió esas palabras y, por tanto, ha de considerarse que fueron suyas. También escribió por esos días un panfleto titulado «VAIS A MORIR», cuya publicación financió la embajada de Cuba en el Reino Unido.

Dean Rusk observó con pesar ante los miembros del ExCom: «Las turbas que estimulamos aparecieron en Londres en lugar de hacerlo en La Habana ... La gente de Bertrand Russell atacó nuestra embajada allí. No hemos recibido noticias de ningún desorden en Cuba». Sin embargo, en el costado oriental del Atlántico, también había personas más moderadas que Russell que, no obstante, recelaban igual del juicio estadounidense. Apenas un par de semanas antes de que estallara la crisis, *The Economist*, no precisamente una tribuna comunista, había publicado un editorial titulado «Obsesionados por Cuba», en el que se atacaba una polémica publicación de la revista *Time* del 21 de septiembre que pedía una intervención militar de Estados Unidos en la isla. El semanario británico advertía de la probabilidad de «toda una serie de nuevas acciones rusas calculadas para

causar nuevos estallidos de indignación en Estados Unidos sin romper de verdad las reglas de juego de la Guerra Fría»; e instaba a los estadounidenses a no dar por sentado que la doctrina Monroe de 1823 (una afirmación de la oposición decidida de Washington a cualquier intervención extranjera en el gobierno de las naciones latinoamericanas e, implícitamente, de su considerable hegemonía en el hemisferio) pudiera aún esgrimirse de forma verosímil para justificar acciones drásticas.

El *Times* de Londres era entonces, como lo es hoy, un órgano en líneas generales conservador. Sin embargo, las columnas de opinión que publicó a lo largo de la crisis reflejaron las dudas que había acerca de la competencia de la administración Kennedy para evitar la catástrofe, además de dar cuenta de una fe limitada en la justicia de la causa estadounidense. El diario no dedicó plenamente su atención a la crisis hasta el 24 de octubre, cuando anunció en primera plana: «24 BUQUES RUSOS SE ENCAMINAN A CUBA». El editorial de ese día comenzaba sugiriendo que, dada la extravagancia de la conducta estadounidense con Cuba en el pasado, el pueblo británico tenía derecho a ser «en extremo cauteloso» en su primer acercamiento a lo que Washington afirmaba acerca del despliegue de los misiles soviéticos. A continuación el texto admitía a regañadientes la situación —«Dicho todo esto, las pruebas parecen ser sólidas ... Según todos los estándares aceptados ... los misiles son ofensivos»— y concluía: «Es de suma importancia que [los objetivos estadounidenses] se mantengan limitados. No se trata de derrocar a Castro o derrotar al comunismo». Al día siguiente, un nuevo editorial afirmaba: «El principal problema ahora es encontrar una forma en la que ambas partes puedan liberarse [de la crisis] con cierto honor».[30] Otro editorial más reconocía que era un error hacer una comparación directa entre los misiles estadounidenses en Turquía y las armas soviéticas en Cuba, pero sugería que, en todo caso, había argumentos de peso para la retirada de los primeros.

Nada de esto podría describirse como un respaldo incondicional a la postura de Washington. La sección de correspondencia del periódico no tardó en estar también dominada por los escépticos, entre ellos el parlamentario laborista Philip Noel-Baker, que en una importante carta sostuvo que la crisis demostraba que el desarme era el único camino sensato para la raza humana. Otro lector declaraba que el discurso de Kennedy debía «llenar a los hombres cuerdos de presentimientos horrorizados. Interferir en el transporte marítimo de una nación en tiempos de paz es piratería». Otro más recordaba la invasión de bahía de Cochinos para preguntar: «¿Ha de negárseles a los cubanos el derecho a la autodeterminación y la legítima defensa?». Un corresponsal ocurrente señaló que el discurso de Kennedy había «traído una refrescante brisa de sencillez a la política internacional: si Estados Unidos tiene bases de lanzamiento de misiles en su territorio o en el extranjero, es bueno; si quien las tiene es otra nación, es malo». [31]

No obstante, *The Times* también otorgó espacio a puntos de vista contrarios. El influyente Alastair Buchan, entonces director del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, opinó: «Uno no tiene que considerar a Estados Unidos libre de culpa en todas sus decisiones políticas de los últimos años, o en todas sus reacciones a la situación cubana, para sentirse profundamente deprimido ante lo que revela el incidente acerca de la política soviética; cuán poca comprensión tienen de los requisitos de la estabilidad en la era nuclear; o del "equilibrio de la prudencia" que se necesita para preservar la paz». [32] Un académico canadiense describía como «triste y deprimente» el hecho de que «tantos británicos vean con hostilidad y recelo el bloqueo parcial de Cuba impuesto por el presidente Kennedy»; una actitud que atribuía a una inclinación generalizada a evitar tomar partido y adoptar una postura de aparente neutralidad y que, sugería, era en última instancia indigna. [33]

Todo esto hace evidente que muchos británicos tenían tanto miedo del siguiente paso de John F. Kennedy como del proceder de Nikita Jrushchov. Si la crisis terminaba en una guerra con la Unión Soviética, era inevitable que el Reino Unido fuera una de las naciones beligerantes del lado de los estadounidenses (y, por ende, un objetivo de los misiles soviéticos): el que los bombarderos de la RAF provistos de armas nucleares estuvieran ahora listos para despegar era una prueba de ello. Sin embargo, a pesar de todas las declaraciones públicas de Macmillan apoyando la posición del presidente, nadie en Westminster creía en absoluto que lo que estaba sucediendo en Cuba representara un *casus belli* legítimo para la tercera guerra mundial. Las páginas de negocios del *Times* anunciaban: «FUERTE ROTACIÓN DEL ORO EN LOS MERCADOS DE LA CRISIS». [34]

Por toda Gran Bretaña, una animada minoría de estudiantes de secundaria, incluidos los que hacían el bachillerato en la Midhurst Grammar School, en el condado de Sussex, y sesenta alumnas de la Glanmor Grammar School en Swansea, Gales, organizaron «huelgas» para protestar por la amenaza a su propia supervivencia y expresar su oposición al bloqueo estadounidense. Un grupo que se hacía llamar «Madres contra la guerra» envió un telegrama al papa, instándolo a detener las «peligrosas» actividades del católico presidente Kennedy. Pat Arrowsmith y Wendy Butlin, dos destacadas activistas en pro del desarme nuclear, se refugiaron en el oeste de Irlanda y dijeron a los periodistas que, en vista de que parecía no haber nada que la gente normal y corriente pudiera hacer en esta crisis, habían decidido instalarse en «un lugar en el que quizá consiguieran sobrevivir a la guerra nuclear».

Las páginas de este relato están dominadas por lo que se dijo y se hizo dentro de los muros del Kremlin, en Cuba y en las salas de reunión de la Casa Blanca. Sin embargo, millones de personas en todo el mundo compartían opiniones como las que acabamos de recoger. Mac Bundy escribió: «En ese momento, estar participando de forma directa en el

proceso gubernamental resultaba de algún modo más sencillo que ser un ciudadano común ... No creo que el peligro pareciera instantáneo o inminente en la mente de quienes formábamos parte del gobierno de Estados Unidos. No recuerdo ninguna noche en la que me pareciera demasiado peligroso irme a dormir, mientras que estoy seguro de que muchas otras personas pasaron noches enteras en vela. Nunca perdimos el contacto diplomático con el gobierno soviético. Así que aunque la situación sin duda era muy tensa, para nosotros no era insoportable». [35]

Esta es la impasible voz de la razón de los brahmanes de Boston hablando, de manera no del todo convincente, cuando la crisis ya había terminado. No cabe duda de que los cientos de millones de personas que estaban excluidas de los debates en los que Bundy fue un participante clave difícilmente podían compartir su sangre fría. Muchas naciones, y de hecho muchos estadounidenses, vivieron la semana siguiente dominadas por la incertidumbre y el miedo. John Guerrasio, entonces un niño de Brooklyn, se había acostumbrado a los simulacros de ataques aéreos de los viernes, en los que todos los estudiantes debían meterse debajo de sus mesas, y recuerda que, oyendo el discurso de Kennedy con su familia, pensó que «el mundo se iba a acabar en cualquier momento». [36] El comandante Bill Smith, el edecán del general Max Taylor en la fuerza aérea, cuenta: «Estaba muerto de miedo: fue la única vez en que de verdad creí que la guerra nuclear era probable». [37] En el Greenwich Village de Nueva York, «la gente se cruzaba de brazos preguntándose si había llegado el final, y yo también», recuerda Robert Zimmerman, un cantante poco conocido que unos meses antes había cambiado su nombre por el de Bob Dylan. Más tarde diría que una de esas noches permaneció despierto durante horas jugando con la letra de «A Hard Rain’s a-Gonna Fall» para capturar «la sensación de vacío». [38] No estaba seguro de si viviría para escribir otra canción.

El presentador de televisión Walter Cronkite se descubrió planteándose la absurda pregunta de qué podía hacer en caso de encontrarse en el estudio

de la CBS cuando los misiles rusos comenzaran a caer sobre las ciudades estadounidenses: «Teníamos un cuarto de máquinas donde estaban las calderas y nos preguntamos si había algún modo de convertirlo en un refugio antiaéreo. Por primera vez nos enteramos del tiempo que tendríamos después de la explosión, antes de que los humos [y el] calor nos alcanzaran».[39] El estudiante de arquitectura cubano José Linares dice: «Todos estábamos en vilo pensando en lo que podría pasar: ¿se presionaría el botón?».[40] El agente de la KGB Mijaíl Liubímov, que por esa época estaba en Gran Bretaña, dijo: «Nos sentíamos condenados, por completo impotentes en una atmósfera que olía a guerra, temerosos de acabar destruidos por un bombardeo de nuestra propia gente. Tenía un hijo que acababa de nacer allí en Londres».[41]

Además de las manifestaciones contra el bloqueo convocadas por grupos de izquierda por toda Latinoamérica, simpatizantes de Castro o agentes al servicio de La Habana en la región llevaron a cabo algunos intentos ineficaces de sabotear instalaciones estadounidenses. Destacó en particular, en Venezuela, el lanzamiento de explosivos desde una lancha a motor contra la planta de energía eléctrica que abastecía a un yacimiento petrolífero propiedad de la Standard Oil. Las principales víctimas del ataque fueron los saboteadores, que volaron con la dinamita su propia embarcación: la explosión mató al patrón e hirió gravemente a los dos tripulantes.

En la tarde del 23 de octubre, Harold Macmillan informó de la situación al líder de la oposición Hugh Gaitskell, a su segundo, George Brown, y al futuro primer ministro Harold Wilson: «No tenían mucho que decir. Brown fue más enérgico que [Gaitskell]. Wilson me pareció muy evasivo. Por suerte, todos ellos desconfían profundamente los unos de los otros».[42] El primer ministro también informó a la reina, una cita de la que solo apunta con cierto anticlímax que su majestad estaba «naturalmente muy interesada en Cuba». Agotado, pasó la velada con su confidente Ava Waverley, la

disipada viuda, primero, del diplomático Ralph Wigram y, más recientemente, de sir John Anderson, uno de los miembros del gabinete de guerra de Churchill. El secretario privado de Macmillan, Philip de Zulueta, llegó a su casa muy tarde. Su esposa contaría después: «¡Qué cara traía! [Dijo]: "De verdad que lo siento mucho, pero es posible que mañana estemos en guerra"».[43] El diputado laborista John Morris habló de «un sentimiento general de impotencia, mejor aún, de desesperanza».[44] Un escolar de doce años, sobrino del secretario de Asuntos Exteriores, escribió tiempo después: «Pensé que todos íbamos a morir, pues el presidente Kennedy había retado a Jrushchov a revelar su juego».[45] Sin embargo, no todos los británicos entendieron la gravedad de la situación. Un reportero radiofónico de la BBC que sondeaba la opinión de los transeúntes en las calles de la capital se topó con una mujer que le dijo: «Ni idea, de verdad, yo solo estoy Londres para pasar el día».[46]

En Cuba, Juan Melo acompañó a un colega al hospital de Matanzas en el que la mujer de este acababa de dar a luz a un niño. Durante el viaje de regreso a La Habana, el padre suspiró con tristeza y dijo: «¡Pensar que nunca más volveré a ver a mi hijo!». Melo comenta: «Ese era el estado de ánimo de esos días».[47] Marta Núñez, que entonces tenía dieciséis años, se sentía en un dilema desolador, pues había crecido sintiéndose en parte estadounidense: «Para mí, la crisis significó la perspectiva de una guerra inminente con Estados Unidos, apenas cuatro meses después de dejar mi burbuja en la escuela americana. Realmente esperábamos que nos invadieran».[48] Ella había trabajado en un hospital durante y después de los sucesos de playa Girón: «Ya había visto los muertos, los amputados, la sangre. Sabía cómo era la guerra».

No obstante, la crisis despertó en muchos cubanos una emoción nueva y muy intensa. En las calles se saludaban unos a otros con el grito de guerra de Castro: «¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!»; o bien «¡Viva Cuba! ¡Viva la Unión Soviética!». El poeta Yevgueni Yevtushenko, entonces dedicado a

ser el bardo de Castro y el heraldo del pueblo ruso en Cuba, escribió un poema que se convertiría en editorial del *Pravda* y cuyos últimos versos decían: «Estados Unidos, será difícil recuperar la grandeza / que has perdido en tus juegos ciegos. / Entre tanto, una pequeña isla, manteniéndose firme, / ¡se convierte en un gran país!».

Aunque a los rusos se les dijo menos que a cualquier otra nación sobre el drama en curso, muchos entendieron la gravedad de lo que ocurría. El moscovita Iván Seleznev escribió en su diario íntimo deplorando la «enloquecida carrera armamentista».[49] Estaba desconcertado por la revelación del despliegue de los misiles soviéticos en Cuba, algo que «el gobierno soviético y sus representantes en la ONU ... habían negado de forma categórica ... La tercera guerra mundial, esta vez con armas nucleares, podría estallar en cualquier momento». Su conciudadano el maestro de escuela Leonid Lipkin escribió el mismo día: «Hay un informe alarmante en *Izvestia*. El presidente Kennedy dio órdenes a la armada estadounidense de bloquear Cuba y detener y registrar todas las embarcaciones, sin importar de qué país sean, que se dirijan a Cuba. El objetivo es detener los cargueros que transporten armas ofensivas. Los buques que no obedezcan la orden serán hundidos. La declaración en respuesta de la TASS era bastante inteligente. Los ejércitos del Pacto de Varsovia han recibido la orden de estar preparados para el combate. Estados Unidos va a construir doce emplazamientos de misiles en Israel».[50] Con todo, la entrada concluía con una inesperada nota de optimismo: «La guerra aún no ha estallado en Cuba, y no creo que lo haga. Alguien cederá...».

Cada día, el aspirante a poeta Nikolái Kozakov pasaba horas manipulando su radio Vostok para vencer los sistemas de interferencias soviéticos y sintonizar emisoras extranjeras: «El éter estaba lleno de información fascinante de todo tipo, por completo desprovista de sesgos. Con que solo pudiéramos oír todo eso ... Pero los cerdos rojos que gritan sobre las cumbres de la democracia y la libertad siguen cercenando todo

esfuerzo de los ciudadanos por llegar a la cultura y la política burguesas».[51] Tamara Kosij, que entonces tenía quince años, dice con rotundidad: «¿Cómo podíamos los rusos estar tan asustados cuando tantísimos de nosotros habían sido testigos de la guerra civil y la gran guerra patriótica? Sentíamos que nuestros líderes nunca permitirían que se repitieran Hiroshima y Nagasaki».[52] Valeri Galenkov, que por la época de la crisis tenía dieciocho años, recuerda: «Pensaba que Jrushchov tenía razón. Cuba era nuestro aliado. Si no nos hubiéramos jugado el pellejo y plantado cara a los agresores, ¿quién sabe qué habría sido de Cuba y de nosotros?».[53]

Boris Vronski, de sesenta y cuatro años, escribió en su diario el 23 de octubre: «Las últimas veinticuatro horas nos han llevado más cerca que nunca al borde de una guerra aterradora. Una catástrofe irreparable puede cernirse sobre nosotros en cualquier momento, y la humanidad entera se encuentra amenazada. Nadie quiere pensar en la posibilidad de que pase lo peor, pero tampoco quisimos creerlo [en 1941] a pesar de todas las señales que nos advertían de la inminencia de la guerra».[54] El mismo día, Leonid Lipkin recoge en su dietario: «El dinosaurio inglés Bertrand Russell, que tiene noventa años, envió telegramas angustiosos a los dirigentes de Estados Unidos, Rusia e Inglaterra. La respuesta de nuestro líder fue razonable, pero severa. Es bastante difícil entender quién tiene la culpa del conflicto. Si en Cuba nuestros líderes establecieron una base militar en las narices de Estados Unidos, lo cierto es que los yanquis también han establecido muchas bases alrededor de nuestras fronteras. Resulta complicado entender estos acontecimientos con claridad cuando estás en medio de ellos. A nosotros, la gente normal y corriente, solo se nos cuentan los hechos una década después, y a menudo entonces también de forma adulterada». Con sarcasmo, e incluso con amargura, el diarista agrega: «No se nos pueden confiar los secretos. En nuestro caso, en lo único en que se puede confiar es

en que moriremos en beneficio de los dueños de las dachas y las limusinas».[55]

También el 23 de octubre, después de comer borsch y gachas de mijo, Nikolái Kozakov escribió en su diario que, si bien encontraba desconcertante el embrollo cubano, cuando se enteró a través de la Voz de América del despliegue secreto de los misiles sintió cierta simpatía por Estados Unidos: «¿A quién le va a gustar algo así, y a solo [150 kilómetros] de su territorio? Lo más probable es que Castro contara con el apoyo del tiburón [Jrushchov] y la cosa se les fue de las manos».[56] Cuando Kozakov oyó el relato de Radio Moscú sobre los preparativos militares soviéticos, la certeza de que alguien había metido la pata no le hizo sentirse más sabio: «En resumen, se está desarrollando un gran escándalo». Luego se dedicó a rastrear las ondas en busca de las «voces de la libertad», es decir, emisoras de radio extranjeras que no estuvieran bloqueadas: «Tropecé por casualidad con la transmisión en ruso de la RTF [la Radiotelevisión Francesa]. El programa ya estaba llegando a su fin y lo único que alcancé a escuchar fue que los incidentes fronterizos entre China y la India aún continuaban, los tanques chinos han penetrado en territorio indio y han tomado cuatro puestos fronterizos y algunas ciudades. ¿Qué va a pasar si esos cerdos de ojos rasgados se salen de control? Esto no es vida. Esto es una tortura, acompañada por un miedo a la guerra que no termina nunca. Lo que es seguro es que, gracias a Cuba, vamos a pasar a la historia».

Dentro de Estados Unidos, las protestas contra la política de la administración respecto a Cuba fueron sorprendentemente escasas y débiles. Pequeños grupos se manifestaron con pancartas que exigían: «Acabad con la carrera armamentista, no con la raza humana». En la Universidad de Indiana, un puñado de activistas provistos de carteles con consignas antigubernamentales se vieron forzados a refugiarse en una biblioteca, después de que una multitud de dos mil personas los acosara con preguntas e insultos hasta forzarlos a interrumpir la protesta. En Cornell,

dos profesores que exponían sus argumentos en contra de la postura estadounidense tuvieron que abandonar la tribuna después de que se los sometiera a una lluvia de piedras y montones de tierra. Los huevos y las naranjas cayeron asimismo sobre unos profesores de la Universidad de Minesota críticos con el gobierno. En Ann Arbor, Michigan, una manifestación de cuatrocientas personas, la mayoría simpatizantes de Mujeres por la Paz, repartió octavillas en las que se exigía poner fin a lo que se describía como «juego de la gallina, con la humanidad en los parachoques». Al tiempo que atacaban a Jrushchov por desplegar misiles en Cuba, los participantes también reclamaban que el gobierno de Estados Unidos mantuviera las manos fuera de la isla. No obstante, estos manifestantes se vieron superados en número por una turba de seiscientos estudiantes que los abuchearon y atacaron con huevos y piedras. En Atlanta, una mujer llamada Alice Lynd fue despedida de su trabajo en una guardería tras participar, junto a una treintena de activistas, en una protesta contra el gobierno.

Muchos radicales que deploraban en igual medida el totalitarismo y la opresión de la URSS y el imperialismo y racismo de Estados Unidos tuvieron dificultades para encontrar una posición ante la crisis que fuera coherente con sus ideales. En un mitin celebrado al aire libre en Boston, el marxista Barrington Moore expuso la tesis de que para salvar al mundo se necesitaban «revoluciones simultáneas en Estados Unidos y la Unión Soviética», pero apenas consiguió convencer a alguno de sus pocos oyentes. A lo largo de la década, muchos estadounidenses jóvenes decidirían que les resultaban más odiosos los defectos de su propio país, que tenían a la vista delante de ellos, en especial en Vietnam, que las deficiencias para ellos invisibles del otro bando. Sin embargo, en octubre de 1962, la izquierda estadounidense seguía confundida y dividida y era en extremo minoritaria.

En otras partes del mundo, muchas personas en verdad creían que no sobrevivirían a la crisis; que sus hijos no vivirían para alcanzar la madurez;

que las generaciones por nacer estaban condenadas. El hecho de que la catástrofe que inspiraba tales terrores no se haya producido no disminuye en absoluto su realidad en la mente de los hombres, mujeres y niños que vivieron ese octubre.

2. «¡Disparar al timón!»

Cuando George Ball despertó en Washington la mañana del 23 de octubre, después de pasar la noche en un incómodo catre en su despacho en el Departamento de Estado, se encontró a Dean Rusk de pie junto a él. «Nos hemos apuntado una importante victoria», le dijo con ironía el secretario de Estado: «Seguimos vivos». El ExCom se reunió de nuevo a las diez de la mañana, y McNamara pidió que se decidiera cuándo debía entrar en vigor el bloqueo de Cuba por parte de Estados Unidos. Él mismo propuso que se fijara un plazo lo antes posible tras la reunión, que se celebraría más tarde ese mismo día, de los representantes de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en Washington: el gobierno abrigaba la esperanza de que el foro aprobara una resolución apoyando la medida, lo que otorgaría a la acción estadounidense un barniz de legalidad, en vista de que no tenía posibilidades de obtener el respaldo de la ONU, donde el veto de Moscú era inevitable. El secretario de Defensa también instó al presidente a decidir de inmediato cuál sería la respuesta de Estados Unidos si un misil tierra-aire soviético disparado desde Cuba derribaba un U-2. Él, señaló, coincidía con los jefes del Estado Mayor Conjunto al recomendar que a dicha acción se respondiera con el envío, en las dos horas siguientes, de ocho aviones de combate para eliminar el sistema de lanzamiento responsable. Aunque Maxwell Taylor planteó que sería difícil identificar la base culpable, un importante inconveniente práctico, se acordó que en principio esa sería la respuesta.

El presidente pidió información actualizada sobre la reubicación de las fuerzas estadounidenses para la acción militar: ¿estaba todo lo necesario en marcha? Sí, se le dijo. La 82.ª y la 101.ª División Aerotransportada, la 5.ª División de Infantería de Marina y la 1.ª División Blindada acorazada estaban ya de camino a la costa este, donde algunos soldados terminarían acampando en el hipódromo del Gulfstream Park en Hallandale, Florida, y acudiendo a primera hora de la mañana a las pistas para ver ejercitarse a los purasangres. Había una preocupación significativa sobre la defensa aérea de las bases, pistas de aterrizajes y aeropuertos locales, ahora repletos de aviones de combate de todo tipo, que podían con facilidad convertirse en blanco de las incursiones de soviéticos y cubanos: «Este es uno de esos ejemplos bastante cómicos de la excesiva sofisticación de nuestro armamento», dijo Max Taylor. «Lo tenemos todo, salvo para lidiar con un avión sencillo que se acerque volando a baja altura ... Por desgracia, la congestión es inevitable». Eso incluía el aeródromo de West Palm Beach, que habitualmente solo utilizaban los aviones privados de los turistas ricos. El presidente, por supuesto, lo conocía bien: «Menudo aeropuerto militar», dijo.

Comentaron una contingencia que se consideraba muy probable: que cuando los estadounidenses comenzaran a registrar los barcos con destino a Cuba, los soviéticos intensificaran los controles sobre los camiones del ejército estadounidense que circulaban por la autopista que unía Alemania Occidental con Berlín Oeste. En tal caso, dijo Kennedy, someterse parecía ineludible. El presidente y sus asesores estaban desconcertados porque las últimas imágenes obtenidas por los vuelos de reconocimiento aéreo mostraban los aviones alineados uno al lado del otro en los aeródromos de la isla: no se había hecho ningún intento de dispersarlos o camuflarlos. Eso indicaba que no esperaban ser atacados, es decir, ir a la guerra.

Entonces llegó Dean Rusk, que estaba exultante. Contradiciendo los recelos que algunos abrigaban, el apoyo a la acción del gobierno en la

reunión de la OEA había sido abrumador. La votación tendría lugar a las tres de la tarde. «¡Anda! ¡Eso es maravilloso! ¡Genial! ¡Fantástico!», se oyó exclamar a la vez a los presentes. El hecho de que el secretario de Estado repitiera allí la broma agradecida que le había hecho antes a George Ball —«Creo que fue clave que siguiéramos aquí esta mañana»— es un indicio de los enormes temores e incertidumbres que dominaban el ánimo de estos hombres. El miedo a que los soviéticos respondieran al discurso del presidente disparando sus misiles (una posibilidad remota, pero no descartable dado el estado de locura que parecía haberse apoderado del Kremlin) había pesado en algunas conciencias, incluida la de Rusk, que agregó: «Hemos superado *la* contingencia: un ataque inmediato, repentino e irracional». Desde la cumbre de Viena, el secretario de Estado albergaba serias dudas sobre la cordura de Jrushchov.

A continuación se informó a los presentes de que los rusos estaban retrasando la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU prevista para esa tarde; la razón era, obviamente, que la delegación soviética estaba sumida en el caos. El subsecretario de Estado Alexis Johnson dijo: «Estupendo. Genial ... De verdad los hemos cogido con las contingencias bajadas». Y eso era, en efecto, lo que los estadounidenses habían hecho: al representante soviético ante la organización, Valerián Zorin, el mismo hombre que dos años antes se había visto reducido a la desesperación debido al comportamiento de Jrushchov en la cumbre de París, no se le había dicho sobre el despliegue cubano más de lo que se le había dicho al embajador Anatoli Dobrynin, es decir, nada. Robert Kennedy escribiría más tarde que el estado de ánimo esa mañana era, sin lugar a duda, bastante más positivo que en días anteriores: «Había un cierto espíritu de levedad, no alegría, ciertamente, pero sí, quizá, una sensación de relax. Habíamos dado el primer paso, no había estado tan mal y estábamos vivos».[57] A lo largo de la semana la situación experimentaría muchos altibajos, pero es claro que para los miembros del ExCom este fue un buen momento.

El presidente manifestó que su principal preocupación era garantizar que no se permitiera que ningún error en primera línea —es decir, por parte de los subordinados a cargo de las armas en tierra, mar o aire— precipitara una iniciativa o respuesta violenta de Estados Unidos: no se realizaría ninguna acción de este tipo a menos que obedeciera a una decisión adoptada en la Casa Blanca. Kennedy reiteraría esa inquietud más tarde, en una reunión en el Despacho Oval con su hermano, Sorensen y O'Donnell: «El mayor peligro y riesgo en todo esto es un error de cálculo, un error de juicio». [58] El mandatario era consciente del peligro que suponía la belicosidad (y la intransigencia que esta alentaba) de los jefes de sus fuerzas armadas.

Tres horas después de que comenzara esa reunión, se produjo un acontecimiento importante: noticias del Kremlin, Nikita Jrushchov había respondido a la carta de Kennedy y al discurso televisado. El tono del líder soviético era malhumorado: «Debo decir con franqueza que las medidas esbozadas en su declaración representan una grave amenaza para la paz y la seguridad de los pueblos. Estados Unidos ha tomado abiertamente un camino de flagrante violación de la Carta de Naciones Unidas, un camino de transgresión de las normas internacionales sobre la libertad de navegación en alta mar, un camino de acciones agresivas tanto contra Cuba como contra la Unión Soviética ... No podemos reconocer el derecho de Estados Unidos a ejercer el control sobre unos armamentos indispensables para que la República de Cuba fortalezca su capacidad defensiva. Confirmamos que los armamentos que en la actualidad se encuentran en Cuba, independientemente de la clasificación a la que pertenezcan, están destinados de forma exclusiva a fines defensivos, con el propósito de proteger a la República cubana del ataque de un agresor».

La Casa Blanca no esperaba menos. La buena noticia, y parecía importante, era que Jrushchov no hacía ninguna amenaza explícita de recurrir a la fuerza. No obstante, la ampulosa carta dejó al presidente y a sus asesores dudando sobre cómo los rusos se proponían responder al bloqueo

de la armada estadounidense. Kennedy todavía tenía que hacer frente al dilema de si debía o no ordenar a los buques de guerra disparar contra, y en caso de ser necesario hundir, las embarcaciones que intentaran desafiar el bloqueo. Este problema llegaría a un punto crítico en cuestión de horas, cuando los primeros barcos de carga soviéticos, que ya estaban siendo rastreados por los aviones estadounidenses, se acercaran a la «línea de cuarentena» anunciada. Al menos, sin embargo, nada en la respuesta de Jrushchov representaba una escalada o amenazaba con ella. Por el momento, la carta ayudó a levantar los ánimos del ExCom.

La tarde trajo la confirmación de las buenas noticias diplomáticas: la OEA había votado de forma sólida a favor de la resolución propuesta por Estados Unidos, la cual autorizaba a los miembros a usar la fuerza, ya fuera de manera individual o colectiva, para imponer una cuarentena a Cuba. Un cínico podría señalar que muchos de los miembros de la OEA eran regímenes satélites de Estados Unidos, algunos de ellos deplorables. En cualquier caso, este resultado era útil y positivo.

Al final de la tarde, en la siguiente reunión del ExCom, se acordaron los detalles de las reglas de enfrentamiento que seguiría la armada para hacer cumplir el bloqueo. Una de las más destacadas era que si se pedía a un barco soviético que se detuviera y este optaba por dar media vuelta, no debía dispararsele, al menos no el primer día. McNamara también consiguió que se acordara que solo se interceptaría a los barcos soviéticos que se acercaran a Cuba, no en el océano. El mismo presidente previó que los mayores problemas para ambos bandos tendrían lugar en las primeras horas después de la entrada en vigor del bloqueo y que, probablemente, los soviéticos buscarían ponerlo a prueba. Esa tarde, se había enviado otra carta a Jrushchov a través de la embajada de Estados Unidos en Moscú, cuya última oración decía: «Espero que de inmediato dé usted a sus barcos las instrucciones necesarias para observar los términos de la cuarentena, cuyo fundamento ha quedado establecido en la votación de la Organización de

los Estados Americanos esta tarde, y que entrará en vigor a las 1400 horas de Greenwich del 24 de octubre», cuando en el Caribe eran las diez de la mañana.

Kennedy le dijo al ExCom: «Bien, ahora, ¿qué hacemos mañana por la mañana cuando esos ocho barcos [soviéticos con destino a Cuba] continúen navegando? ¿Tenemos todos claro cómo vamos a gestionarlo?». Maxwell Taylor dijo: «Disparándoles al timón, ¿no?». McNamara, con paciencia, replicó: «Max, ese es el problema. Queremos ser muy cuidadosos». Se decidió que lo ideal era probar el procedimiento de detener y registrar un buque que casi con toda seguridad transportara armamento peligroso y, por ende, que el Pentágono debía esforzarse por identificar alguno.

La armada estadounidense había trasladado seis FSU-1P Crusader de su Escuadrón Fotográfico Ligero «Fightin' Photo», una unidad especializada en reconocimiento aéreo, a Cayo Hueso, desde donde pronto comenzaron a realizar misiones sobre Cuba, la primera de ellas el día 23. Divididas en tres parejas, en formación «Loose Deuce», las aeronaves se acercaron a los emplazamientos de los misiles a una velocidad de 650 kilómetros por hora y una altitud de 120 metros, filmaron durante treinta segundos y volvieron a casa. Tras aterrizar en Cecil Field y entregar la película, el comandante Bill Ecker, un veterano de la segunda guerra mundial, recibió la orden de despegar de nuevo y volar a Washington para informar directamente a los jefes del Estado Mayor sobre su experiencia en Cuba. Tres horas más tarde llegó al Pentágono y, todavía enfundado en su traje de vuelo, se le condujo a la sala de reuniones conocida como «el tanque». Con nerviosismo, se disculpó por estar sudoroso y maloliente, lo que hizo que Curtis LeMay le replicara: «Maldita sea, ha estado pilotando un avión, ¿no es así? ¡Tiene que sudar y apestar! Siéntese». El aviador de la armada les dijo a los jefes que su formación no había atraído fuego desde tierra y que los pilotos habían

visto una gran cantidad de equipo en la superficie, parte de él recién camuflado. Cuando Ecker regresó a la base en Cayo Hueso, el personal de tierra pintó en el fuselaje de su avión, a los pies de una caricatura de Castro, el símbolo del pollo que usaban para señalar cada incursión fotográfica exitosa en la isla. Los pilotos comenzaron a hablar de esos vuelos como de «apuntarse otro pollo».

INTERNATIONAL EDITION

"All the News That's Fit to Print"

The New York Times.

VOL. CXII . . . . No. 38,258 PARIS, TUESDAY, OCTOBER 23, 1962.

U.S. IMPOSES ARMS BLOCKADE ON CUBA ON FINDING OFFENSIVE-MISSILE SITES; KENNEDY READY FOR SOVIET SHOWDOWN

U.S. JUDGES GIVEN POWER TO GRANT VOTE TO NEGROES

High Court Upholds Order Forcing Registration of 54 in Alabama County

Chinese Open New Front; Use Tanks Against Indians

Nehru Warns of Peril to Independence —Reds Attack Near Burmese Border and Press Two Other Drives

By The Associated Press

Excerpts from Nehru's speech are printed on Page 3.

SHIPS MUST STOP

Further Steps Planned if Offensive Missiles Are Not Dismantled

By JAMES RESTON

Leading Officials Respond to Call by President



Senator Thomas H. Kuchel, Republican of California, dons U. S. Navy flying gear as he prepares for jet trip to Washington.

Vice President Johnson arrives at side door of White House shortly before President and National Security Council.

PRESIDENT GRAVE

Asserts Russians Lied and Put Hemisphere in Great Danger

Text of the President's talk appears on Page 4.

By ANTHONY LEWIS

Special to The New York Times.

U.S. Urges U.N. to Exclude Red China as Aggressor

By SAM POPE BREWER

U.S. SAID TO EASE KATANGA POLICY

Reported Willing to Put Off Any Economic Sanctions —Congolese Disturbed

By LLOYD GARRISON

Big U.S. Force Gathers To Enforce Quarantine

By JACK RAYMOND

U.S. IS AWAITING SOVIET REACTION

Threats to U. S. Bases Are Expected in Retaliation for Move on Cuba

By MAX FRANKEL

CONGRESS CHIEFS FLOWN TO CAPITAL

Armed Forces Planes Pick Them Up in Many States After Kennedy Call

By C. P. TRUSSELL

Reds Delaying Civilian Traffic From Berlin to West Germany

By SYDNEY GRUSON

32 Lost as Ship Sinks In Western Norway

By Reuters

Havana Announces Forces Are Alerted

Stocks Plunge Early On Crisis, but Rally

By RICHARD RUTTER

Portada del *New York Times* del 23 de octubre de 1962.

THE WEATHER
Mostly cloudy and cool Tuesday with a high near 50. See Page 62.

CHICAGO SUN-TIMES

★ ★ ★ FINAL HOME EDITION

Vol. 15, No. 226 | Phone 321-3000 | TUESDAY, OCTOBER 23, 1962 | 72 Pages—7 Cents

President Orders Cuba Blockade To Halt Red Buildup



"Drop it!"

By Merriman Smith

WASHINGTON (UPI)—President Kennedy Monday night clamped a naval blockade on Cuba because Soviet intermediate-range missiles and other arms had turned the island into an armed camp capable of hurling destruction into the heart of America.

The build-up, the President said in a nationwide radio-television report to the people, now includes ballistic missiles capable of firing nuclear warheads for more than 1,000 miles.

To halt the build-up, the President ordered a seven-step program, including a strict quarantine on all shipments of offensive military equipment to Cuba.

This will involve a strict naval blockade but the blockade will not, he said, deny the Cubans the necessities of life.

In addition to the quarantine, Mr. Kennedy also announced that he had taken these "initial" steps:

1 Continued, increased surveillance of Cuba and its military build-up with orders to the armed forces "to prepare for any eventualities."

2 A declaration of American policy stating that this nation will regard any nuclear missile launched from Cuba against any nation in the Western Hemisphere "as an attack by the Soviet Union on the United States, requiring a full retaliatory response upon the Soviet Union."

3 Reinforcement of the U.S. naval base at Guantanamo Bay and the start Monday of evacuation of armed forces dependents stationed there. In this connection, Mr. Kennedy ordered additional military units, apparently in this country, to stand by on an alert basis.

4 He called for an immediate meeting of the "organ of consultation" under the Organ-

Turn to Page 4

President and Johnson cancel political campaigning because of Cuban crisis, Page 5.

Cuba puts military forces on alert, Page 4.

Situation in Cuba "perfectly normal," the Italian and French ambassadors in Havana tell Sun-Times city desk by telephone. Page 7.

Walter Lippmann discusses the national crisis. Page 22.



President Kennedy tells the nation the United States has thrown a naval blockade around Cuba. (UPI)

BULLETIN

WASHINGTON (UPI)—The Defense Department announced Monday night it will search, and sink if necessary, the ships of any nation that may be carrying offensive weapons to Cuba.

Text Of Address Is On Page 6

Portada del *Chicago Sun-Times* del 23 de octubre de 1962.

Para comprender la soberbia del ejército estadounidense en 1962, es importante recordar que todos los servicios estaban dirigidos por hombres que habían participado en el triunfo supremo de las fuerzas armadas de su nación, la victoria sobre Alemania y Japón menos de dos décadas atrás. Desde entonces, las legiones de Estados Unidos se habían desplegado a lo largo y ancho del mundo para hacer frente a la amenaza comunista, pero solo habían combatido de manera significativa en Corea. Aunque el conflicto de 1950-1953 había comenzado mal para las fuerzas estadounidenses, terminó bien, con un formidable ejército aliado defendiendo la integridad de Corea del Sur frente a las huestes chinas. Las principales formaciones que ahora se iban desplegando para la posible invasión de Cuba (la 82.ª y la 101.ª División Aerotransportada, la 5.ª División de Infantería de Marina, la 1.ª División Blindada) eran las sucesoras de los héroes del Día D y de Arnhem, de Iwo Jima y de Bastoña, leyendas cuyas reputaciones resonaron en todo el mundo libre, símbolos de un poderío que sus propios comandantes consideraban invencible. Esos soldados con los hombros cubiertos de estrellas nunca dudaron ni por un momento que, de producirse la invasión, acabarían con la chusma, ya fuera cubana o rusa, que se atreviera a desafiarlos en la isla caribeña.

En el otro bando, los generales de Jrushchov, héroes del Ejército Rojo en la segunda guerra mundial, se consideraban tan victoriosos como los hombres de Kennedy entre los Aliados occidentales. Plíyev y sus soldados estaban tan dispuestos a matar estadounidenses como Taylor y sus subordinados a «disparar al timón» de los rusos, en sentido figurado o literal. De hecho, podría decirse que unos y otros estaban incluso ansiosos por entrar en combate. El único militar en el que Kennedy mostró tener una plena confianza durante esa semana fue Lauris Norstad, que estaba a punto de terminar su mandato como comandante supremo de la OTAN, pero al que el presidente decidió mantener temporalmente en el cargo debido a la impresión que le causó la cabeza fría que había demostrado el general al

mantener bajo el nivel de alerta de las fuerzas de la OTAN en Europa para no contribuir al aumento de la tensión. Norstad coincidió con el primer ministro Harold Macmillan en que era conveniente evitar, de momento, cualquier clase de precauciones bélicas llamativas.

Ese martes al final de la tarde, la reunión del ExCom abordó escenarios sombríos en los que los barcos rusos se negaban a detenerse, la armada les disparaba y, luego, se descubría que solo transportaban alimentos, suministros médicos y personal sanitario. «¡Disparamos a tres enfermeras!», exclamó Bundy. Kennedy coincidió: «Eso es lo que podría pasar. Ellos van a seguir adelante. Y nosotros vamos a intentar disparar al timón o la caldera. Y luego vamos a intentar abordarlos. Y ellos van a usar una pistola, luego ametralladoras ... Así que creo que la toma de esos barcos va a ser una operación importante. Quizá tengamos que hundirlos en lugar de solo tomarlos».

Después de seguir discutiendo de forma desordenada y poco concluyente algunas posibilidades complejas, todas igualmente nefastas, el presidente comentó con ironía: «Voy a deciros, a todos los que considerabais que la opción del bloqueo era el camino fácil: ¡os dije que no lo hicierais!». Una explosión de risas nerviosas rompió la tensión. Luego retomaron el análisis de los distintos escenarios; los comentarios satíricos no dejaron de abrirse paso en el debate. McNamara informó de que el almirante Anderson temía que un submarino soviético pudiera intentar hundir uno de sus portaaviones. Kennedy, riéndose por lo bajo, dijo: «¿Queremos mantener el *Enterprise* allí? ... No queremos empezar perdiendo un portaaviones».

El estado de ánimo volvió a ensombrecerse cuando un funcionario del Pentágono informó al comité sobre la preparación de Estados Unidos en caso de un ataque con misiles, una exposición que abordó realidades horribles: «Si se usan las armas nucleares, podemos trazar un arco e intentar

dirigir los recursos en materia de defensa civil en [un radio de] unos dos mil kilómetros [desde Cuba], reservando algunos para la lluvia radiactiva en la periferia. Entran allí 92 millones de personas; 58 ciudades de más de cien mil habitantes». Miami, Atlanta, Houston, Dallas, Nueva Orleans, San Luis, Cincinnati y Washington D. C. eran solo las principales áreas urbanas que podían ser destruidas o, sencillamente, quedar devastadas. «Un ataque nuclear ligero, o relativamente ligero, de este tipo reduciría los factores de protección que usamos para decidir si los edificios existentes servirían como protección adecuada.» Después del torrente de estadísticas, el presidente preguntó por la viabilidad de evacuar a toda la población dentro de ese radio de dos mil kilómetros, si se tomara la decisión de invadir Cuba: «Ellos podrían disparar estas armas ... ¿Qué podríamos hacer nosotros ... [para] protegerlos, en la medida de lo posible, de la radiación? Y luego tienes el problema de la explosión ... de no sé cuántos megatones». Por desgracia, en cuanto a preparativos no era mucho lo que se podía hacer, más allá de poner señales que indicaran dónde estaban los refugios y tener reservas de alimentos in situ.

La reunión terminó poco después de las siete. Robert Kennedy se quedó a solas con su hermano, que tras atender una llamada desde la mansión colgó el teléfono visiblemente molesto. Jackie tenía invitados a cenar, encabezados por el marajá de Jaipur: lo último que necesitaba el presidente era compañía trivial, por muy noble que fuera. Bobby retomó la conversación sobre el bloqueo y preguntó: «¿Cómo lo ves?». El presidente dijo: «Oh, me parece un infierno. Tiene muy mala pinta, ¿no es así? Pero, por otro lado, era la única opción. Si los rusos se salen con la suya aquí, solo queda preguntarse dónde van a meterse a continuación». El fiscal general coincidió en que no había alternativa: si el presidente no hubiera actuado, opinó, habría tenido que enfrentarse a un proceso de destitución. «Eso es lo que pienso», dijo Kennedy.

Bobby le recordó que había sido un buen día en el terreno diplomático: contar con el respaldo de la OEA era fantástico. Además, el embajador británico, su amigo Ormsby-Gore, estaba demostrando tener más valor que el primer ministro y había afirmado de plano que Estados Unidos no tenía otra opción que hacer lo que hizo. Por otro lado, agregó, aunque Gueorgui Bolshakov, el oficial del GRU al que empleaba como canal extraoficial, aseguraba que los buques rusos desafiarían el bloqueo, Anatoli Dobrynin le consideraba un charlatán y siempre había instado al fiscal general a no hacerle caso. Una vez más los hermanos admitieron el desconcierto que a ambos les causaba el proceder de los rusos: ¿a qué estaban jugando? Robert dijo que le había pedido a Charlie Bartlett, un periodista amigo suyo, que intentara sacarle información a Bolshakov. Asimismo, trató de animar al presidente recordándole cuánto peor podía ser la situación: si la existencia de los misiles se hubiese filtrado antes de que el gobierno estuviera listo para presentar la historia en sus propios términos; o si la votación de la OEA hubiera sido diferente.

Esa noche, Robert Kennedy hizo arreglos para visitar en secreto la embajada soviética. Dobrynin era consciente de que debía tratarle con respeto en cuanto portavoz del presidente de Estados Unidos, pero el fiscal general nunca le había gustado ni inspirado confianza. El embajador le encontraba desagradable, le parecía estirado y arisco y, en ocasiones, macarra: «No cabe duda de que estaba muy cercano a su hermano, pero era una persona con la que resultaba difícil tratar. Solía venir para transmitirnos alguna queja en nombre del Presidente, y eso era todo ... Era una persona compleja y contradictoria que muchas veces perdía los estribos; en esos momentos se comportaba con grosería ... Sin embargo, cuando se topaba con un desaire, por lo general conseguía controlarse, pero de igual forma podía con facilidad enfadarse solo. Por esa razón las conversaciones con él tendían a ser irregulares y accidentadas». [59]

El diplomático ruso prefería tratar con Llewellyn Thompson o Robert McNamara, personas más frías, o incluso con Rusk, con quien bebía bourbon de cuando en cuando sin acercarse a un acuerdo sobre Berlín. Dobrynin encontraba al secretario de Estado tan aburridamente persistente en la defensa de sus ideas conservadoras como, en el extremo opuesto, podía serlo su propio jefe, Gromiko. Asimismo, le parecía «no muy imaginativo... Con todo, [Rusk] nunca recurría a propaganda barata o trucos engañosos. Era alguien en cuya palabra era posible confiar ... Era un auténtico caballero».[60] El embajador obviamente quería decir: a diferencia del fiscal general.

Esa noche, Robert Kennedy llegó a la embajada en lo que el embajador describiría después como «un estado de agitación».[61] El diplomático lo recibió en la entrada y lo condujo a una sala de estar privada en la tercera planta, donde Irina Dobrynin les sirvió café y luego los dejó. La posición del embajador era todavía menos envidiable que la de su visitante: su propio gobierno lo había engañado tanto como había engañado a los estadounidenses, pero ahora estaba obligado a defender la postura de la URSS frente a la diatriba del hermano del presidente. «Fue notablemente repetitivo en lo que dijo», escribió Dobrynin. «La conversación fue tensa y bastante vergonzosa para mí.» Kennedy denunció con insistencia las mentiras y engaños soviéticos. El ruso estaba obligado a responder que solo sabía lo que su gobierno le había dicho, en lo que no se incluía nada acerca de los misiles. El estadounidense preguntó qué instrucciones habían recibido los capitanes de los buques soviéticos. El embajador respondió que se les había dicho que desatendieran cualquier exigencia ilícita de detenerse y no se sometieran a registro alguno. Esto hizo que Kennedy reflexionara en voz alta antes de partir: «No sé cómo terminará esto, pero estamos decididos a detener esos barcos». Dobrynin dijo: «Pero eso sería un acto de guerra».

«Fueron demasiado lejos»: Eddie Germano en el *Brockton Enterprise Times*, 23 de octubre de 1962.

El embajador remitió a Moscú un relato textual de esa reunión, para hacer hincapié en el estado de agitación existente dentro del círculo íntimo del presidente. En sus memorias el diplomático se lamentaría de «cuán primitivas eran las comunicaciones de nuestra embajada con Moscú ... en un momento en el que no solo cada día, sino cada hora, contaba tanto». [62] El telegrama sobre la conversación con Robert F. Kennedy se codificó de manera manual en columnas de números. El procedimiento para enviarlo era el habitual con los mensajes urgentes: «Llamamos a Western Union, [que] enviaba un mensajero a recoger el telegrama. Por lo general, era siempre el mismo joven negro, que llegaba a la embajada en bicicleta. Sin embargo, una vez que se marchaba pedaleando con mi telegrama urgente, en la embajada solo podíamos rezar para que lo llevara a la oficina de Western Union sin demora y no se detuviera a charlar con alguna chica».

Cuando el mensaje de Dobrynin llegó por fin a Moscú, el ministro de Asuntos Exteriores Gromiko al parecer mandó a su personal que no lo distribuyera a los demás miembros del Presídium; en lugar de ello, habría dicho, él mismo transmitiría las noticias a Jrushchov. No obstante, no se conserva ninguna copia de esa comunicación en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y, por tanto, cabe dudar de que Gromiko de verdad lo hiciera. Dobrynin quedó así en el limbo: no recibió instrucciones de Moscú, ni respuesta alguna al mensaje que Robert Kennedy le había pedido que transmitiera acerca de la determinación estadounidense de hacer cumplir el bloqueo.

Ahora bien, ¿cómo, exactamente, iba a hacer eso? Uno de los momentos más famosos, o tristemente famosos, de la crisis tuvo lugar ese martes, a las 21.20, cuando Robert McNamara visitó el centro de mando de la armada en el Pentágono (conocido como «Flag Plot») y se descubrió enfrentado cara a

cara con los altos mandos navales, que recibían con amargura la intrusión de un jefe civil que les desagradaba en lo que percibían como *su* conflicto, en su derecho a decidir y, si correspondía, a luchar. La gran sala, a la que se ingresaba por una puerta vigilada por marines armados, estaba dominada por un mapa mural del Atlántico que mostraba la posición de los barcos estadounidenses y soviéticos. El secretario de Defensa comenzó a disparar preguntas al oficial que se hallaba de servicio allí: ¿cómo se daría el alto a las embarcaciones soviéticas? ¿Los barcos estadounidenses tenían intérpretes de ruso a bordo? ¿Qué órdenes tenían los buques de guerra estadounidenses sobre el modo en que debían actuar si un navío soviético se negaba a responder al alto? ¿Qué pasaba si los soviéticos abrían fuego? El desventurado marino demostró no tener la capacidad, o la disposición, a responder a la mayoría de las preguntas de McNamara. El secretario salió del centro de mando, entró en el despacho del almirante Anderson, el jefe de Operaciones Navales, al que el personal de la armada apodaba «Hermoso George».

Ninguno de los dos tenía mucho tiempo para el otro. Al almirante le molestaba que un hombre que hasta hacía poco era un ejecutivo de la industria automotriz se atreviera a decirle a la armada cuál era su trabajo. Había dado órdenes a sus oficiales sobre cómo hacer cumplir el bloqueo (que en su opinión era una respuesta lamentable al despliegue de los misiles soviéticos, equivalente a «cerrar la puerta del establo después de que hayan robado el caballo») y estaba satisfecho dejándolos cumplir con su deber. El secretario, sin embargo, quería saber cómo se daría el alto a los barcos soviéticos.

—Los llamaremos.

—¿En qué idioma: inglés o ruso?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿Qué harán si ellos no los entienden?

—Supongo que usaremos banderas.

—Bueno, ¿y si no se detienen?

—Realizaremos un disparo de advertencia delante de la proa.

—¿Y si eso no funciona?

—Entonces dispararemos al timón.

—Usted no va a disparar ni una sola vez a nada sin mi autorización expresa. ¿Está claro?

Tras eso, Anderson agitó en la cara de McNamara la Ley de guerra naval de 1955, la norma que establecía los procedimientos para abordar y registrar buques de guerra enemigos: «Está todo ahí, señor secretario», le espetó. El manual autorizaba la «destrucción» de los buques de guerra que se resistieran «de forma activa a su registro o captura». Roswell Gilpatric, segundo de McNamara y testigo ocular del episodio, recordaba que en ese momento Anderson explotó: «Esto no es asunto suyo. Sabemos cómo hacer nuestro trabajo. Lo hemos estado haciendo desde los días de John Paul Jones [uno de los padres de la armada estadounidense]. Y ahora, si regresa a sus dependencias, señor secretario, nos ocuparemos de ello». Antes de abandonar el despacho del jefe de Operaciones Navales, McNamara, que estaba tan enojado como él, concluyó: «Ya me ha oído, almirante, no habrá disparos sin mi permiso». [63]

Anderson afirmaría más tarde que él no había perdido los estribos con McNamara y que, sencillamente, le aseguró de buen humor que la armada sabía lo que estaba haciendo. Cualquiera que sea la versión ajustada a la realidad, el almirante era sin discusión un halcón que creía que la única respuesta legítima de Estados Unidos a los misiles cubanos era atacar la isla; y que resentía con amargura la gestión dictatorial de McNamara. Un aspecto clave de la crisis fue que forzó a los dirigentes políticos de Estados Unidos a afirmar su derecho absoluto a decidir la cuestión de la paz o la guerra, plantando cara a las estridentes objeciones de la mayoría de los altos mandos de las fuerzas armadas. Incluso si los detalles del incidente entre McNamara y Anderson siguen siendo objeto de discusión, el intercambio

evidencia una verdad fundamental, y aterradora, acerca de cuán limitada era la imaginación del almirante y la mayoría de sus colegas. Esos hombres no estaban ya en el siglo XVIII del capitán John Paul Jones. Estaban en un momento de finales del siglo XX en el que el error de juicio de un oficial naval en alta mar, bien fuera por descuido o irreflexión, podía encender un reguero de pólvora que condujera a la guerra nuclear.

Entre tanto, el presidente, después de asistir a la cena organizada por su esposa, tuvo una larga conversación con David Ormsby-Gore, al que confesó que no podía dejar de admirar la que, según creía, era la estrategia de los soviéticos: «Plantearon este desafío deliberado y provocador a Estados Unidos sabiendo que si los estadounidenses reaccionaban con violencia, ellos tendrían una oportunidad ideal para actuar contra Berlín Oeste. Por otro lado, si él no hiciera nada, los países latinoamericanos y los demás aliados de Estados Unidos pensarían que los estadounidenses no tenían una voluntad real de oponerse a las intrusiones del comunismo y, en consecuencia, buscarían minimizar el riesgo reconsiderando sus apoyos». [64]

Robert F. Kennedy se sumó a la velada alrededor de las 22.15, cuando regresó a la Casa Blanca para informar a su hermano de su improductivo intercambio con Dobrynin. Los estadounidenses le preguntaron al aristócrata británico, un hombre esbelto y de nariz aguileña, cómo creía que iba a resolverse la crisis, y recibieron una respuesta banal: o mediante un acuerdo negociado o yendo a la guerra, y todo el mundo en su sano juicio prefería lo primero. El inglés añadió que le parecía importante que antes de que se planteara la posibilidad de que el presidente se reuniera con Jrushchov, era necesario asegurarse de que el ruso no abrigara la ilusión de que obtendría de Estados Unidos concesiones unilaterales. En otras palabras, el embajador no compartía el entusiasmo de su primer ministro por una cumbre Este-Oeste. Ormsby-Gore realizó una sugerencia que tuvo un impacto práctico. Propuso establecer la línea de la cuarentena a novecientos kilómetros de Cuba, en lugar de los casi 1.500 propuestos. Y

Kennedy decidió hacerlo así, pasando por encima de la objeción de McNamara de que la armada quería que las interceptaciones se llevaran a cabo fuera del alcance de las aeronaves hostiles que pudieran despegar de Cuba. El cambio daba a todas las partes algunas horas extra muy útiles antes de que los barcos soviéticos se acercaran a la barrera invisible declarada por Washington. Graham Allison y Philip Zelikow han argumentado de forma convincente que el efecto de la intervención de Ormsby-Gore fue significativamente benigno. [65] Si el primer buque hubiera sido detenido en la madrugada del día 24, varias horas antes de que se recibiera la noticia del cambio de rumbo soviético, la armada estadounidense podría haber dado el alto al *Kímovsk*, que transportaba misiles balísticos de alcance intermedio (IRBM), con consecuencias incalculables. Esta sería la única contribución británica a la crisis verdaderamente influyente.

A lo largo de los siguientes días, se abriría una división crítica entre dos de los protagonistas de este drama trascendental. Cualquiera que fuera el contenido de sus declaraciones públicas, los líderes de Estados Unidos y de la Unión Soviética estaban guiados por el mismo deseo desesperado de evitar la guerra. Fidel Castro, por el contrario, parecía ver con buenos ojos la confrontación e incluso el conflicto. La crisis se adecuaba a su temperamento y a la pose de guerrero profesional que había elegido adoptar ante el mundo, yendo casi siempre armado y ataviado con uniforme de combate y botas. En una ocasión, mientras conversaba con el poeta Yevgueni Yevtushenko en La Habana, el líder cubano, para subrayar un argumento, sacó la pistola de la funda y golpeó con ella sobre la mesa. El poeta más tarde restaría importancia al gesto diciendo: «No me estaba apuntando con ella, fue algo simplemente instintivo». [66] Sin embargo, la persistente presentación de Cuba como una nación amenazada, obligada a

vivir en un estado de emergencia militar permanente, resultaba incomparablemente más conveniente para los intereses del régimen castrista que para los del pueblo cubano.

En esos días la isla adquirió a ojos del mundo una importancia que excedía con creces lo que merecían sus recursos, poder y logros inherentes. Su líder, por tanto, se descubrió donde siempre había exigido estar: en el centro del escenario. La amenaza de Estados Unidos le resultaba útil tanto para unir a su pueblo como para justificar la dura autocracia bajo la cual los obligaba a existir. Castro formaba parte del reducido y rápidamente decreciente número de personas en el planeta que, a finales de octubre de 1962, parecía no temer las consecuencias de la crisis. Seguía confiando en la voluntad y el poder de los soviéticos, así como en la coherencia de la política del Kremlin, para defender su revolución contra lo peor que los yanquis pudieran hacerle. Cuba contaba poco al lado de las dos superpotencias nucleares, pero las cabriolas de Castro habían conseguido mantener encendidas las pasiones de los estadounidenses conservadores. Estos no solo anhelaban humillar a los rusos que habían osado amenazarlos, sino también ajustar cuentas con los revolucionarios latinoamericanos que despreciaban los términos que Estados Unidos pretendía imponer a la relación de vecindad con una isla que consideraba suya.

En la noche del 23 de octubre, Fidel pronunció su propio discurso televisado en respuesta al del presidente Kennedy. El líder revolucionario, como solía hacer, desplegó el conjunto de su cuerpo para acompañar, como si se tratara de un instrumento, su voz aguda y fina y lanzarse en una diatriba que aprovechó la descripción que Kennedy había hecho de los cubanos como un «pueblo cautivo»: «A este pueblo que está armado y que tiene cientos de miles de hombres sobre las armas, y que tiene armas muy buenas, lo llama pueblo cautivo, pudiera añadir el pueblo cautivo y armado de Cuba». Las palabras del presidente, dijo Castro, no eran «la declaración de un estadista, sino la declaración de un pirata». Habló durante noventa

minutos, breve para el estándar habitual de su verbosidad. Por una vez, sin embargo, no exageró al concluir su discurso afirmando que: «Todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos somos uno en esta hora de peligro y nuestra, de todos, de los revolucionarios, de los patriotas, será la misma suerte, y de todos será la victoria». Cuando terminó la transmisión, multitudes de cubanos salieron a las calles con antorchas y velas para cantar a coro el himno nacional. Aunque Castro había hecho de su país una dictadura controlada mediante una dura represión, en aquellos días no cabía duda de la sincera determinación del pueblo cubano de unirse en apoyo de su líder para resistir la «liberación» de las fuerzas de Estados Unidos.

Fidel, por su parte, pasó el resto de la noche en su puesto de mando subterráneo, un búnker recién excavado en una ladera al otro lado del río Almendares desde el zoológico de La Habana. La instalación no era el mejor lugar para dormir, pues el calor resultaba opresivo y la falta de ventilación lo hacía sofocante, pero ofrecía cierta protección contra la esperada lluvia de bombas estadounidenses. A Castro le acompañaba no solo su propio Estado Mayor, sino también un alto oficial de enlace soviético. El líder revolucionario estaba furioso por los repetidos sobrevuelos de reconocimiento de la armada estadounidense, a los que, dijo con determinación, había que responder con fuego antiaéreo: «Déjalos fritos». Mientras que tanto para John F. Kennedy como para Nikita Jrushchov la crisis era un motivo de profunda preocupación, Castro se sintió espoleado por ella. Adicto al drama, se veía a sí mismo como una especie de Napoleón de su pueblo, preparado para hacer frente a cualquier destino que le estuviera reservado.

10

«El otro tío acaba de parpadear»

1. Gatillos sensibles

Al otro lado del mar, en el continente, hombres mucho más poderosos que Castro también anhelaban tener su momento de gloria. El general Thomas Power, el jefe del Comando Aéreo Estratégico (SAC), compartía la filosofía de Curtis LeMay acerca del conflicto. Rechazaba por completo cualquier posibilidad de salvar vidas soviéticas en caso de un enfrentamiento nuclear: «El único objetivo es matar a esos bastardos», le dijo a un estratega de la Corporación RAND. «Al final de la guerra, si quedan dos estadounidenses y un ruso, habremos ganado.» [1] Power se encontraba ahora en su puesto de mando, tres plantas bajo tierra en el cuartel general del SAC en Omaha, Nebraska, sentado a su escritorio con un teléfono dorado, que lo conectaba con el comandante en jefe de Estados Unidos, y uno rojo, para comunicarse con sus comandantes de ala y de base subordinados. A las diez de la mañana del miércoles 24 de octubre, por primera vez en los dieciséis años de historia del SAC, se le autorizó a elevar el estado de preparación de sus fuerzas a DEFCON 2, apenas a un paso de la guerra, y poner en alerta constante 1.436 bombarderos provistos con armas nucleares y 134 misiles balísticos intercontinentales (ICBM).

Además, por iniciativa propia y con la intención deliberada de infundir miedo en el otro bando, en lugar de emitir una orden en clave, Power, consciente de que los rusos monitoreaban todo el tráfico telefónico, llamó a sus bases para informar de la situación en un lenguaje claro, sencillo y por completo inaudito. El general dijo a los comandantes de ala: «Estamos en una situación muy peligrosa. Sé que todos estamos preparados para hacer el trabajo que hacemos, y quiero que sepáis que cuento con que lo haréis lo mejor que podáis porque estamos listos para proceder y vosotros estáis listos para la acción. Llevaremos a cabo nuestra misión. Tengo mucha confianza en vosotros. De verdad que la tengo». [2]

De un modo terriblemente parecido al recreado en la película *¿Teléfono rojo?*, los aviones y las tripulaciones del SAC se prepararon para la guerra, lo que elevaba el riesgo de que el Armagedón se produjera como consecuencia de un accidente o la imprudencia de un subordinado, justo lo que tanto temían tanto Kennedy como el primer ministro Macmillan. El número de bombarderos de la USAF que se encontraban de forma permanente en el aire se multiplicó por cinco, y algunos de ellos llevaban bombas cuyos procedimientos de armado no estaban certificados como seguros. Los comandantes regionales del SAC tenían autoridad para lanzar sus armas nucleares sin esperar órdenes de Washington, si tenían pruebas «inequívocas» de que la guerra había comenzado. Resulta extraordinario que figuras tan inestables como LeMay y Power tuvieran el poder de precipitar el Armagedón en cualquier circunstancia sin una autorización directa del comandante en jefe de la nación. John Lewis Gaddis escribe: «No es demasiado difícil ... imaginar cómo Estados Unidos podría haberse convencido a sí mismo de que estaba siendo objeto de un ataque nuclear, aunque ese ataque no se hubiera producido en realidad». [3]

Como había repetido con antelación el presidente, el Pentágono emitió la orden de que no debía dispararse desde Turquía ningún misil Júpiter sin contar con la autorización expresa de Washington. Sin embargo, no se

extendió esa restricción a los dieciséis F-100 estadounidenses armados con dispositivos nucleares de la base aérea de Incirlik, cerca de Adana, a menos de una hora de vuelo de la Unión Soviética, que habían sido puestos en alerta de quince minutos (es decir, que podían estar en el aire apenas un cuarto de hora después de haber recibido la orden). El teniente coronel Robert Melgard, comandante de uno de esos escuadrones de cazabombarderos, más tarde testificaría que la seguridad nuclear era «tan laxa que hace temblar la imaginación ... [durante la crisis] cargamos [los aviones con] todo [incluidas las armas nucleares], [dormimos] sobre mantas en la plataforma durante dos semanas, los aviones se averiaban, las tripulaciones estaban exhaustas». La artillería de esos aviones no contaba entonces con bloqueos codificados, de modo que los pilotos estaban en disposición de dispararla según su criterio. En ese momento, el comandante del escuadrón confiaba implícitamente en que sus hombres no actuarían de manera irresponsable o, de hecho, demente, pero «visto en retrospectiva, había algunos tíos a los que no les confiarías un fusil calibre .22, mucho menos una bomba termonuclear».[4] McNamara señalaría después: «Nuestros comandantes sobre el terreno podrían haber iniciado una guerra nuclear si hubieran querido, pues no teníamos PAL» («enlaces de acción permisivos», por sus siglas en inglés: los dispositivos de seguridad que impiden la utilización no autorizada del armamento nuclear).[5]

Por otro lado, en Estados Unidos algunos miembros de las dotaciones de los misiles Minuteman, que contaban con la nueva tecnología, puentearon sus ICBM para simplificar el proceso de lanzamiento, lo que aumentaba el riesgo de un disparo no autorizado. Lo mismo puede decirse de lo ocurrido en la base Vandenberg de la fuerza aérea, donde nadie pensó que, dadas las nuevas circunstancias creadas por la crisis, era conveniente detener las pruebas de misiles programadas, y ello a pesar de tener ya misiles balísticos intercontinentales armados con ojivas nucleares listos para ser lanzados. Por lo tanto, es casi seguro que un Atlas que despegó de su plataforma en las

islas Marshall fue observado por barcos soviéticos que permanecían frente a la costa para monitorizar tales actividades.

Tanto en su momento como después, los altos mandos de la USAF aplaudieron los preparativos de reacción instantánea. Desde entonces, el general Thomas Power creyó que la vigilancia soviética de su llamada telefónica a sus unidades de bombarderos y, por lo tanto, el conocimiento de que estas habían pasado a DEFCON 2, junto con su advertencia personal de que había que estar listos para atacar la Unión Soviética, había tenido, para usar sus propias palabras, «una gran influencia» en la retirada final de Jrushchov.[6] El analista de la NSA Kenneth Absher fue uno de los que respaldaron la conducta de los aviadores y más tarde escribiría que Curtis LeMay era «quizá el líder estadounidense más temido por los soviéticos ... Este temor, junto con su capacidad para escuchar las comunicaciones del SAC ... bien puede haber sido un factor importante en la decisión final de Jrushchov de dar marcha atrás».[7] Con todo, la cuestión es que quienes estaban al mando en el Pentágono y la Casa Blanca tenían menos control del que suponían sobre el estupendo arsenal nuclear de Estados Unidos, probablemente menos incluso del que LeMay y sus colegas del Estado Mayor creían poseer.

Mientras tanto, en el mar... Aunque Jrushchov había mandado, poco después del discurso de Kennedy, que ningún buque de carga soviético que llevara armas desafiara a la armada estadounidense, transcurrieron unas treinta horas antes de que la Casa Blanca se percatara de esa retirada crítica. El *Gagarin*, que transportaba misiles, había recibido la orden de Moscú de dar media vuelta a las 08.30 (según el horario de verano del este de Estados Unidos) del día 23, así que llevaba navegando más de nueve horas en dirección este, y por tanto alejándose de la línea de cuarentena, cuando a las seis de la tarde un avión Neptune de la armada, con su potente foco encendido, lo sobrevoló en repetidas ocasiones antes de detonar dos bengalas explosivas delante de la proa. Una hora más tarde, otro avión

estadounidense hizo seis pasadas sobre el barco, de nuevo con el haz de su reflector moviéndose veloz a través del mar; y a las 19.40 una tercera aeronave estuvo a punto de podar el mástil del buque soviético. Esa misma noche otros dos aviones harían lo mismo. Resulta extraordinario que transcurriera tanto tiempo entre que los Neptune pasaran zumbando por encima del *Gagarin* y que la Casa Blanca recibiera la noticia de su cambio de rumbo.

En otros lugares, los comandantes de la armada optaron por centrar su hostilidad en los submarinos soviéticos que circulaban por el Atlántico occidental. Semejante acoso solo se justificaba por el sentimiento de indignación que la provocación soviética había causado a los estadounidenses. Al igual que el general LeMay y el general Power en la fuerza aérea, el almirante Anderson puso a sus unidades en modo gatillo sensible. Según los informes, la noche del 24 de octubre, el jefe naval le dijo a Roswell Gilpatric: «De ahora en adelante, no tengo intención alguna de interferir con Dennison ni con ninguno de los almirantes en el teatro de operaciones». Más tarde, McNamara volvió a visitar el centro de operaciones de la armada en el Pentágono, donde preguntó con aspereza por qué dos destructores estadounidenses estaban navegando cientos de kilómetros más allá de la línea del bloqueo. Anderson le explicó que estaban manteniendo bajo control un submarino Foxtrot soviético. El secretario de Defensa preguntó quién había autorizado semejante acción. El almirante dijo que rastrear submarinos no identificados formaba parte de los procedimientos operativos estándar de la armada. McNamara quiso saber lo seguro que estaba el jefe naval de que el buque era soviético. «Confíe en mí», dijo Anderson. «¿No es eso peligroso?», preguntó el secretario de Defensa.[8] El almirante respondió: «Solo si así lo deciden ellos. De lo contrario, puede hacer lo que ha hecho en los últimos días, salir a la superficie para tomar aire y cargar las baterías». McNamara consideró la opinión de Anderson relajada hasta la imprudencia.

El almirante advirtió a los comandantes de la armada estadounidense del riesgo de sufrir «ataques por sorpresa de submarinos soviéticos», aunque es difícil imaginar un escenario realista en el que el primer acto de guerra ruso fuera un movimiento semejante. Y en lugar de aprovechar la ocasión para pedirles que evitaran los gestos provocativos, les aconsejó: «Durante los siguientes días, utilicen toda la inteligencia disponible, tácticas de engaño, maniobras de evasión». El mensaje terminaba con un «Buena suerte, George».[9] El afán de la armada de Estados Unidos por afirmarse en la confrontación con los rusos pronto precipitaría un enfrentamiento potencialmente letal. Desde la transmisión del discurso de Kennedy al pueblo estadounidense, Jrushchov era un hombre inquieto, y los líderes asustados pueden actuar y reaccionar de muchas maneras.

2. «¿Debo arrasar Cuba?»

La noche anterior, el 23 de octubre, en el Teatro Bolshói de Moscú, la gran atracción había sido la actuación del bajo estadounidense Jerome Hines, que interpretaba el papel principal en *Borís Godunov*, la obra maestra de Modest Músorgski. Hines era un artista interesante. Cuarenta y un años, casi dos metros de altura, matemático apasionado, era cristiano renacido y miembro del Ejército de Salvación. Esa noche en el Bolshói, el público ruso lo adoró. Al final de la función, se puso de pie para aplaudirle y él tuvo que salir repetidas veces para recibir su ovación. Pero además de ser una estrella en el escenario, Hines estaba llamado a convertirse en un actor secundario de la crisis. Esa noche, Nikita Jrushchov había decidido de forma impulsiva llevar a la ópera a su séquito y al líder comunista rumano Gheorghe Gheorghiu-Dej, que se encontraba de visita en Moscú. Este fue un gesto diseñado de manera explícita para mostrar a Estados Unidos, y al mundo en general, que si Washington había entrado en pánico, Moscú no.

Sin embargo, la historia de un líder ruso del siglo XVI condenado al fracaso era un entretenimiento incongruente para su asediado sucesor del siglo XX, pese a ser más poderoso que cualquier zar. Por desgracia, no sabemos si Jrushchov prestó atención al torturado aullido de angustia de Borís Godunov desde el escenario: «¡Mío es el poder supremo! / Año tras año mi reinado ha sido tranquilo y pacífico y, sin embargo, mi corazón nunca ha conocido la paz ... La vida, la fama, el embriagador vino del poder, los vítores del pueblo, todo ha perdido su atractivo. / Estoy siendo traicionado, los nobles me odian, Lituania se rebela. / Las multitudes hambrientas y la peste y la devastación acechan como bestias furiosas ... Rusia gime por todas las penas que el Cielo nos ha enviado, para castigar los pecados que cometimos». Tras el telón final, el líder soviético, heredero de Borís Godunov, convocó a Hines y las demás estrellas a lo que otrora era el palco real del teatro para felicitarlos personalmente.

Es posible que esta farsa engañara a algunos de los presentes esa noche en el Bolshói, pero antes de la función Gheorghiu-Dej ya había sido testigo de un arrebato de ira de Jrushchov, y luego tendría ocasión de ver otro. Andréi Gromiko confesó más tarde que él no tenía idea de qué ópera se suponía que estaba viendo y agregó: «Es muy probable que ninguno de los miembros del Politburó que asistieron se interesara por lo que estaba sucediendo en el escenario. Ópera, ballet o teatro: todo les daba igual. Ninguno podía pensar en otra cosa que no fuera lo que estaba ocurriendo en el hemisferio occidental». [10]

Dentro de los muros del Kremlin, Jrushchov echó pestes contra los estadounidenses, el bloqueo y, sobre todo, John F. Kennedy. Sabía que estaba en graves problemas y, frenético, intentaba decidir cuál era la mejor forma de salir del embrollo en que se había metido. A la mañana siguiente, el día 24, todavía bramaba cuando otro estadounidense entró en su oficina. William Knox, el presidente de Westinghouse, se encontraba de visita en Moscú para unas conversaciones de negocios cuando, de repente, se le

convocó a una reunión con el primer secretario con el fin de recibir un mensaje o, mejor, oír una diatriba. Aunque el líder soviético se había encogido ante la posibilidad de una confrontación en el mar con los buques de guerra de la armada estadounidenses encargados de hacer cumplir el bloqueo, todavía estaba decidido a mantener los misiles en Cuba, y eso fue lo que le dijo a Knox: «No me interesa destruir el mundo», afirmó ante el desconcertado y, sin duda, considerablemente alarmado empresario, «pero si quieren que nos veamos todos en el infierno, allá ustedes». A los rusos nos les gustaba tener a la OTAN en la puerta, continuó Jrushchov, pero habían aprendido a vivir con ello. Ahora era el turno de los estadounidenses, que debían acostumbrarse a los misiles en Cuba.

En Washington, el ExCom volvió a reunirse a las diez de la mañana del miércoles 24, justo cuando el bloqueo entró en vigor. El informe matutino de John McCone describió una intensa actividad en las bases soviéticas en Cuba, aunque la nubosidad había obstaculizado parcialmente la labor de vigilancia de los U-2. Aunque en ese momento la Casa Blanca desconocía, por supuesto, las cantidades exactas, los soviéticos tenían entonces en Cuba 42 misiles nucleares y 42 bombarderos Il-28 con capacidad nuclear. Además, los últimos informes de reconocimiento marítimo mostraban que 16 barcos de carga seca y seis buques cisterna soviéticos continuaban, al parecer, su camino hacia la isla. De los primeros, había tres que, por su diseño, resultaban apropiados para el transporte de misiles. Durante la noche, la estación de Odesa, que era la que normalmente controlaba los movimientos del transporte marítimo, había transferido la dirección de los barcos a Moscú. A las 23.15 del 22 de octubre, menos de cuatro horas después de que Kennedy se dirigiera al pueblo estadounidense, la Agencia de Seguridad Nacional había interceptado transmisiones enviadas a los buques de carga que se encontraban en alta mar para alertarlos de que

debían esperar «instrucciones especiales». Estas se habían transmitido sin falta cincuenta minutos después, usando un código que los estadounidenses no consiguieron descifrar. Entre tanto, se sabía que había tres submarinos soviéticos en el Atlántico occidental (en realidad, había cuatro). Dean Rusk informó de la interceptación de un mensaje enviado por radio desde La Habana, en el que se indicaba a las fuerzas armadas cubanas que no debían disparar contra los aviones extranjeros que sobrevolaran la isla más que en caso de defensa propia.

El general Taylor destacó el riesgo que suponía para los aviones apiñados en las pistas de aterrizaje de Florida la posibilidad de que los rusos y los cubanos respondieran al bombardeo de sus emplazamientos de misiles tierra-aire con un ataque furtivo volando a baja altura. McNamara, por su parte, anotó que los primeros barcos soviéticos se acercarían a la línea de bloqueo estipulada hacia el mediodía. Al parecer, un submarino soviético, navegando bajo la superficie a una velocidad de ocho nudos, estaba siguiendo el rastro de los dos barcos más importantes, el *Gagarin* y el *Kímovsk*: «Y, por tanto, se trata de una situación muy peligrosa. La armada es consciente de ello, y está del todo preparada para hacerle frente». El subsecretario de Estado Alexis Johnson dijo que la noche anterior se había enviado un mensaje a Moscú para informar a los soviéticos del procedimiento que se seguiría para la identificación de los submarinos, a los que se lanzarían cargas de profundidad de práctica (artefactos explosivos de baja potencia) como señal de advertencia para que salieran a la superficie. Los soviéticos aún no habían respondido. Toda esta información iba muchas horas por detrás de los acontecimientos en el Atlántico, pero los miembros del ExCom dieron por sentado que representaba un boletín en «tiempo real».

Kennedy reculó ante la perspectiva de que el choque entre el submarino soviético y los buques de guerra estadounidenses se convirtiera en el primer encuentro armado de la crisis. No obstante, McNamara insistió en que era

necesario forzar a la nave a salir a la superficie antes de detener a los cargueros. Esta fue una de las intervenciones menos impresionantes del secretario de Defensa: estaba proponiendo una flagrante violación del derecho internacional, sin amparo en la declaración de bloqueo y solo justificable por la convicción con que los estadounidenses creían en su propia rectitud.

En opinión de Robert Kennedy, tras las buenas noticias que habían levantado los ánimos del ExCom el día anterior, ese miércoles todos sus miembros volvían a estar en horas bajas. La reunión de esa mañana competiría con la del sábado siguiente por el título de «la más complicada, la más difícil y la más cargada de tensión». De manera constante llegaban noticias (muy por detrás de la realidad en el mar) sobre el avance de los barcos soviéticos que se aproximaban a la línea del bloqueo y sobre posibles intercambios de disparos con los buques de guerra estadounidenses. A instancias del Pentágono, Kennedy finalmente accedió a ordenar al portaaviones *Essex* que obligara a salir a la superficie al submarino soviético al que perseguía lanzando las cargas de profundidad de práctica: «Creo que esos pocos minutos», escribiría luego su hermano, «fueron los momentos de mayor preocupación para el presidente. ¿Estaba el mundo al borde de un holocausto? ¿Estábamos cometiendo una equivocación? ¿Un error? ¿Había algo más que deberíamos haber hecho? ¿O dejado de hacer? Se llevó las manos a la cara y se cubrió la boca. Abrió y cerró el puño. Su rostro tenía un aspecto demacrado; sus ojos lucían afligidos y parecían grises. Nos miramos de lado a lado de la mesa. Durante unos segundos fugaces fue casi como si no hubiera nadie más allí y él no fuera el presidente». [11]

Este pasaje parece tan elocuente como sincero. Pone de manifiesto que si bien su conducta era en ocasiones inmadura, con frecuencia despiadada, de cuando en cuando horrible, Robert Kennedy también podía ser un hombre sensible. Luego, a las 10.25 John McCone recibió una nota que contenía un

mensaje trascendental: «Señor presidente», dijo, «tenemos un informe preliminar que parece indicar que algunos de los barcos rusos se han detenido en seco». Siete minutos después, un segundo mensaje confirmaba este hecho. De inmediato el director de la CIA dejó la reunión para buscar más información.

En su ausencia, los presentes continuaron discutiendo los próximos pasos en la peligrosa confrontación en el mar. El presidente dijo que no quería iniciar la implementación del bloqueo hundiendo un submarino soviético. McNamara siguió argumentando que para los buques de guerra que lo seguían podía ser peligroso no hacerlo. No obstante, Kennedy, con una claridad de pensamiento que en ese momento le era esquiva al secretario de Defensa, lo desautorizó. Dean Rusk dijo: «Señor presidente, creo que es importante que dados nuestros procedimientos actuales (estos, por supuesto, pueden cambiar más adelante) ... ha de quedar bien claro cuál es el objeto del presente ejercicio y este no es otro que impedir que esas armas lleguen a Cuba».

Entonces regresó McCone. «¿Qué tienes para nosotros, John?», le preguntó Kennedy. El director de la CIA les informó de que los barcos detenidos se encontraban todos en el océano: habían dado media vuelta. En cambio, otros barcos soviéticos, que se encontraban mucho más cerca de la isla, seguían avanzando. Kennedy dio una orden, una orden rotunda, de que a estos últimos se los dejara en paz. Este debió de ser el momento en el que Dean Rusk le susurró a Mac Bundy: «Estábamos mirándonos a los ojos, y creo que el otro tío acaba de parpadear». Tenía razón. Como hemos visto, muchas horas antes el Kremlin había dado la orden de que todos los barcos soviéticos con destino a Cuba que transportaban armas debían regresar. Solo aquellos que llevaban cargamentos inocuos debían mantener su rumbo. Muy por detrás de los acontecimientos en el mar, los miembros del ExCom apenas ahora se enteraban de un hecho que, se sintieron autorizados a suponer, evidenciaba una respuesta al bloqueo relativamente cautelosa por

parte del Kremlin, en total desacuerdo con el mensaje desafiante que Jrushchov había enviado a la Casa Blanca: el otro tío acababa de parpadear. Con todo, todavía no podían dar por segura esa interpretación.

Max Taylor, que estaba hablando por teléfono con el almirante Anderson, el halcón inquebrantable, regresó para informar: «Esos barcos definitivamente están de regreso. Uno es el *Poltava*, que es en el que estamos más interesados ... Hay indicios de que algunos otros podrían también estar regresando». Los estadounidenses tenían toda la razón en estar «interesados» en el *Poltava*, porque aunque su manifiesto de carga declaraba que se dirigía a Argel, en realidad transportaba veinte ojivas nucleares con destino a Cuba. Entre tanto, el transporte de tropas *Kasímov* se hallaba en el canal de la Mancha cuando los pasajeros descubrieron con desconcierto que el barco invertía de repente su rumbo, sin que desde el puente les dieran explicación alguna. Al principio, los hombres pensaron que sencillamente se dirigían a Cuba por una ruta más septentrional, rodeando Gran Bretaña, pero no era así. Para su asombro, iban de regreso a la Unión Soviética, al igual que las tripulaciones de varios otros barcos con destino a Cuba que aún se encontraban en el Mediterráneo.

La leyenda popular de la crisis cuenta que en la mañana del 24 de octubre, cuando los buques soviéticos se acercaban a la línea de la cuarentena, se produjo un momento de gran dramatismo, con la Casa Blanca conteniendo la respiración a la espera de saber si mantendrían el rumbo. En realidad, ninguno de los barcos que transportaba armas o personal militar llegó a acercarse a esa barrera invisible. Tanto el *Gagarin* como el *Kímovsk* habían cambiado de rumbo el día anterior y el día 24 se encontraban a ochocientos kilómetros de la línea, navegando en dirección noreste. Solo el submarino B-130, que antes había estado siguiendo al *Gagarin*, se hallaba más cerca.

La principal causa de la confusión y la tensión de la Casa Blanca eran las deficiencias —las aterradoras deficiencias— de las comunicaciones de la

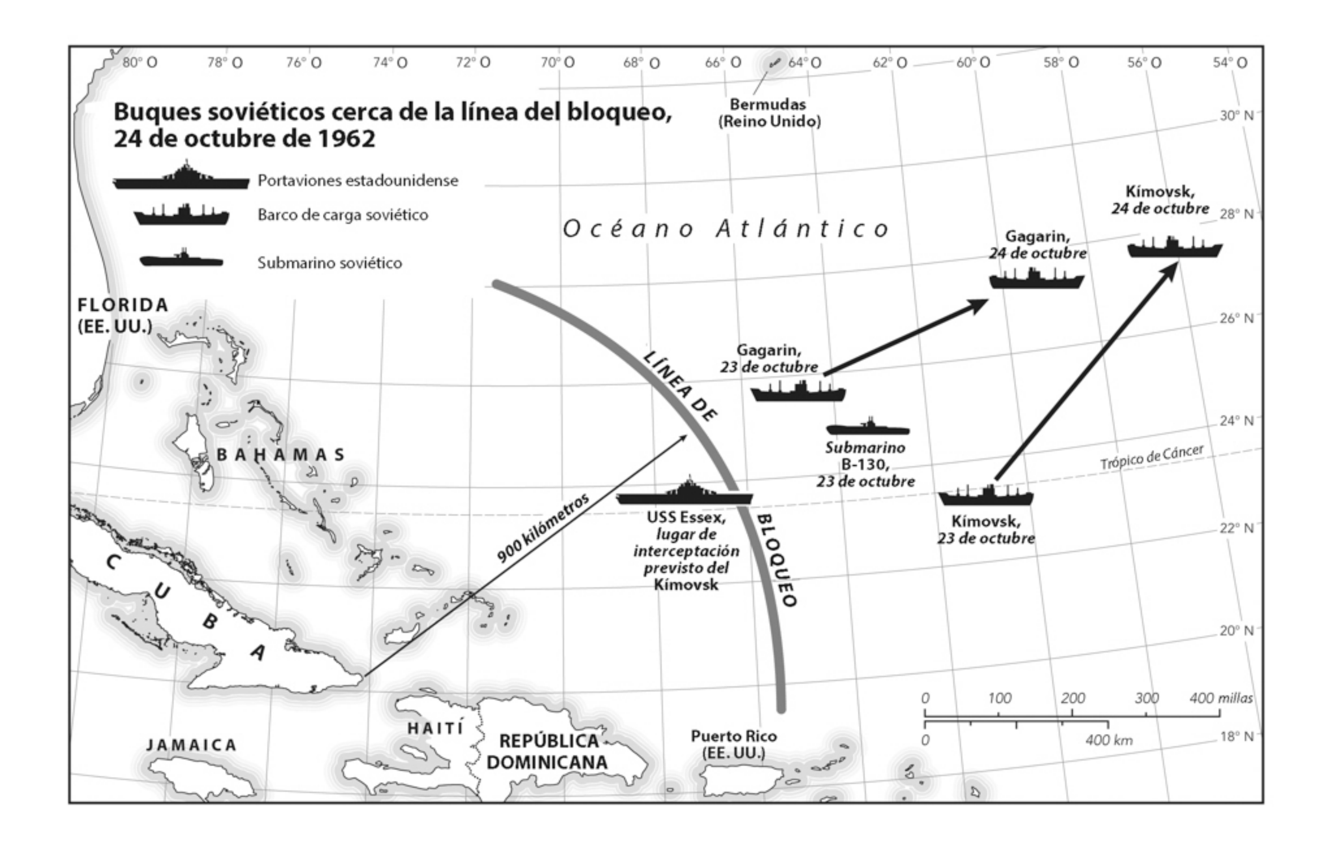
armada estadounidense. Por impresionante que fuera la tecnología empleada en las transmisiones militares, el personal disponible para descifrar y procesar los mensajes en tierra era muy limitado, y la situación en el mar era todavía peor. Debido a ello en esos días críticos las transmisiones etiquetadas como «EMERGENCIA» sufrían un retraso de cuatro horas, mientras que las clasificadas como «INMEDIATO OPERACIONAL», que tenían menor prioridad, no se leían hasta entre cinco y siete horas después de haber sido enviadas. Por otro lado, más allá de la incapacidad de la inteligencia estadounidense para ver el «panorama completo» que recorre gran parte de la historia contada en este libro, la vigilancia táctica de los barcos soviéticos en el Atlántico fue irregular, con largas pausas entre los reportes de avistamiento de los aviones de reconocimiento.

Las comunicaciones de las fuerzas armadas de la nación más poderosa del planeta se revelaron peligrosamente inadecuadas en medio de una crisis de trascendencia mundial, en un momento en el que operaban a apenas unos centenares de kilómetros de sus propias costas. La mayor parte de la culpa recaía en Jrushchov, que se negó a reconocer ante los estadounidenses que había ordenado a los barcos que transportaban cargamentos «calientes» que dieran media vuelta y regresaran a la URSS. Sin embargo, la consecuencia fue que, esa mañana del 24 de octubre, los miembros del ExCom reunidos en la Casa Blanca estaban pendientes de un encuentro decisivo en alta mar que, según creían, estaba teniendo lugar mientras hablaban, cuando, en realidad, los rusos habían decidido esquivar esa confrontación hacía mucho tiempo.

No obstante, esa reunión matutina resultó valiosa porque cambió por completo los términos del debate dentro de la Casa Blanca. Hasta entonces, el ánimo predominante se había caracterizado por la voluntad de emprender cualquier acción militar o naval que fuera necesaria para hacer que Jrushchov reculara. A las diez de la mañana del miércoles, no había duda

alguna acerca de la disposición de la mayoría de quienes tomaban las decisiones a abrir fuego. Sin embargo, ahora, y con una rapidez espectacular, la marea había cambiado, y con ella, de forma explícita, el semblante del presidente. La noticia de lo ocurrido con los barcos era un indicio claro de que los soviéticos podían estar dando marcha atrás; de que no intentarían hacer llegar más armas a Cuba a través del bloqueo. A partir de ahí, aunque le aguardaban muchos más momentos difíciles, incluido un auténtico clímax, la postura por defecto de Kennedy se caracterizaría por la negativa a escalar el conflicto, un afán instintivo por evitar cualquier intercambio de disparos.

El presidente hizo hincapié en la urgencia de mandar a los buques de guerra de la armada que actuaran con cautela: «No queremos hundir un barco justo cuando Moscú está ordenándole regresar. De modo que creo que deberíamos ponernos en contacto con el [portaaviones] *Essex*, [desde el que partían los helicópteros que estaban siguiendo uno de los buques soviéticos] y sencillamente decirles que esperen una hora y vean si ese barco continúa su curso». Robert Kennedy escribió: «Todos allí parecían personas diferentes. Por un momento, el mundo se había detenido y ahora volvía a girar».[12]



Aun así, algunos barcos soviéticos seguían acercándose a la línea del bloqueo, siendo el más destacado de ellos el petrolero *Bucarest*, que navegaba con fuerza hacia La Habana. En la Casa Blanca, el presidente ordenó que, una vez que el buque se identificara, se le permitiera continuar. Esta era una ventaja de la «cuarentena» sobre otras opciones, como más tarde subrayaría Mac Bundy: «Era mucho más sensible y respondía mejor al mando y control de la operación de lo que lo hubiera hecho un ataque aéreo. No se detuvo ni se abordó ningún barco sin la autorización directa del presidente». [13] Resuelto a darle a Jrushchov más tiempo, Kennedy decidió no confrontarlo con un asalto a un barco, consciente de que ello podía hacerle sentirse obligado a responder disparando. Además, el sentido común indicaba que era muy poco probable que un petrolero transportara armas. Independientemente de la respuesta que hubiera dado el capitán del *Bucarest* a la orden de detenerse para un registro, Estados Unidos haría el ridículo si empleaba la fuerza y luego se descubría que la carga era

inofensiva: el combustible había quedado excluido de la lista de prohibiciones del bloqueo.

La Casa Blanca dedicó muchas horas de reuniones a elaborar planes de contingencia para hacer frente a un nuevo bloqueo de Berlín Oeste en respuesta a la acción de Estados Unidos en el Caribe, lo que para la posteridad resulta un tanto extraño, pero es significativo para la comprensión de la crisis. Más de una semana después de conocer las fotografías que demostraron la presencia de misiles en Cuba, el presidente continuaba temiendo que los soviéticos abrieran un segundo frente en Europa, que escalaran en otro continente. Aunque los peligros de la situación en el mar parecían haber amainado temporalmente, nadie en la mesa de la Casa Blanca sintió la tentación de relajarse.

Tampoco lo hicieron otros a lo largo y ancho del mundo, individuos a los que se les negó el conocimiento de las corrientes y contracorrientes en la toma de decisiones de los poderosos. En Gorki, el cronista Nikolái Kozakov se descubrió convertido en un hombre asustado y desprovisto de confianza en los líderes de su nación: «Mamá encendió la cocina alrededor de las siete y comenzó a guisar los restos de una liebre y algunas patatas ... En la radio, se la han pasado "señalando como dignos de vergüenza a los imperialistas que sin detenerse a pensar están jugando con fuego". Gritan sobre Cuba a todo pulmón. A su vez, el barbudo usurpador [Castro] también grita a todo pulmón: *Patria o muerte* y *Venceremos* —o como se escriba—: "Vamos a ganar". No sé quién está ahí y quién no, pero sé una cosa: que no necesito una guerra por Castro. Fui al despacho después de la cena para escuchar la radio libre [las emisoras extranjeras], pero [la interferencia] crepitaba en todos los canales. Encontré algo en la banda de 31 metros, pero era prosoviético». [14]

Ese mismo día, 24 de octubre, a las cinco de la tarde, Kennedy se reunió de nuevo en la Casa Blanca con los líderes del Congreso. La cita empezó con McCone y Rusk presentándoles informes actualizados de la situación.

El secretario de Estado era optimista. Le animaba el hecho de que, si bien la retórica empleada por los rusos en la ONU era «tan implacable y violenta como siempre», en algunos aspectos estaba siendo cautelosa. «Hasta donde sabemos, los soviéticos no le han dicho a su propio pueblo que tienen misiles en Cuba, lo que indica ... que creen que es posible que [esa información] resulte muy perturbadora para sus propios ciudadanos ... Nuestra mejor conjetura es que en este momento se están devanando los sesos con todas sus fuerzas para decidir con exactitud cómo quieren jugar.» Eso, por supuesto, era correcto.

El senador republicano por Illinois, Everett Dirksen, mencionó el mensaje enviado por Jrushchov al activista británico por el desarme Bertrand Russell, en el que proponía celebrar una cumbre para resolver el problema de Cuba. Kennedy se ganó la aprobación de los legisladores cuando dijo que, en su opinión, aceptar un encuentro semejante en ese momento era inútil: le parecía evidente que los soviéticos solo comenzarían una negociación previendo concesiones de parte de los estadounidenses, y él no estaba de humor para hacerlas. El presidente también dijo que, con algunos barcos rusos continuando su avance hacia Cuba y otros regresando a la Unión Soviética, consideraba necesario esperar a que la situación se aclarara antes de tomar cualquier decisión sobre nuevas acciones.

Cuando terminó la reunión, algunos miembros del ExCom y Robert Lovett permanecieron en la sala hablando sobre el estado de ánimo en el Capitolio. El senador Fulbright parecía haberse convertido en partidario del bloqueo, pero Richard Russell seguía manteniendo una actitud belicista. Lovett dijo que lo mejor del bloqueo era que estaba permitiendo a Estados Unidos sondear «las *intenciones*» de los rusos. Él mismo veía con escepticismo los ataques aéreos, de cuya eficacia dudaba. Lo que se necesitaba era tiempo: «No creo que se pueda tomar una decisión ahora». Kennedy dijo: «Bueno, creo que se están jugando el pescuezo [en Cuba] al igual que nosotros nos lo estamos jugando [en Berlín]». Quería decir que,

con misiles o sin ellos, la posición estratégica fundamental de los soviéticos en el Caribe, a apenas minutos de vuelo de Estados Unidos, se encontraba tan expuesta como las guarniciones occidentales en el enclave de Berlín.

Entonces llegó un mensaje de U Thant, el secretario general de la ONU, que el presidente leyó en voz alta. El diplomático birmano hacía un llamado a la calma y pedía la suspensión voluntaria de todos los envíos de armas a Cuba, así como de la cuarentena impuesta por Estados Unidos. El presidente mandó que se le respondiera sin demora a través de Adlai Stevenson: antes de que Estados Unidos pudiera considerar el levantamiento de la cuarentena, era necesario que los trabajos en las bases de misiles cesaran por completo y que se permitiera a los observadores de la ONU verificarlo.

Al final de la tarde, Kennedy volvió a hablar con Harold Macmillan. Esta vez, escribió el primer ministro esa misma noche, el presidente le planteó «sin rodeos la pregunta del millón: ¿debía arrasar Cuba? Le dije que me gustaría pensar la cuestión y enviarle una respuesta (lo que sonó como un sketch de *Beyond the Fringe*, el espectáculo de variedades en el que parodian a políticos destacados) ... Entre tanto, los barcos "culpables" parecen estar alejándose».[15] El británico opinó que la noticia de esa retirada era «un gran triunfo» para el presidente estadounidense.

Ahora bien, ¿qué pasaba con los misiles que todavía estaban en Cuba? Esa seguía siendo, en efecto, la pregunta clave. Kennedy le dijo que una vez que la cuarentena estuviera consolidada «vamos a decidir si invadimos Cuba, lo que implica jugárnosla, o si frenamos y la utilizamos como una especie de rehén en el asunto de Berlín». Macmillan dijo que era obvio que tendría que haber una negociación, pero, con suerte, en la que Jrushchov no tuviera «todas estas cartas en las manos». El presidente respondió: «Él tiene a Cuba en las manos, pero no tiene a Berlín. Si toma Berlín, nosotros tomaremos Cuba. Pero si tomamos Cuba ahora, tenemos el problema, por supuesto, de que disparen esos misiles, o todos los misiles, y ciertamente

tendremos el problema de que Berlín sea capturada». Es dudoso que Kennedy viera este enfrentamiento como quizá lo hagan los observadores del siglo XXI: el pueblo cubano no deseaba una «liberación» estadounidense más de lo que los ciudadanos de Berlín Oeste anhelaban una soviética.

Macmillan pensaba que Jrushchov debía de estar «un poco preguntándose qué hacer». Pero eso era también lo que hacía Kennedy. Incluso suponiendo que la cuarentena funcionara, la única resolución de la crisis que Estados Unidos consideraba aceptable era la eliminación de los misiles que ya estaban en las bases cubanas: «¿Les decimos entonces que, si no se llevan los misiles, vamos a invadir Cuba? [Jrushchov] entonces dirá que, si invadimos Cuba, habrá un ataque nuclear general; y en cualquier caso tomará Berlín. ¿O simplemente dejamos que continúen las obras en las bases y damos por hecho que no se atreverá a disparar los misiles, y cuando intente apoderarse de Berlín, entonces nosotros invadimos Cuba? Es en todo eso en lo que me gustaría que pensara». El primer ministro apuntó con cortesía que la cuestión estaba «muy bien planteada, si se me permite decirlo». Agregó que, en su opinión, la propuesta del secretario general de la ONU resultaba «bastante cansina ... porque parece sensata cuando en realidad es muy mala». Macmillan expresó entonces su perenne entusiasmo por la celebración de una cumbre, pero una vez más el presidente descartó esa idea desacertada.

El diputado laborista John Strachey escribió más tarde: «Los pronunciamientos públicos del señor Macmillan y lo que se oía sobre sus reacciones en privado me hacían pensar en una niñera jubilada y quisquillosa, siempre gritando: "¡Oh, oh, amo Jack [JFK], tenga cuidado o los malos lo atraparán!". El papel de Gran Bretaña en esta confrontación entre las dos potencias nucleares solo podía ser modesto. Cuando había poco que pudiéramos decir que hiciera la diferencia, ¿no habría sido más digno afirmar nuestra solidaridad con nuestro aliado y, por lo demás, guardar silencio?». [16]

Al final de la tarde, el presentador de *CBS Evening News*, Walter Cronkite, conocido afectuosamente como «Tío Walter», les dijo a los espectadores: «Empezaba a parecer que este día podía producirse un choque armado entre barcos soviéticos y buques de guerra estadounidenses en las rutas marítimas que conducen a Cuba. Pero hasta donde sabemos no se ha producido ninguna confrontación». Con todo, Cronkite concluía: «No hay mucho optimismo esta noche». El periodista amigo de los Kennedy Charles Bartlett, que esa noche cenó con ellos en la mansión de la Casa Blanca, propuso hacer un brindis para celebrar el que algunos barcos soviéticos hubieran dado media vuelta, pero el presidente dijo: «En esta partida, es mejor no celebrar tan temprano».

Poco después, el Departamento de Estado recibió otro mensaje airado y grandilocuente de Jrushchov, que Kennedy leyó a las 21.30. Comenzaba así: «Imagine, señor presidente, que nosotros le hubiésemos puesto las condiciones extremas que usted nos ha puesto con su acción. ¿Cómo habría reaccionado usted? Creo que se hubiera indignado ante semejante paso por nuestra parte ... Usted, señor presidente, no está declarando cuarentenas, sino lanzado un ultimátum y amenazando con el uso de la fuerza a menos que nos subordinemos a sus exigencias». El líder soviético rehusaba aceptar las demandas estadounidenses y, decía, se negaba a detener los barcos que en ese momento se dirigían a Cuba: «Hemos dado a los marineros soviéticos la orden de observar de forma estricta las normas de la navegación en aguas internacionales generalmente reconocidas y no apartarse de ellas ni un solo paso. Y si la parte estadounidense viola esas reglas, habrá de ser consciente de qué clase de responsabilidad recaerá sobre ella en tal caso. Por supuesto, no seremos simples observadores de las acciones piratas de los barcos estadounidenses en alta mar. Nos veremos obligados a tomar por nuestra parte las medidas que consideremos oportunas y adecuadas con el fin de proteger nuestros derechos. Tenemos todo lo que se necesita para hacerlo. Respetuosamente suyo, N. Jrushchov».

El presidente y sus asesores estudiaron con detenimiento la letra pequeña de esta carta. Parecía dejar en claro que los soviéticos estaban decididos a poner a prueba el bloqueo, aunque, como indicaba el comportamiento de sus barcos, sin violar la lista de cargamentos prohibidos anunciada por Estados Unidos. Después de leerla, Kennedy llamó a Bartlett, con el que antes había cenado, y le informó de forma concisa de la llegada de la carta: Jrushchov decía que «esos barcos están de camino». [17] Al subsecretario de Estado George Ball no se le ocurría otra opción que dejar que los acontecimientos siguieran su curso: esperar a ver qué pasaba en la mañana. Persistían las dudas acerca de si debían o no registrar el *Bucarest*, que ahora se encontraba ya dentro de la zona de cuarentena. Mientras tanto, Adlai Stevenson, como de costumbre ansioso por llegar a un acuerdo, se retorcía las manos por el rechazo de Estados Unidos a la solución propuesta por U Thant. Kennedy hizo caso omiso a las quejas de su embajador ante la ONU. A las dos de la mañana se envió un mensaje firme y serio a la ONU y otro a Moscú. En muchas menos palabras de las que había empleado el líder ruso, Kennedy le reafirmó la determinación de Estados Unidos: los misiles tenían que salir de Cuba.

Jrushchov recibió esa respuesta en la mañana del día 25. «Le pido que reconozca con claridad, señor presidente», decía su homólogo estadounidense, «que no fui yo quien lanzó el primer desafío en este caso y que a la luz de este historial las actividades en Cuba requerían las respuestas que he anunciado». Se haría cumplir el bloqueo. Ese mismo día los rusos interceptaron, como estaba previsto que hicieran, las comunicaciones del SAC sobre el paso a DEFCON 2 y la llamada del general Power a sus oficiales. Las palabras y acciones de los estadounidenses lograron el objetivo preciso con el que habían sido concebidas: convencer a los soviéticos de que hablaban en serio, si bien con un alto riesgo para la paz. Ahora Jrushchov en verdad temía que si se continuaba provocando a Estados Unidos, el resultado sería sin duda la invasión de Cuba, pero

también un ataque nuclear contra la Unión Soviética. La rabia que le acompañó en las horas y días posteriores emanaba de la convicción de que debía retirarse o enfrentarse a una guerra, así como de la constatación, casi imposible de reconciliar con esa certeza, de que tenía que seguir presentando una máscara desafiante no solo para asustar a Occidente, sino también para preservar su autoridad sobre sus camaradas y rivales dentro del Kremlin y en todo el mundo comunista.

11

Jrushchov busca una salida

1. «Todo para evitar la guerra»

A primeras horas del jueves 25 de octubre, llegó a la Casa Blanca un mensaje de Harold Macmillan. El presidente había pedido la opinión del primer ministro, y ahora la tenía. El líder británico se retractaba de su previa aquiescencia a la línea de actuación estadounidense, manifestada por teléfono la noche anterior. En el cambio de postura sin duda influía la creciente alarma que causaba en la opinión pública británica lo que se percibía como una política en exceso arriesgada por parte de Estados Unidos. Además de los miles que se manifestaban contra la guerra en las calles, esta percepción era patente en los editoriales de los periódicos. Existía la creencia de que Kennedy estaba siendo empujado a la guerra por su propio electorado histérico. Si Europa había vivido durante una década bajo la amenaza de la capacidad de ataque nuclear soviética, ¿por qué los estadounidenses no podían hacer lo mismo? ¿Qué argumento legítimo tenía Estados Unidos para determinar qué bando elegía Cuba en la Guerra Fría?

The Economist temía que Washington estuviera acorralando a Moscú y mencionaba «la ominosa posibilidad ... de que el bloqueo no marque el final de los planes de acción estadounidenses contra la tierra del doctor Castro», al tiempo que insistía en el miedo crónico que causaba en los europeos la

situación de Berlín. [1] La sección de correspondencia de la revista publicó la carta de un enfadado lector, Roger Coe, de Flushing, Nueva York, que deploraba la condescendencia con que la publicación hablaba de la supuesta «obsesión» de los estadounidenses con Cuba: «Sí, estamos “obsesionados”, obsesionados con el ardiente deseo de devolver la libertad a nuestros vecinos caribeños. Esta es la misma libertad por la que nuestros soldados están muriendo en Laos y por la que murieron tantos de vuestros compatriotas en la lucha por impedir que Hitler conquistara el mundo». [2] La expresión de este tipo de opiniones avivaba en los británicos el temor a que sus aliados desearan aprovechar la crisis para promover un cambio de régimen en Cuba, un objetivo por el que sentían escasa simpatía.

La supuesta pasividad del primer ministro ante la belicosidad estadounidense lo había convertido en blanco de las burlas de parte de sus compatriotas. El gran caricaturista Vicky (Victor Weisz) dibujó para el *Evening Standard* una viñeta de Eisenhower tirando de los faldones del primer ministro Eden para alejarlo de un precipicio etiquetado como «Suez», mientras que Macmillan se mantenía pasivo detrás de Kennedy junto a un precipicio marcado como «Cuba». Ahora, en su mensaje a Washington, el viejo estadista instaba a Kennedy a levantar el bloqueo si los rusos aceptaban que la ONU inspeccionara los emplazamientos de los misiles en Cuba y se sentaban a negociar. En este sentido, respaldaba, en efecto, la propuesta de U Thant. Con todo, añadía sin mucha convicción que el presidente debía «sin duda continuar con los preparativos militares para cualquier emergencia». Aunque la reacción de Kennedy no quedó grabada, es improbable que la respuesta del primer ministro le causara una buena impresión. El mensaje reflejaba la cautela por la que los estadounidenses conservadores (en especial los uniformados) despreciaban a los británicos. Desde su perspectiva, las actitudes de muchos conciudadanos de Macmillan evidenciaban una tolerancia indigna ante los comunistas, cuando no el

profundo miedo a estos que encarnaba el eslogan de los partidarios del desarme: «Mejor rojo que muerto».

Fue esta creencia la que alentó a algunos estadounidenses a ver en la crisis de los misiles una oportunidad para mostrarle al mundo que la Unión Soviética era un tigre de papel: solo bastaba con que su presidente se armara de valor y actuara con decisión. La superioridad militar de Estados Unidos, sobre todo en el aire y en materia de armas nucleares, era indiscutible incluso dentro del Kremlin; y, argumentaban personas como el senador Russell y los jefes del Estado Mayor Conjunto, había llegado el momento de aprovecharla. El comandante Bill Smith, el edecán de Max Taylor en la fuerza aérea, recordaba: «Hasta ese momento la administración Kennedy no había hecho nada de forma satisfactoria».[3] Oriundo de Arkansas, este aviador era a sus treinta y siete años un veterano que había realizado decenas de incursiones de combate en Corea, lo que acaso explica el desdén con el que añadía: «Querían usar la fuerza, pero, a ser posible, sin matar a nadie ... Y por una vez que decidieron hacer algo, trataron de afinarlo tanto que sencillamente no funcionó ... No querían usar más fuerza de la absolutamente necesaria. El problema es que nadie sabe qué es eso».

En Moscú, en la mañana del 25 de octubre, Jrushchov presidió una nueva reunión del Presídium en la que, según se dice, alardeó de que «los estadounidenses se han acobardado», pues no había ninguna señal de que una flota invasora hubiera zarpado rumbo a Cuba. Con un lenguaje concebido para ofrecer una imagen triunfal, pero que no consiguió engañar a sus camaradas, el primer secretario hizo una declaración en la que, como luego quedaría demostrado, estaba enseñando su camino hacia la retirada: «Kennedy nos dice que saquemos nuestros misiles de Cuba. Y nosotros respondemos: Dadnos garantías firmes, una promesa, de que Estados Unidos no atacará Cuba. Eso no está mal». A cambio de esa garantía, los

soviéticos retirarían sus R-12. «Reforzaremos a Cuba y la mantendremos a salvo durante dos o tres años. Al cabo de unos años, lidiar con ella será [para Estados Unidos] todavía más difícil.»

Uno de los preceptos de la gobernanza de la Unión Soviética era que las verdades desagradables nunca, o rara vez, debían exponerse de manera explícita, ni siquiera dentro del Presídium. Sin embargo, sus miembros eran expertos en artes adivinatorias y sabían interpretar las señales oblicuas que les llegaban desde la jefatura. Los colegas de Jrushchov entendieron perfectamente que el líder se negaba a ir a la guerra contra Estados Unidos por Cuba y estaba estableciendo las condiciones para la retirada soviética. El viernes 26 de octubre, la belicosidad que el *Pravda* había exhibido a tambor batiente a lo largo de los días anteriores fue sustituida por el titular: «TODO PARA EVITAR LA GUERRA. La razón debe prevalecer».

Las deliberaciones del Kremlin se vieron lastradas por los deficientes informes de su aparato de inteligencia en Estados Unidos, que identificaban a McNamara como el líder de una facción partidaria de la guerra dentro de la administración y a Douglas Dillon, el secretario del Tesoro, como una paloma. Los cotilleos del Club Nacional de Prensa de Washington, cuyo barman lituano era un informante de la KGB, indicaban que la invasión de Cuba era inminente y que los reporteros estaban siendo informados antes de «empotrarse» con las tropas. El conocimiento que tenían entonces los soviéticos acerca de las entrañas de la administración no se comparaba con el que poseía el Kremlin veinte años atrás. Durante la segunda guerra mundial, muchos estadounidenses que simpatizaban con la causa comunista, algunos de ellos con cargos importantes en el gobierno, pasaban información a los espías rusos, que disfrutaban de una notable libertad. El senador McCarthy no estaba equivocado en todo: un volumen asombroso de inteligencia acreditada llegó a Stalin.[4] En 1962, por el contrario, la información a disposición del Politburó era a todas luces exigua, entre otras razones porque la Unión Soviética había perdido gran parte del atractivo

que tenía para los izquierdistas occidentales, en especial desde la brutal represión del levantamiento húngaro de 1956. La credibilidad otorgada por la KGB, y luego por el Kremlin, a una fuente tan espuria como los cotilleos del Club Nacional de Prensa compite en el terreno de lo grotesco con los informes de inteligencia transmitidos a Moscú una generación más tarde, durante la presidencia de Reagan, en los que se aseguraba que Estados Unidos se disponía a lanzar el primer ataque nuclear contra la Unión Soviética.

El lenguaje de los documentos y los relatos oficiales soviéticos suele ser implacablemente mecánico. Sin embargo, el acta de la reunión presidida por Jrushchov en el Kremlin ese 25 de octubre merece ser citada por extenso, tanto como ejemplo del desarrollo de esos encuentros como de la manera en que se registraban:

> Punto 1. Sobre la respuesta del presidente del Consejo de Ministros de la URSS, camarada N. S. Jrushchov, a la carta del presidente Kennedy de Estados Unidos.
>
> El camarada N. S. Jrushchov dice que decidió convocar una sesión del Presídium en relación con los nuevos acontecimientos en Cuba.
>
> El curso posterior de los acontecimientos se desarrolla de la siguiente manera. Los estadounidenses dicen que hay que desmantelar las instalaciones de misiles en Cuba. Quizá sea necesario hacerlo. Esto no supone una capitulación por nuestra parte. Pues si nosotros disparamos, ellos también dispararán. No cabe duda de que los estadounidenses han quedado asustados, eso está claro. Kennedy estaba durmiendo con un cuchillo de madera. (A la pregunta [en broma] del camarada A. H. Mikoyán: «¿Por qué con uno de madera?», N. S. dice, en tono jocoso, que cuando un hombre va a cazar un oso por primera vez, lleva consigo un cuchillo de madera para que luego limpiarse los pantalones sea más fácil.)
>
> El camarada N. S. Jrushchov continúa diciendo que ahora hemos hecho de Cuba un país en el que se concentra la atención del mundo. Los dos sistemas han chocado. Kennedy nos dice: «Saquen sus misiles de Cuba». Nosotros respondemos: «Dennos garantías y promesas firmes de que los estadounidenses no atacarán a Cuba». Eso no sería un mal [negocio]. Podríamos retirar los misiles R-12 [SS-4] y dejar los demás misiles allí. Esto no es cobardía. Es una posición de repliegue, es posible que tengamos que reunirnos con ellos en la ONU. Tenemos que dar tranquilidad al adversario y, a cambio, recibir garantías sobre Cuba. Más allá de eso, no merece la pena forzar la situación y llevarla al punto de ebullición. Podemos atacar Estados Unidos desde el territorio de la URSS. Cuba no volverá a ser lo que era antes. Ellos, los estadounidenses, amenazan con un bloqueo económico, pero Estados Unidos no atacará Cuba.
>
> No debemos inflamar la situación y debemos presentar una política razonable. De esta manera reforzaremos a Cuba y la mantendremos a salvo durante dos o tres años más. Al cabo de unos años, lidiar con ella será [para Estados Unidos] todavía más difícil. Tenemos que jugar, pero no debemos salir fuera y perder la cabeza. La iniciativa está en nuestras manos, no hay necesidad

de tener miedo. Empezamos y nos echamos atrás. No nos conviene pelear. El futuro no depende de Cuba, sino de nuestro país. Eso es lo correcto.

Todos los miembros del Presídium y los secretarios respaldan y apoyan al camarada N. S. Jrushchov. El camarada N. S. Jrushchov propone pensar en la información [que se proporcionará a] F. Castro. Tenemos que redactar un documento en el que digamos hacia dónde nos encaminamos. Algunas cosas salieron bien, otras no. Lo que tenemos ahora mismo es un momento positivo. ¿Cuál es el lado positivo de esto? El hecho de que el mundo entero esté centrando su atención en Cuba. Los misiles desempeñaron una función positiva. El tiempo pasará y, si es necesario, los misiles pueden aparecer allí de nuevo. Quizá los camaradas Gromiko, Ponomariov e Ilichev puedan reflexionar un poco sobre este documento.

Notas tomadas por A. K. Serov el 25 [de octubre] de 1962. [5]

En la Casa Blanca, sin embargo, no se sabía nada acerca de estas deliberaciones y la posibilidad de que los soviéticos estuvieran ya preparándose para la retirada ni siquiera se intuía. Ese jueves, temprano por la mañana, se estaba desarrollando un drama en tiempo real, con los buques de guerra estadounidenses interceptando el petrolero *Bucarest* cuando este se acercaba a la línea de la cuarentena, un encuentro del que se informó en directo en la televisión. Millones de personas contuvieron la respiración. Dentro de la embajada soviética, donde se sabía tanto sobre los procesos de decisión del Kremlin como en el gobierno estadounidense, Anatoli Dobrynin vivió lo que luego descubriría como el día «más memorable de todo mi largo período de servicio como embajador». [6] En sus memorias, el diplomático fecha el episodio el miércoles 24, pero este en realidad ocurrió el día 25. El personal de la legación se apiñaba alrededor de los televisores mientras el petrolero se acercaba a la línea, con el presentador contando las millas que le faltaban para alcanzarla y los destructores y aviones estadounidenses vigilando en las inmediaciones. Luego vino el anticlímax. Alrededor de las siete de la mañana, la armada dio el alto al petrolero y le exigió que se identificara. Y este lo hizo: declaró que su cargamento estaba formado por derivados del petróleo procedentes del mar Negro con destino a Cuba. Los estadounidenses, de acuerdo con lo dispuesto por la Casa Blanca, le permitieron continuar. El mundo volvió a respirar.

La siguiente reunión del ExCom tuvo lugar poco después de que Jrushchov hiciera sus comentarios ante el Presídium (el contraste entre la

rígida formalidad del encuentro en el Kremlin y el estilo despreocupado de las discusiones de Washington es sorprendente). Comenzó, como de costumbre, con el informe de John McCone: en Cuba, dijo el director de la CIA, los trabajos en las bases de misiles continuaban sin descanso. Entre tanto, de los 22 cargueros soviéticos de los que se sabía que se dirigían a la isla, catorce habían dado media vuelta. Cinco de los ocho restantes eran petroleros y era poco probable que transportaran armas o personal militar. El estado de alerta de las fuerzas soviéticas en Europa parecía alto, pero no había cambiado. Los medios de comunicación de los países del Pacto de Varsovia destacaban la propuesta de una cumbre por parte de Jrushchov, así como los esfuerzos de la ONU por establecer mecanismos para aliviar la tensión.

McNamara inició el debate sobre los procedimientos para implementar el bloqueo. Después de decidir que se permitiera al *Bucarest* continuar su camino, el ExCom acordó que, con el fin de establecer una rutina, se sometiera al procedimiento de identificación y registro también a los buques que no pertenecían al bloque soviético. Se decidió asimismo que los aviones estadounidenses vigilaran, volando a baja altitud, todos los cargueros entrantes. La buena noticia era que las patrulleras lanzamisiles Komar de la marina soviética permanecían amarradas en los puertos cubanos, con las armas cubiertas; y tampoco se había reportado ningún despegue desde los aeródromos militares de Castro. Los sistemas de misiles tierra-aire se encontraban ahora bajo redes de camuflaje. Kennedy apuntó cuánto le gustaría que «algún día» alguien le explicara cuál había sido la estrategia de los soviéticos. ¿Por qué no habían camuflado los misiles desde el principio? Y si no lo habían hecho entonces, ¿por qué lo hacían ahora? Eran interrogantes justos para los que nunca se encontrarían respuestas racionales, porque, sencillamente, no las había.

El secretario de Defensa propuso establecer una pauta de vigilancia de las instalaciones cubanas con vuelos a baja altitud, como los que se usarían

en caso de un ataque aéreo. Si llegaba el momento de hacer incursiones de bombardeo, la existencia de esa pauta previa funcionaría como un engaño y reduciría la alerta de las defensas antiaéreas. También habría que advertir a los cubanos por vía diplomática de los sobrevuelos previstos. Esa mañana, en la mente de todos los que se sentaban alrededor de la mesa, la perspectiva de una campaña aérea contra la isla seguía siendo muy real. Hubo cierta especulación sobre las razones que podrían explicar el silencio de las defensas terrestres ante la actividad de las aeronaves estadounidenses: ¿era posible que los dirigentes soviéticos hubieran resuelto que el primero en disparar debía ser Estados Unidos y obligado a los cubanos a acatar su decisión?

La cuestión de si debía o no permitirse que el *Bucarest*, que todavía se encontraba a varias horas de Cuba, atracara en La Habana sin haber sido registrado era causa de vacilación. McNamara era partidario de volver a interceptar el petrolero y someterlo a una inspección. No cabía duda de que transportaba combustible y, por tanto, no infringía el embargo estadounidense. Pero ¿era posible que los soviéticos presentaran su paso libre como una prueba de que la voluntad estadounidense se estaba debilitando? Y lo cierto es que dentro del Kremlin algunos funcionarios sacaron exactamente esa conclusión. Ted Sorensen consideró que el *Bucarest* era el mejor tipo de barco para un registro, porque resultaba obvio que era inofensivo: «Nunca te dejarán abordar un barco que de verdad transporte algo serio», como ojivas nucleares. Con todo, al final se resolvió no detener el *Bucarest*.

La atención se desplazó entonces de la implementación del bloqueo al espinoso tema de los misiles que ya se hallaban en Cuba. El presidente dijo: «Yo solo quiero que no se propague ninguna sensación de euforia. El mensaje de Jrushchov es demasiado fuerte para ello». Todavía existía una profunda incertidumbre acerca de si a Estados Unidos le convenía más intentar forzar un enfrentamiento rápido (una confrontación en el mar) que

permitir que la situación se prolongara durante semanas a través de intercambios diplomáticos. McNamara les aguó la fiesta a los optimistas al decir: «No veo ninguna forma de sacar esas armas de Cuba. Nunca he pensado que podamos sacarlas ... sin recurrir a una fuerza sustancial». Aunque el secretario de Defensa había sido uno de los primeros en abogar por el bloqueo como un peldaño en una escalada gradual, no había abandonado en absoluto la creencia en que una invasión a Cuba todavía podía ser necesaria.

A las dos de la tarde, los estadounidenses enviaron la réplica formal de Kennedy a U Thant a las propuestas del secretario general de la ONU. La oración clave de la carta rezaba: «La amenaza existente fue creada por la introducción en secreto de armas ofensivas en Cuba y la solución consiste en la remoción de tales armas». Adlai Stevenson, le decía el presidente al diplomático birmano, estaría encantado de discutir con él qué papel podía desempeñar Naciones Unidas en la consecución de tal resultado. Merece la pena reiterar que en aquellos días la ONU era un foro mucho más importante, y su secretario general, una personalidad mucho más relevante de lo que lo son hoy.

Bundy leyó en voz alta al ExCom la carta que Kennedy había enviado a Jrushchov la noche anterior y en la que el mandatario describía cómo, en agosto y septiembre, había instado a la moderación a los halcones de su país porque había aceptado las garantías del dirigente soviético de que en Cuba solo se estaban instalando armas defensivas, «y luego entendí sin sombra de duda lo que usted no ha negado, a saber, que todas esas garantías públicas eran falsas». Como en todos los intercambios de la crisis, los estadounidenses de nuevo sacaban provecho aquí de la duplicidad del Kremlin, que era algo que el mundo podía entender con facilidad. La prominencia de esta cuestión contribuyó en gran medida a desviar el debate de temas inoportunos, como el derecho de los cubanos a desplegar misiles en su propio suelo. Las mentiras de Jrushchov, que solo se entienden como

una tontería extraordinaria por su parte, proporcionaron una base sólida para la ofensiva diplomática estadounidense.

Esa mañana en la Casa Blanca, McNamara dijo que era el momento de adelantarse a los acontecimientos y plantearse la posibilidad de que, por decir algo, al día siguiente, los trabajos en las bases de los misiles soviéticos continuaran y Estados Unidos no obtuviera el apoyo del Consejo de Seguridad de la ONU, una circunstancia que los obligaría a escalar la confrontación. Los críticos del secretario de Defensa se centran en este tipo de intervenciones para subrayar que no era una paloma inquebrantable; que él, como los demás, cambiaba de opinión. El ExCom primero consideró y finalmente rechazó la propuesta de discutir líneas de actuación alternativas ese mismo día. Antes de ello, parecía esencial darle tiempo a la ONU. El presidente dijo: «Este no es el momento apropiado para volar un barco».

Juanita Moody, la analista que dirigía la vigilancia de Cuba en la NSA, sabía que estaba previsto que Adlai Stevenson se dirigiera al Consejo de Seguridad de la ONU esa tarde, en la sesión antes pospuesta a petición de la URSS, cuando conoció la última información de inteligencia sobre el cambio de rumbo de los barcos soviéticos. Decidiendo que era urgente que el diplomático estuviera al tanto de los últimos acontecimientos, lo llamó a la ciudad de Nueva York, y cuando el personal del Departamento de Estado se negó a ponerla en contacto con él, lo rastreó hasta la habitación del hotel en el que se hospedaba. Más tarde diría: «Hice lo que sentí que era lo correcto. Realmente no me importaba la política». [7]

La reunión del Consejo de Seguridad comenzó a las cuatro de la tarde. El grupo de la Casa Blanca se apiñó alrededor de un televisor para ver la sesión con poco entusiasmo, pues no tenía suficiente confianza en la determinación de su propio abanderado. A sus sesenta y dos años, este californiano larguirucho y calvo, exgobernador de Illinois y dos veces candidato demócrata a la presidencia, en 1952 y 1956, era una de las personas más cabalmente decentes en la vida pública de Estados Unidos,

además de un orador electrizante. Los Kennedy, sin embargo, no sentían ningún aprecio por este ciudadano admirable al que consideraban, en palabras de Robert Dallek, «muy remilgado e ineficaz».[8] El diplomático, en realidad, tenía un carácter intelectual y era demasiado inteligente para que muchos estadounidenses lo entendieran. Bobby, en particular, se burlaba de su cruzada para sacar a las instituciones públicas de Illinois del lodazal de corrupción habitual. Stevenson, a su vez, desestimaba en privado a los dos hermanos, a los que tenía por «fríos y despiadados». La administración lo había nombrado a regañadientes embajador ante la ONU solo porque su importancia en el Partido Demócrata exigía que se le diera algo.

Con todo, pese a las pocas expectativas de la Casa Blanca, la sesión del Consejo de Seguridad de esa tarde resultaría ser uno de los mejores momentos de Adlai Stevenson. Su adversario, el representante soviético Valerián Zorin, que ya tenía por delante una labor imposible, se topó con un portavoz estadounidense pleno de energía y motivación. Mientras que Anatoli Dobrynin, que trabajó a las órdenes de Zorin durante cinco años, le caracteriza en sus memorias como «una persona inteligente y amable», un diplomático occidental lo pinta como «un viejo y tenebroso mercenario estalinista».[9] Cualquiera que sea la descripción más justa, esa tarde Zorin, tomado por sorpresa tanto por el Kremlin como por los estadounidenses, se vio obligado a jugar a la defensiva ante las insistentes preguntas sobre si la URSS había instalado misiles balísticos en Cuba. Una y otra vez, Stevenson exigió una respuesta: «Sí o no. No espere a la traducción: ¿sí o no?». El representante soviético, trastabillando como un buey en una ciénaga, replicó que el estadounidense tendría que esperar: «No estoy en un tribunal estadounidense y, por tanto, no deseo responder a una pregunta que se me plantea en los términos en que los fiscales hacen sus preguntas».

Stevenson dijo: «Usted está en este momento en el tribunal de la opinión mundial y puede responder sí o no». Zorin volvió a evadir la cuestión de forma lastimera: «Tendrá su respuesta a su debido tiempo». El diplomático

estadounidense volvió a la carga y dijo con firmeza: «Estoy preparado para esperar mi respuesta hasta que el infierno se congele». John F. Kennedy, de pie ante el televisor de la Casa Blanca, dijo con indigna condescendencia: «Fantástico. No sabía que Adlai tuviera esas habilidades». John McCloy, que había regresado de Europa a instancias del presidente y se encontraba en la sede de la ONU para apuntalar el temple de Stevenson, descubrió que el embajador no solo no necesitaba ese apoyo sino que, además, se había transformado en un «halcón enardecido» ante las evasivas y engaños de Zorin, que, en realidad, no eran mucho peores que los que el propio Stevenson había soltado en ese mismo foro el año anterior acerca de la invasión de bahía de Cochinos. Esta vez, sin embargo, fueron los estadounidenses los que resultaron inequívocamente vencedores en un combate de gladiadores transmitido en directo por televisión y visto por cientos de millones de personas en todo el mundo.

2. La decisión del Kremlin

Esa tarde del 25 de octubre en Moscú, Jrushchov, que no se atrevía todavía a informar de sus intenciones ni a Kennedy ni a Castro, ordenó a Malinovski que enviara un mensaje a Plíyev anunciándole en términos inequívocos la decisión de la Unión Soviética de retirarse: «En relación con el hecho de que la armada de Estados Unidos está bloqueando los accesos a Cuba, tomamos la decisión de no enviarle [los regimientos de misiles] 665 y 668. No debe descargar las ojivas para los R-14 del buque de transporte militar *Aleksándrovsk*, y si ya están descargadas, organice que vuelvan a cargarse en secreto en el barco. El buque de transporte *Aleksándrovsk* junto con las ojivas para los R-14 deben estar preparadas para su traslado de regreso a la Unión Soviética».[10] En caso de emergencia (una probable referencia a la invasión estadounidense de Cuba, que aún se consideraba

posible), el capitán del barco tenía órdenes de hundirlo y enviar las ojivas al fondo del mar.

El Comité Conjunto de Inteligencia británico conjeturó que el Kremlin buscaba ahora «salvaguardar lo que ya ha establecido en Cuba y reducir al mínimo la posible pérdida de prestigio que podría acarrearle no hacerlo o no responder con firmeza». [11] Y así era, pero el obstinado orgullo de Jrushchov obligó al mundo a permanecer en un estado de terror extremo durante los tres días siguientes, mientras montones de dedos flotaban sobre botones de disparo tanto soviéticos como estadounidenses. Serguéi Jrushchov contaría después que fue esa noche cuando su padre le dijo por primera vez que probablemente tendrían que retirar los misiles de Cuba, a lo que el joven respondió con incredulidad. «Quedé conmocionado y apenas podía contener mi ira. En mi opinión, la retirada constituía una humillación nacional ... No conseguía entender cómo mi padre había decidido confiar en la palabra de un presidente de Estados Unidos [de que no invadiría Cuba]. Supuse que no tuvo alternativa. Hasta entonces mi padre había albergado la opinión de que era imposible confiar en los imperialistas, especialmente en los estadounidenses ... Ahora se había ablandado... No me convenció.» [12]

Ese mismo día hubo otro acontecimiento que generó una nueva confusión entre Washington y Moscú: el *New York Herald Tribune* publicó una columna sindicada escrita por Walter Lippmann, amigo íntimo de la administración. Jrushchov había conocido a Lippmann, siempre partidario de la distensión: ya en 1946, había deplorado el famoso discurso de Winston Churchill sobre el «telón de acero» pronunciado en Fulton, Misuri. [13] El líder soviético abrigaba un respeto de vieja data por el trabajo del sabio liberal, si bien no parece que le hubiera dado la importancia que merecían las líneas finales de un artículo publicado un año antes y que sabemos que leyó: «En esta era nuclear», había escrito el periodista en septiembre de 1961, «la regla primordial de la política internacional es que

una gran potencia nuclear no debe poner a otra gran potencia nuclear en una posición en la que deba elegir entre el suicidio y la rendición». [14]

Ahora, Lippmann proponía que la crisis de los misiles debía resolverse intercambiando la retirada de las armas que los soviéticos tenían en Cuba por la de las que los estadounidenses tenían en Turquía. Aunque la cuestión de cuán comparables eran ambas situaciones había sido bastante comentada en el extranjero, esta era la primera vez que se mencionaba tal opción en un respetado medio estadounidense. Cuando se le enseñó la columna a Jrushchov, en las horas finales de la noche del 25, según los relojes de Moscú, el primer secretario dio por sentado que lo que decía Lippmann reflejaba el pensamiento de la Casa Blanca y, por supuesto, no se equivocaba. Habiendo advertido por primera vez el atractivo de semejante trato, el líder ruso resolvió con retraso incorporarlo a la agenda diplomática soviética, con una torpeza que pronto desconcertaría a los estadounidenses.

En Washington, la reunión del ExCom de la tarde comenzó con una actualización sobre los barcos que aún estaban de camino a Cuba, incluido el buque cisterna *Grozni*, todavía a más de 1.700 kilómetros de distancia, que transportaba un cargamento sospechoso en cubierta. También había un barco de pasajeros procedente de Alemania Oriental, en el que viajaban 1.500 obreros industriales. Robert Kennedy insinuó que quizá fuera mejor seguir adelante con el ataque aéreo contra los emplazamientos de los misiles, en lugar de tener una confrontación con los soviéticos en alta mar. Se decidió que, dado que el desarrollo de los acontecimientos dependía ahora de los próximos movimientos tanto de la ONU como de Jrushchov, la armada debía por el momento aplazar cualquier acción. El asesor económico del presidente, Walt Rostow, que más tarde se convertiría en uno de los defensores más prominentes de la guerra de Vietnam, instó a ampliar la lista de mercancías prohibidas por el bloqueo e incluir en ella el

combustible. Una medida semejante podía estrangular con rapidez la economía cubana, dijo, recordando la eficacia de los ataques aliados contra el suministro de combustible alemán en la segunda guerra mundial. Rostow no encontró a nadie que secundara su propuesta, que se consideró poco aconsejable: el presidente ya había renunciado a atacar a Castro y su gente, en favor de un enfoque prudente concentrado en los misiles y solo en los misiles.

Kennedy abandonó luego la reunión para hablar de nuevo por teléfono con Harold Macmillan. Durante esta conversación, el presidente no hizo mención alguna de las exhortaciones del primer ministro, en el mensaje recibido en la Casa Blanca esa mañana, a evitar un choque armado. En lugar de ello, los dos líderes abordaron la labor de la diplomacia y la incertidumbre de los estadounidenses en torno a qué barcos abordar, dónde y cuándo. Macmillan señaló que la cuestión clave seguía siendo la de «inmovilizar las armas en Cuba, que es su principal preocupación, ¿no es así?». Sí, dijo el presidente. Pero ahora era menos urgente que las decisiones sobre la táctica en el mar.

Para la mañana del viernes 26 de octubre, se consideraba ya esencial demostrar al mundo que la armada de Estados Unidos se tomaba en serio el cumplimiento del bloqueo, en lugar de contentarse con haber asustado a Jrushchov para que ordenara el regreso de los barcos que transportaban armas. El presidente en persona seleccionó el buque libanés *Marucla*, fletado por los soviéticos, como un ejemplo práctico apropiado, pues era poco probable que llevara armas o que se resistiera a ser abordado. La tarea de interceptarlo se encomendó a los destructores estadounidenses *John R. Pierce* y *Joseph P. Kennedy*, este último llamado así en honor del hermano mayor del presidente, muerto en combate en la segunda guerra mundial. Alrededor de las seis de la mañana, las tripulaciones de ambas

embarcaciones fueron llamadas a zafarrancho de combate sin que se emitiera la acostumbrada advertencia: «Esto es un ejercicio, esto es un ejercicio». Los buques de guerra se acercaron al navío habiendo recibido la orden de evitar provocaciones: «No realizar acciones amenazantes. No apuntar los cañones a los cargueros».

Los hombres que abordaron el *Marucla* iban desarmados y vestían uniformes blancos de la armada. A las 07.50 subieron al carguero mediante una escalera de cuerda que la tripulación, formada en su mayoría por marinos griegos, les tendió con amabilidad, y una vez en cubierta se les ofreció café. La partida de abordaje examinó la carga que había en cubierta, formada por camiones y maquinaria agrícola, y en las bodegas, más vehículos, azufre, recambios y, según algunos, también papel higiénico. Después de dos horas, los visitantes regresaron a sus respectivas embarcaciones. La armada estadounidense había cumplido su propósito, a saber, que se le viera ejecutar un primer registro en cumplimiento del bloqueo, sin correr el riesgo de un enfrentamiento armado con los rusos. El *Marucla* pudo continuar navegando hacia Cuba.

Según Robert Kennedy, este fue el día en que el presidente comenzó a aceptar, de mala gana, que las medidas adoptadas hasta el momento no habían logrado convencer a los rusos de que debían satisfacer su exigencia clave: la retirada de los misiles nucleares ya desplegados en Cuba. Un renovado pesimismo se apoderó de los miembros del ExCom, que volvían a temer que los soviéticos estuvieran aún proponiéndose desafiar a Estados Unidos. Estaban convencidos de que, a menos que consiguieran eliminar la amenaza que suponían los misiles, la presidencia de Kennedy estaba acabada. La autoridad personal del mandatario quedaría reducida a nada, y se consideraba posible que ese fuera uno de los objetivos de Jrushchov. El presidente ordenó un fuerte aumento de las misiones de vigilancia aérea sobre Cuba y pidió que el Departamento de Estado emprendiera sin perder tiempo la planificación de un gobierno civil interino para la isla en caso de

que Estados Unidos se viera obligado a invadirla y ocuparla. Esa mañana, Adlai Stevenson voló desde Nueva York, en compañía de John McCloy, para asistir a la reunión del comité. Dado el poder de veto que tenía la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad de la ONU, estaba claro que el organismo no podía contribuir a la defensa de los intereses de Estados Unidos. Con todo, los representantes estadounidenses tenían previsto reunirse esa misma tarde con U Thant y necesitaban instrucciones actualizadas.

Mientras todo esto sucedía, en la costa suroriental del país, la mayor concentración de las fuerzas armadas estadounidenses desde la guerra de Corea continuaba preparándose para estar en condiciones de poner en marcha, doce horas después de recibir la orden, la operación Vainas. Esta era un programa continuo de siete días de ataques aéreos, a los que probablemente seguiría una invasión. Las especulaciones acerca de ese posible asalto dominaban los periódicos de esa mañana. La noche anterior, Castro había hablado para denunciar las acciones estadounidenses y proclamar, sin haberlo consultado con el Kremlin, que ya no se tolerarían más sobrevuelos de Estados Unidos. McNamara informó de que, si bien los jefes de las fuerzas armadas aún abogaban por la invasión de la isla, la probabilidad de sufrir un gran número de bajas era altísima. Los misiles desplegados por los soviéticos en Cuba ya estaban operativos o pronto lo estarían.

Por su parte, John McCone ofreció una actualización sobre el estado de la operación Mangosta. Al principio de la crisis, a instancias de Robert Kennedy, la CIA había acelerado el trabajo en este programa contra Castro, que ahora preveía el uso de submarinos para desembarcar en la isla grupos de exiliados que recopilaran información, llevaran a cabo acciones de sabotaje e, incluso, atacaran las bases de los misiles (este último proyecto constituía una locura de altísimo nivel). Se decidió celebrar en la tarde una reunión aparte sobre este plan en el Pentágono, y se consideró que en ella

debía también abordarse el papel de los exiliados cubanos durante y después de la posible invasión estadounidense. Mac Bundy soltó un eufemismo memorable: «La Cuba post-Castro es el escenario más complejo».

McCone declaró que el grupo encargado de Mangosta, dirigido por el bufonesco coronel Edward Lansdale, estaba ahora bien organizado. Aunque nadie cuestionó esta afirmación, lo cierto es que era absurda. El hecho de que, después del fiasco de bahía de Cochinos, la Casa Blanca siguiera depositando tanta fe en la capacidad de los exiliados para desempeñar un papel significativo en el derrocamiento de Castro resulta extraordinario. Es posible argumentar que los momentos menos admirables y más deshonrosos de todas las discusiones que tuvieron lugar durante la crisis de los misiles fueron aquellos en que se trató del futuro político de Cuba. De un modo que recordaba la forma habitual de formular políticas para América Latina en Washington, y que presagiaba la conducta de Estados Unidos en Vietnam, Kennedy y sus asesores se arrogaban sin vergüenza alguna en esos debates el derecho a decidir el futuro político de Cuba y manipular como titiriteros a sus dirigentes desde la Casa Blanca. No cabe duda de que los soviéticos hacían lo mismo en la gestión de su imperio en Europa oriental, pero Estados Unidos aspiraba a ser mejor que la URSS.

Cuando la discusión retornó al tema del bloqueo, se expresaron opiniones firmes: era urgente cambiar el foco de atención global de los barcos soviéticos a las armas ya desplegadas en Cuba. Dean Rusk dijo que quisiera poder continuar con los esfuerzos diplomáticos (por ejemplo, promover las inspecciones de Naciones Unidas de las bases de misiles) antes del inicio de una intervención militar. Propuso solicitar que miembros de la ONU, de forma voluntaria, se hicieran cargo de la cuarentena marítima empleando sus propios buques de guerra. Era evidente que Moscú rechazaría semejante plan, pero ello fortalecería la posición de Estados Unidos, que podría quejarse de la testarudez de los rusos. El presidente dijo

que la crisis tenía un largo camino por recorrer: «Es obvio que no podemos esperar que retiren [los misiles] ... sin una negociación prolongada».

Pero luego usó unas palabras que se revelarían críticas para el resultado de la crisis: «Pensé que la propuesta era que ellos retiraban esas armas si nosotros garantizábamos la integridad territorial de Cuba ... Obviamente vamos a tener que pagar un precio para sacar esos misiles sin tener que pelear por sacarlos». De repente, una cuestión clave estaba sobre la mesa. Nikita Jrushchov sostenía que si la Unión Soviética había instalado misiles en Cuba, era para ayudar a la isla a defenderse de la agresión estadounidense. Aunque esa afirmación era hipócrita, también era claro que constituía la justificación declarada de la acción soviética. Y aunque la administración Kennedy no tenía (antes de la crisis) ninguna intención inmediata de invadir Cuba, era innegable que el presidente y casi todos los miembros de su gobierno habían expresado con frecuencia el deseo de eliminar a Fidel Castro.

Aquí se vislumbraba una buena oportunidad de satisfacer el deseo estadounidense de conseguir la retirada de los misiles soviéticos, al tiempo que se permitía a Jrushchov alcanzar su propio objetivo expreso. Robert McNamara dudaba de que una declaración de no agresión de Washington significara mucho. El presidente, sin embargo, se reafirmó: «Si ese es uno de los precios que tenemos que pagar para sacar esos [misiles] de allí, entonces nos comprometeremos a no invadir Cuba». Merece la pena subrayar que el 18 de octubre, cuatro días antes de que denunciara públicamente el despliegue de los misiles, el mandatario estadounidense ya había manifestado su disposición a ofrecer esas garantías en su entrevista con el ministro de Exteriores Gromiko.

La propuesta, no obstante, llenó de consternación a McCone, el siempre belicoso director de la CIA: «Eso prácticamente protegería a Castro de cualquier acción futura. Mucho antes de que esos misiles estuvieran allí, su vínculo con la Unión Soviética y el uso de Cuba como base de operaciones

para propagar el comunismo a toda América Latina era un asunto de gran preocupación para nosotros. Ahora, lo que esto [haría] es más o menos dejarlo en esa posición». Bundy, en cambio, respaldó al presidente: «El propósito estructural básico de toda esta empresa es muy simple ... sacar esos misiles ... Si podemos derribar a Castro en el proceso, genial ... Pero si podemos sacar los misiles...». El presidente reafirmó: «Si podemos sacar los misiles, podemos ocuparnos de Castro». Adlai Stevenson dijo que, desde su perspectiva, garantizar la integridad territorial de Cuba podía resultar de vital importancia para asegurar el resultado deseado. Llewellyn Thompson volvió al tema de las posibles inspecciones de la ONU en los emplazamientos de los misiles para decir que, según pensaba, los rusos encontrarían mucho menos doloroso limitarse a deshacerse de ellos que tener al personal de Naciones Unidas husmeando en sus bases de lanzamiento.

Las discusiones de esa mañana se tornaron luego dispersas y conflictivas. Stevenson quiso plantear un escenario en el que se mantenía el statu quo en lo referente a Cuba mientras se llevaba a cabo una negociación, que, reconoció, llevaría semanas. Otros, audiblemente descontentos, insistieron en que los misiles debían retirarse, o dejarse inutilizables, antes de cualquier conversación. McCone veía con recelo que se hiciera cualquier concesión a los soviéticos mientras Estados Unidos estuviera bajo la amenaza de los misiles. Stevenson salió de la habitación durante varios minutos para hablar desde el despacho del presidente con Charles Yost, su segundo en Nueva York, quien debía reunirse con U Thant y necesitaba instrucciones. Tras quejarse de que ese día había «mucho jaleo aquí abajo», el embajador le explicó a Yost que la condición de Estados Unidos para levantar el bloqueo no era solo la «paralización», bajo la supervisión de la ONU, de los trabajos en las bases de los misiles, sino que estos se inutilizaran: el bloqueo se mantendría mientras los misiles siguieran siendo operativos.

Mientras tanto, en la sala del gabinete, la reunión del ExCom continuaba, con todos los participantes de mal genio. Consideraban que Estados Unidos no estaba realizando verdaderos progresos en la consecución de su objetivo principal. No tenían confianza en Stevenson (y, de hecho, tampoco en la ONU) y sospechaban que, incluso con McCloy a su lado, este cedería demasiado. Max Taylor creía que el gobierno de Estados Unidos no sonaba lo bastante enojado: «Durante cualquier negociación, señor presidente, ¿no deberíamos aumentar el nivel de ruido de nuestra indignación por lo ocurrido?». Para empezar, proponía aumentar la actividad de los aviones de combate sobre Cuba. Kennedy concedió: «En cierto sentido [la opción del ataque aéreo] es ahora más favorable de lo que lo era incluso hace una semana».

Terminada la reunión, el presidente habló por teléfono con David Ormsby-Gore, quien le preguntó cuánto tiempo podía Estados Unidos esperar a que U Thant consiguiera verificar la interrupción de los trabajos en Cuba. Kennedy respondió: no mucho. Al mediodía se reunió con funcionarios de inteligencia, que le informaron del veloz avance de los preparativos en las bases de misiles, así como de la identificación de lo que podrían ser armas nucleares tácticas FROG (la denominación de la OTAN para los misiles Luna). McCone subrayó su convicción de que no debía iniciarse ninguna negociación con los soviéticos a menos que, como primer paso, se inmovilizaran de inmediato los misiles separando las armas de los lanzadores. El presidente dijo: «Solo hay dos formas de hacer esto, como dije esta mañana. Una es la vía diplomática. De la cual dudo: no creo que prospere. La otra forma es, pensaría, la combinación de los ataques aéreos y, probablemente, la invasión».

Discutió con McCone y Arthur Lundahl la posibilidad de desembarcar a exiliados cubanos para que atacaran las bases de los misiles. El director de la CIA insistió en la nueva amenaza que suponían las armas nucleares tácticas desplegadas por los soviéticos. El presidente, no obstante, siguió

dándole vueltas a la opción del sabotaje. ¿Era posible volar un tanque de combustible con una sola bala? Dudoso, dijo Lundahl, pero asumiendo que contenían ácido nítrico rojo, pondrían en un grave aprieto al equipo encargado de contenerlos. Los FROG, por su parte, utilizaban combustible sólido. En este punto el jefe de la CIA manifestó una repentina e inesperada cautela: «La invasión va a ser una empresa mucho más seria de lo que la mayoría de la gente piensa ... Tienen ahí material muy nocivo. Lanzacohetes y cañones autopropulsados, semiorugas ... Le harán pasar un muy mal rato a cualquier fuerza invasora. No será en absoluto pan comido». Kennedy preguntó si era seguro que el poder aéreo podría encargarse de «masticarlos». Podría, respondió McCone, «pero ya sabe cómo es eso. Es muy difícil dejar fuera de combate esas unidades. Esa fue la experiencia que tuvimos en la segunda guerra mundial y luego en Corea».

Es sorprendente percibir la influencia de la disuasión mutua en todos los debates que tenían lugar en Washington, por no hablar de Moscú. En otras circunstancias, los estadounidenses ya habrían emprendido acciones militares (ataques aéreos, sin duda, y probablemente también una invasión con el propósito, en última instancia, de derrocar a Castro), pero no lo habían hecho por temor a: primero, que el Kremlin respondiera tomando Berlín Oeste; segundo, que los bombardeos resultaran ineficaces y no consiguieran destruir todos sus objetivos, con lo que posiblemente desencadenarían un ataque nuclear ruso; y ahora, tercero, que la invasión se convirtiera en una campaña sangrienta tanto para los atacantes como para los defensores. Y hay que tener en cuenta que la valoración de McCone se fundaba en conjeturas que subestimaban gravemente las fuerzas soviéticas desplegadas en Cuba. Aunque los rusos que defendían la isla no recurrieran a las armas nucleares tácticas, tenían potencia de fuego suficiente para causar serios destrozos a los invasores y quizá para repelerlos, si bien eso ya era más difícil de imaginar.

Kennedy, atormentado por el recuerdo del fiasco de bahía de Cochinos, sabía que un nuevo fracaso de ese tipo sería una catástrofe. Una derrota de semejantes dimensiones habría destruido casi con seguridad su presidencia, del mismo modo en que, casi dos décadas después, el colapso de la operación para rescatar a los rehenes en Irán acabó con las posibilidades de reelección de Jimmy Carter. El pueblo estadounidense podía perdonarlo casi todo salvo el fracaso. Imposible imaginar algo más humillante que propiciar un baño de sangre, por no hablar de una derrota completa, a las puertas de Estados Unidos. Lo que frenaba a John F. Kennedy no era el miedo a lanzar una acción militar, ni las dudas acerca de la moralidad o legitimidad del bombardeo y la invasión de Cuba, sino el temor de que tal línea de actuación resultara infructuosa o, lo que era más probable, creara un caos prolongado. Esto hizo que perseverara en la opción diplomática incluso cuando los jefes de sus fuerzas armadas y algunos de sus asesores civiles clamaban en favor de los bombardeos. Como apuntó con astucia e incluso brillantez McNamara al comienzo de la crisis: el problema fundamental fue siempre de naturaleza política, no estratégica.

Desde el 23 de octubre en adelante, mientras la atención del mundo se fijaba en los movimientos de los cargueros soviéticos en el Atlántico, existía en el mar una realidad considerablemente diferente, mal entendida en la Casa Blanca e influenciada por la bravuconería que animaba a los comandantes de la armada estadounidense. Pocas horas después de la transmisión del discurso de Kennedy, Jrushchov había ordenado dar media vuelta a todos los barcos soviéticos que transportaban misiles, armas convencionales o personal militar con destino a Cuba. Los únicos buques que mantuvieron su curso fueron los que llevaban combustible, alimentos y cosas por el estilo. Esto básicamente dejó sin propósito a la flotilla de

submarinos que había estado siguiendo a los cargueros, limitando su velocidad máxima bajo el agua a nueve nudos.

Fred Korth, el secretario de la Armada de Estados Unidos, describió luego la operación de la cuarentena como «la prueba más exigente de las capacidades de guerra antisubmarina (ASW, por sus siglas en inglés) de la marina desde la segunda guerra mundial». Los buques de guerra estadounidenses persiguieron de forma activa a 29 presuntos contactos submarinos, de los cuales seis resultaron ser auténticos. Los submarinos británicos y canadienses informaron de otros contactos en otras zonas del Atlántico. «Hasta donde es posible determinar, ningún submarino ruso involucrado en la operación cubana escapó a la detección y el seguimiento», declaró Korth (lo que no era correcto, porque el B-4 nunca llegó a ser localizado). «Al rastrear estos submarinos, y estar en condiciones de destruirlos de haber sido necesario, la armada impidió a la URSS su uso efectivo.» Lo que el secretario de la armada no menciona es que, en caso de un enfrentamiento naval, los Foxtrot soviéticos se habrían cobrado un precio devastador por su propia destrucción.

El comandante de las fuerzas navales estadounidense en el Atlántico, el almirante Robert Dennison, optó por considerar la presencia de la flotilla de submarinos en «su» océano como una amenaza comparable a la planteada por el despliegue de los misiles en Cuba, «porque demuestra una clara intención soviética de posicionar una gran amenaza ofensiva frente a nuestras costas ... la primera vez que se han identificado de manera positiva submarinos soviéticos frente a nuestra costa este». A las 11.04 del día 24, un hidroavión P5 Marlin que despegó de las Bermudas divisó el esnórquel de un submarino a ochocientos kilómetros al sur de la isla. La información provocó el envío de un destacamento desde el *Essex* para seguir al presunto submarino soviético, que era, de hecho, el B-130, comandado por el capitán Nikolái Shumkov. Antes de que los buques de guerra estadounidenses se acercaran a su posición, el oficial tenía ya bastantes problemas. Antes de

dejar la Unión Soviética, había pedido baterías nuevas para la nave, pero su solicitud había sido denegada; y ahora, las viejas, que no mantenían la carga durante mucho tiempo, limitaban su velocidad máxima bajo el agua a entre seis y ocho nudos. El capitán no tenía otra opción que salir a la superficie a intervalos regulares para recargar las baterías. Además, para cuando llegó al mar de los Sargazos, solo funcionaba uno de los motores diésel que impulsaban el buque en la superficie. Ruidoso y destartalado, el submarino era terriblemente vulnerable, algo que los comandantes soviéticos tendrían que haber reconocido antes de zarpar.

No obstante, Shumkov contaba con un recurso que los estadounidenses ignoraban: un torpedo nuclear de diez kilotones, más de la mitad de la potencia de la bomba que destruyó Hiroshima. El oficial no tenía ninguna duda de que ese dispositivo, por lo menos, estaba en condiciones de ser utilizado. Un año antes, el 23 de octubre de 1961, él mismo disparó el primer torpedo T-5 probado en el Ártico y observó luego, a través del periscopio, el formidable destello que produjo cuando explotó a ocho kilómetros de distancia, produciendo ondas de choque que recorrieron toda la nave. Ese buque y esa arma, junto con tres más del mismo tipo, se hallaban ahora sueltos en el Atlántico, donde los comandantes de la armada de Estados Unidos estaban decididos a tratarlos como amenazas inmediatas, sin saber nada de los torpedos nucleares que llevaban. Moscú había mandado a dos de los Foxtrot, uno de ellos el B-130 de Shumkov, que se alejaran a gran distancia de la línea del bloqueo. Un tercero, el B-36, había recibido la orden de tomar rumbo a través del banco de la Plata, entre la Gran Turca y la Española; mientras que el B-4 debía posicionarse a unos 320 kilómetros al noroeste.

Aquí resulta de nuevo evidente la desesperada y peligrosa confusión de propósitos del Kremlin. Jrushchov ya había tomado la decisión de retirarse de la confrontación para evitar la guerra con Estados Unidos. Pese a ello, sin embargo, todavía no se atrevía a retroceder en todos los frentes, es decir,

a aceptar la lógica de su propia decisión. En tales circunstancias, a las 08.19 del viernes 26 de octubre, un avión de observación de la armada estadounidense identificó con precisión el casco negro y reluciente del B-36, en la superficie, a 130 kilómetros al oriente de la Gran Turca, a unos 650 kilómetros al suroeste de donde se encontraba el B-130 y dentro de la zona de cuarentena. Una vez más, los estadounidenses se vieron al mismo tiempo alarmados y desconcertados. ¿Qué estaba haciendo ese submarino? ¿Qué nueva jugarreta o amenaza podía indicar su presencia? Los rusos a bordo del B-36 se sintieron igualmente angustiados cuando las sonoboyas y las cargas de profundidad de práctica lanzadas desde el aire comenzaron a explotar en las cercanías de la embarcación después de que esta se sumergiera, mientras la armada estadounidense se esforzaba por mantener localizada su posición.

Una característica de los tanques, aviones y buques de guerra soviéticos era la poca atención que sus diseñadores habían prestado a la comodidad de quienes iban a utilizarlos. Esto era especialmente cierto en el caso de los Foxtrot que ahora surcaban el Atlántico occidental. Tras cuatro semanas en el mar, las tripulaciones de los submarinos, y en especial la del B-36, estaban soportando un calor extremo, que había provocado a muchos marineros erupciones horribles, tenían racionada el agua y padecían una tensión enorme. Anatoli Andréev, un ayudante del capitán del B-36, escribió en una carta a su esposa: «Durante los últimos cuatro días no hemos podido ni siquiera alcanzar la profundidad de periscopio. El aire viciado hace que me sienta como si la cabeza me fuera a estallar ... Hoy otra vez tres hombres se han desmayado agotados debido al calor ... Quienes no están de servicio permanecen sentados, inmóviles, con la mirada fija en algún punto». El marino se quejaba con amargura del estado de su comandante, que tenía los nervios «arrasados. Le grita a todo el mundo y se tortura a sí mismo ... Se está volviendo paranoico, y le tiene miedo hasta a su propia sombra ... El calor nos está enloqueciendo ... Cada vez es más

difícil respirar». Y cuando los aparatos de refrigeración dejaron de funcionar, el hedor de la carne en descomposición se sumó al de los cuerpos humanos.

Los capitanes de los submarinos testificarían más tarde que a cada hora esperaban recibir de Moscú la noticia de que había comenzado la guerra contra Estados Unidos. El capitán Dubivko, el oficial al mando del B-36, dijo después: «El que consiguiéramos ser los primeros en usar las armas [nucleares] dependía de la recepción oportuna de la señal de iniciar las operaciones de combate». Sin embargo, para recibir cualquier comunicación de su base necesitaban ascender a la profundidad de periscopio y luego hacer flotar una antena de radio, algo que cada vez tenían más dificultades para hacer debido a la estrecha vigilancia a la que los tenían sometidos los estadounidenses. Aunque ya antes de partir las órdenes eran confusas, había una cuestión que todos los oficiales al mando de los submarinos soviéticos tenían clara: debían realizar el máximo esfuerzo y aprovechar hasta el límite las capacidades de sus buques y tripulaciones para evitar la humillación de verse forzados a salir a la superficie por los buques de guerra de la armada de Estados Unidos. Y en ausencia de noticias de Moscú, u órdenes nuevas, cuando lo único que sabían era que estaba teniendo lugar una crisis mortal, solo podían, en palabras de Dubivko, «esperar la señal [de que había estallado la guerra] de hora en hora». Al acosar a los sumergibles rusos y, como resultado de ello, impedirles comunicarse con sus bases, los buques de guerra estadounidenses hicieron del océano Atlántico un lugar tan peligroso como ya lo era Cuba, pues en estas circunstancias fue muchísimo lo que pasó a depender de la discreción de los comandantes de cada embarcación.

3. «Una prueba de la voluntad»

En la mañana del 26 octubre, dos submarinos soviéticos se vieron obligados a salir a la superficie para recargar sus baterías, ante la amenazante presencia de los buques de guerra estadounidenses. Mientras tanto, el *Coolangatta*, un carguero sueco fletado por la Unión Soviética que transportaba patatas desde Leningrado, había pasado desapercibido a la armada de Estados Unidos hasta que estuvo a ochenta kilómetros de La Habana. Entonces, el destructor *Perry* se apresuró a acercarse a la embarcación y enviar la señal: «¿Se detendrá para una inspección?». El capitán sueco ignoró la solicitud y continuó su camino. Cuando se le transmitió la noticia a McNamara, este ordenó a la armada que se dejara en paz al carguero. Semejante contención excitó aún más los ánimos de los jefes del Pentágono, ya bastante enojados e impacientes, que le reclamaron: ¿la administración quería de verdad hacer cumplir el bloqueo o no? El secretario de Defensa insistió en que, en un momento en que se estaba insistiendo en la vía diplomática, sería un error precipitar un enfrentamiento en el mar.

Cuando Charles Yost se reunió con U Thant en la sede de Naciones Unidas, el secretario general le dio una importante noticia: los soviéticos habían indicado que podían aceptar un trato en el que, a cambio de que ellos retiraran sus misiles, Estados Unidos se comprometiera formalmente a no invadir Cuba. Dean Rusk telefoneó al presidente para informarle de ello, así como de las insinuaciones de corte similar que había recibido de diplomáticos canadienses. Rusk dijo: «Es posible que esto avance más rápido de lo que esperábamos». Kennedy, todavía rumiando en voz alta esta idea, dijo: «Creo que tendríamos que aceptar eso, porque, en cualquier caso, no íbamos a invadirlos». Rusk: «Así es». Kennedy: «Correcto».

Esa tarde, los acontecimientos continuaron desarrollándose o, para ser más precisos, hubo señales adicionales de que un trato como el planteado por U Thant estaba en verdad en la mente de Jrushchov. Aleksandr Fomín, de cuarenta y ocho años, el veterano jefe de la estación de la KGB en

Washington, cuyo verdadero nombre era Aleksandr Feklisov y que operaba en Estados Unidos haciéndose pasar por periodista, abordó a su «colega» de *ABC News*, John Scali. En la conversación que tuvieron, el coronel Feklisov, que había adquirido notoriedad una década atrás por haber reclutado y servido como mediador del traidor atómico Julius Rosenberg (ejecutado en 1953), insinuó la posibilidad de que la URSS retirara los misiles a cambio de la promesa de que Estados Unidos dejaría en paz a Castro. Scali informó de inmediato de esto a Rusk, que le instó a mantenerse en contacto y decirle al hombre de la KGB que los estadounidenses estaban realmente interesados en un acuerdo de ese tipo. La noticia hizo que Kennedy reelaborara la declaración vespertina de la Casa Blanca, que quedó reducida a un plano reporte fáctico sobre la continuación de los trabajos en las bases de misiles en Cuba, según lo revelado por el reconocimiento aéreo.

El presidente llamó a Macmillan, en Londres, para informarle sobre el aparente globo sonda de los soviéticos: «Un par de insinuaciones apenas, insuficiente aún para seguir adelante». El británico instó una vez más a Kennedy a que se abstuviera de emprender cualquier acción militar: «En esta etapa, cualquier movimiento por su parte puede desencadenar consecuencias en Berlín que serían muy perjudiciales para todos nosotros». Sin embargo, el mandatario estadounidense se negó a darle al primer ministro la confirmación que este deseaba: «Si al final de las cuarenta y ocho horas no hemos llegado a ningún lado y continúan las labores de construcción en las bases de misiles, tendremos que tomar algunas decisiones difíciles». Con ello implicaba, con certeza, que aprobaría el bombardeo y, probablemente, también la invasión. Lo único que concedió al primer ministro fue la promesa de que Estados Unidos no realizaría ninguna nueva acción sin avisar con antelación a Londres.

Macmillan, a su vez, ofreció a Kennedy una modesta ayuda: permitir el ingreso de supervisores de la ONU en las bases de los misiles nucleares

Thor desplegados por Estados Unidos en Gran Bretaña, a cambio de la inspección de los emplazamientos de los misiles soviéticos en Cuba. El estadounidense respondió con cautela: «Claro, primer ministro, permítame remitir esa cuestión al Departamento [de Estado]. Creo que no queremos realizar demasiados desmantelamientos. Pero es posible que esa propuesta sea de ayuda. Ellos [los soviéticos] también podrían insistir en Grecia, Turquía e Italia [donde estaban estacionados los misiles Júpiter]». El presidente solo informó de forma detallada acerca de estos intercambios a su hermano, pues entendía que no causarían una buena impresión a la mayoría de los miembros del ExCom.

Entre tanto, en Washington, Averell Harriman, que sabía con qué frecuencia los alardes de agresividad del Kremlin se alimentaban de una morbosa conciencia de la debilidad de la Unión Soviética, era al menos tan partidario de la moderación como Macmillan. El subsecretario de Estado llamó a Arthur Schlesinger para insistir en que Jrushchov no se estaba comportando como un hombre que quisiera una guerra. Temía que Kennedy estuviera arrinconando al líder soviético, lo que podría hacerlo sentirse obligado a hacer lo impensable: «Si no hacemos más que endurecer más y más nuestra posición, los forzaremos a tomar contramedidas. Debemos dejarle una salida a Jrushchov ... Él tiene ahora una oportunidad para sacar al mundo del abismo de la destrucción». Por desgracia, Schlesinger, que coincidía con él, también había quedado fuera del círculo del ExCom.

Kennedy, que estaba esforzándose por mantener encendido el pabilo de la esperanza en el posible trato con los soviéticos, reprendió de forma airada a un portavoz de la administración por afirmar, en la habitual rueda de prensa del Departamento de Estado, que el gobierno estaba preparado para emprender «acciones adicionales», si no se llegaba pronto a una solución pacífica: «¡Por Dios! Nos reunimos todas las mañanas para controlar esto, la escalada ... Tienes que ser jodidamente más cuidadoso». El portavoz, Lincoln White, se deshizo en disculpas.

Unos minutos después, a las 19.40, mientras el presidente se dirigía a la mansión de la Casa Blanca, empezó a recibirse un cable procedente de la embajada de Estados Unidos en Moscú; se trataba de la transmisión, por partes, de un mensaje de Jrushchov entregado en la capital soviética a las 16.43, hora local. La carta de 2.748 palabras se tradujo, cifró y descifró con la misma atroz lentitud que tantas otras comunicaciones durante la crisis. El texto completo había tardado casi diez horas en viajar entre Jrushchov y Kennedy, horas demasiado preciosas para desperdiciarlas así.

La carta del líder soviético empezaba con su acostumbrado estilo ampuloso y condescendiente: «Veo, señor presidente, que no carece usted de un sentimiento de angustia por el destino del mundo, de entendimiento y de una noción de lo que implica la guerra. ¿Qué obtendría con la guerra? Usted nos está amenazando con la guerra. Pero bien sabe que lo mínimo que recibiría en respuesta [a cualquier ataque nuclear] sería experimentar las mismas consecuencias que nos lanzara ... Yo he participado en dos guerras y sé que la guerra termina cuando ha apisonado ciudades y pueblos, sembrando muerte y destrucción por doquier».

Tras ese comienzo, Jrushchov bramaba: «En nombre del gobierno y del pueblo soviético, le aseguro que sus conclusiones acerca de las armas ofensivas en Cuba son infundadas ... Las mismas formas de armamento pueden tener diferentes interpretaciones ... Queremos ... competir con su país en términos pacíficos. Estamos en desacuerdo, tenemos diferencias en cuestiones ideológicas. Pero nuestra visión del mundo consiste en eso, en que las cuestiones ideológicas ... deben resolverse sobre la base de la competencia pacífica.

»Usted ha proclamado unas medidas piratas dignas de la Edad Media, cuando a los barcos que navegaban en aguas internacionales se los atacaba ... Yo le aseguro que en esos barcos que ahora se dirigen a Cuba no hay arma alguna en absoluto. Las armas que se necesitaban para la defensa de Cuba ya están allí ... Si el presidente y su gobierno ofrecieran garantías de

que Estados Unidos no participará en un ataque contra Cuba y contendrá a otros que quieran emprender acciones de ese tipo, si retira su flota, eso lo cambiaría todo de inmediato ... Entonces dejaría de ser necesaria la presencia de nuestros especialistas militares en Cuba».

Había otras dos mil palabras de barroca retórica soviética, pero este era el núcleo de la comunicación: una aparente confirmación del mensaje que esa mañana había transmitido U Thant y del que luego otros se habían hecho eco. Ese viernes por la noche, Kennedy y sus asesores más cercanos se fueron a la cama sintiéndose más esperanzados de lo que habían estado en varios días.

Otros, sin embargo, eran menos optimistas. Dean Rusk se había citado con Dean Acheson, ya de regreso en el país tras su entrevista con De Gaulle en París. Los secretarios de Estado pasado y presente bebieron whisky escocés en el despacho de Rusk, en la séptima planta de Foggy Bottom, mientras esperaban que se completara la traducción de la misiva soviética. Acheson todavía abogaba con obstinación por una respuesta «firme» de Estados Unidos, lo que para él significaba una acción militar. Los misiles soviéticos seguían en Cuba y el tiempo se acababa. Solo un ataque aéreo conseguiría eliminarlos. El Departamento de Estado conjeturaba que Jrushchov en persona había redactado la última carta, una apreciación que el veterano diplomático suscribió imitando al rollizo primer secretario mientras se paseaba por el Kremlin dictando el texto agitando en el aire un dedo regordete. Esa misma noche, Rusk informó a los embajadores del Reino Unido, Francia y Alemania Occidental sobre el probable cronograma de Estados Unidos para la destrucción de las bases de misiles en caso de que no se interrumpiera el trabajo en ellos. Ormsby-Gore informó a Londres de que esperaba que eso sucediera el martes 30 de octubre.

En la tarde del viernes 26, Fidel Castro convocó a Aleksandr Alekseev a su puesto de mando. Las noticias que le llegaban desde Nueva York indicaban que Estados Unidos tenía la intención de invadir Cuba de forma inminente. De hecho, él estaba convencido de que venían los americanos. La decisión de Jrushchov de mandar a los buques rusos que transportaban las ojivas nucleares que no siguieran hasta la isla lo había consternado, pues sugería una falta de determinación indigna. Con todo, al líder cubano aún no se le pasaba por la cabeza que la determinación de la poderosa Unión Soviética pudiera ser tan débil como para llevarla a ceder a la exigencia estadounidense de retirar las estupendas armas que ya tenía desplegadas en Cuba y que habían otorgado a la isla una importancia tan gratificante.

Por tanto, daba por hecho que a la firmeza soviética Estados Unidos respondería con la agresión, y en consecuencia preparó a sus fuerzas para repeler la invasión. El presidente títere del régimen, Osvaldo Dorticós, que estaba sumamente nervioso, le dijo ese viernes al embajador yugoslavo que el ataque de Estados Unidos era «inevitable». Alekseev informó de todo esto a Moscú, donde multiplicó los temores de Jrushchov, que se sentía incomparablemente menos ansioso que Fidel por un enfrentamiento con las fuerzas del capitalismo.

Castro, entre tanto, emitió un comunicado: «Cuba no acepta el vandálico y piratesco privilegio de ningún avión de guerra a violar su espacio aéreo, porque ello afecta esencialmente a su seguridad y facilita las condiciones para un ataque por sorpresa sobre nuestro territorio. Tan legítimo derecho de defensa es irrenunciable y, por tanto, todo avión de combate que invada el espacio aéreo cubano solo podrá hacerlo a riesgo de afrontar nuestro fuego defensivo». El líder revolucionario también visitó el puesto de mando soviético en El Chico, al suroeste de La Habana, donde se le dijo que todas las tropas rusas y la mayor parte de las unidades de misiles estaban plenamente preparadas. Castro urgió entonces al general Plíyev a que, primero, ordenara a sus hombres que se deshicieran de sus absurdas

vestimentas civiles y se pusieran uniformes; y, segundo, encendiera los radares, que hasta ese momento habían permanecido deliberadamente inactivos. El militar soviético no cumplió la primera solicitud; pero sí la segunda. Los fisgones de la inteligencia estadounidense informaron a Washington de que el éter había cobrado vida de repente: decenas de instalaciones electrónicas soviéticas se habían activado en la isla, incluidos los sistemas de control de incendios. Plíyev, por su parte, envió un mensaje a Moscú para informar a Malinovski de la situación: «En opinión de los camaradas cubanos, debemos esperar un ataque aéreo estadounidense en nuestras bases en Cuba durante la noche del 26 al 27 de octubre, o al alba del 27 de octubre. Fidel Castro ha decidido derribar los aviones de combate estadounidenses con su artillería antiaérea en caso de que se produzca un ataque a Cuba. He tomado medidas para dispersar *tekhnika* [ojivas] dentro de la zona de operaciones y para mejorar el camuflaje. En caso de ataques aéreos estadounidenses contra nuestras bases, he decidido utilizar todos los medios de defensa aérea a mi disposición».

La mayoría de las ojivas soviéticas estaban almacenadas en un búnker subterráneo, que la CIA no había detectado, cerca de la pequeña ciudad de Bejucal. Una vez que se las llevaba a las bases de misiles, se necesitaba media hora para retirar las cubiertas de lona de los R-12 e instalar las cabezas nucleares. Después de eso, se necesitaban dos horas más para montar los misiles ya ensamblados en los lanzadores, conectar el cableado eléctrico y poner las armas en los ángulos designados, de acuerdo con las instrucciones de las tarjetas de apuntado. Plíyev tomó la decisión de acercar las ojivas a los misiles, siguiendo su propio criterio, pero contraviniendo la orden más reciente de Moscú. El Presídium respaldó la acción cuando informó de ella, aunque de nuevo se le advirtió que no debía disparar ningún arma nuclear sin la autorización del Kremlin. Para hacer la situación todavía más confusa, el general recibió una serie de telegramas, uno de los cuales decía: «Detengan todos los trabajos de despliegue de los R-12 y R-

14: están irritando a Naciones Unidas ... Camuflen todo con cuidado, trabajen solo de noche». [15]

En ausencia de salvaguardias técnicas, el cumplimiento de la orden de Moscú seguía dependiendo de la voluntad del general y sus subordinados, quienes conservaron la autoridad para disparar los misiles tierra-aire. Plíyev, que se encontraba enfermo, ahora también estaba exasperado. Se veía forzado a lidiar con un dictador local emocional que estaba convencido de que se acercaba la hora de cumplir su destino; con unos hombres que habían trabajado como esclavos preparando un arsenal nuclear para la acción en condiciones casi intolerables, pero a los que ahora se les mandaba desmontar sus armas más potentes; con la amenaza de una invasión inminente de Estados Unidos que tanto los rusos como los cubanos se habían comprometido a resistir, pero que él y sus subordinados tenían instrucciones de derrotar sin usar una fuerza extrema; y, por último, con un gobierno en Moscú empeñado en batirse en retirada, pero desesperado por dar la impresión de que no era eso lo que estaba haciendo. Difícilmente resulta sorprendente que, en medio de tal confusión, los oficiales soviéticos responsables de las defensas antiaéreas de Cuba estuvieran ansiosos por usar sus armas para impedir los arrogantes sobrevuelos de los estadounidenses, y que interpretaran sus órdenes confusas y casi contradictorias como si dejaran el hacerlo a su discreción. Serguéi Mikoyán diría más tarde: «En una situación en la que Moscú y Washington estaban ansiosos por no hacer nada y en la que los comandantes no sabían qué debían hacer, *cualquier* cosa podía suceder». [16]

Al mismo tiempo, Jrushchov seguía viendo en el irregular cumplimiento del bloqueo (el hecho de que algunos barcos estuvieran pasando sin que se les diera el alto) una prueba de vacilación suficiente como para considerar que tenía margen para presionar a Kennedy y salvar algo del inminente naufragio de la en extremo ambiciosa y épicamente torpe operación Anádir. La última línea que Harold Macmillan escribió en su diario ese 26 de

octubre decía: «La situación es muy oscura y peligrosa. Es una prueba de la voluntad».

12

Sábado negro

1. Castro asusta a Jrushchov

En la mañana del 27 de octubre, en las afueras de Gorki (hoy Nizhni Nóvgorod, una gran ciudad en las riberas del Volga), el joven Nikolái Kozakov seguía estando obsesionado con la crisis, pero con una actitud más sensata que en los días anteriores: «Me levanté a las 9.30 y me tomé un tiempo para ponerme presentable porque era sábado. Me afeité, me lavé, trabajé en mi apariencia. Después del desayuno, tomé un lápiz y comencé a pensar en un poema candente sobre Cuba. Elegí la alada expresión *Venceremos* [1] como título y tema. Por supuesto, no podía expresar mis propios pensamientos, ya que no están de acuerdo con los puntos de vista comunistas. Tuve que fingir que era un ardiente bolchevique y partidario de Jrushchov. El poema empezó a cobrar forma; a la hora de la comida ya tenía tres versos. Tomé un poco de sopa aguada y seguí trabajando ... Completé cinco versos hoy, solo me faltaba el último ... Pero antes tenía que pegar las botas porque tenían agujeros». [2]

Más o menos a la misma hora que Kozakov se levantó de la cama, a medio mundo de distancia, donde aún era de noche, Fidel Castro llegó a la embajada de la Unión Soviética en La Habana, una mansión de dos plantas en el frondoso y elegante barrio del Vedado, otrora propiedad familiar de un

magnate del azúcar que había abandonado Cuba después de la Revolución. Eran las dos de la mañana del día 27. El «máximo líder» repitió a Aleksandr Alekseev lo que les había estado diciendo a los generales soviéticos: la invasión estadounidense era «inevitable». Abrazando una vez más el lenguaje del melodrama, insistió en que cuando comenzara la guerra, esta debía convertirse en un conflicto termonuclear: él estaba encantado de morir al lado de su pueblo «con suprema dignidad». El embajador, esforzándose por distinguir la retórica de la realidad en el torrente de palabras del cubano, envió de inmediato un mensaje a Moscú para informar tanto de la presencia del visitante en la embajada como de su predicción de una carnicería inminente. Alekseev también alertó a Jrushchov de que en breve recibiría una carta personal de su devoto aliado cubano. Durante las varias horas que siguieron, instalados en el búnker que había debajo de la embajada en previsión de un ataque furtivo de la aviación estadounidense, el ruso trató de ayudar a su huésped a escribir un mensaje para el líder de la Unión Soviética, redactado en un lenguaje que tuviera la grandiosidad que, en opinión de Castro, el dramatismo del momento exigía.

En un instante de la discusión que mantuvieron, el exasperado y exhausto enviado soviético preguntó al cubano: «¿Quiere decir que debemos lanzar el primer ataque nuclear?». No, dijo Castro, que no quería ser tan explícito. Con todo, al final se decidió por una elección de palabras bastante alarmante: «Si ... los imperialistas invaden a Cuba con el fin de ocuparla, el peligro que tal política agresiva entraña para la humanidad es tan grande que después de ese hecho la Unión Soviética no debe permitir jamás las circunstancias en las cuales los imperialistas pudieran descargar contra ella el primer golpe nuclear ... si ellos llegan a realizar un hecho tan brutal y violador de la Ley y la moral universal como invadir a Cuba, ese sería el momento de eliminar para siempre semejante peligro, en acto de la más legítima defensa, por dura y terrible que fuese la solución, porque no habría otra ... Fraternalmente, Fidel Castro».

Más tarde Alekseev tendría grandes dificultades para convencer a los historiadores de que, con estas frases, el líder cubano no pretendía exigir a la Unión Soviética que lanzara un ataque preventivo contra Estados Unidos.[3] Tal acusación, declaró el antiguo hombre de la KGB, fue sencillamente la hoja de parra que Jrushchov empleó para justificar su traición al pueblo de la isla. En esto, es posible que el embajador tuviera ligeramente razón. Sin embargo, hay pruebas abrumadoras, procedentes de fuentes muy variadas, de que Fidel Castro estaba tan obsesionado con mantener su propio poder y gloria —y con la oportunidad de enaltecer, para admiración de la posteridad, la valentía con que desafió el poderío de Estados Unidos— que demostró una impavidez y falta de miedo ante la guerra nuclear indignos de cualquier ser humano, más aún del líder de siete millones de cubanos. Después de que Alekseev entregara la carta a su personal para que fuera encriptada, el visitante por fin decidió que era hora de dejar la embajada soviética. Eran las cinco de la mañana. Fidel le propuso al embajador que, si quería, podía acompañarlo a su propio búnker subterráneo, en una cueva en las afueras de La Habana. El ruso, sin embargo, prefirió permanecer en la misión, desde donde vio al cubano partir para prepararse para lo que, estaba convencido, serían las horas culminantes de su vida.

La carta de Castro a Jrushchov, en la que con claridad le proponía abrazar la perspectiva de un intercambio nuclear en respuesta a una invasión estadounidense, merece definir su reputación a ojos de la posteridad. La respuesta de Jrushchov, que llegó muchas horas después, comenzaba en forma de anticlímax: «Estimado camarada Fidel Castro: Considero incorrecta esta propuesta suya, aunque entiendo su motivación». El líder soviético explicitaba sin rodeos la insinuación de Castro, a saber, que una invasión de Cuba por parte de Estados Unidos era una justificación suficiente para iniciar un conflicto global y que la URSS debía «ser la primera en lanzar un ataque nuclear contra el territorio del enemigo».

El narcisismo había sido una característica prominente del jefe revolucionario a lo largo de toda la vida y, en especial, desde que había conseguido hacerse con el poder en su pequeño país. Sin embargo, para promover la primera (y casi con seguridad última) guerra termonuclear con tal de proteger el propio Estado, se necesitaba un egoísmo en verdad único. Los testimonios de Jrushchov y otros involucrados evidencian que el mensaje de Castro convenció tardíamente al máximo dirigente soviético de que, pese a lo mucho que simpatizaba con Castro como revolucionario y el afecto que le tenía, el líder cubano no era un hombre al que debiera permitírsele participar de ninguna forma en la conducción de una crisis tan terriblemente peligrosa. El primer secretario escribiría después: «Comprendimos que no pensó en las consecuencias obvias de una propuesta que ponía al planeta al borde de la extinción».

El mensaje de Castro no llegó a manos de Jrushchov hasta la mañana del domingo 28, hora de Moscú, momento para el cual la Casa Blanca y el Kremlin ya habían experimentado muchas otras conmociones traumáticas, y por tanto no influyó de forma directa en el curso de los acontecimientos del día 27, que luego los participantes bautizarían como «sábado negro». No obstante, la carta era un reflejo de la mentalidad casi histérica y a la vez fatalista que prevalecía entonces en Cuba, y cuyos efectos resultaban más peligrosos en el caso de los comandantes soviéticos que en el de las fuerzas castristas, pues los primeros controlaban sistemas de armas incomparablemente más alarmantes.

Mientras Castro se encontraba encerrado en la embajada de la URSS con Alekseev, buena parte de las tropas soviéticas habían sido advertidas de que se esperaba un desembarco esa noche y estaban cavando trincheras alrededor de los lanzamisiles y de sus propias posiciones. Cerca del litoral, la roca se reveló impenetrable, incluso utilizando martillos neumáticos, pero hicieron lo mejor que pudieron. En la oscuridad sonó una alarma y miles de hombres saltaron de sus literas escalonadas y permanecieron en estado de

alerta hasta que amaneció. El comunicador naval Vitali Semenozhenkov, de veinte años, estaba entre quienes de madrugada tomaron posiciones en la costa con fusiles AK-47, cuatro cargadores por persona y una caja de granadas F-1: «Todas nuestras unidades se encontraban en alerta máxima; estábamos muy nerviosos y tensionados, pues esperábamos que se produjera el desembarco en cualquier momento. El silencio resultaba opresivo. La oscuridad era total y lo único que veíamos eran los destellos de las luces de los barcos enemigos, demasiado cerca de la costa» (lo cierto, sin embargo, es que es muy poco probable que se tratara de buques de guerra estadounidenses). «El veterano marinero Vozniuk había bajado con su acordeón y estábamos listos para ponernos la camisa a rayas y la gorra de marinero, para luchar en uniforme con acompañamiento musical.» [4]

El ingeniero de misiles Rafael Zakirov contaba: «Dormíamos con las armas al lado y durante el día pasábamos horas intentando sintonizar los boletines de Radio Moscú; permanecimos todo el tiempo en alerta de batalla». Cuando por fin se le autorizó a escribir a casa, aunque todavía sin especificar dónde estaba estacionado, le dijo a su familia: «Es muy difícil vivir aquí y la situación es bastante tensa, como probablemente sepáis por los periódicos. Pero creo que todo saldrá bien. No os preocupéis por mí ... Este ha sido un período muy inusual y peligroso de mi servicio, pero me enorgullezco de él ... Os extraño mucho, abrazos y besos para todos».

En lo que respecta a las fuerzas cubanas, no todas las armas que los soviéticos les habían proporcionado eran modernas. Juan Melo, que trabajó desengrasando los fusiles Mauser que se entregaron a la milicia, reconoció las esvásticas que los adornaban y entendió que formaban parte del botín de guerra capturado por el Ejército Rojo a las legiones de Hitler. [5] Conchita Alfonso, como millones de esposas y madres cubanas, tenía preparada una mochila para cada uno de sus hijos con una lata de leche, un poco de arroz, algo de ropa y otras cosas esenciales, «porque si la invasión se producía, bombardearían La Habana». En esa época, ella era profesora de la

universidad, donde se convocó a todo el claustro para prestar un nuevo juramento de fidelidad a la Revolución. Al igual que el resto del pueblo cubano, Alfonso no había oído nada oficial acerca de los misiles desplegados en la isla hasta que los estadounidenses revelaron su existencia.

María Regueiro, que hasta entonces había ocultado su uniforme de miliciana a unos padres burgueses que desaprobaban su compromiso con la Revolución, se presentó en su casa luciendo orgullosa el pantalón verde, la camisa azul y la metralleta checa, que llevaba casi como accesorio de moda. Su padre le preguntó indignado: «¿Qué haces disfrazada de hombre?». Ella, que para esa fecha tenía diecinueve años, respondió: «Yo no soy un hombre, soy una miliciana, y vine a decírtelo porque no sé si regresaré». Quizá fueran palabras melodramáticas, pero el momento no lo era menos. Regueiro continúa su relato: «Desde ese día mi padre entendió que yo no iba a cambiar». Pasó el resto de la crisis vigilando su lugar de trabajo, un depósito en el que las autoridades guardaban los autos confiscados a quienes abandonaban el país. Recordaba esos días como una época en la que había «mucha determinación, mucho coraje». La conmovió que ese octubre su padre, que odiaba el comunismo y casi todo lo que había sucedido en la isla desde la Revolución, decidiera arropar a Fidel y, abrazando la causa, se adiestrara como paramédico. Cuando ella le preguntó por qué lo hacía, él respondió: «No te equivoques, si Estados Unidos ataca a Cuba, seré el primero en la línea de defensa de nuestro pueblo».

En Washington, en las primeras horas de la mañana de ese sábado, John Edgar Hoover, el indigno director del FBI con los últimos seis presidentes, no contribuyó en nada a la tranquilidad del fiscal general cuando le informó de que se había ordenado al personal soviético en Nueva York que se preparara para destruir todos los documentos confidenciales en previsión de la guerra que la invasión estadounidense de Cuba precipitaría. Al igual que

buena parte de la información difundida por Hoover, esto no era cierto, como tampoco lo eran los rumores de una actividad incendiaria similar en la embajada de la URSS en Washington, lo que no impidió que muchos les dieran crédito.

De hecho, dadas las circunstancias, resultaban verosímiles: un miembro de la representación soviética ante la ONU le dijo al periodista Murray Kempton que no se sentía capaz de asistir esa tarde a la función del gran violinista ruso David Óistraj, que por esos días visitaba Estados Unidos: «Vamos a reunirnos para considerar si debemos evacuar», dijo el diplomático con tono sombrío. «No quiero estar aquí cuando caiga la bomba rusa.»[6] Este comentario hizo que Kempton sentenciara con el humor más negro: «Hay amaneceres rojos que ni siquiera los mejores bolcheviques desean ver». La percepción en otras partes del mundo no era muy diferente: el canciller alemán Konrad Adenauer, dirigiéndose al pueblo alemán por televisión, describió la crisis como «la amenaza más grave para la paz desde 1945». En Buenos Aires, Billy Graham, el evangelista favorito de los conservadores estadounidenses, predicó ante diez mil personas sobre «el fin del mundo».

En medio de la movilización y los despliegues en el hemisferio, los accidentes provocados por las prisas y las duras condiciones operativas estaban causando muertes en ambos bandos. Un avión de la armada estadounidense que transportaba pertrechos a Guantánamo explotó al aterrizar; los ocho tripulantes murieron en el acto y la munición continuó estallando entre los restos durante horas. A solo unos kilómetros de distancia, dos soldados rusos y un transeúnte cubano murieron cuando el camión de los primeros volcó en un accidentado camino, mientras trasladaban a través de la selva armas pesadas en dirección a la base estadounidense. En las Bermudas, un avión de reconocimiento RB-47 de la armada de Estados Unidos se estrelló al despegar debido a un error humano

de los técnicos de tierra; ninguno de los cuatro miembros de la tripulación sobrevivió al impacto.

La mañana anterior, en Brooklyn, la madre de John Guerrasio había reunido a sus seis hijos en la cocina: «Es posible que no volvamos a vernos», les dijo conmovida. «El mundo podría acabarse esta tarde.»[7] Luego recitaron juntos una oración. Guerrasio, que entonces era apenas un niño, cuenta: «Ella había encontrado un poema que describía la ciudad de Nueva York en un ataque nuclear, con los rascacielos formando cañones que se llenaban de agua como en una de esas películas de desastres. Y mi madre nos leyó ese poema y nos despidió con un beso a cada uno y todos nos fuimos a la escuela pensando que era el final. Y sentí verdadero asombro cuando llegaron las tres de la tarde y pude regresar a casa para ver de nuevo *Los tres chiflados*». En la casa de Galina Artemieva, en Moscú, ocurrió algo similar: «La familia debatió seriamente qué debíamos hacer si caía una bomba sobre nosotros».

A las 09.09 del día 27, el comandante Rudolf Anderson despegó de la base McCoy de la fuerza aérea estadounidense, en las afueras de Orlando, al mando de un avión U-2 para otro vuelo de vigilancia fotográfica. Esta era la sexta incursión en Cuba de Anderson desde el comienzo de la crisis, cuando se le encomendó comprobar el despliegue de las fuerzas soviéticas en la parte oriental de la isla, prestando especial atención a la zona de Guantánamo. Después de dejar el espacio aéreo de Estados Unidos, mantendría en silencio la radio y cruzaría el litoral en dirección sureste, hacia Camagüey; luego, volaría hacia Manzanillo, en la costa meridional de la isla, antes de encaminarse directamente al este, hacia Guantánamo. Se le había indicado que después de ello hiciera un último giro: en dirección noroeste, hacia Florida, cruzando la costa de regreso a casa a la altura de la ciudad de Banes. A lo largo de ese recorrido de casi quinientos kilómetros

sobre el país de Castro, pasaría por encima de varias baterías de misiles tierra-aire soviéticos, pero él y varios de sus colegas de reconocimiento aéreo habían estado haciendo lo mismo durante la semana anterior sin desencadenar una respuesta en tierra.

Anderson, un piloto diligente y entusiasta que amaba su trabajo en los límites del vuelo tripulado, se había ofrecido como voluntario para esa misión, que en otros lugares estaba reforzándose con los pases fotográficos a baja altitud de los Crusader de la armada. El U-2, una aeronave que ahorraba peso para ganar altitud, carecía de recursos defensivos como los instalados en los bombarderos para contrarrestar los misiles tierra-aire: en caso de que le dispararan, Anderson dependía por completo de su destreza para eludirlos. El oficial de despacho le dio una palmada en el hombro y, antes de que la carlinga se cerrara, le dijo: «Perfecto, Rudy, allá vamos, que tengas un buen viaje. Nos vemos al regreso». El piloto le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, luego rodó por la pista para despegar; dejaba atrás a su esposa Jane, que estaba embarazada, y sus dos hijos. Sus jefes de la USAF le fallaron de forma significativa: al informarle de la misión no le contaron que el día anterior los rusos habían activado los radares de defensa aérea que tenían en Cuba, que hasta entonces habían estado apagados o funcionando a baja potencia. La única conclusión racional que podía extraerse de ese cambio era que las instalaciones soviéticas estaban ahora operando a un nivel de preparación mayor y que era esperable que dispararan contra los aviones intrusos.

Ese sábado por la mañana en la Casa Blanca, Kennedy se reunió con una delegación de gobernadores de varios estados, que veían con alarma la falta de medidas adecuadas de protección civil. Uno de ellos, Pat Brown, al que en ocasiones se ensalza como el fundador de la California moderna, exigió con irritación: «Señor presidente, mucha gente se pregunta por qué cambió

de opinión acerca de bahía de Cochinos y abortó el ataque. ¿Volverá a cambiar de opinión?». Este era un recordatorio de los muchos estadounidenses que percibían la dureza hacia el enemigo comunista como el mayor bien. Kennedy respondió sin pedir disculpas: «Elegí la cuarentena porque dudaba de que nuestra gente estuviera lista para la bomba».

Mientras, tanto las fuerzas armadas soviéticas como el Comando Aéreo Estratégico (SAC) mantuvieron sus prácticas nucleares, sin hacer concesiones a la mayor tensión creada por la crisis. A última hora de la noche anterior, aunque a primera hora del sábado en Rusia, un bombardero Tu-95 («Bear», en la designación de la OTAN) había arrojado y detonado en la atmósfera sobre Nueva Zembla, en el círculo polar ártico, una pequeña bomba con una potencia explosiva veinte veces mayor que la de *Little Boy*, la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima. Luego llegó el turno de los estadounidenses. En la oscuridad, un B-52 Stratofortress armado con un dispositivo nuclear de ochocientos kilotones despegó de Hawái con destino al atolón Johnston, un santuario de aves federal en medio del Pacífico convertido en escenario de pruebas nucleares. El día anterior, un misil había sido probado con éxito desde Johnston, y para ese sábado estaba programada una nueva explosión como parte de un programa de treinta ensayos, concebido en respuesta a la reanudación de las pruebas atmosféricas por parte de los soviéticos.

A las 11.46 de la mañana, hora del este de Estados Unidos, en la cuarta pasada del avión sobre el área designada como objetivo, el bombardero más competente del SAC, el comandante John Neuhan, lanzó su lata de cuatro toneladas provista de tres paracaídas, diseñados para ralentizar su descenso y permitir que el avión abandonara el espacio aéreo circundante antes de la activación de su espoleta barométrica. Apenas 87,3 segundos después, mientras la tripulación se protegía tras las cortinas térmicas de la cabina, un

destello de luz blanca alcanzó al avión e hizo que todos a bordo parpadearan; varios minutos después, lo siguieron una serie de ondas de choque. La nube de hongo de la bomba se elevó por encima de los 18.000 metros. Entre tanto, en Washington, nadie en la reunión del ExCom se preocupó por mencionar este suceso, un indicio de lo frecuentes que eran en el diario de la Guerra Fría unas explosiones que la posteridad encontraría, con razón, estremecedoras. Desde principios de octubre, la Unión Soviética había hecho estallar nueve armas nucleares en la atmósfera; Estados Unidos, cinco. Parece inadecuado describir esos formidables rugidos de la amenaza termonuclear como un ruido de sables, pero eso, nada más y nada menos, es lo que eran.

En la mañana del sábado 27 de octubre, en una reunión en «el tanque» del Pentágono, el general Curtis LeMay renovó su exigencia de que los jefes del Estado Mayor Conjunto presentaran un documento abogando por la invasión total de Cuba. El programa inicial de ataques aéreos, el OPLAN («plan de operaciones») 312-62, preveía utilizar 52 aviones para una primera oleada de bombardeos contra los aeródromos y las defensas antiaéreas, así como contra las instalaciones clave de transporte y de comunicaciones; después de seis horas el número de aeronaves involucradas aumentaba a 384, para llegar, después de doce horas, hasta las 470. Lo seguiría el OPLAN 316-61, que combinaba un asalto anfibio con un despliegue de tropas aerotransportadas. McNamara se sumó a la reunión a las 13.30, cuando se le transmitió la recomendación de los jefes. Todavía se estaba discutiendo esta cuando un oficial interrumpió la sesión con la noticia de la desaparición de un U-2 mientras volaba sobre el polo norte. He aquí una nueva misión opcional potencialmente catastrófica, otra más, que obtuvo autorización para seguir adelante en un momento en el que el mundo entero contenía la respiración.

Los estadounidenses habían tenido una primera noticia de este dramático vuelo de fricción delante de las defensas de la Unión Soviética una hora antes, a las 12.30. El general Thomas Power, el comandante en jefe del SAC, se encontraba en el campo de golf de la base Offutt, su cuartel general a las afueras de Omaha, cuando se le informó de un mensaje interceptado a las defensas aéreas soviéticas: los rusos habían hecho despegar con urgencia varios cazas para perseguir a un avión U-2 que volaba a gran altitud en su espacio aéreo nororiental; la aeronave, de hecho, se hallaba casi quinientos kilómetros dentro de Rusia. Un oficial telefoneó a la 4.080.ª Ala de Reconocimiento Estratégico para preguntar: «¿Qué demonios estáis haciendo con un U-2 en Rusia?». El coronel John des Portes respondió que no sabía nada acerca de ese avión y que, en lugar de ello, lo que le alarmaba era que el comandante Anderson no hubiera regresado según lo programado de una misión sobre Cuba. Otras llamadas revelaron que el primer avión solo podía ser el del capitán Charles «Chuck» Maultsby, que había despegado esa misma mañana, en medio de la oscuridad total, de una base de la USAF en Alaska, para una misión de rutina: tomar muestras de aire en las que luego se buscarían partículas radiactivas que proporcionaran información sobre las pruebas nucleares soviéticas.

Poco más de una hora después, McNamara telefoneó al presidente para ponerlo al corriente del incidente e informarle de que se habían enviado ya cazas de la fuerza aérea para proteger el U-2, siempre que fuera posible llegar hasta él. Kennedy respondió con calma, pero también con razonable exasperación: «Siempre hay algún hijo de puta que no se entera». Él sabía, todos sabían, que los soviéticos podían concluir que ese avión se encontraba realizando una misión de reconocimiento como parte de los preparativos de un inminente ataque con bombarderos. Sin embargo, durante un intervalo que hubiera podido ser letal, la USAF había ocultado de forma deliberada a la administración la información de que el avión se había extraviado y estaba adentrándose cada vez más en Rusia.

Resulta obvio que permitir que un avión espía estadounidense volara cerca de la Unión Soviética en medio de una crisis de semejante magnitud era un descuido que bordeaba la locura, pero ahí estaba la aeronave (y, por supuesto, el desventurado Maultsby). La respuesta inicial de los estadounidenses se vio lastrada por el afán de no proporcionar al bando contrario el más mínimo indicio de un secreto supremo, a saber, que poseían la capacidad de monitorizar las comunicaciones de la defensa aérea soviética. Menos de dos meses atrás, otro U-2 había penetrado por error el espacio aéreo ruso cerca de la isla de Sajalín, lo que obligó a Estados Unidos a disculparse formalmente ante Moscú. Ese incidente, sin embargo, podría haber tenido una lectura muy diferente en el contexto de la crisis cubana.

Entre tanto, Maultsby, que estaba perdido, asustado y muy muy solo, seguía emitiendo a través de las ondas la llamada de socorro internacional —«MAYDAY, MAYDAY, MAYDAY»— mientras escuchaba música folclórica rusa en los auriculares y veía descender más y más el indicador de combustible. De repente, comenzó a recibir instrucciones de una voz desconocida (que, con acierto, supuso que pertenecía a un ruso) para que hiciera un giro pronunciado a la derecha, lo que lo habría llevado aún más adentro de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, captaba transmisiones de su base en Alaska, pero eran cada vez más débiles. Para entonces, no tenía duda de que estaba sobrevolando Rusia y la idea de convertirse en «otro Gary Powers» le aterrorizaba. Maultsby tenía una razón adicional para temer ese desenlace: una década atrás, había pasado casi dos años en una prisión comunista después de que su caza F-80 Shooting Star fuera derribado sobre Corea del Norte. El hecho de que estuviera dispuesto a aceptar misiones de vuelo como esa después de lo que había tenido que soportar como prisionero de guerra resulta extraordinario. La única explicación es que un aviador es un aviador. Muchos pilotos a lo largo de la historia han tomado vuelo en contra de las probabilidades, la lógica y las

perspectivas de supervivencia solo porque desafiar los cielos es lo único que saben, o desean, hacer.

El capitán era consciente de que se había apartado demasiado de la ruta prevista. En latitudes tan septentrionales las brújulas resultaban inútiles, y Maultsby dependía de los astros para orientarse, pero una aurora boreal inesperadamente intensa le impidió usar el sextante para establecer su posición. En este punto, viró de forma abrupta hasta que las estrellas encima de su cabeza le indicaron que de nuevo estaba volando hacia el este. Por suerte para su pulso, que ya debía de estar disparado, no llegó a darse cuenta de que dos parejas de MiG-17P lo perseguían. Sin embargo, aunque los aviones soviéticos continuarían detrás de él a lo largo de casi quinientos kilómetros, cuando estos alcanzaron su techo de vuelo a 18.000 metros de altura se encontraban aún muy por debajo del desorientado piloto. Todos estos movimientos estaban siendo monitorizados en el centro de operaciones del SAC. Temerosos de que los MiG dieran caza al U-2, los estadounidenses habían enviado desde Alaska dos cazas F-102 para ofrecerle protección. Ambos interceptores estaban armados con misiles aire-aire Falcon provistos de cabezas nucleares, un arma capaz de arrasar con todo en un radio de ochocientos metros. Nadie en el SAC parecía haber considerado que quizá fuera mejor correr el riesgo de perder un U-2 desarmado que exponerse a precipitar un enfrentamiento entre cazas soviéticos y aviones estadounidenses equipados con semejante armamento.

El teniente general David Burchinal, el segundo de LeMay, contaría más tarde que cuando los jefes del Estado Mayor recibieron en «el tanque» la noticia sobre el U-2 perdido, McNamara entró en pánico: «Se puso lívido y presa de la histeria gritó: “Esto significa la guerra con la Unión Soviética. ¡El presidente debe ponerse en contacto con Moscú de inmediato!”. Y salió corriendo de la reunión como loco».[8] Este relato se entiende más como un ejemplo vívido del desprecio que los altos mandos de la USAF sentían por el secretario de Defensa que como descripción verosímil de su

comportamiento, pero no cabe duda de que, en medio de la crisis, la inoportuna aventura de Maultsby era un acontecimiento de la mayor gravedad.

Sobre la península de Kola, poco antes de las dos de la tarde, hora del este de Estados Unidos, Maultsby apagó el motor del U-2, la presurización de la cabina, la calefacción y los sistemas eléctricos. Habiendo estado en el aire durante nueve horas y media, buscó preservar una mínima reserva de combustible y batería, en caso de que se presentara una nueva emergencia, y aprovechar la extraordinaria capacidad de planeo del avión espía, consecuencia de una envergadura de veinticinco metros, el doble de la longitud del fuselaje desde el morro hasta la cola. Para evitar que la sangre le estallara de golpe a veinte mil metros de altura, el suministro de oxígeno de emergencia se activó e hinchó el traje presurizado. Comenzó entonces un lentísimo y silencioso descenso hasta que, después de una eternidad de suspense, vio el tenue resplandor del amanecer que le confirmó que se dirigía al este. Unos minutos más tarde, cuando en Alaska era de mañana, volando sobre el yermo cubierto de nieve que ahora vislumbraba desde ocho mil metros de altura, se encontró con la pareja de F-102 que había salido en su búsqueda. «¡Bienvenido a casa!», oyó decir a uno de los pilotos estadounidenses en la frecuencia de emergencia, antes de guiarlo hacia una primitiva pista de aterrizaje helada en el golfo de Kotzebue, donde había una estación de radar de Estados Unidos.

Cuando estaba a trescientos metros de altura, el piloto de uno de los interceptores, convencido de que el U-2 se iba a estrellar, gritó: «¡Salta! ¡Salta!». Maultsby lo ignoró, activó su paracaídas de frenado, cayó de panza sobre la pista y patinó hasta detenerse en una zona de nieve alta. Un estadounidense enorme enfundado en una parka golpeó en la carlinga: «Bienvenido a Kotzebue», dijo con una sonrisa. El hombre ayudó al piloto, que tenía las piernas dormidas, a salir de la cabina «y me puso sobre la nieve como si fuera un muñeco de trapo». Otros estadounidenses y media

docena de inuits se reunieron a su alrededor, mientras los dos F-102 pasaban zumbado por encima de la pista antes de girar para regresar a su base. Tras quitarse el casco, una operación para la que necesitó ayuda, y recibir una bofetada de aire helado, Maultsby, todavía atontado, se alejó unos metros para vaciar una vejiga a punto de estallar. Había estado en el aire durante diez horas y veinticinco minutos, el vuelo más largo jamás registrado de un U-2.

Eran las 14.25 en Washington. Una de la docena de pequeñas crisis dentro de la gran crisis había terminado. La absurda falta de comunicación entre los dos bandos había quedado demostrada de nuevo. Nadie se molestó en explicarle a los soviéticos qué estaba haciendo (o, mejor, qué *no* estaba haciendo) el U-2 dentro de su espacio aéreo. Jrushchov pareció aliviado cuando el mariscal Malinovski le informó de que los MiG no habían podido dar caza al intruso. «El avión probablemente estaba perdido», dijo el primer secretario: «No tenía nada que hacer en Chukotka», la región más oriental de la URSS. Con todo, el *vozhd* reconoció la posibilidad de que el sobrevuelo hubiera sido una provocación deliberada por parte de los jefes de la USAF y así lo afirmó en su siguiente misiva a la Casa Blanca. [9]

2. Los soviéticos disparan

Mientras el drama de Maultsby se desarrollaba en los cielos del noreste de Rusia, otro avión U-2 se había convertido en el foco de una confrontación todavía más grave en los cielos de Cuba. Aunque para entonces los estadounidenses sabían mucho acerca de los despliegues soviéticos, aún había lagunas importantes en su inteligencia. Ignoraban, por ejemplo, que los misiles Luna habían sido trasladados a posiciones de lanzamiento alrededor de la bahía de Guantánamo. La guarnición de marines de la base estadounidense había sido reforzada con más de cinco mil hombres, ahora atrincherados para resistir el asalto del ejército cubano. Sin embargo, tales

medidas resultarían por completo inútiles si los soviéticos lanzaban sobre ellos los Luna, que, armados con cabezas nucleares, podían reducirlos a cenizas en cuestión de segundos. 36 ojivas de dos kilotones se guardaban en un búnker excavado en una colina a unos pocos kilómetros de la ciudad de Managua; y doce ojivas de un megatón para misiles R-12 se ocultaban en Bejucal. Ninguno de esos dos sitios había sido identificado por la CIA, a pesar de los inmensos esfuerzos realizados para obtener esa información. Los fotointérpretes detectaron cierta actividad en Bejucal, pero descartaron el lugar como posible ubicación de las ojivas porque apenas estaba rodeado por una cerca descuidada y se accedía a él a través de una puerta que permanecía abierta. Los analistas daban por sentado que cualquier almacén nuclear estaría rodeado de la seguridad más extrema, pues los soviéticos sin duda debían considerar esos arsenales el más sensible de todos sus secretos en la isla. Los analistas estaban siendo demasiado racionales y, por tanto, equivocándose.

La pasividad de los comandantes soviéticos ante los aviones de reconocimiento estadounidenses, que de forma repetida pasaban sobre ellos, había terminado exasperando a muchos de sus hombres. Algunos cubanos se burlaban de los rusos: si no era para derribar a los intrusos yanquis, les preguntaban, «entonces, ¿para qué han venido?». El mismo Castro había sido testigo de los vuelos el 25 de octubre, cuando dos F-101 de la fuerza aérea estadounidense sobrevolaron impunemente el puesto de mando de San Antonio de Los Baños mientras él se encontraba de visita, un incidente que causó indignación y rabia al dictador.

La emoción y expectativa de las decenas de miles de cubanos a cargo de las defensas de la isla estaban en su punto máximo. A las 15.41 de ese sábado, otros seis Crusader de la armada de Estados Unidos despegaron para realizar misiones de reconocimiento en Cuba. Habiendo cruzado el mar lo bastante bajo como para que les salpicara el agua, ascendieron hasta situarse por encima de sus objetivos fotográficos y se encontraron con el

fuego de las defensas antiaéreas. Decenas de cubanos comenzaron a dispararles con todas las armas que tenían a mano, y los rusos que estaban cerca se sumaron a ellos. «Saqué mi pistola», relataría más tarde el teniente Dmitri Senko, «y comencé a disparar. Era imposible, por supuesto, que mis balas les dieran, pero uno de los aviones comenzó a arrojar humo y perdió altura». Esto, casi con seguridad, fue una ilusión, pero da igual. En otra parte de la isla, la unidad de tanques de Vasil Voloshchenko había estado en alerta máxima desde el día anterior. Cuando le preguntaron tiempo después lo que los rusos sentían hacia los estadounidenses en esas horas, dijo: «¿Qué sentimiento podíamos tener cuando vivíamos encima de un barril de pólvora? Vimos sus aviones rozando las copas de las palmeras, seguidos por los disparos de los cañones antiaéreos. No teníamos miedo, solo pensábamos en los estadounidenses, siempre tratando de decirles a todos en todas partes qué debían hacer». [10]

Al cabo de una hora, la Casa Blanca recibió la noticia de que un avión estadounidense había sido alcanzado por un proyectil de 37 mm. Eso no era cierto, pero hizo que el ExCom percibiera una escalada por parte de los cubanos, lo que sí lo era. No obstante, el presidente y McNamara, todavía muy alarmados por la noticia de la intrusión del U-2 en las profundidades del espacio aéreo soviético, decidieron que no era el momento de excitar a los medios de comunicación de su propio país. Se acordó no decir nada acerca de los disparos contra los Crusader. En ese momento, tanto la Casa Blanca como el Kremlin seguían ignorando un episodio mucho más grave ocurrido horas antes.

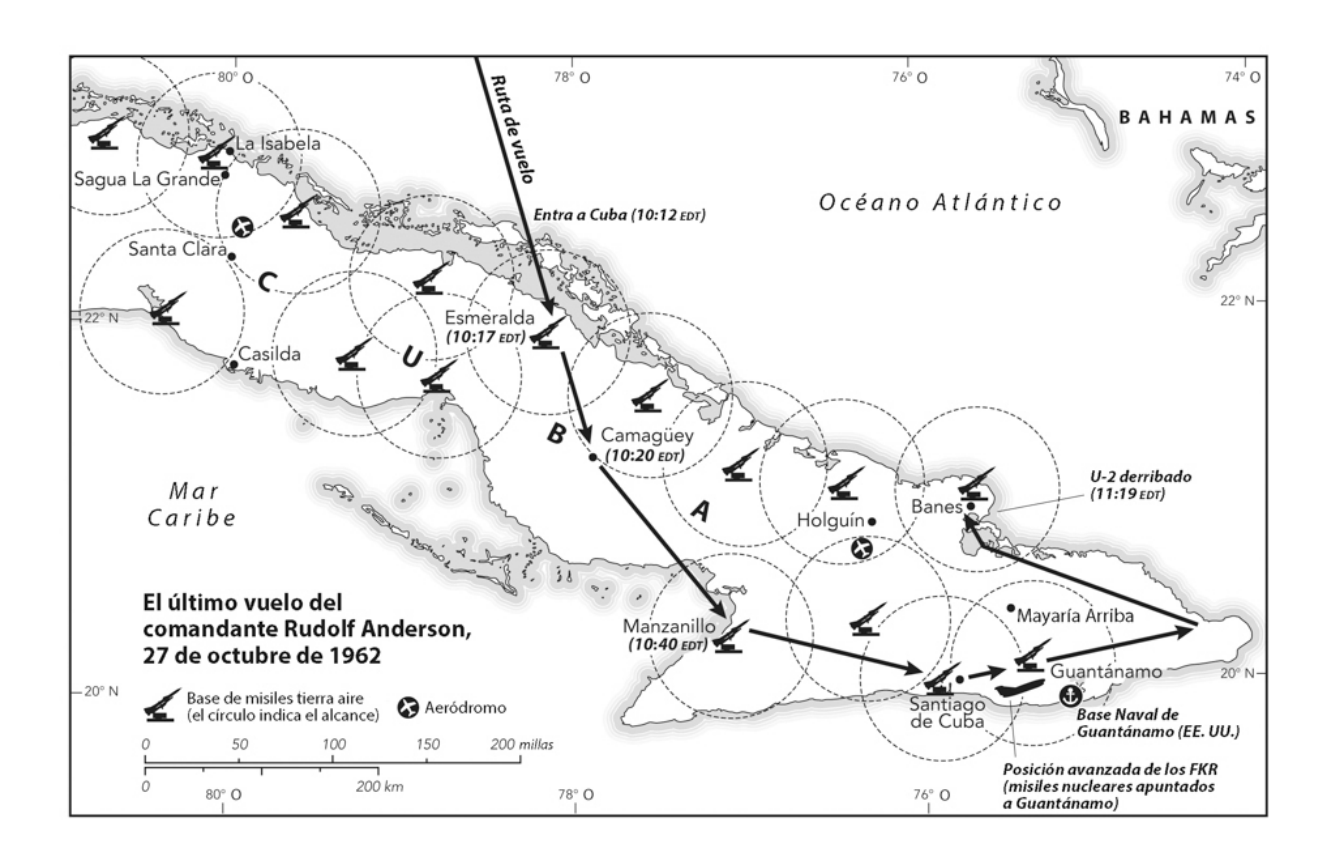
El cuartel general de la defensa aérea soviética para el oriente de Cuba estaba ubicado en el centro de la antigua ciudad colonial de Camagüey, en lo que antes era una iglesia. El interior del recinto estaba ahora dominado por una gran pantalla que mostraba los movimientos aéreos en la región.

Desde que el sistema se activara el viernes por la noche, los rusos que lo monitorizaban (todavía vestidos con las camisas a cuadros y los pantalones que usaban para fingir que eran civiles, lo que daba a la escena un aire incongruente) habían estado observando los despegues desde la base de Guantánamo, así como la actividad de la armada estadounidense frente a las costas de la isla. El comandante local, el coronel Gueorgui Voronkov, había pasado la noche de servicio, en permanente espera del asalto anfibio de Estados Unidos.

Durante las horas de oscuridad, a pesar de los muchos obstáculos y peligros, los camiones continuaron llevando las ojivas nucleares a las distintas bases de lanzamiento de IRBM repartidas por todo el país, y ello cuando ya habían pasado por lo menos veinticuatro horas desde que Moscú ordenara a Plíyev prepararse para devolver esas armas a la Unión Soviética. Es probable que parte de la explicación resida en el caos que ha acompañado tantas operaciones militares rusas a lo largo de la historia, incluso hasta 2022; en el mal estado de salud del general soviético; y, sobre todo, en la creencia compartida por las fuerzas soviéticas y cubanas de que la invasión estadounidense era inminente. El personal ruso, además, estaba agotado tras jornadas de trabajo extenuantes y horas y horas de enorme tensión. Las comunicaciones estadounidenses hacia y desde «la primera línea», sobre lo que estaba ocurriendo tanto en el aire como en el mar, sufrían con frecuencia retrasos considerables. Por lo tanto, no resulta sorprendente que lo mismo sucediera en el lado soviético. Siguiendo las nuevas instrucciones de Moscú, a las ocho de la mañana del día 27 el general Plíyev había ordenado a sus fuerzas que solo abrieran fuego si estaban siendo objeto de un ataque directo. Pero al parecer no llegó a discutir con sus subordinados la interpretación exacta de las palabras «ataque directo» (por ejemplo: si los aviones de reconocimiento estadounidenses debían considerarse atacantes) antes de dejar su puesto de mando en El Chico para recuperar algo de sueño. Estaba enfermo, y

exasperado por los sucesivos cambios de directrices. El control que tenía sobre sus fuerzas y subordinados era débil.

El U-2 del comandante Anderson fue rastreado por Camagüey desde el momento en que se acercó a las costas cubanas; pasó sobre la localidad a las 09.22 hora local, sin responder a la señal electrónica que se le envió. En el centro de operaciones, ese punto pulsante en la pantalla recibió la designación «objetivo n.º 33». Su presencia también fue advertida en El Chico por el comandante general de la defensa aérea, el teniente general Stepan Grechko, y su adjunto, el general de división Leonid Garbuz. Ambos hombres, como todos los oficiales soviéticos en Cuba, estaban sometidos a la mayor tensión. Intentaron alertar al general Plíyev sobre el intruso, pero no lograron contactar con él por teléfono.



Para ese momento, el avión de Anderson había pasado sobre Guantánamo y se dirigía de nuevo al norte, con la cámara cargada de

imágenes de las instalaciones soviéticas. Pronto estaría fuera del espacio aéreo cubano. Mientras Grechko y Garbuz aún estaban decidiendo la línea de actuación que debían seguir, el U-2 pasó por la zona del 701.º Regimiento Antiaéreo soviético. Anderson llevaba volando sobre Cuba ya más de una hora, cuando el comando central soviético en La Habana, es decir, los dos principales subordinados de Plíyev, envió un mensaje a la 27.ª División Antiaérea en Camagüey: «Destruyan el objetivo n.º 33». El oficial al mando de esta formación, el coronel Voronkov, ordenó de inmediato al 507.º Regimiento, comandado por el coronel Yuri Guseinov, que lanzara una salva de misiles. El U-2 volaba entonces a más de veinte kilómetros sobre Banes, la antigua ciudad de la United Fruit Company, donde el 11 de octubre de 1948 Fidel Castro había celebrado su primera boda... en el Club Americano.

La batería de misiles n.º 4 del 507.º Regimiento, al frente de la cual estaba el comandante Iván Gerchenov, había estado rastreando durante varios minutos al avión intruso. Los estadounidenses que espiaban informaron de que tenían un «Big Cigar», la palabra en clave oficial para los radares de control de tiro «Fruit Set»: los soviéticos estaban siguiendo un avión que en ese momento sobrevolaba Cuba. El oficial de blancos, el teniente Alekséi Riapenko, y los tres cabos que lo acompañaban en la cabina de radar de la batería acababan de relevar al turno de noche cuando oyeron a su comandante dar una orden que ninguno de ellos había recibido antes en serio: «Localice el objetivo en acimut 130, alcance 110, altitud 23 [km]». Cuando el alcance se redujo a sesenta kilómetros, Riapenko ordenó a sus hombres fijarlo electrónicamente: «El seguimiento era estable, el equipo funcionaba bien. Me sentía por completo seguro de que daríamos en el blanco y les mandé cambiar a rastreo automático».

Cuando el avión estadounidense entró en la zona de lanzamiento de los misiles tierra-aire, perdió algo de altura. El jefe del regimiento urgió al cuartel general a confirmar la orden de derribo varias veces, pero no obtuvo

ninguna respuesta. El calor en la cabina de control era intenso y, en palabras de Riapenko, «también lo era la situación. Todavía no teníamos instrucciones». El comandante Gerchenov, que seguía al teléfono, exigió una vez: «¿Qué hacemos? ¿Disparamos?». Con gotas de sudor recorriendo sus rostros, el personal de la batería de misiles vio cómo el U-2, monitorizado por el dispositivo de lanzamiento automático, entraba en la zona de fuego. De repente, Gerchenov gritó: «¡Destruyan el objetivo con una salva de tres [misiles]!». Riapenko armó electrónicamente los misiles tierra-aire y presionó el botón de disparo. Cuando el primer misil se elevó hacia el cielo y el haz de seguimiento se encendió, el teniente informó: «Objetivo captado». Diez segundos después, se disparó el segundo misil; y luego el tercero. Una tormenta torrencial se desató mientras, en la plataforma de lanzamiento, los hombres se apresuraban a reponer los misiles que ahora perseguían al intruso.

En la asfixiante cabina, los rusos no podían ver ni oír lo que sucedía en el cielo, pero, hipnotizados frente a las pantallas de los radares, advirtieron como una nube reemplazaba la imagen antes nítida en el momento en que el primer misil explotó: el avión había sido alcanzado. Un instante después, explotó también el segundo misil y el blanco empezó a perder altura con rapidez. «Objetivo destruido», informó Riapenko de forma lacónica. «No había más objetivos en nuestra zona», referiría más tarde. «El comandante Gerchenov informó al puesto de mando del regimiento que el objetivo n.º 33 ya no existía. Después, dio la noticia a toda la base a través del sistema de altavoces y luego me aplaudió por haber actuado con seguridad y calma.» Los hombres, atónitos y a la vez muy contentos, salieron de la cabina de control. «La lluvia había cesado. Todos los oficiales y operarios, congregados en la plataforma de lanzamiento, charlaban animadamente. El comandante dijo: “¡Muy bien hecho!”. Luego me levantaron y empezaron a lanzarme al aire, lo cual no era difícil, ya que pesaba solo 56 kilos. Mi equipo también había hecho un gran trabajo.» Tanto Gerchenov como

Riapenko serían condecorados por su logro, si bien tendrían que esperar hasta el 1 de octubre de 1964, cuando prácticamente habían pasado dos años del suceso. La cola del U-2 cayó en la bahía de Banes, mientras que el cadáver del piloto y otros restos de la aeronave lo hicieron en un cañaveral en Veguitas, a unos diez kilómetros del sitio desde el que se dispararon los misiles que lo derribaron.

El teniente general Stepan Grechko había tomado la decisión de autorizar el lanzamiento de modo espontáneo, consciente de que los cubanos ya estaban disparando de forma indiscriminada contra los aviones estadounidenses que sobrevolaban la isla. Más tarde diría que dio por hecho que la guerra había estallado y que todas las restricciones se habían levantado, a pesar de no existir una orden emanada de la cima de la cadena de mando soviética que así lo dijera. El general Gribkov disculparía luego a sus subordinados: «Estos oficiales no desobedecieron órdenes sino que reaccionaron, de manera razonada desde un punto de vista militar, como entendían que la situación lo requería». [11] Con todo, una explicación más verosímil es que, en el ambiente de extrema tensión que imperaba entre las fuerzas soviéticas y cubanas, Grechko encontrara irresistible la oportunidad de pinchar el globo de la arrogancia estadounidense que él, como muchos de sus compatriotas, percibía en los sobrevuelos. A fin de cuentas, como solían preguntarles los cubanos: si no iban a disparar contra los intrusos estadounidenses, ¿para qué habían venido? Esta era precisamente la razón por la que Kennedy, en especial, y Jrushchov, en menor medida, temían perder el control de unas armas, mucho más peligrosas que los misiles tierra-aire, que sus respectivos generales también podían decidir lanzar según su criterio.

El derribo del U-2 aumentó la tensión de forma dramática, justo en el momento en que Jrushchov, en el Kremlin, estaba desesperado por reducir la escalada. En cuanto a los estadounidenses, pasaron varias horas antes de que la noticia de la muerte del comandante Anderson llegara a la Casa

Blanca. Incluso a finales del siglo XX, cuando los líderes nacionales supuestamente tenían el Armagedón al alcance de la mano, los hilos de comunicación que unían el campo de batalla con la Casa Blanca y el Kremlin eran largos y peligrosamente tenues.

13

En el borde del abismo

1. Punto muerto

El sábado por la mañana, la sesión informativa de los servicios de inteligencia, como de costumbre a cargo de McCone, confirmó al ExCom que no se detectaba ningún cambio en la situación de los misiles balísticos en Cuba: todo indicaba que estaban listos para disparar. Se había identificado la presencia de tres submarinos de la clase Foxtrot, uno de ellos dentro de la zona de cuarentena. En cuanto a las actitudes en otras partes del mundo, había habido manifestaciones contra Estados Unidos en Buenos Aires, Caracas y La Paz, mientras que en Europa, donde se tenía cada vez más conciencia de la temeridad de los soviéticos, la opinión era bastante más favorable al gobierno. *The Economist* escribió ese día: «Los motivos del señor Jrushchov para instalar en Cuba unos misiles que al parecer ha negado a otros países satélites de la Unión Soviética siguen siendo inquietantemente oscuros».

Por su parte, el semanario británico *The Spectator* respaldaba con fuerza la posición de Estados Unidos y afirmaba que el presidente Kennedy «no tuvo verdadera elección ante la prueba, directa y obvia, a la que los soviéticos están sometiendo la voluntad estadounidense de resistir».[1] «En última instancia», decía el mismo artículo, «las sutilezas legales [del

bloqueo] no son el meollo del asunto ... la defensa de nuestras libertades, y de la paz, depende de nuestra fortaleza. Y el núcleo de esta fortaleza es el poderío de Estados Unidos. El no rechazar con firmeza una amenaza directa a ese poder significaría el derrumbamiento de la única garantía verdadera de la libertad y de la ley en todo el mundo». Este sentimiento (que en esencia se reducía a un «es nuestro bando en la Guerra Fría, para bien o para mal») animaba el significativo, y creciente, respaldo popular a las acciones de Estados Unidos en Europa.

Con varios cargueros soviéticos todavía avanzando hacia la zona del bloqueo, los estadounidenses enviaron un nuevo mensaje a Moscú, con la intermediación de U Thant, para asegurarse de que los rusos eran conscientes de a dónde conducía esa línea de actuación. En la reunión del ExCom McNamara destacó el *Grozni*, un buque cisterna que se encontraba a algo menos de mil kilómetros de distancia, y recomendó que se lo abordara y registrara —«usando la fuerza si es necesario»— en un endurecimiento medido de la táctica estadounidense. En la base Barksdale, Luisiana, el personal de la 2.ª Fuerza Aérea de la USAF encargado de vigilar los buques que se dirigían a Cuba se topó con un quebradero de cabeza técnico. El oficial al mando, el general John Ryan, comprendió de repente que sus pilotos no estaban capacitados para leer el nombre *Grozni* en ruso. Sin perder tiempo, envió a un subalterno a una universidad privada cercana, el Centenary College de Luisiana, para que buscara allí a alguien que dominara el idioma y pudiera escribir la palabra *Grozni* en alfabeto cirílico. Luego, en una época en la que aún no existía el fax, el aviador tuvo que explicar por teléfono a la base de operaciones de los aviones en Lake Charles qué aspecto tendría el nombre en el costado del barco, una tarea que realizó de forma minuciosa, «como lo harías con un niño», en palabras del coronel Bill Garland, de la 2.ª Fuerza Aérea. [2]

Los aviones despegaron para mantener la vigilancia rotativa a la que se estaba sometiendo al *Grozni*, que se consideraba probable que transportara

misiles, aunque en realidad era inocente. Después de que el buque cisterna no respondiera a la exigencia de identificarse, el almirante Dennison ordenó a los buques de guerra que se encontraban en las inmediaciones que cargaran sus cañones con munición real y los vaciaran después disparando en la dirección opuesta al barco soviético. Cuando cayó la oscuridad, los buques de la armada también iluminaron el cielo nocturno con ocasionales lanzamientos de bengalas. «El ejército estadounidense se comportó de forma cada vez más agresiva», escribió Serguéi Jrushchov. «Incluso insolente, diría.» [3]

Hacia el mediodía, hora en Moscú, por la mañana temprano en Washington, Jrushchov dio muestras de haber recuperado algo del entusiasmo perdido: «No van a invadir», dijo con seguridad a sus colegas del Presídium. El hecho de que Kennedy hubiera respondido a la propuesta de U Thant lo indicaba así: Estados Unidos no iba a embarcarse en una acción militar mientras seguía explorando la vía diplomática. El líder soviético había reconocido, al menos dentro de los muros del Kremlin, que sería necesario retirar los misiles de Cuba; pero, no obstante, continuaba empeñado en hacerlo en unos términos que le permitieran redimirse: «No podremos liquidar el conflicto a menos que satisfagamos a los estadounidenses y aceptemos que nuestros cohetes R-12 están allí. Si logramos que a cambio ellos desmantelen sus bases en Turquía y Pakistán, entonces habremos ganado».

Este fue el momento en el que Jrushchov abrazó la «propuesta de Lippmann». El primer secretario redactó una nueva carta para Kennedy en la que le proponía de forma explícita el trato: «Está preocupado por Cuba. Dice que le preocupa porque está a solo 150 kilómetros de la costa de Estados Unidos. Sin embargo, Turquía está aquí al lado. Los centinelas de ambos países van de aquí para allá vigilándose los unos a los otros. ¿Cree

que tiene derecho a exigir seguridad para su país y la retirada de unas armas que considera ofensivas sin reconocernos el mismo derecho? Por esa razón le hago esta propuesta. Aceptamos sacar de Cuba las armas que clasifica como ofensivas. Aceptamos declarar ese compromiso ante Naciones Unidas. Y sus representantes harán una declaración en la que conste que Estados Unidos, teniendo en cuenta la ansiedad y la preocupación del Estado soviético, evacuará las armas análogas que tiene en Turquía».



"INTOLERABLE HAVING YOUR ROCKETS ON MY DOORSTEP!"

Viñeta de Vicky en el *London Evening Standard*, 24 de octubre de 1962

En aras de la velocidad y la ventaja táctica, este mensaje se transmitió a través de Radio Moscú a las cinco de la tarde de ese sábado, cuando en Washington eran las diez de la mañana. Entre tanto, Jrushchov ordenó a su ministro de Defensa que enviara un mensaje al general Plíyev en La Habana: «Se confirma de forma categórica que está prohibido usar ojivas

nucleares para los misiles, los FKR y los Luna sin la aprobación de Moscú. Confirme el recibo». Si la Casa Blanca se sentía frustrada por lo difícil que resultaba seguir los vaivenes del líder comunista, otro tanto ocurría con la burocracia de los medios de comunicación soviética. Ese día, la primera plana de *Izvestia* publicaba la noticia de que el Kremlin había confirmado la presencia de misiles rusos en Cuba, que antes había negado, e informaba también de la oferta de retirarlos a cambio de la retirada de los misiles estadounidenses de Turquía. Por desgracia, un comentario de la página 2 que había quedado rezagado con respecto a este desarrollo de los acontecimientos vituperaba las acusaciones de Estados Unidos sobre el despliegue de los misiles y menospreciaba los rumores de un intercambio como obra de la febril «maquinaria propagandística del Pentágono».

La carta abierta de Jrushchov a Kennedy, un ejercicio de «diplomacia de megáfono», fue noticia en todo el mundo. En la Casa Blanca, el presidente leyó en voz alta, en el boletín de una agencia de noticias que le había entregado Ted Sorensen, el anuncio de que el líder soviético estaba ofreciendo a Estados Unidos intercambiar los misiles que la URSS tenía en Cuba por los Júpiter que los estadounidenses tenían en Turquía. Bundy no se lo creía. El presidente y sus asesores estaban una vez más confundidos y, de hecho, enojados. El primer secretario estaba proponiendo ahora unos términos diferentes de los expuestos, apenas un día antes, en su carta privada al presidente. El ExCom intentó dar coherencia a esta secuencia de mensajes, pero estos, en realidad, eran un reflejo de las vacilaciones disparatadas de Jrushchov mientras buscaba a tientas el pomo de la puerta de salida.

Estados Unidos no podía responder hasta tener más información. El grupo reunido en la sala del gabinete coincidió en que, a la espera de una aclaración, era vital mantener presionados a los rusos, en particular

intensificando la vigilancia aérea de las bases de misiles: aún ignoraban el destino del comandante Anderson. Lejos de entender que Jrushchov se estaba preparando para una batida en retirada de proporciones históricas, la mayoría de los miembros del ExCom todavía creía que solo un ataque aéreo y una invasión estadounidenses conseguirían sacar los misiles nucleares de Cuba.

La posibilidad de que la oferta soviética sobre Turquía fuera auténtica se sometió a discusión. La opinión mayoritaria fue que, incluso si lo era, un acuerdo semejante sería contraproducente, pues no solo enfurecería a los turcos, sino que otros aliados lo interpretarían como una señal de la disposición de Estados Unidos a arrojarlos a los lobos si con ello obtenía una ventaja a corto plazo. Paul Nitze dijo: «Creo que a todos los demás [países] les preocupa que pueda incluírselos en este gran trueque en caso de extenderse más allá de Cuba». Por otro lado, también era posible que, a ojos del mundo, la oferta pareciera justa. El presidente dijo: Jrushchov «nos ha metido en una buena. Porque la mayoría de la gente considerará que no se trata de una propuesta irrazonable ... Creo que debemos dar por sentado que esta es su nueva y definitiva posición, y es pública». Robert Kennedy escribiría más tarde acerca de la consternación que se apoderó del ExCom después de estudiar la última comunicación abierta de Moscú a pesar de que, reconocía, «la propuesta que hicieron los rusos ... no suponía menoscabo para Estados Unidos ni para nuestros aliados de la OTAN».[4] El comité estaba de acuerdo en que, si bien la aparente incompatibilidad entre los dos mensajes del Kremlin, uno privado y otro público, era un indicio de la confusión en el bando soviético, también, en palabras del fiscal general, «había confusión entre nosotros».[5] Merece la pena hacer hincapié en que, pese a las opiniones contrarias al intercambio que pudieran expresarse ese día alrededor de la mesa, en esta etapa el presidente, en su fuero interno, ya estaba dispuesto a acceder a él.

Lo que inquietaba a la Casa Blanca era saber cuál era de verdad la posición de la Unión Soviética: la expuesta en la carta privada del día anterior o la contenida en la declaración pública de ese sábado. La idea de un trato basado en la promesa de dejar a Cuba en paz había empezado a resultar cada vez más atractiva; y considerar ahora la posibilidad de sacrificar Turquía (pues aunque el Pentágono subrayara que los misiles Júpiter no tenían ningún valor estratégico era así como se veía) resultaba desalentador. Kennedy, que para entonces había recibido una transcripción de la declaración pública de Jrushchov, dijo: «Ha sacado esto así para causar la máxima tensión y avergonzarnos. Si fuera una propuesta en privado, nos daría la oportunidad de negociar con los turcos. Pero lo ha planteado de una forma que obliga a los turcos a decir que no están de acuerdo con esto».

En Gorki, el aspirante a poeta Nikolái Kozakov escuchó con su cinismo habitual la transmisión de la carta del líder nacional a Kennedy: «Levitán [el locutor de Radio Moscú] comenzó a despotricar a las cinco de la tarde: "¡Atención! ¡Atención!". ¿Qué está pasando? Resultó que estaban transmitiendo un mensaje del tiburón [Jrushchov] a Kennedy. Que daba la bienvenida a su decisión de mantener nuestros barcos fuera del Caribe y que enviaremos representantes a la ONU con instrucciones completas. Siguió atacando a Kennedy, que ellos tenían bases en Turquía, que entonces ¿por qué nosotros no podíamos acomodarnos en Cuba? De modo que el marrano admitió que teníamos cohetes allí, o sea, que en Cuba tenían nuestros cohetes, pero que nuestros oficiales se estaban ocupando de ellos. Por tanto, no tengas miedo, nada imprevisto puede suceder.

»¡Pero qué paso tan imprudente! ¡Darles misiles a los cubanos! A fin de cuentas, son descendientes de los conquistadores, gente ardiente e impulsiva. Ahora solo tenemos que darles armas nucleares también a los chinos. Y dice el cabrón: A Cuba solo le estamos dando armas defensivas. ¿De qué está hablando? ¿Cohetes y aviones de largo alcance para la

defensa? No, no es así. Estamos jugando con fuego, haciendo equilibrios al borde de una guerra. Tal vez mi pensamiento sea muy primitivo, pero esta es mi firme opinión: no tengo nada en contra de Cuba, pero me siento dispuesto a pulverizar al “sabio” Jrushchov».

Entre tanto, en Washington, también McNamara estaba exasperado: «¿Cómo podemos negociar con alguien que cambia su oferta antes de que tengamos la oportunidad de responder a ella y anuncia públicamente un trato que aún no hemos recibido?». Ese grupo de mentes brillantes, pero desconcertadas, se sentía impulsado a llegar a una conclusión, una conclusión falsa: que Jrushchov estaba luchando contra enemigos dentro del Kremlin; que si la última propuesta había reemplazado a la del día anterior, era porque sus camaradas del Presídium lo habían obligado a hacerlo. No conseguían entender lo que realmente ocurría, a saber, que Jrushchov estaba forcejeando por salir de un pantano que él mismo había creado y (para mezclar metáforas) reescribiendo el guion entre una toma y otra, en el caso de su propuesta más reciente inspirado por la lectura de una columna de Walter Lippmann.

Robert Kennedy lanzó una idea: ¿era posible proporcionar a los turcos algún tipo de garantía que permitiera a Estados Unidos avanzar en un acuerdo como el que Moscú planteaba en la última carta? La mayor parte del grupo, desgastado por los equívocos rusos y con franqueza confundido acerca de la auténtica posición del Kremlin, estaba en contra de ceder terreno, de dar cualquier paso que pudiera interpretarse como una muestra de debilidad. No obstante, el presidente consideró que debían ganar tiempo hablando con Ankara y convenciendo a los turcos de que no anunciaran ningún planteamiento inflexible o irrevocable hasta que se hubiera aclarado la situación: «No hay ninguna duda. No nos engañemos. [Los soviéticos] tienen una propuesta muy buena, y por esa razón la han hecho pública mediante un anuncio ... En términos emotivos, la gente pensará que es un

intercambio bastante equilibrado ... Lo que, por ende, nos hace mucho más difícil actuar [militarmente contra Cuba] con apoyo mundial».

Esa mañana, la Casa Blanca trató de ganar algo de espacio respondiendo a la oferta pública de Jrushchov quejándose de que en las últimas veinticuatro horas Moscú había hecho «varias propuestas inconsistentes y contradictorias», una queja por completo legítima. Además, no podía haber ninguna negociación mientras continuaran los trabajos en las bases de misiles en Cuba. En una demostración del abismo que existía entre los mandos de las fuerzas armadas estadounidenses y la realidad política, mientras el general Max Taylor asistía a las reuniones del ExCom, los demás jefes del Estado Mayor Conjunto resolvieron redactar un nuevo memorando para instar al presidente a que autorizara un ataque aéreo masivo contra Cuba, ya fuera para el día siguiente, 28 de octubre, o para el 29, y la invasión de la isla que debería producirse a continuación.

A lo largo de la crisis, las actitudes de los europeos, y en especial la del primer ministro británico Harold Macmillan, estuvieron fuertemente influenciadas por sus propias circunstancias: «Para nosotros, que tenemos casi quinientos de esos misiles rusos apuntando a Europa», escribió el primer ministro, «esos veinte o treinta en Cuba resultan un tanto irónicos. Pero, como le dije al presidente, cuando uno vive en el Vesubio, tiene que desentenderse un poco del riesgo de erupciones».[6] No obstante, el «sábado negro», el líder británico convocó a la Casa del Almirantazgo al jefe del Estado Mayor del Aire, sir Thomas Pike, para discutir el estado de alerta de los bombarderos de la Fuerza V. El mariscal Pike informó más tarde a sus colegas jefes de las fuerzas armadas de que el primer ministro seguía ansioso por posponer cualquier medida, como la movilización, que pudiera interpretarse como encaminada a prepararse para la guerra.

Si la situación se deterioraba aún más, Macmillan se proponía convocar una reunión de gabinete para la tarde siguiente, a la que invitaría a asistir a los jefes del Estado Mayor. Por el momento, sin embargo, no quería hacer volver a Londres (o, mejor, que los medios de comunicación descubrieran que había hecho volver a Londres) al jefe del Estado Mayor de la Defensa, el almirante conde Mountbatten, que se encontraba en su casa de campo en Hampshire. El primer ministro solo propuso que se pusiera a los bombarderos de la Fuerza V en un estado de alerta ligeramente más alto, lo que se hizo a la una de la tarde del sábado (ocho de la mañana en Washington). La bitácora del comando de bombarderos del Grupo n.º 1 de la RAF recoge: «Se requirió que todo el personal clave permaneciera en la estación y que el personal de operaciones estuviera disponible con poca antelación. Aunque no se ordenó la generación de aeronaves, se hicieron algunos preparativos para garantizar una generación rápida de ser necesario. Todas las medidas fueron discretas». [7]

Al día siguiente, el número de bombarderos cargados con armas nucleares de la flotilla en alerta se incrementó de tres a seis. Esta era la punta de lanza de una fuerza total de 166 aviones con capacidad nuclear, de los cuales 120 estaban entonces por completo disponibles. Entre tanto, se había ordenado que los sesenta misiles nucleares Thor desplegados en las bases de la RAF en Gran Bretaña estuvieran preparados para entrar en acción. Al igual que sus homólogos estadounidenses, algunos oficiales interpretaron las instrucciones de Macmillan con más entusiasmo de lo que él hubiera deseado. El primer ministro daba por hecho que únicamente había autorizado el estado de preparación «uno-cinco»: aviones armados y listos, con tripulaciones en alerta de quince minutos. En realidad, los aviones en alerta del comando de bombarderos estaban en el estado de preparación «cero-cinco»: a solo cinco minutos del despegue. El oficial del 100.º Escuadrón en la base Wittering de la RAF, el teniente coronel Mike Robinson, pasó la tarde del «sábado negro» sentado con su tripulación en su

bombardero Victor, listo para despegar: «El avión estaba cargado con su Yellow Sun Mk. 2 [bomba de hidrógeno] y teníamos la “mochila de emergencia” con todas las instrucciones necesarias sobre el objetivo y la ruta».[8] Un joven piloto, miembro de la tripulación de un bombardero Vulcan, diría después que, en caso de haber recibido la señal, «lo habríamos hecho sin vacilar, y de verdad quiero decir sin vacilar».[9]

La preocupación abrumadora de Mike Robinson y sus colegas no era la posibilidad de un Armagedón inminente, sino su deber profesional de garantizar que la aeronave estuviera en condiciones de ponerse en marcha de inmediato, en caso de que se les mandara pasar al estado de preparación «cero dos» (motores encendidos) o recibieran la orden de «desbandada». Habían probado todos los sistemas. Eran muy conscientes de que, en caso de un ataque soviético, las defensas británicas solo contarían con una brevísima ventana de oportunidad para actuar. El sistema de alerta de misiles balísticos que se estaba construyendo en la base Fylingdales de la RAF, en los páramos de Yorkshire, y que, según se prometía, avisaría al comando de bombarderos cuatro minutos antes de su incineración, no estaría operativo hasta el año siguiente. Mientras eso ocurría, el Reino Unido dependía de los sistemas existentes en Alaska y Groenlandia, junto con los radiotelescopios del observatorio Jodrell Bank de la Universidad de Manchester, en Cheshire.

Las proyecciones sobre el destino de la nación en caso de guerra (y nadie, ni por un momento, se hacía ilusiones de que el Reino Unido pudiera librarse de un ataque si la Unión Soviética lanzaba sus misiles contra Estados Unidos) se basaban entonces en cálculos hechos en 1955 según los cuales diez bombas H de diez megatones matarían a 12 de los 46 millones de habitantes del país, y dejarían incapacitados a muchos más. En 1964 un nuevo cálculo sería más realista: un ataque soviético, decía, «haría que el Reino Unido dejara de existir como entidad política corporativa».[10]

El más mínimo retraso en la emisión de la orden de guerra podía ser fatal para las perspectivas de despegue de la Fuerza V, razón por la cual el SAC mantenía permanentemente en el aire parte de su flota de B-52. Una vez en el aire, las tripulaciones de los bombarderos británicos debían estar atentas a la señal codificada que les indicaría cuáles eran sus objetivos en Rusia, o bien que regresaran a la base. A pesar de la preocupación del primer ministro por mantener la temperatura lo más baja posible en el rincón británico de la crisis, cualquier observador que hubiera pasado ese sábado por la tarde por delante de Wittering podría haber observado la actividad dentro del perímetro de la base e, incluso, habría escuchado las órdenes que se daban a las tripulaciones a través del sistema de megafonía. La transmisión de un mensaje prestablecido con las palabras «Mickey Finn» indicaba que el Reino Unido estaba en guerra. Después de pasar cuatro tórridas horas encerradas en las cabinas, se permitió a las tripulaciones salir de los aviones para jugar al bridge o al Risk en las estrechas salas de espera de la base; y otro tanto ocurrió en la cercana Waddington, donde tenía su sede el 44.º Escuadrón. Por esos días, en Wittering, las esposas de algunos pilotos se presentaron una noche en el comedor de oficiales y exigieron que les dijeran qué planes se habían hecho para su evacuación. En palabras del comandante Kevin Dalley, «no hubo respuesta». Algunas madres hicieron por su cuenta inútiles preparativos para marcharse al norte con sus hijos, hacia lugares remotos en los Peninos o en las islas Hébridas, en la costa occidental de Escocia, si se enteraban de que sus maridos habían despegado.

Los jefes del Estado Mayor británico preveían que la respuesta soviética más probable a un ataque estadounidense contra Cuba, como el que parecía inminente, sería el asalto y toma de Berlín Oeste con sus guarniciones estadounidense, británica y francesa. Aunque la ciudad era indefendible, sería inevitable que los tres gobiernos occidentales buscaran responder militarmente a una agresión rusa semejante. Con el fin de estar preparados

para esa situación, los jefes del Estado Mayor británico propusieron que se presionara a los políticos para elevar la disponibilidad para el despliegue del comando de bombarderos a la condición de Alerta 2. Incluso si el Reino Unido no se movilizaba, como era el deseo del alto mando, ese paso demostraría su solidaridad con Estados Unidos. El ministro de Defensa británico, Peter Thorneycroft, recordaría más tarde que Whitehall estaba desierta y silenciosa ese fin de semana: «Hacía una mañana muy bonita, y al entrar al Ministerio pensé: "Dios mío, ¿y si esto realmente acaba aquí?"». [11]

En Cuba, Fidel Castro se entregó a una rabia e indignación crecientes. Las superpotencias solo hablaban entre sí y lo excluían a él. Los estadounidenses estaban preparándose para invadir su país; los rusos, tal vez, para precipitar su destrucción, y ni siquiera fingían mínimamente estar interesados en consultar con el líder cubano. Aunque se vio obligado a reconocer que su régimen dependía por completo de la Unión Soviética, nunca volvió a sentir por Jrushchov el afecto que le había profesado hasta ese octubre, pues los acontecimientos lo forzaron a enfrentar la realidad de que todo lo que hacía era pavonearse en la cima de un Estado pequeño y débil, cuya importancia reciente se debía solo a que las dos superpotencias había sido lo bastante imprudentes como para convertir la isla en el escenario de la confrontación entre ambas.

Ese sábado por la tarde, una gran multitud saludó la llegada al puerto de Mariel del *Vinnitsa*, cuyo capitán hizo un colorido relato de cómo se enfrentó a los buques de guerra estadounidenses en alta mar para desafiar el bloqueo. La multitud gritaba: «¡Fidel, Jrushchov, estamo' con los dos!». En contra de los deseos de la armada, McNamara había ordenado que se dejara pasar al barco sin darle el alto: mientras la diplomacia ofreciera alguna

esperanza, le parecía frívolo precipitar un enfrentamiento en el mar. Si iba a haber una escalada, esta tendría que ser histórica, en la costa.

Lo que hacía que el estado de ánimo dentro de la Casa Blanca esa tarde resultara contradictorio era que, si bien para entonces la administración contaba con la propuesta del Kremlin que señalaba al mundo la ruta para escapar del borde del abismo, debido a la rabia ante lo que se percibía como duplicidad de parte de los soviéticos (una emoción que se vio incrementada por la noticia del derribo del U-2 y que se mezclaba con la determinación de forzar el resultado) ese sábado parecía estar más cerca de lanzar una acción militar que en cualquier momento anterior. Cuando el presidente regresó a la sala del gabinete tras haberse ausentado, se le entregó un nuevo borrador, redactado por algunos miembros del ExCom, de la posible respuesta de Estados Unidos a Jrushchov. A modo de explicación, Bundy dijo: «Lo que justifica esta propuesta es que esperamos que sea rechazada, porque esperamos estar actuando [contra Cuba] mañana o pasado. El mensaje es para eso, y no es bueno a menos que sea eso lo que ocurra». Rusk siguió: «Creo que tenemos que valorar si ... la Unión Soviética, al plantear esta exigencia adicional [para el intercambio de misiles desplegados en el extranjero], la está presentando como un auténtico escollo que podría desencadenar el conflicto, o si, en cambio, se trata de un intento de última hora para tratar de conseguir más, después de haber indicado anoche que se conformarían con menos». Esto último, como sabemos, era más o menos lo que había ocurrido.

McNamara dijo que lo que parecía necesario ahora era prepararse para una acción militar: «En este momento no me siento en disposición de recomendar un ataque aéreo contra Cuba. Solo digo que creo que debemos comenzar a plantearnos esa opción de manera más realista que antes». Ese día, el general John Gerhart, el comandante en jefe del Mando de Defensa Aérea de América del Norte (NORAD), una organización de Canadá y Estados Unidos para la protección conjunta de ambos países, solicitó a los

jefes del Estado Mayor que se le autorizara por adelantado a utilizar armas nucleares contra posibles bombarderos enemigos. En respuesta, se le dijo que esa autorización se le negaría si en el potencial ataque a las fuerzas estadounidenses intervenían solo aviones cubanos, pero se le otorgaría si resultaba evidente que se enfrentaban a un ataque general «cubano y sino-soviético».

Entre tanto, el almirante Robert Dennison, cada vez más alarmado por el daño que los Luna soviéticos podían causar a la invasión armada, propuso que se proporcionara a sus fuerzas una capacidad atómica equivalente. El contraalmirante Edward O’Donnell, el oficial al mando en Guantánamo, también buscó que se le autorizara a tratar cualquier movimiento de los misiles Luna que situara la base dentro de su radio de alcance como «una acción ofensiva inaceptable para Estados Unidos». Ignoraba que durante la noche los misiles soviéticos se habían desplazado a posiciones de lanzamiento desde las que podían aniquilar a los cinco mil hombres que formaban la guarnición de la base. Curtis LeMay, por su parte, consiguió que se le autorizara a armar los cazabombarderos F-100 Super Sabre desplegados en Europa con armas nucleares tácticas, en preparación de un posible ataque contra 37 objetivos prioritarios del Pacto de Varsovia: aeródromos y centros de mando. En esa época esas armas no contaban aún con dispositivos de bloqueo electrónicos, por lo que podían ser lanzadas y detonadas por los pilotos. Con todo, algunos altos mandos de la fuerza aérea con sentido de la responsabilidad se preocuparon por la seguridad de los 136 misiles Minuteman que se encontraban en alerta máxima en sus silos, en bases de lanzamiento remotas en el norte de Estados Unidos, donde, desde un punto de vista técnico, podrían ser activados por equipos de dos hombres sin necesidad de una autorización superior.

En la reunión del ExCom, el secretario de Defensa planteó la posibilidad de sustituir los Júpiter instalados en Turquía por un submarino armado con misiles Polaris desplegado en el Mediterráneo; una opción que,

consideraba, serviría para tranquilizar al gobierno de Ankara. La propuesta obtuvo una aprobación generalizada. El presidente y su grupo asesor también respaldaron convocar, para el día siguiente, una reunión del Consejo del Atlántico Norte, el órgano de decisión de la OTAN, con el fin de que todos los países miembros pudiesen participar en la discusión de ese escenario y las implicaciones que tendría para la alianza. El consejo se reuniría sabiendo que Estados Unidos había respondido formalmente a U Thant que aceptaba la propuesta soviética de comprometerse a no invadir Cuba a cambio de que la URSS retirara los misiles de la isla; y se le explicaría que, en caso de que los soviéticos se negaran finalmente a aceptar eso opción, podría plantearse un intercambio de los Júpiter de Turquía e Italia por las armas desplegadas en Cuba.

No cabía duda de que semejante alternativa iba a consternar a los aliados, y por ello habría que enfrentarlos a una realidad mucho más brutal. En palabras del presidente: «Ellos no tienen ni idea de que estamos cerca de hacer algo [bombardear e invadir Cuba]. Y eso va a ser su responsabilidad. Eso no se le ha explicado a la OTAN, y a mí me gustaría que lo consideraran antes de que rechacen» el intercambio de los misiles turcos por los misiles cubanos. Cualquier descontento que pudiera causar entre los aliados la retirada de esos misiles de Europa ante las amenazas de la Unión Soviética sería menor que el temor que les inspiraban las posibles consecuencias de una invasión estadounidense de Cuba. En estas circunstancias fantásticamente confusas, Estados Unidos no solo estaba amenazando a una de las partes. Kennedy observó con sequedad: «Todos sabemos lo rápido que se evapora el coraje cuando comienza a correr la sangre, y eso es lo que le va a pasar a la OTAN».

McNamara hizo hincapié en la gravedad de la situación, algo que le parecía importante que todos los involucrados reconocieran: «Señor presidente ... Si actuamos en Cuba, la única forma en que podemos hacerlo ahora es mediante un ataque total. No creo que podamos optar ya por

ningún ataque limitado cuando ellos ya están disparando contra nuestros aviones de reconocimiento ... En el momento en que eliminemos los emplazamientos de los misiles tierra-aire y los aeródromos donde tienen los MiG, estaremos en el programa de las quinientas incursiones. Y si realizamos quinientas incursiones contra Cuba, debemos estar preparados para seguir esa campaña con una invasión en el plazo de unos siete días ... Me parece que es muy probable que los soviéticos se sientan obligados a responder con una acción militar en algún lugar».

Una posibilidad era que la respuesta soviética incluyera ataques aéreos contra los emplazamientos de los misiles Júpiter detrás del mar Negro. Ahora los estadounidenses estaban hablando mucho más sobre el riesgo de un ataque soviético contra Turquía en represalia por el bombardeo de Cuba que sobre Berlín, el anterior foco de sus temores. Esto hizo que cambiaran de opinión en lo referente a la convocatoria de una reunión del Consejo Atlántico para el día siguiente. La clave era que dicho encuentro se celebrara antes de los ataques aéreos, que ahora parecía probable que se retrasaran al menos hasta el lunes, con el fin de dar tiempo a los soviéticos para responder al último mensaje del presidente a U Thant. Se discutió mucho si se debía hacer pública la carta supuestamente privada de Jrushchov a Kennedy, en la que el líder soviético hacía una propuesta que Estados Unidos estaba dispuesto a aceptar, antes de que él mismo lo impidiera planteando nuevas demandas en público. Se consideró que revelar la carta casi con seguridad fortalecería el apoyo internacional a la posición estadounidense.

Kennedy trató de concentrar la atención del comité en un asunto esencial, a saber, la exigencia firme de que se interrumpiera toda actividad en las bases de misiles en Cuba y que esa interrupción se sometiera a la verificación de la ONU, a la espera de debatir cuestiones más amplias: «Todos estamos de acuerdo en *eso*». Llewellyn Thompson consideró que todavía existía una posibilidad realista de que Moscú diera marcha atrás,

aceptara la promesa de no invasión que pedía en la carta privada y se olvidara del intercambio por los misiles turcos. John McCone dijo: «Me parece que lo importante para Jrushchov es poder decir: “Salvé a Cuba. Detuve la invasión”». Bobby Kennedy dijo: «Debe de estar un poco alterado; de lo contrario no te habría enviado antes ese mensaje». Max Taylor informó sobre la renovada recomendación formal de los jefes del Estado Mayor Conjunto de que se llevara a cabo la campaña de ataques aéreos seguida de la invasión. Hubo un estallido de risas de condenado cuando el fiscal general bromeó: «Vaya, qué sorpresa». Él y la mayoría de sus colegas del ExCom habían renunciado a tener como consejeros a LeMay y compañía.

Los intercambios reseñados aquí representan apenas una pequeña fracción de las discusiones que tuvieron lugar esa tarde y esa noche entre unos hombres que estaban sometidos a una enorme tensión, conscientes en todo momento del tictac de los relojes; del avance del *Grozni* hacia la línea de la cuarentena; de la necesidad de decidir si mantenían la vigilancia aérea de Cuba en medio del fuego que casi con seguridad recibirían desde tierra; de qué decir, y cuándo, a los turcos, a la OTAN, al mundo. Al final de la tarde, a unas pocas calles de la Casa Blanca, en el hotel Statler Hilton, tuvo lugar un segundo encuentro entre John Scali, de la cadena ABC, y Aleksandr Feklisov, el jefe de estación de la KGB en la capital estadounidense. En un estudiado alarde de histrionismo, el periodista acusó al espía de haberle dado «una apestosa puñalada trapera», para ganar tiempo, al proponerle el «acuerdo de no intervención en Cuba» cuando Moscú estaba a punto de exigir el canje de los misiles turcos por los cubanos. Ahora, le dijo, Estados Unidos estaba a punto de lanzar un asalto contra la isla. El ruso insistió en que él había transmitido una oferta legítima.

No hay, o aún no se conocen, pruebas concluyentes de que Jrushchov autorizara a Feklisov a actuar como canal extraoficial para llegar a Kennedy a través de Scali. El mensaje inicial del coronel fue sin duda el primer indicio que tuvo la Casa Blanca del cambio radical de rumbo de Moscú. Más tarde, Anatoli Dobrynin restaría importancia al papel de Feklisov, pero es posible que solo lo hiciera buscando resaltar el suyo: el embajador era un hombre de considerables virtudes, pero la modestia no estaba entre ellas. En una carta muy posterior, el presidente Kennedy aconsejaría a Jrushchov que no volviera a utilizar como intermediario a un periodista como Scali, pues ninguna de las dos partes podía estar segura de qué terminaría apareciendo en la prensa llegado el momento. [12] El embajador creía que el acercamiento de Feklisov a Scali, si eso es lo que fue, no había sido más que uno de los muchos esfuerzos de los servicios de inteligencia de ambos bandos por adquirir información privilegiada, algo de lo que tanto la CIA como la KGB estaban hambrientas. Eso es verosímil. Es improbable que las conversaciones entre Scali y Feklisov tuvieran verdadera relevancia más allá de, en un primer momento, ofrecer a los estadounidenses un indicio de que Jrushchov se estaba preparando para dar marcha atrás.

Finalmente, en ese día ya tan cargado de emociones, llegó a la Casa Blanca la confirmación de que el U-2 desaparecido mientras volaba sobre Cuba había sido derribado por un misil soviético. El presidente dijo con pesimismo: «Bueno, esto es claramente una escalada por parte de ellos, ¿no es así?». El secretario de Defensa respondió: «Sí, exactamente. Y eso está relacionado con la cuestión del momento oportuno. Creo que podemos aplazar el ataque aéreo contra Cuba hasta el miércoles o el jueves, pero solo si continuamos con la vigilancia y disparamos contra cualquier cosa que dispare contra los aviones de reconocimiento, y solo si entre tanto mantenemos un bloqueo estricto». En este punto Kennedy preguntó: «¿Cómo explicamos el efecto del mensaje de Jrushchov de anoche? ¿Y su decisión [de derribar el U-2], en vista de sus órdenes previas [disparar solo

en defensa propia], en fin, el cambio de órdenes?». McNamara respondió: «No sé cómo interpretarlo». Todos habían quedado pasmados por el repentino acto de violencia, más inesperado si cabe tras las varias ofertas de paz de Jrushchov. Nadie se sintió capaz de responder a las preguntas de Kennedy. Nitze se encogió de hombros: «Han hecho el primer disparo», un comentario que parecía asumir que habría un segundo. Una vez más, los miembros del ExCom dieron por sentado que detrás de este dramático acto soviético había una coherencia y una intención que en realidad estaban ausentes.

Los estadounidenses consideraron el derribo del U-2 incomparablemente más grave que los disparos contra los Crusader de la armada, pues mientras estos últimos podían atribuirse a cubanos de gatillo fácil, los misiles que habían hecho posible el primero tenían que estar sometidos a una autoridad, que se suponía que era la del Kremlin. Debatieron lo difícil que sería reanudar las salidas de reconocimiento al día siguiente sin disparar —no se podía pedir a unos pilotos que carecían de protección que se enfrentaran a misiles tierra-aire— y si debían reconocer la pérdida del avión, que ya había sido anunciada por Radio Habana. Roswell Gilpatric señaló al presidente que antes había prometido, en una declaración pública, que cualquier acción de este tipo por parte de los soviéticos tendría una respuesta de Estados Unidos. McNamara propuso anunciar que las operaciones de vigilancia se reanudarían a la mañana siguiente, esta vez con la protección de aviones de combate.

Kennedy abandonó por un momento la sala y regresó para informar de que Castro acababa de proclamar que se dispararía a cualquier intruso que invadiera el espacio aéreo cubano. La discusión que siguió a esta noticia fue más confusa, vacilante y dispersa que cualquiera de las que habían tenido lugar hasta entonces en el ExCom. Buena parte de ella estuvo concentrada en la idea de cómo conseguir que los aliados de Estados Unidos en la

OTAN aceptaran el intercambio de los misiles turcos por los cubanos, con la guerra como alternativa.

Una de las dificultades que plantean a los historiadores las grabaciones de las reuniones del ExCom es que estas recogen lo que dijeron los participantes, pero no lo que pensaban. El hecho de que cambiaran de opinión, en algunos casos de forma repetida, resulta del todo razonable, e incluso admirable. En primer lugar, se trataba de una situación sin precedentes, que creaba peligros no solo para Estados Unidos, sino para toda la humanidad, y que, además, cambiaba de manera constante. Por otro lado, a pesar de los vastos recursos para recabar información con los que contaba la Casa Blanca a través de fuentes abiertas y encubiertas, como periódicos, canales diplomáticos, descifrado de códigos, interceptación de señales inalámbricas y otras formas de espionaje, persistía un miasma de incertidumbre. Nadie en el ExCom, y menos el presidente de Estados Unidos, deseaba que la posteridad juzgara que había sonado débil o pusilánime. Sin embargo, en el estrecho círculo de los responsables de la toma de decisiones de Estados Unidos, las únicas personas que mantuvieron la misma postura a lo largo de toda la crisis, y permanecieron firmes como una roca en su certeza, fueron los jefes del Estado Mayor Conjunto.

Aquella tarde, McNamara habló largo y tendido sobre los escenarios posibles, todos ellos sombríos. Una vez que comenzaran los ataques aéreos, dijo, Estados Unidos perdería aviones todos los días, y la única forma de detener ese desgaste continuo sería mediante una invasión que acabara con los emplazamientos de las defensas antiaéreas cubanas. Tras iniciar la invasión, lo más probable era que los soviéticos atacaran las bases de misiles en Turquía, y en tal caso «*debemos* responder». Una posibilidad era atacar las bases y buques de guerra soviéticos en el mar Negro empleando solo armas convencionales: «Eso, para mí, sería lo mínimo», apuntó el secretario de Defensa. En su opinión, la única forma de eliminar el riesgo de un ataque soviético a Turquía era retirando las armas nucleares que

Estados Unidos tenía en ese país, lo que podría evitar la guerra. Walt Rostow dijo: «En el Departamento de Estado hemos estado dándole vueltas a esto; hablamos del tema día y noche. Creo que estaríamos *encantados* de cambiar esos misiles de Turquía por los de Cuba». La mayor parte de los miembros del ExCom coincidieron en señalar que, después de días temiendo que las exigencias de la URSS fueran a centrarse en Berlín (donde era imposible imaginar concesiones similares), tendrían que sentir al menos cierto alivio de que Moscú estuviera hablando de Turquía, en lugar de hacerlo sobre la antigua capital alemana.

Al conocerse la noticia del derribo del U-2, en palabras de Robert Kennedy, se apoderó del ExCom «la sensación de que la soga se estrechaba en torno a todos nosotros, a los estadounidenses, a la humanidad, y que los puentes para escapar se estaban desmoronando». El presidente dijo: «Ahora estamos en una partida completamente nueva». Al principio, el ExCom estuvo de acuerdo de forma casi unánime en que al día siguiente (el domingo 28 de octubre) Estados Unidos debía lanzar un ataque para destruir los emplazamientos de los misiles tierra-aire en Cuba. Fue solo con el paso de los minutos, y luego de las horas, cuando los argumentos a favor de mantener la moderación fueron pareciendo más convincentes, sobre todo para el presidente. Estas fueron quizá sus mejores horas de toda la crisis: cuando tenía todas las justificaciones posibles para responder con acciones militares, en represalia por el derribo del avión, y, sin embargo, se contuvo.

Graham Allison y Philip Zelikow han escrito: «El presidente Kennedy se convierte en el conductor del debate. Vemos a un presidente convertido en analista en jefe. En cada cuestión, presiona a sus colegas para que indaguen las implicaciones más profundas de todas las opciones; para que exploren formas de sortear obstáculos en apariencia insuperables; para que afronten con honestidad sacrificios desagradables; y para que hagan volar su imaginación».[13] Lejos de estar animadas por un afán reverencial, estas palabras parecen justas. Bundy, uno de los protagonistas de esas sesiones,

diría luego que, en cada etapa, Kennedy examinaba el último movimiento de Jrushchov como si estuviera jugando una partida de ajedrez con el líder ruso, y por ello, con determinación, se ocupaba de las decisiones de una en una, en lugar de perseguir una gran estrategia ilusoria, más allá del objetivo global de garantizar la retirada de los misiles de Cuba. [14] La madurez de la conducta del presidente contrastaba con la impulsividad de algunos de los que le rodeaban. De hecho, es posible argumentar que Kennedy demostró tanto valor al resistirse a las voces que en el ExCom exigían de forma prematura una respuesta violenta (en especial la de Bundy) como al enfrentarse a Jrushchov.

«Aquellas horas en la sala del gabinete», escribiría más tarde su hermano, «nunca se borrarán de la mente de ninguno de nosotros. Vimos como nunca antes lo que significaba el poder de Estados Unidos, y la responsabilidad que conllevaba, el poder del presidente, la responsabilidad que tenía ante un sinnúmero de personas en todo el mundo que nunca habían oído hablar de nuestro país o de los hombres que, sentados en ese recinto, estaban determinando su destino, tomando una decisión que podía influir en si vivían o morían». [15] El presidente dijo: «No atacaremos mañana. Volveremos a intentarlo». [16] Esa frase habría sido un epitafio nada despreciable.

2. La caza del submarino B-59

En la reunión del ExCom celebrada al final de la tarde del 27 de octubre, el vicepresidente Lyndon B. Johnson realizó una de sus pocas contribuciones al debate, sin suscitar cometarios significativos de los colegas presentes. La sesión de la tarde había sido una de las más alarmantes de la semana: en ella el comité se enteró tanto de la intrusión del capitán Maultsby en Rusia como del derribo del comandante Anderson. Ahora sus miembros discutían el procedimiento para detener al buque cisterna *Grozni*, y la necesidad de

advertir a los rusos de los ruidosos y espectaculares fuegos artificiales que acompañarían la vigilancia nocturna de sus buques. Aunque las observaciones de Johnson —pronunciadas en un momento en que ni el presidente ni su hermano estaban presentes en la sala— no tuvieron ninguna repercusión en los acontecimientos, resultan significativas, en el contexto de lo que estaba ocurriendo entonces a más de 1.600 kilómetros de distancia en el Atlántico occidental.

«Esas condenadas bengalas me han dado miedo desde que [la armada] las mencionó», dijo el vicepresidente. En ausencia de una advertencia clara, si un avión se acercaba de repente a un buque soviético volando bajo, era posible que se le respondiera con fuego: «Imagínense a algún capitán ruso loco. La maldita [bengala] sube y "boom": ilumina el cielo. El tío podría apretar el gatillo. Parece que estuviéramos jugando al Cuatro de Julio o algo así. Eso me da miedo». Johnson señaló que no acababa de ver qué ventaja obtenía la armada con las fotografías tomadas en esas condiciones, cuando ya sabía perfectamente qué buques soviéticos estaban por allí. En su opinión, lo único que se conseguía con ello era asustar a los soviéticos. Lo que le llevaba a advertir: «Bueno, diablos, es como lo que me decía un colega en el Congreso cuando tenía algún embrollo: "Ve y se lo cuelas a ese". Cada vez que intenté colarle un embrollo a alguien, volvía con otro. Si vas a intentar meterles miedo con una bengala, te expones a que te disparen en el culo».

Casi en el momento en que el vicepresidente hablaba, la armada estadounidense estaba jugando con el submarino soviético B-59 exactamente el tipo de juego que Johnson imaginaba, y con el riesgo de causar un resultado mucho más mortífero que el derribo de un avión de reconocimiento.[17] El hostigamiento y acoso a los aviones y buques de guerra del otro bando (y, en ocasiones, incluso también a las fuerzas terrestres) había sido un aspecto rutinario de las relaciones entre los ejércitos de ambas superpotencias desde el comienzo de la Guerra Fría. Era

un juego y se jugaba de forma entusiasta, brusca y, de cuando en cuando, torpe y, asimismo, peligrosa, como en los enfrentamientos entre tanques estadounidenses y soviéticos en Berlín. El sentido común induciría a pensar que, en medio de una crisis como la que nos ocupa, los jefes militares y navales de Estados Unidos y la URSS habrían ordenado a sus fuerzas que fueran en extremo precavidas, pero no fue así.

En lugar de eso, el mismo día en que los hombres de Jrushchov habían desafiado la prudencia derribando al comandante Anderson en el aire, los marinos de Kennedy resolvieron que era su turno de entretenerse practicando juegos infantiles en un escenario nuclear. Según el testimonio de McGeorge Bundy, la revelación (el 24 de octubre) de que los buques de guerra de la armada estaban obligando a los submarinos soviéticos a salir a la superficie lanzando pequeñas cargas a su alrededor había «sobresaltado» a Kennedy.[18] Esa alarma, sin embargo, no le había animado a ordenar al almirante Anderson que se abandonara esa práctica. Es posible que el presidente no comprendiera los riesgos que estaba corriendo la armada estadounidense porque él mismo, como el resto del ExCom, nunca había estado en el extremo receptor de esas explosiones submarinas, oyendo resonar por toda la nave sus ecos metálicos.

De los sumergibles soviéticos destacados en septiembre para apoyar la operación Anádir, uno, el B-75, un submarino de la clase Zulú (en la designación de la OTAN) que se encontraba en el Atlántico oriental, recibió la orden de regresar tan pronto como los estadounidenses anunciaron la cuarentena y llegó a Múrmansk el 10 de noviembre. Un segundo Zulú, el B-88, había sido enviado al Pacífico, a Pearl Harbor, y tenía órdenes, en caso de que estallara la guerra, de atacar la base naval de Estados Unidos allí. El buque permaneció en esa zona hasta que se le mandó volver a la URSS a finales de noviembre.

Mientras tanto, los cuatro submarinos de la clase Foxtrot de la 69.ª Brigada habían permanecido en el Atlántico occidental, dos de ellos en el

mar de los Sargazos, muy lejos de la línea de cuarentena, desde que esta se anunció. El comandante de la brigada, Vitali Agafonov, viajaba a bordo del B-4, mientras que el jefe de la flotilla Vasili Arjípov estaba en el B-59. Todas las naves estaban armadas con 21 torpedos convencionales y un único torpedo provisto de cabeza nuclear, con capacidad para destruir a todo un grupo de barcos en la superficie. A bordo de cada submarino había un oficial al que se había hecho responsable de la ojiva nuclear.

Los Foxtrot, al igual que muchos aviones y buques soviéticos, eran primitivos en todo sentido salvo en su capacidad para infligir destrucción. Los tripulantes padecían diversas incomodidades, que en ocasiones podían llegar a ser graves. La ventilación era escasa; y el ruido de los motores hacía que los sumergibles fueran fáciles de detectar para los buques de guerra enemigos. En los que no habían sido adaptados para operar en el Trópico y carecían de equipos de refrigeración, el calor se tornaba agobiante, en especial en las zonas de máquinas. En los compartimentos electrotécnicos, las temperaturas podían en ocasiones superar los 65 grados. El agua potable estaba en extremo restringida; la norma era: 250 mililitros por persona cada veinticuatro horas. Muchos marineros padecieron fiebres sudorosas y algunos se desplomaban repetidas veces en sus puestos; según el capitán Dubivko, el peso medio de su tripulación se redujo en una tercera parte.

El peligro al que se enfrentaban se vio agravado por la poca profundidad de las aguas en las que operaban, en especial los dos que se encontraban más al oeste. Anastás Mikoyán y el jefe de la armada soviética, el almirante Serguéi Gorshkov, se habían opuesto en su momento al despliegue de los submarinos en el Caribe; y después de que se desatara la ira estadounidense el 22 de octubre, habían abogado sin éxito por su retirada. No obstante, aunque no se les ordenó retirarse, los buques sí recibieron instrucciones de mantenerse alejados de las aguas cubanas.[19] El B-4, que se encontraba a unos setecientos kilómetros de la isla, no llegó a ser localizado por los

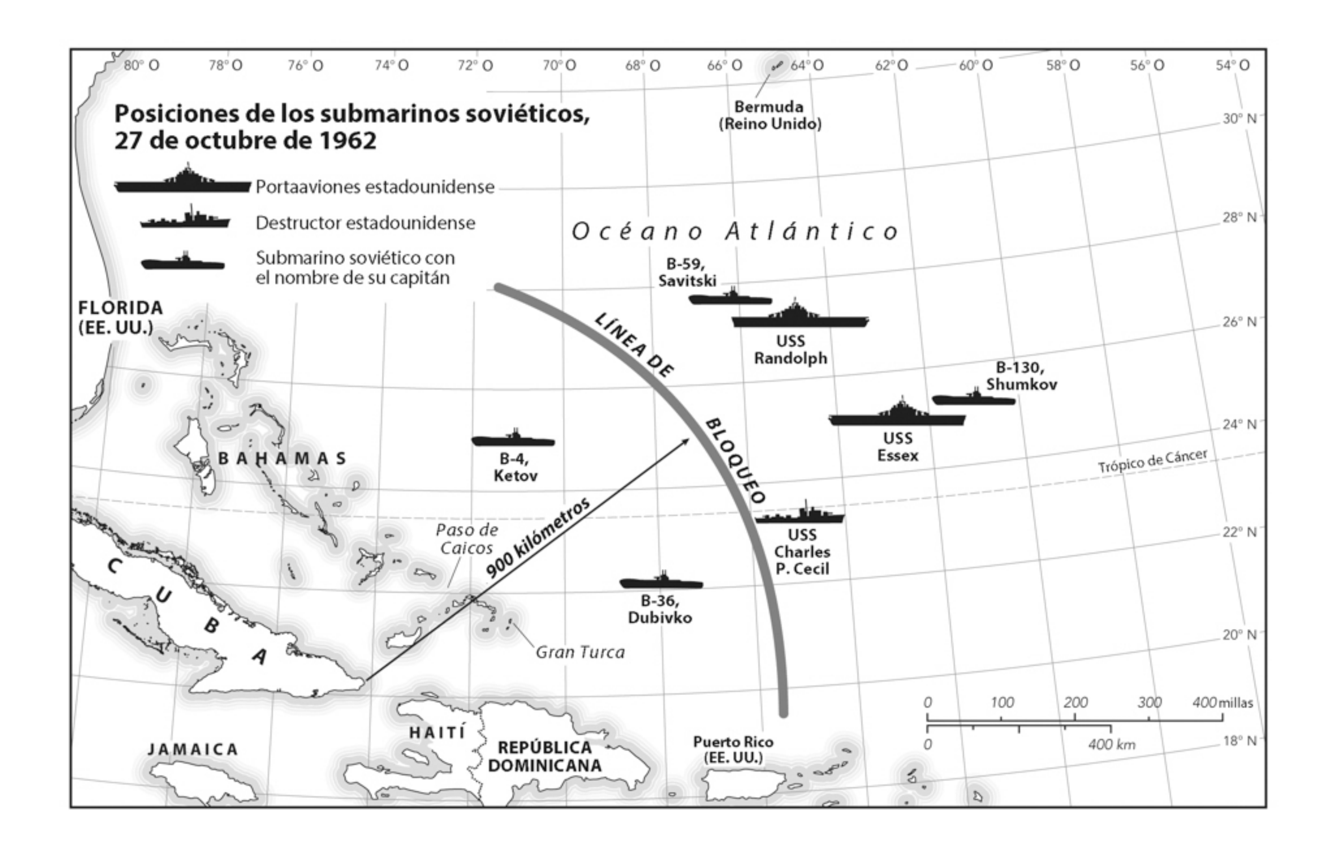
estadounidenses, pese a que estos lanzaron sonoboyas cerca de su posición. Eso lo libró del acoso de la armada de Estados Unidos que sufrieron durante días los demás submarinos. En la tarde del día 24, los aviones de la armada habían avistado otro submarino soviético, en la superficie, a unos 650 kilómetros al norte de Puerto Rico y dentro del límite de la cuarentena; era el B-36, al que etiquetaron como contacto C-18.

Aquel temible sábado, los estadounidenses comenzaron a lanzar granadas (ruidosas, pero no letales) alrededor de los submarinos con el propósito de forzarlos a emerger e identificarse. La experiencia más dramática fue la de Valentín Savitski, el capitán del B-59, que decidió resistir y rechazar un acoso que, al igual que los oficiales de la defensa aérea soviética en Cuba, juzgaba ilegal e insultante para su país. El B-59 fue avistado por primera vez la noche del 25 de octubre, frente a las Bermudas, y los rastreadores de la armada lo designaron como el contacto C-19. Se lo avistó de nuevo, en esta ocasión más al sur, veinticuatro horas después. Empezó entonces un esfuerzo urgente por concentrar los buques de guerra en su posición y obligarlo a salir a la superficie.

Durante las dos noches y días siguientes, la embarcación soviética permaneció sumergida a unos mil kilómetros al noreste de Cuba. El calor en el interior de la nave se hizo cada vez más opresivo; y el aire, más difícil de respirar. Savitski utilizó todas las técnicas de evasión que conocía, cambiando de rumbo y de profundidad para despistar a sus perseguidores, con el riesgo de agotar las baterías. A las 16.59 del día 27, el destructor *Beale* comenzó a lanzar cargas de profundidad de práctica, y treinta minutos más tarde su consorte, el USS *Cory*, detonó cinco granadas.

La Casa Blanca se había esforzado por comunicar a Moscú este procedimiento de alto marítimo, el equivalente del «avance e identifíquese» de los centinelas en tierra firme, y los oficiales del buque soviético habían sido informados al respecto. Sin embargo, rechazar semejantes intentos de hacerlos humillarse era para ellos una cuestión de orgullo. Se les pedía que

aceptaran que si bien el Atlántico occidental era una vía de navegación internacional, se encontraba dentro de la esfera de influencia de Estados Unidos y, por ende, en los dominios legítimos de su armada. Más tarde dirían que los sonoros golpes en el casco les hicieron pensar que estaban siendo objeto de un ataque. El teniente Vadim Orlov, que dirigía el equipo encargado de los hidrófonos del submarino, dijo después: «Explotaron junto a la cubierta. Era como si estuvieras en un barril de hierro mientras alguien, en el exterior, lo aporreaba con un mazo». [20] Su reacción, así como la de su capitán, fue comprensible. La cuestión de si la armada estadounidense tenía justificación para adoptar una táctica de provocación semejante tan lejos de la zona de bloqueo declarada, y en un momento en que la tensión era ya bastante elevada, sigue siendo en extremo polémica.



La calidad del aire dentro del submarino fue empeorando de forma progresiva. A partir de un momento, solo las luces de emergencia siguieron funcionando. La temperatura y el nivel de dióxido de carbono se hicieron

casi insoportables, y provocaron el colapso de varios hombres. Al cabo de cuatro horas, Orlov notó una explosión que retumbó con mayor potencia que las anteriores: «Los estadounidenses nos golpearon con algo más fuerte que una granada: una carga de profundidad, obviamente ... Pensamos: ya está, se acabó». Según cuenta, para entonces Savitski había tenido suficiente. Agotado después de horas de maniobras soportando una tensión extrema, el capitán del buque llamó al oficial encargado del torpedo nuclear y le ordenó que se preparara para disparar: «Quizá arriba ya empezó la guerra y aquí nos estamos volviendo locos ... ¡Vamos a darles con todo lo que tenemos! Moriremos y nos ahogaremos todos, pero no deshonraremos a la flota».

Esta era exactamente la forma en que John F. Kennedy, Harold Macmillan, Anastás Mikoyán y otros con una vívida imaginación creían que llegaría el fin del mundo: no como consecuencia de las decisiones deliberadas de los líderes nacionales, sino a través de las acciones impulsivas de uno o más individuos medio trastornados, sometidos a un estrés extremo e incapaces de contenerse ante unas responsabilidades que no deberían confiarse a ningún ser humano, menos aún a mandos operacionales relativamente subalternos. Por fortuna para el mundo entero, el jefe de la brigada, Vasili Arjípov, y el oficial político adjunto, Iván Máslennikov, consiguieron calmar al agitado Savitski y le convencieron para que diera la orden de salir a la superficie.

En la oscuridad, a las 20.50 de ese sábado, el submarino soviético emergió en el mar de los Sargazos, para toparse con su reluciente casco negro bañado por el resplandor de los reflectores del destructor USS *Cory*, uno de los componentes del destacamento de la armada encabezado por el portaaviones *Randolph*. Los miembros de la tripulación salieron al exterior parpadeando y arrancándose la ropa para respirar el aire nocturno, húmedo y caluroso, pero a la vez maravilloso. Mediante destellos, el equipo de señales del *Cory* pidió al submarino que se identificara; la anodina

respuesta de los rusos fue: «Barco soviético X». Los estadounidenses les preguntaron si necesitaban ayuda, a lo que se les contestó con rapidez: «NIET». El submarino comenzó el largo y lento proceso de recargar sus casi agotadas baterías, operación que se vio interrumpida de repente por el rugido de un avión Neptune que, volando a baja altura, lanzó una serie de artefactos explosivos incendiarios. Esto hizo que los rusos que estaban en el puente del submarino desaparecieran en las entrañas de la nave, que a su vez cambió de rumbo. El capitán del *Cory* ordenó al equipo de señales que transmitiera una disculpa por el comportamiento en apariencia agresivo de la aeronave y esta, al parecer, fue aceptada. Una segunda versión de los hechos ocurridos a bordo del B-59 sostiene que el momento en que Savitski perdió la paciencia (y la razón) y mandó preparar el torpedo nuclear no se produjo mientras el barco estaba sumergido, sino tras la violenta exhibición pirotécnica del Neptune.

El vívido y colorido relato del teniente Orlov ha servido de base a muchas narraciones sobre este dramático episodio de la crisis. Vasili Arjípov, el oficial que supuestamente tranquilizó a Savitski y contrarrestó su orden de armar el torpedo nuclear, ha sido aclamado como el hombre que salvó al mundo de una guerra, como la que sin duda habría desencadenado la detonación de tal arma y la completa aniquilación, en medio de la oscuridad del mar, de los buques de guerra de la armada estadounidense que le estaban dando caza.

Sin embargo, no es posible hacer una relación definitiva de lo que ocurrió a bordo del B-59 durante esas horas, al menos hasta que los historiadores dispongan de más documentación rusa. Algunos veteranos de los submarinos soviéticos de aquella época han arrojado serias dudas sobre el testimonio de Orlov y cuestionan que su buque o su capitán estuvieran alguna vez cerca de precipitar una confrontación nuclear. Se necesitaban tres llaves para armar el dispositivo que transportaban, y los indicios de que ese proceso nunca se completó son abrumadores (lo más probable, de

hecho, es que ni siquiera llegara a iniciarse). Svetlana Savranskaya señala que no sería en absoluto sorprendente que los capitanes hubieran recurrido a una retórica extravagante en parte para mantener la concentración y la moral de la tripulación en unas circunstancias tan excepcionalmente difíciles.[21] No obstante, no cabe duda de que el encuentro entre el submarino soviético y los buques de guerra de la armada estadounidense, que llevó al límite su cuestionable justificación para acosar al Foxtrot, tuvo una tensión extraordinaria. Jrushchov y sus almirantes habían corrido un riesgo inmenso al enviar la flotilla al Atlántico occidental en semejantes circunstancias y con semejante armamento. Si los oficiales a bordo del B-59 hubieran optado por interpretar sus órdenes con la libertad que lo hicieron ese mismo día, en Cuba, quienes estaban al frente de la defensa antiaérea soviética, habrían podido hacer algo terrible. Determinar si el relato de Orlov exagera o no los acontecimientos de esa tarde y noche tiene apenas una importancia relativa. En cambio, el potencial para causar una catástrofe del encuentro en el mar de los Sargazos es imposible de discutir.

3. La oferta

Hacia las 18.30, en la Casa Blanca, donde el ExCom continuaba reunido, Bundy planteó una pregunta de una banalidad absurda: «¿Quieren cenar abajo, quieren bandejas, quieren esperar?». McNamara dijo con displicencia, quizá con irritación: «Esperemos ... comer es la menor de mis preocupaciones». El secretario de Defensa abordó la cuestión, mucho más urgente, del plan de vigilancia aérea de Cuba para el día siguiente: «Es segurísimo que nos van a disparar. No hay duda de ello. De modo que tendremos que ir y disparar». Lo que los misiles tierra-aire le habían hecho al comandante Anderson esa mañana, podrían hacérselo a otros pilotos estadounidenses al día siguiente y lo más probable es que así fuera. Hasta el momento, los soviéticos no habían indicado, ni siquiera mediante

insinuaciones, que el derribo del avión espía contraviniera los deseos de Jrushchov.

McCone propuso hacer un llamamiento directo al líder soviético para que dejara de disparar contra aviones de reconocimiento desarmados. McNamara, desmarcándose un poco de sus comentarios belicistas de la tarde, dijo que él seguía creyendo que, si bien debían estar preparados para hacer uso de la fuerza, no debían aún presionar el gatillo. Hubo un tirante intercambio entre Robert Kennedy y Lyndon B. Johnson acerca de si el bloqueo estaba funcionando o no: el primero creía que sí, el segundo pensaba lo contrario. A continuación, el vicepresidente realizó un repaso deprimente de los intercambios del día, o la falta de ellos, para advertir de que la opinión pública estadounidense, que pocas personas conocían mejor que él, iba a perder pronto la paciencia y empezaría a cuestionarse: «El presidente ha hecho un buen discurso, ¿qué más han hecho? ... La gente quiere saber qué estamos haciendo». A continuación, quienes permanecían en el recinto se leyeron unos a otros los borradores de los mensajes propuestos a Jrushchov, a U Thant, a la OTAN y a los turcos.

Alrededor de las 07.20, el presidente regresó a la sala del gabinete. Aprobó el borrador de una nueva carta para Jrushchov. Estados Unidos ofrecía ahora las condiciones que el líder soviético, en privado, había decidido aceptar días antes. «Usted aceptaría retirar estos sistemas de armas de Cuba bajo la adecuada observación y supervisión de Naciones Unidas», escribió el presidente, «y se comprometería, con las salvaguardias apropiadas, a impedir la futura introducción de tales armas en Cuba». A cambio, el gobierno de Estados Unidos se comprometería a «(a) eliminar sin demora las medidas de cuarentena ahora en vigor, y (b) dar garantías de que no habrá una invasión de Cuba».

Kennedy también acordó con sus asesores que su hermano debía buscar reunirse de nuevo en secreto con Dobrynin, el embajador soviético, en su oficina del Departamento de Justicia, para entregarle una copia de esa

misiva. Para entonces, el ExCom había estado en sesión tres horas y media, y algunos de sus miembros, que ya no eran jóvenes, se encontraban cansados. El presidente, que estaba decidido a evitar la invasión mientras hubiera otra alternativa, dijo: «No podemos invadir Cuba, con todo el esfuerzo y la sangre que eso conllevaría, cuando podíamos haber sacado [los misiles soviéticos de la isla] haciendo un trato por los misiles que tenemos en Turquía. Si eso forma parte del historial, entonces no veo cómo vamos a tener una guerra buena». Una vez más, la disuasión estaba surtiendo efecto: el presidente, McNamara, McCone y otros habían empezado a dudar del bombardeo y la invasión de Cuba, no porque pensaran que esa medida fuera incorrecta desde un punto de vista moral, estratégico o político, sino porque creían que los defensores harían pagar un precio brutal a las fuerzas estadounidenses, y ello desconociendo aún la presencia de armas nucleares tácticas en la isla y sin tener en cuenta la guerra general que tal acción probablemente desencadenaría.

En ese punto la más larga de todas las reuniones del ExCom se disolvió. Antes de la reunión de Robert Kennedy con Dobrynin, el presidente convocó en el Despacho Oval a sus asesores de mayor confianza para debatir el mensaje verbal que debía transmitir el fiscal general (de la cita quedaron excluidos el vicepresidente Johnson y McCone, el director de la CIA, dos notables halcones). McNamara, Rusk y Bundy se unieron a los hermanos Kennedy. Fue idea de Rusk prometer a Jrushchov la retirada de los misiles turcos como un acto voluntario de Estados Unidos, con independencia del acuerdo sobre Cuba reconocido públicamente. Los hombres presentes en ese momento en el Despacho Oval serían los únicos estadounidenses que estarían al tanto de dicha promesa, que quedaría anulada de forma instantánea si los rusos la sacaban a la luz. Veinte minutos más tarde, alrededor de las ocho de la noche, se transmitió finalmente el mensaje personal de Kennedy a Jrushchov, mientras su hermano llevaba a su propio despacho la copia que debía entregar al embajador Dobrynin.

La carta del presidente, que el ExCom y Ted Sorensen habían escrito y reescrito a lo largo del día, comenzaba haciendo hincapié en lo urgente que era detener toda actividad en las bases de misiles en Cuba. Si los trabajos cesaban, decía Kennedy, la delegación de Estados Unidos en la ONU tenía instrucciones de empezar a trabajar en una solución permanente a la crisis con U Thant y el embajador soviético, «según las líneas de actuación propuestas en su carta del 26 de octubre». Eso significaba que todos los sistemas de armas ofensivas debían retirarse de Cuba bajo la observación y supervisión de la ONU. Por su parte, Estados Unidos levantaría de inmediato el bloqueo («las medidas de cuarentena») y daría «garantías de que no habrá una invasión de Cuba». Si ambos convenían en esto, Kennedy no veía ninguna razón para que los acuerdos no se formalizaran y anunciaran al cabo de dos días. Por otro lado, de alcanzarse esta solución, el presidente estaría dispuesto a iniciar conversaciones para el desarme más amplias: «Estados Unidos está muy interesado en reducir las tensiones y detener la carrera armamentística».

La reunión entre el fiscal general y el embajador soviético fue rígida y tensa. Robert Kennedy hizo hincapié en la escalada que representaba el derribo del U-2 y Dobrynin exigió que los estadounidenses dejaran de realizar vuelos de reconocimiento sobre Cuba. Kennedy rechazó esta idea de inmediato con el argumento de que esos vuelos eran indispensables para la seguridad de Estados Unidos. Le dijo que muchos de sus compatriotas, y no solo los militares, tenían «ganas de pelea». El tiempo se estaba acabando, le advirtió. Las decisiones se tomarían en las siguientes doce horas, veinticuatro máximo. Si las defensas cubanas disparaban desde tierra a los aviones estadounidenses, estos devolverían el fuego. Y respecto a las quejas del régimen de la isla por la violación de su espacio aéreo, añadió: «Si no hubiéramos estado violando el espacio aéreo de Cuba, seguiríamos creyendo lo que él, Dobrynin, y Jrushchov nos habían dicho: que no había allí misiles de largo alcance».

La ausencia continuada de instrucciones de Moscú mantenía al embajador con las manos atadas. Por tanto, por iniciativa propia, de forma abrupta, preguntó al estadounidense por los misiles turcos y la posibilidad de un intercambio. Kennedy había esperado la pregunta, y tenía lista la respuesta: si estos representaban el único obstáculo para un acuerdo, el presidente no los consideraba una dificultad insuperable. Sin embargo, debido al daño que ello podía causar a la OTAN, no se podía hacer ningún anuncio público. La oferta debía ser estrictamente confidencial, o se retiraría. El fiscal general insistió en lo importante que era cerrar el acuerdo pronto. El diplomático referiría que «estuvo muy nervioso a lo largo de toda la reunión ... fue la primera vez que le vi en tal estado ... No paraba de repetir que el tiempo apremiaba y que no debíamos desperdiciarlo». [22]

Robert Kennedy evocaría más tarde sus propias palabras: «Necesitábamos tener, como tarde para el día siguiente, el compromiso de que esas bases serían retiradas. Esto no es un ultimátum, dije, sino la declaración de un hecho ... Si ellos no retiraban esas bases, entonces las retiraríamos nosotros». El estadounidense urgió al embajador a darse prisa y contactar con Jrushchov, pues a menos que el líder soviético aprobara la propuesta en las próximas veinticuatro horas, las consecuencias serían «drásticas». El intercambio duró apenas quince minutos. Persisten algunas dudas sobre si en esa conversación Bobby Kennedy fue más allá de lo que su hermano había autorizado al advertir al Dobrynin de la inminencia de una acción militar de Estados Unidos. En cualquier caso, el informe sobre la conversación que luego el diplomático envió a Moscú fue, si no apocalíptico, sí en extremo alarmante para sus destinatarios. Antes de que el ruso abandonara el edificio, Kennedy le dio un número de teléfono para que contactara directamente con la Casa Blanca.

A las 20.40 el fiscal general estaba de regreso con su hermano. El presidente había nadado un rato y ahora estaba cenando con su ayudante Dave Powers. El recién llegado hizo un sombrío relato de su reunión con

Dobrynin, mientras Powers comía deprisa. «Dios mío, Dave», dijo el mandatario, «por la forma en que estás devorando el pollo y bebiéndote el vino, cualquiera pensaría que es tu última cena». Powers, sin sentirse avergonzado, replicó: «Por la forma en que Bobby ha hablado, pensé que lo era». Todas las noticias parecían malas. Zorin, el embajador de la URSS ante la ONU, se había negado a recibir el documento que establecía los límites exactos de la zona de cuarentena en el Atlántico, pues su país se negaba a reconocer la legitimidad de esa medida. Castro, por su parte, se había dirigido al pueblo cubano con otro discurso beligerante. Y, entre tanto, el Departamento de Defensa estaba lidiando con la redacción del comunicado sobre la respuesta de Estados Unidos al derribo del U-2 para una prensa que clamaba por él.

A las nueve de la noche, el ExCom volvió a reunirse. Dean Rusk informó de que la administración seguía sin conocer las intenciones del Kremlin. Se había acordado que al día siguiente la armada interceptaría, detendría y registraría el buque cisterna *Grozni*; la fuerza aérea dispararía a cualquier batería antiaérea o lanzador de misiles tierra-aire que tratara de impedir las labores de vigilancia, sin importar si eran cubanos o soviéticos. Cabía la opción de añadir la gasolina, el petróleo y los lubricantes (POL, por sus siglas en inglés) a la lista de cargamentos a los que se les negaba el paso a Cuba. McNamara instó a que no se autorizaran más sobrevuelos con los U-2, debido a su probada vulnerabilidad a los misiles tierra-aire. El presidente dijo que no quería que se disparara contra las defensas terrestres hasta el lunes. Se acababa de anunciar que Castro había invitado al secretario general de la ONU a visitar de inmediato Cuba y que la propuesta había sido aceptada. Los estadounidenses esperarían un tiempo prudencial para conocer el resultado de esa intermediación. Mientras tanto, Kennedy aprobó la petición de McNamara de movilizar 24 escuadrones de la Reserva Aérea, que aportaría los trescientos aviones de transporte de tropas que

serían necesarios para la invasión de Cuba. El mandatario estuvo de acuerdo en que las reservas navales también debían empezar a prepararse.

Al término de la reunión, la cinta grabó un intercambio entre el fiscal general y el secretario de Defensa:

—¿Cómo estás, Bob?

—Bien. ¿Y tú?

—Todo bien.

—¿Tienes alguna duda?

—No —dijo Robert Kennedy—. Creo que estamos haciendo lo único que podemos hacer, etcétera. Ya sabes.

—Creo, Bobby —le alentó McNamara— que la única cosa que debemos hacer seriamente antes de atacarlos es estar jodidamente seguros de que [los soviéticos] entienden que vamos a hacerlo ... En verdad tenemos que escalar esto ... Y luego hemos de tener dos cosas listas: un gobierno para Cuba, porque vamos a necesitar uno, después de ir allí con bombarderos. Y, en segundo lugar, planes sobre cómo responder a la Unión Soviética en Europa, porque es segurísimo que harán *algo* allí.

—Me gustaría recuperar Cuba. Eso estaría bien —dijo el fiscal general, bromeando solo a medias.

—Sí —aprobó una voz no identificada—: ¡quitémosle la isla a Castro! ... Llamad a todos los [agentes de la CIA] de la operación Mangosta.

Este último comentario provocó una serie de carcajadas.

Sin embargo, según Sorensen, el sentimiento imperante esa noche alrededor de la mesa, en medio del cansancio general, era el «rencor», eso y la profunda división entre quienes apoyaban el bombardeo y quienes seguían creyendo en la diplomacia: «En ese momento, el presidente estaba sometido a presiones tremendas para que aprobara la intervención militar». [23] McNamara reconocería luego que ese día «no estaba seguro de si volvería a vivir otro sábado por la noche».

Ese 27 de octubre hubo otras dos acciones de los estadounidenses que merecen ser destacadas, no porque tuvieran consecuencias significativas, pues no las tuvieron, sino porque subrayan la desesperanza que seguía reinando en la Casa Blanca, lo lejos que estaba el ExCom de confiar en que la resolución pacífica de la confrontación estuviera cerca. A través del embajador de Estados Unidos en Río, se envió al gobierno de Brasil un mensaje aprobado por el presidente y sus asesores. Los brasileños se habían ofrecido antes a servir como intermediarios entre Washington y La Habana, y ahora se los autorizaba a prometer a Castro que, si hacía que los soviéticos retiraran los misiles nucleares de su país, se permitiría el regreso de Cuba a la Organización de Estados Americanos. Cuando ese mensaje llegó a La Habana había dejado de ser relevante. Pero el hecho de que se enviara refleja que Kennedy seguía ansioso por explorar cualquier posible vía que ofreciera una salida a la crisis y, asimismo, que no acababa de estar convencido de que Moscú fuera a proporcionársela. [24]

La segunda acción de última hora fue un nuevo giro en el asunto del «trueque turco». Robert Kennedy había recibido instrucciones de insistir en la confidencialidad de esa propuesta cuando conversara con Dobrynin, y así lo hizo. Sin embargo, la administración también se reservó una ultimísima jugada, una que solo se conocería un cuarto de siglo después, cuando Dean Rusk la reveló en una carta dirigida a la conferencia sobre la crisis celebrada en Hawk’s Cay, Florida, en marzo de 1987. A instancias del presidente, el secretario de Estado telefoneó a Andrew Cordier, un ex alto funcionario de la ONU que para entonces se desempeñaba como decano de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad de Columbia en Nueva York. Rusk le dictó una declaración que Cordier debía transmitir a U Thant si así se le indicaba. El mensaje informaba al secretario general de la ONU de que en caso de que él propusiera abiertamente un intercambio de los misiles soviéticos en Cuba por los misiles estadounidenses en Turquía, Estados Unidos aceptaría este trato. En otras palabras, por razones de

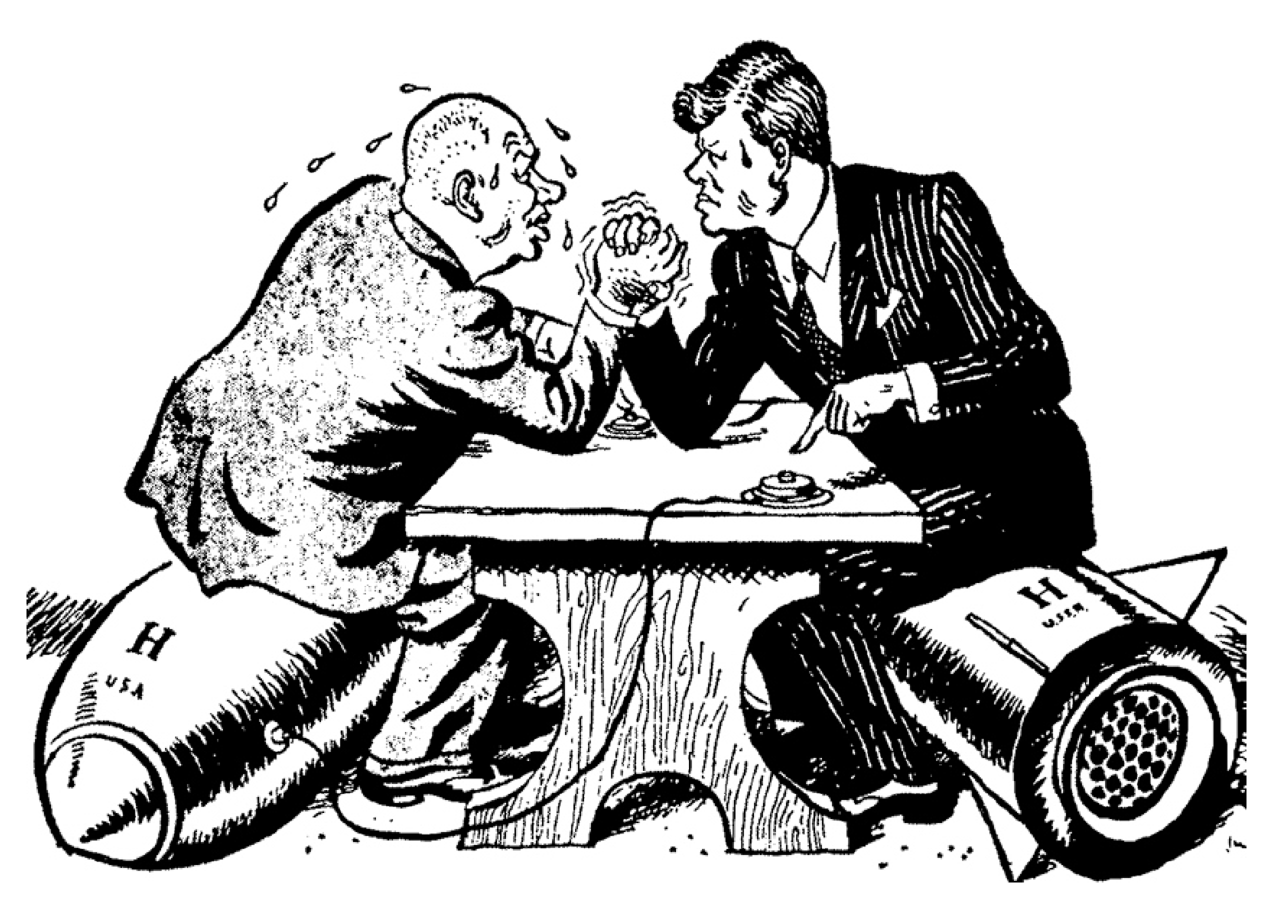
política interna, a Kennedy le preocupaba mucho que *no* se divulgara que estaba dispuesto a hacer una concesión sustancial a los soviéticos para conseguir que Jrushchov diera marcha atrás; sin embargo, si para preservar la paz global resultaba esencial revelar la propuesta, entonces esta podía hacerse pública siempre y cuando el secretario general de la ONU la presentara como suya. Esa conversación con Cordier no tendría consecuencias porque los acontecimientos harían innecesaria su intervención. Sin embargo, el hecho de que tuviera lugar evidencia la preocupación extrema que aún persistía en la Casa Blanca al final de la jornada del 27 de octubre.

Aunque la reunión del ExCom se interrumpió hasta el día siguiente, algunos funcionarios siguieron trabajando a lo largo de la noche en la preparación de los mensajes diplomáticos que se enviarían a la OTAN y a los embajadores de Estados Unidos en las capitales aliadas. Harold Macmillan envió una nota breve y sentenciosa: «La prueba de las voluntades está llegando a su punto culminante. El primer mensaje de Jrushchov, que por desgracia no se reveló al mundo, parecía en buena medida coincidir con su postura. El segundo, ampliamente difundido y redactado con astucia para añadir la propuesta sobre Turquía, fue un retroceso por parte de él. Ha tenido un impacto considerable. Ahora debemos esperar a ver qué hace Jrushchov».

Era un resumen poco original de las realidades reconocidas durante todo el día en la Casa Blanca, y no contribuyó en nada a aliviar los dilemas a los que se enfrentaba el presidente. Después de enviarlo, el primer ministro dedicó la noche del sábado y la mañana del domingo a juguetear con propuestas que causaron consternación a sus colegas del gabinete británico, pues pecaban de una falta de realismo absurdo: invitar a los líderes nacionales rivales a celebrar una cumbre en Londres en la que él mismo se imaginaba como árbitro. Disuadido por sus ministros de intentar esa ruta, al mediodía del domingo remitió una súplica insulsa a Jrushchov en la que le

instaba a aceptar las exigencias de Kennedy. Esta iba a ser la contribución final del Reino Unido a la crisis, y estaba en consonancia con la debilidad general demostrada hasta entonces por Macmillan, que era consecuencia de su consciencia de cuán poco entusiasmaba al pueblo británico la idea de convertirse en víctima de una guerra por Cuba.

Ese sábado por la noche en el Despacho Oval, los dos hermanos Kennedy hablaron a solas. El presidente caviló sobre su convicción de que los soviéticos no querían la guerra más que los estadounidenses, pese a lo cual los acontecimientos amenazaban con imponer un resultado que engulliría y destruiría a la humanidad. Él mismo estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar tal calamidad, lo que significaba ofrecer a los rusos todas las facilidades posibles para dar marcha atrás. Sabía que si los responsables de tomar las decisiones en Washington y Moscú se equivocaban, estarían acabando con las nuevas generaciones, a las que se privaría de la oportunidad de vivir sus vidas, de hacer sus propias elecciones y de decidir su destino. Descartar el relato que Robert Kennedy hace de esta conversación considerándolo demasiado teatral me parece equivocado. En lugar de ello, habría que admirarse ante el hecho de que Estados Unidos tuviera entonces un líder capaz de articular tales sentimientos y opiniones.



Caricatura de Leslie Gilbert Illingworth publicada en el *Daily Mail* el 27 de octubre de 1962.

Entre tanto, en Florida, la 5.ª Brigada Expedicionaria de la Infantería de Marina comenzó a abordar los barcos que la llevarían a la guerra. Mientras los marines se embarcaban, miles de temerosos habitantes de la zona tomaron sus coches para hacer el inútil gesto de conducir hacia el norte con el fin de poner la mayor distancia posible entre ellos y los misiles de Jrushchov. La ciudad de San Petersburgo, en la costa oriental del Estado, donde los turistas prácticamente habían desaparecido de las calles, se vio abarrotada de personal militar. El teniente general Jack Merrell, de la fuerza área de Estados Unidos, declaró después: «Llegamos al aeropuerto de Homestead y pensé que todo el extremo sur de Florida estaba a punto de hundirse. Había tantos soldados allí abajo preparándose ... Hablamos con algunas de las diferentes tripulaciones tácticas, que nos informaron acerca de la misión, cuáles era sus objetivos y qué iban a hacer. De hecho, en ese

momento parecía que pudiera ser mañana, literalmente, al día siguiente, y todos tenían sus objetivos asignados. Nos informaron de cómo iban a identificar esos blancos y cómo descenderían para lanzar las bombas sobre el objetivo».

En Homestead, así como en otras bases, los aviones se armaron, desarmaron y volvieron a armarse en repetidas ocasiones, unas veces con bombas, otras con napalm, a medida que los planes que definían sus objetivos cambiaban o se refinaban. La fuerza aérea descubrió con vergüenza que parte del material incendiario llevaba demasiado tiempo almacenado y se había echado a perder cuando, en una demostración, algunas descargas causaron apenas un pequeño estallido, en lugar de arder. La mayoría de los catorce mil reservistas de la fuerza aérea llamados al servicio activo llegaron para unirse a sus escuadrones, pero algunos prefirieron no presentarse. Se desplegaron decenas de baterías antiaéreas para proteger los aeródromos de Florida de posibles ataques aéreos soviéticos o cubanos. Casi un centenar de buques de guerra de la armada surcaban las olas del Atlántico y el Caribe, con las tripulaciones preparadas para el combate o la invasión.

El presidente, que no tenía prisa por irse a la cama, se sentó a ver *Vacaciones en Roma*, con Gregory Peck y Audrey Hepburn, en compañía de Dave Powers. Antes de eso, Powers había aprovechado la ausencia de Jackie Kennedy para introducir en la mansión a Mimi Beardsley, una estudiante del Wheaton College y becaria de la oficina de prensa de la Casa Blanca.[25] Su escasa destreza como mecanógrafa no había sido impedimento para el desempeño de su verdadera función como una de las amantes adolescentes del mandatario. Aunque Beardsley dice que charló con Kennedy esa noche, lo encontró comprensiblemente serio y preocupado, y no tuvieron relaciones. Incluso el implacable priápico JFK tenía muchas otras cosas en las que pensar ese día. La joven de diecinueve años, según su propio testimonio, durmió en la habitación de al lado

mientras los dos hombres veían la película. Aquella noche, en medio del persistente silencio de Moscú, muchos de los responsables de la política estadounidense pensaban que era muy probable que al día siguiente sus fuerzas tuvieran que abrir fuego contra los soviéticos en el mar y atacar las defensas antiaéreas cubanas y soviéticas en tierra, con consecuencias incalculables.

Jrushchov, para quien el domingo ya había comenzado, se encontraba entonces en la residencia en la colina de Lenin. Había convocado al Presídium para una reunión matutina en una casa de invitados del gobierno cerca de allí, y les propuso a su esposa e hijo que fueran a la dacha familiar en el campo, donde él se reuniría con ellos cuando acabara ese compromiso. Sin embargo, a la una de la mañana le llamaron desde el Kremlin para darle la noticia del histriónico mensaje de Castro, así como su advertencia de que la invasión estadounidense podía producirse en cuestión de horas. En varias ocasiones, el líder soviético interrumpió a quien le leía la carta a través del teléfono para pedir que le repitiera algunos pasajes clave. Fue esta conversación la que le llevó a concluir (o, al menos, la que le hizo sostener a partir de entonces) que su aliado cubano exigía que la Unión Soviética lanzara un ataque nuclear preventivo contra Estados Unidos. Sin haberse enterado aún del derribo del U-2 anunciado por el Pentágono esa noche, Jrushchov quedó sumamente alarmado. Y así, en la madrugada de ese domingo, comenzó a pensar y actuar con un reconocimiento de la urgencia de la situación que había estado ausente de sus deliberaciones y palabras incluso unas horas antes.

Tanto Robert Kennedy como el embajador Dobrynin afirmarían después que la reunión que habían mantenido la noche anterior, en la que se planteó el intercambio turco, sería el punto de inflexión de la crisis. Jrushchov respaldó esa versión en sus memorias, porque apoyaba sus propias declaraciones de que, antes de ceder en Cuba, había obtenido la promesa de que Estados Unidos retiraría los misiles que tenía en Turquía. Lo cierto, sin

embargo, es que otras fuentes demuestran con claridad que antes de que el cable de su embajador en Washington llegara a Moscú más tarde ese domingo, el líder soviético había hecho ya su elección, la única elección sensata, entre la paz y la guerra.

14

Desenlace

1. El tiempo se agota

La mañana del domingo 28 de octubre comenzó en Estados Unidos con una alarma electrizante. Justo antes de las nueve, el radar de alerta temprana «Falling Leaves» de Moorestown, Nueva Jersey, detectó el lanzamiento de un misil balístico desde Cuba. El operador a cargo del radar telefoneó de inmediato al mando del NORAD en Colorado Springs para avisar que el impacto tendría lugar a las 9.02, a unos treinta kilómetros al oeste de Tampa, Florida. Se alertó al SAC. El personal que se encontraba de servicio soportó minutos de angustiosa espera hasta que se informó de que no se había producido ningún impacto o, al menos, que ninguna cabeza nuclear había hecho explosión. Entonces desde Moorestown volvieron a ponerse en contacto con el NORAD: la alarma se había disparado cuando sus operadores pusieron una cinta de prueba que simulaba un ataque, justo en el momento en que otro radar localizaba un satélite. [1]

Mientras tanto, en Moscú, el mariscal Malinovski informó a Jrushchov de que el día anterior se habían producido «ocho violaciones del espacio aéreo cubano por parte de aviones estadounidenses», uno de los cuales, el U-2 del comandante Anderson, había sido derribado «con el objetivo de no permitir que las fotografías cayeran en manos de Estados Unidos». Incluso

para los estándares habituales del Kremlin, esta era una justificación poco convincente. Como los rusos sabían bien, los estadounidenses ya tenían abundantes imágenes de las instalaciones soviéticas en Cuba, y las tomadas el día 27 no habrían cambiado nada. Además, la información llegaba de nuevo con excesivo retraso a Moscú, sobre todo tratándose de un acontecimiento en el «campo de batalla» que habría podido resultar crítico: el líder de la URSS conoció el trascendental derribo dieciséis horas después de que se hubiera producido. Se envió una reprimenda formal a Plíyev por haberse extralimitado (o, más bien, por haber sido con su pasividad cómplice de las acciones de sus subordinados).

Jrushchov conjeturó con acierto que los oficiales al mando de la red de defensa área soviética habían dejado que los cubanos les contagiaran su creencia en que la guerra era inminente. «Parece probable», escribió Mac Bundy en 1988, «que el derribo de Anderson ... una fuerte conmoción ... contribuyera poderosamente a convencer a Jrushchov de que debía alejarse del peligro. Reconocer y honrar el papel de Anderson en ese resultado es un mejor tributo a su memoria de lo que podría haber sido cualquier acción de venganza». El asesor de seguridad nacional tenía casi con toda seguridad razón al señalar que el derribo del U-2 hizo que el líder soviético llegara a la siguiente reunión del Presídium en extremo alarmado, más aún, ansioso por encontrar y asegurar el modo de escapar del borde del abismo.

Hacia mediodía, mientras en Washington a quienes habían podido conciliar el sueño aún les quedaban horas para recuperar la conciencia, los líderes de la URSS se reunieron en la casa de invitados del gobierno en Novo-Ogaryovo, al oeste de Moscú; el edificio, con una imponente fachada de columnas neoclásicas, había sido construido en 1954 siguiendo el diseño de la hija arquitecta de Gueorgui Malenkov, que lo había usado como residencia campestre hasta su caída en desgracia. La reunión tuvo lugar en el gran comedor, alrededor de una mesa cubierta con un paño blanco y poblada de las coloridas carpetas con documentos de inteligencia y defensa

(las había rojas, rosas, verdes y grises). Ante cada uno de los miembros del Presídium había una pila de mensajes e informes, recién entregados por los mensajeros del Kremlin. También estaban presentes Malinovski y un puñado de funcionarios, 18 hombres en total.

Jrushchov, que llegó tras un recorrido de diez minutos desde su propia dacha a las afueras de la capital, empezó hablando durante una hora. Informó a la asamblea sobre los últimos intercambios con Washington. El ambiente en la sala era «electrizante», según el testimonio de Oleg Troianovski. El primer secretario «era muy consciente, al igual que todos nosotros, de que en la situación que había surgido, en la que los nervios [en ambos bandos] se habían tensado al máximo, una sola chispa podía causar una explosión». La noche anterior, el líder había anunciado a esos mismos hombres su intención de hacer un trato con Kennedy a cambio de la retirada de los misiles turcos. Ahora, sin embargo, les pidió que aprobaran un acuerdo sin el cumplimiento de esa condición. Comparó su situación con la de Lenin hacia el final de la primera guerra mundial: «Hubo un tiempo en el que avanzamos, como en octubre de 1917. Pero en marzo de 1918 tuvimos que retroceder, tras la firma del tratado de Brest-Litovsk con Alemania. Esa decisión fue dictada por nuestros intereses: teníamos que salvar el orden soviético. Ahora nos encontramos ante la amenaza de una guerra y de una catástrofe nuclear, como resultado de la cual la civilización humana podría perecer. Para salvar a la humanidad, debemos retroceder. Os he convocado para escuchar vuestro consejo y saber si estáis de acuerdo con esa decisión». Los presentes reconocieron la urgencia, en particular a la luz de los informes de la estación de la KGB en La Habana, que, haciéndose eco de Castro, sostenían que el asalto estadounidense era inminente. Con todo, Jrushchov aún no había renunciado a ostentar reciedumbre y reafirmó el compromiso de la Unión Soviética a lanzar una devastadora represalia, si la isla era en verdad invadida.

Para preservar su propio poder y dignidad, hizo hincapié en que, una vez alcanzado el acuerdo, Castro estaría a salvo, pues Estados Unidos se comprometería de manera oficial a no realizar más operaciones militares contra Cuba. Sin embargo, que presentara eso como una gran victoria soviética no impresionó a nadie en la mesa, pues al mismo tiempo reconoció de forma explícita que la operación Anádir quedaba abortada; los misiles balísticos desplegados en la isla volverían a la URSS. Troianovski refiere que cuando el presidente concluyó sus comentarios únicamente hablaron Mikoyán y Gromiko: «Los demás prefirieron permanecer en silencio, como si dieran a entender que “fueron ustedes los que nos metieron en este embrollo, ahora salgan de él”».

Aunque algunos de los presentes hervían íntimamente de rabia contra Jrushchov por la humillación, desde su punto de vista, que estaba a punto de infligir a la URSS, todos se plegaron a la inevitabilidad del resultado. El Presídium ya había aprobado la decisión de retirar los misiles de Cuba, cuando Troianovski recibió una llamada telefónica. Era para informarle de que se había recibido un telegrama de Dobrynin acerca de su último intercambio con Robert Kennedy, que el embajador describió a Moscú como un ultimátum. El tiempo se agotaba: los jefes del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos clamaban por la guerra. Con todo, el hermano del presidente también prometía que se retirarían los misiles turcos.

Poco después de que Troianovski regresara para informar de las novedades al Presídium, leyendo en voz alta las notas que había garabateado, el general Ivanov, el secretario del Consejo de la Defensa, también tuvo que atender una llamada. Volvió para decir que la inteligencia militar se había enterado a través de sus fuentes en Washington de que el presidente Kennedy iba a dirigirse de nuevo al pueblo estadounidense a las cinco de la tarde, hora del este de Estados Unidos. Todos los asistentes dieron por sentado que eso significaba que el mandatario se disponía a

anunciar la invasión de Cuba o, como mínimo, un ataque aéreo contra los emplazamientos de los misiles.

Esa información era falsa (otro torpe error de los servicios de inteligencia soviéticos: no se programó ningún discurso presidencial, sino una repetición del transmitido el 22 de octubre para aquellos espectadores que no habían podido verlo el lunes). La noticia, sin embargo, galvanizó aún más a Jrushchov y a sus colegas, que dieron por hecho que estaban trabajando contrarreloj. Ahora era el líder soviético quien llevaba el cuchillo de madera a la cacería de osos, la burda figura retórica que con tanta gracia había empleado ante sus colegas a principios de esa semana. «Camarada Gromiko», dijo Jrushchov al ministro de Asuntos Exteriores, «no tenemos derecho a correr riesgos. Una vez que el presidente anuncie que habrá una invasión, no podrá dar marcha atrás. Tenemos que hacer saber [al presidente] Kennedy que queremos ayudarle». Se ordenó al Ministerio de Asuntos Exteriores que de inmediato enviara un telegrama a Dobrynin con instrucciones de que informara al hermano del mandatario de que el acuerdo propuesto sería aceptado.

Según Jrushchov, fue solo ese domingo por la mañana, mientras su equipo trabajaba en el borrador de la carta oficial a Kennedy, que en aras de la premura sería transmitida por Radio Moscú, cuando se le informó de la misiva que Castro le había dirigido y en la que parecía exigir que la URSS lanzara un primer ataque nuclear contra Estados Unidos en caso de que se invadiera Cuba. «Cuando se nos leyó», escribió en sus memorias, «nos miramos en silencio durante un largo rato». Más tarde se reprendería a Aleksandr Alekseev por haber participado en la redacción de la carta del líder cubano. Independientemente de si la intención de Fidel era o no insinuar que su destinatario debía usar el armamento nuclear de la URSS para defender el régimen cubano, no hay duda de que veía en un enfrentamiento con Estados Unidos una oportunidad gloriosa, una visión

que pocos habitantes del planeta podían compartir, y ninguno de ellos estaba sentado ese día en la mesa de Novo-Ogaryovo.

De repente, Jrushchov se encontró enfrentado cara a cara no solo con los estadounidenses, sino también con el agreste revolucionario latinoamericano al que había elegido abrazar. Dos días más tarde, le diría al líder comunista checo Antonín Novotný: «Nos quedamos por completo pasmados. Está claro que Castro no tiene ni idea de lo que es una guerra termonuclear. Después de todo, si hubiera estallado la guerra, Cuba habría sido la primera en desaparecer de la faz de la tierra. Al mismo tiempo, es igualmente claro que con un primer ataque hoy es imposible garantizar que el adversario estará fuera de la lucha ... Solo una persona que no tiene idea de lo que significa la guerra nuclear, o que se encuentra cegada por la pasión revolucionaria, como le ocurre a Castro, puede hablar así». [2]

Jrushchov entendió que tenía ante sí un nuevo reto, particularmente espinoso: comunicar a La Habana una noticia que Castro sin duda percibiría como una traición y evitar la enorme vergüenza que supondría para la URSS que los cubanos la acusaran de haber traicionado su Revolución. El líder soviético optó por abordar el problema anunciando al mundo la decisión de la retirada de los misiles antes de informar al anfitrión caribeño de estos. Alekseev diría más tarde: «Todavía no puedo entender por qué Jrushchov no había informado a Castro de la posibilidad de que decidiera retirar los misiles. Sin embargo, lo más probable es que lo hiciera porque sabía lo inflexible que era Fidel; era consciente de que él no estaría de acuerdo con la decisión y de que, por tanto, iba a perderse mucho tiempo» mientras los cubanos discutían la cuestión con Moscú.

Una característica clave de la crisis fue que las comunicaciones entre Washington y Moscú avanzaban a paso de tortuga, obstaculizadas por la burocracia, las limitaciones tecnológicas y los requisitos de cifrado y descifrado, a lo que había que sumar la entrega física de los mensajes a sus destinatarios en el Kremlin, la embajada soviética, el Departamento de

Estado y la Casa Blanca. A estas alturas, Jrushchov ya era plenamente consciente de todo esto. Troianovski escribió: «Ese último día había una gran conmoción y tensión nerviosa en Moscú, donde se recibían informes alarmantes procedentes de Washington y La Habana. El tiempo parecía agotarse». [3] El mismo Jrushchov contaría, en su conversación con Novotný: «Teníamos que actuar con gran rapidez. Por eso incluso utilizamos la radio para contactar con el presidente, pues los otros medios podían haber sido demasiado lentos. Esta vez estábamos en verdad al borde de la guerra». [4]

Se alertó a Radio Moscú de que pronto recibiría un importante boletín. Se llamó al locutor Yuri Levitán, que estaba en su casa, para que fuera a los estudios y leyera el texto en antena. Sin embargo, en un momento en que la velocidad podía ser una cuestión de vida o muerte para toda humanidad, la limusina negra Chaika del gobierno que llevaba el mensaje de Jrushchov al edificio de la radio primero se extravió y luego se retrasó debido al tráfico. No es difícil imaginar las destempladas escenas en el interior del vehículo entre el conductor y el mensajero elegido por el Presídium, Leonid Ilichev, el responsable de la comisión de ideología del Comité Central. Cuando este *apparátchik* por fin entró en el edificio, uno de los seis vetustos ascensores del vestíbulo le estaba esperando para llevarlo directamente al estudio. Sin embargo, mientras subía, el aparato se detuvo con brusquedad y quedó varado entre dos plantas. Como era domingo, no había ningún maquinista de servicio. El desdichado Ilichev trató de entregar el documento al personal de la emisora a través de las puertas del ascensor, que se habían quedado atascadas, pero los gruesos sellos de cera lo hicieron imposible y el sobre se desgarró. Entonces, de forma tan repentina como inexplicable, el ascensor volvió a ponerse en marcha y llevó a Ilichev al estudio. Levitán, cuya profunda voz le había convertido en el portavoz favorito de Stalin, hizo su histórica emisión. [5]

El pasaje crítico de la misiva de Jrushchov a Kennedy que entonces se leyó al mundo decía: «He recibido su mensaje del 27 de octubre de 1962.

Expreso mi satisfacción y gratitud por el sentido de la proporción que ha demostrado y la comprensión de la responsabilidad que tiene en la actualidad para la preservación de la paz en todo el mundo. Comprendo muy bien su preocupación y la preocupación del pueblo de Estados Unidos en relación con el hecho de que las armas que usted califica como “ofensivas” son, de hecho, armas nefastas ... Con el fin de completar con mayor rapidez la liquidación del peligroso conflicto para la causa de la paz, para infundir confianza a todas las personas que anhelan la paz y para calmar al pueblo estadounidense, que, estoy seguro, desea la paz tanto como el pueblo de la Unión Soviética, el gobierno soviético, además de las instrucciones dadas con antelación sobre el cese de los trabajos de construcción en los emplazamientos de las armas, ha emitido una nueva orden para el desmantelamiento de las armas que usted describe como “ofensivas” y su embalaje y devolución a la Unión Soviética».

Ese domingo Malinovski envió a Plíyev, en Cuba, dos telegramas que, no cabe duda, obedecían a una orden de Jrushchov y acaso habían sido dictados por él: «Pensamos que usted se precipitó al derribar el avión de reconocimiento U-2 de Estados Unidos; en ese momento estaba emergiendo un acuerdo para evitar, por medios pacíficos, el ataque contra Cuba ... Hemos tomado la decisión de desmantelar los R-12 y retirarlos. Comience a aplicar esta medida. Confirme el recibo». «Además de la orden de no utilizar los [misiles tierra-aire] S-75, se le ordena no utilizar los aviones de combate para evitar choques con las aeronaves de reconocimiento de Estados Unidos.» Además, el general recibió instrucciones de que cuando U Thant y el resto de la delegación de la ONU llegaran a Cuba en su inminente misión de paz, debía permitírseles visitar los emplazamientos de los misiles soviéticos para que confirmaran que se estaban desmantelando.

No resulta difícil comprender el enfado y el resentimiento de los altos mandos soviéticos que leyeron esos mensajes en Cuba. Ninguno había pedido ser destinado al Caribe, y menos el enfermizo Plíyev. Habían

trabajado con gran esfuerzo, en un entorno extraordinariamente hostil, en medio de una población rebelde y alborotada, cumpliendo con unas órdenes que les exigían, en esencia, prepararse para un enfrentamiento armado con Estados Unidos. Ahora, sin embargo, se les decía que todo ese trabajo y todas las penalidades que habían soportado a lo largo de ese tiempo no habían servido para nada. Iban a retirarse sin gloria y con escaso honor, aunque quizá los más reflexivos apreciaran el valor que tenía la nueva garantía de la inviolabilidad de Cuba otorgada por Kennedy. En 1988, Mac Bundy escribiría que Jrushchov «había salvado mucho del naufragio de su audaz aventura».[6] Es posible asimismo que algunos rusos vieran con gratitud el hecho de haberse librado de la amenaza de incineración que pendía sobre ellos. No obstante, en aquellos días de octubre había pocos en la isla que pensaran así.

Las autoridades navales soviéticas enviaron otro mensaje a sus barcos en la región, lo que hizo que las naves de la armada estadounidense en el Atlántico occidental informaran antes del amanecer sobre la situación del buque cisterna *Grozni*, que se dirigía a la línea del bloqueo con su carga de amoníaco: «Contacto detenido desde las 0430». Poco después de las nueve de la mañana en Washington, por la tarde en Europa, el contenido de la emisión de Radio Moscú empezó a repiquetear en los teletipos de las agencias de noticias de todo el mundo. El presidente leyó las palabras que prometían evitar la guerra mientras se preparaba para salir de la mansión de la Casa Blanca para asistir a misa. «Me siento como un hombre nuevo», le dijo a Dave Powers. Bundy comentaría: «Era una mañana muy hermosa y de repente se había vuelto más hermosa todavía».[7]

En el Pentágono, los jefes de las fuerzas armadas se negaron a creer una palabra y enviaron un mensaje al presidente: «El JCS [Estado Mayor Conjunto, por sus siglas en inglés] interpreta la declaración de Jrushchov, junto con el fortalecimiento militar [en Cuba], como un esfuerzo encaminado a retrasar la acción directa de Estados Unidos mientras prepara

el terreno para el chantaje diplomático». Los jefes pidieron a Kennedy que ordenara un ataque aéreo completo contra Cuba para el día siguiente, como paso previo a la invasión. Maxwell Taylor transmitió puntualmente esa recomendación, pero no sin decirle a McNamara que él mismo disentía de la opinión de los jefes. Curtis LeMay no se molestó en esconder la furia que le produjo el hecho de que el bello programa de ataques aéreos de la USAF, diseñado para devastar Cuba, hubiera pasado a ser superfluo de un plumazo. Mientras el secretario de Defensa, que había dormido en el Pentágono desde el comienzo de la crisis, se esforzaba por calmar a los mandos de los distintos servicios, todos, con excepción de Taylor, seguían insistiendo en que el mensaje del Kremlin era una treta para ganar tiempo y poder ocultar los misiles. Robert Kennedy observaría con cierto desdén: «La reacción del almirante Anderson a la noticia fue "nos han engañado". Eso hizo que el presidente, agotado, dijera: "Los militares están locos. Es una suerte que tengamos allí a McNamara"». [8]

El fiscal general había comenzado la mañana llevando a sus hijas a un espectáculo ecuestre en la Armería de la Guardia Nacional en Washington D. C., en cumplimiento de una promesa que llevaba largo tiempo haciéndoles. Fue allí donde recibió la llamada de Dean Rusk que le informó de la noticia. El fiscal general se dirigió en el acto a la Casa Blanca, donde se enteró de que Anatoli Dobrynin solicitaba reunirse con él, de modo que partió de nuevo rumbo a su despacho en el Departamento de Justicia. Allí, el embajador soviético le dijo que Jrushchov le había pedido que transmitiera sus mejores deseos a los dos hermanos Kennedy.

Bobby regresó a la Casa Blanca, para compartir con el presidente el alivio abrumador que todos sentían en esos momentos. Cuando se disponía a salir del Despacho Oval, JFK le ofreció otra de sus características ocurrencias ingeniosas, en extremo dolorosa a la luz de lo que sucedería trece meses después. Recordando a Lincoln, el mandatario dijo: «Esta es la noche en que debería ir al teatro». Y su hermano contestó: «Si vas, quiero ir

contigo».[9] Tras despedirse, el presidente se sentó a escribir una carta de condolencia a Jane Anderson, la viuda del piloto del U-2 derribado.

A las 11.10 el ExCom se reunió de nuevo en un ambiente de euforia. Dean Rusk recordó que ocho días antes el presidente había comentado con ironía que, fuera cual fuera la línea de actuación que adoptaran, quienes la hubieran defendido acabarían lamentándolo, pero que ahora, en su opinión, había «cierta gratificación para las líneas de actuación defendidas por todos, excepto [por quienes proponían] no hacer nada». Bundy apuntó que, después de días en los que unos habían sido halcones y otros palomas, este era el día de las palomas. El presidente instó a sus asesores a mostrarse prudentes en sus declaraciones públicas. La cuarentena cubana seguiría en vigor hasta que todas las demás cuestiones hubieran quedado resueltas: «No debía concederse ninguna entrevista ni ofrecerse ninguna declaración reivindicando cualquier clase de victoria ... Si había habido un triunfo, era un triunfo para la próxima generación, no para ningún gobierno o nación en particular».

Cuando la reunión se disolvió poco después del mediodía, tras una sesión que duró menos de una hora, Kennedy telefoneó de forma sucesiva a los tres expresidentes vivos de Estados Unidos para comunicarles la noticia, con su hermano a la escucha. Eisenhower preguntó con cautela: «¿Puso [Jrushchov] alguna condición de cualquier tipo?». Kennedy dijo, apartándose de la verdad: «No, salvo en lo referente a la invasión de Cuba... [Aunque] mi opinión es que, a finales del mes que viene, vamos a estar en un mano a mano en Berlín». Harry Truman dijo con generosidad: «Estoy muerto de la dicha por la forma en que salieron las cosas». Herbert Hoover dijo: «Me parece que estos recientes acontecimientos son bastante increíbles ... Esto constituye un gran triunfo para usted». Después de eso el mandatario dejó Washington para reunirse con su esposa e hijos en Glen Ora, la casa de campo en Middleburg, Virginia, que la familia había alquilado como residencia de fin de semana.

En Novo-Ogaryovo, una vez que se hubo enviado la carta a Radio Moscú, Jrushchov, que hasta entonces había lucido un semblante sombrío, recobró el ánimo y abrió las puertas del salón en el que se había celebrado la sesión para pedir a los lacayos que aguardaban fuera que sirvieran el almuerzo. El jefe del servicio disculpó al personal por el retraso, señalando que no habían podido poner la mesa. Los miembros del Presídium abandonaron sus sillas para que pudieran hacerlo y charlaron informalmente mientras esperaban a que se sirviera la comida. Serguéi Jrushchov escribió: «El ambiente cambió por completo, de la forma en que lo hace cuando el sol sale después de una tormenta». [10] La familia había estado esperando a Nikita Serguéyevich en su dacha, a diez minutos en coche de la casa de invitados en la que estaba reunido el Presídium. Almorzaron sin él; no se enterarían de lo que había hecho hasta que escucharon la noticia en el boletín de las cinco de la tarde.

Una vez que los miembros del Presídium escucharon la emisión de Radio Moscú, Jrushchov dijo de repente, en un insólito eco de las palabras de Kennedy a su hermano: «¿Por qué no vamos al teatro? Le demostraremos al mundo entero que no hay nada que temer». [11] Como de costumbre, nadie discrepó. ¿Qué se presentaba en el centro? Alguien anotó que esa noche era la última función de un conjunto búlgaro que estaba de visita. «Qué bien», dijo el primer secretario: «vamos a ver a los búlgaros». Eran casi las seis de la tarde, de modo que apenas tuvo tiempo de pasar brevemente por su dacha para cambiarse de camisa antes del espectáculo.

Ese domingo por la noche, Harold Macmillan era un hombre desconcertado y exhausto. El primer ministro escribe en su diario: «Imposible describir lo que ha estado sucediendo en esta batalla de hora en hora ... La oferta turca planteada a Jrushchov era muy peligrosa ... La prensa hoy ... fue horrible. Era como Múnich [1938] ... Durante toda la noche del sábado, la tensión continuó ... Mientras terminábamos de almorzar, llegó la noticia (a través de la radio) de que los rusos habían

cedido. Para empezar, reconocen la presencia de los misiles balísticos (que hasta ahora los comunistas negaban y que todos los buenos compañeros de viaje en todos los países ponían en duda)». [12] El líder británico se refería aquí a las multitudes de manifestantes que no se limitaban a culpar a Estados Unidos por su respuesta a la crisis, sino que además se habían tragado las mentiras de Moscú, que insistía en negar la realidad de la amenaza. En un primer momento, a Macmillan le resultaba difícil dar crédito al resultado: «una retirada completa (*si* mantienen su palabra)». Ese escepticismo estaba al menos en parte justificado. El presidente Kennedy no informó a los británicos (y, de hecho, tampoco a ningún otro aliado) de su promesa privada de retirar los misiles desplegados en Turquía.

Una curiosa sensación de decepción, de anticlímax, por bienvenido que fuera, se apoderó de quienes se encontraban en los aposentos de Macmillan en la Casa del Almirantazgo. Después de que sus ministros y asesores principales se hubieran marchado a casa, el primer ministro dijo al pequeño grupo de íntimos que le acompañaban: «Es como en las bodas cuando lo único que queda por hacer es acabarse el champán e irse a dormir». [13] En Nueva York, el veterano corresponsal de *CBS News*, Charles Collingwood, dijo a millones de espectadores a lo largo y ancho del país: «Este día tenemos todas las razones para pensar que el mundo ha escapado de la más terrible amenaza de un holocausto nuclear desde la segunda guerra mundial». La carta de Jrushchov al presidente de Estados Unidos, dijo, representaba una «humillante derrota para la política soviética».

Mientras que tanto la Casa Blanca como el Kremlin se sentían razonablemente seguros de que el final de la crisis estaba a la vista y de que la amenaza del Armagedón se había evaporado, muchas personas normales y corrientes seguían teniendo miedo. En Londres, el *Times* del 29 de octubre publicó un artículo que reconocía que quizá lo peor había pasado, pero, con una notable cautela, se negaba a dar por sentadas las buenas noticias. En otro lugar, el prestigioso columnista Murray Kempton escribía

desde Nueva York: «Había muchos indicios, y sigue habiéndolos, de que el presidente se encuentra sometido a una gran presión para que invada Cuba y acabe con el problema de una vez. Europa debe recordar que en Estados Unidos no hay un partido pacifista [similar a los movimientos antinucleares europeos]. Rara vez hay un partido pacifista en cualquier nación en medio de una crisis como la de la última semana».[14] Kempton temía que los sucesos de octubre llevaran a algunas fuerzas en Estados Unidos a concluir que la única manera de lidiar con los soviéticos era adoptar una posición inflexible «siempre que sea posible confrontarlos de forma directa».

En una carta personal dirigida al presidente, David Ormsby-Gore escribió: «Estoy henchido de admiración ante la espléndida manera en que has gestionado los tremendos acontecimientos de la crítica semana que acabamos de vivir. Felicitaciones».[15] Walter Lippmann aplaudió la forma en que Kennedy había «reducido sus objetivos a los que su poder le permitía alcanzar», y usado luego ese poder para asegurar su consecución.[16] Una semana después, Iverach McDonald, el director de la sección internacional del *Times*, y Lippmann comieron en Londres con lord Home, el secretario de Exteriores. En una vena similar a la del presidente estadounidense, el ministro británico se pronunció en esa ocasión contra cualquier exhibición de triunfalismo por parte de Occidente, y añadió: «Lo más aterrador de todo esto es que Jrushchov pudiera haber cometido un error de cálculo tan espantoso. Lo que significa que, la próxima vez, su metedura de pata podría causar una guerra».[17] El *Spectator* estaba de acuerdo: «Una de las lecciones más sorprendentes de todo el asunto ha sido la visión que nos ha proporcionado de la calidad de los dirigentes soviéticos».[18] El editorial calificaba la conducta del Kremlin como «aventurerismo superficial e irresponsable ... Fue el maquiavelismo campesino de baja estofa, la calidad mental del timador y el jugador ordinarios, lo que sorprendió incluso a aquellos de nosotros que nunca hemos atribuido a los rusos un gran sentido común».

En Francia, el comentario de *Le Monde*, titulado «Un giro inesperado de los acontecimientos», expresaba asombro ante el hecho de que apenas veinticuatro horas después de que Moscú hubiera lanzado su propuesta de intercambio, «el señor Jrushchov sencillamente se plegó a los términos y condiciones del señor Kennedy ... Uno se queda con la sensación de que no tenía elección. Sin embargo, persisten graves dificultades. El tono del señor Fidel Castro contrasta con el del señor Jrushchov».[19] El editorial de *The Economist* del 3 de noviembre se asombraba de lo completa que era la retractación soviética y elogiaba con efusividad la forma en que Kennedy había jugado sus cartas. Ese entusiasmo contrastaba con la desconfianza en el buen juicio de los estadounidenses que tan a menudo encontraba voz en las páginas del semanario. Por otro lado, la revista daba un «crédito ilimitado» al presidente por su promesa de no emprender más acciones militares contra Cuba. La mayoría de los británicos consideró esto una demostración de sabiduría, con independencia de la necesidad de ofrecer un trato a los soviéticos. La posibilidad de una guerra global por la isla de Castro les horrorizaba.

Por su parte, la mayoría de los compatriotas de Kennedy, incluso aquellos que no estaban impresionados por otras cosas que había hecho o dejado de hacer desde enero de 1961, aplaudieron su gestión de la crisis. El índice de aprobación del mandatario, medido por Gallup, alcanzó un espectacular 74 % (dos meses antes era del 63 %). En las elecciones legislativas celebradas el 6 de noviembre, en contra de la tendencia histórica de la mayoría de los comicios de mitad de mandato, los demócratas reforzaron su dominio del Senado, ganando cuatro escaños más, y aumentaron su porcentaje del voto popular en la Cámara de Representantes, a pesar de perder un escaño.

Algunos de los miembros de la élite militar estadounidense también elogiaron la gestión de la crisis por parte de la administración. El general de división Robert Breitweiser, el jefe de inteligencia de la fuerza aérea, dijo:

«Creo que se llevó a término con bastante habilidad. El enfrentamiento cara a cara en el que los buques de suministro soviéticos dieron media vuelta en el último minuto fue una demostración excelente de mantener la firmeza sin exageraciones». [20] Sin embargo, esta fue una opinión minoritaria en las fuerzas armadas. La mayoría de los camaradas de Breitweiser deploraron el resultado y continuaron lamentando en voz alta que Kennedy no hubiera aprovechado lo que se percibía como una oportunidad para humillar tanto a los soviéticos como a los cubanos. Curtis LeMay dijo: «Habríamos conseguido sacar de Cuba no solo los misiles, sino también a los comunistas ... En mi opinión, no había ninguna posibilidad de que fuéramos a la guerra con Rusia porque teníamos una capacidad estratégica abrumadora, y los rusos lo sabían». [21]

Otro general de la USAF, Bruce Holloway, que había sido piloto de combate en la segunda guerra mundial, dijo: «Creo que si hubiéramos limpiado ese nido de ratas, el crecimiento del comunismo en Suramérica se habría reducido durante mucho, mucho tiempo». [22] Holloway pensaba que los ataques aéreos habrían bastado: «Me sorprendió que no atacáramos. Pensaba que lo haríamos». [23] El teniente general David Burchinal, el segundo de LeMay, que entonces tenía cuarenta y siete años, dijo: «Había dos grandes discusiones desarrollándose. Una era la de la confrontación nuclear, que nosotros ya habíamos resuelto: ganábamos con los ojos cerrados. La segunda era la de si invadíamos o no Cuba. Los militares y los halcones, por supuesto, querían ir allí y hacer limpieza general —echar a Castro, librarnos del problema de forma decisiva para siempre—; y el otro bando [en la Casa Blanca] no quería invadir, solo hablar. “Haremos un poco de esto, un poco de aquello.” Juguetear ... Estábamos en condiciones de hacer el trabajo, pero en último análisis se impuso la indecisión ... de quienes estaban arriba. Nadie se atrevió a comerse el marrón».

Unos meses más tarde, cuando se dio la orden de retirar los misiles Júpiter de Turquía, el general de división Gabriel Disosway, jefe adjunto del

Estado Mayor de la USAF, que había negociado el despliegue original, se indignó: «Tenían a los rusos huyendo y se les ocurrió que tenían que darles una salida, así que negociaron ... Nunca llegamos a realizar ninguna inspección para comprobar si se habían sacado los misiles. Por lo que sabemos podrían seguir en Cuba ... Como decíamos en el Pentágono, arrancamos la derrota de las fauces de la victoria».[24] Estas opiniones, pronunciadas por algunos de los oficiales de mayor rango de la fuerza aérea estadounidense, ponen de manifiesto la intensidad de las pasiones marciales en aquellos días, pasiones a las que el secretario de Defensa opuso una resistencia notable. El subdirector de planificación de la USAF, el coronel Jerry Page, describió a McNamara como «la mayor amenaza para la seguridad de Estados Unidos que jamás haya existido en Washington».[25]

Dean Acheson, que había sido un halcón inquebrantable a lo largo de toda la crisis —algo inusual entre los civiles—, se negaba a reconocer, incluso en privado, la posibilidad de que se hubiera equivocado. Describió la gestión de la Casa Blanca como «una apuesta que rozaba la imprudencia» y consideró que el éxito de esta había sido «pura suerte».[26] Pese a ello, el exsecretario de Estado escribió con cortesía al presidente: «Permítame felicitarlo por su liderazgo, firmeza y buen juicio durante la difícil semana que acaba de terminar. No siempre hemos tenido estas cualidades al frente del país. Es bueno tenerlas de nuevo. Solo unas pocas personas saben mejor que yo lo difícil que es tomar estas decisiones, y lo amplia que es la brecha entre quienes aconsejan y quien decide».

Dean Rusk dijo: «Quienes vivieron la crisis de los misiles emergieron de esta siendo personas un poco diferentes de lo que eran antes verse arrastrados a ella».[27] Quería decir, por supuesto, que habían explorado los confines del peligro global, la diplomacia y el arte de gobernar. No obstante, resulta difícil aceptar que, más allá del presidente, quienes se probaron en el fuego del ExCom adquirieran a través de esa experiencia un aumento significativo de sabiduría, pues fueron esos mismos hombres los

que harían entrar a Estados Unidos en la guerra de Vietnam y lo mantendrían allí durante casi un decenio.

En cuanto a la reacción dentro de la Unión Soviética, *The Economist* señaló con sorna que los rusos habían tenido que rescatar del «cubo de la basura de la historia» al anciano y con frecuencia desacreditado mariscal Kliment Voroshílov para que proclamara «en el *Pravda* la gratitud de la humanidad al señor Jrushchov por su actuación».[28] Nikolái Kozakov escribió el 28 de octubre: «El tiburón [Jrushchov] ha enviado a Kennedy otra carta. Por supuesto, es muy larga y no está exenta de amenazas, pero lo que importa es que ha ordenado que se detengan los trabajos de construcción en los emplazamientos de misiles en Cuba y la devolución de las armas a la URSS. En resumen, ha puesto el culo desnudo en las ortigas. Kennedy, por su parte, ha garantizado que ellos no atacarán Cuba. Por supuesto, ahora vendrán muchas maniobras diplomáticas, pero la crisis se ha resuelto, a favor de Estados Unidos. Terminé mi poema [sobre la crisis] y se lo leí a mi madre. Lo aprobó, pero también piensa que es demasiado tarde» (y lo mismo opinaron los editores de Kozakov).[29]

El moscovita Iván Seleznev escribió en su diario que para una nación como la Unión Soviética resultaba humillante «que los hechos resultaran ser tan diferentes de las palabras. En segundo lugar, todo se hizo de forma infantilmente secreta ... Ellos [ahora] dicen que el sentido común dictaba la decisión de retirar [los misiles]. Pero queda claro que este estaba ausente cuando los llevaron [a Cuba]». El diarista concluye con sarcasmo: «¿Cómo podemos vivir con estos tíos tan sabios y brillantes?».[30]

A los rusos les encanta usar las comparaciones con animales como recurso retórico. El secretario del Partido Comunista de Ucrania, Petró Shélest, equiparó la conducta de Kennedy y Jrushchov con la de dos cabras que se encuentran en un estrecho sendero en lo alto de un acantilado y se niegan a cederse el paso la una a la otra. Con todo, mientras que en el caso de las cabras las dos terminan cayendo al abismo, en la crisis el ganador

había sido el «sentido común». En medio de todas las declaraciones contradictorias de los líderes nacionales, escribe Shélest, «una cosa está clara: nos encontrábamos al borde de la guerra porque nosotros precipitamos la llamada crisis del Caribe al desplegar cohetes y bombarderos en Cuba. Creamos una tensión militar absurda, y ahora pretendemos que el haber conseguido salir de ella es un “logro”, casi una “victoria”».

Algunos rusos, sin embargo, aceptaron encantados una visión benigna de sus propios dirigentes. El 6 de noviembre, Romen Nazirov, que por esa época tenía veintiocho años, escribió en su diario: «Jrushchov ha salvado al mundo de la amenaza de una guerra nuclear. Los periódicos estadounidenses anunciaron su decisión de retirar las bases con titulares como: “Los rojos se retiran de Cuba”, etc. Incluso se burlan de nosotros. Pero la victoria moral de Jrushchov es evidente. Él tiene razón en lo principal, es decir, en lo referente a la guerra y a la paz. En cuanto al prestigio ... bueno, ¡que se rían! *Rira bien, qui rira dernier!*». [31] El general Gennadi Obáturov, entonces al mando del 6.º Ejército Blindado de Guardias en Ucrania, escribió más tarde en su diario: «Salimos vencedores en la región de Cuba ... [pero] que Dios nos libre de tales victorias si llevan al mundo al borde de la guerra nuclear». [32]

José Ramón Linares Ferrara, que vivió la crisis siendo un veinteañero, recuerda cómo en Cuba la población fue comprendiendo con lentitud la gravedad de la situación: «La gente era cada vez más consciente de lo que estaba en juego. Y suspiraron aliviados cuando se resolvió el problema y se llevaron los cohetes». [33] Un cubano, sin embargo, no tenía nada que celebrar. Fidel Castro estaba mucho más que furioso. Percibía el resultado de la crisis como una humillación para él y para su país, tanto como para Jrushchov. Habiendo proporcionado a la Unión Soviética, corriendo un riesgo mortal, el escenario sobre el que se desarrolló el drama del despliegue de los misiles, los rusos ni siquiera se habían molestado en

advertirle que iban a retirarlos antes de que Radio Moscú hiciera el anuncio. Se enteró de la decisión mientras escuchaba las noticias transmitidas por la radio y en un acceso de rabia rompió un espejo. En el punto álgido de su furia contra Jrushchov, lo trató de «maricón», el epíteto más feroz que este latinoamericano ferozmente machista podía lanzar.

Dentro del Kremlin, el general Obáturov describe así al líder soviético en una reunión del Comité Central celebrada al término de la crisis:

> Como siempre, habló sin notas, entrecortado, nervioso, tartamudeando. Después subimos a la sala de recepciones, donde estaban dispuestas las mesas. Se ofrecieron brindis:
>
> JRUSHCHOV: Por el pueblo, el Partido y el ejército.
>
> MALINOVSKI: Por el Partido, el Comité Central y Jrushchov.
>
> EREMENKO: Por Jrushchov.
>
> Por último, Jrushchov levantó de nuevo su copa por el Ejército y por todos los presentes. Dijo que cualquier tonto podía iniciar una guerra, pero que era más difícil encontrar a alguien lo bastante inteligente como para terminar una bien, en esta era de armas nucleares. [34]

El 30 de octubre Kennedy le escribió a Rachel Lambert Mellon, que recientemente había supervisado la replantación de la rosaleda de la Casa Blanca: «No necesito decirte que tu jardín ha sido el sitio más radiante en el sombrío entorno de los últimos días». También ese martes la administración Kennedy puso fin de manera oficial, aunque en secreto, a la operación Mangosta de la CIA. El «grupo especial» que la dirigía quedó abolido; la rabia de los Kennedy contra Castro, sin embargo, permaneció intacta.

2. Los cubanos se enfadan

La posteridad ha definido el domingo 28 de octubre como el último de los trece días de la crisis durante los cuales el mundo estuvo en peligro. El lunes 29, el *Kansas City Times* llevaba en primera página el titular: «LOS ROJOS DAN MARCHA ATRÁS EN CUBA». El *New York Herald Tribune* anunciaba: «Jrushchov ofrece descartar los misiles de Cuba»; y el *New York Times*: «Estados Unidos y los soviéticos llegan a un acuerdo

sobre Cuba: Kennedy acepta la promesa de Jrushchov de retirar los misiles bajo la supervisión de la ONU». El desmantelamiento de los misiles se completó con rapidez, y pronto comenzó el traslado a los puertos, y a plena luz del día, de los largos y mortíferos cilindros de color verde oliva. El personal al cargo trabajó mañana, tarde y noche, y dos días después, habían cargado en los buques todo el armamento que debía regresar a la URSS. Los primeros barcos que transportaban ojivas, el *Aleksándrovsk* y el *Divnogorsk*, zarparon de Mariel con su cargamento nuclear el 6 de noviembre, y estuvieron sometidos a la vigilancia aérea de Estados Unidos hasta que entraron respectivamente en el mar Báltico y el mar Negro. Esa noche, el destructor USS *Blandy* se acercó al *Divnogorsk* y exigió que se le autorizara a enviar un grupo para registrar la nave. El capitán del carguero se negó, y tras varios intercambios de señales luminosas y tensas discusiones a bordo tanto del buque soviético como del destructor, los estadounidenses se conformaron con observar desde su propio puente cómo los rusos retiraban las cubiertas de lona para dejar al descubierto los misiles amarrados en cubierta. Para el 9 de noviembre, 42 misiles nucleares, 1.056 piezas de equipo y 3.289 militares soviéticos, entre oficiales y soldados, habían abandonado Cuba.

Sin embargo, las tensiones entre Moscú y Washington persistieron durante otras dos semanas debido a las cabezas nucleares que aún permanecían en Cuba, donde un hombre luchaba contra su retirada. No se trataba, por supuesto, de Nikita Jrushchov, sino de Fidel Castro. El 28 de octubre, el Kremlin tampoco había advertido a su embajador en La Habana, Aleksandr Alekseev, sobre la carta a Kennedy que iba a leerse en Radio Moscú. De modo que cuando Osvaldo Dorticós, el presidente cubano, exigió que se le informara de lo que estaba ocurriendo, el enviado desestimó de buena fe la noticia que le había escandalizado y le instó a no creer nada que oyera en la radio estadounidense. Horas más tarde, cuando Alekseev recibió una copia de la carta del Kremlin para que se la entregara

a Castro, el indignado líder cubano se negó a reunirse con él. Ese día Fidel pronunció una belicosa y desafiante declaración pública, conocida como los «Cinco puntos», en la que afirmó que, en lo que a él y a Cuba se refería, la crisis de los misiles no había terminado. Al día siguiente, el lunes 29, cuando cedió y aceptó reunirse con Alekseev, el embajador le entregó tanto el mensaje de Jrushchov como otro en nombre de todo el Presídium, en el que se le instaba a respaldar de forma pública el acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética sobre los misiles. Castro, enfadado y deprimido, dijo con mal humor que consideraría la propuesta; pero rechazó de plano la idea de permitir que los inspectores de la ONU visitaran los emplazamientos de los misiles, un «procedimiento humillante».

El embajador de Checoslovaquia en La Habana, que en cuanto representante de un Estado del Pacto de Varsovia, gozaba de acceso privilegiado a su homólogo soviético, informó a Praga: «Los cubanos, por desgracia, no han entendido en absoluto el paso histórico que ha dado Jrushchov y, de hecho, creen que la URSS se ha echado atrás frente a Estados Unidos y, por tanto, las defensas cubanas han quedado debilitadas».[35] Todo indicaba que en el seno del gobierno cubano había «una confusión de opiniones total. No ven la situación desde una perspectiva global, sino solo desde la perspectiva cubana, y su único objetivo sigue siendo el cumplimiento de las exigencias de Fidel ... Hay incluso comentarios acerca de un nuevo Múnich».

En la carta a Castro del 30 de octubre, Jrushchov volvió a reprochar al líder cubano la despreocupación con la que parecía estar dispuesto a consentir un conflicto frontal entre las dos superpotencias: «Por supuesto que Estados Unidos habría sufrido ingentes pérdidas, pero la Unión Soviética y todo el bloque socialista también habrían sufrido enormemente. De hecho, es incluso difícil decir cómo habrían acabado las cosas para el pueblo cubano ... Luchamos contra el imperialismo no para morir, sino para

realizar todo nuestro potencial, para perder lo menos posible y después ganar más, para ser vencedores y conseguir el triunfo del comunismo».

Castro respondió con su truculencia habitual, dirigiéndose al primer secretario como a un igual, el «compañero Jrushchov»: «No veo cómo puede afirmarse que fuimos consultados de la decisión tomada por usted ... Los imperialistas ya empiezan de nuevo a hablar de invadir al país, como prueba de lo efímeras y poco dignas de confianza que son sus promesas». Cuando U Thant llegó a La Habana el 30 de octubre, en cumplimiento de la invitación que tres días antes le hiciera el líder cubano, este se mantuvo inamovible en su negativa a permitir que los inspectores de la ONU visitaran los emplazamientos de los misiles: «No hemos hecho absolutamente nada fuera de las normas del Derecho Internacional. En cambio, nosotros hemos sido víctimas en primer lugar, de un bloqueo, que es un acto ilegal; en segundo lugar, la pretensión de determinar desde otro país qué tenemos derecho a hacer o no hacer nosotros dentro de nuestra frontera. Nosotros entendemos que Cuba es un Estado soberano, ni más ni menos que cualquier otro de los Estados miembros de las Naciones Unidas ... Entiendo que esto de la inspección es un intento más de humillar a nuestro país. Por lo tanto, no lo aceptamos». Además, cuando Alekseev pidió al general Plíyev que se reuniera con el asesor militar de U Thant, el general indio Indar Jit Rikhye, aquel se negó a hacerlo. Considerando que ya había soportado suficientes humillaciones, se limitó a permitir que su segundo hablara con el visitante. Cumpliendo a regañadientes con las órdenes de Moscú, ese oficial proporcionó a la ONU un informe completo del calendario para el desmantelamiento de los misiles nucleares.

El acuerdo inicial de Kennedy con Jrushchov se refería únicamente a los misiles balísticos en Cuba. No se había dicho nada sobre los bombarderos Il-28 y sus armas nucleares, así como de los misiles Luna y los misiles de crucero FKR-1 con cabezas nucleares. Al principio, el líder soviético aspiraba a mantener ese arsenal en la isla y así apaciguar a Castro. No

obstante, el estatus de esas armas pronto se convertiría en el centro de una disputa acalorada. Ninguna de las dos superpotencias creía de verdad que se encontraran todavía al borde de la guerra, pero los jefes del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos aún abrigaban la esperanza de que la obstinación residual de soviéticos y cubanos les permitiera obtener la autorización para iniciar la invasión de Cuba que las fuerzas desplegadas en el sureste de Estados Unidos seguían preparadas para emprender.

En el mar, uno de los cuatro submarinos soviéticos Foxtrot que habían participado en la operación Anádir, el B-4, que se encontraba al noreste de las Bahamas, dentro de la zona de cuarentena, escapó a la vigilancia de los estadounidenses e inició el regreso a casa manteniéndose sumergido en las horas de luz. El B-130 tuvo un desempeño ignominioso, ya que tres de sus cuatro motores diésel dejaron de funcionar. El 25 de octubre se vio obligado a ascender a la profundidad de periscopio y, a partir de entonces, a soportar el hostigamiento de la armada de Estados Unidos con granadas y cargas de profundidad de práctica, que hicieron creer al capitán que en verdad estaban sufriendo un ataque, en especial después de que una carga explotara contra el casco y causara una filtración. Los buques de guerra estadounidenses siguieron con sus amenazadoras actividades hasta el 30 de octubre, cuando el B-130, con las baterías totalmente agotadas, salió a la superficie delante del USS *Blandy*. Tras fracasar los esfuerzos para reparar los motores diésel, los soviéticos tuvieron que enviar un remolcador que arrastrara el sumergible hasta Múrmansk, a donde finalmente llegó. Este episodio tuvo lugar a más de 320 kilómetros al este de la línea de la cuarentena, en el Atlántico abierto.

El B-36 del capitán Dubivko, que estaba dentro de la zona de bloqueo, también fue perseguido por los estadounidenses, en su caso por el USS *Charles P. Cecil*, que durante las horas de oscuridad se acercó con las luces apagadas y dio un susto tremendo a los rusos cuando estos salieron a la superficie para recargar las baterías y se toparon con la mole silenciosa y

sombría del destructor casi al lado. Sin perder tiempo, Dubivko ordenó una inmersión forzada; y más tarde informaría de que los estadounidenses habían disparado un torpedo, que habría fallado. Eso es muy improbable, pero refleja el estado de ánimo de los marineros soviéticos en aquellos días y noches, mientras oían las hélices de los buques antisubmarinos de la armada estadounidense horadando las aguas por encima de sus cabezas y acompañadas, a intervalos regulares, por las detonaciones y el sonoro ruido metálico de las cargas. El capitán acabó saliendo a la superficie en presencia de los estadounidenses el 31 de octubre. Sin embargo, de forma casi contradictoria, luego declararía: «Tenemos que ser justos con el enemigo: el destructor no nos molestó, sino que adoptó un rumbo paralelo al nuestro a una distancia de entre 50 y 150 metros».[36] Una semana más tarde, cuando iba de regreso a su base, dos de sus tres motores diésel se averiaron. Con el buque flotando en medio del océano, los heroicos ingenieros se vieron obligados a desguazarlos, para armar con ambos un único motor de reemplazo que les permitiera completar su tránsito hasta la Unión Soviética.

Los buques de guerra estadounidenses siguieron rodeando al B-59 en la superficie, a más de 160 kilómetros de la línea de cuarentena, hasta que recibieron la orden de retirarse. A su regreso a la URSS, se consideró que la actuación de los cuatro capitanes de los Foxtrot había sido deshonrosa, pues al permitir que el enemigo los convirtiera en su juguete habían contribuido a la humillación general de la Unión Soviética, y sus superiores los trataron en consecuencia. Dubivko dijo: «El mariscal [Andréi] Grechko [el jefe de las fuerzas del Pacto de Varsovia] se negó a escuchar mi informe sobre los problemas y dificultades que tuvimos. No entendía que un submarino necesitaba cargar las baterías cada noche en modo estacionario. Lo único que le parecía relevante era que habíamos incumplido la obligación de mantener en secreto nuestra presencia, que los estadounidenses nos habían descubierto y que durante algún tiempo estuvimos en estrecho contacto con

ellos ... El jefe del Departamento de Operaciones del Estado Mayor de la Armada ... dijo: “Yo hubiera preferido hundirme a salir a la superficie”». [37] En realidad, por supuesto, la culpa de las desgracias de los Foxtrot recaía por completo en el alto mando soviético. Según Dubivko el único oficial de alto rango que reconoció lo que habían soportado y elogió su actuación fue el almirante Serguéi Gorshkov, el jefe de la armada soviética.

Mientras tanto, la feroz resistencia de Castro a la retirada de los bombarderos soviéticos Il-28 continuaba siendo un motivo de bochorno para el Kremlin. Jrushchov había batallado para rescatar de la debacle algo de orgullo y dignidad y conseguir una garantía que salvaguardara a Cuba de nuevas agresiones. Sin embargo, el dictador, lejos de mostrarse agradecido, continuó atacando al dirigente soviético, al que acusó públicamente de traición, lo que en la URSS debilitó su dominio y en el extranjero socavó el respeto que podían tenerle sus correligionarios socialistas. Un titular del *Detroit Free Press* reflejaba la opinión general sobre la situación en muchos países: «LOS CUBANOS NO RENUNCIAN A LOS BOMBARDEROS *RUSOS*». [38] Jrushchov se encontró entonces en una situación grotesca, que, de hecho, se prolongaría durante dos años: obligado primero a apaciguar, luego a consolar y, por último, a abrigar al líder de la raída república caribeña a la que se había encadenado de forma tan precipitada. «Mi padre se sintió profundamente herido», escribió Serguéi Jrushchov. «Había entregado su corazón al líder barbudo y lo consideraba casi un hijo.» [39]

Cuando Moscú recibió un cable de su embajador en La Habana, en el que le advertía del rencor de Castro, Jrushchov le dijo a Mikoyán: «Mira, no lo entienden. ¿No los hemos salvado de la invasión? Los hemos salvado, pero él [Castro] no entiende nuestra política». En sus memorias, el líder soviético declararía con presunción: «El objetivo de los agresores

estadounidenses era destruir Cuba. Nuestro objetivo era preservar Cuba. Hoy Cuba existe. Entonces ¿quién ganó? No nos costó más que los gastos que supuso el transporte de ida y vuelta de los cohetes a Cuba». [40]

Sin embargo, en medio del furioso rechazo de Castro de semejante interpretación, Jrushchov le dijo a Mikoyán: «No podemos explicárselo por escrito, pero tenemos que hacerlo, o no captarán el mensaje. Alguien tiene que ir allí y explicarles todo de forma adecuada. Tienes que ir tú». El vicepresidente del Consejo de Ministros no dijo nada. Su esposa, Ashjén, que apenas tenía cuarenta y un años, se estaba muriendo. Pero Jrushchov interpretó su silencio como reticencia, e insistió en la idea: «Allí te conocen. Solo tienes que explicar la situación». Mikoyán terminó por aceptar y al final de la reunión ordenó a Aeroflot que preparara un avión. El Ministerio de Asuntos Exteriores se encargó de tramitar los visados y programar tanto el repostaje en Escocia como una escala en Nueva York para reunirse con Adlai Stevenson y John McCloy (esto último por sugerencia de Jrushchov). Después de algunas dificultades con los permisos para aterrizar en Estados Unidos, se llamó a Dobrynin, que se encargó de conseguir la autorización a través del Departamento de Estado.

Mikoyán llegó a Nueva York el 1 de noviembre, de camino a Cuba. Se reunió con U Thant y luego cenó con Adlai Stevenson y John McCloy. El soviético intentó en un primer momento adoptar una línea dura con los representantes estadounidenses, a los que exigió el fin inmediato del bloqueo. Sin embargo, no tardó en retractarse cuando resultó evidente que sus interlocutores eran conscientes de que tenían la sartén por el mango y, por tanto, eran quienes decidían el orden del día. El bloqueo, le dijeron, solo terminaría cuando los misiles se hubieran retirado de Cuba y esa retirada hubiera sido verificada. Asimismo, rechazaron de forma sumaria una nueva petición: la evacuación de la base de la armada en la bahía de Guantánamo como una concesión a Castro. Dado que el líder cubano se negaba a aceptar la verificación in situ de la retirada de las cabezas nucleares, se consideró

que no tenía derecho a reclamar ningún gesto de buena voluntad por parte de Washington.

El emisario del Kremlin aterrizó al día siguiente en La Habana; a partir de entonces, se necesitarían tres semanas de tenaz y paciente diplomacia para conseguir que Castro aceptara a regañadientes el acuerdo entre Moscú y Washington, «que él era muy capaz de sabotear», en palabras de Mikoyán.[41] El dirigente soviético había traído consigo una ayuda instructiva: una copia de la gran película de Serguéi Eisenstein, *Iván el Terrible*. Cuando las conversaciones se empantanaron, Mikoyán propuso hacer una pausa y ver la película, «para que entiendan lo que es el poder».[42] Más tarde, el enviado afirmaría que la proyección impresionó al líder cubano, lo que no es muy verosímil. Después de que tanto Castro como el Che Guevara le reprocharan con amargura el proceder del Kremlin, les respondió en una vena similar: «Vemos su disposición a morir bellamente, pero nosotros creemos que no merece la pena morir bellamente».[43] El 3 de noviembre Mikoyán se enteró de que su esposa había muerto en Moscú, pero consideró que en ese momento no podía abandonar las tensas negociaciones y regresar a Rusia para asistir a su funeral, que se celebró el día 5. Jrushchov, que le había prometido asistir, rompió su promesa: «No me gustan los funerales», se excusó ante el hijo del emisario, Serguéi Mikoyán. «Después de todo, no es lo mismo que asistir a una boda, ¿no es así?»

La mayoría de los cuarenta mil rusos que se encontraban en Cuba estaban indignados con el resultado de la crisis, y se sentían agraviados por la forma en que este agrió sus relaciones con la población de la isla. Gennadi Chudik, que llevaba el taller de uno de los regimientos de misiles enviados al Caribe, escribió: «Los cubanos sencillamente no lograban entender la estrategia de la Unión Soviética. Se trababa del país que venció a la Alemania fascista en 1945, mientras que Cuba, en 1961, había derrotado a los mercenarios de Estados Unidos en playa Girón. Una salva

de misiles soviéticos contra Norteamérica, pensaban, y la victoria sería nuestra. Las relaciones con la población local se deterioraron muchísimo».[44]

A la enfermera Elvira Dubinskaya, una comunista apasionada que trabajaba en el hospital militar soviético de La Habana, la avergonzó que su país hubiera defraudado a los cubanos: «Nuestros comandantes se equivocaron al retirarse sin avisar a nadie, y los cubanos se quedaron solos. Pero no tenían otra opción».[45] El 428.º Regimiento de Misiles abandonó la isla el 6 de noviembre, con su armamento visiblemente amarrado a los costados del buque para beneficio de los aviones y buques de guerra estadounidenses que los siguieron al comienzo del camino de regreso. Durante años se prohibió a las dotaciones, so pena de sanciones durísimas, hablar de su experiencia en Cuba. Rafael Zakirov, oficial de una de las unidades de apoyo responsables de las cabezas nucleares, fue uno de los muchos que compartían la amargura de Dubinskaya sobre la forma en que se produjo su partida: «Para nuestros soldados fue traumático: embarcar de noche en muelles desiertos, sin la tradicional despedida de nuestros compañeros cubanos. Nos fuimos de un modo que sugería que éramos culpables de algún crimen, cuando en realidad habíamos cumplido con devoción y abnegación nuestro deber como soldados y las órdenes de la Madre Patria».[46] Durante el viaje de regreso, se consolaron con naranjas podridas.

El 12 de noviembre Mikoyán informó a Castro de que la URSS había resuelto llevarse sus bombarderos. El líder cubano rechazó por completo esa decisión, y su respuesta consistió en emitir una nueva orden, que debía entrar en vigor a las seis de la mañana del 18 de noviembre, para que las defensas antiaéreas de la isla derribaran cualquier avión de reconocimiento estadounidense que invadiera el espacio aéreo cubano. Las relaciones entre los soviéticos y el régimen se tornaron glaciales. Durante una cena celebrada en la embajada, Castro se burló de ellos diciendo que si Stalin

todavía estuviera al mando, nunca se habría producido una rendición tan vergonzosa. Cuando ese comentario llegó al Kremlin, la furia de Jrushchov se intensificó. El primer secretario le dijo a Mikoyán, que aún se encontraba en La Habana, que advirtiera a Castro de que si no anulaba la orden de derribar las aeronaves estadounidenses, la URSS retiraría de Cuba todas las fuerzas que tenía en la isla. Malinovski informó al Presídium de que Plíyev había recibido instrucciones de que el armamento soviético no debía utilizarse en ningún caso contra aviones de Estados Unidos, ni siquiera si Castro lo ordenaba.

En la noche del 19 de noviembre, el cubano se rindió a lo inevitable. Con retraso, comunicó a Mikoyán que, si Estados Unidos levantaba el bloqueo, aceptaría cancelar la orden de derribar sus aviones y consentiría la retirada de los Il-28. Claudicó justo a tiempo: ese día, en la Casa Blanca, una nueva reunión del ExCom discutió las perspectivas en apariencia sombrías de un acuerdo aceptable con Moscú. Los jefes del Estado Mayor volvieron a insistir en la invasión de Cuba, una operación que, según afirmaron, las fuerzas de Estados Unidos estaban ahora «en una posición óptima para ejecutar». Usando el canal extraoficial de Robert Kennedy, la administración advirtió al Kremlin de forma repetida de las presiones que de nuevo estaba soportando el presidente para autorizar el ataque, a menos que se cerrara el acuerdo y las condiciones pactadas se cumplieran con rapidez. «La idea de Bobby es que solo hay un amante de la paz en el gobierno y está completamente rodeado de militaristas», dijo Mac Bundy, describiendo la caracterización del presidente que el fiscal general trató de transmitir a Moscú a través de Gueorgui Bolshakov, «y no es una mala imagen». [47]

El 20 de noviembre, el mariscal Malinovski ordenó a Plíyev que enviara a la Unión Soviética el arsenal nuclear que aún permanecía en Cuba: ochenta ojivas para los misiles de crucero FKR-1 y doce para los misiles Luna, así como seis bombas para los Il-28. Los propios misiles, armados

con ojivas convencionales, se quedarían en la isla. También lo harían, y durante varios años, una brigada de infantería motorizada y algunas unidades de apoyo, todo ello como muestra del compromiso continuado de Moscú con la defensa de Cuba. Ese mismo día, que coincidía con el 37.º aniversario del fiscal general, Anatoli Dobrynin entró en el despacho de Robert Kennedy y declaró con una sonrisa radiante: «Tengo un regalo de cumpleaños para usted». El regalo era la noticia de que Rusia aceptaba retirar todos los bombarderos Il-28. Esa noche, en el auditorio del Departamento de Estado, el presidente dio una rueda de prensa en la que anunció la rendición de Jrushchov; en respuesta a ello, dijo, Estados Unidos levantaría la cuarentena naval.

La crisis que de forma tan aterradora se había acercado a la guerra terminó así, sin una explosión, pero con muchos lamentos: los de los contrariados miembros del Presídium y los mandos militares soviéticos; los de los cubanos; los de los jefazos uniformados de Estados Unidos. Las fuerzas desplegadas en el sureste del país para la potencial invasión abandonaron el estado de alerta y se retiraron. Anatoli Dobrynin escribió: «El que Jrushchov no insistiera en un compromiso público por parte de Kennedy [acerca de los misiles de Estados Unidos en Turquía] le costó caro. Al presidente se le proclamó como el gran ganador de la crisis porque nadie sabía de ese acuerdo secreto. A Jrushchov, en cambio, se le humilló haciéndole retirar nuestros misiles de Cuba sin ninguna ganancia obvia».[48] Ese resultado, añadía el diplomático, intensificó el sentimiento de inferioridad que tan a menudo llevaba al Kremlin a cometer excesos: «Los dirigentes soviéticos no pudieron olvidar un golpe a su prestigio que rozaba la humillación cuando se vieron obligados a admitir su debilidad ante el mundo entero ... Nuestro estamento militar usó esta experiencia para asegurarse un programa de desarrollo de armas nucleares a gran escala ... una nueva fase en la carrera armamentística».[49]

Jrushchov designó al viceministro de Asuntos Exteriores Vasili Kuznetsov, que hablaba inglés con fluidez y había estudiado en el Instituto Carnegie de Tecnología, para ultimar los detalles del acuerdo de paz con los estadounidenses. John McCloy, el nominado de Kennedy, negoció con dureza implacable, resistiéndose incluso a confirmar el compromiso de Estados Unidos de no invadir Cuba hasta que la Casa Blanca le mandó explícitamente hacerlo. No obstante, el presidente se libró de formalizar esa promesa, porque Castro siguió negándose a permitir que la ONU supervisara in situ la retirada de los misiles soviéticos. Una de las últimas sesiones de las negociaciones tuvo lugar en la casa de McCloy en Stamford, Connecticut, en los últimos días de noviembre. Hablando en el jardín, debido al temor de Kuznetsov a los dispositivos de escucha, los dos hombres se sentaron en el pasamanos de una barandilla de madera. El ruso dijo: «Bien, señor McCloy, cumpliremos este acuerdo. ¡Pero nunca nos volverán a pillar de este modo!».

15

«Este asunto extraño y apenas explicable todavía»

A diferencia de los estadounidenses, los británicos mantenían una misión diplomática en Cuba. En los primeros días de noviembre, el embajador, Herbert «Bill» Marchant, que tenía cincuenta y seis años y había trabajado descifrando códigos en Bletchley Park durante la segunda guerra mundial, envió un mensaje personal al secretario de Asuntos Exteriores en el que decía: «Cualquier relación [de la crisis] ha de leerse necesariamente más como una secuela en extremo disparatada e improbable de [la novela de Graham Greene] *Nuestro hombre en La Habana* que como un despacho del Ministerio de Asuntos Exteriores».[1] El primer ministro Harold Macmillan caracterizó los acontecimientos de octubre como «este asunto extraño y apenas explicable todavía».[2] Con ello el mandatario se refería, una vez pasada la oleada de alivio que trajo consigo la solución del conflicto, al desconcierto que seguía causando lo ocurrido: ¿cuál había sido el juego del Kremlin? ¿Desplegar misiles nucleares en Cuba y luego retirarlos de forma apresurada ante la inevitable ira de Estados Unidos? Incluso a ojos de quienes simpatizaban con los soviéticos, la imagen de Jrushchov al término de la crisis era la de alguien tonto —por haber incurrido en una serie de falsedades que era predecible que se pusieran al descubierto— y débil, por haberse visto obligado a ceder. El Partido Comunista Chino, que se había

convertido en el azote del Kremlin, denunció al líder soviético tanto por el «aventurerismo» demostrado al desplegar los misiles como por el «capitulacionismo» con que los había retirado.

Oleg Troianovski escribió: «En Moscú, Andréi Gromiko y algunos otros afirmaron más tarde que durante la crisis no hubo riesgo de guerra nuclear, que Jrushchov había evaluado con antelación todos los factores positivos y negativos ... Este argumento resulta difícil de aceptar. Aun si admitimos que ninguno de los dos gobiernos quería una guerra nuclear, es claro que existía la posibilidad de que se hubieran visto arrastrados a una en contra de su voluntad, debido a alguna circunstancia inesperada o, incluso, a un accidente ... Jrushchov no podía prever todos los acontecimientos posibles. Y no cabe duda de que calculó mal el factor principal: la escala de la reacción estadounidense». [3]

El Comité Conjunto de Inteligencia (JIC, por sus siglas en inglés) británico argumentó que incluso si Kennedy hubiera enviado fuerzas de Estados Unidos contra Cuba, Jrushchov no habría permitido que el conflicto se convirtiera en una confrontación nuclear, pues Moscú era consciente de que la URSS sería la gran perdedora —si es que tales palabras pueden emplearse en semejante contexto— de un intercambio atómico. [4] En febrero de ese año, cuando el proyecto de desplegar misiles en el Caribe ni siquiera existía, el JIC ya había predicho que «los líderes soviéticos, siempre que sigan siendo racionales, no planearán iniciar una guerra nuclear general como un acto político deliberado». El comité preveía en consecuencia que los rusos reaccionaran a cada movimiento estadounidense con una respuesta proporcionada, diseñada para evitar una escalada que pudiera conducir a un conflicto total entre las superpotencias. Asimismo, descartaba una acción drástica contra Berlín Oeste: «Es probable que la principal preocupación [de los soviéticos] sea limitar su respuesta al lugar menos peligroso posible»; y en tal caso, comunicarían a Washington «que eso era todo lo lejos que pretendían llegar en la fase actual». [5] Aunque ese pronóstico

resultó correcto, es indudable que era bastante optimista, como quedó claro tras la revelación del despliegue de los misiles en Cuba.

A ojos de todo el mundo, salvo de los estadounidenses, hay una pieza que falta tanto en las febriles discusiones de octubre de 1962 en Washington como en la mayoría de las historias sobre la crisis publicadas desde entonces. Los dirigentes de Estados Unidos dieron por sentado que nadie podía esperar que su país soportara la presencia de misiles soviéticos en Cuba. Y no cabe duda de que la opinión pública nacional consideraba que el despliegue constituía a la vez un insulto y un peligro mortal. Sin embargo, para repetir la cortés observación que hiciera Harold Macmillan al presidente Kennedy, no había ninguna razón lógica o jurídica por la que los cubanos no pudieran elegir albergar armas nucleares en su suelo, como no la había para negar ese derecho a los turcos, a los italianos o a los británicos. Los miembros europeos de la OTAN habían vivido durante años cerca de la amenaza atómica soviética. En Estados Unidos, el debate estuvo en manos de hombres con unas enormes anteojeras históricas que compartían la suposición de que su país tenía el privilegio de determinar lo que era y no era aceptable en Cuba, algo que quizá fuera habitual para el presidente Theodore Roosevelt, pero que en 1962 era un anacronismo. Por eso Robert McNamara tenía toda la razón, aunque no sensibilidad electoral, cuando al comienzo de la crisis sostuvo ante el ExCom que el reto que planteaban los misiles a Estados Unidos no era tanto estratégico como político.

Es habitual oponer la ausencia de libertad en los estados comunistas y totalitarios, la falta de una opinión pública sin restricciones que los caracteriza, a las libertades de Occidente, en beneficio de estas últimas. Sin embargo, las fuerzas democráticas no siempre ejercen su influencia de forma benigna. En el invierno de 1950, Dean Acheson convenció a Harry Truman para que permitiera al general Douglas MacArthur dirigir su desastrosa marcha hacia la frontera de Corea del Norte con China en el río

Yalu, y ello, sobre todo, para apaciguar a los conservadores estadounidenses que amenazaban, y finalmente destruyeron, su presidencia. Los excesos y abusos cometidos en el Sureste Asiático por los gobiernos de Kennedy sus sucesores se debieron a consideraciones inspiradas no tanto en los intereses de los pueblos autóctonos como en las expectativas (o las que se creía que eran las expectativas) de los votantes estadounidenses en el contexto más amplio de la Guerra Fría.

Nuestra gratitud hacia Kennedy por la forma en que gestionó la crisis de los misiles y el respeto por su memoria deberían aumentar solo con imaginar en su lugar a quienes le han sucedido como comandantes en jefe de las fuerzas armadas de Estados Unidos. ¿Cuántos de ellos habrían tomado las mismas decisiones? Quizá menos de la mitad. El presidente adoptó una estrategia que hacía hincapié en su propia determinación y la de la nación, al tiempo que rechazaba aquellas líneas de actuación que podrían haber precipitado el Armagedón. Kennedy tenía un notable talento para escuchar, y eso quedó de manifiesto en las reuniones del ExCom en la Casa Blanca, que concluyeron con decisiones ejecutivas claras y racionales. En contra del instinto no solo de los mandos militares sino de gran parte de la opinión pública de su propio país, casi desde el principio decidió llegar a un acuerdo con los soviéticos. Asumió que habría que pagar un precio si quería alcanzar de forma pacífica el que era su objetivo inquebrantable: la retirada de los misiles de Cuba.

Tal y como esperaban Kennedy, McNamara y otros, el logro más importante de la «cuarentena» fue que dio tiempo a los soviéticos para reflexionar y dar marcha atrás antes de que Estados Unidos empezara a disparar. Las promesas de la Casa Blanca a Moscú fueron cruciales, pues ofrecieron a los soviéticos un camino para la retirada que les permitía salvar algunos fragmentos de orgullo. Sin embargo, un hecho que merece ser subrayado —para deleite de las almas de los entonces jefes del Estado Mayor Conjunto— es que cuando Jrushchov por fin cedió, lo hizo

impulsado principalmente por el temor al inminente bombardeo e invasión de Cuba. Nunca hubo una vía de salida creíble que fuera por completo diplomática: la amenaza de la fuerza estadounidense cumplió una función indispensable. Walter Lippmann y más tarde su biógrafo, Ronald Steel, argumentaron que antes de anunciar el bloqueo Kennedy debería haber hablado con Jrushchov para pedirle de forma discreta que retirara los misiles de Cuba. Más convincente resulta el ácido comentario de McGeorge Bundy: «Ni Steel ni ningún otro ha podido decirnos por qué Jrushchov debería haber accedido a una petición tan "discreta"».

Bundy también afirmó en 1988 que en esos días de octubre «el riesgo objetivo de que se produjera una escalada hasta el nivel nuclear quizá solo fuera de uno entre cien». Esa parece de entrada una estimación demasiado baja, sobre todo teniendo en cuenta los potenciales errores de juicio humanos. Y tal vez por eso el exasesor de seguridad nacional añadía: «En estos asuntos apocalípticos, el riesgo puede ser muy pequeño y aun así ser demasiado grande para sentirse cómodo». [6] El propio presidente se mostró menos optimista y situaba las probabilidades de que se hubiera producido una guerra nuclear entre el 30 y el 50 %. [7]

La amenaza para el planeta no era que los rusos lanzaran a propósito un primer ataque contra Estados Unidos, sino que los estadounidenses, provocados en su flanco más sensible, consideraran que el despliegue de los misiles justificaba una acción militar devastadora contra Cuba. Parece equivocado dar por sentado que el presidente Kennedy se hubiera opuesto indefinidamente al deseo de ir a la guerra de sus jefes militares, o que el conflicto habría estado limitado a las armas convencionales, pues una vez que se atacara a Cuba esa decisión hubiera dependido en gran medida de la discreción y moderación de los oficiales soviéticos sometidos al bombardeo estadounidense en los campos de batalla cubanos. Robert McNamara supo ver ese fantasma: «Si Estados Unidos atacaba usando armamento convencional, es improbable que el Politburó hubiera autorizado una

respuesta nuclear. Así que ese no era el peligro. Pero ¿qué pasaba con los subtenientes?». [8]

Seguirá siendo un gran enigma cómo se habrían desarrollado los acontecimientos si Jrushchov no hubiera cedido el 28 de octubre. McGeorge Bundy se fue a la tumba convencido de que Kennedy habría rechazado lanzar una campaña aérea y, en lugar de ello, probablemente habría optado por endurecer el bloqueo. [9] McNamara y Sorensen eran de la misma opinión. [10] Tres de los más importantes estudiosos estadounidenses de este período, Jim Hershberg, Fred Logevall y Sheldon Stern, están convencidos por igual de que el presidente nunca estuvo cerca de rendirse a los halcones del ExCom o a los jefes de Estado Mayor Conjunto. [11] Tales afirmaciones son contrafactuales. Si Kennedy realmente no tenía intención de bombardear Cuba en los siguientes días, entonces las afirmaciones que su hermano hizo ante Dobrynin fueron un enorme farol, lo que, desde un punto de vista histórico, es conjeturar mucho. La presión interna sobre la Casa Blanca estaba aumentando con rapidez a raíz del derribo del U-2. Kennedy demostró un aplomo asombroso frente a las propuestas, a veces insensatas, presentadas por otros en la mesa del ExCom. Estaba muy por encima de ellos, no solo por el poder de su cargo, sino por la forma misma en que lo ejercía. Sin embargo, es difícil creer que la vía diplomática fuera sostenible de manera indefinida: en cualquier momento los acontecimientos podrían haberse desencadenado como consecuencia, por ejemplo, de un choque inoportuno en alta mar entre un submarino soviético y buques de guerra estadounidenses. Es una suerte que la paciencia y moderación de Kennedy no fueran puestas a prueba hasta su destrucción.

Si estos fueron los factores tácticos que influyeron en el resultado, también hay que reconocer los estratégicos: ni Jrushchov ni sus generales dudaban de la abrumadora superioridad nuclear de Estados Unidos ni, por tanto, de su propia incapacidad para ganar una guerra general. En el bando estadounidense, la misma certeza convenció a los jefes del Estado Mayor

Conjunto de que debían promover que se aprovechara esa superioridad para obtener una victoria rotunda tanto sobre la Unión Soviética como sobre la Cuba castrista. La negativa de Kennedy a intentar hacerlo resalta la calidad de su buen juicio.

Cuando el presidente habló después sobre el desempeño de los miembros del ExCom, dijo que estaba especialmente orgulloso de la actuación de su hermano. También destacó que McNamara había sido «magnífico» y Llewellyn Thompson, «sabio». En su opinión, ellos tres fueron las estrellas del comité. Por su parte, Mac Bundy cambió de opinión en repetidas ocasiones, incluso más que otros de los participantes. Kennedy siguió profesando un gran respeto por el intelecto y la destreza académica del asesor de seguridad nacional, pero resulta sorprendente que este conservara el empleo durante los siguientes años después de su errática actuación en octubre. Bundy desempeñaría un papel aún menos admirable en la escalada de Vietnam.

La contribución del Departamento de Estado, en cambio, decepcionó a Kennedy, que reprendió a Dean Rusk por no estar preparado cuando se recibió la propuesta del intercambio de misiles que Jrushchov había lanzado públicamente el sábado 27. En su opinión, el personal de Foggy Bottom había sido pillado desprevenido: «En realidad no teníamos la preparación necesaria para saber lo que íbamos a decir», apuntó. Alguien, le dijo con aspereza al secretario de Estado, debería haber explorado con antelación planes de contingencia para hacer frente a una diversidad de escenarios. Robert Kennedy declaró con desprecio que Rusk «sufrió un colapso prácticamente total, tanto mental como físico», un comentario que dice mucho más sobre los defectos del fiscal general que sobre los del secretario de Estado.[12] Sheldon Stern califica el comentario de «intolerable», lo que parece justo.[13] Los Kennedy nunca tuvieron una buena opinión del secretario ni de su departamento, pero lo cierto es que Rusk sirvió a su país

de forma admirable durante la crisis. La negativa a reconocer este hecho menoscaba en particular la figura de Robert Kennedy.

Entre la multitud de historiadores que han examinado las grabaciones de las reuniones de esos días de octubre en la Casa Blanca, pocos han cuestionado la contribución de Llewellyn Thompson. Ahora sabemos que juzgó mal el apetito del Kremlin por abrir un segundo frente en otros lugares. Cuando el 23 de octubre el viceministro de Asuntos Exteriores soviético, Vasili Kuznetsov, propuso imponer un bloqueo en Berlín Oeste para contrarrestar el impuesto por los estadounidense a Cuba, Jrushchov estalló: «Apenas estamos empezando a salir de una aventura y usted propone que nos metamos en otra». [14] No obstante, Thompson tuvo mucha razón al insistir en que el líder soviético no quería la guerra y que, por tanto, Estados Unidos no debía lanzar una acción militar precipitada.

Robert Kennedy, aunque mucho menos constante, parece merecer el crédito por desaconsejar la idea de lanzar un ataque aéreo sin previo aviso. Su posterior asesinato le conferiría un estatus de mártir, no muy lejos del de su hermano mayor. Sin embargo, Bobby fue siempre un político carismático, más que un estadista convincente. Robert McNamara, por su parte, fue el principal defensor del bloqueo y de la escalada gradual. En la mayor parte de lo que dice en las reuniones del ExCom encarna tanto la razón como la prudencia.

Eso es mucho más de lo que es posible decir de las contribuciones de los jefes del Estado Mayor Conjunto. La reputación póstuma de Maxwell Taylor es bastante mejor de lo que amerita su historial: durante los trece días, se mostró poco más sensato que sus colegas, «un halcón por partida doble y de principio a fin», según el mismo se describía con burda confianza. A los militares, por la naturaleza de su vocación, se les exige que se muestren fuertes y no se dejen intimidar por el coste humano de la guerra, pues la generación de violencia disciplinada es su profesión. «Nunca leo poesía. Podría ablandarme», observó con brusquedad en 1912

Paul von Hindenburg, el general del káiser Guillermo II, y muchos guerreros a lo largo de los tiempos han compartido ese orgullo consciente del hierro en sus almas. Además, los comandantes de 1962 tenían ya práctica en la muerte masiva. Los oficiales soviéticos la habían conocido en la «gran guerra patriótica»; y LeMay, Power y sus camaradas la infligieron a Japón, un logro por el que se les recompensó convirtiéndolos en héroes nacionales.

Se trataba de hombres de su tiempo y lugar, pocos de ellos aún en sintonía con un mundo nuevo en el que las virtudes guerreras tradicionales (y sobre todo el apetito por el combate mortal) suponían una amenaza para el planeta entero. Los jefes militares deben estar siempre preparados para obedecer la orden de luchar del ejecutivo, pero nunca se les debe permitir arbitrar en las grandes decisiones, cuando lo que está en juego es la extinción de la humanidad. No obstante, parece necesario reconocer también, aunque sea a regañadientes, que la belicosidad del Pentágono, bien conocida en el Kremlin, constituía una importante arma del arsenal que el presidente tuvo a su disposición durante la crisis. La repugnancia que Kennedy sentía ante la irresponsabilidad de su Estado Mayor no era en absoluto fingida. Sin embargo, a su diplomacia le vino bien que pocos rusos informados pusieran en duda las ansias de atacar que tenían los principales soldados de Estados Unidos, espoleados por la confianza en su capacidad para imponerse.

Algunos analistas modernos cuestionan que McNamara hubiera desempeñado el papel fundamental y constructivo que él mismo reclama; Sheldon Stern, en particular, tiene una opinión profundamente escéptica sobre su participación, en parte influenciada por las numerosas falsedades y evasivas del exsecretario de Defensa en su retiro. Los críticos también hacen hincapié en los comentarios destemplados y las actitudes de ambos Kennedy cuando no había grabadoras cerca. Sin embargo, parece correcto evaluar las personalidades por los resultados, no por los desafueros

verbales. Robert Kennedy reconoció que «ninguno [de los miembros del ExCom] tuvo una opinión coherente desde el principio hasta el final». [15] Eso reflejaba una flexibilidad inteligente, no —como preferían creer los jefes del Estado Mayor— una determinación débil e inconsistente. Dentro de la Casa Blanca, antiguos asesores y altos cargos republicanos trabajaron, sin una pizca de partidismo, junto con la administración demócrata para ayudar a moldear la política. Aunque a lo largo de la historia de Estados Unidos esto ya había sucedido en otras ocasiones, en especial en situaciones de emergencia nacional, esa conducta resulta sorprendente en el contexto del abismo que en la actualidad divide a la sociedad estadounidense.

Robert Kennedy escribió: «La última lección ... es la importancia de ponernos en el lugar del otro país ... El presidente Kennedy dedicaba más tiempo a intentar determinar los efectos que una línea de actuación particular tendría en Jrushchov, o en los rusos, que a cualquier otra fase de lo que estaba haciendo. Todas sus deliberaciones estuvieron guiadas por un sincero esfuerzo por no avergonzar a Jrushchov, por no humillar a la Unión Soviética, por no hacerles sentir a los rusos que tenían que escalar su respuesta porque la seguridad o los intereses de su nación así lo exigían». [16] El respeto es fundamental en las relaciones internacionales, incluso entre adversarios. Allí donde una de las partes, o ambas, prescinden de él, el bienestar público sale perdiendo, y esto era tan cierto en 1962 como lo es en nuestros días.

Una vez terminada la crisis, los aliados de Estados Unidos aplaudieron al presidente. Harold Macmillan señaló el contraste entre la forma en que Kennedy había gestionado la crisis de los misiles y el manejo que seis años antes el primer ministro Anthony Eden había hecho de la debacle del canal de Suez; la comparación favorecía con claridad al estadounidense: Kennedy «jugó con firmeza el juego *marcial* de principio a fin, actuando con rapidez y estando presto a hacerlo tan pronto movilizara [a sus fuerzas]. Este fue el

error fatal de Eden, del que todos compartimos la responsabilidad».[17] El británico aludía aquí a la tardía reacción de su predecesor a la nacionalización del canal de Suez por parte del presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, el 26 de julio de 1956, tras la cual las fuerzas anglo-francesas no intervinieron hasta el 5 de noviembre. Además, «aunque el presidente [Kennedy] no hizo ninguna bravata, todo el mundo sabía que (si no se hallaba otra solución) habría una invasión ... Jugó [la carta de] Naciones Unidas de forma admirable».

Mucho más tarde, Macmillan ensalzaría póstumamente al mandatario como alguien «siempre dispuesto a escuchar un consejo, generoso a la hora de conceder la debida importancia a las opiniones ajenas, por muy diversas que fueran ... tenía la cualidad suprema, que solo comparten los hombres muy grandes, de negarse a evadir o suavizar su responsabilidad última».[18] Aunque todo eso era cierto, las transcripciones de los intercambios británicos con la Casa Blanca, leídas paralelamente al diario del primer ministro, dejan claro la inquietud que este último sentía ante la posibilidad de que los estadounidenses se extralimitaran. La atmósfera en Europa estaba muy influenciada por la exasperación (silenciosa en el caso de los gobiernos; ruidosa en el de los manifestantes) derivada del hecho de que la crisis de Cuba hubiera arrastrado al mundo al borde de la extinción cuando pocos fuera de Estados Unidos simpatizaban con, a su modo de ver, la obsesión de este país por la isla.

No obstante, en enero de 1963, el periodista británico Philip Toynbee, que era comunista y partidario del desarme nuclear, publicó un franco *mea culpa* sobre cuán ingenuos habían sido él mismo y los suyos. Al principio de la crisis, dijo, «creí que el bloqueo era una monstruosa y fría maniobra electoral [estadounidense], que no había misiles rusos en Cuba y que la invasión física de Cuba era el siguiente paso en este malvado complot de Estados Unidos».[19] Más tarde reconoció que John F. Kennedy había dicho «la verdad literal», lo que le había «obligado a cambiar de opinión en el

acto». Este parece un argumento importante y duradero. Después de la crisis de los misiles, el apoyo a la Campaña por el Desarme Nuclear disminuyó de forma considerable en el Reino Unido. Tras años en los que no pocos europeos, en especial entre los afines a la izquierda, solían ver una especie de equivalencia moral entre las dos superpotencias, se empezó a comprender de forma creciente que la Unión Soviética había sido la principal responsable de un episodio que había arrastrado al mundo al borde del abismo. Estados Unidos también fue culpable de su propia cuota de engaños durante la Guerra Fría, y su credibilidad mundial iba a verse gravemente afectada en la era de Vietnam. Sin embargo, en octubre de 1962, Kennedy consiguió utilizar la verdad como una potente arma para su causa y la de su país, mientras que la revelación de las mentiras de Nikita Jrushchov contribuyó de forma decisiva a su derrota.

Los silencios del líder soviético resultaron igual de peligrosos. Tras la transmisión del discurso de Kennedy el 22 de octubre, Jrushchov decidió, casi en el acto, que no iba a correr el riesgo de ir a la guerra, pero era demasiado orgulloso y obstinado para adoptar la única línea de actuación responsable, a saber, la de comunicar esa decisión al gobierno estadounidense en privado, si no de inmediato de forma pública. En lugar de ello, permitió que la incertidumbre persistiera en la Casa Blanca durante los cinco días siguientes, con consecuencias que podrían haber sido desastrosas.

El 4 de noviembre Harold Macmillan escribió en su diario: «Esta ha sido una batalla en la que todo estaba en juego».[20] El primer ministro identificaba una tensión en su propia mente entre «el espantoso deseo de *hacer* algo» y «la certeza de que *no* hacer nada (excepto hablar con el presidente y mantener la calma y la firmeza en Europa y en la Commonwealth) era probablemente la respuesta correcta». Aquí Macmillan toca un aspecto importante tanto de la crisis de octubre como de la política exterior en general. Mientras su propio país carecía del poder que hubiera

sido necesario para emprender cualquier iniciativa capaz de influir en el acontecimiento principal, en Washington el ExCom sufría arrebatos de impaciencia para que Estados Unidos se embarcara en una acción violenta. La principal manifestación de la sabiduría del presidente Kennedy fue que no sucumbió a ese impulso, al tiempo que adoptó medidas muy visibles para alertar a su adversario de la preparación para la lucha de las fuerzas militares de Estados Unidos.

La operación Anádir fracasó en su intento de reconfigurar la situación nuclear de la Unión Soviética, es decir, de reforzar la amenaza estratégica que representaba para Estados Unidos. Jrushchov y su ministro de Defensa, Rodión Malinovski, que fue casi tan culpable como él de lo ocurrido, no pensaron en absoluto en las consecuencias e implicaciones de un despliegue avanzado de fuerzas soviéticas y armas nucleares en una región en la que los estadounidenses tenían un dominio indiscutible. Sin embargo, Anádir tuvo éxito en el propósito secundario de proporcionar seguridad a la Revolución cubana. Esto hizo que el laborista británico Harold Wilson afirmara que el resultado de la crisis era «justo el que Jrushchov deseaba».[21] El 30 de octubre, mientras se esforzaba por restaurar su maltrecha autoridad en medio del enfado de gran parte del Presídium, el líder soviético le dijo a Antonín Novotný, el presidente de Checoslovaquia: «¿Quién ha ganado? Yo soy de la opinión de que hemos ganado nosotros. Hay que partir de los objetivos finales que nos fijamos. ¿Qué objetivo tenían los estadounidenses? Atacar a Cuba y deshacerse de la República cubana para instaurar un régimen reaccionario. Las cosas no salieron como ellos habían planeado ... Les arrancamos a los estadounidenses la promesa de que no atacarán a Cuba y de que otros países del continente americano también se abstendrán de atacar a Cuba. Eso no habría ocurrido sin nuestros misiles en la isla. Sin ellos, Estados Unidos habría atacado ... El mundo entero nos ve ahora como quienes salvaron la paz. A ojos del mundo, yo soy ahora un cordero. Eso tampoco está mal. El pacifista [Bertrand] Russell

me escribe cartas dándome las gracias. Yo, por supuesto, no tengo nada en común con él, excepto que ambos queremos la paz». [22]

Jrushchov escribió en sus memorias: «Han pasado varios años y podemos estar agradecidos de que el gobierno revolucionario de Fidel Castro siga existiendo y progresando. Hasta ahora, Estados Unidos ha cumplido su promesa de no interferir en Cuba». [23] Es una anomalía de la historia que el líder cubano, sin discusión el más pequeño y menos admirable de los tres hombres que dominaron la saga de los misiles, fuera el único que prosperaría durante décadas, habiéndose convertido en el gran ganador de la crisis. El pueblo cubano, por su parte, resultaría ser el gran perdedor, pues siguió siendo víctima de las desastrosas políticas económicas y la brutal represión de Fidel. Continúa disfrutando de la libertad de no estar sometido al señorío de Estados Unidos, lo que sin duda era un anhelo, pero al costo figurativo y en ocasiones muy real de las despensas vacías y los paisajes urbanos en ruinas. Castro también aprovechó su inviolabilidad para convertirse en uno de los principales exportadores de la revolución socialista, aunque sin mucho éxito. [24] Entre tanto, el compromiso de no invadir la isla salvó a Estados Unidos de sí mismo, pues impidió por completo a los gobiernos posteriores, por más exasperados que se sintieran por la intransigencia cubana, emprender una intervención militar que no habría tenido consecuencias felices ni para el pueblo de Castro ni para el de John F. Kennedy.

El general Thomas Power, el jefe del SAC, dijo con amargura al final de la crisis: «No creo que esto signifique que [Jrushchov] haya decidido convertirse en un ciudadano pacífico del mundo y abandonar sus planes de dominación mundial». La Guerra Fría no terminó en noviembre de 1962. Sin embargo, a pesar de la perdurable paranoia de Power, las relaciones Este-Oeste mejoraron de algún modo. «Después de la crisis», dijo Troianovski, «la actitud de Jrushchov hacia las relaciones Este-Oeste experimentó un marcado cambio. Su conducta pendenciera durante la crisis

de Berlín y el incidente del U-2 [derribado sobre Rusia en 1960] perdió protagonismo hasta desvanecerse ... Desapareció la actitud en cierto modo condescendiente hacia el presidente estadounidense. Ya no dudaba de las cualidades de Kennedy como estadista ni de su capacidad para tomar las decisiones correctas. También desapareció la sospecha de que las llamadas fuerzas de la reacción estaban o podían estar manipulando al presidente».[25] El 29 de noviembre de 1962, Anastás Mikoyán, que regresaba a la URSS desde La Habana, hizo una escala en Washington, donde pasó tres horas y media en la Casa Blanca, conversando con Kennedy casi exclusivamente sobre Cuba. Si los debates fueron tensos, el resultado fue en cierto sentido conciliador. Tras los acontecimientos de octubre, en el curso de la Guerra Fría ninguna de las partes volvería a desafiar de forma directa a la otra en sus respectivas, y reconocidas, esferas de influencia.

Como todos los participantes sabían que ocurriría, los submarinos soviéticos armados con misiles nucleares, de los que existían modelos primitivos pero funcionales desde 1955, pronto estuvieron estacionados de forma rutinaria en posiciones desde las que podían alcanzar el Estados Unidos continental, con lo que suponían una amenaza mucho mayor que cualquier arma desplegada en Cuba, y no eran más vulnerables a las protestas de Washington de lo que lo eran sus equivalentes de la armada estadounidense equipados con misiles Polaris a la ira del Kremlin por su presencia frente a las costas rusas. Esto subrayó la naturaleza simbólica, más que estratégica, de la confrontación Este-Oeste por los misiles cubanos. Asimismo, la vigilancia a través de los satélites espaciales estadounidenses y rusos pronto haría innecesarias plataformas de cámaras como el avión espía U-2.

La vulnerabilidad de Berlín siguió atormentando a Harold Macmillan y a otros líderes europeos: Estados Unidos, escribió el primer ministro, «puede tomar Cuba. El enemigo solo puede responder con una guerra nuclear total.

Pero eso se aplica también a Berlín. Los rusos pueden tomar Berlín por medios convencionales. Los aliados *no* pueden defenderla o reconquistarla por ningún medio convencional (la conclusión que es posible sacar es bastante siniestra)».[26] Se refería, por supuesto, a que cualquier enfrentamiento armado en torno a un objetivo considerado vital por uno u otro bando estaba casi con seguridad destinado a derivar en una confrontación nuclear. Y esa siguió siendo la situación hasta el final de la Guerra Fría: para tener alguna posibilidad realista de repeler una ofensiva del Pacto de Varsovia en Europa, las fuerzas de la OTAN se habrían visto obligadas a recurrir al uso de armas nucleares tácticas.

En la Cámara de los Comunes, los críticos del gobierno conservador, encabezados por los laboristas Gaitskell y Wilson, presentaron un relato de la crisis en la que esta se habría desarrollado no solo sin que Washington consultara a Londres, sino de un modo que indicaba que los estadounidenses habían tratado a los británicos con desprecio. Se lanzaron acusaciones sobre el colapso de la cacareada, aunque siempre muy ilusoria, «relación especial» entre los dos países. Macmillan lamentó en privado que las conversaciones entre él y Kennedy, que estaban grabadas, no pudieran hacerse públicas para silenciar a esos críticos. Escribió en su diario: «Nuestros secretos estaban casi demasiado bien guardados ... Estamos haciendo algo para que la verdad se conozca a través de selectas filtraciones [que alentaron artículos periodísticos en los que se aseguraba que el presidente había consultado a diario (*sic*) al primer ministro] ... El pueblo británico no debe sentirse menospreciado».[27] Sin embargo, en su historia de la estrategia nuclear Lawrence Freedman caracteriza como «mínimas» las consultas hechas al Reino Unido durante la crisis.[28] La cuestión clave es que Kennedy le confió sus intenciones al primer ministro más que a cualquier otro aliado de Estados Unidos, pero solo después de tomar las decisiones más importantes. Macmillan ejerció escasa influencia sobre las líneas de actuación de los estadounidenses. Lo máximo que podía reclamar

con justicia era que a través de sus expresiones públicas de apoyo se había ganado la benevolencia del presidente.

Sacaría rédito de ello en la cumbre bilateral anglo-estadounidense celebrada en Nasáu en diciembre de 1962. En contra del criterio de Kennedy y de la oposición absoluta de Robert McNamara, el primer ministro consiguió dar el golpe diplomático de su vida al convencer a los estadounidenses de venderle al Reino Unido los misiles balísticos nucleares lanzados desde submarinos Polaris (sobre todo tras la cancelación del programa Skybolt para el desarrollo de misiles balísticos lanzados desde el aire, que estaban destinados a convertirse en el arma clave de la fuerza de disuasión británica). Según el testimonio de su secretario privado, Philip de Zulueta, el viejo «actor-director» —según le describían algunos colegas, en parte con cinismo, en parte con admiración— desplegó todo su talento histriónico al hablar a Kennedy «sobre las grandes pérdidas y las grandes luchas por la libertad» y presentar al Reino Unido como «un aliado decidido y resuelto, que iba a mantenerse firme, y sería muy poco razonable que Estados Unidos no lo ayudara a ello», y lo hizo con tal eficacia que su discurso conmovió profundamente a todos los presentes.[29] Los franceses consideraron que el acuerdo sobre los Polaris comprometía al Reino Unido a un vínculo tan estrecho, y una dependencia tan descarada, con Estados Unidos que al suscribirlo Macmillan había renunciado a la libertad de acción de su país y, por tanto, a sus pretensiones de sumarse al Mercado Común europeo. El resultado de la cumbre de Nasáu contribuyó en gran medida a la decisión de Charles de Gaulle de infligir a Macmillan la humillación de vetar la solicitud de adhesión de Reino Unido, que solo sería aceptada de forma tardía en 1972.

Después de la crisis, la CIA recibió una oleada de informes de refugiados cubanos, que algunos periódicos estadounidenses convirtieron en titulares,

que sostenían que los soviéticos habían ocultado misiles nucleares en ciertas cuevas de la isla. El 5 de febrero de 1963, la administración Kennedy se vio obligada a ordenar a John McCone que tranquilizara al país mediante una declaración en la que afirmaba que la Junta Nacional de Inteligencia de Estados Unidos estaba «convencida, más allá de cualquier duda razonable», de que la totalidad del armamento ofensivo había sido retirado de Cuba.

Menos de dos años después, en octubre de 1964, un golpe palaciego en el Kremlin derrocó a Jrushchov. Sus camaradas del Presídium, entre los que se encontraba el mariscal Malinovski, se desahogaron así de la rabia, la frustración y el resentimiento que habían alimentado desde el fracaso de la operación Anádir por la humillación que, en su opinión, el primer secretario había infligido a su país. Dmitri Polianski, de los hombres que habían guardado silencio cuando se aprobó el despliegue en Cuba, habló ahora en nombre de todos ellos para censurar a Jrushchov: «Insistió en enviar nuestros misiles a Cuba. Eso produjo una tremenda crisis que llevó al mundo al borde de la guerra nuclear y que le causó un miedo terrible a él mismo, el organizador de tan peligrosa empresa. No teniendo otra alternativa, nos vimos obligados a aceptar todas las exigencias y condiciones de Estados Unidos, incluida la vergonzosa inspección de nuestros barcos por parte de sus fuerzas armadas».[30] Malinovski, olvidando su complicidad en la operación (e, incluso, su más que probable entusiasmo por ella), opinaba igual: «Ni el ejército ruso ni el soviético habían sufrido nunca semejante humillación».

Nikita Jrushchov se volvería un hombre más popular y respetado después de su defenestración, a medida que los soviéticos fueron viendo como le reemplazaban líderes cada vez menos impresionantes. Murió en 1971, habiéndosele permitido pasar su jubilación en una relativa comodidad, aunque con una intensa amargura de espíritu.

A pesar del cierre definitivo de la operación Mangosta, el asedio de Estados Unidos a Cuba persiste en el siglo XXI, fomentado por la implacable comunidad de exiliados de Florida y los republicanos que los respaldan. El enfrentamiento proporcionó a Fidel Castro una justificación para mantener durante el resto de sus días su pose de soldado, a menudo enfundado en un traje de faena militar. Un viejo oficial de la inteligencia revolucionaria diría más tarde (con tristeza, como si afirmara una verdad evidente) que «Fidel era un megalómano. Eso es algo que mucha gente no entiende».[31] En la Guerra Fría ambos bandos sufrieron como consecuencia de asociarse con aliados intratables. Durante el conflicto de Vietnam, la relación con los comunistas norvietnamitas de Hanói fue para Moscú casi tan ingrata como la de Washington con sus propios clientes de Saigón. Estados Unidos seguiría tratando de justificar su apoyo a las asesinas tiranías latinoamericanas por lo menos hasta la década de 1980. Con todo, Nikita Jrushchov pagó un precio especialmente alto y merecido por haber arriesgado tantísimo con Castro.

Los revolucionarios fueron las estrellas de rock de la política radical de la década de 1960. Entre los líderes que ascendieron al poder liberando a sus países de la servidumbre colonial los más destacados fueron Mao Zedong en China, Ho Chi Minh en Vietnam, Fidel Castro y el Che Guevara en Cuba, y sus logros tiñeron sus figuras de romanticismo. Tuvieron una influencia global, en particular entre los jóvenes, prometiendo visiones utópicas que no estaban en condiciones de hacer realidad (algo que con lentitud fue haciéndose cada vez más visible) y que imponían a sus pueblos sacrificios espantosos. Castro poseía una personalidad extraordinaria y es posible afirmar que infundió en el pueblo cubano una autoestima de la que este antes carecía y de la que la resistencia desafiante al poder de Estados Unidos fue un aspecto clave. Sin embargo, fueran cuales fuesen los éxitos de los revolucionarios como propagandistas y libertadores, su historial demuestra que, después, pocos fueron capaces de gobernar de forma

competente o estuvieron dispuestos a hacerlo con humanidad. Carlos Prío Socarrás, el predecesor de Batista que gobernó Cuba entre 1948 y 1952, comentó en su vejez: «Dicen que fui un presidente terrible. Quizá sea cierto. Pero fui el mejor presidente que Cuba jamás ha tenido». [32] Es posible que esa afirmación fuera válida.

El apoyo de la Unión Soviética a Castro persistió, si bien el líder cubano nunca perdonó del todo a Jrushchov lo que percibía como una traición. Aleksandr Alekseev siguió siendo embajador en La Habana hasta 1968. Para mantener su escaparate caribeño del comunismo, la URSS pagaba por el azúcar cubano hasta once veces el precio que este tenía en los mercados internacionales; el comercio con la superpotencia suponía el 80 % de los ingresos que el Estado cubano obtenía en el extranjero. Otrora aclamada como una joya del nuevo imperio soviético, la isla, un premio arrebatado de las fauces de la hegemonía estadounidense, terminó convirtiéndose en una costosa vergüenza para Moscú.

Transcurrieron más de dos décadas antes de que el final de la Guerra Fría precipitara un cambio drástico en la disposición de Moscú hacia sus socios en el Caribe. Muchos de los mismos camaradas que en su día abrazaron a Castro se cansaron del coste que suponía la isla. Volvieron a entonar la vieja canción de la Revolución, pero con una nueva letra: «Cuba, ¡devuélvenos el pan! / Cuba, ¡llévate tu azúcar! / ¡Nos hartamos de tu peludo Fidel! / Así que vete a la mierda, Cuba». En 1989, Castro declaró nulo el tratado del país con la Unión Soviética. Dos años después, Moscú retiró las tropas que aún tenía en la isla y dejó de proporcionarle apoyo económico. El suministro de petróleo que Rusia proporcionaba a Cuba pasó de trece millones de toneladas en 1989 a tres millones en 1991. Los cubanos entraron en una era de dificultades económicas desesperadas, si bien Castro consiguió mantener su Estado marxista mediante la represión implacable de la disidencia. El régimen se convirtió en uno de los críticos más feroces de la nueva Rusia de Mijaíl Gorbachov.

El ascenso al poder de Vladímir Putin trajo consigo el restablecimiento de las relaciones cordiales entre ambos países, pero no la renovación de la generosidad de la era soviética. A principios del siglo XXI, el periodista británico Richard Gott, famoso por su radicalismo de izquierda y el hecho de haber sido alguna vez informante de la KGB, escribió en una historia de Cuba: «En comparación con los desoladores estándares de América Latina, la isla cuenta con una población educada y saludable; sin embargo, muchos cubanos se han hartado de la lucha por salir adelante sin la ayuda de nadie. Al igual que los chabacanos peces de papel maché que se venden en los tenderetes que pueblan las zonas patrimoniales de La Habana Vieja, tienen la boca abierta de par en par y tragan saliva imaginando las enormes dosis de capital que con seguridad inundarán el país en cuanto muera el antiguo "máximo líder". Este no es el resultado que preveían los entusiastas revolucionarios de antaño». [33] No obstante, el dominio de Cuba por parte de los sucesores de los barbudos ha persistido más allá de la muerte de Castro en noviembre de 2016, después de haber sobrevivido a John F. Kennedy por más de medio siglo y a Nikita Jrushchov por algo menos. El mayor de los hijos de Fidel, Fidelito, físico nuclear, se suicidó dieciocho meses después, a los sesenta y ocho años. Raúl Castro reemplazó a su hermano y ejerció el poder hasta su jubilación en 2021. El pueblo cubano sigue esperando la oportunidad de incorporarse al siglo XXI.

Cuando el polvo de octubre comenzó a asentarse en Washington, los hermanos Kennedy saldaron algunas cuentas. Robert Frost envió un mensaje de felicitación al presidente a través de Stewart Udall, el secretario del Interior: «¡Excelente!»; pero no recibió respuesta. El mandatario, que podía ser muy amable cuando deseaba serlo, no perdonaba pullas tan brutales como las que el poeta le había lanzado menos de dos meses atrás después de visitar a Jrushchov. No volvería a comunicarse con el anciano,

que falleció en enero de 1963, si bien entonces le dedicó un elogio majestuoso. Otra víctima de las consecuencias fue el oficial del GRU Gueorgui Bolshakov, de quien los estadounidenses se habían cansado. La embajada soviética descubrió que Joe Alsop y Charlie Bartlett, los periodistas favoritos de los Kennedy, estaban a punto de publicar un artículo en el que se revelaba que era un espía de Moscú. Bolshakov se apresuró a protestar ante el fiscal general, al que rogó que interviniera para evitar la aparición del reportaje. Robert Kennedy se deshizo del ruso: «Creemos que en la crisis cubana todo el mundo nos ha engañado, incluido usted».[34] El artículo de Alsop y Bartlett apareció en el *Saturday Evening Post* el 8 de diciembre de 1962 y acabó con la tapadera de Bolshakov, al que Moscú mandó regresar a la URSS. En el mismo texto, los periodistas afirmaban también que durante la crisis de los misiles Adlai Stevenson «quería un Múnich», es decir, apaciguar a los soviéticos mediante la retirada de los misiles Júpiter de Turquía. Eso, por supuesto, era en varios aspectos una caricatura de lo ocurrido, animada por la mezquindad de los Kennedy hacia su propio embajador ante la ONU, que no se merecía semejante trato.

Aunque la crisis terminó en noviembre, las repercusiones internas en Estados Unidos persistieron durante otros seis meses. A muchos republicanos los irritaban profundamente los espectaculares beneficios políticos que había obtenido la Casa Blanca como consecuencia de ella. En los posteriores análisis de los resultados, los periodistas inquisitivos y los adversarios políticos se centraron en dos cuestiones. En primer lugar: ¿había hecho Estados Unidos concesiones en secreto para asegurarse la retirada soviética y, en concreto, acerca de los misiles Júpiter desplegados en Turquía? Una y otra vez, los miembros más importantes de la administración negaron ese hecho; algunos porque no sabían la verdad, pero la mayoría porque, pese a estar al tanto del intercambio propuesto, no estaban dispuestos a entregar a los republicanos la formidable arma política

que semejante revelación les daría. A Robert Kennedy, en particular, le atormentaba el temor de que su propia carrera política pudiera verse perjudicada si salían a la luz sus tratos secretos con Dobrynin.

La segunda cuestión polémica fue lo que acabaría conociéndose como «la brecha fotográfica».[35] ¿Cómo había sido posible que en el otoño de 1962 los soviéticos desplegaran misiles balísticos en Cuba durante semanas sin ser detectados por Estados Unidos? Ya el 31 de octubre, Hanson Baldwin, el influyente corresponsal del *New York Times* especializado en temas militares, planteó la pregunta en un artículo titulado «Una brecha de inteligencia». El 6 de noviembre, David Lawrence escribía en el *Washington Star*: «Es posible argüir que se trató de pura negligencia, si no de incompetencia». El Congreso exploró el controvertido asunto en una serie de investigaciones a las que la administración respondió con una mentira tras otra. Maxwell Taylor, Robert McNamara y John McCone (este último, mordiéndose la lengua) negaron públicamente que las labores de vigilancia de los U-2 se hubieran visto coartadas por restricciones políticas impuestas por la Casa Blanca y el Departamento de Estado. Subrayaron que se habían llevado a cabo misiones de reconocimiento en agosto y septiembre, sin reconocer que durante el segundo mes se excluyeron de forma explícita de los objetivos por fotografiar las zonas más sensibles del oeste de Cuba, por razones que muchos no estadounidenses todavía consideran dignas de respeto, pero los republicanos con seguridad no.

El informe interno de la CIA, realizado por Jack Earman, el inspector general de la Agencia, señalaba: «Se necesitó casi un mes [en realidad, del 10 de septiembre al 14 de octubre] para obtener la cobertura que la CIA había buscado en una sola misión».[36] En *Counsel to the President*, el libro de memorias que publicó en 1991, Clark Clifford, que se habría convertido en el director de la CIA de Kennedy en lugar de McCone de no haber rechazado el puesto, escribió que cuando como miembro de la junta de inteligencia presidencial investigó la «brecha fotográfica» se enfrentó a «un

dilema. No queríamos criticar al presidente, que había gestionado la crisis de forma brillante una vez que la inteligencia estadounidense había identificado positivamente la presencia de misiles soviéticos, pero nos parecía que el tiempo que se había tardado en descubrirlos fue peligrosa e inexcusablemente largo».[37] El informe final echó la culpa a los profesionales, en lugar de a los políticos, que eran en gran medida a quienes en verdad pertenecía. Acusó a la CIA y a otras agencias de carecer de «un sentido de urgencia o alarma» que podría haberlas estimulado a realizar un mayor esfuerzo.[38] Esta conclusión se vio alentada por la antipatía que despertaba McCone entre los miembros de la junta y que ahora la Casa Blanca compartía.

Durante el invierno de 1962 y la primavera de 1963, los periodistas y políticos escépticos sabían que habían topado con algo, pero no exactamente con qué. El senador Kenneth Keating, que había dado la voz de alarma sobre los misiles cubanos en septiembre, volvió a la carga ese invierno. El congresista republicano Gerald Ford dijo a sus electores en Michigan que, si bien aplaudía la gestión de la crisis por parte de la administración Kennedy una vez que esta había estallado, «desde mediados de septiembre hasta mediados de octubre, el gobierno tenía pruebas sólidas que deberían haberle hecho intensificar la vigilancia de la isla, pero no lo hizo».[39]

A principios de la primavera de 1963, Richard Rovere escribió en el *New Yorker*: «Habría sido casi imposible creer a comienzos de noviembre del año pasado que el respeto y la admiración que el presidente se había ganado ... pudieran haber desaparecido casi por completo en febrero. Y, sin embargo, eso parece ser lo que ha ocurrido, o casi».[40] El periodista exageraba de forma considerable la caída en desgracia de Kennedy. No obstante, era indiscutible que para entonces muchos estadounidenses informados reconocían que la imagen de una gestión segura y serena de la crisis por parte de la Casa Blanca que en noviembre dominaba las

percepciones en Washington, así como en el resto del país, pasaba por alto importantes titubeos, incluso si estos no merecían que se alterara la visión positiva del desempeño global de la administración.

Los acontecimientos que siguieron a la crisis no contribuyeron a reducir la desconfianza de los Kennedy hacia la CIA. Bill Harvey, el alcohólico jefe de la estación de la Agencia en Miami, aseguró en una reunión en la Casa Blanca que los Kennedy eran los culpables del despliegue de los misiles en Cuba, lo que hizo que el presidente abandonara la sala del gabinete dando un portazo. John McCone dijo a uno de sus ayudantes: «Hoy Harvey se ha destruido a sí mismo. Ha dejado por completo de ser útil».[41] El presidente se enfureció todavía más cuando se le informó de que era imposible sacar de Cuba a las avanzadillas de exiliados que habían desembarcado en la isla en previsión de la invasión estadounidense. En enero de 1963, cuando se le nombró en reemplazo de Harvey al frente de la sección de «asuntos especiales», Desmond Fitzgerald, un veterano de la Agencia, le dijo a un colega: «Todo lo que sé es que tengo que odiar a Castro». Poco después le escribió a su hija: «Mi primer trabajo fue convencer al gobierno de que no todos los miembros de mi equipo que se ocupan de la situación de Cuba son necesariamente paletos empeñados en causar un desastre».[42] La CIA persistió en sus torpes intentos clandestinos de asesinar al líder cubano. El 19 de junio de 1963 el presidente aprobó un nuevo programa de acciones de sabotaje en la isla «para alimentar un espíritu de resistencia y desafección». Los planes para matar al dictador no se abandonarían de forma definitiva hasta 1965, y las obstinadas y persistentes negaciones de Robert McNamara de la realidad de estos le hicieron un flaco favor a su memoria; y otro tanto puede decirse de Arthur Schlesinger.

El presidente terminó cansándose de que John McCone le dijera en privado a todo el que quisiera escucharlo que él, y solo él, había acertado al predecir la crisis. En su estudio sobre la «brecha fotográfica», Holland y Barrett escriben que McGeorge Bundy «hacía tiempo había concluido que

[McCone] se estaba vendiendo a sí mismo en el Capitolio como la única figura de la administración Kennedy que había tenido el valor y la perspicacia de insistir en agosto y septiembre en que los soviéticos estaban instalando misiles estratégicos en Cuba».[43] El 4 de marzo de 1963 los hermanos Kennedy hablaron sobre sus dificultades con el director de la CIA en una conversación telefónica durante la cual el presidente dijo: «Sí, John McCone es un verdadero cabrón ... Por supuesto, todo el mundo [dentro de la administración] está ahora quejándose de él ... Todos andan diciendo que es un idiota». Y cuando el fiscal general apuntó que «fue útil en una época», el mandatario le respondió que si bien eso era cierto, su utilidad se había ya «evaporado».[44] Kennedy no destituyó al director de la CIA, un halcón profesional, pero a partir de entonces tuvo poco tiempo para él. En una ocasión le dijo con amargura: «Tenías razón todo el tiempo. Por las razones equivocadas».[45]

Para ser justos con McCone, aunque su arrogancia era indiscutible, y su relato sobre las acciones de la administración antes del 14 de octubre se distanciaba de forma llamativa del de Robert McNamara, el director de la CIA fue lo bastante discreto como para salvar a la Casa Blanca de lo que de otro modo hubiera podido ser un escándalo de seguridad. Aunque la cuestión de la «brecha fotográfica» se prolongó a lo largo de la primavera de 1963 tanto en el Congreso como en los medios de comunicación, nunca llegó a explotar de forma que supusiera una amenaza grave para la credibilidad del presidente.

Un joven reportero llamado Jules Witcover, que trabajaba para Advance News Service, se acercó más que ningún otro periodista a señalar la verdad en un artículo publicado en *Los Angeles Times* el 10 de marzo de 1963: «El miedo a otro incidente con un U-2 parece haber sido el principal impedimento para que se descubriera antes el despliegue de los misiles soviéticos en Cuba».[46] Witcover tenía toda la razón, pero entonces era una firma demasiado desconocida para que alguien se molestara en seguir la

historia. En mayo, el subcomité del Senado especializado en el estado de preparación de las fuerzas armadas, que fue el que realizó la última investigación política de relieve sobre los acontecimientos de otoño del año anterior, publicó su informe provisional, que no encontró pruebas de una «brecha fotográfica» importante y culposa, así como tampoco de engaños posteriores a los hechos por parte de la administración. El subcomité erraba en ambas conclusiones (según la creencia conservadora en el derecho absoluto de Estados Unidos a fotografiar naciones soberanas mediante la invasión de su espacio aéreo), pero el veredicto hizo que la historia se apagara en la prensa. No fue hasta 1989 cuando el ya exembajador Anatoli Dobrynin reveló (y fuentes oficiales estadounidenses confirmaron) el acuerdo secreto sobre los misiles turcos alcanzado en 1962, algo sobre lo que *Trece días*, el testimonio sobre la crisis de Robert Kennedy publicado póstumamente en 1969, omite cualquier mención. Ted Sorensen, que editó el libro tras el asesinato del entonces candidato demócrata a la presidencia, explicó que había buscado con ello proteger la reputación del héroe caído.

El 16 de mayo de 1963, la URSS ató uno de sus propios cabos sueltos cuando los verdugos ejecutaron al coronel Oleg Penkovski, según algunas fuentes con extrema crueldad. Antes de su captura, el oficial del GRU había hecho una contribución decisiva a la política occidental al proporcionar a Estados Unidos y el Reino Unido las pruebas (la munición) que permitió al primero abordar la crisis de octubre seguro de su absoluta superioridad nuclear y sabiendo que los soviéticos eran conscientes de su propia vulnerabilidad.

El 10 de junio de 1963, Kennedy pronunció en la Universidad Americana de Washington, D. C., un discurso de graduación titulado «Una estrategia para la paz», que Jrushchov calificó en privado como «el mejor discurso presidencial desde Roosevelt». Kennedy anunció una moratoria de

las pruebas nucleares atmosféricas de Estados Unidos, que luego se convertiría en una prohibición rotunda de estas (aunque China y Francia continuaron realizándolas). Desde 1961 había existido una moratoria informal entre Estados Unidos y la Unión Soviética, pese a que se interrumpió al año siguiente, pero en julio de 1963, Kennedy invitó a John McCloy a ser su negociador jefe en la reanudación de las conversaciones oficiales para la prohibición de los ensayos. Cuando McCloy se excusó, Averell Harriman aceptó el encargo. El 5 de agosto, el Reino Unido, la Unión Soviética y Estados Unidos firmaron un tratado de prohibición parcial de las pruebas nucleares en la atmósfera, el espacio exterior y bajo el agua, que desde entonces se aplaudió como un paso importante hacia la distensión Este-Oeste.

Ambas partes reconocieron que durante la crisis la precariedad de las comunicaciones entre Moscú y Washington había supuesto una amenaza para el planeta. No debía permitirse que un factor de este tipo volviera a impedir jamás el diálogo en una situación de emergencia como había ocurrido en 1962. Por tanto, se instaló una línea directa por teletipo entre el Pentágono y el Kremlin que entró en funcionamiento a principios del año siguiente. Sustituida en la actualidad por una conexión segura de red, que se somete a pruebas constantes y es utilizada de forma ocasional por los dirigentes nacionales, los intercambios se realizan hoy a través del correo electrónico. Se tomó la decisión política de evitar la conexión telefónica, porque se consideró que la oralidad es vulnerable a la mala interpretación.

Sin embargo, persistía otro obstáculo comunicativo que la mera tecnología no podía eliminar. Consciente de las falsedades de la administración sobre bahía de Cochinos, Kennedy se esforzó a partir de entonces por hablar con franqueza con el Kremlin, tanto en público como en privado. Jrushchov, por el contrario, siguió siendo prisionero de la mendacidad de toda una vida al servicio del bolchevismo, y le resultaba imposible admitir con comodidad cuáles eran o no sus intenciones. La

amenaza de la aniquilación nuclear había sido su arma retórica preferida contra Occidente desde el día en que se hizo con el poder, y se sentía incapaz de renunciar a ella, incluso cuando comprendía que su conducta había llevado a los estadounidenses al borde de unas líneas de actuación de las que, una vez puestas en marcha, no había vuelta atrás.

Jrushchov inspira el respeto que merece cualquier hombre que haya llegado tan alto desde unos orígenes tan poco prometedores. Dirigió una nación que había sufrido pérdidas y dificultades inimaginables. Su conducta fue mucho menos cruel que la de Stalin, su mentor y predecesor. Realizó esfuerzos sinceros, aunque ineficaces, para reformar el país. Pero se había asegurado la jefatura de la Unión Soviética mediante un sistema en el que la autoridad derivaba de la capacidad para infundir miedo e imponer medidas opresivas, y su estilo de gobierno era un reflejo de ello. El debilitamiento de muchos de los programas que había impulsado dentro de la URSS y la amenaza que eso suponía para su autoridad en el Kremlin (aunque en esa etapa fuera solo implícita) contribuyeron en gran medida a su aventurerismo en el exterior. Su visita a Estados Unidos en 1959 tuvo un impacto duradero, porque a partir de entonces se vio obligado a convivir con el dolor de ser consciente del relativo fracaso material del socialismo soviético, frente a la abundancia creada por el capitalismo.

Su tosquedad, falta de modales y exceso de vanidad no hicieron ningún favor a la causa de su país en el extranjero. Kennedy observó en una ocasión, con algo de tristeza, que las expectativas que el mundo tenía de Jrushchov, el matón y el abusón, eran tan bajas que resultaba irritante contemplar la gratitud con que se cubría al líder soviético cada vez que su conducta se elevaba por encima de lo brutal. Aunque no cabe duda de que Estados Unidos es culpable de algunos de los errores garrafales que marcaron la Guerra Fría, la Unión Soviética y sus líderes hicieron cosas peores y en mayor cantidad.

Como ser humano, John F. Kennedy era muy diferente de Jrushchov. Estaba dotado de una gracia que el primer secretario rara vez había conocido, y por la que quizá en algún momento albergó cierta envidia. Con todo, sus méritos para cubrirse con el manto del rey Arturo siguen siendo dudosos. Era un hombre en apariencia tranquilo, como solo las personas muy ricas pueden serlo, pues desconocen las preocupaciones materiales que lastran las vidas de los mortales menores. Heredó de su padre una crueldad que no resulta menos horrible por el hecho de que el mundo rara vez la viera al descubierto, así como una visión de las mujeres como meros juguetes, objetos para usar y tirar, que no resulta menos repugnante por el hecho de que muchas de ellas lo amaran.

Aunque la retórica de Kennedy solía hacer hincapié en la difícil situación de la humanidad menos afortunada, en su conducta en la presidencia no demostró más que una limitada preocupación por ella, al menos hasta los últimos meses de su mandato. Estaba mucho más interesado en convertirse en el mayor estadista de su tiempo que en socorrer a los afligidos, tanto en su país como en el extranjero. El rencor perdurable y homicida que alimentó contra Castro y Cuba le socavó, y el cumplimiento de sus aspiraciones en el ámbito nacional se vio perjudicado por la mediocridad de su destreza política. Su sucesor, Lyndon B. Johnson, un político brillante, consiguió mucho más antes de destruir su administración en Vietnam.

Kennedy, sin embargo, demostró estar excepcionalmente capacitado para dirigir a su país durante la crisis de los misiles, su mejor logro y el que le exigió más valentía. Uno de los proverbios populares ingleses más insensatos que existen es el que afirma que «llegada la hora, llega el hombre». La historia está plagada de sucesos trascendentales gestionados por líderes nacionales inadecuados (piénsese en Europa en 1914, o en el mundo en 2022). Por el contrario, la dirección política que llevó a cabo Kennedy durante los «trece días» constituye una prueba casi incontestable

de su grandeza, pues un presidente menos capacitado podría haber condenado al planeta a la perdición. Cientos de millones de personas, tanto en Estados Unidos como en el extranjero, lo comprendieron. En marzo de 1963, un sondeo realizado por la fundación Pew mostró que, fueran cuales fuesen las reservas que Washington albergaba sobre JFK —reflejadas en la columna de Richard Rovere citada antes—, el 74 % de los estadounidenses esperaba que su presidente se asegurara la reelección al año siguiente.

El 22 de noviembre, cuando Kennedy fue asesinado, Jrushchov acudió en persona a la embajada de Estados Unidos en Moscú portando una corona de flores. Luego escribiría en sus memorias que el jefe de Estado caído era «alguien en quien podíamos confiar». [47] Quizá fuera así, quizá no, pero el líder soviético ciertamente temía que el aturdido pueblo estadounidense pudiera encontrar motivos para atribuir al Kremlin la responsabilidad del magnicidio. Una aprensión similar se apoderó de Fidel Castro cuando vio a su propio pueblo celebrar la muerte del mandatario. La enfermera Elvira Dubinskaya, que seguía prestando servicio en La Habana, recuerda que los locales estaban exultantes y arrojaban agua, huevos y botellas a la pantalla de cine cuando se proyectaban los reportajes sobre la historia de horror de Dallas: «Había un cubano sentado a mi lado y yo le expliqué: “¡Esto es malo! La muerte de Kennedy es mala para vosotros”». [48] Sus palabras no parecieron causar ningún efecto en su vecino.

Castro manifestó con tono sombrío: «Van a decir que fuimos nosotros. Van a decir que nosotros lo hicimos». [49] Lee Harvey Oswald era un miembro activo del comité «Juego limpio con Cuba». Sin embargo, continúa siendo inverosímil que, incluso en su momento más errático, vengativo y violento, el «máximo líder» se hubiera atrevido a propiciar o patrocinar el asesinato del presidente de Estados Unidos. Entre otras razones porque su propósito supremo era la preservación de su propio poder. Si los estadounidenses hubieran logrado atribuir el asesinato de Kennedy a La Habana, es enormemente probable que la consecuencia

hubiera sido una acción directa que habría acabado con Castro y su Revolución. No hay pruebas creíbles que respalden las teorías conspirativas que sostienen que Cuba o la URSS tuvieron alguna responsabilidad en el asesinato del mandatario.

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 se interpretó alrededor del mundo como un acontecimiento que señalaba el triunfo del capitalismo y la libertad sobre las fuerzas de la opresión y la desacreditada doctrina del comunismo. La Unión Soviética se derrumbó dos años después con sus vastas fuerzas armadas y su arsenal nuclear intactos. John Lewis Gaddis escribió en 1997: «Es posible que Occidente prevaleciera durante la Guerra Fría ... sencillamente porque ese conflicto tuvo lugar en un momento de la historia en que las condiciones que durante miles de años habían favorecido el autoritarismo dejaron de hacerlo de forma repentina». [50]

Un cuarto de siglo después, y en especial tras el asalto asesino de Vladímir Putin a Ucrania, es imposible seguir sosteniendo esa opinión. Lawrence Freedman escribió recientemente que el optimismo que marcó el primer decenio de la posguerra fría parece hoy ingenuo: «El regreso a la competencia entre las grandes potencias se describe ahora como una característica definitoria de la década de 2020». [51] Las autocracias, sobre todo la China del presidente Xi, se encuentran en auge. El fracaso económico fue la causa fundamental del colapso del imperio soviético. Sin embargo, uno de los logros más notables y deprimentes de la URSS fue ejercer su nefasta influencia en los asuntos mundiales desde una posición estratégica de debilidad cada vez mayor, y exactamente lo mismo puede decirse en la actualidad de la Federación Rusa que la sucedió. En el siglo XXI, las únicas exportaciones significativas de Rusia son el petróleo, el gas y la violencia extrema. No obstante, estas han permitido al presidente Putin tener un peso asombroso en el ámbito internacional, con fines incansablemente malignos. El mandatario ruso ejerce una autoridad

personal con menos ataduras de las que tenía Jrushchov en la época del Presídium soviético. Al mismo tiempo, las instituciones de Estados Unidos se han visto asediadas desde dentro por fuerzas que, en parte, deben calificarse como neofascistas, en un proceso que quienes dirigían el país de 1962 habrían considerado incomprensible y aterrador. El orden liberal está en peligro debido tanto a sus enemigos internos como a sus adversarios externos.

Aunque este relato incluye críticas a la política de Estados Unidos, en especial en lo referente a Cuba, ningún ciudadano del Occidente moderno debería perder de vista una realidad fundamental: en la Guerra Fría, Estados Unidos lideraba las fuerzas que aspiraban a fomentar las libertades humanas a las que la Unión Soviética se oponía desde una perspectiva ideológica. En la política y en las relaciones internacionales el bien y el mal son siempre relativos. Todos los que hoy vivimos en países democráticos tenemos motivos para agradecer que Estados Unidos impidiera a las superpotencias comunistas hacerse con la victoria, aunque el resultado —visto desde una distancia de décadas— no fue precisamente el amplio triunfo de la libertad que los visionarios proclamaban en 1991.

El hecho más importante de ese período de confrontación fue que el mundo sobrevivió sin sufrir una catástrofe nuclear. El que haya sido así evidencia la existencia, en ambos bandos, de una especie de sabiduría colectiva que trascendía los errores de apreciación del Kremlin y de la Casa Blanca: su sentido de Estado era, en conjunto, mayor que el de sus partes consideradas por separado. Se ha observado que tanto Jrushchov como Kennedy no eran buenos para evitar las crisis, pero, no obstante, supieron gestionarlas con eficacia.[52] En algunos de los actuales líderes políticos y militares de Occidente se percibe cierta nostalgia (que en 1991 hubiera parecido inconcebible) por las certezas antagónicas de aquella época. Hoy el orden y la estabilidad internacionales han sido desterrados, acaso para

siempre. No parece mera añoranza sostener que Jrushchov era un líder ruso más racional y mesurado que Putin.

Lo que está ocurriendo en nuestros días no es, por muchas razones, una reanudación de la vieja Guerra Fría, aunque bien puede constituir el comienzo de una nueva. Lo que está en juego es el dominio y la influencia territorial, más que la ideología. Como escribió recientemente Rodric Braithwaite: «El papel de la Unión Soviética como segunda superpotencia ya no está al alcance [de Rusia] ... China lo ha ocupado».[53] Ese cambio, como es obvio, no hace que el mundo sea más seguro. Empezando por Taiwán y toda la periferia rusa, hay una serie de lugares que podrían desencadenar un conflicto de consecuencias tan graves para la humanidad como las que se vislumbraban hace sesenta años, consecuencias que se han puesto de nuevo de manifiesto con la invasión de Ucrania. En cierto sentido, esta última crisis es un reflejo invertido de la de 1962 en Cuba: al igual que, desde un punto de vista estratégico, la URSS se descubrió irremediablemente perdida en una isla situada a apenas 150 kilómetros de las costas de Norteamérica, Occidente enfrenta en la actualidad graves dificultades para asegurar el futuro de un Estado vulnerable que es vecino inmediato de Rusia. El entendimiento entre los líderes de China, Rusia y Estados Unidos es tan remoto como lo ha sido siempre, y la simpatía mutua parece inalcanzable. Las posibilidades de que alguien cometa un error de cálculo catastrófico son hoy tan grandes como lo eran en la Europa de 1914 o en el Caribe de 1962.

Durante la crisis de los misiles, incluso los halcones del Kremlin reconocían que en un enfrentamiento nuclear solo podía haber un ganador (si es que es posible usar tal palabra, aunque sea en sentido peyorativo) y que este no sería la URSS. Ese conocimiento fue determinante en sus decisiones. Hoy, por el contrario, muchos gurús de la estrategia creen que China, aprovechando la superioridad de sus armas hipersónicas, podría perfectamente imponerse en una confrontación aérea y naval con las fuerzas

de Estados Unidos frente a su costa. Mientras que en 1962 la Unión Soviética de Jrushchov se limitaba a hacerse pasar por una potencia igual a Estados Unidos, sesenta años después China está cada vez más cerca de poder reclamar de forma legítima ese estatus de par, y con un PIB ocho veces mayor que el de Rusia, lo que la hace más peligrosa en la misma medida.

Entre tanto, el resentimiento obsesivo de Vladímir Putin, su ansia de respeto y su disposición a correr riesgos enormes y a cometer atrocidades espantosas más allá de las fronteras de Rusia en pos de una fantasía paneslava, se han visto incrementados por su consciencia del gigantesco progreso de China y el ininterrumpido dominio tecnológico e innovador de Estados Unidos, frente al relativo estancamiento de Rusia. La concepción de la historia otrora oficial de la KGB está distorsionada por una mezcla de ignorancia, amoralidad y nacionalismo, a la que contribuye en no menor medida el relato victimista de país agraviado que Rusia ha cultivado durante largo tiempo. No deberíamos tener ninguna duda de que la invasión rusa de Ucrania es un acto mucho más grave en el orden moral que el despliegue de los misiles en Cuba por parte de Jrushchov. En 1962 la Unión Soviética tenía una especie de argumento para justificar sus acciones. Putin en 2022 no tiene ninguno.

Sin embargo, también debemos reconocer una creencia y un motivo de queja muy extendidos en Rusia, a saber, que durante décadas Estados Unidos aprovechó su poderío nuclear y convencional para frustrar las aspiraciones de Moscú y mantener el dominio sobre su vasta esfera de influencia, algo que de hecho resultó muy visible en la crisis de los misiles. Gueorgui Shajnazárov, que trabajó para Mijaíl Gorbachov en el Kremlin, se dirigió a los veteranos del ExCom que en 1987 asistían a una histórica conferencia sobre la crisis: «Todos ustedes se sentían en una posición de superioridad militar y moral. Hablaban de engaño y demás. Sin embargo, según el derecho internacional, no había ninguna razón por la que

debiéramos informarles de antemano [del despliegue cubano]. Del mismo modo en que ustedes no nos informaron de su intención de instalar misiles en Turquía ... El conflicto era político, y el argumento moral no estaba claro». [54] Putin no es el único ruso contemporáneo que ve hipocresía en los esfuerzos de Occidente por impedir, por ejemplo, que el Kremlin imponga su hegemonía sobre Ucrania. La intervención de Shajnazárov continuaba: «Estados Unidos no quería reconocer el derecho de otros países a disfrutar de una seguridad igual. Deseaba mantener su superioridad ... Según el derecho internacional, ambas partes tienen el mismo derecho a llegar a acuerdos con terceros para proteger su seguridad». [55]

El pasaje anterior no pretende transmitir el más mínimo entusiasmo por el actual régimen del Kremlin, ni deseo convertirme en lo que los alemanes han dado en llamar de forma despectiva un *Putinversteher*, un «comprendedor de Putin». Todo lo contrario: pretende mostrar, en cierta forma, cuán diferente es el mundo visto desde Moscú del mundo visto desde Washington o Londres. A medida que nos hacemos mayores, aprendemos que no hay una única verdad o lógica universal: cada cultura cultiva su propio relato. En el siglo XXI, al igual que en 1987 cuando hablaba Shajnazárov, los estadounidenses y los rusos tienen perspectivas opuestas tanto sobre la crisis de los misiles como sobre muchas otras cosas.

Walter Lippmann escribió con sabiduría que desde 1938 se abusa a menudo de la palabra «apaciguamiento» para descalificar a quienes buscan pactos internacionales que resultan necesarios: «No es posible decidir estas cuestiones de vida o muerte para el mundo mediante epítetos como “apaciguamiento”. No coincido con quienes piensan que tenemos que ir y derramar un poco de sangre para demostrar que somos hombres viriles». [56] Sir Michael Howard, el gran historiador inglés, dijo en la vejez: «El apaciguamiento con frecuencia es una política muy sensata cuando estás tratando con un líder menos satánico que Adolf Hitler». [57]

No obstante, resulta difícil, si no imposible, hacer una defensa fundada en principios del apaciguamiento de Vladímir Putin, que no es lo mismo que reconocer los problemas prácticos y estratégicos que plantea la necesidad de frustrar sus ambiciones. Quizá sea políticamente imposible que las tropas occidentales se enfrenten de forma directa a los agresores rusos en Ucrania, pero sin duda es necesario desplegar fuerzas de la OTAN preparadas para hacerlo en los países bálticos y en Polonia. Aunque los peligros de una guerra general con Rusia son reales, también lo son los de responder con pasividad ante la grave amenaza que supone para el orden y la seguridad europeos.

Uno de los temas de este libro es que quienes hoy desestiman los riesgos inherentes a la crisis de los misiles, con el argumento de que ni Kennedy ni Jrushchov querían una guerra nuclear, están equivocados. En 1962, el mundo tuvo suerte. Nuestra esperanza de evitar una catástrofe futura depende de que los líderes nacionales del siglo XXI no pierdan de vista ni por un momento la magnitud de los peligros que conllevan las armas que tienen a su disposición. Desde hace décadas, el riesgo de un conflicto nuclear, que en el momento álgido de la Guerra Fría ocupaba a menudo las primeras páginas de los periódicos, apenas suscita debate entre los ciudadanos normales y corrientes, mucho más preocupados por las amenazas que plantean el cambio climático, las pandemias, los conflictos armados convencionales y el terrorismo. Si algo mínimamente bueno ha surgido de la terrible maldad de la invasión de Ucrania en 2022, es el haber espabilado a quienes en Occidente se habían quedado dormidos para recordarles la importancia vital de la seguridad, que debe incluir elementos poderosos tanto de capacidad militar como de voluntad política. El gobierno estadounidense no podría haber logrado una resolución tolerable de la crisis de los misiles si en Moscú nadie hubiera sabido que poseía las armas necesarias para respaldar su diplomacia con una fuerza avasalladora.

En 2022 la humanidad cuenta aún con los medios para destruirse a sí misma. El poder para iniciar una pesadilla apocalíptica se reparte entre el número creciente de países que poseen armamento nuclear. Dado el carácter de la tecnología, los controles destinados a impedir el uso de esas armas terribles por parte de subordinados descuidados, o trastornados, son inevitablemente imperfectos. Un lema legítimo para todo líder nacional es: Ten miedo. Ni John Fitzgerald Kennedy ni Nikita Serguéyevich Jrushchov carecían de valor, pero lo que los distinguía de Fidel Castro, así como de algunos mandos militares a ambos lados del «telón de acero», es que los dos tenían una prudente obsesión respecto a las consecuencias. El 1 de marzo de 1955, en su último gran discurso ante la Cámara de los Comunes del Reino Unido, Winston Churchill dijo: «Es muy posible que, a través de un proceso de sublime ironía, hayamos alcanzado en este mundo un estado en el que la seguridad es la hija robusta del terror y la supervivencia la hermana gemela de la aniquilación». [58]

Esta es la visión optimista. Sin embargo, incluso un estadista tan intrépido como Churchill no podría dejar de ver con preocupación el ascenso de aventureros autoritarios cuya característica más conspicua es el apetito por la opresión y la agresión. Esto lo comparten el presidente Xi, el presidente Putin y el líder supremo Kim Jong-un. Todos ellos se consideran a salvo de las consecuencias de sus acciones más extravagantes por una fachada escénica de legitimidad electoral, así como por la posesión de armas nucleares. No obstante, además de hacer frente de forma constructiva al cambio climático, nuestras mejores esperanzas de que el planeta sobreviva al siglo XXI se fundan en un imperativo: que a ningún líder nacional le falte el miedo que ha de anidar en el corazón de la sabiduría y que fue indispensable para la resolución pacífica de la crisis de los misiles cubanos.

Agradecimientos

Este libro fue una ocurrencia de mi formidable agente Andrew Wylie, al que me alegra agradecer en primer lugar. Mi siguiente deuda es, como desde hace tantos años, con el maravilloso equipo de HarperCollins en Londres, sobre todo con Charlie Redmayne, Arabella Pike y Helen Ellis, así como con Jonathan Jao, de HarperCollins en Nueva York: muchas gracias a todos. Iain Hunt ha demostrado ser un corrector ejemplar, y le estoy agradecido por la meticulosidad con la que revisó el texto y, en particular, por ocuparse de mi empedernida debilidad por la tautología.

La pandemia del covid-19 planteó problemas sin precedentes y persistentes para los estudiosos e investigadores de todo el mundo debido al cierre de muchos archivos y la dificultad y, de hecho, durante largos períodos, la imposibilidad de realizar viajes internacionales. Los Archivos Nacionales del Reino Unido han permanecido casi inaccesibles durante la mayor parte de los dos últimos años, y me vi obligado a cancelar los viajes que tenía previsto hacer tanto a Estados Unidos como a Cuba. Por tanto, en esta oportunidad mi investigación ha dependido, mucho más que en cualquiera de mis libros anteriores, de obras ya publicadas y de fuentes disponibles en Internet. En Estados Unidos, George Cully hizo una contribución inestimable a este trabajo explorando, con magníficos resultados, el archivo histórico de la fuerza aérea en Montgomery, Alabama. Margaret MacMillan me proporcionó una multitud de enlaces a materiales del Proyecto de Historia Internacional de la Guerra Fría (CWIHP, por sus siglas en inglés) del Centro Wilson; y también me he beneficiado

enormemente de las fuentes disponibles en línea a través del Archivo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, la web de colecciones históricas de la CIA y el Centro Miller de la Universidad de Virginia.

He citado varios mensajes y documentos conservados en el archivo histórico de la armada estadounidense que esperaba consultar por mi cuenta, pero que en esta ocasión me he visto obligado a copiar de *One Minute to Midnight*, el excelente libro de Michael Dobbs. Michael me prestó también una ayuda inestimable con los mapas y las imágenes, y, además, me puso en contacto con Svetlana Savranskaya, de la Universidad George Washington, probablemente la persona del mundo que más sabe sobre las actividades de los submarinos soviéticos durante la crisis, que tuvo la amabilidad de revisar mi relato sobre esos hechos.

En el caso del material británico, he de señalar en especial mi deuda con el libro de Peter Hennessy, *Winds of Change: Britain in the Early Sixties*, publicado en 2019. Por su parte, el especialista en aviación Chris Pocock es una mina de información sobre el programa del avión espía U-2: él tuvo la gentileza de corregir y criticar los pasajes del libro que abordan el extraordinario papel que desempeñó esta aeronave en la crisis. Ian Ballantyne me proporcionó consejos acerca de los submarinos, derivados de las investigaciones que ha realizado para sus valiosos libros. Sir Rodric Braithwaite, distinguido historiador de la Guerra Fría y exembajador del Reino Unido en Moscú, leyó y comentó el texto.

Otros amables amigos, en especial Margaret MacMillan y George Walden, hicieron lo mismo. Quiero agradecer en especial a Fred Logevall, que en medio de su magistral biografía de Kennedy, cuyo primer volumen ha recibido el aplauso universal, encontró el tiempo para realizar algunas críticas y correcciones clave a mis pasajes sobre el presidente, que es un alivio haber podido enmendar antes de la publicación del libro y no después. Igual de importante ha sido la contribución de Jim Hershberg, profesor de Historia y Relaciones Internacionales en la Universidad George

Washington, que ha dedicado décadas a estudiar y escribir sobre la crisis de los misiles. Sus detallados comentarios y correcciones han sido muy valiosos. Sheldon Stern, durante veintidós años historiador residente de la Biblioteca John F. Kennedy, también examinó mi relato y realizó sugerencias que, en su mayoría, he tenido en cuenta. Mi deuda con la generosidad y la sabiduría de estos distinguidos estudiosos es inmensa, pero, por supuesto, ellos no son responsables de los errores que puedan persistir y, tampoco, de mis juicios y opiniones.

La Biblioteca de Londres ha hecho su habitual y maravillosa contribución a mi trabajo; y antes de la muerte en 2019 de mi querido amigo el profesor sir Michael Howard, pude tomar prestados importantes materiales de sus estantes y archivos. Mi secretaria, Rachel Lawrence, sigue siendo tan indispensable para mi trabajo como lo ha sido durante la mayor parte de los últimos treinta y cinco años. Su contribución solo es superada por la de mi esposa Penny, a quien le gusta decir que es una suerte que pueda escribir y hablar un poco, pues mis demás talentos son... ¿cómo decirlo?... limitados.

Notas y referencias

En la narración anterior, de acuerdo con mi práctica habitual, no he señalado fuentes explícitas para aquellas citas de los actores clave que desde hace mucho tiempo forman parte del dominio público. A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las palabras pronunciadas dentro de la Casa Blanca provienen de la edición de 2001 de las transcripciones de May y Zelikow, publicadas como *The Kennedy Tapes*, si bien he comprobado la redacción con el completo y detallado catálogo de errores de Sheldon Stern. Las siglas UKNA designan los materiales de los Archivos Nacionales del Reino Unido. Las entrevistas para este libro fueron realizadas, en Cuba, por Alexander Correa Iglesias y, en Ucrania, con el antiguo personal de las fuerzas armadas soviéticas, por Oleksii Ivashin, a quien quiero manifestar de forma muy especial mi gratitud en estos días en que se encuentra luchando por su país. El material en ruso ha sido traducido por la doctora Lyuba Vinogradova, a menos que se señale otra cosa; ella también se ocupó de las entrevistas realizadas dentro de Rusia.

Bibliografía

La bibliografía sobre la crisis de los misiles es muy amplia. En lugar de intentar catalogarla por entero, lo que sería absurdo, he optado aquí por una selección más pragmática y enumerado solo aquellos títulos que he consultado personalmente a lo largo de la redacción de este libro. La omisión de una obra en particular no pretende en ningún momento sugerir que sea inadecuada o irrelevante.

Paradójicamente, existen tres versiones de las memorias de Nikita Jrushchov, editadas, para darles coherencia, a partir de los sucesivos fragmentos que llegaron a Occidente. Muchos pasajes son inexactos o cuestionables, pero se considera que todos reflejan de forma creíble las opiniones del exlíder soviético en su vejez.

Artículos y fuentes disponibles en Internet

Absher, Kenneth Michael, *A Personal Account of the Cuban Missile Crisis*, US Army War College Press, 2009, disponible en https://press.armywarcollege.edu/monographs/352.

Barrett, David, «The Bay of Pigs Fiasco and the Kennedy Administration's Off-the-Record Briefings for Journalists», en *Journal of Cold War Studies*, primavera de 2019, pp. 3-26.

Blanton, Thomas, William Burr y Svetlana Savranskaya (eds.), *The Underwater Cuban Missile Crisis: Soviet Submarines and the Risk of*

Nuclear War, Archivo de Seguridad Nacional (Universidad George Washington), 24 de octubre de 2012, disponible en https://nsarchive2.gwu.edu//NSAEBB/NSAEBB399/.

Borzunov, Borís, *Life of Marshal Malinovsky in Photographs and Documents*, SM144 7.9.202.

Byrne, Malcolm, *National Security Archive: CIA Assassination Plot Targeted Cuba's Raul Castro*, en H-Diplo, publicado el 18 de abril de 2021.

—, *National Security Archive: Did JFK Send a Secret Warning to Fidel Castro?*, James Hershberg H-Diplo, publicado el 29 de abril de 2021.

Chudik, G. R., «Memorias de un veterano de la operación "Anádir"», 22 de octubre de 2016, publicado en http://8oapvo.net/, la página web de los veteranos del 8.º Ejército de Defensa Antiaérea Independiente (Sait veteranov 8 otdelnoi armii PVO).

Crandall, Russell, reseña de Simon Hall, *Ten Days in Harlem*, en *Survival*, vol. 63, n.º 2, abril de 2021, pp. 173-180.

www.cubanos.ru. Sitio web en el que los veteranos soviéticos relatan sus experiencias en Cuba.

DeWeerd, H. A., *British Attitudes in the Cuban Crisis*, Rand Corporation, P-2709, febrero de 1963, publicado en 2008.

Dmitriev, Anatoli, *Boevye Deistviya i Poteri Sovetskoi Gruppy Voisk v Respublike Kuba v Period Karibskogo Krizisa i VSO «Anadyr», 1961-1964* («Acciones de combate y bajas del grupo de fuerzas soviéticas en la República de Cuba durante la crisis del Caribe y la operación Anádir»), Biskek, 2017.

Dobrynin, Anatoli, telegrama al ministro soviético de Asuntos Exteriores, 23 de octubre de 1962, en *CWIHP Bulletin*, 5, primavera de 1995, pp. 70-71.

Dubivko, Alekséi F. (capitán del submarino B-36), *In the Depths of the Sargasso Sea* («En las profundidades del mar de los Sargazos»),

traducción al inglés de Svetlana Savranskaya, disponible en https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB75/Dubivko.pdf.

Ferrer, Ada, *Cuba: An American History*, 31 de enero de 2022, webinario del Wilson Center, disponible en https://www.wilsoncenter.org/event/cuba-american-history-0.

Flota del Norte de la URSS, *Report about participation of submarines ... in the Operation "Anadyr" during the period of October-December, 1962* («Informe sobre la participación de los submarinos ... en la operación Anádir entre octubre y diciembre de 1962»), traducción al inglés de Svetlana Savranskaya, disponible en https://nsarchive2.gwu.edu//NSAEBB/NSAEBB399/docs/Report%20of%20the%20submarine%20mission.pdf.

Freedman, Lawrence, «The Crisis of Liberalism and the Western Alliance», en *Survival*, diciembre-enero de 2022, pp. 37-43.

Goldgeier, James, Thomas W. Simons, Vladimir Pechatnov, Vladislav Zubok, Dan Caldwell, Jenny Thompson y Sherry Thompson, «Cold War Adviser: Llewellyn Thompson and the Making of U.S. Policy toward the Soviet Union», en *Journal of Cold War Studies* 21 (3), 1 de agosto de 2019, pp. 222-257, disponible en https://doi.org/10.1162/jcws_c_00899.

Henning, Heiko, «Senator Keating's Source», 21 de febrero de 2017, en www.wilsoncenter.org.

Hershberg, James, *New Russian Evidence on Soviet-Cuban Relations, 1960-1961*, febrero de 2019, en www.wilsoncenter.org.

—, «The United States, Brazil, and the Cuban Missile Crisis, 1962», en *Journal of Cold War Studies*, 2004 (publicado en dos partes en las ediciones de primavera y verano).

Izvestia, entrevista con Fiódor Burlatski, 22 de octubre de 2002, JFKlibrary.org.

Kamanin, Nikolái, diarios, disponible en http://militera.lib.ru/db/kamanin_np/index.html.

Kent, Sherman, «The Cuban Missile Crisis of 1962: Presenting the Photographic Evidence Abroad», en *Studies in Intelligence*, 10/2, primavera de 1972, pp. 22-23.

—, «A Crucial Estimate Relived», Center for the Study of Intelligence, 1994.

Kommersant (periódico), 15 de febrero de 2017.

«Lympne & the Cuban Missile Crisis», en *Lympne Airfield Historical Society Bulletin*, noviembre de 2021.

McAuliffe, Mary S. (ed.), *CIA Documents on the Cuban Missile Crisis (1962)*, CIA History Staff, octubre de 1992.

Mpofu-Walsh, Sizwe, *Obedient Rebellion: Nuclear-Weapon-Free Zones and Global Nuclear Order, 1967-2017*, tesis doctoral, Universidad de Oxford, 2020, disponible en https://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:1989894d-1e20-419e-8b39-84a02b53cf05.

Novotný, Antonín, minutas de la reunión con Jrushchov celebrada el 30 de noviembre de 1962, disponible en https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115219, y publicadas originalmente en *CWIHP* (Cold War International History Project) *Bulletin*, 17/18, otoño de 2012, pp. 401-403.

Orlov, Vadim (oficial del submarino B-59), *We Will Sink Them All, But We Will Not Disgrace Our Navy* («Los hundiremos a todos, pero no deshonraremos a nuestra armada»), traducción al inglés de Svetlana Savranskaya disponible en https://nsarchive2.gwu.edu//NSAEBB/NSAEBB399/docs/asw-II-16.pdf.

Overton, J., «Urgent: Put This in Your Purse», 14 de enero de 2021, disponible en https://warroom.armywarcollege.edu/special-series/dusty-shelves/in-your-purse/.

Paterson, Thomas G., «The Historian as Detective: Senator Kenneth Keating, the Missiles in Cuba and His Mysterious Sources», en *Diplomatic History*, vol. 11, n.º 1, 1987, pp. 67-70.

Peterson, John (capitán de la armada de EE.UU.), testimonio en la conferencia «The Cuban Missile Crisis: A Political Perspective after 40 Years», La Habana, Cuba, 11-12 de octubre de 2002, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=AII2KNH18Jc.

Plokhy, Serhii, «Nuclear Folly», conversación sobre el libro en el Centro Wilson, 21 de abril de 2021, disponible en https://www.wilsoncenter.org/event/book-talk-nuclear-folly.

www.prozhito.org. Excelente proyecto de la Universidad Europea de San Petersburgo que recopila gran cantidad de diarios íntimos y materiales históricos.

Reid, Tim, «Soviet Submariner "Saved the World" in Cuban Crisis», en *The Times*, 14 de octubre de 2002.

Savranskaya, Svetlana, «New Sources on the Role of Soviet Submarines in the Cuban Missile Crisis», en *Journal of Strategic Studies*, 24 de enero de 2007, disponible en https://doi.org/10.1080/01402390500088312.

Scherer, John, «Reinterpreting Soviet Behavior during the Cuban Missile Crisis», en *World Affairs*, vol. 144, n.º 2, otoño de 1981, pp. 110-125.

Shirokorad, Aleksandr, «Love at the Front», en *Nezavisimaya Gazeta*, 14 de octubre de 2016.

sputnik.by. Web bielorrusa de la agencia de noticias Sputnik.

Stern, Sheldon M., «Reflections on Fredrik Logevall's *JFK: Coming of Age in the American Century, 1917-1956*», en History News Network, Columbian College of Arts & Sciences (Universidad George Washington), 13 de diciembre de 2020.

—, «Errors Still Afflict the Transcripts of the Kennedy Presidential Recordings», en History News Network, 17 de marzo de 2004.

Steury, Donald (ed.), *Sherman Kent and the Board of National Estimates: Collected Essays*, CIA, 2004.

Trachtenberg, Marc, «The Influence of Nuclear Weapons in the Cuban Missile Crisis», en *International Security*, vol. 10, n.º 1, verano de 1985, pp. 137-163.

Udall, Stewart, «Poetry, Stalinism and the Cuban Missile Crisis», en *Los Angeles Times*, 30 de octubre de 1988.

USAF, «Cuban Crisis», documental (fragmento) de 1962, disponible en https://openvault.wgbh.org/catalog/V_35708B61D5AB4E7AAD9E03CCF38764A0.

www.wilsoncenter.org. La web del Centro Wilson tiene disponible una enorme y maravillosa colección de materiales relacionados con la crisis de los misiles.

Wolman, David, «The Once-Classified Tale of Juanita Moody», en *Smithsonian Magazine*, marzo de 2021.

Zelikow, Philip, respuesta a James G. Hershberg, «Saving the Bay of Pigs Prisoners» (Archivo de Seguridad Nacional), en H-Diplo, 29 de abril de 2021.

Libros

Abel, Elie, *The Missile Crisis*, Bantam, 1966.

Alford, Mimi, *Once Upon a Secret: My Affair with President John F. Kennedy and Its Aftermath*, Random House, 2013. [Hay trad. cast.: *Érase una vez un secreto: mi affaire con el presidente John F. Kennedy y sus consecuencias*, Aguilar, Madrid, 2013.]

Allison, G. T., A. Carnesale y J. S. Nye (eds.), *Hawks, Doves and Owls: An Agenda for Avoiding Nuclear War*, Norton, 1985.

Allison, Graham, y Philip Zelikow, *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*, Addison Wesley Longman, 1999.

Ambrose, Stephen, *Nixon*, vol. 1*: The Education of a Politician 1913-1962*, Simon & Schuster, 1987.

Anderson, Terry, *The Sixties*, Routledge, 1999.

Ballantyne, Iain, *Hunter-Killers*, Orion, 2013.

—, *The Deadly Trade*, Weidenfeld & Nicolson, 2018.

Benson, Thomas W., *Writing JFK: Presidential Rhetoric and the Press in the Bay of Pigs Crisis*, Texas A&M University Press, 2004.

Beschloss, Michael, *The Crisis Years: Kennedy & Khrushchev 1960-1963*, HarperCollins, 1991.

Bird, Kai, *The Color of Truth: McGeorge Bundy and William Bundy: Brothers in Arms*, Touchstone, 1998.

Blight, James, y David Welch, *On the Brink: Americans and Soviets Reexamine the Cuban Missile Crisis*, Hill & Wang, 1989.

Boot, Max, *The Road Not Taken: Edward Lansdale and the American Tragedy in Vietnam*, Head of Zeus, 2018.

Braithwaite, Rodric, *Armageddon and Paranoia: The Nuclear Confrontation*, Profile, 2017.

Brinkley, Douglas, *Dean Acheson: The Cold War Years 1953-1971*, Yale University Press, 1992.

Brokaw, Tom, *Boom! Talking about the Sixties*, Random House, 2007.

Brugioni, Dino, *Eyeball to Eyeball*, Random House, 1991.

Bundy, McGeorge, *Danger and Survival: Choices about the Bomb*, Random House, 1988.

Burleigh, Michael, *Day of the Assassins: A History of Political Murder*, Picador, 2021.

Chafe, William H., *America since World War II*, Oxford University Press, 1986.

Chang, Laurence, y Peter Kornbluh (eds.), *The Cuban Missile Crisis 1962: An NSA Documents Reader*, New Press, 1998.

Clifford, Clark, *Counsel to the President*, Random House, 1991.

Colman, Jonathan, *The Cuban Missile Crisis: Origins, Course and Aftermath*, Edinburgh University Press, 2016.

Crump, Thomas, *Brezhnev and the Decline of the Soviet Union*, Routledge, 2014.

Dallek, Robert, *John F. Kennedy: An Unfinished Life*, Little, Brown, 2003. [Hay trad. cast.: *J. F. Kennedy: Una vida inacabada*, Península, Barcelona, 2018.]

DePalma, Anthony, *The Cubans*, Bodley Head, 2020.

Dobbs, Michael, *One Minute to Midnight*, Hutchinson, 2008.

Dobrynin, Anatoli, *In Confidence*, Times Books, 1995.

Ellsberg, Daniel, *The Doomsday Machine: Confessions of a Nuclear Planner*, Bloomsbury, 2017.

Evans, Harold, *Downing Street Diary*, Hodder, 1981.

Ferrer, Ada, *Cuba: An American History*, Simon & Schuster, 2021.

Freedman, Lawrence, *The Evolution of Nuclear Strategy*, Macmillan, 1982. [Hay trad. cast.: *La evolución de la estrategia nuclear*, Ministerio de Defensa, Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural, Madrid, 1992.]

—, *Atlas of Global Strategy*, Equinox, 1985.

Fursenko, Aleksandr, y Timothy Naftali, «*One Hell of a Gamble*»*: The Secret History of the Cuban Missile Crisis*, Norton, 1997.

—, *Khrushchev's Cold War*, Norton, 2006.

Gaddis, John Lewis, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, Oxford University Press, 1997.

—, *The Cold War*, Allen Lane, 2005. [Hay trad. cast.: *La guerra fría*, RBA, Barcelona, 2008.]

Galbraith, J. K., *The Affluent Society*, Houghton Mifflin, 1958. [Hay trad. cast.: *La sociedad opulenta*, Ariel, Barcelona, 1992.]

—, *Name-Dropping: From FDR On*, Houghton Mifflin, 1999. [Hay trad. cast.: *Con nombre propio*, Crítica, Barcelona, 2000.]

Gitlin, Todd, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, Bantam, 1993.
Gott, Richard, *Cuba: A New History*, Yale University Press, 2004. [Hay trad. cast.: *Cuba: una nueva historia*, Akal, Madrid, 2006.]
Gromiko, Andréi, *Pamiatnoe* («Memorias»), Izdatelstvo polititcheskoi literatouri, Moscú, 1988.
Guerra, Lillian, *Visions of Power in Cuba*, University of North Carolina Press, 2012.
Halberstam, David, *The Best and the Brightest*, Random House, 1972.
Hale-Dorrell, Aaron, *Corn Crusade: Khrushchev's Farming Revolution*, Oxford University Press, 2019.
Hall, Simon, *Ten Days in Harlem: Fidel Castro and the Making of the 1960s*, Faber, 2020.
Hansen, Jonathan, *Young Castro: The Making of a Revolutionary*, Simon & Schuster, 2019.
Hastings, Max, *Nemesis: The Battle for Japan 1944-1945*, Harper Press, 2007. [Hay trad. cast.: *Némesis: la derrota de Japón, 1944-1945*, Crítica, Barcelona, 2008.]
Helms, Richard, *A Look Over My Shoulder*, Random House, 2003.
Hennessy, Peter, *Winds of Change: Britain in the Early Sixties*, Penguin, 2019.
Hodgson, Godfrey, *In Our Time: America from World War II to Nixon*, Macmillan, 1976.
Holland, Max, y David Barrett, *Blind Over Cuba*, Texas A&M University Press, 2012.
Hornsby, Robert, *Protest, Reform and Repression in Khrushchev's Soviet Union*, Cambridge University Press, 2013.
Howard, Michael, *Captain Professor*, Continuum, 2006.
Humphrey, Nicholas, y Robert Jay Lifton, *In a Dark Time*, Faber, 1984.
Isaacson, Walter, y Evan Thomas, *The Wise Men*, Faber, 1986.

Isserman, Maurice, y Michael Kazin, *America Divided: The Civil War of the 1960s*, Oxford University Press, 2000.

Jeffreys-Jones, Rhodri, *The CIA and American Democracy*, Yale University Press, 1989.

Johnson, Haynes, *The Bay of Pigs*, Hutchinson, 1965.

Joseph, Peter, *Good Times: An Oral History of America in the Nineteen Sixties*, Morrow, 1974.

Kagan, Robert, *Dangerous Nation*, Knopf, 2006.

Keep, John, *Last of the Empires: The Soviet Union 1945-1991*, Oxford University Press, 1995.

Kendall, Bridget, *The Cold War: A New Oral History*, BBC, 2017.

Kennedy, Robert, *13 Days*, Macmillan, 1969. [Hay trad. cast.: *Trece días: la crisis de Cuba*, Plaza & Janés, Barcelona, 1972.]

Jrushchov, Nikita, *Khrushchev Speaks*, edición de Thomas Whitney, University of Michigan Press, 1963.

—, *Khrushchev Remembers*, vol. 1, Deutsch, 1971. [Hay trad. cast.: *Kruschef recuerda*, Editorial Prensa Española, Madrid, 1970.]

—, *Khrushchev Remembers*, vol. 2*: The Last Testament*, edición de Strobe Talbott, Deutsch, 1974. [Hay trad. cast.: *Memorias: El último testamento*, Euros, Barcelona, 1975.]

Jrushchov, Serguéi, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*, Pennsylvania State University Press, 2000.

Kissinger, Henry, *The Necessity for Choice*, Harper & Row, 1960.

Kornbluh, Peter (ed.), *Bay of Pigs Declassified*, New Press, 1998.

Laqueur, Walter, *The Dream That Failed*, Oxford University Press, 1994.

Logevall, Fredrik, *JFK: Coming of Age in the American Century 1917-1956*, Viking, 2020.

Macmillan, Harold, *At the End of the Day*, Macmillan, 1974.

—, *The Macmillan Diaries*, vol. 2: *1959-1966*, edición de Peter Caterall, Pan, 2012.

Maultsby, Charles, *Towards the Unknown: Memoirs of an American Fighter Pilot*, Bookbaby, 2013.

Maxwell, Neville, *India's China War*, Cape, 1970.

May, Ernest, y Philip Zelikow (eds.), *The Kennedy Tapes: Inside the White House during the Cuban Missile Crisis*, Norton, 2002.

Menya okruzhayut stoletia («Siglos me rodean»: una historia del siglo XX a través de los ojos de los escolares), Mezhdunarodny Memorial, Moscú, 2017.

Mikoyán, Anastás, *Tak bylo* («Así fue»), Vagrius, 1999.

Munton, Don, y David Welch, *The Cuban Missile Crisis*, Oxford University Press, 2012.

O'Donnell, Kenneth, y David Powers, *Johnny, We Hardly Knew Ye*, Boston, 1972.

Parker, Richard, *The Legacy of John Kenneth Galbraith*, Farrar Straus and Giroux, 2005.

Perrotet, Tony, *Cuba Libre!*, Blue Rider Press, 2019. [Hay trad. cast.: *¡Cuba libre!: El Che, Fidel y la improbable revolución que cambio la historia del mundo*, HarperCollins, 2020.]

Plokhy, Serhii, *Nuclear Folly: A New History of the Cuban Missile Crisis*, Allen Lane, 2021.

Pocock, Chris, *Fifty Years of the U-2*, Schiffer Publishing, 2005.

Popov, N. V. (ed.), *Otkryvaya novye stranitsy ... Mezhdunarodnye voprosy: sobytiya i lyudi* («Abriendo nuevas páginas ... Asuntos Internacionales: Sucesos y personas»), Politizdat, 1989.

Reeves, Richard, *President Kennedy: Profile of Power*, Simon & Schuster, 1994.

Sagan, Scott, *The Limits of Safety: Organizations, Accidents and Nuclear Weapons*, Princeton University Press, 1993.

Salinger, Pierre, *With Kennedy*, Doubleday, 1966.

Sandbrook, Dominic, *Never Had It So Good*, Little, Brown, 2005.

Sandford, Christopher, *Harold & Jack*, Prometheus, 2014.
Schlesinger, Arthur, *A Thousand Days*, Andre Deutsch, 1965. [Hay trad. cast.: *Los mil días de Kennedy,* Aymá, Barcelona, 1966.]
—, *Robert F. Kennedy and His Times*, Andre Deutsch, 1978.
Scott, Len, *The Cuban Missile Crisis and the Threat of Nuclear War*, Continuum, 2007.
Shchekochijin, Yuri, *Raby GB*, Moscú, 2000.
Steel, Ronald, *Walter Lippmann and the American Century*, Routledge, 1980.
Stern, Sheldon, *The Cuban Missile Crisis in American Memory: Myths Versus Reality*, Stanford University Press, 2012.
—, *Averting the Final Failure*, Stanford University Press, 2003.
Talbott, Strobe (ed.), *Khrushchev Remembers*, Little, Brown, 1970.
Taubman, William, *Khrushchev: The Man and His Era*, Free Press, 2003. [Hay trad. cast.: *Kruschev: el hombre y su época*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.]
Taubman, William, Serguéi Jrushchov y Abbott Gleason (eds.), *Nikita Khrushchev*, Yale University Press, 2000.
Comité Taylor, *Operation Zapata*, University Publications of America, 1981.
Taylor, Maxwell, *Swords and Plowshares*, W. W. Norton, 1972.
Thomas, Evan, *The Very Best Men: The Daring Early Years of the CIA*, Simon & Schuster, 1995.
Troianovski, Oleg, *Cherez gody i rasstoyaniya: Istorya odnoi sem’i* («A través de los años y las distancias: historia de una familia»), Moscú, 1997.
Twining, Nathan, *Neither Liberty Nor Safety*, Holt, Rinehart & Winston, 1966.
Vail, Petr, y Aleksandr Genis, *60-e, Mir Sovietskogo Cheloveka* («La década de 1960: El mundo de una persona soviética»), Moscú, 2013.

Volkov, Solomon, *Dialogys Evgeniem Evtushenko* («Conversaciones con Yevgueni Yevtushenko»), Moscú, 2018.

Walker, Stephen, *Beyond: The Astonishing Story of the First Human to Leave Our Planet*, William Collins, 2021.

Westad, Odd Arne, *The Cold War: A World History*, Allen Lane, 2017. [Hay trad. cast.: *La Guerra Fría: Una historia mundial*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019.]

White, Theodore, *The Making of the President 1960*, Pocket Books, 1961.

Zubok, Vladislav, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War*, University of North Carolina Press, 2007. [Hay trad. cast.: *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Crítica, Barcelona, 2008.]

Láminas



La pesadilla de Estados Unidos (y el mundo entero) durante toda la Guerra Fría, visualizada aquí en una portada de la revista *Collier's*.



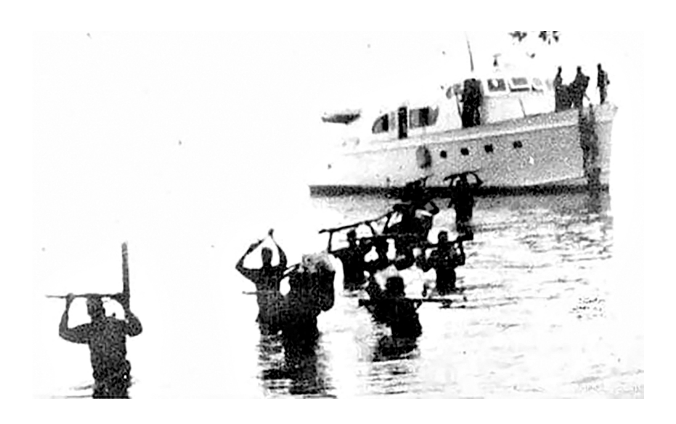
Los guerrilleros cubanos lucharon durante décadas para conseguir la independencia de España, que finalmente se concretó en 1902



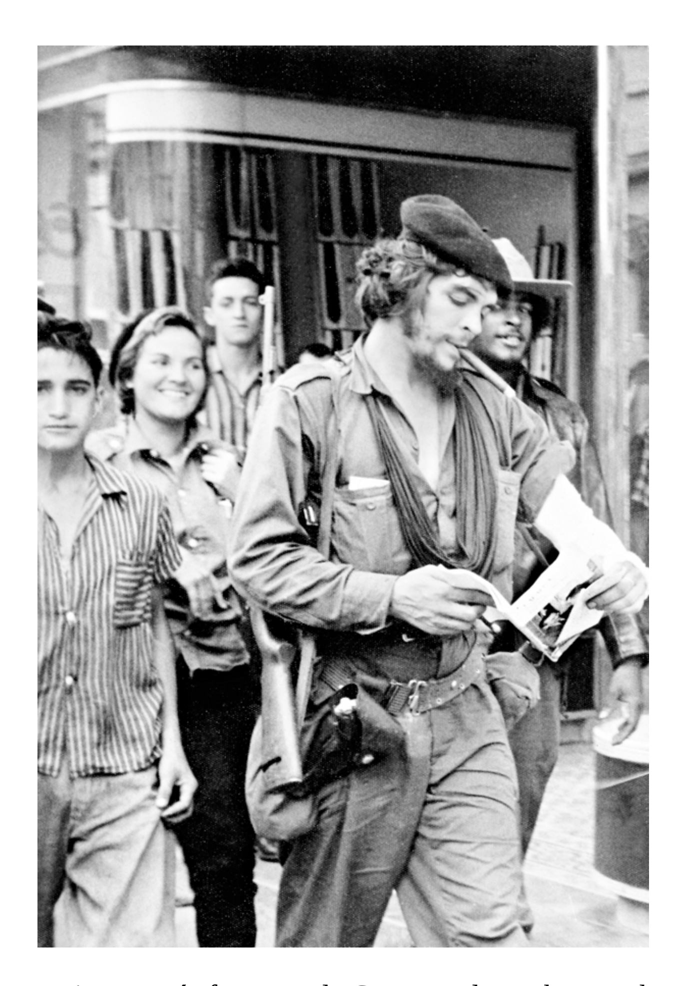
Los estadounidenses se aseguraron toda la publicidad por ese logro. Aquí, una representación romántica de los Rough Riders cargando en las lomas de San Juan el 1 de julio de 1898.



Los mejores amigos: el embajador estadounidense en La Habana, Earl Smith, y el que con frecuencia fuera su compañero jugando a la canasta, el dictador Fulgencio Batista (1952-1959).



La única foto (posiblemente falsa) de Castro y sus aspirantes a guerrilleros desembarcando del *Granma* el 2 de diciembre de 1956.



Barbudos: Los lugartenientes más famosos de Castro en la exuberante banda guerrillera que condujo a la victoria y el poder en Cuba el día de Año Nuevo de 1959. «Che Guevara»;



Camilo Cienfuegos;



Juan Almeida.



El Caballero en su marcha triunfal hacia La Habana.



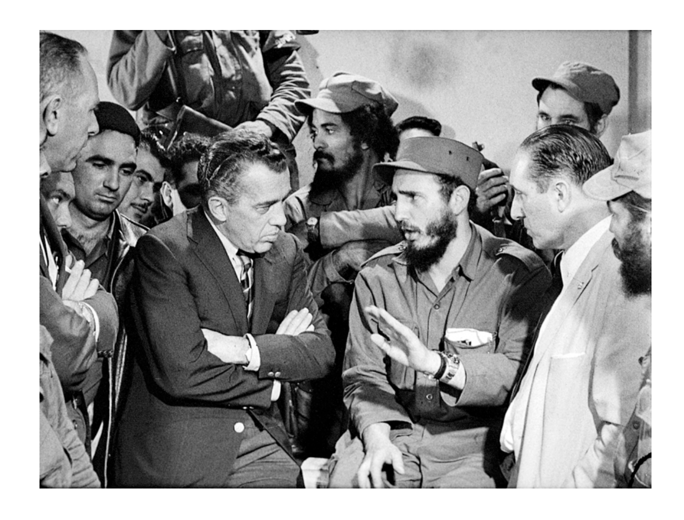
Algunas de las miembros del harén de admiradoras devotas de Castro: Marita Lorenz;



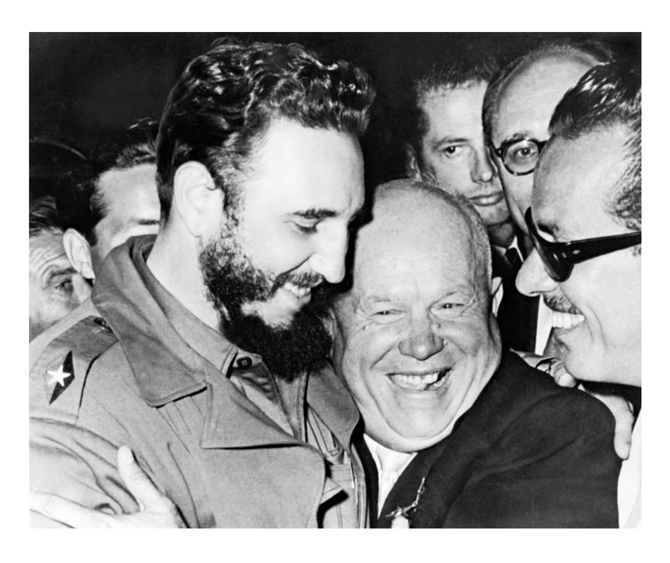
su primera esposa, la desventurada Mirta Francisca de la Caridad;



Celia Sánchez (con la cabeza inclinada) y Vilma Espín, que se convertiría en la esposa de Raúl Castro.



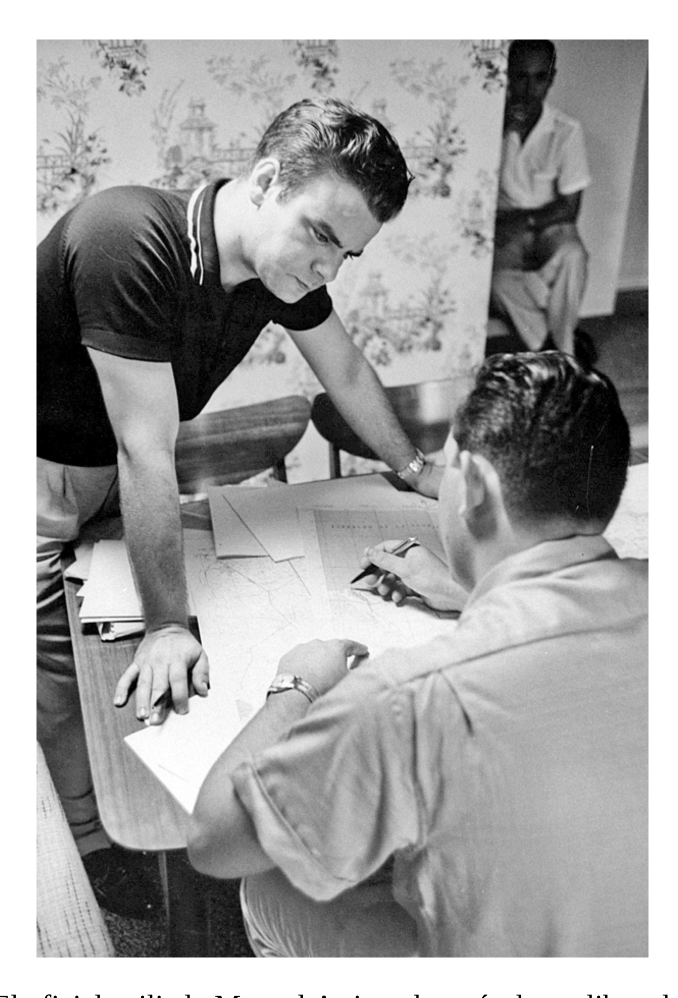
El guerrillero más famoso del mundo. Castro siendo entrevistado por el legendario presentador de la televisión estadounidense Ed Sullivan pocos días después de su victoria.



En Nueva York, en septiembre de 1960, Castro conoce y abraza a su nuevo patrocinador, el líder de la URSS Nikita Jrushchov.



Una humillación estadounidense: en abril de 1961, las tropas de Castro y los tanques proporcionados por los soviéticos avanzan para aplastar la ridícula invasión de los exiliados apoyados por la CIA en bahía de Cochinos.



El oficial exiliado Manuel Artime después de ser liberado.



Soldados cubanos interrogan al abatido líder de los exiliados «Pepe» San Román tras su rendición.



El rey de Camelot: John F. Kennedy junto a su esposa Jackie y Robert Frost, el poeta más famoso de Estados Unidos, en la Casa Blanca, durante una ceremonia en honor de algunos ganadores del premio Nobel en abril de 1962.



La futura pesadilla de Kennedy, el líder de la Unión Soviética Nikita Jrushchov, junto a su ministro de Defensa, el mariscal Rodión Malinovski.



«Demasiado liberales para luchar»: JFK se enfureció cuando, en septiembre de 1962, Robert Frost, que había viajado a la URSS con Stewart Udall (detrás de él en la fotografía, tomada en el aeropuerto de Idlewild) y se había reunido con Jrushchov, regresó atribuyendo este comentario burlón al líder soviético.



Uno de los dieciocho misiles de crucero soviético FKR-1, equipados con cabezas nucleares tácticas, que había en la isla listo para ser desplegado contra posibles invasores estadounidenses.



ORGULLO Y VERGÜENZA al otro lado del «telón de acero». La primera generación de astronautas estadounidenses.



Alborotadores blancos en la Universidad de Misisipí protestan contra la admisión del estudiante negro James Meredith



(en la fotografía escoltado por agentes y soldados federales).



En el desfile del 1 de Mayo de 1962 en Moscú, la Unión Soviética exhibe algunas de las armas con las que busca aterrorizar a Occidente.



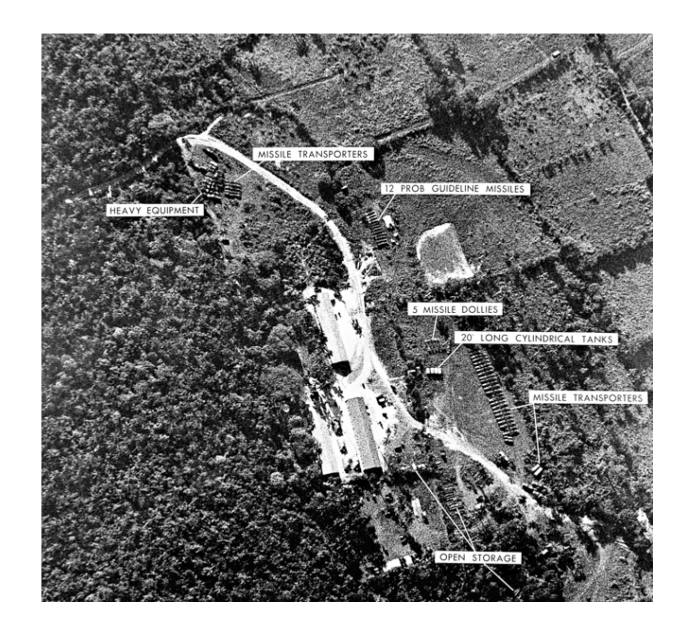
La única foto conocida de las manifestaciones de junio de 1962 en Novocherkask, donde el ejército soviético masacró al menos a veintiséis de los participantes.



ESPÍAS. Los mejores de Estados Unidos, o no, según el caso (en el sntido de las agujas del reloj desde arriba a la derecha): Sherman Kent, Richard Bissell, Edward Lansdale, John McCone, Juanita Moody.



Algunos de los rusos (en el sentido de las agujas del reloj desde arriba a la izquierda): Gueorgui Bolshakov, Oleg Penkovski, Aleksandr Alekseev, Oleg Troianovski, Anatoli Dobrynin, Aleksandr Feklisov.



La fotografía aérea que puso en jaque la seguridad del mundo: la imagen del 14 de octubre de 1962 de un emplazamiento de misiles soviéticos en Cuba (aquí con las etiquetas de la CIA) que traumatizó a la administración Kennedy.



Una imagen irónicamente amable del presidente estadounidense reunido en la Casa Blanca con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andréi Gromiko, y, a su derecha, el embajador Dobrynin el 18 de octubre. El ruso mintió sin inmutarse durante dos horas, mientras Kennedy ocultaba su conocimiento del engaño.



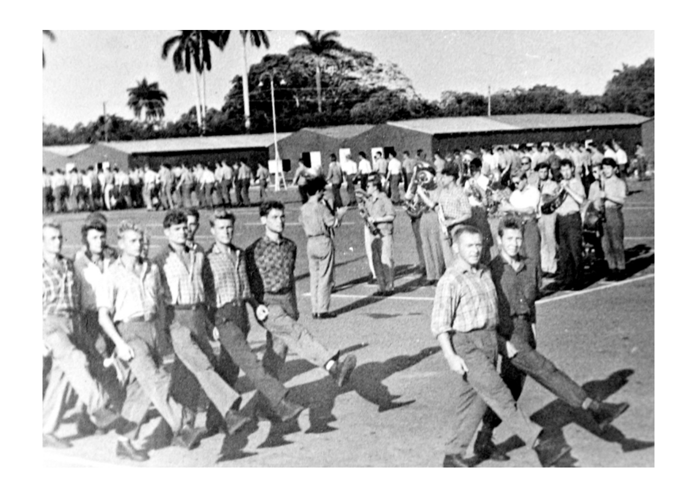
ESTADOUNIDENSES INFLUYENTES. Walter Lippmann, el columnista favorito de Kennedy, y al que también leía Jrushchov.



El senador por Georgia Richard Russell, que exigía ir a la guerra, una opinión compartida por los miembros del Estado Mayor Conjunto



(de izquierda a derecha): general Earle G. Wheeler, el jefe del Ejército; general Curtis E. LeMay, de la Fuerza Aérea; general Maxwell D. Taylor, presidente; almirante George W. Anderson Jr., de Operaciones Navales, y el general David Shoup, del Cuerpo de Marines.



Rusos en Cuba ataviados con disfraces de ópera bufa. Hombres de un regimiento de fusileros motorizados desfilan vestidos de paisano.



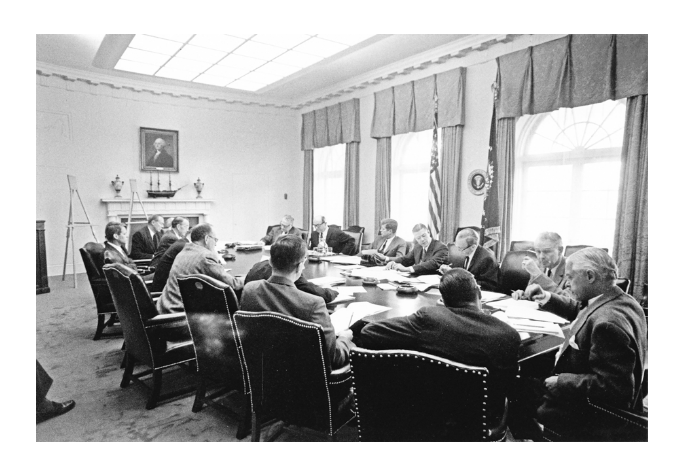
El coronel Gueorgui Voronkov reunido con los oficiales que derribaron el U-2 de Rudy Anderson.



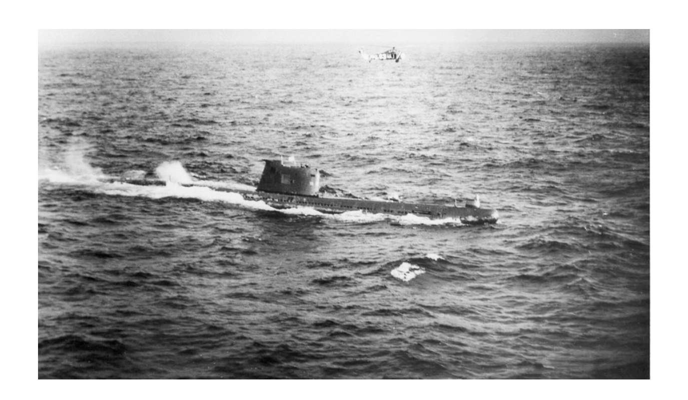
El presidente se dirige al pueblo estadounidense y



el pueblo estadounidense escucha el grave mensaje.



Miembros del ExCom durante una de las reuniones que figuran entre las más trascendentales celebradas jamás en la Casa Blanca. En el sentido de las agujas del reloj desde el presidente: JFK, Robert McNamara, Roswell Gilpatric, el general Maxwell Taylor, Paul Nitze, Donald Wilson, Ted Sorensen, McGeorge Bundy (tapado), Douglas Dillon, el vicepresidente Lyndon Baines Johnson (tapado), Robert F. Kennedy, Llewellyn Thompson, William C. Foster, John McCone (tapado), George Ball, Dean Rusk.



Uno de los cuatro submarinos soviéticos de la clase Foxtrot rastreados por la armada de EE.UU. en el Atlántico occidental; los buques estaban armados con un torpedo provisto de una cabeza nuclear, pero los estadounidenses lo ignoraban.



El jefe del SAC, el general Thomas Power, micrófono en mano en su cuartel general, junto a miembros de su equipo.



Algunos de los consejeros y confi dentes del presidente de EE.UU. durante la crisis. (En el sentido de las agujas del reloj desde arriba a la izquierda) McGeorge Bundy, Dean Rusk, George Ball, David Ormsby-Gore, Theodore Sorensen, Curtis LeMay, Robert F. Kennedy, Llewellyn Thompson, Robert McNamara.



Un momento crítico de la crisis: en una intervención arrolladora el embajador de EE.UU. ante la ONU,



Adlai Stevenson retó a los soviéticos a negar la realidad de los misiles en Cuba



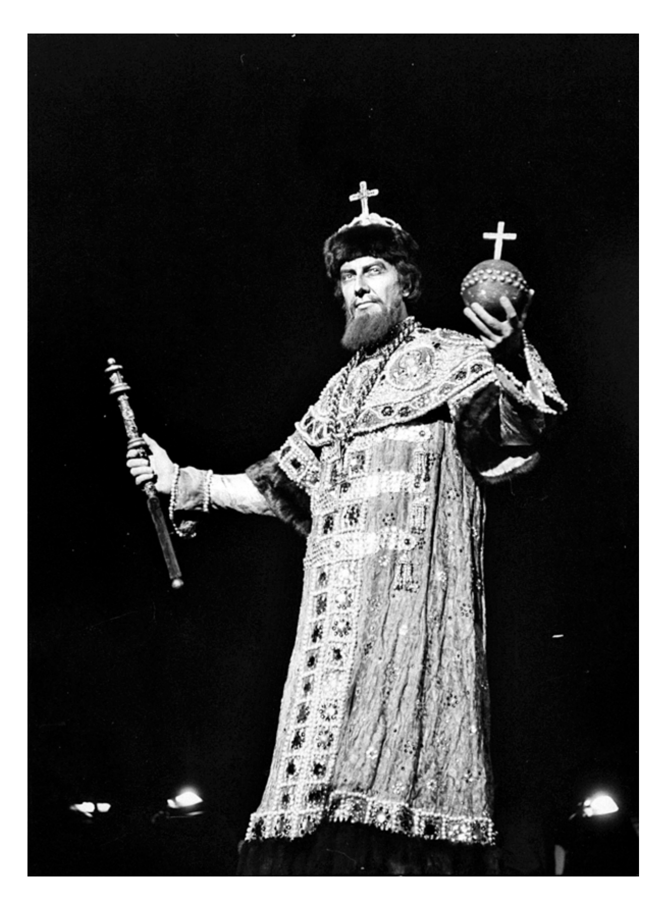
El primer ministro británico durante un amable encuentro con Jrushchov en Moscú. Harold Macmillan apoyó públicamente a EE.UU. durante la crisis, pero en privado temía que los estadounidenses pudieran reaccionar de forma exagerada.



El presidente en la Casa Blanca con el único asesor en el que confiaba por completo: su hermano.



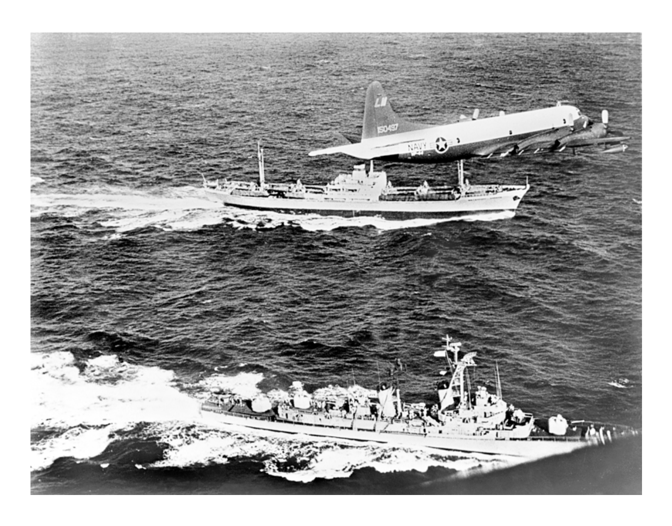
Manifestantes en las calles de Londres. Muchos británicos compartían los temores de su primer ministro acerca del buen juicio de los estadounidenses.



La estrella de ópera estadounidense Jerome Hines, a cuya actuación en Moscú asistió Jrushchov en medio crisis, interpretando al malhadado zar Borís Godunov.



La propaganda emocional dominaba las calles de La Habana.



Un avión de reconocimiento de la armada de EE.UU. sobrevuela un buque mercante soviético en el Atlántico occidental.



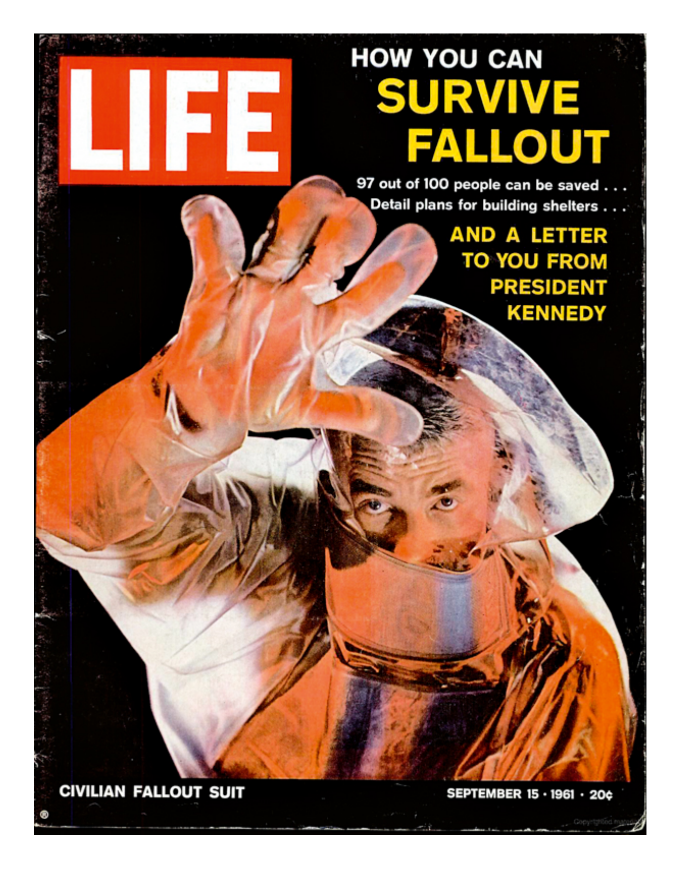
Las baterías antiaéreas cubanas aguardan la esperada invasión estadounidense.



El ministro de Defensa Raúl Castro, con —a la derecha de la imagen— el general Issá Plíyev, el comandante de las fuerzas soviéticas en Cuba, vestido todavía con ropa de paisano.



Jrushchov se reúne con algunos de sus asesores más cercanos, incluidos Malinovski y Mikoyán (en el centro).



Aunque esta portada de la revista *Life* es anterior a la crisis, da cuenta del estado de ánimo que se apoderó de gran parte del mundo durante los «trece días».



AVIADORES ESTADOUNIDENSES. El capitán Chuck Maultsby y el comandante Rudolf Anderson, ambos pilotos de aviones U-2.



Vista desde la cabina de un U-2.



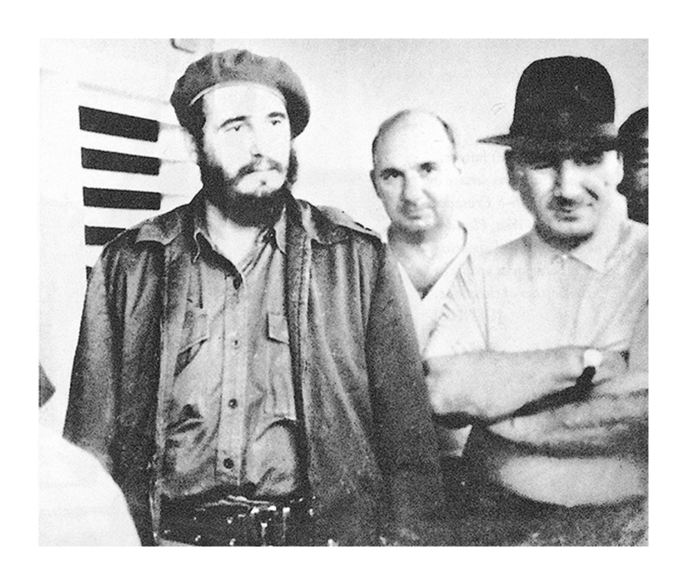
Después de una incursión exitosa sobre Cuba, dos pilotos del escuadrón de reconocimiento fotográfico de la armada de EE.UU. se felicitan mutuamente tras apuntarse «otro pollo» en el fuselaje de uno de sus Crusader.



Fotografía del centro de mando soviético en Cuba tomada por el escuadrón de reconocimiento de la armada de EE.UU.



U-2 en vuelo.



Un desconsolado Castro con Plíyev, que también había sufrido una humillación en Cuba.



Mikoyán —y, detrás de él, el embajador Alekseev— cuando visitó Cuba con el encargo de reconciliar a Castro con el acuerdo que Jrushchov había alcanzado con Kennedy.



Desechos de la guerra que, por suerte para el mundo, nunca se produjo: un misil soviético SA-2 como el que derribó al comandante Anderson.



Después de que todo terminó, JFK visitó la sede del SAC. Aquí, el general Power habla con Lyndon B. Johnson. A la izquierda, con gafas, aparece un Curtis LeMay amargamente decepcionado; detrás de él, sonriendo, está Mac Bundy.

Notas

1. ¡Y cuando nos vayamos nos iremos todos juntos! / ¡Qué reconfortante es saberlo! / ¡Luto universal! / ¡Un logro inspirador! / ¡Sí, cuando nos vayamos nos iremos todos juntos!

1. Juan Tamayo, «Secret Nukes: The Untold Story of the Cuban Missile Crisis», *Miami Herald*, 13 de octubre de 2012; y Don Oberdorfer, «Cuban Missile Crisis More Volatile Than Thought», *Washington Post*, 14 de enero de 1992.

2. Para el estudio del autor sobre esa tragedia colosal, véase *Catastrophe: Europe Goes to War 1914*. [Hay traducción castellana: *1914: El año de la catástrofe*, Crítica, Barcelona, 2013.]

3. J. K. Galbraith, *Name-Dropping: From FDR On*, Houghton Mifflin, 1999, p. 105. [Hay trad. cast.: *Con nombre propio*, Crítica, Barcelona, 2000.]

4. John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, Oxford, 1997, p. 258.

5. Peter Hennessy, *Winds of Change: Britain in the Early Sixties*, Penguin, 2019, p. 318.

6. Anécdota de Graham Perry, teniente coronel (retirado) de la fuerza aérea británica (RAF).

7. Información de Sheldon Stern (10 de marzo de 2022), que escribió al autor: «Es sumamente irónico que en 1973, cuando se hizo el anuncio de que la Biblioteca Kennedy efectivamente tenía las cintas secretas, justo después del testimonio de Butterfield en las audiencias sobre el Watergate, Rusk llamara al director de la biblioteca para expresarle su indignación por haber sido grabado sin su consentimiento. Por pura casualidad, yo estaba charlando con el director cuando el exsecretario de Estado llamó y él puso la mano sobre la bocina y me susurró: “Es Rusk y está [furioso] por las cintas”. Lástima que no viviera para ver que las cintas fueron su *deus ex machina*».

1. Haynes Johnson, *The Bay of Pigs*, Hutchinson, 1965, p. 27.

2. *Ibid.*, p. 50.

3. *Ibid*., p. 49.

4. Evan Thomas, *The Very Best Men: The Daring Early Years of the CIA*, Simon & Schuster, 1995, p. 340.

5. Arthur Schlesinger, *Robert F. Kennedy and His Times*, Andre Deutsch, 1978, pp. 490-493 (en adelante *RFK*).

6. Peter Joseph, *Good Times: An Oral History of America in the Nineteen Sixties*, Morrow, 1974, p. 12.

7. Schlesinger, *RFK*, p. 473.

8. Arthur Schlesinger, *A Thousand Days*, Andre Deutsch, 1965, p. 160. [Hay trad. cast.: *Los mil días de Kennedy*, Aymá, Barcelona, 1966.]

9. *Ibid*., p. 218.

10. *Ibid*., p. 222.

11. *Ibid*., p. 223.

12. *Ibid.*, p. 234.

13. Johnson, *op. cit.*, p. 76.

14. *Ibid*., p. 77.

15. Comité Taylor, *Operation Zapata*, University Publications of America, 1981, p. 339.

16. *Ibid*., p. 96.

17. *Ibid.*, p. 119.

18. José Ramón Linares Ferrara, entrevista, 21 de septiembre de 2020.

19. *Operation Zapata*, p. 37.

20. *Ibid*., p. 41.

21. *Ibid*., p. 123.

22. James Hershberg, *Saving the Bay of Pigs Prisoners*, National Security Archive, Electronic Briefing Book n.º 759, 29 de abril de 2021.

23. Serguéi Jrushchov, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*, Pennsylvania State University Press, 2000, p. 436.

24. Johnson, *op. cit.*, p. 230.

25. Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, Bantam, 1993, p. 90.

26. Joseph, *op. cit.*, p. 12.

27. David Barrett, «The Bay of Pigs Fiasco and the Kennedy Administration's Off -the-Record Briefings for Journalists», *Journal of Cold War Studies*, primavera de 2019, pp. 3-26, p. 14.

28. *Ibid*., p. 20.

29. Schlesinger, *RFK*, p. 505.

30. «RFK Memorandum to JFK», 19 de abril de 1961, *Foreign Relations of the United States 1961-1963*, vol. 10, p. 304.

31. Kai Bird, *The Color of Truth: McGeorge Bundy and William Bundy: Brothers in Arms*, Touchstone, 1998, p. 201.

32. Schlesinger, *RFK*, p. 452.

33. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 260.

34. *Ibid*., p. 262.

1. Winston Churchill, *My Early Life*, 1930, p. 91. [Hay trad. cast.: *Mi juventud: Autobiografía*, Almed, Granada, 2010.]

2. Robert Kagan, *Dangerous Nation*, Knopf, 2006, p. 416.

3. Tony Perrotet, *Cuba Libre!*, Blue Rider Press, 2019, pp. 3-4. [Hay trad. cast.: *¡Cuba libre!: El Che, Fidel y la improbable revolución que cambió la historia del mundo*, HarperCollins, 2020.]

4. Jonathan Hansen, *Young Castro: The Making of a Revolutionary*, Simon & Schuster, 2019, p. 348.

5. Manuel Yepe, entrevista, 4 de agosto de 2020.

6. Marta Núñez, entrevista, 24 de octubre de 2020.

7. Hansen, *op. cit.*, p. 129.

8. Ada Ferrer, *Cuba: An American History*, Simon & Schuster, 2021, p. 280.

9. Hansen, *op. cit.*, p. 215.

10. Johnson, *op. cit.*, p. 71.

11. Ferrer, *op. cit.*, p. 310.

12. Peter Fleming, *Brazilian Adventure*, World Books, 1940, p. 53.

13. Hansen, *op. cit.*, p. 345.

14. Rodríguez Menier, en *Cuba Libre*, serie de televisión documental, 2015.

15. José Ramón Linares Ferrara, entrevista, 21 de septiembre de 2020.

16. Manuel Yepe, entrevista, 19 de agosto de 2020.

17. *Cuba Libre*, serie de televisión documental, 2015.

18. Perrotet, *op. cit.*, p. 333.

19. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 199.

20. Stephen Ambrose, *Nixon*, vol. 1: *The Education of a Politician 1913-1962*, Simon & Schuster, 1987, p. 516.

21. Máximo Gómez, entrevista, septiembre de 2020.

22. Marta Núñez, entrevista, 5 de octubre de 2020.

23. Mallo, entrevista, 19 de octubre de 2020.

24. Anthony DePalma, *The Cubans*, Bodley Head, 2020, p. 6.

25. Marcolfa Valido, entrevista, 17 de junio de 2020.

26. Máximo Gómez, entrevista, septiembre de 2020.

27. Juan Melo, entrevista, 22 de abril de 2020.

28. *Ibid.*

29. José Ramón Linares Ferrara, entrevista, 21 de septiembre de 2020.

30. Marcolfa Valido, entrevista, 17 de junio de 2020.

31. José Bell Lara, entrevista, 21 de agosto de 2020.

32. Fursenko, entrevista a Alekseev, 1994; y «Cable de Alekseev a Centro», 7 de febrero de 1960, Servicio de Inteligencia Exterior (SVR, por sus siglas en ruso), expediente n.º 78.825, pp. 108-112.

33. Ambrose, *op. cit.*, p. 516.

34. Comité Church, *Interim Report*, 94.º Congreso, 1.ª sesión, 1975, p. 92.

35. Margarita Ríos Alducín, entrevista, 23 de junio de 2020.

36. Máximo Gómez, entrevista, septiembre de 2020.

37. Conchita Alfonso, entrevista.

38. Macmillan, 25 de julio de 1960, en *Foreign Relations of the United States 1958-1960*, vol. 6, p. 1033.

39. Ríos Alducín, entrevista, 23 de junio de 2020.

40. *Spectator*, 19 de octubre de 1962.

1. Henry Kissinger, *The Necessity for Choice*, Harper & Row, 1960, p. 1.

2. Stephen Walker, *Beyond: The Astonishing Story of the First Human to Leave Our Planet*, William Collins, 2021.

3. Rodric Braithwaite, *Armageddon and Paranoia: The Nuclear Confrontation*, Profile, 2017, p. 238.

4. Información proporcionada por George Walden.

5. Véase P. Shélest, 2 de noviembre de 1962, en https://prozhito.org.

6. A. Chirajov, entrevista, 24 de agosto de 2020.

7. S. Mijlova, entrevista, febrero de 2021.

8. V. Saveliev, 7 de julio de 1962, en https://prozhito.org.

9. *Ibid.*, 9 de octubre de 1962.

10. I. Seleznev, diario, 1962, en https://prozhito.org.

11. Anatoli Dobrynin, *In Confidence*, Times Books, 1995, p. 25.

12. Galina Artemieva, *Memuary schastlivoi zhenshchiny* («Memorias de una mujer feliz»), p. 186.

13. Valeri Galenkov, entrevista, marzo de 2021.

14. *Ibid.*

15. Tamara Kosij, entrevista, marzo de 2021.

16. Vasili Kasatkin, «Опасное небо» [«Cielo peligroso»], en *Krasnoyarskiy Rabochiy* (Красноярский рабочий), 17 de abril de 2008.

17. L. Alexeyeva y V. Chalidze, *Mass Unrest in the USSR*, Departamento de Defensa de Estados Unidos, 1985.

18. B. Vronski, diario, 16 de junio de 1961, en https://prozhito.org.

19. Artemieva, *op. cit.*, p. 202.

20. Robert Hornsby, *Protest, Reform and Repression in Khrushchev's Soviet Union*, Cambridge, 2013, p. 156.

21. *Ibid.*, p. 167.

22. *Ibid.*, p. 49.

23. *Menya okruzhayut stoletia* («Siglos me rodean»), Moscú, 2017, p. 263.

24. Anastás Mikoyán, *Tak bylo* («Así fue»), Vagrius, 1999, p. 658.

25. *Ibid.*, p. 659.

26. S. Baron, *Bloody Saturday*, Stanford University Press, 2001, p. 37.

27. William Taubman, Serguéi Jrushchov y Abbott Gleason, eds., *Nikita Khrushchev*, Yale University Press, 2000, p. 6.

28. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 501.

29. *Ibid*., p. 495.

30. R. Nazirov, diario, 6 de noviembre de 1962, en https://prozhito.org.

31. Nekrásov, citado en Vladislav Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War*, University of North Carolina, 2007, p. 4. [Hay trad. cast.: *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la guerra fría*, Crítica, Barcelona, 2008.]

32. Véase Nancy Condee, «Cultural Codes of the Thaw», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 179.

33. *Ibid*., p. 185.

34. *Ibid*., p. 199.

35. Artemieva, *op. cit.*, p. 210.

36. Véase Nancy Condee, «Cultural Codes of the Thaw», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 205.

37. William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, Free Press, 2003, p. 98.

38. Mikoyán, *op. cit.*, p. 659.

39. William Hayter, *Russia and the World*, Secker & Warburg, 1970, p. 28.

40. V. Naúmov, «Repression and Rehabilitation», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 87.

41. *Ibid*., p. 65.

42. I. Seleznev, diario, 11 de noviembre de 1961, en https://prozhito.org.

43. Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 37.

44. Artemieva, *op. cit.*, p. 198.

45. Taubman, *op. cit.*, p. xxx.

46. *Ibid*., p. 243.

47. Dobrynin, *op. cit.*, p. 34.

48. Mikoyán, *op. cit.*, p. 645.

49. Serguéi Jrushchov, «The Military-Industrial Complex, 1953-1964», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 242.

50. Andréi Sájarov, *Memoirs*, Knopf, 1990, p. 175. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992.]

51. I. Seleznev, diario, 19 de diciembre de 1960, en https://prozhito.org.

52. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 210.

53. Conversación privada con el autor, 2013.

54. Zubok, *op. cit.*, p. 131.

55. N. Kamanin, diario, 9 de febrero de 1962, en https://prozhito.org.

56. Bridget Kendall, *The Cold War: A New Oral History*, BBC, 2017, pp. 236-237.

57. Taubman, *op. cit.*, p. 332.

58. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 211.

59. Taubman, *op. cit.*, p. 408.

60. Gaddis, *We Now Know*, p. 264.

61. Y. Jaritón, citado en Zubok, *op. cit.*, p. 27.

62. UKNA FO371/160546.

63. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 329.

64. *Ibid.*, p. 327.

65. M. Liubímov, entrevista, 25 de enero de 2021.

66. R. Nazirov, diario, 20 de septiembre de 1959, en https://prozhito.org.

67. Michael Howard, *Captain Professor*, Continuum 2006, p. 169, y, del mismo autor, *Liberation or Catastrophe*, Hambledon Continuum, 2007, pp. 100-101.

68. Taubman, *op. cit.*, p. 447.

69. Mikoyán, *op. cit.*, p. 654.

70. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 226.

71. *Ibid.*, p. 229.

72. Louis Heren, *Growing Up on The Times*, Hamish Hamilton, 1978, p. 226

73. Michael Beschloss, *Mayday: Eisenhower, Khrushchev and the U-2 Affair*, Faber, 1986, pp. 162-163.

74. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 353.

75. Información proporcionada por George Walden.

1. J. K. Galbraith, *The Affluent Society*, Houghton Mifflin, 1958, p. 103. [Hay trad. cast.: *La sociedad opulenta*, Ariel, Barcelona, 1992.]

2. Joseph, *op. cit.*, p. 65.

3. Terry H. Anderson, *The Sixties*, Routledge, 1999, p. 9.

4. Joseph, *op. cit.*, p. xxvii.

5. William H. Chafe, *America since World War II*, Oxford University Press, 1986, p. 112.

6. Kendall, *op. cit.*, p. 240.

7. Joseph, *op. cit.*, p. 75.

8. Nathan F. Twining, *Neither Liberty nor Safety: A Hard Look at US Military Policy & Strategy*, Holt, Rinehart & Winston, 1966, p. 56.

9. *Ibid.*, p. 65.

10. Citado en Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 431.

11. Dobrynin, *op. cit.*, p. 62.

12. Tom Brokaw, *Boom! Talking about the Sixties*, Random House, 2007, p. 218.

13. Chafe, *op. cit.*, p. 189.

14. Gitlin, *op. cit.*, p. 1.

15. Joseph, *op. cit.*, p. 127.

16. *Washington Post*, 2 de enero de 1960.

17. Anderson, *op. cit.*, p. 22.

18. Godfrey Hodgson, *In Our Time: America from World War II to Nixon*, Macmillan, 1976, p. 119.

19. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 150.

20. Thatcher dijo esto de David Young, más tarde lord Young de Graffham. La mayoría de sus «soluciones», como las de tantos curanderos y charlatanes, se revelaron ilusorias.

21. USAF Oral History, Smith, K239.0512-2040.

22. USAF Oral History, Breitweiser, K239.0512-877.

23. Schlesinger, *RFK*, p. 441.

24. Michael Dobbs, *One Minute to Midnight*, Hutchinson, 2008 p. 10.

25. David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Random House, 1972, p. 40.

26. Joseph, *op. cit.*, p. 54.

27. En 1951, en un mensaje a Arthur Vandenberg con ocasión de la muerte de su padre; véase Ronald Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, Routledge, 1980, p. 519.

28. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 575.

29. Theodore White, *The Making of the President 1960*, Pocket Books, 1961, p. 451.

30. Joseph, *op. cit.*, p. 3.

31. Halberstam, *op. cit.*, p. 96.

32. Somerset Maugham, *The Moon and Sixpence*, p. 64. [Hay trad. cast.: *La luna y seis peniques*, Diana, México, 1979.] JFK citaba mal estas líneas, pero su versión conservaba el significado.

33. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 88.

34. Steel, *op. cit.*, p. 543.

35. Fredrik Logevall, *JFK: Coming of Age in the American Century 1917-1956*, Viking, 2020, p. 231.

36. Joseph, *op. cit.*, pp. 7-8.

37. Halberstam, *op. cit.*, p. 77.

38. Brokaw, *op. cit.*, p. 10.

39. Citado en un artículo de Daniel Ellsberg en www.truthdig.com, 5 de agosto de 2009.

40. G. T. Allison, A. Carnesale y J. S. Nye, eds., *Hawks, Doves and Owls: An Agenda for Avoiding Nuclear War*, Norton, 1985, p. 210.

41. Robert Dallek, *John F. Kennedy: An Unfinished Life*, Little, Brown, 2003, p. 505.

42. Braithwaite, *op. cit.*, p. 179.

43. UKNA CAB120/691.

44. Raymond Garthoff, *Assessing the Adversary*, Washington, 1991, p. 51.

45. Howard, *Captain Professor*, p. 167.

46. *Ibid*., p. 172.

47. *Ibid*., p. 173.

48. *Ibid.*, p. 175.

49. *Ibid*., p. 178.

50. *Ibid*., p. 178.

51. Hennessy, *op. cit.*, p. 290.

52. James Hagerty, diario, 27 de julio de 1954, citado en Gaddis, *We Now Know*, p. 227.

53. UKNA CAB158/29 JIC (57) 62.

54. Dobrynin, *op. cit*., p. 45.

55. *Ibid*., p. 36.

56. James Reston, *Deadline: A Memoir*, Random House, 1991, pp. 290-291.

57. *Ibid.*

58. Taubman, *op. cit.*, p. 505.

59. Dallek, *op. cit.*, p. 426.

60. Entrada inédita del diario de Macmillan, citada en Hennessy, *op. cit.*, p. 237.

61. G. Obáturov, 8 de febrero de 1963, en https://prozhito.org.

62. Taubman, *op. cit.*, p. 538.

63. Citado en James Wood Forsyth, «The Common Sense of Small Nuclear Arsenals», *Strategic Studies Quarterly*, verano de 2012, p. 96.

64. G. D. Wardak, G. H. Turbiville y R. L. Garthoff, *The Voroshilov Lectures*, Washington, 1989, p. 72.

65. Braithwaite, *op. cit.*, p. 160.

66. UKNA CAB21/6081.

67. UKNA PREM11/5223.

1. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 305.

2. Citado en Gaddis, *We Now Know*, p. 181.

3. Hansen, *op. cit.*, p. 412.

4. Citado en Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *«One Hell of a Gamble»: The Secret History of the Cuban Missile Crisis*, Norton, 1997, p. 52.

5. N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, edición de Strobe Talbott, Little, Brown, 1970, pp. 477-479. [Hay trad. cast.: *Kruschef Recuerda*, Editorial Prensa Española, Madrid, 1970.]

6. Mikoyán, *op. cit.*, p. 653.

7. Kendall, *op. cit.*, p. 236.

8. Artemieva, *op. cit.*, p. 188.

9. Petr Vail y Aleksandr Genis, *60-e, Mir Sovietskogo Cheloveka* («La década de 1960: El mundo de una persona soviética»), Corpus, Moscú, 2013 (edición electrónica: 2021).

10. Mohammed Heikal, *The Sphinx and the Commissar*, Harper & Row, 1978, p. 84.

11. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 429.

12. K. Moskalenko, en febrero de 1962.

13. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 494.

14. Dobrynin, *op. cit.*, p. 52.

15. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 494.

16. N. Kamanin, diario, 5 de diciembre de 1944, en https://prozhito.org.

17. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 458.

18. A. Shirokorad, «Lyubov’ v prifrontovoy polose» («Amor en primera línea»), *Nezavisimaya Gazeta*, 14 de octubre de 2016.

19. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 235.

20. Mikoyán, *op. cit.*, p. 654.

21. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 494.

22. Mikoyán, *op. cit.*, p. 654.

23. James Blight y David Welch, *On the Brink: Americans and Soviets Reexamine the Cuban Missile Crisi*s, Hill & Wang, 1989, p. 252 (en la conferencia celebrada en Cambridge, Massachusetts).

24. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 486.

25. Mikoyán, *op. cit.*, p. 648.

26. Dobrynin, *op. cit.*, p. 72.

27. A. I. Alekseev, «La crisis caribeña: cómo fue», en N. V. Popov (ed.), *Otkryvaya novye stranitsy ... Mezhdunarodnye voprosy: sobytiya i lyudi* («Abriendo nuevas páginas... Asuntos internacionales: sucesos y personas»), Politizdat, 1989, pp. 157-172.

28. Alekseev, en www.cubanos.ru.

29. G. Obáturov, 8 de febrero de 1963, en https://prozhito.org.

30. DePalma, *op. cit.*, p. 328.

31. Anatoli Gribkov y William Smith, *Operation ANADYR*, Chicago, 1994, p. 20.

32. Dobrynin, *op. cit*., p. 74.

33. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 503.

34. Testimonio de V. Alioshin en la web bielorrusa de Sputnik.

35. *Ibid.*

36. Serhii Plokhy, *Nuclear Folly: A New History of the Cuban Missile Crisis*, Allen Lane, 2021, p. 93.

37. Chudik, «Memorias», en http://8oapvo.net/.

38. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 510.

39. Zakirov, entrevista, 2020.

40. Voloshchenko, entrevista, 15 de mayo de 2019.

41. *Ibid.*

42. R. Nazirov, entrevista, *op. cit.*

43. Vitaly Semenozhenkov, en www.cubanos.ru.

44. N. Probachai, entrevistado en septiembre de 2020 por Oleksii Ivashin.

45. *Ibid.*

46. *Ibid.*

47. M. Liubímov, entrevista, 25 de enero de 2021.

48. Testimonio de V. Alioshin en la web bielorrusa de Sputnik.

49. Elvira Dubinskaya, entrevista, 2020.

50. Anatoly Dmitriev, *Boevye Deistviya i Poteri Sovetskoi Gruppy Voisk v Respublike Kuba v Period Karibskogo Krizisa i VSO «Anadyr»* («Acciones de combate y bajas del grupo de fuerzas soviéticas en la República de Cuba durante la crisis del Caribe y la operación Anádir»), 1961-1964.

51. Linares Ferrara, entrevista, 21 de septiembre de 2020.

52. Manuel Yepe, entrevista, 19 de agosto de 2020.

53. José Bell Lara, entrevista, 21 de agosto de 2020.

54. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 236.

55. Alekseev, en www.cubanos.ru.

56. Gribkov y Smith, *op. cit.*, p. 15.

57. Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, p. 196.

58. Blight y Welch, *op. cit.*, p. 241.

59. *Ibid*., p. 251.

60. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 562.

61. Plokhy, *op. cit.*, p. 408.

62. Stewart Udall, «Poetry, Stalinism and the Cuban Missile Crisis», *Los Angeles Times*, 30 de octubre de 1988.

63. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 236.

1. «Lympne and the Cuban Missile Crisis», *Lympne Airfield Historical Society Bulletin*, noviembre de 2021.

2. Wolman, «The Once-Classified Tale of Juanita Moody», *Smithsonian Magazine*, marzo de 2021.

3. *Ibid*., p. 69.

4. Rhodri Jeffreys-Jones, *The CIA and American Democracy*, Yale University Press, 1989, p. 124.

5. Kenneth Absher, entrevista, 28 de agosto de 1988.

6. Holland y Barrett, *op. cit.*, p. 4.

7. Steel, *op. cit*., p. 525; y Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 147.

8. USAF, *History of the 55th Recce Wing*, K-W6-55-HI.

9. USAF Oral History, Ellis, K239.0512-1412.

10. USAF Oral History, Merrell, K239.0512-1179.

11. Dobrynin, *op. cit.*, p. 69.

12. *Ibid*., p. 68.

13. Heiko Henning, «Senator Keating's Source», 21 de febrero de 2017, en www.wilsoncenter.org.

14. Dobrynin, *op. cit*., p. 60.

15. Schlesinger, *RFK*, p. 499.

16. Dobrynin, *op. cit*., p. 69.

17. *Ibid*., p. 39.

18. Bird, *op. cit.*, p. 243.

19. Max Holland y David Barrett, *Blind Over Cuba*, Texas A&M University Press, 2012, p. 11.

20. Richard Parker, *The Legacy of John Kenneth Galbraith*, Farrar, Straus and Giroux, 2005, p. 351.

21. Kendall, *op. cit.*, p. 235.

22. Cable del 8 de septiembre de 1962, publicado en Gribkov y Smith, *Operation Anadyr*, p. 183.

23. Sherman Kent, *Sherman Kent and the Board of National Estimates: Collected Essays*, edición de Donald Steury, CIA, 2004, p. ix.

24. Sherman Kent, *A Crucial Estimate Relived*, Center for the Study of Intelligence, 1994.

25. Dobrynin, *op. cit*., p. 63.

26. Mary S. McAuliffe (ed.), *CIA Documents on the Cuban Missile Crisis (1962)*, CIA History Staff, octubre de 1992, pp. 103, 105, 107-108.

27. *The Times*, 11 de octubre de 1962.

28. *US Congressional Record*, 6 de octubre de 1962, 22.738.

29. Chris Pocock, *Fifty Years of the U-2*, Schiffer Publishing, 2005, pp. 166-167.

30. USAF Oral History, Heyser, entrevista, 27 de noviembre de 1962, K239.0512-749.

31. Sanders A. Laubenthal (USAF), «The Missiles in Cuba, 1962: The Role of SAC Intelligence», *SAC Intelligence Quarterly Project Warrior Study*, mayo de 1984 (relato de la crisis desclasificado en 1999).

32. USAF Oral History, Breitweiser, K239.0512-877.

33. Véase la narración de la crisis del SAC antes citada: «The Missiles in Cuba 1962: The Role of SAC Intelligence» (1984); y el comentario autorizadamente desdeñoso al respecto de Chris Pocock.

34. USAF Oral History, Ellis, K239.0512-1412.

35. Hennessy, *op. cit.*, p. 231.

36. Kenneth Michael Absher, *Mind-Sets and Missiles: a First Hand Account of the Cuban Missile Crisis*, US Army War College Press, 2009, p. 56, disponible en https://press.armywarcollege.edu/monographs/352.

37. Thomas, *op. cit.*, p. 290.

38. Jeffreys-Jones, *op. cit.*, p. 131.

39. Thomas, *op. cit.*, p. 289.

40. *Ibid.*, p. 271.

41. USAF Oral History, Power, entrevista, 15 de noviembre de 1962, K239.0512-748.

42. Blight y Welch, *op. cit.*, p. 250.

1. Dino Brugioni, *Eyeball to Eyeball*, Random House, 1991, p. 223.

2. McGeorge Bundy, *Danger and Survival: Choices about the Bomb*, Random House, 1988, p. 407.

3. Véase James Hershberg, «The United States, Brazil, and the Cuban Missile Crisis, 1962», *Journal of Cold War Studies*, 2004 (publicado en dos partes en las ediciones de primavera y verano).

4. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 365.

5. Schlesinger, *RFK*, p. 449.

6. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 686.

7. Robert Kennedy, *13 Days*, Macmillan, 1969, p. 108. [Hay trad. cast.: *Trece días: la crisis de Cuba*, Plaza & Janés, Barcelona, 1972.]

8. *Ibid*., p. 116.

9. Blight y Welch, *op. cit.*, p. 245 (en la conferencia celebrada en Cambridge, Massachusetts, en 1987).

10. Bundy, *op. cit.*, p. 413.

11. Biblioteca Kennedy, Colección de Historia Oral, entrevista, febrero de 1965.

12. Kennedy, *op. cit.*, p. 41.

1. Ríos Alducín, entrevista, 23 de junio de 2020.

2. Richard C. Deacon, *A Biography of Sir Maurice Oldfield*, Futura, 1984, p. 135.

3. Wolman, *op. cit.*, p. 72.

4. Harold Macmillan, *At the End of the Day*, Macmillan, 1974, p. 123.

5. Kennedy, *op. cit.*, p. 49.

6. *Ibid*., p. 51.

7. *Ibid*., p. 42.

8. En una conversación con el líder checo Antonín Novotný celebrada el 30 de octubre de 1962, disponible en https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115219, y publicada originalmente en *CWIHP* (Cold War International History Project) *Bulletin* 17/18, otoño de 2012, pp. 401-403.

9. Gromiko al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, 19 de octubre de 1962.

10. *CWIHP Bulletin* 17/18, otoño de 2012, p. 402.

11. Kennedy, *op. cit*., p. 46.

12. USAF Oral History, Smith, K239.0512-2040.

13. Para un relato completo de esta saga y las controversias que la acompañan, véase el libro del autor *Nemesis: The Battle for Japan 1944-1945*, HarperCollins, 2007. [Hay trad. cast.: *Némesis: la derrota de Japón, 1944-1945*, Crítica, Barcelona, 2016.]

14. David Alan Rosenberg, «"A Smoking Radiating Ruin at the End of Two Hours": Documents on American Plans for Nuclear War with the Soviet Union», *International Security*, vol. 6, n.º 1, invierno de 1981-1982, pp. 3-38.

15. Dobrynin, *op. cit.*, p. 76.

16. Robert Dallek, «JFK's Second Term», *The Atlantic*, junio de 2003; y Gilpatric, entrevistado por D. J. O'Brien para el programa de historia oral de la Biblioteca Kennedy, 30 de junio de 1970 y 13 de agosto de 1970.

17. Bird, *op. cit.*, p. 234.

18. Theodore Sorensen, *Kennedy*, Harper & Row, 1965, pp. 1-2. [Hay trad. cast.: *Kennedy: el hombre, el presidente*, Grijalbo, Barcelona, 1966.]

19. Bundy, *op. cit.*, p. 547.

20. Stern, *op. cit.*, p. 133.

21. Petroleum, oil and lubricants.

22. USAF Oral History, Burchinal, K239.0512-837.

23. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 692.

24. *The Economist*, 20 de octubre de 1962.

25. Kendall, *op. cit.*, p. 233.

26. USAF Oral History, Creech, K239.0512-2050.

27. Kennedy, *op. cit*., p. 68.

28. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 379.

29. UKNA PREM11/3689 24020.

1. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 694.

2. *New York Post*, 22 de septiembre de 1961.

3. Harold Macmillan, *The Macmillan Diaries*, vol. 2, 1959-1966, edición de Peter Caterall, Pan Macmillan, 2012, p. 510.

4. Protocolo del Presídium n.º 60, en *Prezidium TsK KPSS 1954-1964*, edición de A. Fursenko, Moscú, 2003, vol. 1.

5. Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, Norton, 2006, p. 221.

6. Memorando de Anastás Mikoyán acerca de su visita a Cuba, 19 de enero de 1963, RGASPI (Archivo Estatal de Rusia de Historia Sociopolítica, por sus siglas en ruso) F. 84. Op. 3. D. 115. L. 115-120.

7. Dobrynin, *op. cit.*, p. 79.

8. Holland y Barrett, *op. cit.*, p. 28.

9. Blight y Welch, *op. cit.*, pp. 245-256 (en la conferencia celebrada en Cambridge, Massachusetts, en 1987).

10. Bundy, *op. cit.*, p. 404.

11. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 557.

12. Telegrama del embajador francés en La Habana a su ministro de Asuntos Exteriores, 23 de octubre de 1962, disponible en https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115417.

13. Lanovski, entrevista, 11 de diciembre de 2019.

14. Dobrynin al Ministerio de Asuntos Exteriores, 23 de octubre de 1962, en *CWIHP Bulletin*, 5 (primavera de 1995), pp. 70-71.

1. *L'Humanité*, 23 de octubre de 1962.

2. *Libération*, 23 de octubre de 1962.

3. *Le Figaro*, 23 de octubre de 1962.

4. Douglas Brinkley, *Dean Acheson: The Cold War Years 1953-1971*, Yale University Press, 1992, pp. 264-268.

5. Peter Hudson, entrevista personal, 2007, citada en Hennessy, p. 220.

6. Sherman Kent, «The Cuban Missile Crisis of 1962: Presenting the Photographic Evidence Abroad», *Studies in Intelligence*, 10/2, primavera de 1972, pp. 22-23.

7. Macmillan, *Diaries*, 22 de octubre de 1962.

8. Información proporcionada en privado por Alan Petty.

9. UKNA CAB128/36.

10. UKNA PREM11/3815.

11. Hennessy, *op. cit.*, p. 226.

12. Alastair Horne, *Macmillan 1894-1956*, p. 160.

13. Macmillan, *Diaries*, 19 de junio de 1962, pp. 478-479.

14. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 341.

15. UKNA PREM11/2686.

16. Macmillan, *Diaries*, *passim*.

17. *Ibid.*, 4 de diciembre de 1961.

18. Hennessy, *op. cit.*, p. 303.

19. *Hansard* (diario de sesiones del parlamento británico), 31 de octubre de 1962, col. 207.

20. Merece la pena señalar, por ejemplo, que el acreditado *India's China War* (Cape, 1971) de Neville Maxwell considera al gobierno de Delhi abrumadoramente culpable del choque.

21. Macmillan, *op. cit.*, p. 192.

22. *Ibid.*, pp. 190-194.

23. UKNA CAB129/11 (memorando de lord Dilhorne); véase también *Hansard*, 25 de octubre de 1962, col. 1060.

24. *Guardian*, 23 de octubre de 1962.

25. H. A. DeWeerd, *British Attitudes in the Cuban Crisis*, RAND Corporation, documento n.º P-2709, febrero de 1963 (publicado en 2008), p. 8.

26. *Hansard*, 31 de octubre de 1962, col. 218.

27. Macmillan, *Diaries*, 25 de octubre de 1962, p. 512.

28. Christopher Driver, *The Disarmers*, Hodder, 1964, p. 146.

29. Hennessy, *op. cit.*, p. 305.

30. *The Times*, 25 de octubre de 1962.

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*, 26 de octubre de 1962.

33. *The Times*, 27 de octubre de 1962.

34. *Ibid.*, 24 de octubre de 1962.

35. Joseph, *op. cit.*, p. 14.

36. Kendall, *op. cit.*, p. 238.

37. USAF Oral History, Smith, K239.0512-2040.

38. Clinton Heylin, *Bob Dylan: Behind the Shades Revisited*, HarperCollins, 2001, pp. 102-103; y B. Dylan, entrevista con Studs Terkel, 1 de mayo de 1963.

39. Walter Cronkite, entrevistado en el décimo episodio de la serie de la CNN *Cold War*.

40. Linares Ferrara, entrevista, 21 de septiembre de 2020.

41. Liubímov, entrevista, 15 de enero de 2021.

42. Entrada inédita del diario de Macmillan citada en Hennessy, *op. cit.*, p. 255.

43. *Ibid*., p. 545, conversación de Hennessy con Lady de Zulueta en 2008.

44. *Hansard*, 31 de octubre de 1962, col. 226

45. Andrew Douglas-Home, *A River Runs Through Me*, Elliott & Thompson, 2022, p. 193.

46. Información proporcionada por George Walden.

47. Juan Melo, entrevista, 22 de abril de 2020.

48. Marta Núñez, entrevista, 5 de octubre de 2020.

49. I. Seleznev, diario, 1962, en https://prozhito.org.

50. L. Lipkin, diario, 23 de octubre de 1962, en https://prozhito.org.

51. N. Kozakov, diario, 6 de noviembre de 1962, en https://prozhito.org.

52. Tamara Kosij, entrevista, marzo de 2021.

53. Valeri Galenkov, entrevista, marzo de 2021.

54. B. Vronski, diario, 23 de noviembre de 1962, en https://prozhito.org.

55. L. Lipkin, diario, 23 de octubre de 1962, en https://prozhito.org.

56. N. Kozakov, diario, 23 de octubre de 1962, en https://prozhito.org.

57. Kennedy, *op. cit.*, p. 60.

58. *Ibid*., p. 65.

59. Dobrynin, *op. cit.*, pp. 6 y 61.

60. *Ibid.*, p. 58.

61. *Ibid*., p. 81.

62. *Ibid.*, p. 96.

63. Hay muchos testimonios que refieren este episodio legendario. Destaca en particular el de Gilpatric en sus entrevistas con D. J. O'Brien para el programa de historia oral de la Biblioteca Kennedy. Aquí sigo en gran medida a Dobbs, *op. cit.*, pp. 72-73, que hizo una contribución significativa al establecer que el choque en el Pentágono se produjo el martes y no el miércoles, como con frecuencia se ha dicho.

64. Ernest May y Philip Zelikow, eds., *The Kennedy Tapes: Inside the White House during the Cuban Missile Crisis*, Norton, 2002, p. 207.

65. Graham Allison y Philip Zelikow, *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*, Addison Wesley Longman, 1999, p. 384.

66. Solomon Volkov, *Dialogi s Evgeniem Evtushenko* («Conversaciones con Yevgueni Yevtushenko»), Moscú, 2018, p. 63.

1. *Boston Globe*, 26 de diciembre de 2008, obituario de William Kaufmann.

2. USAF Oral History, Smith, K239.0512-2040.

3. Gaddis, *We Now Know*, p. 273.

4. Scott Sagan, *The Limits of Safety: Organizations, Accidents and Nuclear Weapons*, Princeton, 1993, declaraciones del teniente coronel Robert Melgard a Sagan, p. 110.

5. Blight y Welch, *op. cit.*, p. 275.

6. USAF Oral History, Power, entrevista, 15 de noviembre de 1962, K239.0512-748.

7. Absher, *op. cit.*, p. 67.

8. Brugioni, *op. cit.*, pp. 400-401, 415-417.

9. Anderson, mensaje 230003Z, CNO (jefe de Operaciones Navales, por sus siglas en inglés), Cuba, USNHC (Centro Histórico de la Armada de Estados Unidos), citado en Dobbs, *op. cit.*, p. 90.

10. Andréi Gromiko, *Pamiatnoe* («Memorias»), Izdatelstvo polititcheskoi literatouri, Moscú, 1988, p. 489.

11. Kennedy, *op. cit.*, p. 71.

12. *Ibid.*, p. 74.

13. Bundy, *op. cit.*, p. 422.

14. N. Kozakov, diario, 24 de octubre de 1962, en https://prozhito.org.

15. Macmillan, *Diaries*, p. 531.

16. Strachey, *Observer*, 11 de noviembre de 1962.

17. Michael Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963*, HarperCollins, 1991, pp. 501-502.

1. *The Economist*, 27 de octubre de 1962.

2. *Ibid.*

3. USAF Oral History, Smith, K239.0512-2040.

4. Para detalles adicionales, véase mi libro *The Secret War* (William Collins, 2015). [Hay trad. cast.: *La guerra secreta*, Crítica, Barcelona, 2015.]

5. «Protocol n.º 61», disponible en el archivo digital del Centro Wilson (fuente original: Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea: F.3, Op. 16, D. 165, L. 170-173).

6. Dobrynin, *op. cit.*, p. 83.

7. Moody, citada en Wolman, «The Once-Classified Tale of Juanita Moody», *op. cit*.

8. Dallek, *op. cit.*, p. 94.

9. Dobrynin, *op. cit.*, p. 28; y George Walden, en conversación con el autor.

10. Centro Wilson, documento n.º 117324 (fuente original: Archivo del Presidente de la Federación Rusa; desclasificación especial, 2002), disponible en https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/117324.

11. UKNA CAB158/47, 26 de octubre de 1962, JIC962 62 97.

12. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 581.

13. Steel, *op. cit.*, p. 429.

14. Lippmann en el *New York Herald Tribune*, 4 de septiembre de 1961.

15. Centro Wilson, documentos n.º 117326 y n.º 117325.

16. Blight y Welch, *op. cit.*, p. 271.

1. En castellano en el original.

2. N. Kozakov, diario, 27 de octubre de 1962, en https://prozhito.org.

3. Alekseev, en www.cubanos.ru.

4. Vitali Semenozhenkov, entrevista, en www.cubanos.ru.

5. Juan Melo, entrevista, 22 de abril de 2020.

6. *Spectator*, 2 de noviembre de 1962.

7. Kendall, *op. cit.*, p. 239.

8. USAF Oral History, Burchinal, K239.0512-837.

9. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 609.

10. Voloshchenko, entrevista, *op. cit*.

11. Gribkov y Smith, *op. cit.*, p. 67.

1. *Spectator*, 26 de octubre de 1962.

2. USAF Oral History Garland K239.0512-1707.

3. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 645.

4. Kennedy, *op. cit.*, p. 92

5. *Ibid*., p. 94.

6. Macmillan, *Diaries*, 4 de noviembre de 1962, p. 515.

7. UKNA AIR25/173.

8. Robinson, 2007, entrevista con Peter Hennessy, citado en Hennessy, *op. cit*., p. 268.

9. Robson, 16 de julio de 2001, citado en Hennessy, *op. cit.*, p. 220.

10. UKNA CAB134/940 y CAB134/4291.

11. Transcripción del testimonio de Thorneycroft (1966) para el programa de historia oral de la Biblioteca Presidencial JFK.

12. Se envió el 14 de diciembre de 1962.

13. Allison y Zelikow, *op. cit.*, p. 337.

14. Bundy, *op. cit.*, p. 427.

15. Kennedy, *op. cit.*, p. 98.

16. *Ibid*.

17. Este relato se basa principalmente en el que hace Svetlana Savranskaya en la edición de abril de 2005 del *Journal of Strategic Studies*. Desde entonces han aparecido otras versiones, más sensacionales, de las que he incorporado alguna información; no obstante, algunos aspectos de esta historia seguirán siendo inciertos o polémicos hasta que Moscú ponga a disposición de los estudiosos los documentos relevantes.

18. Bundy, *op. cit.*, p. 422.

19. Fursenko y Naftali, *Khrushchev’s Cold War*, pp. 478-480.

20. Orlov, citado en Plokhy, *op. cit*., p. 409.

21. En un mensaje remitido al autor en enero de 2022.

22. Dobrynin, *op. cit.*, p. 89.

23. Bird, *op. cit.*, p. 240.

24. Hershberg, en el artículo publicado en 2004 en el *Journal of Cold War Studies* antes citado.

25. Mimi Alford, *Once Upon a Secret: My Affair with President John F. Kennedy and Its Aftermath*, Random House, 2013, pp. 93-94. [Hay trad. cast.: *Érase una vez un secreto: mi affaire con el presidente John F. Kennedy y sus consecuencias*, Aguilar, Madrid, 2013.]

1. Sagan, *op. cit.*, pp. 130-131.

2. En la conversación con el líder checo Antonín Novotný celebrada el 30 de octubre de 1962, disponible en https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115219, y publicada originalmente en *CWIHP* (Cold War International History Project) *Bulletin*, 17/18, otoño de 2012, pp. 401-403.

3. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 237.

4. En la conversación con el líder checo Antonín Novotný antes citada.

5. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, pp. xvi-xvii.

6. Bundy, *op. cit.*, p. 441.

7. Bird, *op. cit.*, p. 240.

8. Schlesinger, *RFK*, p. 524.

9. Kennedy, *op. cit.*, p. 108.

10. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, p. 632.

11. *Ibid*., p. 636.

12. Macmillan, *Diaries*, pp. 513-514.

13. Harold Evans, *Downing Street Diary*, Hodder, 1981, p. 224.

14. *Spectator*, 2 de noviembre de 1962.

15. Biblioteca Presidencial JFK, Despacho del presidente, documento JFKFOF127-08, 30 de octubre de 1962.

16. Steel, *op. cit.*, p. 537.

17. Iverach McDonald, *A Man of The Times*, p. 184.

18. *Spectator*, 2 de noviembre de 1962.

19. *Le Monde*, 30 de octubre de 1962.

20. USAF Oral History, Breitweiser, K239.0512-877.

21. USAF Oral History, LeMay, K239.0512-2115.

22. Joseph, *op. cit.*, p. 90.

23. *Ibid.*, p. 91.

24. USAF Oral History, Disosway, entrevista, K239.0512-974.

25. USAF Oral History, Fairweather, K239.0512-1826.

26. Isaacson y Thomas, *The Wise Men*, Faber, p. 629.

27. Joseph, *op. cit.*, p. 58.

28. *The Economist*, 10 de noviembre de 1962.

29. N. Kozakov, diario, 28 de octubre de 1962, en https://prozhito.org.

30. I. Seleznev, diario, noviembre de 1962, en https://prozhito.org.

31. R. Nazirov, 6 de noviembre de 1962, en https://prozhito.org.

32. G. Obáturov, 8 de febrero de 1963, en https://prozhito.org.

33. José Ramón Linares Ferrara, entrevista, 21 de septiembre de 2020.

34. G. Obáturov, 8 de febrero de 1963, en https://prozhito.org.

35. Centro Wilson, documento n.º 11208, telegrama del 30 de octubre de 1962.

36. El testimonio de Dubivko se encuentra disponible en https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB75/Dubivko.pdf.

37. *Ibid*.

38. *Detroit Free Press*, 5 de noviembre de 1962.

39. Serguéi Jrushchov, *op. cit.*, pp. 642 y 658.

40. J. L. Schecter y V. Luchkov, eds., *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, Little, Brown, 1990, p. 180.

41. Mikoyán, *op. cit.*, p. 655.

42. Volkov, *op. cit.*, p. 73.

43. Transcripciones soviéticas de las conversaciones de Mikoyán con los cubanos el 3 y el 5 de noviembre de 1962.

44. Chudik, «Memorias», en http://8oapvo.net/.

45. Elvira Dubinskaya, entrevista, 2020.

46. R. Zakirov, entrevista, 2020.

47. Trascripción de Coleman de la reunión del ExCom del 4 de noviembre de 1962, citada en Fursenko y Naftali, «*One Hell of a Gamble*», p. 499.

48. Dobrynin, *op. cit.*, p. 91.

49. *Ibid.*, p. 93.

1. UKNA FO371/162408, Marchant a Home, 10 de noviembre de 1962.

2. Kennedy, *op. cit.*, p. 15.

3. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 237.

4. UKNA CAB158/47 JIC (62) 10.

5. UKNA CAB158/47 JIC (62) 99.

6. Bundy, *op. cit.*, p. 461.

7. Sorensen, *op. cit.*, p. 705.

8. Blight y Welch, *op. cit.*, p. 275.

9. Bundy, *op. cit.*, p. 427.

10. Véase Blight y Welch, *op. cit.*, p. 266.

11. En intercambios privados con el autor durante 2022.

12. En una entrevista realizada el 27 de febrero de 1965 para el programa de historia oral de la Biblioteca Kennedy; y Schlesinger, *RFK* , *op. cit*., p. 507.

13. Mensaje al autor del 28 de febrero de 2022.

14. Oleg Troianovski, *Cherez gody i rasstoyanya: Istorya odnoi sem'i* («A través de los años y las distancias: historia de una familia»), Moscú, 1997, p. 247.

15. Kennedy, *op. cit.*, p. 35.

16. *Ibid*., p. 121.

17. Macmillan, *op. cit.*, p. 219.

18. Kennedy, *op. cit.*, p. 17.

19. Philip Toynbee en *Encounter*, enero de 1963, p. 95.

20. Macmillan, *Diaries*, 4 de noviembre de 1962, p. 514.

21. *Hansard* (diario de sesiones del parlamento británico), 31 de octubre de 1962, col. 218.

22. En la conversación celebrada el 30 de octubre de 1962, disponible en https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115219, y publicada originalmente en *CWIHP* (Cold War International History Project) *Bulletin*, 17/18, otoño de 2012, pp. 401-403.

23. *Khrushchev Remembers*, p. 504.

24. En 1976, el autor, informando sobre la guerra civil en Angola para el programa *Panorama* de la BBC, entrevistó a cuatro prisioneros cubanos retenidos por el movimiento guerrillero UNITA en una prisión de Silva Porto (la actual Kuito). Los infelices «guerrilleros» formaban parte del contingente de 36.000 efectivos reclutado por Castro para ayudar al régimen comunista y no parecían tener mucha idea de por qué estaban en África. Desde esa entrevista, he albergado la duda de que ellos hubieran podido disfrutar luego de una vida larga y feliz.

25. Troianovski, «The Making of Soviet Foreign Policy», en Taubman *et al.*, *op. cit.*, p. 238.

26. Macmillan, *Diaries*, 4 de noviembre de 1962, y Macmillan, *At the End of the Day*, p. 219.

27. Macmillan, *op. cit.*, p. 220.

28. Lawrence Freedman, *The Evolution of Nuclear Strategy*, Macmillan, 1982, p. 310. [Hay trad. cast.: *La evolución de la estrategia nuclear*, Ministerio de Defensa, Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural, Madrid, 1992.]

29. Hennessy, *op. cit.*, p. 308.

30. Andrei Artizov *et al.*, *Nikita Khrushchev 1964*, Moscú, 2007, p. 198.

31. En *Cuba Libre*, serie de televisión documental, 2015.

32. Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 216.

33. Richard Gott, *Cuba: A New History*, Yale, 2004, p. 324. [Hay trad. cast.: *Cuba: una nueva historia*, Akal, Madrid, 2006.]

34. Dobrynin, *op. cit*., p. 92.

35. Holland y Barrett, *op. cit.*, *passim*.

36. *Ibid.*, p. 41.

37. Clark Clifford, *Counsel to the President*, Random House, 1991, pp. 353-355.

38. Informe de la PFIAB (junta asesora del presidente en materia de inteligencia exterior, por sus siglas en inglés), 4 de febrero de 1963, en McAuliffe (ed.), *CIA Documents*, pp. 363-365.

39. Biblioteca Gerald R. Ford, notas de discurso de Ford, sin fecha, caja D-16.

40. Richard Rovere, «Letter from Washington», en *New Yorker*, 22 de marzo de 1963.

41. Thomas, *op. cit.*, p. 289.

42. *Ibid*., p. 119.

43. Holland y Barrett, *op. cit.*, p. 84.

44. *Ibid*., p. 88.

45. Jeffreys-Jones, *op. cit*., p. 136.

46. Holland y Barrett, *op. cit*., p. 67.

47. *Khrushchev Remembers*, p. 513.

48. Elvira Dubinskaya, entrevista, 2020.

49. Castro al periodista francés Jean Daniel, en *Cuba Libre*, serie de televisión documental, 2015.

50. Gaddis, *We Now Know*, p. 295.

51. Lawrence Freedman, «The Crisis of Liberalism and the Western Alliance», en IISS (International Institute for Strategic Studies), *Survival*, diciembre-enero de 2022, p. 40.

52. Blight y Welch, *op. cit.*, p. 312.

53. Rodric Braithwaite, «Hope Deferred: Russia from 1991 to 2021», en IISS, *Survival*, febrero-marzo de 2022, p. 43.

54. Blight y Welch, p. 247 (en la conferencia celebrada en Cambridge, Massachusetts).

55. *Ibid.*, p. 25.

56. Steel, *op. cit*., p. 530.

57. Howard al autor en 2017.

58. *Hansard*, 1 de marzo de 1955, col. 218.

La crisis de los misiles de Cuba 1962
Max Hastings

Título original: *Abyss. The Cuban Missile Crisis 1962*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2023

ISBN: 978-84-9199-555-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!